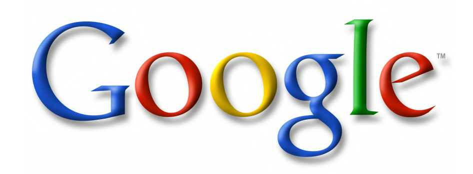
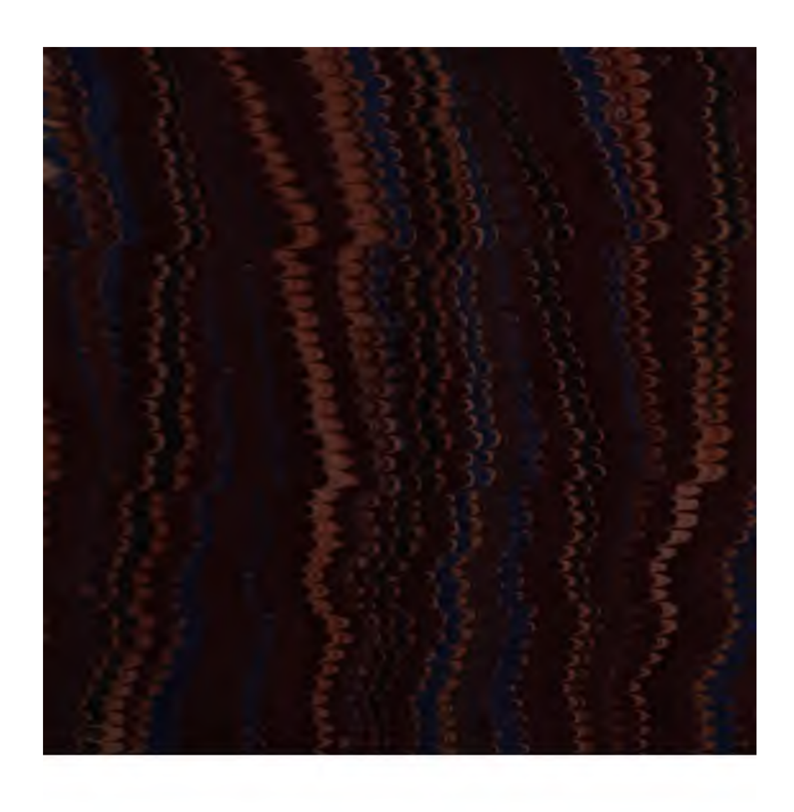
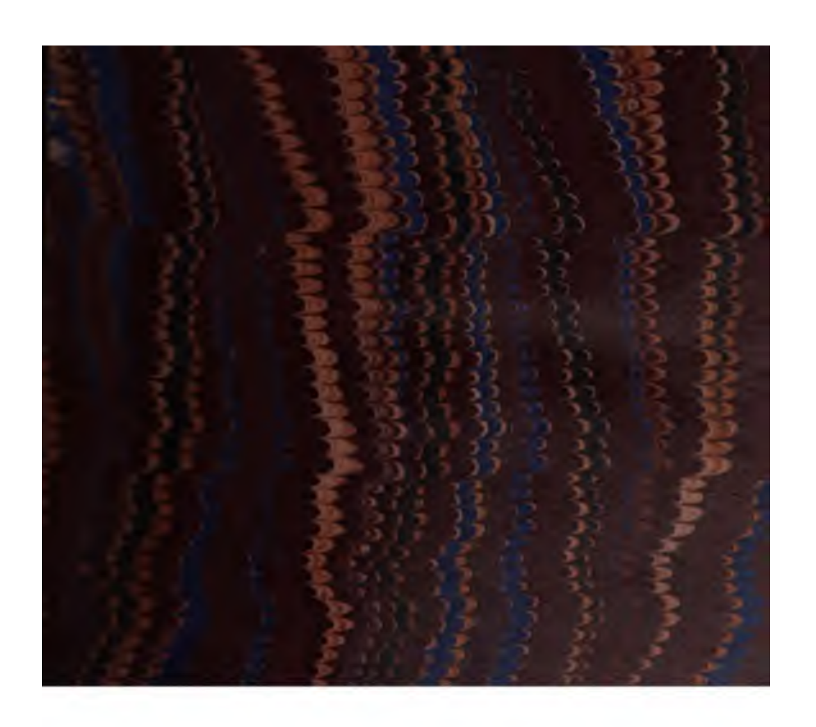

Google










TALLER DE ENCUADERNACION
DE
CLEMENTE MERLINI
S. MARTIN Nº 8 B. BLANCA





[redacted]

HISTORIA
DEL
MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA.



[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO SETIMO.

ADMINISTRACION:

OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,

Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.



ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO LXXXVIII.

LA CRISIS SUPREMA.

Por fin el Cuerpo Legislativo se abria y el Imperio se preparaba á una trasformacion. Estas trasformaciones eran decisivas; inauguraban una nueva época y traian consigo las inevitables consecuencias de agitaciones profundísimas. Los antiguos imperialistas se dolian profundamente de que el poder personal se acabara, de que se extinguiera el Cesarismo y de que se abriese la mano con largueza para dejar caer sobre el pueblo promesas no bien meditadas de una inmerecida libertad.

Por fin, á los últimos dias de Noviembre de

1869, celebró su sesion de apertura el Cuerpo Legislativo. Minuciosidades diminutísimas, detalles á primera vista insignificantes, señalaban bien claramente el cambio radical en aquellas instituciones implantadas ya por el trascurso de largos años en las costumbres. El sitio de la apertura era el mismo; un gran salon de los palacios inmensos del Louvre, cercano á las Tullerías y á los Museos, dando sobre la histórica plaza del Carroussel en que cayó la dinastía legítima; salon, que se llenaba, se henchia de curiosos, de senadores, de diputados, como para mostrar en estas ceremonias aparatosas el carácter particularísimo al cesarismo, puesto que el jefe del Estado no iba en persona á casa de los representantes del pueblo sino los representantes del pueblo iban á casa del jefe del Estado. Fuera de esto, los indivíduos de las dos Cámaras vestian ya de negro si les agradaba, no siendo el uniforme como antes necesario; y el diputado de más edad presid

imperial como en los tiempos

, mostrando que la facultad de

designar el Presidente habia pasado del Emperador á la Cámara. Algunos rasgos caracterizaron la ceremonia. El público, apostado á la puerta, en aquella inmensa plaza donde se junta el Louvre y las Tullerías, patio del palacio, no más bello, pero sí más grande quizá de todo el mundo, silbó á los asistentes que iban de uniforme, como para indicar el poco respeto que le inspiraban los funcionarios del Imperio y su temible policía; mientras el Emperador, al leerse la lista de los diputados, y llegar al nombre de Rochefort, se echó á reir, comunicó su risa al príncipe imperial, este al Senado y al Congreso, el Senado y el Congreso al público, y todos se divirtieron con tal accidente, como diz que en los supremos trances de los Imperios babilónicos, segun las leyendas asiáticas, se divertian los Baltasares y los Sardanápalos, cuando el incendio se derramaba ya por los inmensos palacios, y llegaba á sus divinas personas, próximas á convertirse en miserable puñado de cenizas.

El discurso de apertura fué quizá el más

frio y el ménos interesante de cuantos habia leido ó pronunciado Napoleon III en su larga práctica de pronunciar y de leer discursos imperiales. No se limitaba en las aperturas solemnes el Emperador á esas especies de índices que los reyes constitucionales leen, por pura fórmula, de los negocios tratados y de los negocios por tratar; habiéndole como suprimido el habla á su pátria; habiendo tomado la palabra, cual la accion, para sí, en lugar de dejárselas á Francia; sus discursos eran de largas dimensiones, de abundante lenguaje, de pretenciosa ciencia; encerrando programas de política internacional que imponer al mundo; lecciones de filosofía práctica que enseñar á los pueblos; propósitos de paz perpetua y de anfitrionado europeo con que deslumbrar á los utopistas; resoluciones firmes de aplastar la hidra revolucionaria con que mantener á su lado los conservadores; ora una amenaza como aquella que trajo el rompimiento con Austria y la guerra de Italia, ora una locura como aquella siniestra y sangrienta, verdadero sueño

[redacted]

de Lady Macbeth en delirio, la expedicion á Mejico. *El Times* llamaba al César el primer orador de Europa, elogio no muy lisonjero, si se atiende á la sequedad de todos los discursos oficiales, y entre todos, á la sequedad de los discursos ingleses. Pero si no era el primer orador oficial de Europa, era el que más profundas emociones causaba, porque en otras partes, solia ser un discurso de esta importancia eco del pensamiento popular y en Francia solo era eco del pensamiento imperial. Europa entera, el mundo civilizado, los reyes en sus tronos, los ejércitos en sus cuarteles, el agricultor al pié de su arado, el negociante sobre su mostrador tenian que aplicar el oido á este discurso, escucharlo con atencion y detenimiento, arreglar á él sus proyectos y sus cuentas porque aun llevaba en sus vagas frases tranquilidad ó perturbacion á toda la tierra. Luego Napoleon III no fué jamás un político práctico; fué un soñador aleman, proponiendo planes irrealizables, idilios increibles, que muchas veces ¡ay! se escribian con sangre, como el idilio de un

Papa-rey en medio de la Italia unificada y libre. Así sus discursos no siempre eran bellos, y mucho ménos profundos, pero siempre eran originales y extraños.

La forma literaria de la elucubracion imperial tambien señalaba en algo las trasformaciones políticas. No era la seca oracion de los reyes constitucionales, pero por sus pretensiones literarias, por sus frases retóricas veíase que entraba en ella la idea del gran responsable de la política iniciada, del gran conciliador entre el Imperio y la libertad; de Emilio Ollivier, desciñéndose el Emperador de su personalidad casi absoluta para disiparla en el seno de una personalidad parlamentaria. El discurso no podia gloriarse, como en otro tiempo, de empresas políticas; y hablaba en lenguaje poético de empresas industriales; del canal de Suez que debia restituir al Mediterráneo su antiguo explendor; de los túneles gigantescos que debian juntar por líneas férreas la Francia y la Italia. Nada pues, de contener las ambiciones moscovi-... nada de identificar en los mismos inte-

reses á las dos más poderosas naciones de Occidente; nada de romper las pesadas cadenas del pueblo italiano y derribar el gigantesco Goliat llamado Imperio austriaco; nada de ir, aprovechando las divisiones del pueblo americano, al Nuevo Mundo para contrastar la invasion de la raza anglo-sajona y contribuir al progreso de la raza hispano-latina: todos estos proyectos de otros tiempos, todos estos ensueños de otros dias, en que brillaba el Emperador como árbitro de Europa, desvanecíanse tristemente en profundos desengaños y en lamentables derrotas. Lo único que el Emperador encontraba en política bastante grande para exaltar aquel período, era una obra á la cual opusiera todo género de obstáculos, era la emancipacion de los esclavos, concluida, coronada en la epopeya de la guerra americana; á pesar de las asechanzas bonapartistas sumadas con las asechanzas británicas. La única promesa que daba, era la más rudimentaria en los más sencillos gobiernos; promesa de agente de policía y no de divino César; la promesa de conservar el

órden. Dicho esto, sus vagos ojos se levantaban á contemplar el ideal; y sus pálidos lábios murmuraban esta frase angustiosa: «ayudadme, señores, ayudadme á salvar la libertad.»

¡Salvar la libertad! ¿Quién la habia herido sino el Imperio? ¿Quién la habia enterrado sino el Emperador? Repetíase en este momento una tristísima escena de las últimas páginas de la antigua historia. Cuando el mundo romano se moria, y su grandeza se disipaba, y sus vastísimos dominios se deshacian, y por las orillas del Rhin y del Danubio entraban á sangre y fuego las hordas germánicas; en aquella caliginosa noche del espíritu humano, en aquel delirio de lágrimas parecido al desquiciamiento del planeta, como si el cielo se hubiera caido, ó el Océano volcado sobre la tierra; los Césares, en su agonía y en su angustia, en el supremo estertor, á fin de que los pueblos se despertaran y se defendieran, gritaban *libertad;* y los pueblos embrutecidos por cinco siglos de horrible despotismo, no comprendian ni el

sentido siquiera de aquella maravillosa palabra, que diera su virtud á Roma, su inspiracion á Grecia, su luz á la conciencia del mundo antiguo, su vida y su grandeza á la filosofía y á las artes. En nuestro tiempo no sucedia eso; en nuestro tiempo los pueblos alcanzan todo el valor y comprenden todo el significado de la palabra libertad; mas por lo mismo que alcanzan todo el valor y comprenden todo el significado de esa palabra; por lo mismo que la sienten, y la aman, y la adoran, y combaten, y mueren por ella, viéndola circular al través de sus artes, de sus ciencias, de su industria, como la sávia al través de los árboles, como la luz al través de los mundos; no creen que puedan deberla á la arbitrariedad de un hombre, que puedan recibirla del poder de un César, sino de Dios y de su derecho. La invocacion á la libertad era pura y simplemente el suicidio, la muerte del Imperio.

Otra de las novedades que en aquellos dias privaba: la trasformacion del Senado. Durante todo el Imperio, esta alta Cámara se en-

cerraba lejos de la vista del público, en sus espléndidos salones del palacio Luxemburgo. Pocos monumentos habrá en el mundo que tengan la dramática historia de este magnífico monumento. A primera vista, se descubre el génio del Renacimiento; el influjo de los Médicis sobre esta grandiosa época; y el influjo de esta grandiosa época sobre el génio francés y sobre las artes francesas. No digamos que tiene este monumento, ni aun de lejos, la majestad ciclópea del palacio Pitti, ni la sublime austeridad de los edificios toscanos que en Siena y en Florencia encantan la vista y elevan el ánimo. Pero tiene indudablemente en la graciosa disposicion de sus moles y en la esbeltez de sus columnas, algo de esa armonía arquitectural en que se revela y centellea el génio artístico de la inspirada Italia. Y á los encantos artísticos se sobreponen allí los recuerdos históricos. En él pasó, bajo sus bóvedas, los últimos dias de su [illegible]uda del grande Enrique IV, abando- [illegible] débil Luis XIII, María de Médicis, [illegible]tina que inspiró tantos cuadros á

Rubens, y que ha quedado, á pesar de su orígen y de su raza, en los resplandores del Arte, más como una figura flamenca, que como una figura italiana; y en los recuerdos de la historia, más como una prisionera desgraciadísima, que como una poderosa princesa. Allí armó gran parte de sus conspiraciones la duquesa de Montpensier, la célebre heroina de las revoluciones de la Fronda, y se dió á sus escandalosas orgías la duquesa de Berry, la célebre Pasifae de las cenas del Regente. Una noche, el Luxemburgo presenció sublime y luctuosa escena. Varios jóvenes y algun que otro hombre maduro, cenaban severa y tristemente á la luz de algunas raras bugías, mientras por las calles circunvecinas paseaba sus cóleras de venganza y sus funerarias antorchas de muerte, la revolucion triunfante. Uno de aquellos hombres, el más jóven quizá, y sino el más jóven el más inspirado, el más elocuente, hablaba con voz serena y estáticos ojos, cual si el pensamiento se absorbiera ya en la eternidad, y la palabra bajara de otros mundos, en

[redacted]

lenguaje digno de Platon por su elocuencia y por su idealismo, de las sublimes tristezas de la muerte y de las consoladoras esperanzas de la inmortalidad, prestando un último homenaje á las dos ideas que son como los dos polos del Universo material y moral, á la idea de la libertad en la tierra, á la idea de Dios en el cielo. La luz del dia, que penetraba por las ventanas, venia á iluminar la última noche de los Girondinos, su última cena, y el primer dia de su gloria, de su comunidad santísima con la humanidad. Cuando el agente de los tribunales revolucionarios les anunció que era llegado el momento supremo, bajaron las escaleras del Luxemburgo, como si fueran á una tranquila religiosa ceremonia; y subieron las escaleras de la guillotina, como si subieran las gradas de un altar. Aquella legion de hombres ilustres, que habia vivido sosteniendo en la tribuna el ideal de la libertad, murió cantando en el cadalso el himno de la República, semejantes á los coros de los divinos héroes de la antigua Grecia, dignos de ser trasmitidos á la posteridad por el

[redacted]

cincel de Fidias, y loados por la lengua de Demóstenes, y ceñidos de laureles por las manos de los discípulos de Sócrates y de Platon, y cantados por las liras de Tirteo y de Píndaro. Así es que en aquel tremendo dia, último desenlace de esta tremenda tragedia; cuando Robespierre se presentó á las puertas del Luxemburgo, el carcelero no quiso recibirlo, sin duda para que la sombra del verdugo implacable, caido en la máquina que alimentara su orgullo y su soberbia, no se confundiera con la sombra de sus víctimas, en aquel momento de merecida expiacion, que prueba la inmanencia de la justicia en la historia. Luego, cuando estos dias trágicos pasaron, y vino el epicúreo Directorio, la prision volvió á ser palacio; y las cenas y las orgías de los tiempos del Regente, se reprodujeron y se agravaron en esta sensual agonía de la primera República, que, al decapitar todas las ideas, dejó libre y ancho espacio á todos los apetitos. Aquí, en este palacio de tan varios destinos, continuando las tradiciones del Regente y del Directorio, se alberga-

ba el mudo y grotesco Senado del Imperio, recluido en las sombras durante largos años, y ahora, al acercarse las postrimerías, patente al público, cual si todo se abriera y manifestara para el Final Juicio de aquel podrido y canceroso despotismo.

El público iba, más que para oir á los senadores, para ver aquel salon, compuesto de dos hemiciclos; ornado con las estátuas de San Luis y de Carlomagno, con frescos que recuerdan antiguos hechos de los estamentos feudales; resplandeciente todo él de estucos y de dorados, propios del vulgarísimo gusto napoleónico, espléndido y rico si se quiere, pero pobre de invencion y de arte. Mr. Rohuer esplayó allí en discurso de pretensiones literarias su gastada elocuencia ministerial. Reducíanse los discursos presidenciales en las aperturas del Senado á meros cumplidos políticos, y al elogio de los senadores muertos en el interregno parlamentario. Durante el último habia fallecido uno de los primeros ingenios de Francia, Mr. de Sainte-Beuve, íntimo amigo y comensal asíduo del príncipe

Napoleon. La figura de Sainte-Beuve se despegaba por completo de aquel imbécil Senado. Liberal convencido, libre pensador constante, filósofo de escasas ideas, pero de profundo apego á la libertad de la conciencia, antiguo romántico, partidario de las reformas revolucionarias, literato consumado, discípulo y maestro en las nuevas escuelas, sus grandes talentos enamorados del siglo décimo-octavo se habian complacido en historiar á los jansenistas preparadores de la revolucion y en estudiar con la profundidad de un fisiólogo y con la paciencia de un anatómico los escritores, los artistas, los poetas, los tribunos más ilustres de su nacion y de su tiempo. En el Senado, Sainte-Beuve se levantaba siempre á defender el derecho de estas conciencias henchidas con las promesas de lo porvenir á manifestarse públicamente; y á la hora de su muerte declaró que no consentia la presencia en su entierro de ningun sacerdote. Rohuer se encontró en grave apuro. Alabar las obras de Sainte-Beuve le era imposible, puesto que no habia tenido ni el tiempo indispensable

para estudiarlas ni el gusto literario para comprenderlas. Alabar su vida le era imposible tambien, por lo mismo que aquella vida se consagró á la más perseguida y más calumniada de todas las libertades, á la libertad de pensar. Y no digamos nada de las disposiciones con que recibiera y aceptara la muerte, de aquellas disposiciones á prescindir de todos los cultos, calificadas por Rohuer de insigne temeridad. Lo único que habia de notable en el discurso del presidente era una vulgarísima superstición de la escuela neo-católica, la cual, teniendo Estados, gobiernos, presupuestos y hasta ejércitos, llama á los filósofos intolerantes, no porque persigan sus dogmas, sino porque los combaten. Parecia imposible que semejante vulgaridad se abriese paso hasta llegar á las cimas de las Cámaras francesas.

El interés político se concentraba todo entero en el Cuerpo originario del sufragio universal, en el Cuerpo Legislativo. La oposicion republicana trató, como era natural, de enderezar con su actividad los entuertos cometi-

dos por sus impremeditaciones. Julio Favre interpeló al gobierno sobre la conducta de las autoridades y agentes de órden público, sobre el mantenimiento de las candidaturas oficiales, sobre la represion ilegal y violenta de las agitaciones obreras, sobre el retraso en la reunion de la Cámara, completando esta obra de política práctica con un proyecto de política teórica que afirmaba una vez más el principio de la soberanía popular y reivindicaba el poder constituyente para los elegidos del pueblo. Raspail, que no firmó el manifiesto de la izquierda, ni quiso asistir á sus reuniones, picóse de celos al ver la actividad de sus rivales, y presentó una proposicion de palabra, sin atenerse á ninguna fórmula reglamentaria y por consecuencia sin aspirar á ningun efecto político, demandando la acusacion y el castigo de los ministros.

Las elecciones para los cargos de la mesa alcanzaron la importancia que jamás tuvieron durante la época de la verdadera dictadura imperial. La oposicion presentó entre otros nombres el significativo y célebre de Grevy,

que recordaba implacable oposicion al Imperio, antes de su terrible nacimiento; y el nombre de Grevy reunió un número de votos verdaderamente amenazador á la estabilidad y al afianzamiento de las instituciones imperiales. La organizacion del Cuerpo Legislativo en secciones se verificó sin graves dificultades; y solo Emilio Ollivier trajo extraña perturbacion, pronunciando recalentado discurso sobre los injustificables cambios de su política, y persistiendo en declararse consecuente, despues de haber cometido todo género de inconsecuencias. El 2 de Diciembre no hubo sesion. Al anunciarlo, el periódico republicano titulado el *Avenir National* dijo estas palabras, que probaban cuánto habia crecido la audacia de la oposicion y menguado la autoridad del Emperador: «No celebrando sesion, presta el Cuerpo Legislativo homenaje, de buen ó mal grado, á un sentimiento que durará en Francia tanto como el sentimiento de la justicia y del derecho. Imposible desde hoy que una Asamblea francesa y libre pase, sin mostrar que conserva de él algun

recuerdo, por el aniversario del dia en que Napoleon Bonaparte, olvidando el juramento prestado á la República, aprisionó á los mandatarios del pueblo y cambió en cuerpo de guardia el palacio de la Representacion nacional.» La derecha ardió en ira á la lectura de este artículo y gritó fuertemente contra el escandaloso blasfemo. Muchos de los diputados más ardientes propusieron que el artículo fuera denunciado ante la Cámara y en la Cámara juzgado, para asociarse con una manifestacion imponente á la obra del 2 de Diciembre y al golpe de Estado de que nació el cesarismo. El gobierno tuvo que reprimir estos ímpetus de sus amigos y resignarse á los ataques de sus enemigos; profundo cambio, testimonio vivo de su impotencia. El 3 de Diciembre inauguró Rochefort su carrera parlamentaria. Asentado en lo más alto de la extrema izquierda y en el sitio á que llamaban la Montaña, anunció una proposicion. Todos los ojos se tornaron hácia él, todos los oidos se abrieron para escucharle. Pendia materialmente, sin exageracion alguna, la Cámara entera

de sus lábios. Temeroso de que no llegase á todas partes su débil voz, descendió hasta el centro de los bancos, y se colocó en las gradas de en medio. La ansiedad por oirle era tan grande que de todas partes se alzó un grito diciendo «¡á la tribuna!» La Cámara entera lo alzó al pedestal de los grandes oradores. ¿Qué irá á decir? se preguntaban á una todos los asistentes al solemne acto. Rochefort, sin largo exordio, sin precauciones oratorias; como quien sale de difícil paso, con la mayor celeridad posible, pidió que la guardia militar adscrita á la custodia de la Cámara se cambiase por un piquete de la guardia nacional. No hay decir que el desengaño y el desencanto excedieron notablemente á la curiosidad y á la impaciencia. Las discusiones de actas revelaban la profunda gangrena del Imperio. En las pasadas sesiones se habia discutido mucho sobre la incompatibilidad entre el cargo de diputado y el cargo de funcionario en los palacios imperiales. Para evitar nuevos escándalos, el gobierno anunció que los diputados palaciegos habian dimitido

sus cargos palatinos, aunque á los pocos dias se supo que habian sido nombrados para estos mismos cargos con el carácter de honorarios. Clemente Duvernois, antiguo favorito del César, elevado casi por fuerza á la dignidad de representante del pueblo, tenia en sus actas irregularidades tales, que estaba dispuesto á dimitir el cargo antes que someterse á los azares de la discusion. Un diputado de la izquierda mostró que en Puy-de-Dome solamente el gobierno habia repartido como cebo electoral noventa mil francos á las iglesias.

Los defensores del gobierno reconocieron la verdad de estos hechos y proclamaron que, si eran lamentables, se hallaban compensados por excesos de polémica lamentables tambien. Habíase reunido una oposicion dentro de la mayoría, compuesta de ciento diez y seis diputados resueltos á combatir el poder personal y á obtener la responsabilidad de los ministros; pero las esperanzas dadas á Emilio Ollivier y las promesas hechas eran de tal magnitud, que se dió traza para disol-

ver este formidable grupo y disolverlo en la inmensidad de la mayoría.

Mientras tanto la discusion de actas revelaba bien á las claras que el Imperio se moria y que la opinion se sublevaba en su contra. Las elecciones de los Pirineos orientales fueron admirablemente discutidas por la habilísima elocuencia parlamentaria de Julio Simon. Es completamente imposible hablar con más propiedad el francés ni tener más encanto y más seduccion en la palabra. Quizá le sobra un poco de miel, y resulta, por lo tanto, demasiado dulce, con riesgo de empalagar al auditorio. Pero en este momento ni siquiera tal defecto tenia su admirable palabra, porque rebosaba en amarga hiel. Y no podia ménos si pintaba con exactitud las maniobras electorales del gobierno, las amenazas imperiosas, los favores innumerables, los cohechos y captaciones, las mesas al aire libre cargadas de viandas, los toneles corriendo como fuentes, los regalos ofrecidos al bello sexo para que ejerciera sobre los electores us naturales seducciones, el cielo presentado

como una recompensa al complaciente y el infierno como un castigo al recalcitrante desde las alturas del púlpito; el esbirro, deslizándose en el seno de las familias, para infiltrarles el veneno del miedo y argüirles de querer traer sobre los deudos más queridos los horrores de la más horrible deportacion. La mayoría, no teniendo razones con que defenderse, ahogó á gritos, en estruendo infernal, las elocuentísimas invectivas del ilustre orador y las fervientes protestas de la activa oposicion. El acta de Clemente Duvernois encerraba tambien grandes enseñanzas. Este escritor, que perteneciera durante mucho tiempo al partido democrático, habíase convertido á la religion imperial. El Emperador le pagó esta traicion, elevándole á la más alta categoría y al más elevado rango en su efusiva gracia. Tuvo, pues, todo su favor. Necesitaba un distrito, y el diputado de los Altos Alpes se sacrificó por él, y le cedió su puesto. El dimisionario fué largamente premiado, y el prefecto del departamento advertido de la eleccion del César. Este gobernador puso

el dedo en la llaga declarando que sus gobernados eran pobres para darse al excesivo lujo de una política propia. A los buenos entendedores con una palabra basta, y la eleccion fué materialmente comprada. El Cuerpo Legislativo aprobó sin escrúpulo esta compraventa. En el distrito del alto Garona pasaron, á la vista de los guardianes de la ley, dos bien [illegible]: primero el alcalde se llevó las urnas á su casa y las metió, como cualquier otro mueble que no es para nombrado, bajo su cama, y los agentes del diputado [illegible] en blanco para [illegible] á los electores más considerables de la oposicion. Así representaba el Imperio de los Bonapartes la voluntad de los franceses.

Esta mayoría tan cortesana y tan complaciente, capaz de aprobar las falsificaciones electorales más monstruosas y de absolver los crímenes políticos más grandes, quería anular el acta de Mr. Girault, diputado del Cher. ¿Por [illegible] habia usado alguno de los reprobables [illegible] de las abusivas prácticas de los dipu-

tados imperiales? No. Habia dicho francamente sus ideas y los electores le habian elegido, le habian dado sus poderes en virtud de estas mismas ideas, y para que las sostuviera y las representara en la Cámara. Pero estas ideas no eran del agrado de la mayoría. Mr. Girault habia dicho que pertenecia con orgullo á esa gran familia de trabajadores, que ha sido alejada de la cosa pública por incapaz y del contacto con las otras clases sociales por indigna de ellas. La segunda seccion proponia que fuese admitido el diputado, aunque lamentaba que hubiese expuesto en sus programas avanzadas doctrinas. Llega la hora de la votacion, y sin debate, sin discursos, sin prévias declaraciones; como si de la cosa más natural del mundo se tratara, la Cámara desecha el dictámen de la comision, y arroja, por consiguiente, de su seno al diputado legítima y pacíficamente elegido. En los anales parlamentarios no se recuerda un hecho de tanto alcance, una salida de tanta gravedad. La oposicion se alarma, se enfurece, grita, protesta, arroja en cara á la mayoría este infame

atentado. Es una sorpresa, exclama Garnier-Pagés; una violencia Gambetta; una vergüenza Favre; un crímen Cremieux. Ernesto Picard logra lanzar sobre el tumulto estas expresivas palabras: «Os habeis suicidado, y habeis disuelto la Cámara.» En efecto, expulsar á un representante del pueblo por ideas que habian sido solemnemente acogidas y sancionadas en la eleccion era cometer un verdadero golpe de Estado, era faltar conjuntamente á todas las leyes. La mayoría grita, amenaza, ahoga la palabra de aquellos que la llaman al respeto de sí misma y á la observancia de la constitucion. Mr. Buffet pide que se revise de nuevo este dictámen; Mr. Estancelin no puede explicarse que una mayoría anule violentamente la eleccion de un diputado porque sus ideas no le agradan ó no le satisfacen. La derecha dice que el departamento del Cher es el refugio de todos los internacionalistas, y que la circular de Girault le ha valido más de tres mil votos. El diputado Pinard se alarma de estas violencias y dice que si un Congreso se cree hoy autori-

zado á proclamar la indignidad moral, mañana se creerá autorizado á proclamar tambien la indignidad política de toda la oposicion, y propone que la anulacion del acta se funde en haber dicho Girault una falsedad, en haber dicho que pertenece á la clase trabajadora, cuando ha salido de esa clase por sus ahorros y entrado en la clase propietaria por sus riquezas. La mayoría comprendió el abismo á donde la llevaba semejante arbitrariedad, y Mr. Girault fué al cabo admitido y proclamado representante del Cher.

Mientras tanto la crísis se agravaba. Los señores Raspail y Rochefort presentaron una proposicion que compendiaba en brevísimas palabras toda su política. «Un estado, decian, es la suma de los municipios como los municipios la suma de las familias. El Ayuntamiento elegido cada tres años nombra sus alcaldes. Las diferencias entre los ayuntamientos serán dirimidas por un jurado especial; y las diferencias entre los distritos y cantones por el Cuerpo Legislativo. Libremente elegido este por el sufragio uni-

versal es el municipio de los municipios, y decide en última instancia de todo lo concerniente á los intereses generales de la nacion. El impuesto progresivo reemplaza á todos los otros impuestos. El Congreso fija anualmente el presupuesto y señala los tributos que los ayuntamientos reparten con arreglo á la distribucion de la riqueza. Todo ciudadano es soldado desde los veinte á los cincuenta años, y reside en sus hogares pudiendo ser solamente obligado á los ejercicios militares cada ocho dias durante tres horas. Cada legion del ejército nombra anualmente sus jefes. El Cuerpo Legislativo nombra á su vez los generales.» El ministro de la Gobernacion llamó ridículos á los autores del proyecto, y Rochefort le contestó, aunque con veinticuatro horas de espacio, que por muy ridículo que él fuera, jamás se habia paseado, como cierto pretendiente en requerimiento de una corona, por las playas desiertas con un águila domesticada á la espalda y un pedazo de tocino en el sombrero. Estos proyectos eran episodios del drama principal, cuyo argumento se com-

ponia de dos actos; en el nombramiento de un nuevo ministerio y en la pronta terminacion de aquella terrible crísis. Un partido se habia formado, el cual pedia paz á toda costa, régimen parlamentario á toda prisa, abrogacion de las leyes de sospechosos, envio al jurado de los delitos de imprenta, abolicion del timbre, libertad de los anuncios judiciales, señalamiento por las leyes de los distritos, reforma electoral, eleccion de los alcaldes dentro del concejo, castigo de los atentados á la libertad individual, investigaciones sobre el tratado de comercio. Del fondo de este grupo se destacaba la figura política de Emilio Ollivier.

Y en efecto, mientras las antiguas fracciones discutian á grito herido en la Cámara, el antiguo republicano intrigaba á la callada en las Tullerías. Servíale de intermedio el privado particularismo de Napoleon III, el jóven Clemente Duvernois. La privanza de este favorecia mucho á Emilio Ollivier á causa de la amistad que Duvernois le profesaba. Era este publicista un discípulo aventajadí-

simo de Emilio Girardin, cuyas fórmulas concisas y cuyos retruécanos graciosos imitaba con verdadero éxito. Así es que jamás el gran periodista de Francia, sintió entibiarse el afecto que profesaba á este discípulo predilecto, á este San Juan de su estilo. En casa de Emilio Girardin se conocieron Duvernois y Ollivier; y allí trabaron una amistad íntima y durable. El periodista pasó desde la oposicion á la córte, y ya en la córte, puso sus cinco sentidos en la elevacion de su amigo al gobierno. El estado de las cosas no era ciertamente para perseverar en sostenerlas: desengaño general, exacerbamiento revolucionario, gobierno sin autoridad y sin nombre, elecciones tempestuosas, candidatos oficiales elegidos casi por fuerza, mayoría incierta, grupos múltiples, oposicion franca y oposicion taimada, síntomas todos de las profundas descomposiciones que proceden siempre de una corrupcion universal.

Napoleon III no podia ya retroceder. El que abandona una dictadura, difícilmente de nuevo la recoje. El imperio iba á caer en

manos de un hombre, todo ambicion, todo vanidad, lijero, imprevisor, que habia abandonado el partido republicano y perdido su popularidad sin ganarse la estima de los conservadores; pródigo de palabras, avaro de hechos, acostumbradísimo á caminar en las tinieblas y en las intrigas; creyendo más en la fuerza de su elocuencia que en la fuerza de su política; y deseoso de reanimar lo que ya estaba muerto y descompuesto, el funestísimo Imperio. Emilio Ollivier tuvo siempre un valedor junto al César; primero el duque de Morny, el hijo bastardo de la reina Hortensia, el hermano querido de Napoleon III, hombre de claro talento y de suma habilidad política. Despues tuvo al conde Waleswky, hijo bastardo de Napoleon el Grande, casado con una mujer de mucha influencia en la córte, poderosísimo él por sí á causa de su sangre, y de su natural devocion á los Bonapartes. Tuvo por último al improvisado favorito Clemente Duvernois, de ménos valía que los otros, pero de más fortuna en sus gestiones, por lo mismo que el Imperio tocaba ya en los últimos

límites de irremediable decadencia. Los trasformadores del Imperio eran realmente tres hombres singulares. Primero: Emilio Girardin, célebre por la fecundidad de su pluma, por el encanto de su estilo, por el atrevimiento de sus frases, pero más célebre todavía por la veleidad de sus sentimientos y por el cambio continuo de sus movedizas impresiones. Segundo: Clemente Duvernois, jóven relativamente oscuro, lleno de ambiciones, aventurero en su vida, poco escrupuloso en su conducta, sin ninguna autoridad y sin ningun ascendiente sobre la opinion, porque le faltaba la más firme de todas las fuerzas, la más imperiosa de todas las autoridades, la fuerza y la autoridad moral que no se recaba ciertamente de los favores, y de las amistades del César; y el tercero, Emilio Ollivier, hombre sin altura bastante para aquella empresa, sin luz propia, lijerísimo, tornadizo, orador pedante é hinchado en la Cámara, abogado de órden secundario en los tribunales, un buen
ro de esos vulgares que sirven para lu-
n ventaja en los combates parlamen-

[redacted]

tarios de todos los dias, un pésimo director de grandes y abrumadoras situaciones.

Es curiosísimo seguir en los papeles privados y en las correspondencias particulares de la familia imperial toda la trama de este asunto. Emilio Ollivier, que mil veces habia sido halagado, puesto en camino de buscar la pista al poder sobre las alfombras de las Tullerías, y que á este fin trocara el público favor de sus electores por las tertulias íntimas de la Emperatriz, se impacienta, se desespera, viendo que nunca llega la realizacion de augustas promesas y escribe á comienzos de 1869 un libro dictado por el más ardiente amor propio, lleno de su persona; y rebosando en juicios temerarios sobre la política y en revelaciones indirectas sobre su amistad con la familia del César. Este libro, que le valiera universal reprobacion, tuvo su nombre en largo eclipse; y necesitáranse grandes desventuras y contratiempos para que reapareciera con algun favor en los consejos imperiales. Desde el dia en que monsieur Rohuer fué despedido, Emilio Ollivier

se alzó á la categoría de protagonista en la política. El Emperador hubiese querido que sucediera inmediatamente á su rival; pero Ollivier se negaba diciendo que tenia necesidad de algun espacio y de algun desahogo para estudiar una Cámara, cuyo nombramiento no habia dirigido, y aprender á manejarla. Estos escrúpulos explican la formacion de ese ministerio transitorio que sirve como de puente entre la privanza de Rouher y la privanza de Ollivier. Desde Octubre de 1869 hasta Enero de 1870 las negociaciones por escrito no cesan ni un momento. El futuro ministro, asaltado por los amigos y por los pretendientes, huye de Paris como alma escapada del purgatorio, y se refugia en el departamento del Var á solas con su conciencia para meditar sobre el mapa de sus planes y sobre la tremenda responsabilidad que va inmediatamente á echar sobre sus hombros. Allí todos los dias le llegan cartas de Compiegne, palacio de caza, sitio imperial de Oto-

Duvernois tiene lujosas habitacio-

uno de los comensales del César.

En estas cartas se explican mútuamente sus proyectos y sus trabajos; las esperanzas y los temores que les asaltan; los medios de llegar con más facilidad al poder y de conservarlo por más tiempo. Duvernois no trabaja solamente por el Imperio y por la Francia; trabaja tambien por conseguir la cartera de Gobernacion, y si á tanto no pudiese llegar, la subsecretaría de Estado. Emilio Ollivier y Clemente Duvernois contraen á una la manía de preferir á los políticos viejos, á los políticos experimentados los políticos jóvenes, porque ambos á dos tienen lo que podríamos llamar una juventud relativa. Pero hay algo más dañoso que los viejos ignorantes é impotentes y son los jóvenes pervertidos y egoistas. Los que buscan á una entre las postrimerías del Imperio, la presidencia del Consejo de Ministros, y la cartera de Gobernacion, en verdad, no aparecen con gran derecho á criticar el egoismo de los viejos.

El Emperador los temia á ambos, y especialmente á Ollivier, puesto que entre sus papeles se encontraba misteriosa nota de mano

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] octubre [illegible] correspondencia epistolar [illegible] la resolucion [illegible] escribe á [illegible] le inspira profundo [illegible] aumentado desde el dia en que se entregó á la política liberal. Pero por lo mismo tiene el deber de decirle [illegible] uno de sus hermanos, honrado [illegible], las transacciones todas padecen [illegible] dilatorias que se oponen á la [illegible] política, aconsejada por la

conciencia, y ya resueltamente abrazada por su generosísimo corazon. La convocatoria para el 29 de Noviembre fué un error, pero ya cometido, hay que mantenerlo, pues si el Emperador retrocediese á las amenazas de la oposicion se disiparia el Imperio.

Mas era necesario no retroceder tampoco en el camino de la libertad. Toda situacion nueva exige hombres nuevos. La política imponia el que estos hombres tuviesen bastante valor para dejar á la prensa y á las reuniones todo su vuelo á fin de que los irreconciliables se comieran los unos á los otros en sus diarios combates. En cuanto á la manera de realizar la nueva política, Ollivier se niega resueltamente á una conciliacion estrecha con Rohuer, conciliacion que seria la ruina de ambos. Tambien se niega á entrar en el ministerio de transicion, porque cree que se disminuiria su personal importancia sin dar ninguna fuerza al gobierno. Lo que pide, lo que necesita es que el Emperador, descendiendo desde las alturas del trono hasta su humilde pequeñez, le encargue á él por medio

de carta publicada en el *Moniteur* la formacion de un ministerio. Esto tendrá dos ventajas: herir y sorprender el ánimo del pueblo, y elevarlo á él á una trasfiguracion maravillosa. En ese ministerio se compromete á dejar alguno de los ministros del gobierno de transicion, Magne, por ejemplo, que desempeña la cartera de Hacienda, y Forcade, que desempeña la cartera de Gobernacion, pero pasando á este á otro departamento; los demás ministros saldrian de los dos centros, izquierdo y derecho. Con tales condiciones, el representante de la política liberal dentro del Imperio se decide á tomar sobre sus hombros la carga del poder y á combatir con todas sus fuerzas la revolucion.

El dia tres de Octubre, Duvernois responde á la carta de Ollivier con otra, en que llama á su amigo, sobrado exigente: «No lo creias, le responde el futuro ministro. No puedo hacer otra cosa, en frente de una Córte que me considera como extranjero, y de una Cámara que han elegido mis capitales enemigos. Necesito tomar todo género de precauciones

para no caer en odioso ridículo.» Y en efecto, estudia todas las combinaciones: un nuevo llamamiento de Rohuer le parece peligroso; la permanencia del gabinete de transicion le parece imposible; un gobierno compuesto sólo del tercer partido frágil; y por eso pide que le dejen tiempo para tomar conocimiento de la Cámara y darle seguridades y garantías que calmen y ganen al mayor número. Duvernois no comprende que dilate así la crísis quien se queja de dilaciones; y conjura á Emilio Ollivier para que entre de cualquier manera en el ministerio. *Non possumus*, responde Ollivier, con la fórmula del Papa, sosteniendo que hay grave, gravísima diferencia entre anexionarse él á la mayoría como un pedisequor, ó anexionar la mayoría á su persona como un jefe.

Clemente Duvernois se dirige al Emperador en demanda de que excuse y perdone á su orgulloso amigo. Cómo habilísimo en cortesanas intrigas, comienza ganando la voluntad del poderoso protector para su cliente y encareciendo el profundísimo agradecimiento

que, próximo á ser agraciado, tiene á aquel de quien recibirá la gracia. Parécele cosa extraña que pretenda presentarse ante la Cámara como candidato, con aspiraciones y esperanzas, no como ministro, con poder y con victorias. Si en este caso quisiera hallarse; con el gobierno en las manos, con las señales del favor imperial en la frente, con la persuasion en el ánimo de que nadie seria poderoso á contrastar su influjo, las intrigas de la derecha, y las invectivas de la izquierda, los ódios de irreconciliables albos y de los irreconciliables rojos, las maniobras del tercer partido y las indecisiones de los hábiles, todo se estrellaria en el valor y en la fortuna de Ollivier, el cual da por su desgracia al discurso y á la palabra mucho más valor que al hecho y á la accion.

Por el contesto de la carta se conoce lo mucho que ha herido á Napoleon el proyecto ollivieresco de ir al poder llamado por solemne nota ó por carta autógrafa, inserta en el *Moniteur*. Duvernois le asegura que su cliente no pretende reducirlo al triste papel de Reina

de Inglaterra; antes bien darle más medios de poder y de influencia, puesto que gobernará por la opinion y para todos los franceses. Si algo pudiere temerse de su orgullo y de sus convicciones, todo debe esperarse de su fidelidad y de su afecto. Lo que Ollivier desea es el término de la anarquía ministerial. En guerra consta con los diputados de la oposicion, huye de hallarse en enemistad con sus compañeros de gabinete. A una oposicion disciplinada y revolucionaria, solo se puede oponer con éxito un ministerio fuerte y compacto. Si cada ministro viene de un partido, y conserva una camarilla, y tiene sus adeptos enemigos de los demás ministros, y funda su fraccion de parásitos, y tiende á desacreditar á sus colegas en la opinion del soberano y á perderlos en las emboscadas del parlamento, llevando á la política entera esta sorda guerra del poder supremo, no hay, no puede haber ni salvacion, ni esperanza. Y hé ahí la razon que le asistia para no ingerirse en gabinete ya formado y aguardar á un gabinete que él pudiera formar, inspirado en la unidad

de pensamiento y conducido por la unidad de propositos á la misma accion.

En estas cartas á primera vista consagradas á la causa pública, deslízase, como lo más natural y corriente, el veneno de las pretensiones personales. Duvernois habla de sí á cada línea. Emilio Ollivier no tiene inconveniente en quedarse con alguno de los ministros que más en las Tullerías privan, con Forcade, por ejemplo, director de la última eleccion general, más con dos condiciones: primera, que acepte su programa de gobierno y que tome á Clemente Duvernois por secretario, cargo en el que este se eclipsará y se desvanecerá en la política imperial, como se eclipsan y se desvanecen los astros en el sol. Cual se ve, no perdia el penitenciario la ocasion; y si trabajaba por Emilio Ollivier, tambien trabajaba por sí mismo; como si todos, presintiendo el próximo fin, se apresuraran á repartirse las migajas del Imperio.

El diez de Noviembre, Ollivier parecia decidido á entrar despues de las elecciones de París, y antes de la reunion de la Cámara, á condicion de que Forcade pasase del ministerio

de la Gobernacion al Consejo de Estado. El doce escribe al Emperador, despues de pintarle cómo pasa sus dias en la meditacion, que la última reforma ha sido una série de trasformaciones profundas; que el secreto de la política está en llamar al rededor del Imperio, ya viejo, la alegre juventud; que el nombramiento de escritores y abogados, elegidos entre los de más talento y ménos edad, deslumbraria á la opinion; que Duvernois seria un excelente subsecretario; que Philis, amigo de Gambetta y de Ferri, pero conciliador en vez de irreconciliable, se ha cerrado las puertas del Cuerpo Legislativo por su sensatez, y debe encontrar las puertas del poder francas, de par en par; que los viejos no sirven para nada y solamente los jóvenes tienen abnegacion para inscribirse de antemano y numerarse como futuros vasallos del príncipe imperial; que su único empeño consistirá en ganar provechosos partidarios al Imperio, y prepararse un sucesor al gobierno, y en cuanto los hubiera ganado y preparádose el sucesor, hundirse y oscurecerse en su retiro;

que sólo una regeneracion, una especie de infusion de sangre nueva puede rejuvenecer y reanimar el cesarismo, y reunirlo y desposarlo con la fecunda libertad. En otra carta del trece, desciende á minuciosidades para la definitiva combinacion del nuevo gabinete. Aunque no lo dice claramente, se infiere de su propio silencio que nada quiere, absolutamente nada con el ministro Forcade. Es natural. No pasaba de un hombre de mundo, y el Emperador se empeñaba en hacerlo un hombre de Estado. En política tenia el peor de los oficios, ministro interino, provisional, suple-faltas de otros mayores repúblicos, figura decorativa, lo que llamábamos en España durante la última monarquía, un ministro de verano; mala, pésima nota para aquel que pretendia establecer un régimen definitivo, y levantar sobre las ruinas del Imperio autoritario su Imperio democrático y liberal. Luego el ministro que iba á personificar la nueva política odiaba al ministro que personificó la política antigua. Y no podia perdonar á Forcade haber sido el ne-

gro Zamora de Mr. Rohuer. Cuentan las tradiciones que madame Dubarry no se retrataba sino al lado de su negro, para que la sombra de la piel de este hiciese resaltar y brillar la blancura de su femenil piel como las sombras de la noche hacen resaltar la luz de las estrellas; y añadian los maldicientes que Rohuer no pronuncia un discurso sino despues de otro discurso de Forcade, buscando á lo Dubarry contrastes ventajosos y sombras propias para el realce de su elocuencia. Monsieur Forcade era un hombre muy mediano para entrar en la pléyade de hombres ilustres con que Emilio Ollivier queria realzar y rejuvenecer el Imperio.

Los tres hombres con quienes principalmente queria contar Emilio Ollivier eran: el conde Daru, Mr. Segris y Mr. Buffet. El conde Daru debia tener estrechas relaciones con el Imperio. Su padre fué un célebre historiador y un hábil hombre de Estado que ilustró con sus obras y con sus hechos los dias del primer Emperador. Sus padrinos fueron el Gran Napoleon y la emperatriz Josefina. Sus

primeros años pasaron en colegio napoleónico por excelencia y su primera profesion fué idéntica á la primera profesion de Bonaparte, oficial de artillería. Más á los afectos de su corazon y á las tradiciones de su familia se adelantaron y sobrepusieron las ideas de su mente. Entrado en 1832, á virtud de un derecho hereditario, en la Cámara de los Pares, apasionóse fervientemente por la teoría del gobierno constitucional y por la organizacion de los poderes públicos que formaban la base del reinado de Luis Felipe. Despues que el trono de su rey fué desarraigado por la cólera del pueblo, el conde Daru se inscribió en el partido republicano conservador y protestó contra el vergonzoso retroceso de la dictadura napoleónica en la terrible noche del Dos de Diciembre. Su nombre, su familia, sus recuerdos, su fortuna parecian ligarle al Imperio; pero su conciencia le apartó de todo contacto con el César y le tuvo recluido en su hogar hasta el dia crítico del inexperado renacimiento de las esperanzas liberales. Movi- por estas esperanzas, luchó como bueno en

las elecciones últimas del Imperio y entró como diputado en el Cuerpo Legislativo. Mr. Buffet tenia la misma historia y casi los mismos títulos. Su orígen era más liberal y ménos imperialista que el orígen de Daru. Diputado de los Vosgos, miembro de la izquierda en las Cámaras monárquicas, miembro de la derecha en las Cámaras republicanas, ministro de Luis Napoleon durante la presidencia; redactor de la ley de 31 de Mayo, que limitaba el sufragio universal; despues del golpe de estado entró en la vida privada, de la cual no salió sino para ir á la minoría parlamentaria de 1864 y pasar á la mayoría parlamentaria de 1868 como diputado del centro izquierdo y como renovador del gobierno cesarista por la infusion de la libertad. Segris no pertenecia, como los dos precedentes, al partido orleanista; Segris era un candidato oficial convertido por la práctica de los negocios y por el soberano influjo que adquiriera dentro del Parlamento á la teoría del Imperio parlamentario. Los hombres, pues, con quienes Ollivier trataba, no pertenecian, no, á esa

juventud nacida en los últimos dias de Luis Felipe, ó en los primeros dias de la República, educada por las doctrinas de la libertad en el ódio al Imperio, porque esa juventud pertenecia en alma y cuerpo á los republicanos y á los irreconciliables; el Imperio no se renovaba, sino con eclécticos en filosofía, doctrinarios en política, arqueólogos del Parlamento, náufragos de dos revoluciones, ruinas de otros tiempos, reaparecidos y resucitados, que ni comprendian las nuevas ideas, ni ganaban la voluntad y la conciencia de las nuevas generaciones. Conociendo el futuro Presidente del Consejo lo mucho que contrariaba á Napoleon encontrarse por todas partes cercado de enemigos, propúsole tambien el nombre de Pietri, corzo, antiguo abogado, funcionario de administracion departamental, sub-prefecto, prefecto, jefe de la policía bonapartista, uno de los amigos más fieles del [illegible] dor; el nombre de Chaseloup, vie[illegible] el Imperio, ministro presidente [illegible] de Estado, colaborador en las [illegible] se trasformaban la política; y el

nombre de Mege, alcalde, diputado provincial, diputado en el Parlamento, partidario de Rohuer, converso al Imperio liberal; nombres todos de bonapartistas sin tacha que decian claramente cómo Ollivier trataba por todos los medios imaginables, de dulcificar la pócima de orleanismo, suministrada á Napoleon por su alqüimia política.

Duvernois, mientras tanto, se ocupaba sólo en los negocios y en las candidaturas personales. Jóven, su manía era alabar la juventud imperialista, más podrida y más cancerosa que todos los partidos viejos; y como el Emperador desconfiara de los ardores políticos de los jóvenes, prometíale cordura y prudencia. Mas á pesar de todas sus apologías, de todas sus oraciones por sí mismo, de su lirismo juvenil, no fué Duvernois aceptado ni para el ministerio ni para la subsecretaría de Gobernacion. El 31 de Diciembre Ollivier escribia estas palabras á Duvernois: «Nada desearia tanto como teneros á mi lado; bien lo sabeis. El Emperador participa de mi deseo; pero cree que en vuestro propio interés val-

[redacted]

dria más diferirlo de manera que vuestro advenimiento fuese más eficaz. Os deseo con toda mi alma que jamás seais encargado de formar un ministerio para que no tropeceis con tantas vanidades feroces.» La carta de Duvernois respondiendo á esta carta de Ollivier es un documento curiosísimo. «Caro amigo mio: habeis tenido la complacencia, antes de ayer, de ofrecerme por medio de Emilio Girardin, y ofrecerme en seguida vos mismo, la cartera de Comercio en el gabinete que estais encargado de formar. Os he dicho todas mis repugnancias, y os he hecho todas mis objeciones. Mi juventud, mi inexperiencia en la Cámara, mi amistad demasiado conocida al Emperador, extraño cargo, dirigido á los que han luchado valientemente en favor de la libertad por aquellos que defendian el gobierno personal; estas objeciones no me han detenido un minuto, y al saber que los hombres distinguidísimos que forman el centro izquierdo, y los hombres eminentes que forman la izquierda del centro derecho rehusaban el poder, he aceptado sin vacilar un

honor bastante peligroso para que todo el mundo lo rehusase.»

«Pero Mr. Magne os ha dirigido las mismas objeciones que yo os he dirigido y sin embargo habeis perseverado. Os doy gracias, pero os vuelvo toda vuestra libertad, declarándoos que me niego á entrar en una combinacion ministerial en que Mr. Magne tenga la cartera de Hacienda.»

«Hé aquí mis razones: no se puede en mi sentir defender el tratado de comercio sino cumpliendo con resolucion las promesas dadas á la industria en el término del tratado. La primera condicion de este programa es el cumplimiento prudente pero atrevido de reformas financieras que Magne no emprenderá jamás. Hay, pues, incompatibilidad de humores entre quien quiere trabajar mucho y un ministro de Hacienda que le niega el medio único de realizar estos trabajos. Además, como criterio general creo que no es práctico el querer coser paño viejo con paño nuevo y que se necesita elegir entre un gabinete de accion y un gabinete de inaccion.»

[redacted]

«A decir verdad, creí que la resolucion del Emperador era incontrastable cuando le ví decidirse por un primer ministro de cuarenta años. Creí que despues de haber dado al país todas las libertades de discusion deseaba dar á estas libertades alimento, entrando resueltamente en la via de las reformas civiles, financieras, industriales, comerciales. Creí en un 52 liberal. Para cumplir esta obra imaginaba que íbais á llamar á todos esos jóvenes dejados en las sombras por ministros imprevisores.»

«Veia ya cómo os asociábais todo cuanto hay de capaz en la Cámara, en la prensa, en la abogacía; parecíame que á la cabeza de estas tropas de refresco, un general de cuarenta años podria librar con éxito, ó al ménos con honor, batalla decisiva á los que quieren destruir el Imperio y á los que quieren hacerlo su juguete. Bajo estas hipótesis llegaba yo naturalmente; no era ni un favorito ni una casualidad: era una rueda de la gran máquina que íbais á impulsar; y por alto que me colocara vuestra confianza, perdíame en la mu-

chedumbre de los recien llegados. Pero francamente; ¿qué hará mi juventud en medio de un personal incierto, tímido, creido de que el arte de buen gobierno es un arte de retórica, el arte de decir mucho y de no hacer cosa alguna? Os preguntaria á vos mismo por qué os metíais en esa Babel si el deber no os encadenase. Rodeaos, pues, de hombres moderados y prudentes que os moderen; y dejadnos esperar á nosotros. Pero no olvideis, amigo mio, que Francia está enervada como el hombre que bebiera café y licores continuamente sin comer nada. Si le dais la libertad política sin darle una ocupacion por las reformas indispensables, por el arreglo de los impuestos, por los trabajos fecundos, contraerá la epilepsia, y el gobierno parlamentario habrá de morir una vez más á las mismas causas que tantas veces lo han asesinado.»

«Convenido: cuando querais formar un gobierno activo, seré vuestro compañero sin condiciones y sin aplazamientos; pero me creo demasiado resuelto para un gabinete

mixto y demasiado previsor para un gabinete de inaccion.»

Al cabo triunfó Emilio Ollivier en toda la línea. El ministerio de transicion, puente entre la personalidad política de Rohuer y su personalidad política se disuelve, el Emperador le encarga por medio de solemne nota oficial, la formacion de nuevo ministerio. Sin embargo, esta obra se inauguraba bajo tristísimos auspicios. Uno de los tres fundadores del Imperio, Clemente Duvernois, como hemos visto por la carta precedente, llamaba á los nuevos ministros, perezosos, holgazanes, incapaces, dispuestos á dar libertad pero sin saber conservarla, y prontos á convertir la agitacion saludable, que entonces poseia á Francia, en peligrosa epilepsia. Emilio Ollivier tenia que arreglar su ministerio á las exigencias y á la composicion de la Cámara. Habia en esta una extrema derecha completamente militar y cesarista, que veia de mal ojo todas las reformas concebidas y aspiraba con aspir[illegible]emente á rehacer el antiguo Im[illegible]r con toda su prepotente dictadu-

ra. Junto á estos imperialistas ortodoxos, alzábanse los diputados del centro derecho, que pugnaban por constituir un Imperio liberal, pero sin quitarle al Emperador su papel preponderante y su omnímoda autoridad. El centro izquierdo queria más que todo esto, queria la familia de los Bonapartes en el poder, más representando en la historia de Francia el papel que los Oranges en la historia de Inglaterra, y resignándose por consecuencia á ser una dinastía sinceramente constitucional, decidida á declinar la responsabilidad y la realidad del poder en los diversos representantes de las fracciones parlamentarias, y á restaurar el reinado histórico de las clases medias. La izquierda se hallaba profundamente dividida. Unos, á cuya cabeza veíase á Monsieur Thiers, sustentaban la monarquía constitucional circuida de las libertades que se llamaban proverbialmente necesarias. Otros, á cuyo frente veíase á Julio Favre, se inclinaban á la República; pero á una República conservadora, igualmente alejada de la reaccion y de las revoluciones. Los más con Gam-

[illegible] por [illegible] [illegible] á la República ra-
dical, y al [illegible] del [illegible], y á la se-
paracion de la Iglesia y el Estado, y á todos
los dogmas de la más pura democracia. Mien-
tras que los diputados [illegible] en las urnas
se llamaban [illegible] [illegible] una más
esperanza en una reconciliacion de los par-
tidos liberales, y en una práctica sincera de
la República. Emilio Ollivier pertenecía por
sus antecedentes y por sus antiguos com-
promisos á la extrema izquierda, por su con-
[illegible] al centro izquierdo, por su encargo
de formar ministerio y su deseo de ser com-
placiente con el César al centro derecho.
Así es que nadie calculaba dónde iría aquella
inteligencia tan fácil y flexible, tan expuesta
á continuas trasformaciones y cambios. El
centro izquierdo celebraba durante la velada
del 27 de Diciembre una reunion particular
allá en los salones del Grande Hotel. Al mis-
mo tiempo celebraba otra reunion el centro
derecho y en el mismo edificio. El prefecto de
las serviles complacencias con el pueblo du-
la República túvolas mayores con el

Imperio despues de su candidatura á la presidencia, y se decidió á formar un ministerio con el centro derecho, prescindiendo por completo de sus mejores amigos. Quiso la casualidad sin embargo, que, un poco distraido y uñ mucho miope, se equivocase de habitacion y se entrara de rondon en donde los diputados del centro izquierdo estaban reunidos. Imagínese cuál seria el asombro de estos al verle y el asombro de Ollivier mismo al verse en aquel sitio. El afortunado ministro, en los dias de la preparacion de su ministerio para despistar á la opinion pública y tener en secreto el cambio próximo, fué á presentarse al Emperador, desde París á Compiegne, envuelto en tupido tapa-bocas desprovisto de sus históricos anteojos, aun á riesgo de romperse la crisma, en coche reservado, completamente solo, y á las altas horas de la noche, no como el Estadista que sirve á su patria, como el conjurado que tiende una celada y que medita un crímen. Ya en medio de aquellos á quienes tenia propósito firme de abandonar, como abandonára en otro tiempo á la extrema izquierda, se

escusa con su falta de habilidad y de vista, les dice su propósito de entrar en la reunion del centro derecho, y antes de separarse y despedirse de ellos, les lee en alta voz, y con aire de mal reprimido orgullo, la carta del Emperador encargándole con vivas instancias la formacion de un Gabinete. Escusado es decir que el centro izquierdo recibió todas aquellas noticias con grande curiosidad y con viva atencion pero en la más glacial indiferencia.

El centro derecho, por lo contrario, sintióse poseido del verdadero entusiasmo. Su política era la política del emperador Napoleon y de su primer ministro; sus hombres eran los hombres llamados al Gobierno. Despues de tantos programas pomposos, de tantas promesas solemnes, Emilio Ollivier se contentaba con la menor cantidad de liberalismo posible; y huia, para fundar un parlamento y un gobierno á la imágen de ese parlamento, huia de los verdaderos parlamentarios. El jefe del centro derecho era Magne, lítico hábil, orador consumado, financiero randes alcances, diputado de hábil tácti-

ca, autor del célebre empréstito de la Paz, que se cubrió treinta y siete veces; uno de los más ardientes cooperadores á la trasformacion del Imperio, como uno tambien de los más convencidos imperialistas. Dada esta situacion política, su mayor empeño consistia en sustentar el Imperio sobre las bases de un liberalismo bastante estrecho y con el concurso de los imperialistas ortodoxos. Pero de pronto insuperable obstáculo se elevó contra esta política. Creyendo Emilio Ollivier que sin Magne, sin su influencia era imposible conservar el centro derecho, lo convirtió en eje de todo su gobierno. Mas demostró Ollivier que desconocia completamente este grupo del cual se consideraba jefe. Dos diputados de alta influencia lo dirigian. Segris, de quien ya hemos hablado y Talhouet, noble de nacimiento, breton de orígen, diputado á la Asamblea legislativa de la República, enemigo irreconciliable del presidente Napoleon, protestante fervoroso contra el golpe de Estado, reelecto para el Cuerpo Legislativo del Imperio, promovedor de la política liberal y

[redacted]

de la restauracion del régimen parlamentario. Estos dos hombres, que Ollivier juzgaba decididos á una política estrecha y á un gobierno puramente de partido, declararon solemnemente que no entrarian á formar parte del ministerio si con ellos no entraban Daru y Buffet, los jefes del centro izquierdo. Naturalmente, esta resolucion desbarataba todos los planes del primer ministro y le ponian en grave aprieto, en apuro gravísimo ante las Tullerías. Llevar los dos jefes del centro izquierdo, los dos enemigos personales de Napoleon, los que habian sacrificado recuerdos imperialistas á convicciones arraigadas, era tanto como humillar en los primeros ensayos de parlamentarismo al jefe irascible del Estado. Pero si las resoluciones de los dos jefes del centro derecho eran irrevocables; si ponian esa indefectible condicion para su ingreso en el ministerio ¿cómo formarlo sin aquellos hombres, verdadero núcleo y fuerza verdadera de la mayoría? Además Ollivier estimaba indispensable á Magne, creyendo que con su ciencia y su experiencia toda dificul-

tad era salvable; y Magne consideraba la presencia del centro izquierdo en el Gabinete incompatible con su presencia. Daru aun era aceptable en las Tullerías, pero Buffet imposible. Imaginábase el Emperador, aquel Emperador dictatorial, omnipotente, arbitrario, dueño de la vida y de la hacienda de los franceses, como caido irremisiblemente del trono, como falto de toda autoridad y de todo prestigio si le obligaban á la forzosa aceptacion de uno de sus más implacables enemigos. Emilio Ollivier en su pueril impaciencia y en su desconocimiento de los hombres dirigióse á los dos jefes del centro izquierdo para que ellos mismos con rasgo digno de heróicos Curcios tuvieran la magnanimidad de persuadir á los dos jefes del centro derecho la revocacion y el desistimiento de sus resoluciones. Buffet fué magnánimo hasta pedir, rogar, instar, amenazar, pero todo inútilmente. Queríanle sus ilustres rivales dentro del ministerio. Por fin decidióse Ollivier á dar una sola cartera á los jefes del centro izquierdo y en tal sentido, habló con ambos. Pero así como Se-

[redacted]

gris y Talhouet no querian entrar sin Daru y Buffet, estos dos repúblicos, cual los gemelos de Siam, tampoco podian separarse. Buffet no entraba sin Daru, Daru no entraba sin Buffet. El buen ministro universal corria de acá para allá, sudaba la gota mortal, pedia á unos abnegacion, á otros olvido; iba de ceca en meca para coser voluntades opuestas, para unir bajo el yugo imperial caractéres indomables; y luego se encontraba abandonado de unos, conspuido por otros, ridiculizado por todos: castigo merecidísimo á su indecible orgullo. Los periódicos imperiales de la extrema derecha oponian toda suerte de obstáculos y declaraban que era imposible formar y conservar gobiernos dentro del régimen parlamentario. El desengaño fué tan grande, el dolor tan profundo, que Emilio Ollivier, cansado de luchar dias y dias con vanidades, ambiciones é intrigas, corrió á deponer en manos del Emperador su mandato y á desistir de sus propósitos. Clemente Dúvernois, resentido de que no le hubieran llamado al ministerio de Comercio, amenazaba

desde su periódico, órgano de las Tullerías; Casagnac, que acostumbraba á manejar la pluma como si fuera un rewolver, asestaba á boca de jarro insultos y dicterios contra los napoleonistas liberales; y la córte misma, como que se arrepentia de aquel cambio de política, y se entregaba á los más funestos presentimientos. A medida que las dificultades de Ollivier crecian, se aumentaban las pretensiones del centro izquierdo. Ellos, que en los comienzos hubiéranse creido harto recompensados con una ó dos carteras, reclamaban las importantísimas de Hacienda y de Estado. Era necesario para esto sacrificar á Magne, al jefe ilustre de la mayoría, y Magne fué sacrificado con gran sentimiento de Emilio Ollivier que veia la tierra faltarle bajo las plantas, y el aire írsele del pecho, si no contaba con el apoyo decidido de una mayoría compacta. Cuando, en sus tribulaciones, en sus angustias, oponia á la admision de algunos nombres los escrúpulos del Emperador, contestábanle ciertos periódicos, ecos fieles de las Tullerías, que el jefe de la nacion esta-

[illegible]

... [illegible] de las
Asambleas, creíase universalmente que el
[illegible] [illegible] aquellas
[illegible] para recobrar su poder, con grave
[illegible] abandonado. Así le reclamaban

cuenta estrecha hasta de las asechanzas de sus enemigos, y le exigian responsabilidad hasta por desgracias y por contrariedades, independientes de su voluntad, y atentatorias antes que á todo, á su poder y á su prestigio. Y sucedia esto porque el Emperador habia cambiado de forma y no habia cambiado de sustancia. En el fondo, la libertad concedida guardaba un interés y no una creencia. Era el fuego en que redoraba la deslustrada corona de su raza, y no la vida, y la luz, y el calor, y el espíritu, y el pensamiento de un gran pueblo. Las libertades no pueden ejercerse sino por medio de la dignidad moral elevada á culto en una austera conciencia. Y no tiene esa dignidad moral, ese primer sentimiento, el pueblo que recibe sus libertades como un don gratuito de sus reyes. Francia sabia que para tener la libertad de veras, necesitaba conquistarla por su propio esfuerzo, y no recibirla de los caprichos y de las voluntariedades del César.

Despues de largos dias y de ruidosas intrigas el ministerio Ollivier quedó formado, mi-

escasa
forza-
ministerios
provisional del
quedaba
incierto que hacia
Rigault, Vaillant, y
ministerio an-
ministerio, gra-
rivalidades de
entre ellos mismos
sacrificaban, pátria,
rencores y á
Ollivier se en-
Justicia. La magistra-
abogado á quien
respeto en no lejanos
carrera de Hacienda
Para que lleva-
injuria al Empe-
la política exterior del
despues de la batalla de
de Valdrome, escritor
por sus trabajos químicos que

[redacted]

por sus producciones políticas, entró en el ministerio de la Gobernacion. Mr. Louvet, tipo perfecto del cortesano de la fortuna, partidario de la monarquía de Luis Felipe, despues de su victoria en la revolucion de Julio; partidario de la República de Lamartine despues de su victoria en la revolucion de Febrero; partidario de la presidencia de Bonaparte despues de su eleccion; partidario del *golpe* de estado despues de su éxito; asistente por largo tiempo á las Asambleas serviles del Imperio donde se movian los diputados á los caprichos del César, como se mueven las figuras mecánicas en los relojes suizos; el Imperio liberal pudo encontrarlo dispuesto á una nueva trasformacion prodigiosa en su larga fatigosa carrera tras el dorado carro del poder, y aprovecharlo para el departamento de Comercio. Mauricio Richard, de la antigua oposicion democrática, de los nuevos imperialistas liberales, amigo íntimo de Emilio Ollivier, comensal asíduo del príncipe Napoleon, siempre adicto á la política más avanzada dentro del Imperio, entró en el departa-

[redacted]

mento de Bellas Artes. Y el 2 de Enero de 1870, segundo dia del último año de la fortuna imperial, salió en la *Gaceta*, despues de larga crisis y de penosa gestacion, el postrer gobierno nombrado por el postrero de los Bonapartes.

Yo lo habia dicho muchas veces, yo lo habia anunciado muchas veces; el Imperio se moria. Yo lo vi subir á su zenith, despues de Sadowah, cuando Austria vencida le ofreció Venecia y todos imaginaban que Prusia vencedora iba inmediatamente á ofrecerle el Rhin. Pasados estos primeros momentos, recobrada la serenidad de juicio, vió el mundo con asombro que Bismark habia engañado á Napoleon; y se eclipsó su estrella. El abandono de los proyectos sobre la anexion del Luxemburgo; la vergonzosa retirada de Méjico; la infame victoria de Mentana, acabaron de perderlo y de entregarlo inerme á las maldiciones de la pública conciencia. Sin embargo, los conservadores de Europa, que sólo adoran la fuerza material, y nada alcanzan de las corrientes de nuestras ideas, creian que

[redacted]

el Emperador iba á ser eterno. En Octubre ó Noviembre de 1868, anunció yo su caida en una inmensa reunion popular, celebrada con motivo del nombramiento de un Comité republicano para Madrid, y la anuncié en los términos pintorescos que son necesarios para herir la fantasía de las muchedumbres: «no os cureis de Napoleon, decia, le he tomado el pulso y he visto que está muy enfermo.» El estudio de las leyes generales de la historia habíame convencido de la flaqueza interior y de la muerte próxima de ese Imperio absoluto. La sociedad, hasta en las épocas de mayor atraso, tiene grandeza tanta, vida tan varia y tan colosal espíritu, que ningun hombre, por fuerte, por inspirado, por sábio, puede en sí contenerla y por sí personificarla. Edades hubo en que los hombres alargaban de grado el cuello á la coyunda de los imperios. Y en estas edades, jamás pudo un solo hombre representar la grandeza de toda una sociedad. Así, en la vida de esos ilustres guias de los pueblos, suele haber dos épocas; una próspera, otra adversa; como en demostra-

cion de que la sociedad vive más y puede más, y vale más que todos aquellos pagados de ser sus salvadores. Gregorio VII, en la primera mitad de su vida, ve las tronos y las potestades al pie de su potestad y de su trono; mientras que en la segunda mitad de su vida se ve acosado por sus mismas víctimas, errante, como una fiera cazada por los bosques. Cárlos V es en su primera edad el brillante vencedor de Pavía, y en su segunda edad el triste fugitivo de Inspruch. Felipe II, en sus mocedades, recibe un Imperio que parecia soñado, y ejerce un poder que parecia divino, y en sus postrimerías, pide limosna de puerta en puerta, como un pordiosero, y ve las naves de la oscura Inglaterra, entrando vencedoras en las aguas de Cadiz. Cárlos V, decia, que la fortuna era como las mujeres, amante de los jóvenes y desdeñosa con los viejos. Esa frase encierra una gracia ingeniosísima, pero no una idea profunda. Habeis decaido, menguado, poderosos de la tierra, por empeñaros en el imposible de contener y encerrar dentro de vuestras frágiles personas

[redacted]

ese inmenso Océano que se llama la vida de una sociedad. Lo podeis todo, lo alcanzais todo; pero no podeis, no alcanzais el detener la renovacion eterna de la vida y el advenimiento de jóvenes generaciones con más nuevas ideas. Y estas generaciones, casi siempre nacen y se crian cumpliendo una ley fisiológica, en lucha abierta, por la inquietud propia de todas las mocedades y de todos los *mozos*, en lucha abierta con la generacion, bajo que han nacido y se han criado. Leyes misteriosas de la vida que desconocemos, como desconocian los antiguos las leyes de la *electricidad*, dirigen y gobiernan el Universo de las sociedades, donde el espíritu humano se encarna con poderosa fuerza, y vive con vitalidad incontrastable.

Así, cuando en 1868 la Asamblea Constituyente española decretaba una monarquía sin mirar con atencion, ni á las dificultades morales, ni á las dificultades materiales, con que iba á tropezar aquella solucion, anunciábale yo con seguridad completa, la próxima, la inminente ruina de los Bonapartes. Yo les de-

era esta ley de la historia moderna que cada régimen dure á lo sumo lo que dura la vida política de una generacion, veinte años. Esa revolucion [illegible] francesa que creó como el Dios del [illegible] tierra; que sobre esta tierra, [illegible] hombre [illegible] derecho; que [illegible] historia los colo- [illegible] ades, y se des- [illegible] tormentas, [illegible] sus giros y en sus [illegible] nuevas ideas [illegible] de los viejos tronos; [illegible] transformado en veinte [illegible] espí- ritu, [illegible] derecho, como si creara otro universo. Ese emperador que asombró á Italia; que [illegible] como una aparicion de las edades [illegible] en las costas del Asia y del África, en las cimas del Thabor y de las Pirámides; que deshizo y rehizo mil veces, como si fuera un juguete de sus manos, el [illegible] europeo; que abrigó bajo los pliegues [illegible] la pobre república suiza y el in-

[redacted]

menso Imperio español; que refundió la Alemania con el mismo desenfado que la Bélgica ó la Holanda, y estuvo á punto de lanzar la Rusia como un cádaver más allá de los montes Ourales, y de sumergir la Inglaterra como desarbolada nave en los abismos del mar; obró en quince años todos estos prodigios, cuyas consecuencias no se agotarán quizá ni en quince tiempos. Y lo mismo le sucedió á la Restauracion de la antigua sacra monarquía que se imaginaba poseedora de la fuerza de los tiempos y al ensayo de aliar la democracia con la tradicion hecho bajo los *auspicios* del rey de los tenderos y de la Bolsa. Estas dos fases de la política francesa pasaron cada una en quince y diez y ocho años, porque pasaron con ellas las ideas que las avivaban y las generaciones que las sostenian. Mr. Rohuer dijo en solemne sesion pública, allá por 1867, una palabra profundísima que explicaba todas las desventuras de los Napoleones, dijo lanzando un sordo gemido y vertiendo una amarga lágrima; «ha muerto, ha desaparecido la generacion que fundara el Im-

[redacted]

perio.» Y la nueva, educada en ideas opuestas al Cesarismo, no tenia más remedio que destruir al César y fundar la República. Por eso en el mes de Abril de 1869 conjuraba yo á las Córtes Constituyentes españolas á que no fundasen una monarquía cuando por todas partes resonaban los vagidos de una próxima é inmediata República.

El Emperador lo conocia, lo adivinaba y pugnaba por defenderse. Todo el mundo hubiera dicho que al formar un ministerio de conciliacion volvia la edad de oro para el Imperio. Ollivier, el republicano de ayer, el irreconciliable en las Asambleas, el hijo de un proscripto era primer ministro del Imperio; y los diputados orleanistas, volviendo la espalda á su dinastía destronada y ausente, saludaban, como los cristianos á Constantino, en el César al restaurador de la libertad. La oposicion de Thiers disminuia y se aumentaba la adhesion de Guizot. La fusion de todos los antiguos elementos liberales parecia hecha, y asegurada en la dinastía de los Bonapartes la perpetuidad del Imperio. Su trasformacion

[redacted]

que apareciera súbita y milagrosa era lenta y antigua. A la noche siguiente del golpe de estado asustábase ya Napoleon de lo vacío de su trono y de lo peligroso del silencio de Francia. Una inmensa sombra sobre un inmenso abismo quedaba solamente despues del total naufragio de la República ahogada con el depósito de sus libertades. Llevar un rayo de luz á la cima del trono; devolver un soplo de libertad al seno de Francia, era indispensable, si no se queria morir en el frio y en la oscuridad de las tinieblas. Proscriptos los hombres más ilustres; cerradas las cátedras más concurridas, muertos los periódicos más leidos; bajo llave la prensa y en el silencio volcada la tribuna; sólo se veia relucir, como la mirada fosfórica de las aves nocturnas en la negra noche, el brillo siniestro de los ojos del César reflejándose sobre las puntas de frias y homicidas bayonetas. Así vivió nueve años. Parecia imposible que en este siglo de la electricidad, del movimiento, de las máquinas, del vapor, de la prensa, el pueblo orador por excelencia, el pueblo revoluciona-

[redacted]

rio, el jóven soldado de la libertad que enseñára el cántico de la Marsellesa á todas las naciones y que pusiera en vergonzosa fuga á todos los reyes hubiérase vuelto mudo, paralítico, miserable, canceroso, como el antiguo Job en su inmenso estercolero. Napoleon comprendia que Francia se resignaba á todo ménos á este prolongadísimo silencio. Así en 1860 apareció un decreto que autorizaba la publicacion de las sesiones del Cuerpo Legislativo. Compuesto estaba de amigos y partidarios del César; la virtud de la palabra, resonando en la conciencia, llegó á despertar los ánimos y á revelarles todos los lejanos resplandores de la perdida libertad. En 1863 una oposicion republicana entró en la Asamblea, y con ella parecia entrar más que una protesta viva, una legalidad proscripta. La ciudad de París, enriquecida, trasformada, puesta en el trono del mundo como la favorita del César, ornada con toda suerte de preseas, al recobrar la palabra, demostró que era una cautiva cargada de joyas pero tambien de dolores, y como las mujeres de Judá encerra-

[redacted]

das en los palacios de los déspotas, conservaba su inviolable fidelidad á la patria ausente, á la República decapitada. El Imperio sabia que no le era dado vencer al partido republicano, rival cuya fuerza estaba en una idea; y trataba de corromperlo y de burlarlo. Mas todo era inútil. En 1867 cuarenta y cinco diputados herian de muerte la dictadura imperial demandando las reformas democráticas. Un partido liberal se formó dentro del Imperio que en apariencia le daba fuerza y en realidad contribuia á su disolucion. En 19 de Enero de 1867 una carta solemne del Emperador Napoleon reconoció y proclamó la necesidad de las reformas que equivalia á reconocer y á proclamar la descomposicion del Imperio. El gobierno personal ó no quiere decir nada ó quiere decir que un hombre sólo, una persona elegida por Dios ó designada por el pueblo aventaja en fuerza, poder, inteligencia, riqueza á toda la sociedad. Y desde el punto en que Napoleon III, representante del gobierno personal, reunia en torno suyo fuerzas ajenas á su poder inco-

[redacted]

municable, negaba su propia autoridad, negando la idea madre del Imperio. Así las reformas sucesivas, las trasformaciones y los cambios, el derecho dado á todos los franceses de publicar periódicos, la tolerancia concedida á las reuniones públicas, las reformas del Parlamento, la iniciativa de los diputados, la facultad de interpelacion, los ministerios de partido, sacados de las asambleas deliberantes; todo este profundísimo cambio era en último resultado tanto como entregar fragmentos de su corona, pedazos de su poder, la carne de su cuerpo, la sangre de sus venas á la insaciable voracidad de los pueblos. El Imperio autoritario estaba muerto y con él moria todo el Imperio; porque el Imperio liberal no pasaba de una ridícula utopia que habian ideado cuatro oradores y que iban á destruir dos ó tres sargentos.

El Imperio dictatorial renovó á París; pactó los tratados de comercio, que dieran, á despecho de los rutinarios proteccionistas, vuelo á la industria y riqueza inmensa á la Francia; congregó las grandes exposiciones

[redacted]

universales que parecian consagrar el reinado del trabajo y el advenimiento de la paz; pero condenado por su propia naturaleza á la esterilidad para el bien y á la fecundidad para el mal, incompatible con una sociedad madura y con un siglo progresivo, cayó desde la guerra de Italia, guerra emancipadora y santa, en la guerra de Méjico, maniobra de estafadores y de farsantes; perdiendo así la compensacion de la gloria exterior que durante algun tiempo contrastara los resultados del despotismo; y sin poder curar el eclipse de las inteligencias, la corrupcion de los caractéres, la idolatría de la fuerza, la decadencia de las artes, el lujo desenfrenado de las familias, la sed inextinguible de goces materiales, la infame garrulería de la prensa oficiosa, la insolente dictadura de las legiones de cortesanos y de las legiones de mercenarios á sueldo, los crímenes de la familia de los Césares que recordaban los dias más tristes del Imperio romano, la perversion universal.

La libertad, hija de Dios, *no podia* ser

manceba de César. Así es, que mientras los cándidos doctrinarios teorizaban sobre el orígen de los poderes públicos y el ejercicio de la soberanía y la organizacion de los parlamentos y la influencia de las democracias; el César, asustado de las corrientes de ideas y del oleaje de pasiones, en que zozobraba su trono, apercibióse á renovar nuevamente su dictadura, y [illegible] un plebiscito para [illegible] de la plebe, [illegible] de carne [illegible], porque el [illegible] la libertad y el [illegible] y la muerte.

[redacted]

CAPITULO LXXXIX.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN LOS PUEBLOS LATINOS.

La unidad en la variedad es ley del arte y *de la ciencia*; de la naturaleza y de la sociedad. Bajo el principio invariable de la unidad humana coexisten razas diversas, cuyas diferencias se extienden así á sus caractéres fisiológicos como á sus conceptos de las ideas y de las cosas. En el mundo antiguo dos razas principales tejen toda la trama de nuestra vida; los arios y los semitas. Profetas y sacerdotes los unos, héroes y legisladores los otros; inmóviles y uniformes como sus desiertos los unos, varios y multiformes los

[redacted]

[illegible] derecho [illegible] sentidos, [illegible] talleres, [illegible] ideas, [illegible] de la [illegible] esencia de nuestra [illegible] de nuestra [illegible].

[illegible] en su mayor parte [illegible] en las selvas de la India, [illegible] del Ganges, que huracanes [illegible] des- conocidas, [illegible] milagrosas vocaciones, el hierro de la guerra, las exigen- cias del comercio han dilatado luego por las riberas del Rhin y por las riberas del Tiber,

[redacted]

por las costas del mar Mediterráneo y por las costas de los mares del Norte, por el Danubio y por el Guadalquivir, allende y aquende el Pirineo, allende y aquende los Alpes, donde han dejado poblada la naturaleza de dioses paganos, varios, diversos, en oposicion abierta con el dios único de los semitas, dioses, que forman un reguero de ideas en la historia tan luminoso y tan bello como el reguero de mundos formado por la Via Láctea en la inmensidad del espacio. Y esta familia aria ha constituido en Europa cuatro familias principales de pueblos, cuatro razas; la raza eslava, la raza germánica, la raza sajona, la raza heleno-latina, á que nosotros nos gloriamos de pertenecer y á que pertenecen los cinco pueblos más antiguos y más importantes de la historia europea, los griegos, los italianos, los franceses, los españoles y los portugueses, que no contentos con haber hecho de las orillas mediterráneas el templo de los dioses, la escuela de los artistas, el nido de los poetas, la academia de los filósofos, se han derramado en las portuguesas naves por las costas

[redacted]

del Asia, por el mundo de lo pasado, y han vuelto á juntarlo á la historia, y en las naves andaluzas por el mundo de lo porvenir, por las costas de América, y han completado y perfeccionado el planeta, como para demostrar, uniendo en estrecho lazo la naturaleza y el espíritu, que nuestra raza es la más universal, la más humanitaria entre todas las razas de la tierra.

Muchas objeciones se oponen á esta idea de una base fundamental de los pueblos heleno-latinos, de un carácter comun que los una y los identifique. Vosotros, los españoles, se dice vulgarmente, poco teneis de latinos. El celta y el ibero forman como el granito de vuestra poblacion; los celtíberos, compuestos de las dos razas indicadas por su nombre, ocupan el centro de vuestra península; al Norte, jamás el cántabro se sometió enteramente al yugo romano, y todavía el vasco habla tosca lengua, cuyo orígen se pierde en las edades prehistóricas; el astur conserva la palidez primitiva que le descubrió ó le señaló Estrabon, mientras el lusita-

[redacted]

no se gloría de haber engendrado á Viriato, célebre, inmortal por sus combates con las gentes del Lacio; vuestras ciudades más bellas del Mediodía llevan aun nombres fenicios, como Cádiz, Málaga, Córdoba, Calpe; el puerto de Cartagena, como el pueblo de Barcelona, revelan su prosapia púnica y cartaginesa; la guirnalda de colonias griegas que se llaman hoy Rosas, Sagunto, Denia, Ibiza; los grandes municipios romanos sobrepuestos á tantas innovaciones, han desaparecido casi bajo la inundacion de los bárbaros; el visigodo funda un imperio en Toledo, el vándalo se extiende por Andalucía y por Africa, el suevo se posesiona de Galicia; y cuando parecia que sólo quedaban frente á frente el español formado por las grandes revoluciones de la historia antigua, y el nuevo español venido de las orillas del Danubio y del Rhin, los cuales viven tres siglos uno al lado del otro sin confundirse; ábrense las puertas del Estrecho y dejan paso á los árabes de Bagdad y de Damasco, á las tribus de Tánger y de Túnez; y luego á los almoravides, á los almoha-

...ias.
entran
re-
re-
ógicos.
ndo
tad

de
ero
sin
za.
sa
ents
erna
n-
an
ero.
as
y
nos
ia-
ertas.

[redacted]

arrojadas en su defensa por Júpiter, todavía cubren las llanuras de Provenza, y los Cimmerios, cuyos altares druídicos todavía se elevan á las orillas del Loira; entre los alobrogos de los Alpes y los guerreros de Auvernia, con sus tribus semejantes á las tribus de Escocia; tras las invasiones de los cimbrios y de las hordas teutónicas; tras el establecimiento de los godos en la Aquitania, de los burgundos al *Oeste* del Jura; tras las correrías y las irrupciones de Atila y de sus hunnos; cuando los francos vienen á las Gálias llamados en su angustia por el clero de Roma, y los lombardos *siguen á* Cárlo-Magno victorioso, y los normandos, los piratas de los mares del Norte, conducidos en barcas de cuero oscuras como las nieblas y vomitados como extraños mónstruos por las olas tormentosas y la tempestad sobre las playas, aparecen despues que Cárlo-Magno ha muerto; poco, muy poco puede quedar de la gente helénica y de la gente latina en el suelo y en las poblaciones de Francia.

En Italia misma, añaden los contradictores

[redacted]

[illegible] una, en Italia [illegible] gente del Lacio; [illegible] han sucedido [illegible] mónios, y pe- [illegible] cisalpinos [illegible] cartagineses, [illegible] Mario, y los [illegible] vándalos de [illegible] Romano, y los [illegible] alemanes de [illegible] aragoneses de [illegible] de Anjou, [illegible] imperiales de [illegible] como han [illegible] su cielo, un [illegible] un rayo de [illegible] mismo le sucede [illegible] cercan por do quier [illegible] la sangre de los déspotas con la sangre de los tribunos. Alejandro esparce sus miembros dispersos por los Impe- [illegible] nte. Los bárbaros tropiezan pri- [illegible] n cadáver que con el cadáver Imperio romano. Los tiranos se

llevan sus mujeres á los serrallos, sus varones á los mercados de esclavos, y por espacio de cuatro siglos los turcos la dominan por completo hasta convertirla en una especie de familia oriental, en cuyas manos jamás reaparecerá el cincel de Fidias y en cuya frente jamás brillará la luz de Platon, familia ilustre, olvidada de sus antiguas artes y de su gloriosa historia.

Pero estas observaciones, en vez de probar cosa alguna contra la identidad fundamental de los pueblos latinos, la confirman y la corroboran. Todos ellos provienen de dos razas *aborígenes*, de los celtas y de los iberos; todos han visto, casi á un mismo tiempo, á los griegos extenderse por Sicilia y Nápoles, por Marsella y Niza, por Ampurias y Denia. Las naves fenicias han desembarcado sus Hércules audaces en las costas de Provenza y en el peñon de Calpe; los guerreros cartagineses han pasado por los Pirineos y por los Alpes. La civilizacion romana ha tenido colonias y municipios en las cuatro naciones y les ha dado sus leyes, y ha recibido de todas ellas

...intereses, halla-
...entado á
...mano.
...dades se dibuja
... las naciones
... mismo ideal en
... sangre en las venas. Los
... del Norte á romper
... Roma, á esparcir rica
... unidad que se
... despertar la con-
... individualidad
... hombre ... sobradamente
adherido al Estado. Y en las cuatro naciones
luchan los Imperios arrianos con los Imperios
católicos, y en las cuatro la Iglesia bautiza á

[redacted]

se extiende por las riberas del Mediterráneo y llega hasta animar la teología católica. Las municipalidades florecen al par en las cuatro naciones; y al par se funda y se quebranta el feudalismo. La filosofía aristotélica propagada en Andalucía sube al trono de Roma. Las inspiraciones de la bella Provenza despiertan á Italia; y los maestros mosaistas de Constantinopla ornan á Venecia, á Pisa, y enseñan las primeras nociones del dibujo á los pintores italianos que á su vez las trasmiten á los demás pueblos latinos. El Renacimiento, derramando el alma de la antigüedad en nuestra alma, y devolviéndonos las antiguas formas perdidas en nuestras austeras penitencias de la Edad Media, vuelve á unir á los neo-latinos en los cielos del arte, á la manera que antes el catolicismo los habia reunido en los cielos de la religion. Sí; cuando más separados parecen estos pueblos, una misma idea los anima, una misma vocacion los llama, como coros que sin verse entre sí, llegaran á juntar sus voces en una armonía superior allá en las altas regiones de la atmósfera.

[illegible] de la union de
[illegible] analogía de
[illegible] del griego y
[illegible] el espa-
[illegible] espon-
[illegible] Las con-
[illegible]
[illegible] lengua-
[illegible] forma
[illegible]

[redacted]

despues de haberla el César empleado.» «Capiton miente, replicó airado Marcelo, porque tú, César, tienes el poder de dar derecho de ciudadanía á los hombres, más no á los verbos.» Presidia las sesiones del Concilio de Constanza el Emperador Segismundo y en una de sus arengas latinas dió á la palabra cisma (Schisma) género femenino.—«Señor, exclamó un padre conciliar: cisma es néutro.» Cortó el hilo de su discurso Segismundo, y encarándose con el interruptor le preguntó: «¿Quién te lo ha dicho?» «Alejandro Galo.» «¿Y quién es ese Alejandro Galo?» «Un fraile.» «Pues yo soy Emperador de Roma y creo que mi palabra vale tanto como la palabra de un fraile.» Pues no valió tanto en verdad, porque sin razon filosófica que lo abonase, por el consentimiento universal, por el uso diario, cisma continuó siendo néutro. Y es porque la palabra nace espontáneamente en la sociedad como la vegetacion en el planeta. Podrá el cultivo mejorarla; pero su orígen, su formacion misteriosa provendrá de las grandes corrientes sociales, que cambian el des-

[redacted]

amo de los pueblos, y que ninguna clase ni individuo tiene en sus manos como no tiene las corrientes eléctricas y magnéticas del globo.

La palabra, sonido articulado, tan leve como el aire que lo recibe y lo trasmite; de alas mas ligeras que las brillantes alas de los pintados insectos; de formas casi vagas; la palabra es la luz que un alma envia á otra alma, es el verbo divino en que se contiene el ideal, es la revelacion de la naturaleza y del espíritu, y por eso, desde los pueblos asentados en los últimos confines del mundo, nacidos en la alborada de la historia, que han visto amanecer el dia primero de la ciencia, hasta nuestros pueblos reflexivos y maduros, todos han confundido la palabra humana con Dios, y la han elevado á creadora del Universo, y la han hecho principio y fin de todas las cosas. Verbo, aire que llena lo infinito, éther que anima de calor y vida los espacios, esencia incomunicable de toda religion. Y no hay nada que pruebe la unidad de origen y de destino en la tierra, como la

[redacted]

analogía entre las lenguas, que á una repiten las ideas y reflejan la naturaleza. Y puede decirse que si los cuatro pueblos neo-latinos no hablan la misma lengua, porque hasta en una sola nacion hay dialectos, más de veinte en Italia, muchos en la uniforme Francia, hablan lenguas fundamentalmente idénticas; el romance que se formó despues de la caida del Imperio romano, cuando se apercibia el espíritu moderno á formar la rica variedad de las diversas nacionalidades. Y si esto es verdad, si hay estrecho parentesco entre nuestros cuatro idiomas, es porque hay más estrecho parentesco todavía entre nuestras cuatro naciones; porque hay identidad de orígen, identidad de aptitudes, identidad de destinos, un principio comun allá en la historia, un fin comun allá en lo porvenir.

Muchas hipótesis se han divulgado sobre el orígen del romance, es decir, de las lenguas neo-latinas. Unos las derivan de la corrupcion del antiguo lenguaje, otros del habla rústica usada durante la República y el Imperio por el bajo pueblo de las aldeas y de

los tiempos; estos las atribuyen á extraña mezcla del romano y el gótico; aquellos á otra mezcla del provenzal y el romano. San Isidoro de Sevilla dice, que al dar Caracalla [illegible] á todos los hombres, [illegible] la inyeccion de [illegible] ideas, adulteró lo [illegible] sus palabras. [illegible] los tiempos [illegible] costumbres provin- [illegible] Eterna, un dia- [illegible] hoy corriente. [illegible] pueblos godos [illegible] un solo pueblo [illegible] y que de latinizar [illegible] las latinas [illegible] aprovechando [illegible] el dialec- [illegible] todas las [illegible] neo-latinos. [illegible] otra len- [illegible] y [illegible] Occidente [illegible]

[redacted]

y de la contínua irrupcion de razas varias. Diaz, en su clásica gramática, análisis concienzudo de los diversos elementos aportados á las lenguas romanas por las otras lenguas, encuentra como una grande veta de la base rústico-latina en el libro escrito por Verro Flaco sobre la significacion de las palabras y conservado en los extractos de Pablo el Diácono. Pero todas estas hipótesis, si dan orígen diverso á nuestras diversas lenguas, confirman que son una lengua fundamentalmente, el español, el francés, el italiano, el portugués, y los dos dialectos románicos hablados al pié de los Alpes por los grisones de Suiza y á las orillas del Danubio por las poblaciones de Rumania. No tratamos de examinar ahora tan raros pareceres, pero sí de decir que las lenguas neo-latinas son idénticas así por su extructura como por el tiempo en que nacieron y se divulgaron en las sociedades modernas. Todas ellas tienen analogía semejante y parecidísima sintaxis; todas pasaron al par de lenguas declinables que eran á lenguas indeclinables;

todas perdieron la bellísima pasiva romana y la reemplazaron por los verbos auxiliares; todas recibieron como un aluvion en su base heleno-latina el tributo, el contingente de palabras aportadas por las diversas razas que hollaran su tierra y que contribuyeran á la formacion misteriosa de su espíritu. Y fuese por haber existido un lenguaje anterior al clásico lenguaje romano, ó por haberse corrompido este al punto de formar otro idioma, lo importante, lo esencial es asegurar que las lenguas neo-latinas son idénticas en su esencia. Y esta identidad establece de una manera indudable el parentesco de nuestros caractéres y de nuestras inteligencias, puesto que tenemos el mismo concepto de las ideas y de las cosas, y de sus relaciones entre sí; y expresamos estos conceptos por palabras análogas, bajo leyes iguales contenidas en nuestras parecidísimas sintáxis.

Ahora bien, pueblos latinos, hijos de la luz, padres del arte; vosotros, que habeis tido en la armonía de vuestras lenguas

el cántico de vuestra naturaleza, y habeis reflejado en vuestra ciencia el éther esparcido en los espléndidos horizontes y en las marmóreas costas; vosotros, que habeis levantado los grandes monumentos, y puesto sobre las familias fugaces y los indivíduos perecederos la legion eterna de vuestras estátuas resplandecientes con la aureola de la inmortalidad; vosotros, los héroes, los artistas, los oradores, los navegantes audaces, los que habeis embellecido el planeta, y llegado á tocar con la audacia de Prometeo el cielo, mezclándoos y confundiéndoos con los dioses, debeis considerar que, si unidos por el hierro y por la conquista obrásteis todas estas maravillas, en el período que podriamos llamar instintivo, en el período del sentimiento ciego; hoy, en el período de la reflexion, en el período de la razon, debeis obrar mayores maravillas, resueltos á encarnar la justicia en la vida, y unidos por la libertad y por el derecho.

No es mucho que nuestras respectivas lenguas sean análogas siendo, como son, idénticos nuestros pensamientos y el desarrollo de

[redacted]

[illegible] hombre [illegible] de las artes, [illegible] política; [illegible] y es- [illegible] en el trabajo; la esperanza en una vida mejor, donde el alma [illegible] por lo infinito; esa esperanza, tan combatida y tan arraigada, en cuya virtud vemos la inmortalidad á través de la muerte. Y la religion ha sido una en los pueblos latinos. Cinco trasformaciones capitales tiene nuestra conciencia religiosa. Primero adoramos la naturaleza y tenemos su culto; despues admitimos el paganismo greco-latino; cuando los dioses paganos caen de sus altares y huyen de sus templos, como de nuestra fé, la doctrina producida por la conjuncion del Dios semita con las ideas helénicas, doctrina llamada cristianismo, abre un nuevo cielo á nuestras espe-

ranzas; cuando los bárbaros se esparcen por Europa, y no basta con la virtud de la fé interior y se necesita una autoridad fuerte, el catolicismo romano se organiza, y sobre sus cimientos se levantan desde nuestras cabañas hasta nuestros palacios; en la primera crísis del espíritu moderno, en la crísis de la Reforma protestante, no abrazamos la nueva religion, casi inspirada en el ódio á nuestra gente, pero convertimos los ojos más allá de la Roma católica y buscamos en las antiguas formas y en las antiguas ideas la religion del arte; hasta que viene la última crísis, la suprema, la revolucion, en que, sin saberlo y sin quererlo, movidos por las impalpables ideas, por su misterioso magnetismo, á la religion de Cristo, á la religion del Papa, á la religion del arte sustituimos la religion austera del derecho. Admitiendo y ampliando clasificaciones ya conocidas, podemos decir que las edades capitales de nuestro espíritu religioso se dividen así: Naturalismo, Politeismo, Cristianismo, Catolicismo, Cisma, Renacimiento, Revolucion.

[illegible] dos [illegible] de ma- [illegible] hechos [illegible] misma. [illegible] de [illegible] familiar. [illegible] las [illegible] las Ba- [illegible]

Los [illegible] los [illegible] las altas montañas [illegible] cuya superficie [illegible] distintas [illegible] y cuyas entrañas [illegible] perlas y corales, [illegible] de la armonía y de la her- [illegible] solamente son admirados en Ate- [illegible] sino en las costas de Sicilia.

[redacted]

en el golfo de Nápoles, en los puertos que forman las raices de los Alpes marítimos besados por el Mediterraneo en Marsella, y aquende el Pirineo, en Cataluña, en Valencia, de suerte que como hoy los faros, en la antigüedad los marmóreos templos griegos, se levantaban por las puntas, por los promontorios, por las ensenadas de las costas meridionales de Europa, y proferian sus oráculos y mandaban sus divinos favores á los audaces mareantes al verlos pasar en las naves blancas como cisnes, recibiendo en cambio el humo de los sacrificios, la ofrenda de los ex-votos, y el eco de los religiosos cantares. Por todo el Mediterráneo, por todo ese mar pagano, el fuego sacro á que se acogia la triste Hécuba entre las ruinas de Troya, y que invocaba Alcestes en la hora suprema de su próxima muerte, ardia como el alma eterna del hogar; los dioses domésticos se levantaban sobre los altares de mármol, compartiendo las libaciones y la comida de toda la familia; los sepulcros, ceñidos de vegetales y de guirnaldas, recibian el vino, la miel vírgen, la blanca le-

[illegible] para que las almas de los muertos [illegible] por los aires y [illegible] maldiciones y las [illegible] y de enfermedades [illegible] que se unian con las [illegible] religiosa de la muerte.

Y si el [illegible] se extiende por las [illegible], el paganismo romano se extiende por [illegible] tierras. No hay sino ver [illegible], Tarragona, [illegible] para convencerse de que el espíritu de la antigua Roma penetra desde las piedras de nuestro suelo, hasta las leyes de nuestros derechos. Y cuando el espíritu romano se extingue en larga decadencia, viene á sustituirle el espíritu cristiano en las cuatro naciones latinas. Moribunda Roma entre sus gladiadores y sus orgías; exhaustas las propiedades por la esterilidad del trabajo servil; en armas muchos esclavos de varias regiones, como si columbraran desde sus ergástulas el relampaguear de lanzas; hambriento el pretoriano y

[redacted]

dispuesto á elevar y destruir Emperadores, segun el impulso de sus caprichos y el alcance de sus armas; voraz el burócrata, que roe como el buitre los huesos de los ciudadanos; canceroso el fisco hasta destruir toda actividad con sus gravámenes y sus tributos; tiránico el censo que impone la capitacion á los muertos, y persigue, y martiriza, y descoyunta á los vivos; convertida la curia de los pueblos libres en la gemonía de la desesperacion donde se presta culto al suicidio; en esta ruina universal, en que un mundo entero llama con grandes clamores en su auxilio la muerte, como Caton despues de Farsalia, y como Bruto despues de Filipos; la creencia en la venida de un redentor que abriera las puertas del cielo á los desesperados de la tierra, se extiende á un tiempo, como fuego subterráneo, por las catacumbas de Roma y por las catacumbas de Lyon; suscita á San Martin en el Mediodía de Francia, á San Ambriosio en el Norte de Italia, á San Fructuoso en las costas de España; y cuenta entre sus héroes la dama romana, que habia dado cinco

[illegible]

[illegible] la unidad [illegible] su autoridad [illegible] y [illegible] Eterna de [illegible] sus [illegible] por [illegible] en el re- [illegible] El principio de la divinidad [illegible] mejor que la heregía ar- [illegible] de los degenerados romanos [illegible] de los jóvenes bárbaros. El [illegible] de España, como el clero cató-

[redacted]

lico de Francia, recoge las pavesas de la civilizacion y deslumbra con ellas á los recien venidos de las selvas. El pueblo franco se constituye entre las dos penínsulas, entre Italia y España, para convertirse en el servidor armado, en el brazo derecho de la religion católica. Así el Papa mantendrá el catolicismo en el centro de Italia, Clodoveo en el centro de Francia, Recaredo en el centro de España. Así, aunque Francia se convierte al catolicismo á fines del siglo quinto, y España á fines del siglo sexto, el catolicismo aventajó á la religion arriana en todas partes, porque perteneciendo á los romanos vencidos, cuya cultura era superior á la cultura de los bárbaros vencedores, recogió los restos de la antigua y trazó el ideal de la nueva civilizacion. La democracia despojada fué católica entre los españoles; el clero romano, víctima de los godos, armó el brazo de los francos, y vertió el agua del bautismo sobre su frente en Francia; y los Papas protegieron contra el reino de los hereges ostrogodos la libertad, la federacion, la República en Italia. Por esta

manera se fundó aquella poderosa Iglesia, que encerró en sí el espíritu moderno, como el arca del diluvio bíblico la esperanza de la perpetuidad de la vida; aquella Iglesia que destruyó para siempre la casta y la herencia de las prerogativas sacerdotales con su amplio principio de igualdad; aquella Iglesia que imposibilitó el cesarismo dividiendo en dos los poderes asumidos por una sola persona en los antiguos imperios; aquella Iglesia cuya universalidad de principios completó la idea semítica de la unidad de Dios con la idea estóica de la unidad del hombre, fuente y orígen de todas las democracias latinas, tan poderosas é incontrastables hoy como el mismo espíritu moderno.

Y cuando el católicismo terminó en el siglo décimo-tercio su obra de educacion y de progreso, se descompuso y se desorganizó en las tres naciones á un mismo tiempo, despues de háber escrito en la *Suma Teológica*, á la cual, á pesar de ser obra de un italiano, habian tanto contribuido España como Francia, el testamento de la envejecida Iglesia. Todos

[redacted]

los pueblos latinos disuelven á los templarios que son como las sombras últimas del feudalismo teocrático. Italia vé alejarse de su seno el Pontificado y Avignon lo recibe cautivo. La férrea mano de los francos suelta la sacra lanza de Clodoveo, que vibraba por sí sola á los relatos de la Pasión de Cristo, y abofetea al jefe de la Iglesia. Pedro II de Aragon, despues de haber peleado contra los almohades en las colinas de las Navas, muere por los albigenses en las llanuras de Provenza. Pedro III, el hijo de aquel Jaime, á quien los Papas bendijeron, recoje el guantelete de Conradino y reta *á muerte* al Pontificado. Los santos obran milagros en los altares de Gerona contra los soldados de la Iglesia. Alonso X de Castilla opone al resúmen de todas las ciencias teológicas el resúmen de todas las ciencias profanas, y trata de corregir y enmendar la creacion divina con el humano pensamiento. Dante maldice á Constantino. Petrarca vé el inmaculado cordero convertido en tigre por los pecados de la Iglesia. Santa Catalina de Sienna, que se desmaya de amor al ver en sus deli-

[redacted]

quios mismos. La dulce figura de Cristo, se desmaya de espanto y de tristeza al ver en la realidad la figura siniestra de los Papas. Pedro de Luna extiende sus manos desde la solitaria Peñiscola para maldecir al mundo católico. Gerson declara el concilio superior á los Papas, y á Juan XXIII, que huye de las Asambleas religiosas, como Carlos I y Luis XVI de las Asambleas políticas, opone una democracia y una Convencion católicas. Los Franciscanos predican el regicidio con elocuencia digna de los tribunos antiguos. Las calles de las ciudades, las bóvedas mismas de las Iglesias, resuenan con los decretos que destronan y maldicen á los Papas. Y los chiquillos de Florencia con su educacion ateniense, y en su puro toscano comprenden su siglo á maravilla cuando dicen de un Papa, á cuyos piés se habia arrastrado toda Alemania en la persona de su Emperador, y á cuya voz se habia disuelto el soberbio concilio de Constanza: Papa Martino non vale uno quattrino. Es decir, que los tres pueblos que fueron el Pontificado, cuando Europa lo nece-

[redacted]

sitaba para domeñar y educar á los bárbaros, rompen, destrozan el Pontificado, cuando Europa entra en la mayor edad, y no há menester la antigua tutela, con lo cual se muestra una vez más la perfecta unidad é identidad de nuestros respectivos pensamientos, lo mismo en la moderna que en la antigua historia.

Y en el Renacimiento se confirma más aun esta verdad indudable. Nosotros no suscribiremos á la protesta alemana, porque tiene cierto sentido estrecho de raza, y se inspira en ódio secular á los latinos; nosotros interrumpiremos las consecuencias de todo el gran movimiento de tres siglos contra la Iglesia, á pesar de que aparecia Savonarola como un albor de Lutero; nosotros ménos teólogos y más humanos que los alemanes y los ingleses, crearemos la prosa y la filosofía francesa, el verbo de la revolucion, el sentido comun elevado á ciencia para democratizar y republicanizar los entendimientos y despertarlos de su esclavitud secular á fin de que reclamen sus derechos; doblaremos la historia y completaremos la na-

turaleza humana, restableciendo las antiguas formas clásicas en los frescos de Miguel Angel, en las estátuas de Benvenutto Cellini, en los cuadros de Rafael de Urbino, en los explén-didos colores del Ticiano, en los matices dul-císimos del Correggio, en los prodigios de Vinci, en los poemas fantásticos de Ariosto, en todos aquellos milagros del buril, de la pluma, del pincel, que vuelven á poblar de dioses la tier-ra antes desierta, á empapar en la luz de las ideas la conciencia antes escurecida; y atra-vesaremos el mar en las naves lusitanas y en las naves andaluzas para ensanchar y dilatar la tierra por el Oriente y por el Occidente, añadiéndole el Ásia, el mundo de lo pasado, el archivo de nuestras genealogías, el templo de los dioses; la América, el mundo de lo por-venir, la tierra de nuestros descendientes, la escuela de las democracias, á fin de que el planeta crezca y se perfeccione como ha cre-cido y se ha perfeccionado el hombre.

La armonía de nuestras inteligencias, y la
lad de nuestros destinos se conoce más
esentes que en los pasados tiempos. El

siglo último de nuestra historia, el siglo décimo-octavo llevaba á la política, las ideas capitales de la filosofía moderna como el siglo primero llevó á la moral, á la religion, por medio del *Cristianismo*, las ideas capitales de la antigua Filosofía. El siglo décimo-octavo funda verdaderamente la nueva sociedad y difunde el ideal luminosísimo del derecho. Los poderes más fuertes se quebrantan y flaquean; las supersticiones más arraigadas huyen, se desvanecen; el sentimiento de la naturaleza nos penetra con su dulcísimo color; la idea de la libertad nos eleva á nuestros propios ojos; destrúyese el tormento y cae al rayo de la nueva luz; álzase la idea de la Humanidad sobre todas las ideas: á la inquisicion sucede la tolerancia religiosa, al concepto asiático del derecho divino el moderno concepto de la soberanía nacional, á los reyes-pueblos los pueblos-reyes, á la teología la ciencia; llega al seno de la tierra el fuego que arde en la mente, y de vinculada que estaba, de feudal que era, se democratiza en las nuevas formas de la propiedad; y desde el fino análisis de Voltaire

que destruye con su ironía los antiguos ídolos hasta la palabra tonante de Mirabeau, que enciende la nueva vida, y dá su voz, digna de resonar por lo majestuosa en las tempestades del Sinaí, á la revolucion francesa, el mundo se ha trasfigurado y un nuevo espíritu, el verdadero espíritu moderno, ha caido sobre los huesos del hombre, y sobre las instituciones de la sociedad.

Dos períodos tiene el siglo décimo-octavo, uno que empieza á fines del siglo décimo-sétimo, el período de la revolucion iniciada por los reyes y otro que llega hasta comienzos del siglo décimo-nono, el período de la revolucion iniciada por los pueblos. Así como en el siglo décimo-quinto la direccion moral de nuestra raza pertenece á Italia que engendra con maravillosa fecundidad sus legiones de artistas; y en el siglo décimo-sexto á España que engendra sus legiones de héroes fabulosos, de navegantes legendarios, de conquistadores infatigables; en el siglo décimo-octavo, pertenece á Francia que engendra sus legiones de reveladores filósofos. La

[redacted]

conciencia está preparada por las inspiraciones de Italia, la tierra preparada por los descubrimientos de España; entra, pues, lógica y legítimamente en escena, la idea de Francia que ha de producir la revolucion. En los comienzos del pasado siglo esta idea sube á las cimas de los tronos. La monarquía, que desde sus primeros triunfos sobre el feudalismo allá en la Edad Media pugna por desasirse tambien del yugo de la Iglesia, comienza por la destruccion de los templarios, las milicias feudales del Papa, y concluye por la destruccion de los jesuitas, los ejércitos permanentes del Papa. Despues de haber hecho al Estado uno contra la aristocracia, al Estado laico contra la Iglesia, nada le queda por hacer, y como todos los séres, cuyo destino se ha cumplido, muere, desaparece.

Cuán análoga fué la suerte de los pueblos latinos en esta época. Los Borbones de Francia, de España, de Italia, los Braganzas de Portugal se declaran enemigos de Roma. Mientras aquellos se apoderan de algunas posesiones del Papa con gran desacato á su

ce XIV, miembro de la órden que dila
democracia en la Iglesia y que rompió los e
chos círculos del dogma; miembro de la ó
de los franciscanos; devoto á la filosofía, c
vapores se subieron á la cabeza de los r
más digno de pertenecer á la religion hun
tara de los francmasones que á la antigua
gen de los monges; adulado y ensalzad
Federico de Prusia, por Catalina de Rusia
el duque Glocester de Inglaterra, se ni
se combate á sí mismo, vive persiguiendo
jesuitas, reina para disolverlos, y los ir
[illegible] hasta su misteriosa mue
Así la cátedra de la filosofía se elev
cho mas que el trono de los reyes y el
altar de los santos. Voltaire consigue l

práctica del Edicto de Nantes, la tolerancia con los calvinistas, victoria de su elocuencia. El lusitano rey José protege al revolucionario Marqués de Pombal, que sustituye á los conventos las Universidades, á los jesuitas los catedráticos; que descabeza á los nobles como cualquier monarca revolucionario de la Edad Media; que, despues de haber quemado á un fraile, apaga las hogueras y suprime los Autos de Fé. Fernando VI de España prohibe que sea refutado Feijóo, el fraile que analizaba con su fina crítica todas las supersticiones, y expulsaba del seno de la naturaleza todos los milagros. Cárlos III, amparando á Floridablanca y Aranda, á Jovellanos y Campomanes, ampara la ciencia de su siglo, y renueva la conciencia de España. En Milan Beccaria cambia las bases del derecho penal, lo humaniza en el pensamiento de la Filosofía moderna y Volta anima con la electricidad los nervios y la vida. En Toscana los gobiernos arrancan el fuego á las manos del inquisidor, el hacha á las manos del verdugo, la enseñanza al clero ul-

[illegible], y extienden los beneficios de la instruccion pública á todo un pueblo que recuerda por su ingenio la antigua Atenas. Parma admite de primer ministro á Dutillot, un remedo de Pombal, de Aranda, de Choiseul, y [illegible] herederos en la [illegible] Nápoles, [illegible] á tener en [illegible] y oye á [illegible] revolucion pro- [illegible] piadosísima [illegible] genio som- [illegible] á sus sier- [illegible] la ju- [illegible] feudales. La [illegible] como un [illegible] oda de [illegible] de la natura- [illegible] libertad; recuerda que el amor [illegible] ni privilegios ni castas; impulsa [illegible] á dar á sus hijos la leche de sus [illegible] y las ideas de su alma, afirmándoles [illegible] mas glorioso y el [illegible] de todos los ministerios; la nutri-

[redacted]

cion y la educacion de la infancia. Así no es maravilla que Franklin, el hijo de la naturaleza, arrastrara con sus francas palabras á las viejas sociedades; que la colonial España y la monárquica Francia fueran á fundar la independencia y la República en el suelo de América, sin presentir ni prever que iban á deslumbrar á sus viejos vasallos con los prestigios increibles de aquella naciente democracia.

Y la revolucion, necesaria consecuencia de toda la filosofía del siglo décimo-octavo, estalla en los cuatro pueblos latinos, aunque de manera diversa, y por contrarios procedimientos. Cuando Francia, engañada y vendida por sus reyes, se levanta á la República, nosotros nos perdemos en la incertidumbre de los pueblos monárquicos, que corren á destruir la nueva sociedad y á extinguir la nueva idea. Pero cuando Francia cae en el Imperio, nuestros reyes nos venden; nos traspasan al conquistador francés; y como protesta, fundamos aquella República práctica, regida por una Asamblea soberana, que de-

fiende la independencia nacional, y echa las bases de nueva y poderosa democracia. Italia experimenta nuestra misma incertidumbre y nuestras mismas angustias. Los recuerdos de su papa-rey, de su Imperio ausente, de su clero, de sus dioses, luchan con los recuerdos de sus repúblicas, de sus libertades, de sus democracias. Ya se arroja en brazos de la reaccion; ya sigue á los soldados de las revoluciones. Pero, en último resultado, atravesando peripecias más ó ménos dramáticas, entre incidentes más ó ménos contradictorios, cayéndose y levantándose como tomada del vino nuevo; ya en República, ya en Imperio; sumida unas veces en el sueño de la reaccion, enamorada otras del ideal moderno; suspensa entre el Cristo histórico de los frailes y el Cristo humanitario de los francmasones; la familia italiana siente circular la idea de la revolucion por su alma, con la misma fuerza que la sangre por sus venas. En todas partes pues los reyes absolutos se van, los parlamentos liberales vienen; la inquisicion se apaga y la prensa se enciende; el

[redacted]

suelo feudal se hunde, y se abre la conciencia iluminada por la idea de su derecho. La historia de la revolucion francesa trasfórmase en leyenda, y sin olvidar sus crímenes, ni mucho ménos absolverlos, parécennos todos sus autores redimidos y divinizados por la santidad de las ideas, por la rectitud de los propósitos, por las dificultades de la terrible empresa, por el martirio y por la muerte. La Constitucion española pasa á ser el símbolo de la fé liberal, tanto en los pueblos de la península ibérica, como en los pueblos de la península itálica, y de la península helena. *Portugal* la acepta y la suscribe, tomándola por fiel partida de bautismo de sus libertades nacientes. Cerdeña y Saboya la aclaman allá en el año veintiuno, cuando la revolucion penetra en sus sepulcros y las resucita. Sicicilia y Nápoles la aman mucho más que nosotros mismos. Al grito de la Constitucion española, echaron á los Borbones, en los tiempos de nuestro Riego; al grito de la Constitucion española, combatieron con los austriacos; al grito de la Constitucion espa-

ñola, se despertaron de nuevo en 1848, y cuando nosotros la habíamos olvidado, peleaban y morian por ella esos inspirados pueblos. Lo cierto es que nuestras revoluciones se enlazan, como se enlazan nuestras ideas. Los tres dias de la Revolucion de Julio en Paris, nos dieron alientos para pelear siete años por nuestras libertades constitucionales. Las fugaces horas de la República de Febrero, que pasaron como sueños por nuestras aterridas inteligencias, derramaron aquí en España los gérmenes del ódio á los Borbones, y allá en Italia, los gérmenes del amor á la libertad y á la independencia. Los tres pueblos caimos á un mismo tiempo. La noche del dos de Diciembre, en Paris; la rota de Novara, en Lombardía; las jornadas de Mayo, en Madrid, nos condenaron á una servidumbre que parecia eterna. Y hoy, en esta hora solemne, el ideal toma cuerpo, la democracia realidad; los Bonapartes han huido del trono de Francia, los Borbones del trono de España, los Papas-
l trono temporal de la antigua Ro-
én será tan ciego, que ante estos

[redacted]

resultados pueda dudar de los futuros progresos?

Lo que necesitamos es un ideal, verlo claramente con los ojos de la inteligencia y realizarlo con la energía de la voluntad. Los séres, que han cumplido su destino en la naturaleza, mueren y mueren los pueblos que han consumido su ideal, y no aciertan á sustituirlo con otro más perfecto. La raza judía pierde pátria, hogar, templo, se dispersa por la tierra sin volver á constituir un pueblo, por obstinarse en conservar antiquísimo ideal ya extinto en la humana conciencia. Como el artista, el político necesita una norma superior, un conjunto de ideas que encarnar en la viviente realidad, y como el artista y el político, lo necesitan los pueblos. El ideal político que hoy se descubre en nuestro espíritu más claramente, es la federacion de las naciones latinas. Si la historia, si el orígen comun, si el lenguaje análogo, si la religion y el arte nos han unido en las edades pasadas; la creencia en fraternidad más íntima debe unirnos en las edades presentes; y la realizacion de esta

[illegible] grandes instituciones políticas [illegible] futuras. Nada hay [illegible] nuestra res- [illegible] nuestra mútua [illegible] naciones se han [illegible] individuali- [illegible] carácter [illegible] para [illegible] variedad [illegible] que la [illegible] para [illegible]

[redacted]

cia nacional; enlazando el principio de unidad con el principio de variedad, ambos esenciales é ineludibles. Lejos de asociarse los pueblos latinos para destruir su independencia, se asociarian para asegurarla fuertemente. La necesidad de esta asociacion se ve á primera vista con solo recordar lo que eran ayer mismo Venecia y Milan; lo que son hoy Metz y Gibraltar. No pediriamos ni un átomo de tierra á ninguna raza, porque nuestras federaciones serián pacíficas; pero no consentiriamos tampoco que las otras razas penetraran en nuestro hogar y desconocieran nuestro derecho. De suerte que la federacion de las naciones latinas seria el seguro más firme de su mútua independencia.

No nos equivoquemos; digamos la verdad entera. Para realizar este ideal de la federacion de los pueblos se necesita que todos ellos sean libres interiormente, y se hallen asentados en robustísimas instituciones democráticas. La fuerza puede juntar los pueblos en la conquista; no puede juntarlos en el derecho. La primera condicion para que se firme un

[redacted]

pacto internacional es tener la facultad de pactar; y para tener la facultad de pactar necesitan las naciones regirse y gobernarse á sí mismas con toda la plenitud de su autoridad. Luego, donde quiera que existe la antigua institucion de la monarquía, coexiste con ella cierto anhelo de dominio, propio de todas las castas; y cierto estro de guerra, propio de todos los grandes poderes. A nüestra vista, en nuestros dias, un Emperador decadente, sin medir sus fuerzas ni las fuerzas de sus enemigos, declaró desastrosa guerra, que ha llenado de cadáveres nuestro suelo y de horror nuestro ánimo, tan solo para trasmitir á su heredero una corona resplandeciente de victorias. La soberanía nacional inalienable, permanente; la unidad nacional asentada en fuertes bases, son necesarias condiciones del pacto entre los pueblos. La soberanía exige la libertad de la palabra hablada y escrita para que el pensamiento de cada ciudadano forme el pensamiento nacional; y el voto extendido á todos para que resulte verdadera y clara la voluntad de la nacion. Y las naciones

[redacted]

libres tienen, como los hombres libres, una interna vocacion que las llama y las impulsa á fundar superior y mas amplia sociedad, que en nuestro lenguaje corriente se llama federacion ó confederacion de naciones.

Yo bien sé que á esta doctrina podrá oponerse la objecion de las rivalidades antiguas y el recuerdo de las guerras eternas entre los pueblos latinos. Pero sé tambien que la mayor cultura, la civilizacion mayor reemplaza los ódios de la guerra con la emulacion del trabajo; y las antiguas relaciones de conquista con las estrechas relaciones de comercio. Antes, una familia luchaba con otra familia en las sociedades feudales. Por las calles de Salamanca y por las calles de Verona encontrareis rastros de estos combates, humo de estos incendios. El mayor poeta del Norte nos ha dejado en uno de sus dramas la imágen del amor levantándose en los corazones de dos jóvenes, enemigos por su sangre, perteneciente él á una y ella á otra de aquellas razas, y no pudiendo unirlos sino en la marmórea cama del sepulcro, para demostrar cuán superiores

[redacted]

eran las discordias de la sociedad á las leyes de la naturaleza. Pues bien; esas guerras de calle á calle, de casa á casa, han concluido por completo, y comunes intereses confunden á las familias antes enemigas, que respiran la misma atmósfera y pertenecen á los mismos municipios. Y á la guerra de calle á calle, sucedió la guerra de ciudad á ciudad. Las más próximas eran las más irreconciliables: Pádua y Venecia, Pavía y Milan, Pisa y Florencia, cuyos ódios fulguraban como el fuego de los infiernos, hasta en los tercetos del Dante. Y hoy, las ciudades han depuesto sus ódios; han rasgado sus enemigas oriflamas; han roto sus armas; han borrado los timbres de las tristes victorias, mútuamente alcanzadas por las unas sobre las otras; y forman heróica legion, sublime coro, viviendo y respirando todas juntas en el alma de la divina Italia. Pues así como ha cesado la guerra de calle á calle en las ciudades, la guerra de ciudad á ciudad en las naciones, cesará la guerra de nacion á nacion en las razas. Pasaron los tiempos en que un pueblo no creia vivir si no se

[redacted]

dilataba por la conquista en ajenas tierras, y no dominaba sobre enemigas gentes. Hoy no seria posible resucitar el antiguo dominio de Roma en Europa, ni el antiguo dominio de España en América. El francés, que iba en otros tiempos á someter á Italia con Luis XII, con Cárlos VIII, ha ido en nuestro tiempo á derramar su sangre por libertarla en los campos de Solferino y de Magenta. El español, que ha poseido Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, aclama los triunfos de esas ciudades, y cuenta como dias de glorias propias los dias faustos de su emancipacion. No hay en España quien no condene y maldiga el propósito temerario que parecia tener Felipe II de suprimir á Francia; ni en Francia quien no condene y maldiga el propósito temerario que tuvo Napoleon I de esclavizar á España. Las naciones, ayer enemigas, son hoy amigas; las naciones, hoy amigas, serán mañana hermanas. Si el dolmen celta las ha unido en los mismos orígenes; si la ley romana las ha sujetado al mismo jugo; si la Iglesia católica les ha abierto en otra vida las mismas espe-

han refres-
latina; si
visto luchar
que se
de sus colinas
feudales, y
municipios;
enseñas, así
de Jerusa-
conquistas
si hemos
un siglo
polí-
mo-
absolu-
tempestades
por
que
las mismas
generacion,
digna antigua

aquellos
grados contarlos

[redacted]

en nuestros dias con las condiciones propias de la moderna cultura y con los progresos dignos de este tiempo? Al pié del Parnaso, de la montaña bruñida por el sol y consagrada por la inspiracion; al rumor de la fuente Castalia donde apagaban los poetas su sed; en el templo alzado por los dorios al dios de la poesía y de la luz; la Pitonisa, junto al marmóreo altar donde centelleaba la llama del sacrificio, cerca de la grieta misteriosa que despedia volcánicos vapores, sobre el trípode de oro, coronada las sienes de flores, entre las armonías de las cítaras y las estrofas de los coros, lanzaba de sus labios agitados por la embriaguez de las ideas, los hexámetros, que se divulgaban como leyes entre aquellos pueblos de artistas, y que enseñaban á pelear y á morir por la libertad y por la pátria á los héroes de Marathon y de Salamina, que se lanzaban á las batallas seguros de encontrar una corona de laurel en la tierra y un renombre inmortal en la Historia. Aun evocamos las llanuras de Olimpias; las procesiones donde iban los *griegos* vestidos de

blancas túnicas de lino y coronados por la sagrada verbena, llevando á su frente los sacerdotes con las víctimas y las ofrendas; las legiones de atletas, jóvenes, hermosos, desnudos, con la áurea lanza en las manos y el casco cincelado en la cabeza, caballeros sobre indómitos brutos, sin freno ni aparejo, que corrian á la anhelada meta; las danzas en que las vírgenes griegas se mecian al eco de los cantares como las adelfas floridas al beso de las brisas; el bosque sagrado, cuyas ramas murmuraban estancias y sentencias de los antiguos oráculos; las estatuas de Fidias en su inmortal serenidad; las odas de Píndaro recitadas como un cántico; los libros de Herodoto leidos a las muchedumbres y consagrados á las musas; los discursos de Lycias que evocaban los manes de los antiguos héroes; mientras en las altas cimas del Olimpo los dioses mayores se entregaban á su inmortal reposo y los dioses menores á sus juegos y á sus ejercicios gimnásticos, velados todos

ortales tras las blancas nubes

s guardaban y la divina Iris re-

[redacted]

camaba con sus varios y resplandecientes matices; como si unidos la tierra y el cielo estuvieran consagrados al culto de la hermosura y del arte y unidos en contínuas armonías.

Toda esta poesía, todos estos ritos, todas estas creencias se han disipado y desvanecido. Largos siglos, grandes revoluciones, cambios profundísimos han cambiado así el poder del Dios-Naturaleza que se perdia en las nubes del Olimpo como la servidumbre del esclavo que gemia en los abismos de la ergástula. El Díos-Espíritu ha destronado al Dios-Naturaleza. El principio de igualdad ha *destruido* á la antigua casta. El derecho del hombre se ha sobrepuesto á la invasora autoridad del Estado. Todas estas grandes trasformaciones, lejos de contrariar, facilitan la comun política de las razas latinas. El anfictionado que saliera de nuestras democráticas instituciones tendria fuerzas superiores al antiguo anfictionado griego, antes religioso que político, incapacitado de constituir una fuerte unidad de derecho porque le faltaban nuestras nociones universales de justicia y

[redacted]

nuestro profundo sentimiento de la libertad. Jamás nosotros admitiriamos un Filipo en nuestro seno como admitieran las Asambleas de Delfos, porque creemos que la condicion primera de inteligencia y de armonía entre los pueblos latinos está en que todos ellos absolutamente se constituyan libremente, y por propia voluntad, en democráticas y liberales Repúblicas. Dia fausto será en la historia el dia en que los pueblos de la luz y del arte; los pueblos reveladores y descubridores por excelencia, los pueblos que en su mente tienen las ideas universales y en sus labios el verbo divino del ideal, asentado en estas orillas del Mediterráneo que han sido como la eterna escuela de la cultura humana, cierren el período de sus revoluciones, abriendo de par en par su conciencia á la justicia, su sociedad al derecho; para fundar una República latina, la mayor que habrán visto los siglos, y la más apta para iluminar nuestra conciencia, y para embellecer nuestro planeta.

Y es muy necesario avivar este ideal político, este ideal humano, porque entre la raza

latina, entre sus pueblos, solo hay un lazo de union, la comunidad de creencias religiosas. Y estas creencias religiosas, que en sus manantiales, en sus orígenes fueron alma de una verdadera democracia y protesta contra una horrible tiranía, hoy alimentan á los tiranos y sostienen sobre sus alas todos los tronos amasados con sangre y cubiertos de perpétuas sombras. La calidad primera del *ultramontanismo* es volver contra el progreso los instrumentos del progreso. ¡Quién nos hubiera dicho que la religion de los esclavos, predicada en los desiertos por el sublime hijo de oscuro trabajador, toda llena de imprecaciones contra los opresores y de esperanzas á los oprimidos, habia de convertirse, andando el tiempo, en la religion de los tiranos! Y en cumplimiento de estas leyes, una Asamblea donde la luz penetra, donde la palabra vuela, donde los problemas que tocan al tiempo y á la eternidad se plantean, donde los oradores agitan la conciencia humana y discuten, y predican, y enseñan; una Asamblea que siempre ha horrorizado á los Césares y alentado á

los pueblos, iba en aquel momento supremo de la historia, por los dias de 1808 y 1830, á fundar el absolutismo personal [illegible] y monstruoso que han sido [illegible]. Esta [illegible] extraña [illegible] de cuyos [illegible] los [illegible] cosas de la naturaleza, y [illegible] de los cuatro [illegible] que habria [illegible] en [illegible] revolucion moral en las conciencias, como la que movió [illegible] pueblos de- [illegible] á la naturaleza y refrenar [illegible] oremos á la anarquía,

si en vez de empeñarse en servir á los tiranos, á los Pilatos, hubiera recordado que debia servir á los héroes y á los mártires de la libertad humana, y sobre todo á su eterno ideal, á Cristo.

En la convocatoria del Concilio, se prescindió por completo de los poderes civiles, de los poderes políticos. No se los mencionó siquiera, como si no existiesen ya en la tierra. Y sin embargo, un poder civil, un poder político, el Imperio napoleónico, sostenia con sus bayonetas al Papa, y facilitaba el que sus Obispos pudieran saludarlo aun como rey de Roma, en todo el explendor de su soberanía terrenal. Quejáronse, doliéronse de esto indirectamente algunos gobiernos. Pero el Papa respondió, que no cumpliendo con sus deberes religiosos, era extraño ese afan por reclamar sus derechos. Este sencillo olvido encerraba toda una trascendental revolucion, puesto que indicaba bien claramente un principio de separacion entre la Iglesia y el Estado. En otro tiempo los Papas más soberbios no se atrevieran á prescindir de los reyes más

humildes. Y los reyes que conservaban siempre el patronato sobre la Iglesia, que intervenian en las investiduras, que presidieron en la persona de Constantino el concilio de Nicea, y en la persona del Emperador Segismundo el concilio de Constanza, no hubieran autorizado la salida de los Obispos, ni permitido la congregacion del concilio, aunque para ello se vieran obligados á emplear la coaccion de su fuerza. Mas ahora, sucedia todo lo contrario. Los gobiernos desconocidos dejaban á los Obispos libre paso á Roma, á [illegible] los Obispos iban á echar el peso [illegible] religiosa sobre la [illegible]. Esta tolerancia [illegible] en realidad la deca- [illegible] personas de [illegible] su antiguo prestigio; [illegible] de los pueblos los escu- [illegible] á negras con su antiguo [illegible] cuidárase más el poder civil de [illegible] Iglesia, y de reprimir á los crevenzo hoy el pacto de Cárlo-Magno, sobre [illegible] ha estado asentada por tantos siglos

[redacted]

la Cristiandad, se ha roto; y sustraidas á su poder la política, la enseñanza, la familia, la propiedad, no hay inconveniente en dejarle á la Iglesia todo entero el cielo del espíritu. Pero esta dejacion de antiguas prerogativas de los poderes civiles, y este menosprecio del Papa por facultades que tanto aterraron á sus predecesores, implica el reconocimiento de un principio, por excelencia democrático; el reconocimiento de una inmediata separacion de la Iglesia y del Estado. Pero es inconcebible que, pidiendo el Papa á los poderes civiles bayonetas para sostenerse en su trono temporal; rentas para alimentar á su ejército, ó sea á su clero; coaccion para impeler al cumplimiento de los deberes religiosos; intolerancia en las relaciones con los demás cultos y sumision á su poder supremo; luego les negára, con negativa nacida de profundo menosprecio y atentatoria á su dignidad, toda inspeccion sobre los actos más graves y más decisivos de una Iglesia que aun rige gran parte de las conciencias, de esos motores de las humanas voluntades.

Así no debe extrañarnos que en el Cuerpo
Legislativo francés se suscitaran sobre este
grave punto gravísimas discusiones. Mr. Gue-
roult, uno de los jefes de la escuela Sansimo-
niana, reclamó el cumplimiento de los artícu-
los del credo galicano que tiraban á impedir
[illegible] de la Iglesia en la esfera de los
[illegible] otros diputados
[illegible] reclamacion,
[illegible] la espontá-
[illegible] en sus es-
[illegible] dogmas,
[illegible] sensualista,
[illegible] espiritualismo,
[illegible] cado indus-
[illegible] de la hu-
[illegible] cosas etéreas
[illegible] á las profun-
[illegible] financieras.
[illegible] se mostró más
[illegible] para el Estado alguna
[illegible] la Iglesia. Pero el ministro
[illegible] respondió con esas diplomáticas
[illegible] que á nada comprometen y que,

aplazándolas, embrollan todas las cuestiones.

Mientras tanto la agitacion crecia en el seno de la Iglesia. Los obispos advertian que, admitida la infalibilidad pontificia, se desplomaba, falta de base, la autoridad episcopal. El libro de Jano compendiaba todas las objeciones imaginables contra la omnipotencia de los Papas y todo el memorial de agravios de los obispos católicos. El prelado de Sura, decano de la facultad de teología de París, se agitaba para impedir la proclamacion del nuevo dogma. Segun él, toda verdad religiosa, para elevarse á la categoría de dogma católico, debe ser revelada, expresa, formal, esplícitamente por Dios; y contenida en las Santas Escrituras ó en las tradiciones constantes. La Iglesia, estudiando las consecuencias de los antiguos dogmas, puede crear otros nuevos, sin alterar el contenido de la eterna doctrina, que no consiente ni aumento ni disminucion. La infalibilidad absoluta, separada, personal del Pontífice romano, su monarquía indivisible, ni está en el Credo, ni está en la Escri-

[redacted]

haciéndole más puro y más luminoso que á los ángeles del cielo, tentados tambien por el génio del mal; para admitir todo eso hay que derogar á un tiempo las leyes de la religion, y las leyes de la naturaleza. Ya no se necesita decir *credo Ecclesiam;* basta con decir *credo Papam*.

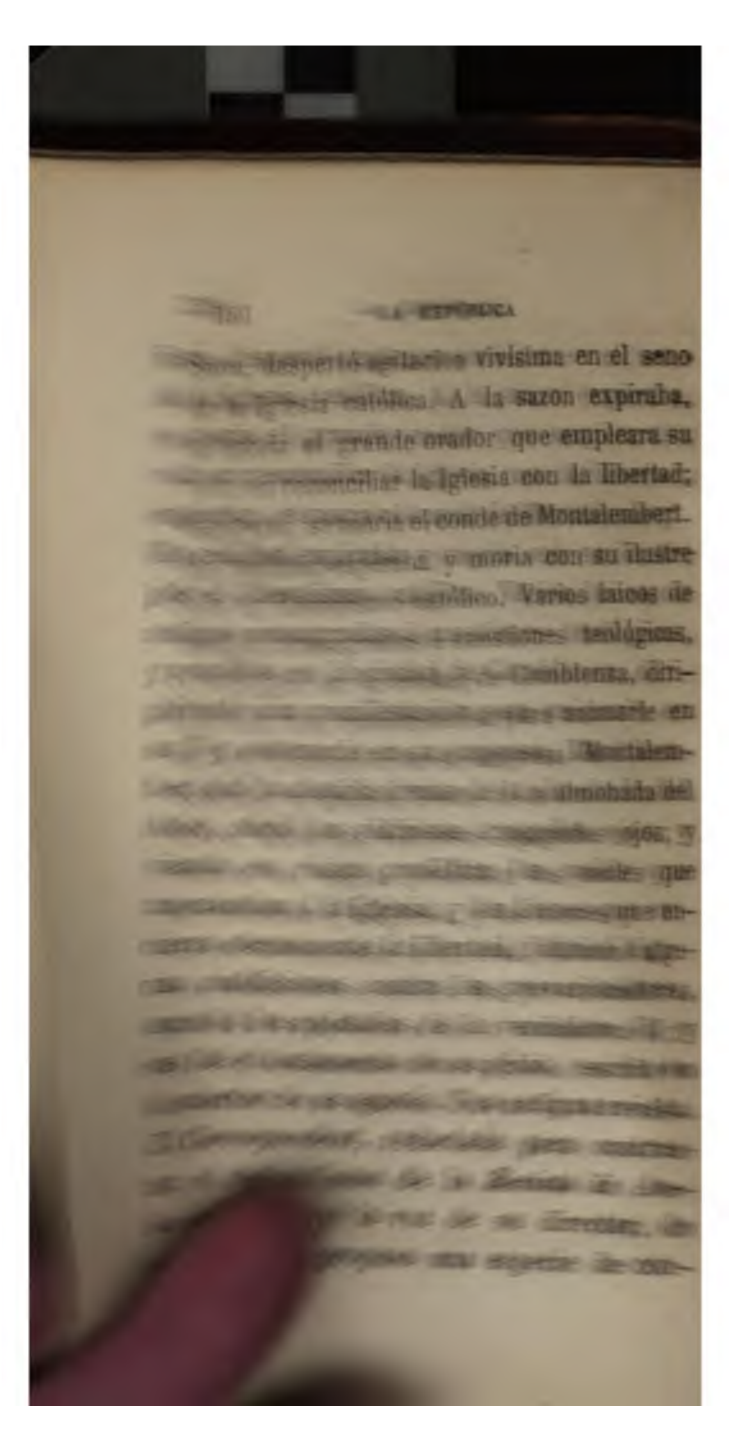
La Iglesia destruida, el Concilio inutilizado, el obispo destituido desde el punto en que la personalidad del Papa llena como la personalidad del Dios de los Semitas, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, lo finito y lo infinito. La Iglesia antes de este dogma, no era ciertamente una democracia; pero sí una monarquía templada, constitucional, compuesta de un soberano que es el Papa y de un Parlamento que es el Concilio. Y para demostrar que el Concilio es un parlamento no hay sino ver la independencia de sus juicios, la libertad de sus deliberaciones, el voto de las mayorías, el exámen jurídico de los decretos apostólicos, la condenacion muchas veces de la persona y de la doctrina de los Papas, ni más ni ménos que en los parlamen-

pues, la
esta cons-
divina, los
Y si
Iglesia.
si-
de
si
Iglesia:
nos-
de las
ser
la
sal-

soberbia y por las serviles complacencias de su tiempo, sino hay que elevarlos en alas de la fé á la contemplacion pura de las verdades eternas y de sus infinitas maravillas.

¡Pues qué, hasta hoy no ha sabido la Iglesia dónde estaba la verdadera autoridad? ¿Despues de diez y nueve siglos, veinte concilios ecuménicos, doscientos cincuenta y ocho papas, la Iglesia declararia que del sistema constitucional y parlamentario pasaba al sistema absoluto, porque jamás supo ni cuál era su interna constitucion, ni dónde estaba la fuente de su autoridad? Y así la enemiga interior de los gobiernos católicos se aumentaria con esta creacion extraña, extemporánea de una autoridad absoluta y se disminuirian las probabilidades de una inteligencia estrecha y de una armonía necesaria entre las diversas sectas cristianas tristemente separadas que, resistiendo la autoridad espiritual de los papas, aun templada por las asambleas conciliares, más fuertemente resistiria la autoridad absoluta.

El concienzudo libro del sábio Obispo de



[illegible] despertó [illegible] vivísima en el seno [illegible] católica. A la sazon expiraba, [illegible] el grande orador que empleara su [illegible] reconciliar la Iglesia con la libertad; [illegible] el conde de Montalembert. [illegible] y moria con su ilustre [illegible] católico. Varios laicos de [illegible] teológicas, [illegible] Coblentz, diri- [illegible] en [illegible] Montalem- [illegible] almohada del [illegible] ojos, y [illegible] que [illegible]

[redacted]

vencion religiosa, en que se negara por completo la infalibilidad de los Papas, y se admitiera el gobierno constitucional asegurado por la reunion periódica de los Concilios.

El 8 de Diciembre de 1869, se reunió la Asamblea conciliar. Inútil decir que en ese dia se conmemora de antiguo el dogma de la Inmaculada Concepcion, y se celebra su fiesta. Mal presagio en verdad. El Concilio se reunia bajo los auspicios de una declaracion dogmática, que demostraba á un tiempo cómo habia disminuido su autoridad, y aumentado la autoridad de los Pontífices. Imposible mirar la Basílica de San Pedro en dias tan solemnes, sin que el ánimo se sienta movido á profundas contemplaciones religiosas. El Tíber arrastra cerca de allí sus eternas amarillentas aguas, que parecen como guardar bajo su turbia superficie los furores de los génios infernales; el aire está cargado aun de lágrimas, de suspiros, de almas de mártires inmolados allí por sostener la fé de Cristo y reivindicar la libertad de la conciencia humana; la tierra es la misma que en tiempo de

la República araban las yuntas de Cincinato, y en tiempo del Imperio sostenian los fantásticos jardines de Neron; á lo lejos, por medio de los intercolumnios del Bernino, se descubre aquella campiña romana, cuyo jugo llevamos en las ideas de nuestra mente y en la sangre de nuestras venas; en el centro el obelisco traido de Alejandría por un capricho de Calígula, y lleno con las genealogías de los dioses muertos en sus panteones de granito, al soplo vital de buena nueva; en los aires, en las alturas, la cúpula adivinada por el génio de Miguel Angel, bruñida por el sol de Italia, corona del Renacimiento, que consagra las dos edades capitales de la Historia, y que encierra las dos fases eternas del humano espíritu. Imposible no conmoverse á la vista de tantas maravillas, al recuerdo de tantas grandezas; en el santuario más alto del espíritu religioso, en la cabeza del mundo moderno, en la ciudad del derecho y del dogma, de los tribunos y de los Pontífices. Los hombres allí, al piè de las co-l[illegible] á las sombras de los arcos, pare-

cen á la verdad tan pequeños como los ganados que pastan en los costados de las altísimas montañas. Cuando se entra, la vista se pierde en las vastas dimensiones y se deslumbra por el esplendor de los mosáicos y de los bronces. Las medidas del suelo os señalan matemáticamente cuánto aventaja en grandeza á las mayores iglesias de la tierra; los arcos, más altos y gigantescos que los antiguos arcos romanos, recuerdan la victoria de la fé sobre la fuerza; y en el centro del templo, iluminado por lámparas de plata, el sepulcro de aquel humilde pescador de los lagos de Galilea que habia de heredar el trono de los Césares y habia de alcanzar lo que no alcanzó ni el genio, ni la espada de tantos héroes: la sumision de los bárbaros á la autoridad de la diosa Roma. Imaginaos en tal monumento los obispos venidos de todos los puntos de la tierra, de climas remotos, de regiones jamás conocidas por los antiguos romanos, de esa Australia, de esa América, ni siquiera soñadas por Alejandro, por César ó por Augusto, y podeis en verdad decir que la omnipotencia de Roma

no ha disminuido y que si ayer poseia una gran parte de los senos de la tierra, hoy posee aun otra gran parte de los cielos del espíritu. Sobre aquella inmensa congregacion, se levantaba, como un Dios sobre los hombres, el Papa divino y absoluto. Todos demandaban solemnemente, entonando el *Veni Creator* en coro gigantesco, que el Espíritu Santo descendiera sobre la Asamblea, como descendió sobre el Cenáculo de los apóstoles, y el Espíritu Santo, el espíritu de Dios, que creó con una palabra misteriosa todo el universo, se subia, como los vapores de un festin á la cabeza de un solo hombre, á la cabeza del Papa, que iba á ver sancionada por la Iglesia universal tanta usurpacion, tanta soberbia.

Sin embargo, dentro de aquella Asamblea se notaba cierta oposicion; una gran parte de los obispos católicos no queria ceder á las invasiones de la autoridad pontificia. Encontrábase, pues, allí un gérmen de oposicion que, bien cultivada, podia dar frutos amargos al Pontífice. Esta oposicion escribia libros

como el libro del obispo de Sura y folletos como el folleto del obispo de Orleans. Algunas veces se arriesgaba á más; algunas veces latinos habilísimos, doctos en teología, expertos en buenas letras, y dotados de punzante ironía, trazaban sátiras contra los padres del Concilio en el estilo de las célebres cartas de los varones oscuros y de la más célebre todavía clasificacion de los monges glotones, sátiras que el Papa leia en el retiro de su hogar, en el comercio con sus comensales y amigos, desternillándose de risa. Si el obispo de Orleans era el jefe visible de la oposicion, el jefe secreto era el padre Theiner. Gran desgracia para Roma: este hombre era un latinista consumado, un erudito diligentísimo, un teólogo profundo, que habia tenido á su arbitrio los secretos del archivo Vaticano y habia escrito á sus anchas la vida del Papa Clemente XIV. Y toda cuanta erudicion le procuraran sus largos estudios y sus privilegiadas privanzas, empleábala en forjar á granel argumentos contra la infalibilidad de los Papas. Ahora mismo, en nuestro tiempo, acaba de morir el pa-

dre Theiner; y los alemanes acaban de llevarse sus manuscritos como la revelacion más clara de las falsificaciones de Roma y como el ariete más poderoso contra su poder y su soberbia. Frente á frente de esta oposicion, alzábanse los neo-católicos exagerados, los ultramontanos intransigentes. Tenian estos y tienen aun á su cabeza uno de los escritores más singulares del mundo, el célebre polemista Mr. Veuillot. Desde el primer dia se propuso en el Concilio del Vaticano, emprender y terminar una obra contraria á la obra de Fra Paolo Sarpi en el Concilio de Trento, se propuso emprender y terminar una apología incesante. No busqueis en este escritor el dulce misticismo que eleva las almas y las inunda de una luz semejante á la luz con que resplandecen las Concepciones de Murillo; no busqueis aquella profunda ciencia teológica, sazonado fruto de constantes y variados trabajos; no busqueis siquiera [illegible]dad con que el verdadero pastor [illegible]stro de la oveja descarriada y la [illegible] sus brazos al redil y al abrigo de

la Iglesia. Veuillot es un satírico de primer órden, un descendiente inmediato de Luciano y de Voltaire, un polemista armado de todas armas, uno de esos escritores modernos que han nacido para encender los ánimos en grandes pasiones y para engendrar escándalos de extraordinario estrépito. Así es, que persigue con saña é inflige el castigo de su ironía con verdadero encarnizamiento á los opositores y enemigos de la infalibilidad del Papa. Leyendo sus páginas creeis leer un Sarpi ultramontano y jesuita; creeis asistir á las agonías de un mundo porque hay algo en su acre amargura de Juvenal, de Persio, de todos aquellos en cuyos lábios se dibujaba la cadavérica sonrisa de agonizante Imperio. Cuando leeis las obras de los filósofos, las críticas de los racionalistas, las bromas de los volterianos ¡ah! no advertís tanto la decadencia de la Iglesia como al leer las apologías de Veuillot, sus cóleras reconcentradas, su odio universal, sus epigramas sangrientos, su terrible sarcasmo. Ese hombre, lejos de estar en las alturas serenas

[redacted]

donde se levantan los poderes fuertes, lejos de tener la calma de los que esperan en la victoria de las causas seguras, ahulla como los náufragos en el diluvio universal, como los condenados en el supremo y último juicio.

CAPITULO XC.

LA LIBERTAD DEL CONCILIO.

Es de ver desde el monte Pincio el espectáculo de las cuatrocientas cúpulas engarzadas en bosques de cipreses; y es de oir el ruido de las mil campanas en los aires de la antigua Roma. En tres siglos no se habia reunido un Concilio. Y nunca lo demandaban tanto las crísis supremas de la historia, la sed infinita del espíritu. Cuando se congregó el Concilio de Trento, apenas se reunieron los padres necesarios para constituir sesion; ahora, gracias á esa cultura moderna tan maldecida, gracias á los vapores y á los

caminos de hierro tan criticados, gracias á los milagros de esos pueblos liberales y protestantes, setecientos obispos corrian de todos los extremos de la tierra y se juntaban bajo las alas maternales de la Iglesia. Coincidia con esta Asamblea de la Religion, que comunicaba más estrechamente las diversas comuniones católicas, otra Asamblea de la industria, que, abriendo con los esfuerzos de Hércules el Istmo de Suez, comunicaba más estrechamente tambien el Asia con Europa. La multitud de curiosos que buscan pasto á su actividad en todos los sucesos extraordinarios y en todas las crísis graves lanzaban á la inmensa Basílica olas y más olas de encrespadas muchedumbres. Los guardias suizos, último resto de los antiguos y fieles perros de los reyes, nacidos y criados en el más republicano de los pueblos, se extendian desde el inmenso pórtico de la gran Basílica, donde se levanta la estátua de Constantino, hasta el sepulcro de San Pedro, estátua y sepulcro que son como los dos Po-

fundacion del Cristianismo. A la de-

recha la sala del Concilio en la extremidad septentrional del gran crucero. En el semicírculo del ábside una especie de teatro, en el cual se elevan sobre dos gradas las sillas de los cardenales, sobre seis gradas el trono del Papa como indicando que sólo queda de la Iglesia de Cristo la oligarquía y el absolutismo. Apenas se descubre allí perdida la tribuna, el sitio capital de una Asamblea. Y no hay lugar ninguno para los embajadores de las potestades civiles. Los ritos conciliares tienen indudablemente severa majestad. Á las nueve las puertas de la Basílica se abren y la procesion maravillosa pasa bajo sus arcos eternales. En el *Veni Creator* que entonan á una todos los obispos parece como que se oyen las voces de todos los pueblos. Los cleros de las parroquias romanas encabezan la procesion y le siguen los monjes con sus trajes pardos, negros, blancos y azules. Despues vienen todos los obispos revestidos con sus capas pluviales y coronados con sus mitras. Entre todos se distinguen por su aspecto patriarcal, por sus luengas barbas, por sus

[illegible] mi-[illegible] carde-[illegible] cardenales del Sacro [illegible] de la anti-gua [illegible] á las [illegible] su tiara [illegible] su báculo [illegible] se retra-[illegible] intensa [illegible] inmenso [illegible] de la [illegible] sin [illegible] de or-[illegible] de un [illegible] hasta el tué-[illegible] de la inspiración religiosa. Durante la misa los obispos van á besar de rodillas el anillo pastoral del Pontífice, y concluida la misa, este se levanta é invoca el Espíritu divino, diciendo estas ó parecidas palabras: «Henos aquí, Espíritu Santo, en vuestra presencia, donde apenas osamos aparecer á causa de la gravedad de nuestras faltas, y sin embargo, en vuestro

nombre aquí nos congregamos. Venid á nos, acercaos á nos, penetrad en nuestros corazones, enseñadnos vuestra ciencia, moved nuestra voluntad, mostradnos la vía que debemos tomar y sed vos mismo el autor de nuestras obras.»

«Vos sólo inspirad, y formad nuestros juicios; vos que poseeis con el Padre y el Hijo el más augusto de todos los nombres. No permitais que violemos ni en un ápice el derecho, vos que haceis de la justicia vuestro amor. Haced que la ignorancia no nos extravíe, que los favores humanos no nos ganen, que no nos doblen las consideraciones á las personas ni nos seduzcan sus presentes. Uníos á nós por la efusion de vuestra gracia para que encontremos con vos una perfecta union y no nos separaremos jamás de la verdad. Tengamos, alcancemos, ya que estamos reunidos en vuestro nombre, en toda cosa ese justo medio en que se encuentra la piedad y la justicia. Que nuestros decretos no discorden de lós vuestros y que podamos, en fin, despues de haber cumplido el bien aquí en la tierra á

recibir la eterna recompensa allá en el cielo.»

La maravillosa voz de Pio IX, su místico ademan, la fé con que acentuaba las palabras, el resplandor de sus ojos, la transfiguracion de su semblante fueron tales, que hasta los más empedernidos y los más incrédulos creyeron ver el espíritu de Dios resplandeciente en los aires y su aliento creador penetrando en las almas. Despues una muda oracion se levantaba como extraño rumor, y tras la oracion la Letanía cantada, una estrofa por el coro de la Capilla Sixtina, otra estrofa por todos los obispos y por todos los asistentes al Concilio, que formaban cadencias semejantes al ruido del oleaje, al estruendo de la tormenta, á la voz del Universo. Despues la Asamblea se disuelve dejando en los ánimos indelebles recuerdos.

Pero en verdad que todas estas ceremonias no significaban otra cosa que la apoteosis del Papa. Este asociaba la Iglesia entera á su absolutismo personal, y felicitaba á los Obispos por perderse y disiparse en la persona de su jefe. El objeto principal era la infalibilidad, y

la infalibilidad equivalia á la ruina de la Iglesia y á su trasformacion extraña en una sola persona. Todo estaba preparado para este fin. El Concilio no era una Asamblea de oradores, sino una reunion de cortesanos. La voz se perdia en aquella inmensidad. Las disposiciones más raras habian sido tomadas, para que se extinguiera por completo. No habia debate como en los Congresos deliberantes. Los discursos se sucedian y no se contestaban mútuamente. El reglamento fué formado por el Papa, y de consiguiente la Asamblea despojada de una facultad esencial de disponer su íntima y propia organizacion. Todo el que legisla para los demás, todo el que tiene esta facultad superior, debe poder legislarse á sí mismo. La Bula de Reglamento indignó en tal manera á un Obispo húngaro que protestó contra ella, logrando sólo el ver desacatada su persona por miserables rumores, y ahogada su voz por los delegados del Pontífice. La iniciativa era nula. Ningun Obispo tenia el derecho de proposicion. El Papa habia nombrado por su propia cuenta la comision de

proposiciones, compuesta toda ella de intransigentes ultramontanos. Una Asamblea sin facultad de proponer, es un mónstruo irrisorio. Sólo se dejó al Concilio la facultad de nombrar las comisiones secundarias y sobre todo la comision *de componendas*, destinada á conciliar los ánimos para que no se repitiese el espectáculo del concilio de Trento, en que por una cuestion dogmática dos Obispos se arrancaron mútuamente las barbas. Pero en ninguna de estas comisiones se admitió ni un solo representante de la minoría. Las Congregaciones romanas, reunidas en los salones del Vaticano, deciden los asuntos que deben llevarse á las Capillas de San Pedro. Los Cardenales presidentes tienen poderes dictatoriales. Así toda la libertad es negada á los enemigos de las pretensiones pontificias. Los libros y los manifiestos que atacan la infalibilidad son prohibidos y arrojados al Indice. Mientras el Arzobispo de Malinas puede atacar al Obispo de Orleans, éste no puede defenderse. Aquella era una lucha en que los partidarios de la infalibilidad pon-

[redacted]

tificia, tienen todas las armas, y sus enemigos, sólo tienen cadenas y mordazas. Los Obispos no pueden reunirse ni concertarse, y mucho ménos los Obispos de una sola nacion. A las barbas de los padres, á las puertas de la Asamblea, pega el Papa una Bula excomulgando con excomunion mayor á todos los que no asintieran á las doctrinas del *Syllabus*, lo cual era tanto como proclamar la inutilidad manifiesta del Concilio. Así no extrañaremos que su resultado haya sido una especie de cisma, y que una gran parte de los vencidos protesten todavía contra sus resoluciones. Desengáñense todos los tiranos; el verdadero espíritu de Dios, está siempre en la verdadera libertad.

[redacted]

CAPITULO XCI.

RESÚMEN DEL CONCILIO.

Desde el punto en que toda esperanza de reforma se habia perdido, la única cuestion que ya quedaba, era la cuestion de la infalibilidad. Bien es verdad que si esta cuestion se resolvia en el sentido ultramontano, estaban tambien resueltas con ella todas las cuestiones. Si el Papa es toda la Iglesia, al Papa le toca resolver todas las cuestiones eclesiásticas. Los primeros cánones del Concilio se referian á los fundamentos mismos de la fé y estaban impregnados en la oscura doctrina [illegible] *bus.* La Iglesia católica se confun-

[redacted]

dia con la Iglesia romana.. Así, lejos de tener los cánones ese espíritu de conciliacion necesario, indispensable, en la deshecha borrasca que hoy corren, no ya las creencias religiosas, sino las mismas creencias espiritualistas, los cánones, condenaban con ira, con furor, todas las Iglesias que se apartan de la Iglesia romana. Un dia el Concilio se convierte en club. Los gritos más desaforados pueblan los aires, y las imprecaciones más violentas se lanzan de banco á banco. Habla un Obispo de las regiones croatas, cuya elocuencia tiene altísimo vuelo, y cuyo latin deliciosísima armonía. Y sin embargo, furiosas exclamaciones le asaltan, le ahogan, le dicen: *descendat descendat de ambona*, baje, baje de la tribuna. ¿Y todo por qué? Porque ha querido borrar de una de las declaraciones los anatemas violentísimos arrojados sobre el protestantismo.

En el mes de Abril se publicaron los cánones dogmáticos. Todos ellos estaban reducidos á una apología del supernaturalismo sin ningun razonamiento y á un anatema lanzado sobre la ciencia moderna, sin ninguna prue-

[illegible] la rela-
[illegible] nuestro
[illegible] negras
[illegible] y le
[illegible] lecho
[illegible] la tra-
[illegible] inmenso
[illegible] completa-
[illegible] trante.
[illegible] como.
[illegible] sido una
[illegible] en sus
[illegible] ar en las
[illegible] mas senci-
[illegible] se echa
[illegible] *pta*. El
[illegible] ses tra-
[illegible] Dios [illegible] sobre
[illegible] como
[illegible] las re-
[illegible] estátua de
[illegible] derecho. Los hijos de los montañe-
[illegible] y los hijos de los campesinos se truecan

[redacted]

en los hijos de Dios y los hijos de los hombres. Y nunca acabaríamos si hubiéramos de relatar todos los errores de que está sembrada la traduccion tenida por pura y ortodoxa.

Y lo que digo de la traduccion digo de la autenticidad de los libros. Toda la interpretacion ha sido renovada completamente. El libro de Job tiene sus precedentes en la literatura árabe. El Pentateuco no pertenece á la edad á que lo atribuye la Iglesia. El libro de Judith ha sido escrito, podriamos decir, falsificado en la era cristiana. Entre el Apocalipsis y el cuarto Evangelio que la ortodoxia atribuye á San Juan, media un largo espacio de tiempo. El primero con sus visiones, con sus ensueños, con sus amenazas á la impura Babilonia, con sus esperanzas de ver una ciudad celestial elevarse en los aires, merced á la virtud y al valor de un Mesías, pertenece por completo á la época en que el cristianismo conserva su antiguo y estrecho espíritu judío; en tanto que el segundo, lleno de ideas platónicas, embebido en el espíritu alejandrino, con su Verbo que ha pasado desde los jardines de Platon á

[redacted]

[illegible]

[redacted]

ese criterio, no puede hacer justicia ni al Renacimiento, ni á la Revolucion, ni á la Reforma. La crítica no puede examinar el valor científico de la tradicion Mosáica; la cronología no puede mostrár que en comparacion de las antiguas tríbus arias son como niños los hebreos y en comparacion de los primitivos poemas sus más antiguos libros como obras de ayer; el mundo comienza para los exagerados en las primeras páginas de la Biblia, se renueva en el Evangelio, se afirma en la *Suma Teológica*, y se resume, y se compendia en el *Syllabus*. Fuera de esta genealogía de ideas no hay para ellos sino tinieblas y tinieblas palpables. Los pueblos asiáticos todos duermen á las sombras de la muerte. Los filósofos griegos todos son como sofistas que juegan vistosa é inútilmente con las ideas, á pesar de haber hecho de sus concepciones más materialistas y de su escuela más experimental base y cúspide de la ciencia teológica. Los dioses antiguos, que despiertan las inteligencias á la contemplacion de la hermosura plástica perfecta, son

hijos del diablo; en tanto que son hijos de los ángeles, las grotescas figuras bizantinas sin ninguna inspiracion y sin ningun dibujo. El mismo derecho romano en nada es tributario ni de los pretores, ni de los estóicos, todo se lo debe á la Iglesia. Constantino, á pesar de haber cometido todo linaje de crímenes y de infamias es un santo; Juliano, á pesar de su inteligencia clarísima, es un demonio. Las órdenes monásticas más exageradas, las tradiciones ultramontanas más inverosímiles guardan solamente la verdad. Lo demás todo es error, mentira, vicio, crímen. Inútilmente os dirá la historia, que los pueblos regidos por instituciones teocráticas se corrompen fácilmente, se gangrenan hasta el tuétano de los huesos, se caen á pedazos sobre la tierra desolada, pierden la virtud y la conciencia, como lo muestra aquella última España gótica, ora arrodillada en las cenizas de la penitencia con Egica, ora podrida en la embriaguez de las orgías con Rodrigo, y siempre esclava de un clero que perdiera en los goces del poder la santidad de la vida ó la pureza de la doctrina. El domi-

[redacted]

nio material de la Iglesia, hé ahí la única filosofía de los ultramontanos. Para conseguirlo, cederán á la tentacion de Satanás; y mirarán desde las alturas del Capitolio, destinadas á tiranizar el mundo, con ojo codicioso, avaro todas las coronas de la tierra. Ningun respeto humano les detendrá en su empresa. Falsificarán una donacion de Constantino, que jamás fué, por parecerles demasiado humilde y reciente la donacion del bárbaro Pipino. Luego su derecho será un conjunto de falsedades no probadas por nosotros, sino reconocidas por ellos, y sin embargo, adoradas en los altares que debian reservarse á la justicia y á la verdad. Todo aquel que sienta en su conciencia la luz y el calor de la libertad del pensamiento será maldecido y calumniado. Abelardo, á pesar de su saber y de su elocuencia, pasará entre los réprobos tan sólo porque comienza á combatir la estrecha tradicion ultramontana; el abate Joaquin de Flora, á pesar de pertenecer á la órden católica por excelencia, será contado entre los herejes porque presiente una renovacion en el espí-

[redacted]

ritu y nuevas revelaciones descendiendo de los cielos. Morirá Arnaldo de Brescia y su nombre será entregado á la execracion universal porque está unido á la libertad y á la República, al derecho y á la independencia de Italia. No le valdrá al venerable Gerson haber merecido que le atribuyeran los siglos la *Imitacion de Jesucristo*; el haber dicho que el Concilio es superior al Papa, le tendrá siempre en una especie de tácito anatema. Toda la obra del Renacimiento será condenada. Los mismos artistas que han ilustrado el Vaticano encontrarán á duras penas una amnistía, gracias al culto de todos los pueblos y de todas las generaciones; pero allá en el fondo del isoterismo ultramontano, serán considerados como reos de complicidad con la eternamente jóven y eternamente bella inspiracion pagana. La Reforma[1] no es el resultado de tres siglos, la condensacion de innumerables ideas, el pensamiento de una raza, no, la Reforma es antojo de un monje epicúreo que quiere á toda costa casarse. En el anatema universal entran Descartes, Loc-

[redacted]

ke, Kant, Hegel, toda la ciencia moderna. Las instituciones más grandes no se libertan; los progresos más evidentes no se eximen. Suiza pasará por el Sunderbund romano en que los reaccionarios de la fé pretenden destruir la obra de Guillermo Tell, esa sublime conjuncion del espíritu y la naturaleza, de la libertad y el Cristianismo. La misma constitucion belga, á pesar de no ser democrática, sufrirá el odio y la enemiga del Indice romano. Veránse allí, en aquel Infierno, atormentados por las sombras, maldecidos por los anatemas, todos los hijos de la luz. Si un Miguel Angel de la libertad pintara los rostros de los condenados, si un Dante de la democracia penetrase en los senos de ese Infierno, veríamos espantados que ha sido proscrito todo cuanto ha elevado la razon á Dios, todo cuanto ha traido la inmortalidad á la tierra. El Indice romano es el enemigo de la luz, porque todo lo que condena representa la emancipacion de la inteligencia, la libertad del espíritu, y el Indice romano iba á ser elevado á dogma á peticion del Papa. ¡Qué suicida demencia!

[redacted]

CAPITULO XCII.

LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA.

Es achaque del sentido vulgar atribuir mucha importancia á los hechos, escasísima importancia á las ideas. Y sin embargo, las ideas tienen una virtud tan grande en sí, que vienen como á ser el molde á que se ajustan los hechos, la norma y la ley de nuestra vida. El movimiento religioso influye poderosamente en el movimiento político. Las decisiones de la Iglesia se relacionan más de lo que á primera vista parece con las decisiones de la democracia. A medida que la antigua autoridad eclesiástica se va echando en brazos de

[redacted]

la tradicion, las nuevas generaciones se van echando en brazos del derecho. La violencia de la reaccion religiosa cree en los vértigos de su embriaguez, que trabaja contra la libertad y realmente sólo trabaja contra sí misma. Del puñado de polvo que Cayo Graco arrojó al viento en el bosque de las furias, á la hora sublime de su sacrificio y de su muerte, surgió, segun la admirable frase del orador francés, la férrea alma de Mario; y de los anatemas lanzados como vapores de muerte por una secta intolerante, se levantan nuestras almas libres, que son como estrellas inextinguibles en los vastos ámbitos del espíritu. Por eso nosotros seguiremos con todo interés y estudiaremos con todo espacio las trasformaciones de la conciencia religiosa, en esta hora crítica y trascendental de la Iglesia católica.

Y uno de los puntos, á la verdad más interesantes, el que más atencion reclama es el debate, el ruidosísimo debate sobre la infalibilidad pontificia. Los gritos de los combatientes, parecen haberse borrado del aire, la

[illegible] las cicatrices de sus [illegible] el combate no se [illegible] dramáticas [illegible] que han [illegible] Parlamento, se [illegible] re- [illegible] siembra cada [illegible] nuevos problemas, [illegible] renovacion religiosa [illegible] cisma. Los [illegible] cuanto iba á suceder, y [illegible] reverente expresion al Papa. El obispo de Orleans no se atrevió á disputar sobre el dogma en su esencia, pero sí con grande ardor sobre la oportunidad de la proclamacion. Pareciale cosa grave, preñada de peligros, el erigir formidable absolutismo religioso en medio de una sociedad inclinada verdaderamente á la libertad y á la democracia. «Tengamos, gritaba, la prudencia y la sensatez del Concilio de Trento, y evitemos gravísimos conflictos á la Iglesia, retrocediendo ante una definicion peligrosa. No olvidemos que aun hay cismá-

[redacted]

ticos que reconciliar, y no abramos hoy abismos que no puedan mañana salvarse.»

Pero ahí está el prelado Manning, que no se detendrá ciertamente al conjuro de estos escrúpulos. Nacido y criado en pueblo protestante, tiene todo el furor de los polemistas y de los neófitos. En su sentir, la reconciliacion de la verdadera Iglesia cristiana con los herejes y con los cismáticos no podrá alcanzarse jamás, sino por un proceder enérgico y violento. El anglicanismo es un enemigo claro, exterior; pero el galicanismo tan cercano á las iglesias protestantes, un enemigo mucho más terrible por interior, por íntimo, por solapado, por encerrarse al abrigo de la autoridad y del nombre de la Iglesia católica. El *Syllabus* contiene en su sentir toda la ciencia católica, y la sumision de la voluntad humana á la Santa Sede es toda la ley de la vida. Así, como ese prelado inglés, sienten y piensan todos los ultramontanos. De suerte que la esperanza del Obispo de Orleans, la esperanza de encontrar en el seno del Concilio un padre amoroso y verdaderos hermanos,

iba por completo á desvanecerse y á dispersarse, porque su palabra debia ser ahogada y uno de los suyos debia decirle que preferia morir á creer en su doctrina y á imitar su conducta.

Las restricciones crecian y se agravaban. El partido anti-infalibilista reclamaba libertad en el debate, luz para el pavoroso problema. Decia que era imposible proclamar dogma tan grave si este dogma no alcanzaba la unanimidad moral; y que era imposible la unanimidad moral sino despues de largas y profundas discusiones. El Papa respondió á esta pretension de amplitud y de libertad con nuevo reglamento de extrañas restricciones. La discusion oral será casi reemplazada por la discusion escrita. Ya no podrán subir á la tribuna los grandes oradores á conmover al Concilio. Los discursos que remueven la inteligencia humana y aclaran en rápido momento sus abismos, serán reemplazados por abrumadores alegatos. Las enmiendas serán remitidas á las comisiones de antemano de-
adas para destruirlas. Una gran libertad

[redacted]

tenian los oradores adictos á las pretensiones de la Santa Sede y una gran mordaza sus contrarios. El cardenal Presidente guardaba siempre su arbitraria dictadura. Cuando un debate se prolongaba mucho, la firma de diez padres era bastante, no solo á interrumpirlo, sino tambien á cerrarlo. Jamás reglamento tan monstruoso se vió en ninguna Asamblea deliberante. Para burlarlo así, para oprimirlo así, era preferible no haber reunido el Concilio. Muchas almas piadosas le dirigian esta observacion al Papa y el Papa contestaba con una excusa que apenas parece creible. Esa Asamblea anunciada con tanto trabajo, preparada en más de veinte años, congregacion de todos los obispos de las cinco partes del mundo, depositaria de todos los problemas que más íntimamente tocan á la vida, á la muerte, á la conciencia, al cielo, habíase reunido sólo para salvar un escrúpulo de mera delicadeza.

El Papa, que sin ninguna condicion y sin ningun reparo, fuera del Concilio, como si él fuese absolutamente toda la Iglesia, declaró

el nuevo dogma de la Concepcion, podia tambien, si se lo demandaba el gusto, proclamar sin resistencias el dogma de la Infalibilidad. No lo hizo, no se atrevió á ello, porque en el dogma de la Infalibilidad se trataba de su persona. El mundo, pues, habia visto reunir un Concilio, cuyo único objeto era salvar los escrúpulos y justificar las determinaciones del Papa. Para esto y sólo para esto se habia removido hasta en sus entrañas la sociedad humana, y se habia agitado hasta en sus más remotas regiones toda la conciencia. Por consiguiente, las reglamentaciones conciliares no tenian más que un objeto, demostrar al mundo que en último resultado para nada lo necesitaba el Papa.

Así de Alemania vino solemne protesta contra las resoluciones conciliares y solemne aviso de que siendo írritas por la informalidad de sus procedimientos, jamas podrian ser en el mundo católico universalmente admitidas. Para que las resoluciones de un Concilio sean ecuménicas ante el dogma y obligatorias

[redacted]

á todas las iglesias exigen á una la teología y los cánones que vayan precedidas de una gran libertad de discusion y que vayan sancionadas por un voto de todo en todo independiente. Los reglamentos de las Cámaras protegen á las minorías contra las mayorías, los reglamentos del Concilio protegen las mayorías contra las minorías. Y una minoría en todo Concilio tiene más importancia que las minorías en los Parlamentos; porque sobre cuestiones administrativas, políticas, económicas, sujetas á la contingencia del tiempo y á las necesidades del momento, cabe tomar y validar grandes resoluciones por la mayoría de un sólo voto; pero allá, en la altísima esfera de la moral y del dogma, donde se tratan problemas que tocan á lo más íntimo y á lo más permanente de nuestro sér, á la pura, á la eterna conciencia, un sólo voto no puede dar, no dará nunca la unanimidad moral, verdadera base de los monumentos eternales y de las inconmovibles iglesias.

Pero á todas estas objeciones contestaba el Papa oponiendo la difusion de extraño li-

[redacted]

bro que se consagraba á defender la monarquía absoluta en la Iglesia. Era este libro obra de un benedictino llamado Géranger y estaba consagrado como su título indica, á la monarquía pontificia. El padre Géranger fué un tiempo de aquellos que predicaban la conciliacion de la Iglesia con el espíritu moderno, de la libertad con el Evangelio. Y para purgar estas efusiones de sus mocedades encerrábase en apartado monasterio, del cual era prior, y allí no admitia sino á los jóvenes resueltos á la completa abdicacion, al completo sacrificio de su conciencia en las aras del más implacable ultramontanismo. El Papa es para estos fanáticos á la manera de Dios mismo, infalible, inefable, sin mancha, sin pecado, principio y fin de todas las cosas. En su celo parécenle los obispos galicanos tan odiosos como los ateos mismos; y toda intervencion de la Iglesia en las decisiones del Papa, tan irreverente y revolucionaria como los decretos de la Convencion. Cristo dijo á Pedro «apacienta mis ovejas» y el género humano debe estar ante el Papa, como el ga-

[redacted]

nado ante el Pastor, de mudo y de obediente. El dogma debe triunfar de la historia. Y los hechos significan y representan delante de su luz poco más ó ménos lo que las nieblas delante del sol. Fuera de Santo Tomás de Aquino que representa toda la dogmática y del jesuita Suarez que representa toda la canónica, no hay ciencia de la Iglesia. La prueba más concluyente de que los Papas son verdaderamente infalibles se encuentra en que ellos siempre lo han creido.

Pero si el Papa es infalible lo ha sido en toda la historia y lo han sido todos los Papas. ¿Cómo explicar entonces las contradicciones y los errores de los Papas? El eminente Dœllinger nos ha dejado en sus obras más fundamentales, testimonios irrefragables de estas contradicciones y de estos errores. Inocente I y Gelasio I sostienen la Eucaristía para los niños, y dicen que no pueden salvarse sino recibiendo la hostia, doctrina completamente anatematizada por la Iglesia. A pesar de ser enseñanza invariable de que la ordenacion de un sacerdote por un obispo no admite revocacion,

muchos obispos fueron revocados por los Papas. El Papa Pelagio declaraba la necesidad de invocar la Santísima Trinidad en el bautismo, y el Papa Nicolás I, decia que bastaba con la invocacion del nombre de Cristo. Estéban II, acordó que era válido el bautizo hecho con vino. Celestino III, declaró que si uno de los cónyuges se precipitaba en la herejía quedaba roto el matrimonio, doctrina considerada por Inocencio III, cómo herética. Nicolás II, sostenia que Cristo era materialmente machacado con los dientes en el sacramento de la Eucaristía. Inocencio III, declaró obligatorio el Deutoronomio con todas sus anticuadas prescripciones sobre la comida y el traje. Nicolás III, declaró hereje á su inmediato predecesor. Juan XXII, anatematizó los escritos del teólogo Oliva, y Sixto IV los rehabilitó. Eugenio IV, introduce extraña confusion en los sacramentos. Sixto V declara que su Biblia, llena de erratas, era la única Biblia verdaderamente doctrinal y ortodoxa. De suerte que los Papas se habian engañado muchas veces. Y si los Papas se habian tan palmaria-

[redacted]

mente engañado, ¿cómo eran infalibles? Y si los Papas se han contradicho ¿cuál de ellos era infalible, el que afirmaba ó el que negaba? La verdad es que el dogma de la Infalibilidad volvia contra la Iglesia romana toda su tradicion, y toda su historia.

[redacted]

CAPITULO XCIII.

[illegible] CONCILIO.

La apertura de esta Asamblea se celebró el 8 de Diciembre de 1869, como en el anterior capítulo hemos referido; pero las sesiones no se anudaron verdaderamente hasta el 6 de Enero de 1870, fiesta como es sabido de los Reyes Magos. El Papa bajó con toda solemnidad á la Basílica; entró en el salon del Concilio; subió á su trono entre los cánticos sagrados al Espíritu Santo y las poéticas letanías á la Vírgen. Ya en el trono, leyó la profesion de fé de Pio IV, y encargó á un obispo que subiera á la tribuna y la leyese á su vez en

nombre del Concilio. Este hecho que, á primera vista, pudiera parecer baladí ó insignificante, como pura ceremonia religiosa, tenia profundo y recóndito sentido. Leida aquella declaracion por el Papa, suscrita y repetida por el Concilio, no habia que pensar ya en reformas progresivas de la Iglesia. Su antiguo espíritu, sus seculares ritos, sus arraigadas supersticiones, la autoridad entera de la Santa Sede estaban virtualmente en aquella profesion de fé que declaraba á Roma cabeza del mundo religioso, á su Iglesia madre y señora de todas las iglesias, á su Papa sucesor único de San Pedro, príncipe de los obispos, vicario de Jesucristo. Si á esto se unen los dogmas relativos á la trasubstanciacion, las penas del purgatorio, el culto á los santos, y la virtud de las indulgencias, ¿qué esperanza quedaba de ver á la Iglesia renovar su espíritu, ni acercarse á la conciliacion estrecha con las demás iglesias cristianas? Así es que, al terminarse las ceremonias, el Papa obliga á los obispos á cantar en coro un solemne *Te-Deum*. En este cántico oíase realmente el

cántico de la victoria del absolutismo pontificio sobre la Iglesia universal.

La eleccion de la ciudad de Roma para asiento del Concilio era una eleccion desdichada. En todas las crísis religiosas se convocaron Concilios ecuménicos, y á todas las convocatorias precedieron estudios escrupulosos del sitio de sus reuniones. Al nacer el Cristianismo no habia ciudad como Jerusalen: allí murió Cristo, allí nació la Iglesia, allí era necesario abrir las puertas de la estrecha sinagoga al espíritu universal de la humanidad. Lo mismo puede asegurarse del más grande y del más célebre de los Concilios que sucedieron al Concilio de Jerusalen. La ciudad de Nicea, que no era ni la Roma pagana, ni la Constantinopla imperial; que estaba casi en la interseccion de Asia, Africa y Europa; que tendia su mano sobre rios por donde pasaban las grandes inundaciones bárbaras; parecia destinada á escribir el testamento de la vieja civilizacion y el ideal de la civilizacion moderna, y á esparcirlo á los cuatro puntos cardinales por medio de sus apóstoles, los cuales

llevaban todavía en sus frentes como luminosas estrellas las cicatrices del martirio. Constanza misma en el siglo décimo-quinto estaba cercana á las naciones más interesadas en el éxito de aquella Asamblea; cercana á Alemania, que tiene frontera, en su lago; cercana á Francia, que poseia y aun posee parte considerable del Jura; cercana á Italia, que sólo necesitaba atravesar los Alpes; cercana por los puertos de Holanda á la misma Inglaterra, que entonces no se habia separado aun del seno de la Iglesia. Al convocarse el Concilio de Trento controvirtióse mucho el sitio de su reunion. Queria el Papa congregarlo en el centro de Italia, á la sombra misma de su silla, en la ciudad de Roma. Pero los poderes civiles se opusieron, temerosos del sobrado poder que pudiera ejercer Roma sobre el Papa y el Papa sobre el Concilio. Trento fué designada por estar en el Tirol italiano, pero Trento mismo parecia á los hombres prudentes y sensatos una ciudad peligrosísima por la proximidad á Roma. ¿Qué hubieran dicho, al ver en la Ciudad Eterna reunidos todos los

Obispos, bajo la mano prepotente del Papa, dispuestos á erigir una dictadura y temblando entre las seducciones y las amenazas? Lo cierto es que en una ciudad donde el Pontificado tiene todos sus prestigios, todos sus tesoros, todos sus cortesanos, era difícil, más que difícil, era imposible la libertad del Concilio.

Y no sólo era imposible bajo el aspecto político sino tambien bajo el aspecto moral. Como ha observado profundamente un escritor religioso, Mr. de Pressense, en aquella ciudad de largas perspectivas, de purpúrea luz; rodeada de un desierto que tiene toda la mágia y toda la grandeza de los desiertos del Asia, especie de Océano de ideas, sobre tantas ruinas amontonadas, sobre tantos arcos rotos, sobre tantas estátuas destruidas, sobre tantos sepulcros vacíos; en los celajes de su espléndido horizonte y en sus bosques de melancólicos cipreses, se aviva el sentido estético y aun el sentido político, se pierde, se debilita por lo ménos, el sentido moral y religioso. Quince siglos de

Cristianismo no han podido lanzar de Roma á los dioses paganos. Allí están erguidos, serenos; convidando con su sonrisa y con la vida que centellea en sus marmóreos cuerpos á olvidar las penitencias, las maceraciones y los misereres de los pobres nazarenos. No busqueis en los templos romanos, en aquellos volcanes de incienso, como le ha llamado un escritor religioso, el espíritu religioso que se escapa de nuestras catedrales góticas. Cuando entrais en la Iglesia mayor de Toledo, y veis el pavimento cubierto de lápidas sepulcrales que guardan los huesos de los héroes de nuestra eterna Cruzada; los bosques de columnas que todas se pierden allá en el punto único de la ojiva como las oraciones en la unidad de Dios; los triángulos misteriosos que os hablan del dogma fundamental de la fé cristiana; los grandes rosetones que recogen la luz en sus facetas de rubíes y de esmeraldas y las llevan misteriosamente á los altares donde resplandecen los penitentes y los mártires, á las tumbas góticas donde duermen los obispos y los reyes,

[redacted]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de un [illegible] y [illegible] de [illegible] [illegible] que no [illegible] jamás en aquellas basílicas de la Ciudad Eterna, obedientes á las tradiciones clásicas, conservadoras de la estructura pagana, compuestas de trozos romanos, muchas de ellas íntegras [illegible] imperiales; todas [illegible] [illegible] [illegible] más que templos. Luego en Roma es costumbre tomar los problemas religiosos como esparcimientos del ánimo, como ideas artísticas; y lo único [illegible] que interesa á la vida y á la muerte y que abraza el tiempo y la eternidad. El monje aleman, que habia pasado su vida meditando sobre las piedras del cláustro, y á los piés de los altares, al descubrir á Roma desde lejos, creyó descubrir el cielo de su Dios y el santuario de su conciencia; y al entrar y examinarla y verla más pagada de los dioses de mármol descubiertos entre sus antiguas ruinas que de las vivas ideas religiosas, la maldijo para [illegible]mpre; y al separarse de ella con esta hiel [illegible] lábios y esta tristeza en el pecho, le

[redacted]

separó, le apartó tambien la conciencia de su nacion y de su raza. Por eso en vano han ido allí durante siglos y siglos á sumergirse los obispos, á rezar los peregrinos; Roma no es, Roma no puede ser la ciudad de los penitentes ni de los místicos. Roma es y será perpétuamente la ciudad de los artistas. Se oye más la voz de la ninfa Egeria que la voz del Espíritu Santo. Cuando mirais la maravillosa rotonda de Miguel Angel veis el secreto de Roma; la elevacion á los cielos, como una hostia consagrada, del Panteon de todos los Dioses. La Sede Pontificia donde el Papa recibe la visita del Espíritu divino, es una antigua sede romana donde se han sentado emperadores y cónsules. Roma fué la última de las grandes ciudades antiguas en convertirse al Cristianismo; Roma será eternamente la ciudad sepulcro, la ciudad panteon de los dioses antiguos.

Uno de los historiadores de esta Asamblea nos ha dejado larga y minuciosa historia de todas las ceremonias celebradas con motivo de las grandes sesiones del Concilio. Un

concierto fué dado el catorce de Diciembre de 1869 en la iglesia de los Santos Apóstoles ante considerable número de sacerdotes, obispos y cardenales. Uno de estos abria la fiesta pronunciando elocuente sermon en honor a la Virgen. Despues se entonó un oratorio en tres partes, cuyo titulo era el Pontifice y la Inmaculada Concepcion. Para expresar la oracion del pueblo católico durante los conclaves, se apelaba a la música de los Puritanos que recuerda el Protestantismo mas democrático, la libertad mas alta, y la República inglesa. Para expresar la alegría del pueblo por la exaltacion del Pontifice, coros de *Roberto el Diablo*: no sé bien si los coros infernales, o los bailes de las monjas sacrílegas; y aires de la *Safo* de *Paccini*, que recuerdan el amor sensual antiguo con todos sus delirios y el suicidio con todos sus horrores. La fuga del Padre Santo estaba puesta en música de *Macbeth* y la vuelta en música de *Nabucodonosor*, el rey bestia de la [illegible]. La oracion [illegible] Virgen no ha mudado ni una nota al aria [illegible]ior de la *Eleonora*, música lindísima

[redacted]

pero profana del inmortal Donizzetti. Gran parte de los coros están tomados del sitio de Corinto de Rossini, por cuyas paganas estrofas corre la embriaguez de la vida antigua y la inmortal carcajada de los antiguos dioses. ¿Creeis que una ciudad así era propia para las ceremonias y para las discusiones del Concilio?

Las sesiones del Concilio fueron absolutamente secretas. Los ultramontanos daban por razon que el Concilio no queria verse turbado ni por el ruido de los aplausos del mundo. Pero nadie ignoraba que se huia realmente de aparecer como las demás asambleas humanas, con sus intrigas y sus cábalas, con sus partidos y camarillas, con sus ambiciones desapoderadas, con sus discursos falaces, con sus debates sin término, con sus oposiciones ciegamente apasionadas y su mayoría serviles. Otro congreso que se creyera puramente humano, encerrado en el límite que tienen aquí abajo todas las cosas, sujeto á nuestros males y á nuestros dolores, se resignara á sus defectos, tratando antes de corregirlos

[redacted]

[illegible] no se [illegible] como [illegible] más [illegible] puede [illegible] de todas [illegible] divinas [illegible] Y el [illegible] lo perfecto [illegible] las palabras del Concilio. Multitud de corresponsales, así religiosos como laicos, inundaban las prensas de Europa con epístolas reveladoras. La policía secreta del Papa que violaba á su arbitrio todos los hogares; y la Cámara negra que á capricho registraba todas las cartas, no podian dar con la fábrica de tan misteriosos papeles. Era vulgar opi-
[illegible] se escribian en las embajadas, que

[redacted]

se parapetaban tras la inviolabilidad diplomática, y que se expedian por las respectivas estafetas. Prensa clandestina llamaban los escritores ultramontanos á esta prensa misteriosa, como si la prensa clandestina no fuera en todas partes y en todos tiempos, desde la aparicion de este maravilloso invento, fatal engendro del silencio, monstruoso parto del despotismo. Los miembros de las grandes comisiones designadas por el Papa, promovian la cuestion de la Infalibilidad para que se creyese obra expontánea lo que era obra reflexiva y comenzada por los obispos cuando habia sido preparada por el Papa. Cien obispos de los más sábios, de los más virtuosos, de los que regian mayores iglesias, y contaban por lo mismo así gran número de fieles, cuya representacion significaban mucho en la Asamblea, oponíanse pretestando la inoportunidad de esta declaracion. Decíase que su jefe era el Obispo de Orleans. Los periodistas piadosos pasaban delante de Santa María de los [illegible], termas ayer de Diocleciano levan[illegible] el trabajo forzado de los creyentes

en Cristo, templo hoy de los santos; pasaban delante de San Lorenzo, antigua basílica alzada al mártir en el lugar mismo de su martirio; delante de catacumbas que guardaban semillas de huesos, y semillas de ideas, testimonios vivos aun de la inutilidad de la persecucion, de la inutilidad del silencio; y se dirigian á la Villa Grazioli á expiar las menores acciones del Obispo de Orleans, sus gestos, sus visitas, para ennegrecerlo y ridiculizarlo en sus periódicos á los ojos del mundo, y calumniarlo allí donde no le era permitido la defensa. A pesar de su antigua enemiga al Imperio llamabásele instrumento del Emperador. La camarilla del Vaticano contaba que el Obispo habia emitido la idea, ó mejor dicho, habia divulgado la advertencia de que Napoleon no recibiria nunca en sus dominios el artículo en cuestion, el artículo de la Infalibilidad. «Pero, le decia su interlocutor, un gobierno que no puede borrar un artículo de un periódico, ménos podrá borrar ículo de un Concilio.» «Le negará el «Pues ya pasará cuando caiga, y vereis

[redacted]

como pasa pronto.» Así paga el diablo á quien le sirve; así agradecian los ultramontanos una proteccion, sin la cual jamás hubieran podido celebrar su Concilio. Es verdad la silla imperial del César iba á caer; pero con ella tambien iba á caer la silla temporal del Papa.

Suscitóse por este tiempo una gran cuestion histórico-teológica en el seno de la Iglesia. Tratábase de averiguar si el Papa Honorio habia sido depuesto por hereje en pleno Concilio ecuménico. Aunque el problema parecia á primera vista puramente histórico, era en realidad dogmático. Si un Papa habia sido depuesto por herético, la infalibilidad personal de los Pontífices se desvanecia y pasaba á la universalidad de la Iglesia, representada por sus Concilios. Corria el siglo VII y se agravaban sobre todo en la sofística Iglesia griega, que conservaba de los antiguos helenos el gusto por las disputas y controversias académicas todo el cúmulo de sutilezas relativas á la naturaleza de Cristo. Sabido es que la Iglesia reconoce dos natura-

lezas distintas, y sin embargo reunidas en la persona del redentor.

Los griegos debian tener una secta, dado su amor á las argucias, que reconociese en Cristo una sola naturaleza. Las sectas contrarias comenzaban por dirigirse sendos insultos, y concluian por llegar á las manos. El Emperador Heraclio quiso poner paz entre ellas y ser así, alzando la autoridad de la Iglesia, un nuevo Constantino. Una fórmula de conciliacion habia sido encontrada por la bizantina argucia, fórmula que se reducia á reconocer en Cristo dos naturalezas y una sola voluntad. En esta fórmula quedaba destruida por completo la doble naturaleza de Cristo. Adhirióse sin embargo á ella, primero el Emperador, luego Sergio, patriarca de Constantinopla, y por último Ciro, Obispo de Phasae, á los cuales siguieron multitud de iglesias griegas, egipcias y asiáticas. Sophronio, Obispo de Jerusalen, comprendió bien pronto la gravísima trascendencia de la fórmula conciliatoria y la denunció á todo el mundo católico. El

[redacted]

patriarca de Constantinopla se encontró con la paz de Oriente perturbada, y acudió en demanda de auxilio á Honorio, al Obispo de Roma, al Papa de Occidente. Honorio suscribió á la heregía de la voluntad única y sola, con lo cual negaba la doble naturaleza de Cristo. Todo aquel que desee mayores noticias sobre este grave tema y sobre la perturbacion que llevó al seno del Concilio Vaticano, debe leer la historia de este Concilio y de sus consecuencias políticas y religiosas escrita por el concienzudo historiador Mr. de Presense. En esta obra encontrará la adhesion del Papa de Roma á la heregía del patriarca de Constantinopla. El sexto Concilio ecuménico en cánones solemnes, fundados en todos los procedimientos eclesiásticos, excomulgó al Papa y le declaró hereje. *Anathema Sergio heretico*, *Anathema Honorio heretico*. Los comentarios no son ménos claros que el texto. «Hemos arrojado, decian, de la Santa Iglesia, y hemos anatematizado á Honorio, que fué Papa de la vieja Roma, y hemos reconocido en sus cartas á Sergio, que ha seguido en to-

las cosas su misma doctrina, y que ha confirmado sus nuevos dogmas.» El texto no podia ser más elocuente, ni la prueba más palmaria. Resultaba que un Concilio habia declarado á un Papa hereje, y por ende resultaba que la infalibilidad no podia estar vinculada en esos Papas, expuestos á tan grandes caidas, sin grave riesgo del dogma y de la Iglesia.

El escritor que suscitara esta grave polémica, fué el P. Gratry, sacerdote respetabilísimo por sus virtudes, insigne por su fé, ilustre por sus obras. En la fiebre de materialismo que posee al mundo moderno, habia reivindicado los derechos del alma humana, y habia sostenido la fé salvadora en la providencia divina. Su palabra tenia la uncion de los místicos, y sus ideas la razon de los filósofos. Ni un momento se habia separado de los altares, ni un momento se habia ido con los fariseos; ni siquiera con los innovadores. Su temple de alma le tenia en esa fé serena que reconcilia la ciencia con la revela-
[illegible] y impulsa al Cristianismo al mismo

tiempo que el humano progreso. Despues de haber pasado por las escuelas profanas y de haber contendido con los filósofos del siglo, se encerró en la Orden del Oratorio, consagrada al dogma de los dogmas hoy, al dogma de la Purísima Concepcion. Vicario general del obispado de Orleans, catedrático de moral evangélica en la Sorbona de París, miembro de la Academia de Francia, luchó contra el panteismo, estudió el conocimiento de Dios como el puro orígen de toda ciencia, y el conocimiento del alma, como eterno objeto de toda moral. Demostró la ideas filosóficas y racionales contenidas en el símbolo de la fé; dió consejos que son norma é ideal de la vida, comentó el Evangelio de San Mateo, respondió á Renan defendiendo la divinidad de Cristo, y reivindicó el principio de la libertad y de la responsabilidad humana, contra los ataques del fatalismo tan arraigado hoy en todas las escuelas históricas.

Y sin embargo, ¿quereis ver cómo le trataban los ultramontanos? Leed estas palabras de su jefe, con motivo de la polémica sobre

Honorio: «La fortísima escuela galicana, de antiguo desgraciada, peligra de nuevos disgustos á causa de un libro polémico escrito en su favor por un amable clérigo literato, persona de fino trato y gran talento, pero sujeto á viajar por las [illegible], de las cuales [illegible] De [illegible], y sin saber por [illegible] se ha sentido ga- [illegible] [illegible]rtírnoslo, se ha lan- [illegible] de estrellas.» Ha- [illegible] série de injurias si [illegible] el ódio dicho á los [illegible] llamado *cabeza* [illegible]nacion del padre [illegible] fundada. Nuevas [illegible] alterar los textos [illegible] entre estas falsi- [illegible] supresion textual [illegible] los rituales [illegible] se levantaba [illegible] y decia en [illegible] grandes [illegible] *como* [illegible] capital de la [illegible] del sentimiento religio-

[redacted]

so alimentado por la pura verdad, enemigo de todas esas interpolaciones, de todas esas fábulas que habian hecho una inmensa mentira de los Anales eclesiásticos. Y en verdad, la falsa donacion de Constantino, las actas falsas de martirios y santorales, el falso derecho canónico de Isidoro Mercator, la falsa batalla de Clavijo en nuestras crónicas, los falsos fundamentos del voto de Santiago en nuestras iglesias, repugnan á la conciencia universal en todos los pueblos y en todos los tiempos, pero repugnan mucho más á nuestro siglo, que se gloría de haber fundado la crítica. Y el peligro era grave, porque es cosa averiguada y ley histórica, indefectible, el decaimiento de todas las religiones opuestas al culto de la verdad y al general sentido de la ciencia. Y declarada la infalibilidad, podian pasar á ser dogmáticos no solamente los libros de la *Vulgata* con todos sus errores filológicos y los evangelios más ó ménos apócrifos con todas sus falsedades históricas; sino aquellas obras jesuíticas, obras de pasion y de polémica, que han condenado el

[redacted]

derecho moderno, que han sostenido las más escandalosas falsificaciones, que han lanzado su anatema sobre la fundada teoría del nacimiento en el derecho civil de las prerogativas eclesiásticas, y se han atrevido á desconocer la verdad inconcusa de que las ambiciones políticas y los poderes materiales de los Papas han traido el cisma de Oriente, han precipitado la heregía luterana, han roto la antigua sacratísima unidad de la Iglesia; excomulgando, como demostró el veneciano Sanuto, por razones puramente mundanales, á más de la mitad de los fieles.

Un hombre como el padre Gratry, místico por naturaleza, sacerdote por vocacion; dado á contender con todos cuantos negaban su santidad á la Iglesia, debia sentirse profundamente apenado de que la Iglesia creyera necesario recurrir á la mentira para sustentar y para adorar la verdad. No, no habrá religion si en vez de ayudar á emanciparnos y redimirnos, ayuda á perdernos y esclavizarnos; si en vez de esparcir la luz esparce las tinieblas sobre el universo; si en vez de

[redacted]

entrar con la antorcha de la verdad en los abismos de la historia, entra con los párpados caidos y la venda puesta; si en vez de armonizarse con la inmensa naturaleza y reconocer sus leyes, se niega al reconocimiento de toda verdad científica; si en vez de llamarnos á la gran comunion de las ideas metafísicas que tienen suspensa como por cadenas invisibles la tierra, esta lámpara del espíritu, del cielo, ese santuario de Dios nos llama á comulgar con el error y con el sofisma que envilecen y matan.

Compréndese, pues, la pena del padre Gratry, y la elocuencia de sus quejas. Como dijera que habia recibido de Dios órden expresa de escribir aquel libro los ultramontanos le preguntaban en qué papel ó escritura le habia Dios comunicado esta órden. Parece imposible que la escuela ultramontana dirija tales preguntas. ¿Dónde están sus escrituras celestes, dónde sus títulos? Veuillot consagraba burlescamente unos versos inmortales de Víctor Hugo al monje del Oratorio, pintándolo cómo un niño, hermoso, con dulce

sonrisa y dulce buena fé, de voz que todo lo encierra, de lloro que pronto se apaga, de vista errante y estática, ofreciendo por do quier su tierna alma á la vida y sus rosados lábios á los besos. De los ángeles invocados por Gratry como testigos de la pureza de su fé y de la rectitud de su conciencia decia que eran esos ángeles prontos á huir á la primer gota de agua que se les echara encima. Y del ilustre escritor mismo decia que ni era escritor ni era ilustre. A tales extremos se llevaba la pasion. Tal caridad habia en el seno de aquel Concilio. Los católicos puros se creian superiores al hombre y demostraban con sus errores y con sus faltas que no solamente no son superiores sino que son inferiores al hombre. La leyenda de Nabucodonosor encierra una eterna verdad. Todo aquel que se erige en Dios se convierte en bestia.

[redacted]

CAPITULO XCIV.

DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD.

Por fin el grande error iba á perpetrarse, el gran sofisma iba á definirse. La Iglesia caia en pleno absolutismo. El espíritu evangélico se borraba por completo de su tradicion y de su seno. De aquella democracia constituida por los primeros apóstoles y los primeros mártires, democracia llena del espíritu de fraternidad y de igualdad se desplomaba en extraña monarquía absoluta, inmensa, invasora, panteista, triste remedo de las antiguas monarquías asiáticas.

El Papa dirige la conciencia de la Europa

latina, y los ultramontanos á su vez dirigen la conciencia del Papa. De consiguiente, jamás se encontró el espíritu moderno en conflicto tan grave con el espíritu de la Iglesia, y jamás la libertad moral de nuestra raza estuvo amenazada de un eclipse tan largo y tan profundo.

El Papa demostraba en su conducta que sólo por deferencia había congregado el Concilio. A no tratarse de un dogma que era exclusivamente personal procediera como en el asunto de la Inmaculada Concepcion, por su propio arbitrio, atendiendo sólo á su conciencia. La Iglesia de Dios, que no cabia en el Universo, hallábase así reducida á una sola persona como los antiguos imperios asiáticos. Nada de aquellas antiguas asambleas donde se congregaban los fieles, nada de aquellos concilios donde se oia la voz del Espíritu Santo. El Papa era, el Papa es toda la Iglesia. Síntoma terrible. Las religiones han muerto siempre por separarse de su carácter celeste y caer en la apoteosis de los [illegible]osos. El paganismo vivia en toda su [illegible] y en toda su fecundidad; ponia sus

cuerdas de oro en la lira de Orfeo, sus líneas divinas en el cincel de Fidias, sus inspiradas palabras en las estrofas de Pindaro, sus ideales figuras en el teatro de Esquilo y de Sófocles; congregaba á los pueblos en aquellas Asambleas que eran como fiestas del espíritu humano y los hacia sábios hasta el punto de producir los diálogos de Platon, y héroes hasta el punto de grabar en las piedras el sacrificio de las Thermópilas, llenando de génios bienhechores, desde el vapor que se levanta de las ondas de los mares hasta la sávia que corre por la fibra de los árboles. Pero en aquellos tiempos últimos de la antigua historia, toda esta obra bienhechora de civilizacion y de cultura se caia á pedazos sobre el podrido suelo del Imperio romano, porque los Césares, no contentos con haber esclavizado la tierra, se levantaban ébrios de orgullo á los cielos y se confundian sobre los altares con los dioses.

El gran Concilio Vaticano remedaba al antiguo Senado de Roma cuando en sus postrimerías, en vez de legislar sobre los pueblos,

[redacted]

[illegible]

[illegible] Pio IX [illegible] la progresion [illegible] a santifi-car [illegible] a todos los parientes del Papa, como se ha [illegible] y [illegible] en la liturgia cristiana a todos los parientes de

Cristo. A los opositores, á los resistentes les decia las palabras más temerarias, les dirigia amenazas más graves, dejándose arrastrar de increibles violencias. Obispo hubo que, asaltado de terror, abandonó á Roma deprisa, y obispo que al llegar la hora de las audiencias caia en cama y llegaba á encontrarse hasta en trance de muerte. Un dia le dijo al sufragáneo de un arzobispo católico francés, que su ilustre superior estaba loco porque su ilustre superior era galicano. Cuando los discursos no le parecian suficientes apelaba á los breves. Jamás un orador se mostró tan gárrulo, tan apasionado en ninguna controversia, como aquel Pontífice; mezcla informe de sumo sacerdote y de atrabiliario periodista, de oráculo y de tribuno. Las obras de los enemigos de la Infalibilidad eran anatematizadas, su defensa prohibida; y en cambio prodigábanse toda suerte de loores á los obispos ultramontanos. Las cartas del prelado de Orleans recibian estos calificativos: «Monton de vanos sofismas, causa única de las universales perturbaciones que agitan las conciencias.»

[redacted]

En Enero de 1870 aseguraba en medio de los debates, y poniendo su espada en uno de los platillos de la balanza, que la sana teoría religiosa era la teoría de la Infalibilidad enseñada por la tradicion, por la escritura y por los concilios. Felicitando al obispo Segur, mantenedor de una extraña teoría de que el Papa es todo, indicaba que en los oposicionistas tenian su mayor aliado las fuerzas del infierno. Los católicos liberales eran señalados como hombres peligrosos, imbuidos de principios racionalistas, é incapaces de someterse á la sagrada autoridad de la Iglesia. El Nuncio de la Santa Sede en París, felicitaba á todos los franceses que habian abrazado el dogma de la Infalibilidad. No quedaba otro remedio sino entrar en esa heregía contra la razon ó salir del seno de la Iglesia.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de citar las inconveniencias de lenguaje cometidas por Pio IX en la defensa de su divinidad. l más vulgar sentido le aconsejaba abstenerse de toda intervencion, puesto que se decidian dogmas de su personal interés; mas

la ambicion de ver su persona divinizada y la Iglesia católica en él resumida, le poseia de suerte que traspasaba todos los límites y se precipitaba en toda suerte de abismos, perdiendo en el respeto de los conciliares todo cuanto ganaba en seguridad de su victoria obtenida por el terror y por la fuerza. Un dia la tomaba con los conciliadores, con aquellos deseosos de no combatir rudamente al espíritu moderno, llamándoles falsos sábios y capitanes ciegos, sin caer en la cuenta de que los conciliadores formaban la mayoría del Concilio. Otro dia mostraba hasta el fondo de su alma gritando que deseaba ser libre como el viento. Ya proferia maldiciones contra el mundo, ya rogaba á los fieles que violentasen al Espíritu Santo, y le forzaran á caer en lenguas de fuego y de ideas sobre la frente del Concilio.

Abríase la exposicion de las artes religiosas en uno de los cláustros que avecinan á Santa María de los Angeles, aquella iglesia tan grande que parece un horizonte en alta mar, donde se recuerda á un tiempo la majestad del mundo romano en las gigantescas bóvedas,

la inspiracion del mundo católico en los bellos frescos, la vida y la fecundidad de la naturaleza en los sublimes bosques de cipreses. La Iglesia, á pesar de su oposicion á nuestra cultura, entraba en la costumbre de las exposiciones, y el Papa presidia la inauguracion de una de objetos religiosos, acompañado por un grande número de obispos. Con este motivo hubo discurso, porque Su Santidad es un tanto gárrulo, y en el discurso alusiones á las cuestiones candentes. Contábase que uno de los católicos llamados en la Iglesia liberales, y que nos parecen á nosotros en el mundo profundamente reaccionarios, habia dicho que la Iglesia necesitaba un mil setecientos ochenta y nueve, ó sea una revolucion liberal. Y en efecto, si la frase no era cierta, la frase era justa. Muchas gentes de ánimo sencillo esperaban que al venir los obispos de las cinco partes del mundo, instruidos en las fases de la profunda perturbacion que agita á las conciencias, penetrados de la soledad en que está la Iglesia, cada dia más viuda de Cristo, y ménos esperanzada de una renova-

cion, se acordarian de los tiempos evangélicos, de las primitivas Asambleas, del sentido democrático y aun republicano de nuestra fé, y obligarian al Papa, como los Estados generales obligaron al rey, á cerrar las puertas de su templo al aire mortal que se levanta del hueco de los sepulcros y abrirlas de par en par al espíritu divino de la libertad. La ocasion era única, los medios muchos, los beneficios seguros, el concurso de todo el mundo moderno indudable, y la ciencia misma no hubiera dudado de la virtud de una Iglesia que supo en el siglo cuarto preparar la educacion de los pueblos modernos y sabia en nuestro siglo completarla. Pero el Papa condenó en aquel momento y con aquel motivo todas estas racionales aspiraciones, exclamando:—«Son una blasfemia.»—¡Blasfemia! Pues tambien lo era, y grande, para los fariseos y para los escribas de Jerusalen que un mancebo oscuro de Nazareth quisiera destruir el templo del Dios de David, y á la palabra de aquel jóven cayó el soberbio monumento por falta del espíritu progresivo que

[illegible] ...sometieron los conge-
[illegible]
[illegible] y agra-
[illegible] ...llamadas ...
[illegible]
[illegible] ...ineradores ...
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] ...nuosos
[illegible] ...pare ...
[illegible] ...llamarse
[illegible] ...presen-
[illegible] ...hijos en
[illegible]
[illegible] ...reprensiva
[illegible]
[illegible] ...las manos
[illegible] ...como
[illegible] ...los labios
[illegible] ...pa-
[illegible] ...hijos míos.
[illegible] ...todos.
[illegible] no abandonarle ¡ah! no le

abandonan. Yo los he visto ir, el corazon de entusiasmo henchido, la voluntad resuelta á la muerte, en pos de ese fantasma, para ofrecerle heróicamente la vida y sucumbir peleando al pié de su altísimo trono, con la fé de los cruzados, con la abnegacion de los mártires. El mundo los ha visto pelear y morir, luchando con los soldados de la libertad en lucha desigual, como los antiguos con el destino. ¡Ah! No le abandonaron. Cumplieron su palabra. Pero le abandonó el espíritu del siglo, y cayó desplomado de su trono, como los más vulgares tiranos.

Pero habia más. Con motivo de uno de esos aniversarios tan frecuentes en la Roma católica, el sacro Colegio se presenta al Papa y el cardenal Patrizzi le dirige arrobado y extático un discurso fervorosísimo. En él, adelantándose á las decisiones del Concilio, atribuyéndose una representacion de todo en todo usurpada, promete al Papa la declaracion de Infalibilidad en justo pago de las declaraciones hechas por el Papa en favor de la Inmaculada Concepcion de María. No es po-

sible decir qué nos extraña más aquí si la ambicion del Papa ó la irreverencia del Prelado. Decia un ateo que los dioses eran la inspiracion interior del alma como la musa de Homero; ó la sombra del hombre, proyectándose en el cielo. Así, añadia, los etiopes, que son negros, hacen tambien negros á sus dioses. Los cardenales de Roma, como los etiopes de Africa, hacen del Dios que no cabe ni en los espacios ni en los tiempos, del Dios que ha creado con su palabra el Universo é infundido en nosotros el espíritu más grande y más bello aun que el cielo mismo, de ese Dios, sumo bien, suma hermosura, ideal perfecto de la vida, sér en sí absoluto, una especie de canónigo bonachon y prosáico, sujeto á nuestras debilidades y miserias. Toda esa divinizacion de la madre de aquel que no tuvo principio ni tendrá fin, es pura idolatría fetichista, buena para las islas del Archipiélago asiático, impropia de nuestra civilizacion y de nuestra cultura. Y el Papa estaba aquel dia de buen humor y la dió trás los charlatanes del Concilio como si él no habla-

[redacted]

ra más que nadie, y les echó en cara que se iban al mundo y se olvidaban del Papa á quien debian sus sillas, sus lucros y sus honores. De suerte que todo aquí era cuestion de agradecimiento, como si dijéramos, cuestion de compadres. La Vírgen María, agradecida al regalo de la Inmaculada Concepcion, respondia con el regalo de la Infalibilidad, y los obispos nombrados ó confirmados por el Papa, debian agradecerle todo esto alzándole sobre sus cabezas y sobre sus mitras como á rey absoluto.

Los obispos oposicionistas, á pesar de estas grandes amenazas luchaban con verdadero vigor. Doloridos, apenados, presintiendo todas las dificultades próximas, compendiaban breve y sencillamente en cláusulas llamadas postulata los argumentos contra la Infalibilidad. Presidia á la redaccion de estos proyectos un arzobispo eminentísimo, devoto al Papa, autor de uno de los monumentos más ultramontanos de nuestro tiempo, el autor del Concordato austriaco, el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena. Asociábase á

esta manifestacion con todo el episcopado aleman, que más alejado de Roma y más cercano á los grandes poderes directores de la Europa del Norte, preveian con ojo avizor y certero las inmensas dificultades de la Iglesia, próxima á caer por el error de la Infalibilidad bajo la férrea férula del Imperio. La verdad es, que los obispos de la oposicion representaban la mayoría de la Iglesia, puesto que representaban aquellas ciudades de influencia decisiva y de poder omnímodo en el mundo. París, Orleans, Viena, Munich, el mismo Berlin, eran el núcleo del episcopado europeo, del episcopado que veia los grandes conflictos y que trataba de evitarlos. El alto clero de los diversos pueblos tenia allí diverso carácter. El clero italiano se ligaba naturalmente al Papa en la conviccion de que la supremacía de este es la supremacía de Italia sobre el mundo religioso. Nuestro clero más papista que el Papa, estaba decidido al sacrificio, al suicidio, sin que nadie le anduviera [illegible] mano, sin que nadie le molestara, [illegible] s la opinion se curaba de la gran-

de Asamblea católica absorta en oir á su Asamblea constituyente y helada por una antigua indiferencia religiosa. Los obispos americanos apenas podian conocer las dificultades del nuevo dogma, ora porque en el Norte reina la separacion completa entre la Iglesia y el Estado, ora porque reina en el Sur nuestra misma indiferencia. Los vicarios apostólicos, los obispos *in partibus* que formaban la mayoría numérica del Concilio, eran naturalmente los más devotos al Papa y los más propios para falsificar la voluntad de la Iglesia. Y una sencilla reflexion es bastante á probar la profunda verdad de este aserto. Leia yo en uno de esos libros que sirven para ejercitarse en la traduccion allá en los institutos y colegios que una vez cierto Papa nombró en una de sus asambleas rey de Jerusalen á noble infante de Aragon; y que el infante, agradecido á tal dignidad, se levantó, é inclinándose profundamente en presencia del pontífice y sus prelados, dijo estas palabras: Señores, el Papa me ha nombrado á mí rey de Jerusalen, yo, en justo agradecimiento y

reciprocidad, nombro al Papacalifa de Bagdad. Lo cierto es que los obispos *in partibus*, los vicarios apostólicos son por el Papa nombrados, para sedes lejanas, alzadas bajo el dominio de príncipes infieles y hasta de tríbus antropófagas, donde jamás podrian ni dar una bendicion, ni recibir un ex-voto. A veces esos obispados son tan fantásticos que ni siquiera en la geografía existen. Redúcense á distinciones honoríficas, á prelaturas ideales, que permiten darse los aires de obispo sin tener ni los emolumentos, ni las cargas de la Iglesia. Ningun poder político influye en su nombramiento, ninguna necesidad religiosa lo exige. El Papa los aumenta á medida de su capricho y ellos permanecen siempre fieles al Papa. Muchos escritores y prelados de la oposicion demostraban la flaqueza moral de un Concilio compuesto en su mayoría de cortesanos y familiares del Papa. Mr. Veuillot se indignaba con profunda indignacion, y decia que esos obispos eran los más meritorios, los más sagrados, los más henchidos del espíritu divino, los que recordaban la vida de las Ca-

tacumbas y la edad épica del Cristianismo, los que iban al seno del desierto, á los bosques inexplorados é inexplorables á llevar el rocío de la fé, y á traerse muchas veces en cambio las cicatrices de la persecucion, víctimas inmoladas en los altares de los sublimes sacrificios. Pero luego, cuando se encontraba frente á frente de un obispo galicano, como por ejemplo Monseñor Maret, obispo de Sura, nombre que no se encuentra ni siquiera en el Diccionario universal de Historia y de Geografía de Mr. Bouillet, que tiene la aprobacion del Consejo de Instruccion pública del Ministerio, del arzobispo de París y de S. S. el Papa Pio IX, cuando se encontraba en frente de un obispo así, bien sabia en su estilo pintoresco á la manera de la piel de una serpiente por lo flexible y lo vistoso, burlarse con burla digna de resonar en el café ó en el boulevard, del obispo y del obispado. Así las quejas contra los oposicionistas y las acusaciones eran innumerables. Unas veces les llamaban allá en el Vaticano, «perros sin dientes y sin lengua, perros que ni mordian ni ladraban.» Decíase

á voz en cuello que la declaracion de la Infalibilidad estaba reclamada por la pereza de esos obispos y por su indiferencia y por sus debilidades, y por sus transacciones, y por su sofistería, y por sus serviles complacencias con los poderosos del mundo. El Papa no queria saber nada de los programas contra la infalibilidad, y cuando se los llevaron, arrojólos con menosprecio bajo su mesa. Decia que sobre los preparativos del Concilio reinó el mayor silencio y se guardó el mayor sigilo porque los preparadores eran prelados romanos, amigos de su persona, familiares de su casa, partidarios de su causa, pero desde el punto en que entraron los obispos extranjeros, los obispos franceses y sobre todo alemanes, los espesos velos se rasgan, los misterios religiosos se disipan, el secreto se viola, y el mundo sabe lo que sucede y lo que no sucede, con general estrañeza y aun escándalo de la cauta y política Roma.

El mal humor del Papa se agravaba por momentos. La resistencia del Concilio le enfurecia hasta el desvarío. Sacerdote hubo que

creyó recibir algun golpe de su báculo y que cayó en cama despues de una entrevista en que S. S. le aplicó fortísima reprimenda. Cuando no podia otra cosa tomaba á broma las sesiones y dirigia sangrientos epígramas á los obispos. Gran latinista, reíase á mandíbulas batientes, de los barbarismos y solecismos cometidos por el Espíritu Santo en los discursos conciliares. Uno de los obispos habia dicho que Colon *discooperuit Americam*, es decir, despeinó á América. Otro habia citado en favor de los Concilios el nombre de San Gregorio Nacianceno, acérrimo enemigo de estas piadosas asambleas. Y el Papa se reia de todos. Pero á veces no se contentaba con reirse y hacia más, amenazaba, y casi casi pegaba. El conflicto con uno de los patriarcas orientales, lo prueba claramente. El patriarca habia propuesto en toda regla dos sacerdotes para las sedes vacantes de Diarbekir y de Mardin, y el Papa los nombró. El Patriarca dijo luego que deseaba se les cambiara de silla y el Papa los cambió. Pero, hecho esto, cayó en la cuenta el Patriarca de que habia

[redacted]

[illegible]

[illegible] a su ministerio.
[illegible] escra-
[illegible] por sus predecesores.
[illegible] a tales
[illegible] la presidencia, legó
[illegible] Sus [illegible]
[illegible] violencias
[illegible] tales
[illegible] recur-
[illegible]
[illegible] que
[illegible] conocer in-
[illegible] de
[illegible] frente.
[illegible] extremo. [illegible]
[illegible] y la Pa-
[illegible] Vatica-
[illegible],
[illegible] la
[illegible] echó
[illegible] el premio
[illegible]
[illegible] de
[illegible] espiritua-

les, era rey de Roma con esbirros, calabozos y tormentos. El Patriarca perdió casi el habla, casi la luz de los ojos, plegó las manos en ademan suplicante y sintió que le flaqueaban las rodillas y que se le iba la cabeza. El Papa, severo, inflexible, le mostró los dos obispos conjurándole á que los consagrara inmediatamente, ó en el caso contrario á que firmara su dimision ya formulada y escrita en un papel que iracundo le lanzaba sobre el rostro. El Patriarca se negaba con tenacidad. Y volviendo en sí el Papa le presentó un compromiso de obediencia para que lo firmase. El Patriarca pidió un plazo de tres dias. Temiendo el Papa que en esos tres dias escapara de Roma, negóse al plazo y tornó á presentar el compromiso. El Patriarca tomó una pluma temblando como azogado, empezó á escribir como si escribiera palotes y se detuvo antes de terminar la firma. El Papa le preguntó por qué causa se detenia.—«Porque la pluma va mal,»—dijo el Patriarca. Inmediatamente le entregó un cortaplumas, le hizo firmar el compromiso de obediencia, mandó á su poli-

[redacted]

cia secreta que lo siguiera y lo celara, y obtuvo por estos medios persuasivos y apostólicos una completa victoria. Así no es maravilla que muchos obispos orientales cayeran en cama el dia de la audiencia del Papa por temor de que les sucediese el tristísimo desaguisado del gran Patriarca caldeo, que se encontró perdido y despojado por las increibles violencias del Pontífice.

El obispo de Orleans, á pesar de semejantes extremos del Papa, insistia en su negativa á reconocer la oportunidad de la declaracion. Por esta misma causa, por haberla tachado de importuna, exigian los ultramontanos que se promulgara. *«Quod inopportunum dixerunt, necessarium fecerunt,»* exclamaba uno de los más exaltados obispos. Los oposicionistas se parapetaban, como en refugio último, en lo necesario de la unanimidad moral para que el nuevo principio tuviese fuerza y carácter de antiguo dogma. Pero el Papa amenazaba á los tímidos y ganaba á los vacilantes. Monseñor Spalding, que vino de lejos imado por evangélico celo contra los exa-

gerados y los violentos, cambió de opinion en cuanto tuvo una plaza en las grandes comisiones y una entrevista con el Papa. Los obispos de la América del Norte tuvieron una ocurrencia que hizo reir á toda la cristiandad. Idearon celebrar un *meeting* religioso para conocer la opinion de los congregados, como si las orillas del Tíber que arrastra tantos dioses muertos, fueran como las orillas del Potomac que exhala tantas ideas vivas, y el trono autoritario de San Pedro como la tribuna republicana de Washington. El episcopado inglés, exageradísimo papista en sus largas luchas con los antipapistas, fué solemnemente desautorizado por Newman, el más grande y más ilustre de los teólogos británicos. Este escritor, discípulo de Oxford, sectario un dia de la iglesia evangélica, sectario más tarde de la iglesia anglicana, donde ocupó tan altos puestos y consiguió tan renombrados triunfos, autor de la obra de los arrianos en el siglo cuarto, que predicaba con fé tan firme la divinidad de Cristo á un mundo completamente racionalista, amigo del

doctor Pusey que ha impulsado á tantos ingleses á entrar en el seno de una iglesia semicatólica; converso á los piés del Papa y en la misma Roma á la plena fé romana por la cual escribió tantos libros, pronunció tantos sermones é hizo tantos esfuerzos, sentíase descorazonado, triste, apenadísimo, viendo que los Concilios antiguos se habian reunido para conjurar los peligros y el Concilio Vaticano para aumentarlos, para salvar á la Iglesia y el Concilio Vaticano para perderla. El doctor Michaelis formulaba el pensamiento de toda Alemania cuando decia que la declaracion de la infalibilidad era una obra de sutileza y de mentira, cuyo éxito era deplorable reaccion jesuítica contra el espíritu liberal de la Iglesia, indecible calamidad para la civilizacion y para el cristianismo. El cardenal Schwarzenberg se elevaba á la más alta elocuencia. Su voz tenia algo de la majestad de los profetas y de las tempestades del Sinaí. Su pensamiento recordaba que habia contribuido á la fundacion de la Iglesia no sólo San Pedro, el apóstol que más se parece á Judas, el que

[redacted]

negó á Cristo en la hora de su pasion y de sus tristezas; el judío de estrechísimo sentido que no queria apartar la nueva iglesia de la antigua sinagoga, sino tambien el gran apóstol de las gentes, el gran reconciliador de todas las razas, semita por su orígen, griego por su educacion, romano por su dignidad y por su derecho, que habia visto la antigua fé apagarse en las reverberaciones del desierto y la nueva fé surgir en las tempestades de la conciencia y que desde aquel punto, desde aquella hora solemne habia prescindido de todo el egoismo judío y condenado todo rito de secta abriendo la nueva á todos los hombres, á todas las razas, á todos los continentes para fundar la verdadera comunidad de la humilde criatura con su divino creador. Hizo más el sábio obispo. Recordó las desgracias de la Santa Sede por su empeño en traspasar los límites señalados á su autoridad y á su poder. Dijo que así como Bonifacio VIII habia visto su palacio invadido, su trono asaltado, su persona desacatada y su megilla herida muriendo como fiera que

[redacted]

los curadores acorralan por haber demandado y querido el supremo dominio sobre todas las potestades temporales, Pio IX podia verse a su vez expulsado de la conciencia humana y del humano espíritu, convertido en ludibrio de las gentes, olvidado de los mismos que antes le adoraban por pretender lo que ningun hombre puede alcanzar, la infalibilidad y la impecabilidad de Dios. Strossmayer no se dió por vencido y tornó nuevamente a la tribuna del Concilio para sostener la inoportunidad del dogma. Mucho se habia hablado de este orador. Los liberales poníanlo en las nubes y los ultramontanos le censuraban fuertemente. Habia de todos modos facilidad en su decir, cadencia en su entonacion, calor en su sentimiento. Fuerza en su palabra. Aunque los obispos italianos y españoles hablaban un latin, no diré más puro pero sí más eclesiástico, Strossmayer, como buen húngaro, acostumbrado al empleo diario de la lengua latina, hablábala con pasmosa facundia y aun con gracia. Sin embargo, los prelados romanos se reian mucho de este

[redacted]

su latin, y recordaban que cierto pedante decia que los prelados en el extranjero celebraban la misa *cum pantalonibus* y que el latin de Strossmayer era tambien latin *cum pantalonibus*. De todos modos su palabra impresionaba fuertemente, puesto que tenia la misma fuerza de su razonamiento.

El Concilio contaba estas fracciones: primera: ciento cuarenta obispos enemigos de la Infalibilidad, los más ilustres por su ciencia, los más admirados por sus virtudes, los representantes de las naciones más poderosas y de las mayores diócesis: cincuenta cardenales que como buenos cortesanos del Pontífice, tenian que votar la divinidad pontificia: cien vicarios apostólicos revocables y pendientes todos por ende del arbitrio de la Santa Sede: cincuenta generales y abates mitrados de las órdenes monásticas todas conversas al más exagerado ultramontanismo: ciento de esos obispos de la Propaganda poseedores de sillas fantásticas é imposibles: doscientos setenta italianos, de los cuales ciento cuarenta y tres eran vasallos políticos del Papa, habi-

[redacted]

[illegible] Ta- [illegible] de la [illegible] dolo- [illegible]

[illegible] de [illegible] re- [illegible] en [illegible] universal. La [illegible] ser más ó [illegible] más ó [illegible] profunda- [illegible] mantener el [illegible] errores [illegible] humana. Un absolutismo [illegible] el espíri- tu al suelo; un hombre que se divinice, una sociedad que se petrifique; la idolatría materialista; el egoismo llevado a sus últimos extremos; la coaccion moral, sustituida por la fuerza y por la violencia, no puede reformar de ninguna manera la sociedad presente.

[illegible]emplazar un ideal viejo y gastado, es

necesario sustituirle otro ideal más progresivo y más humano. La infalibilidad del Papa era la apoteosis, la divinizacion de un hombre. Y francamente, en este sentido más fundamento, más razon tiene cualquiera de los sistemas utópicos que sostienen la divinizacion de la humanidad.

Los Obispos oposicionistas gritaban, como náufragos, y nadie les oia. El cielo estaba sordo á sus clamores. El Cardenal Swazemberg evocaba la sombra de aquel mártir de Bohemia, predecesor ilustre de Lutero; de aquel elocuentísimo profeta, cuyo sepulcro se ha convertido en altar, y cuyo nombre contiene el espíritu de un pueblo entero, el cual todavía maldice á los que persiguieron y quemaron en el Concilio de Constanza, al sublime redentor. Monseñor Maret, expresó la angustia de la iglesia galicana, amenazada de muerte, y sus palabras fueron tan graves, y sus quejas tan profundas é intensas, que levantaron sordo rumor en la mayoría del Concilio, servil cortesana del Papa. El Obispo de Orleans alzó los ojos y las manos al

[redacted]

[illegible] Espíritu de Dios,
[illegible] para salvar y con-
[illegible] de su patria.
[illegible] El Papa
[illegible] necesario
[illegible] El
[illegible] medida
[illegible], y se
[illegible] Cristo nue-
[illegible] occiden-
[illegible] lago de
[illegible] Europa, iba á
[illegible] Nuevas irrupcio-
nes de gentes germánicas, rompian por los límites de las antiguas familias latinas; y en vez de haber á la cabeza del mundo una Iglesia con autoridad y con fé, habia una Iglesia forjadora de cadenas y caida en las garras del Cesarismo. La angustia era tanta, que los obispos de la oposicion ignoraban el partido que debian tomar. Unos proponian votar en contra, y proponian otros ausentarse. Por fin, tomaron esta resolucion. Al leerse definitivamente la fórmula de la infalibilidad, encon-

1róse que la habian adulterado tristemente, agravándola más, aunque era de suyo profundamente grave. De suerte que ni siquiera se proclamó tal como la habia votado la Asamblea. Era, pues, dogma de fé que el Papa tenia el don de la infalibilidad, y sus decretos el carácter de irreformables.

La ceremonia misma de la promulgacion, pareció un gran entierro. Las sillas más distinguidas estaban vacías; los obispos más ilustres se habian partido. Doscientos dejaron á Roma en un solo dia. Era aquella la verdadera viudez de la Iglesia. Más que un apologista, necesitaba la ciudad de Dios, la esposa de Cristo, un Jeremías, que llorase sobre su soledad; su santuario caido, sus piedras dispersas como los huesos de destrozado cadáver, sus sacerdotes errantes, su templo asaltado por sus eternos enemigos, y su nombre convertido en ludibrio del mundo. Dos obispos, sólo dos obispos, tuvieron el valor necesario para oponer el *non placet* á la ambicion de los Papas: un Obispo de la vieja Italia, y un Obispo de la jóven América. A

[redacted]

medida que la votacion adelantaba, espesábanse las tinieblas; y á pesar de ser pleno dia y pleno estío, entraba la noche por las puertas y las ventanas de San Pedro; noche no tan oscura ni tan espesa como la que avanzaba sobre el humano espíritu. Cuando el Papa acabó de leer su propia apoteosis á la luz mortecina de vacilante cirio, siniestro relámpago inundó toda la Basílica, y largo trueno resonó en el firmamento, como para recordar á los dioses de la tierra, que todavía era él Dios de los cielos. La lluvia caia á torrentes; los frailes gritaban como energúmenos, y el pueblo romano se habia ausentado como siempre. El Papa, decia que el Concilio tuvo tres períodos; el primero, en que todo lo embrolló el diablo; el segundo, en que todo lo embrollaron los hombres; y el último, en que todo lo aclaró Dios. Y sin embargo, si desde lo alto del Vaticano, tornara los ojos en aquel momento hácia los límites del horizonte, viera venir ya las huestes que corrian desaladas á pedirle cuenta de su largo despotismo y á derribar en el polvo su frágil corona de monarca.

[redacted]

CAPITULO XCV.

LA INTERNACIONAL.

Coincidian entonces con los congresos religiosos en que tomaba aspecto tan amenazador la utopia de lo pasado, los congresos socialistas en que tomaba no ménos triste aspecto la utopia de lo porvenir. Así es el mundo; perpétuamente caminando entre dos abismos. Los utopistas de lo pasado creian imposible toda religion si no se despertaba en el centro de Europa un absolutismo personal, propio solamente de las primeras edades históricas; y los utopistas de lo porvenir á su vez creian imposible todo progreso, si no caía-

mos en comunismo asiático, tambien propio de tiempos alejados y primitivos, en que el hombre apenas se habia desprendido de las entrañas del Universo. Por distintos caminos, por móviles opuestos, por impulsos contrarios y contradictorios, la utopia de lo pasado y la utopia de lo porvenir se reunian sobre un sólo punto, y predicaban, la una que tuviese el poder inmóvil majestad, como en Asia, y la otra que tuviese la propiedad el carácter comunista del Asia. Ni en unos ni en otros congresos habian sus más influyentes miembros pensado que el carácter individualista de nuestro tiempo, en que la personalidad humana se define con tanta claridad y se arraiga con tanta fuerza, este carácter individualista ofrece incontrastable resistencia á toda tentativa de suprimir, esclavizar nuestra natural independencia, ya sea en nombre de la idealidad religiosa, ya sea en nombre del bienestar social. Y cuando en una obra tan grande como la obra de detener ó empujar una sociedad, se desprecia un elemento tan poderoso como el espíritu del si-

glo, atmósfera en que todos respiramos, al buscar la vida y el movimiento se tropieza con la atonía y con la muerte.

La reaccion desatentada se refugiaba en el Concilio del Vaticano y la revolucion desatentada en el Congreso de la Internacional. ¿Qué es la Internacional? Es una sociedad de trabajadores de todos los pueblos civilizados que se congregan con objeto de mejorar su condicion social por medio de una grande comunidad de esfuerzos fundada en indisputable solidaridad de intereses. Por unos se ha dado á la Internacional mucha importancia, por otros poca, por todos se le ha prestado una atencion que ciertamente merece como muestra de nuestro estado presente y como síntoma de los conflictos del porvenir. En todo tiempo, en toda sociedad, sentiráse siempre incontrastable aspiracion á la mejora social de las clases pobres, y lo único que podrá detenerla ó viciarla, será salirse de las vías de un progreso pacífico y constante, de las leyes de una sociedad regularmente ordenada, y caer en las sombras de la utopia para

adquirir la misteriosa epilepsia de la revolucion. Nada conviene tanto al ejercicio de la inteligencia como saber los límites del conocimiento; y nada al acierto político y al progreso social como saber el alcance de nuestras fuerzas y el punto hasta donde podrán extenderse nuestras reformas. El prescindir de las leyes sociales en una obra de mejora social, es como prescindir de las leyes del Universo en un trabajo de mecánica. En el error no se puede entrar sin salir por el mal.

Larga experiencia debiera haber mostrado á los trabajadores que allí donde se quiere reformar en un dia, por medio de profundo sacudimiento revolucionario, la sociedad entera, se cae prontamente en el despotismo. Tristes y dolorosas advertencias debieron decirle que el conjunto de sistemas irrealizables, de reformas ideales, de cosmologías, de palengenesias nada habian dado de sí más que un triste retroceso. La aplicacion de la libertad á las relaciones sociales puede resolver muchos problemas que jamás se resolverán por la posesion del gobierno, por la máquina del

Estado. La libertad aumenta la sociedad, y la sociedad, no el Estado, uno de sus órganos solamente, puede resolver el problema de los problemas, el problema social.

Desde el dos de Diciembre el movimiento socialista se habia detenido en Francia, pasando de las escuelas al gobierno. El César, que halagara las pasiones populares en su largo apostolado y en sus cómico-trágicas aventuras, gloriábase con ser generalísimo del ejército, y emperador de la plebe. Uno de los mayores socialistas le llamaba el socialismo coronado y triunfante. El error fué tan grande, y se arraigó tan profundamente, que el pueblo llegó á menospreciar el derecho, la libertad, la justicia, la república, y á creer que en el Cesarismo podria encontrar el pan para su estómago, en cambio de la libertad de su alma. Pero esta ilusion engañosísima se desvaneció pronto, y el malestar social comenzó á sentirse en todas partes y á quejarse en todos tonos. El trabajador francés, que recibiera el bautismo de fuego y sangre de la primer revolucion; que fundara dos Repúblicas, que contara entre

sus apóstoles tantos y tan grandes reformadores; que un dia viera al Estado mismo convertirse en taller gigantesco para servirle y abrigarle, no habia podido ni siquiera conseguir la libertad de entenderse con sus compañeros, de asociarse por el oleaje, y la incertidumbre de las revoluciones generadoras de toda tiranía, mientras que Inglaterra, la aristocrática Inglaterra, por liberal, y anti-revolucionaria, por conocedora de las impurezas de toda realidad, y enemiga de estos remedios de un dia, que se destruyen al dia siguiente, contaba con un siglo entero de asociaciones de trabajadores, fruto sazonado de la libertad reconocida por sus leyes, consagrada por sus costumbres. Y no se diga que los ingleses no suelen abusar de la libertad. Abusan, como todos los hombres, porque todavía no han hallado el secreto de sobreponerse á la naturaleza humana y salirse de sus tristísimas condiciones. Pero la sociedad y el Estado reconócense con poder bastante á disminuir los abusos, pero no con poder bastante á extirparlos, y al aceptar la libertad, saben que han

[redacted]

por fuerza de aceptarla con el censo de sus inconvenientes y de sus males. Solo allá cuando la perturbacion es muy honda, el desórden muy gráve, el motin general y amenazador, suspende la gran nacion alguna de las fuertes garantías de sus derechos. Mas tened por indudable que en Inglaterra se abusa de la libertad como en todas partes. Presentes se hallan á la memoria de cuantos saludan la historia moderna, los crímenes de Scheffielld. Aquellas asociaciones, consagradas al cultivo del trabajo y al bienestar del trabajador, no creyendo cumplir su ministerio si no menudeaban las huelgas é imponian condiciones á veces durísimas al capitalista, apelaban á medios extremos y violentos, si alguno de sus sócios queria recobrar la autonomía individual, como ocultarles los instrumentos de trabajo, perseguirlos con todo género de obsesiones, quemar la casa de unos, asesinar á otros, exterminar sus familias; crímenes horribles que merecieron una informacion parlamentaria y que se revelaron en toda su repugnante desnudez á la nacion asombrada.

Pero tanto en Inglaterra como en Alemania, el progreso de los tiempos y de los estudios económicos habian creado asociaciones de trabajadores, en las cuales, comprometiéndose cada uno de ellos y todos juntos al crédito mútuo, llegaban á trabajar con capitales propios y á prescindir del capital ajeno, encerrándose en una fórmula que se denominaba por su naturaleza y por sus resultados con el expresivo nombre de cooperativa.

Cuando estas asociaciones más florecian, sobrevino suceso de magna importancia; la primera Exposicion universal de Lóndres. En medio de las aprensiones guerreras que inspiraba á todos ver en el trono de Francia un representante y heredero de aquella política insensata, que se compendiaba en la conquista de Europa y en el bloqueo continental, celébrase este certámen de los productos de la industria, de esa fuerza creadora que levanta sobre el mundo de la naturaleza, el mundo del trabajo. Concertábanse lo más sólido, el hierro, lo más frágil y quebradizo, el cristal, para componer un edificio de gigantescas

proporciones, y sin embargo aéreo, donde cupieran ejemplares varios de todos los productos materiales, debidos á la actividad humana, cooperadora y continuadora de la creacion divina. Allí, desde el manjar hasta el vestido; desde el pan que sale de nuestros hornos y satisface el hambre, hasta la blonda y la gasa que sale de nuestros talleres y realza la hermosura; el libro cargado de ideas sudadas por nuestras prensas, para alimento de la inteligencia, junto á la religiosa campana cargada de sonidos que llaman á la oracion, y que traen á nuestra baja atmósfera los ecos de la eternidad; el estridente gemido de la máquina de vapor que ha atravesado los espacios como en alas del viento, y ha domeñado las mares, hasta la dulce melodía del órgano, que ha consolado tantos dolores, infundido tantas esperanzas, y domado las tormentas del alma; el azadon que ha abierto fecundo hoyo en la tierra del campo, y el pincel que ha dado un matiz más á los cielos y á los iris del arte; las trampas que sirven al cazador para aprisionar las ligeras

aves, y los telescopios que sirven al astrónomo para aprisionar las lejanas estrellas; el cable y la cuerda del arpa, la tela de algodon y la tela metálica, la economía doméstica con sus rudimentarios productos, y la química que descompone en nuevos elementos los antiguos elementos aristotélicos, y analiza el incienso de oxígeno que exhalan esos pebeteros llamados plantas y el ardiente ácido carbónico que exhalan las fraguas de nuestros pulmones; todo ese maravilloso Universo alzado por el Titan, sujeto á la cadena del límite, y sin embargo, creador y divino, animal en la naturaleza, ángel en lo infinito, que pule y perfecciona, como merece el templo del espíritu, nuestro hermosísimo planeta.

Una observacion saltaba en seguida á la vista perspicaz de la inteligencia, una observacion exacta, indudable, humanitaria. El creador de todas estas maravillas es el obrero, el soldado del trabajo. Y el obrero, el soldado del trabajo, no podia en su miseria ir desde el fondo de sus talleres al templo de sus victorias. Los periódicos de todos colores

y matices en Francia, comprendieron á una cuán irritante era esta desigualdad, esta injusticia, y se adelantaron á proponer el envio de comisiones obreras á visitar la Exposicion Universal y á estudiar sus productos. Algunos abrieron suscriciones con este noble fin, y alcanzaron crecidísimas sumas. El gobierno napoleónico, movido por la opinion pública, facilitó del presupuesto general un gran número de viajes. El trabajador francés, con esa facilidad de generalizar, antigua ya en nuestra raza, comprendió en presencia de todas estas maravillas, que si el capital es la materia, el trabajo es la forma, es la vida, es el organismo, es la chispa eléctrica que anima, es la luz que ilumina, es el alma de ese mundo de la Industria. Y con la pretension al dominio exclusivo é imperioso, pretension propia de todas las castas, que ha tenido el sacerdote en su Iglesia, el noble en su castillo, el Rey y el Papa en sus respectivos tronos, dijeron y proclamaron que les pertenecia de todo en todo el mundo del trabajo. Y perteneciéndoles exclusivamente como á Dios

su alma, [illegible] el goce, sino la pena; no olian la flor y devoraban el fruto; sólo sentian, sólo tocaban las agudísimas espinas. Llevaban las penas del trabajo como la concha madre-perla lleva su riquísimo producto, más para adornar á otros séres felices y superiores, completamente ociosos.

Despues de estas observaciones generales venian las observaciones particulares, y entre las observaciones particulares, indudablemente la primera, la de más bulto, la que atormentaba á los franceses y les ponía de manifiesto su enfermedad, era la libertad de asociacion, la libertad para concertarse, para resistir, para vencer, gozada por todos en la maravillosa Inglaterra, y á ellos negada en la triste Francia. Y como resultado de todas estas observaciones, una capital, capitalísima, la solidaridad de todos los trabajadores de Europa.

En efecto; la competencia antigua entre Francia é Inglaterra, esa competencia que ha grentado los campos y los mares, se a en armonía. Los hijos de aquellos que

pelearon, unos contra otros, en tantas batallas, se reconciliaban y se unian en la comunidad del trabajo. Esta union de afectos podia y debia terminarse por otra union más estrecha de intereses. El inglés recibió á su antiguo rival, á su antiguo enemigo como á un hermano y lo asentó á su lado en el hogar, en la mesa, donde partieron juntos con el pan de cada dia el pan del alma. Muchos de aquellos que habian ido con la idea de ver Inglaterra y volverse, quedáronse, y adquirieron provechoso empleo á sus facultades. La fraternidad humana ganaba mucho tanto con el cambio de productos como con el cambio de ideas.

El 5 de Agosto de 1862 celebróse la fiesta de la federacion internacional, congregándose los delegados de la asociacion francesa con los delegados de las asociaciones británicas en la taberna de los francmasones. Los trabajadores ingleses dirigieron un mensaje á los trabajadores de la vecina Francia. «En tiempo, decian, de tinieblas en las inteligencias, de guerras en las sociedades, nos mal-

[illegible]

[illegible] son necesarias la inteligencia y la unión del jornalero con su amo. Y sin embargo, el progreso industrial arroja cada día nuevos problemas, y estos [illegible] s suscitan y engendran nuevos ma-

les al jornal y al jornalero. Las máquinas, con su potencia digna de la fecunda naturaleza, inutilizan el trabajo humano y lo sustituyen con grandes ventajas. ¿Qué va á ser de nosotros, qué de nuestras inútiles fuerzas, cuando tantos y tantos vamos á quedarnos sin trabajo? ¿Nos dejarán morir de hambre ó nos mantendrán á expensas de aquellos que puedan continuar ejerciendo su actividad? No pretendemos resolver estas cuestiones, pero decimos que deben ser resueltas, y para conocerlas, para discutirlas, para analizarlas, convocamos no sólo á todos los trabajadores de la tierra, sino tambien á los filósofos y á sus ideas, á los estadistas y á su experiencia, á los historiadores y á sus conocimientos, á los patronos y á sus riquezas, para que tomen la debida parte en este trabajo redentor. Muchos sistemas se han propuesto, dulces sueños disipados en amargas realidades, y la prueba de que la verdad no ha sido encontrada está en que la buscamos y la pedimos todavía. Nosotros creemos que cambiando nuestros pensamientos y nuestras observa-

ciones con los trabajadores de diferentes nacionalidades, violentaremos á la sociedad para que nos entregue sus secretos, esperando que despues de habernos apretado las manos, despues de tratarnos como hombres, como ciudadanos y como trabajadores y de reconocernos mútuamente los mismos intereses y las mismas aspiraciones, no consentiremos que nuestra alianza fraternal se rompa por aquellos que tendrian general interés en desunirnos, y perseveraremos en procurarnos medios internacionales de comunicacion que forjen diariamente nuevo anillo de la cadena de amor indispensable á unir en santa fraternidad á todos los trabajadores de la tierra.»

Las bases de la sociedad Internacional, estaban echadas verdaderamente en ese programa, que si no es el mismo textual de los trabajadores ingleses, encierra lo esencialísimo de su doctrina. Habia ciertamente en él pretensiones inmoderadas, y alguna que otra idea utópica; pero no habia ese ódio á todas las clases, esa guerra implacable á la sociedad y al capital; esa ambicion febril, esa impacien-

cia revolucionaria, ese ideal comunista que ha malogrado todos los esfuerzos de la Internacional y la ha convertido de causa del progreso en causa de ruina. Verdaderamente un nuevo ideal amanecia en la conciencia humana, y llegaba con su luz hasta el fondo de los más pavorososabismos sociales. Sobre los intereses estrechos de pueblo, sobre los intereses de nacion, sobre los intereses mismos de raza se elevaban los intereses humanos demostrados por la estrecha solidaridad de todos los trabajadores de la tierra. Esto anunciaba verdaderamente, una nueva vida, un arte de la humanidad, una religion de la humanidad, una ciencia de la humanidad, toda una sociedad, toda verdaderamente humana. ¿Cómo se perdió esto? ¿Cómo se malogró esto? Ya lo veremos en el curso de nuestra historia.

[illegible]

[illegible]

[illegible] la pri-
[illegible] presencia [illegible]
[illegible] fueron las
[illegible]
[illegible]
[illegible] candida-
[illegible] consiguie-
[illegible] manera su objeto, que no
[illegible] demostraron
[illegible] de la demo-
[illegible] periodistas europeos

atribuian la fundacion de la Internacional en Lóndres á maniobras de Mazzini, el grande agitador. Nada más lejos de la realidad. Mazzini era realmente apóstol de la democracia, de la libertad y de la República; pero á su talento esencialmente espiritualista repugnaba las tendencias materialistas de la nueva doctrina; y á su profundo talento político repugnaba que se antepusiera una reforma erizada de dificultades y de utopias á la consecucion práctica de todas las libertades, y de un organismo verdaderamente liberal para el Estado. La Internacional nació en Lóndres del pacto entre los trabajadores, y se propagó rápidamente en París.

Las evoluciones y cambios de la política imperial, sirvieron admirablemente á su progreso. El emperador Napoleon tendia á una inteligencia con Emilio Ollivier; y Emilio Ollivier reclamaba, como antiguo demócrata, alguna reforma, alguna mejora para los jornaleros. De esta tendencia nació la ley sobre la facultad de reunirse los trabajadores, ley combatida como peligrosa por la extrema derecha,

como insuficiente por la extrema izquierda; y de todos modos verdadero progreso para el trabajador y para el trabajo. Los ánimos se alentaron; y el cambio de la opinion pública, favorable á las medidas liberales, cedió en provecho de los trabajadores. La asociacion de la Internacional fué creciendo al calor de esta atmósfera política. La primera de sus agrupaciones, la más elemental, forma la seccion. La segunda de sus agrupaciones forma lo que podriamos llamar la legion que es un conjunto de secciones. La tercera conjunto de legiones forma la federacion. El conjunto de federaciones forma la ramificacion y el conjunto de ramificaciones forma la Asociacion Internacional de trabajadores.

En cuanto se reunen varias secciones nombran una comision local. En cuanto hay varias comisiones locales fórmase un consejo federal. En cuanto hay un consejo federal fórmase un consejo general. En cuanto hay un consejo general fórmase una especie de directorio superior, el cual representa el poder ejecutivo de la Asociacion que tiene ca-

rácter permanente. Este poder ejecutivo, verdadera cabeza de la universalidad de las asociaciones obreras, decidió no tener presidente; considerando, segun sus palabras, que no es digno de una sociedad trabajadora el mantener en su seno un principio monárquico y autoritario, nombrando presidentes, que aunque solamente lo fuesen por honor, atacarian con estas distinciones honoríficas la integridad de lós principios democráticos. El presupuesto de tan grande sociedad necesita algunos recursos. Así, todo nuevo individuo admitido, paga cincuenta céntimos de ingreso y está obligado á entregar cinco céntimos por año para los gastos generales de la Sociedad. Las federaciones exigen diez céntimos por mes, y la contribucion de cada asociado se eleva á franco ó franco y medio por año. A pesar de lo módico de este tributo tocábanse graves dificultades para recaudarlo. El congreso de Basilea expulsaba de su seno á los morosos, y la federacion de París disolvia muchas secciones que no estaban ciertamente en regla con la comision general.

[redacted]

Además habia donaciones voluntarias de cinco céntimos por semana destinadas á una caja especialísima. Con todos estos recursos tan próbidamente reunidos, la práctica de la Asociacion era difícil y estaba sujeta á muchas quiebras. Su objeto general era mejorar las condiciones del trabajo. Su objeto inmediato sostener con los recursos de todos los asociados á la seccion ó á la federacion que se declarara en huelga, manteniendo así la resistencia á las invasiones del capital. Y en efecto, si á un dia dado y convenido todos los trabajadores del mundo se declaraban en huelga, ó los de un pueblo ayudaban á los de otro pueblo en su resistencia, el problema del trabajo cambiaba por completo, y con el problema del trabajo la suerte del trabajador. Mas á cada paso la dificultad de interesar á todos en las necesidades y en los dolores de cada uno saltaba á la vista. Los pintores de brocha gorda, apelaron á una gran huelga en la libre Ginebra. El comité general ginebrino se dirigió á todas las federaciones para demandar recursos. El negocio era im-

portante, el remedio urgente, la crísis grave, la ciudad donde la crísis sucedia importantísima; y el ensayo de las fuerzas de la Internacional y de la importancia de sus recursos, se verificaba por vez primera en el centro, en el corazon de Europa, allí donde el principio de libertad tiene más virtud y el principio de asociacion tiene más fuerza, mereciendo los derechos fundamentales humanos á todos los gobiernos escrupuloso respeto. Tratábase de ver si la solidaridad era cierta y los recursos eran seguros. Los trabajadores de París agotaron todos sus medios y reunieron diez mil francos. Pero los trabajadores ingleses no se dieron la misma prisa y no enviaron ni los mismos, ni análogos auxilios. Al contrario, su escrupuloso respeto á las leyes, su largo formalismo, sus intrincados procedimientos dejaban morir una Sociedad que ellos habian engendrado con su ejemplo. Y al primer ensayo se desmostró que ni las fuerzas sociales eran tan grandes como se habia supuesto, ni sus recursos tan cuantiosos, ni su influencia tan decisiva, y que

[redacted]

necesitaba de mucho tiempo y de mucho trabajo para adquirir una verdadera importancia. Los puntos de doctrina se discutian y promulgaban á los cuatro vientos en los concilios del trabajo, en los congresos de la Internacional.

Corria el mes de Setiembre de 1866, y nos encontrábamos nosotros, emigrados españoles, en la ciudad de Ginebra. El Congreso primero, como si dijéramos el Concilio de Jerusalen de la Internacional, se congregaba á nuestra vista y en el mismo barrio que nosotros habitábamos. Uno de los resultados mejores y más efectivos de las libertades públicas se encuentra en la paz, en el sosiego que inspira á los ánimos. Nadie fijaba su atencion en aquel Congreso que tanto debia desvelar á los reyes y á los gobiernos del resto de Europa. Los grandes propietarios ginebrinos pasaban delante de las puertas de aquella Asamblea en sus coches antiguos, parecidos á confesionarios ambulantes, sin temer gran cosa por su propiedad. El pueblo, el verdadero pueblo, permanecia indife-

rente, conociendo por el ejercicio de la discusion y por los toques de la experiencia el verdadero poder y alcance de las utopias. Una inmensa cervecería llamada de Treiber y sita en uno de los barrios que casi podríamos llamar extramuros, allá en el camino que conduce á la vecina aldea de Chéne, abrigaba á los primeros internacionalistas. Al entrar veíase sobre un pequeño tablado la mesa y la presidencia. En torno del tablado los diversos delegados fumando, departiendo; con una calma que rayaba en verdadera indiferencia y luego un sitio aparte, concedido al público y que se confundia con el sitio mismo del Congreso. Celebrábanse las reuniones á media tarde y se pagaba medio céntimo á la entrada. A pesar de ser tan módico el precio, era escasísimo el público. Yo seguia con verdadero interés las conferencias y admiraba la facilidad que tenian varios trabajadores de expresarse en todas las lenguas modernas y traducir de unas á otras los discursos de sus compañeros. Pero como es natural, llamábame principalmente la atencion

el curso de las discusiones y el número de las ideas que públicamente allí se controvertian. Perseguido, desterrado, condenado á muerte por mi adhesion á la causa del pueblo, estudiaba con cuidado los latidos de los sentimientos del pueblo para conocer si él mismo era capaz de retardar su propio triunfo y de perder sus derechos. El odio á las demás clases, el espíritu revolucionario, las invocaciones á la barricada y á la guerra, la condenacion de la herencia y de la propiedad, el culto á las utopias realmente anunciaban grandes y lamentables retrocesos en el trabajo perseverante y fecundo de la emancipacion de los pueblos. Y, sin embargo, este Congreso de Ginebra se distinguió por la calma de sus deliberaciones y por el sentido político de sus delegados. Aunque muchos demandaban que se proclamaran tésis atrevidas, temerarias sobre la relacion de las ideas religiosas con las soluciones sociales, tuvo la mayoría el buen acuerdo de descartar todo
…cente á darle un carácter teológico.
…otros pedian explícita condenacion

del despotismo ruso, abominable á todo el mundo y más abominable aun al corazon de los trabajadores occidentales, el Congreso tomó tambien el buen acuerdo de descartar esta cuestion política. Los jornaleros franceses más exaltados que sus colegas británicos y más generalizadores, poniendo el pensamiento siempre en lo porvenir y la voluntad en trascendentales reformas, recabaron extraño voto de censura á las sociedades cooperativas, que se curaban de resolver las dificultades del momento sin mirar á los espaciosos horizontes de lo porvenir. Este error fué largamente contrastado por una resolucion más hábil y mucho más prudente. Pretendian algunos de estos talentos, amigos de la uniformidad y enemigos del principio de variedad en que la vida se manifiesta y se diversifica, una resolucion absurda, á saber: el ingreso de todas las sociedades cooperativas en la Internacional y la sumision á sus leyes y á sus reglamentos. Pero el buen sentido se sobrepuso al error y tomó el acuerdo de dejar al principio de

variedad humana toda su indispensable latitud.

Aparte de estos asuntos generales ocupóse el Congreso de los medios de accion para mejorar el trabajo; de las huelgas y recursos más rápidos á remediarlas; de la enseñanza primaria y profesional; de los reglamentos morales y sanitarios que deben impedir el excesivo trabajo de las mujeres y de los niños; de las diferencias entre la simple asociacion y la asociacion cooperativa; de las varias relaciones entre el capital y el trabajo y de las varias maneras de armonizarlo; de los impuestos directos é indirectos y de los obstáculos que se oponen al desarrollo del trabajo; de los ejércitos permanentes y de su influencia en la produccion; problemas todos, que se relacionaban estrechamente con el problema del trabajo y que merecian la atencion del Congreso dominado entonces por clarísimo sentido político y por una gran prudencia.

El Congreso se disolvió como se disuelven las estas Asambleas en la libre Suiza; con

[redacted]

fraternal banquete en que se pronuncian los bríndis más entusiastas y se apuran las rebosantes copas en fraternal alegría; con procesiones por las calles precedidas de músicas y acompañadas de banderas en que se divisa el santo signo de la confederacion y de la República; con paseos por aquel lago de color celeste, de aguas cristalinas, cuyas márgenes bordan florestas y vergeles interminables, cuyos horizontes limitan las agujas eternas de los Alpes en que se rompe con tantos y tan varios matices la clara luz del dia; espectáculos maravillosos, increibles, capaces de elevar el corazon y la inteligencia á las más altas cimas de lo ideal porque se ven y se adoran allí palpablemente las dos obras mayores de Dios, la libertad y la naturaleza.

Al Congreso de Ginebra de 1866 siguió el Congreso de Losana de 1867. Las ideas de la Internacional se habian ya modificado un tanto en este Congreso y habian tomado un aspecto más amenazador y más grave. Las sociedades cooperativas, que son la señal más

luminosa de la armonía necesaria entre el capital y el trabajo, fueron acerbamente criticadas porque diz que creaban nueva clase media entre los trabajadores y nuevo quinto estado entre los pobres. Error de los errores, el aspirar á que las clases todas se emancipen y se nivelen como por milagro en sólo un dia, cuando en la naturaleza se pasa de organismos imperfectos á organismos perfectos por medio de la série, en la lógica de unas ideas á otras ideas por medio tambien de la série, en la historia desde un estado imperfecto á otro más perfecto por sucesivas gradaciones; y en la sociedad no puede resolverse el problema social sino por la elevacion constante, gradual, eterna de los inferiores y de los desgraciados á la vision de lo ideal y al goce del derecho. No bastaba con alarmar á las clases medias amenazándolas en su propiedad, en sus ahorros, en la facultad de trasmitir á sus hijos los frutos del sacrificio y del trabajo, se necesitaba tambien morder con la mordedura de la envidia, siempre venenosa, á los que habian conseguido

por sus virtudes, por sus talentos, por su esfuerzo, prescindir de las exigencias del capital y alcanzar un trabajo retribuido y seguro. En las escuelas socialistas se sostiene siempre un principio falso; el principio de la irresponsabilidad. Se le dice al indivíduo que va embarcado en la sociedad, como en nave ajena, á merced de las olas y de los vientos. Se imputan á las instituciones sociales todos los errores y todos los crímenes de los indivíduos. Se quiere que sea una misma la suerte del pródigo y del económico, del vicioso y del arreglado, del trabajador y del pigre. ¡Cuántas de las desgracias sociales se deben á culpas propias, á vicios arraigados, á desórdenes de que es autora y responsable solamente la libertad individual! Así declararon, llevados de antiguos errores, que el principio de asociacion puro, que los esfuerzos individuales, que el trabajo de todos los dias, que la virtud y el ahorro no podian resolver el problema social y que lo resolveria un conjunto de medidas más ó ménos utópicas aplicadas por procedimientos más ó ménos arbitrarios á una

[redacted]

sociedad completamente soñada é imposible. Volvíase al error antiguo, á la apoteosis del Estado, al comunismo bárbaro de las sociedades asiáticas, al retroceso universal. Ese mónstruo que vive devorando y rumiando las libres individualidades era considerado como la primera máquina y el primer instrumento de progreso. La Internacional, pues, se inclinaba al comunismo é inclinándose al comunismo se inclinaba en realidad á la muerte.

Los resultados de sus esfuerzos tocábanse ya de cerca. Los trabajadores ingleses habian sido los primeros en experimentarlos. Como quiera que en sus conflictos con los capitalistas, estos podian echar mano para reemplazarlos de los trabajadores continentales, la asociacion los habia advertido y preservado de toda concurrencia peligrosa. Los cesteros de Lóndres se habian indispuesto con sus trabajadores y recurrido á Bélgica. Fueron los belgas embarcados sigilosamente, conducidos como á hurtadillas hasta la capital británica, encerrados y puestos á buen recaudo; y el Consejo general de la asociacion logró rom-

per aquel círculo de hierro y arrastrar á los trabajadores fuera de los talleres donde arruinaban á sus compañeros de miseria y de servidumbre. La seccion inglesa decia que su propaganda no fué tan activa en el año de 1867 como en los años anteriores. En Inglaterra nunca se ha verificado el progreso de la manera regular y ordenada que cree la mayoría del vulgo. Los gobiernos han resistido hasta que la opinion los ha dominado; y la reforma electoral embargaba la atencion del pueblo inglés, y las manifestaciones se sucedian unas á otras, y los clubs concertaban largos trabajos; y mientras la opinion estaba de esa suerte suspensa, no habia medio de divertirla de las cuestiones políticas para empeñarla en las cuestiones sociales. Muchas sociedades se habian adherido tarde á la organizacion de la Internacional; pero esto dimanaba de la sábia lentitud de los procedimientos ingleses, de la intervencion que tienen allí todos los asociados en la sociedad, de las escasas facultades de sus juntas directivas, y de las largas discusiones precedentes á toda re-

[illegible] de las reforma[illegible]
[illegible] que se [illegible]
[illegible] las cues[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] de la [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] de la [illegible]
[illegible] y d[illegible]
[illegible] campo[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

delegados de las diferentes secciones para demostrar los progresos de la asociacion general. La relacion de la alta junta directiva debia referirse principalmente á las guerras entre el capital y el trabajo, engendradas, segun el vulgar sentir, no tanto por la miseria de los trabajadores y por el despotismo de los capitalistas, como por las intrigas de la asociacion. A los indivíduos de esta grande junta parecíales la ciudad de Basilea, república democrática y federal, con todo el espíritu de nuestro siglo, con toda la vida de nuestra sociedad, en la plenitud de los derechos naturales, en el ejercicio de la soberanía popular, llegada á donde tarde llegarán los demás pueblos modernos, una ciudad de la Edad media, con tradiciones locales, con prejuicios estrechos, con aristocracia orgullosa, y sobre todo, con un patriarcado dulce, tranquilo, ejercido sobre el obrero, patriarcado digno de los antiguos tiempos y de los profetas bíblicos. Una revolucion intentada en este medio parecia un verdadero imposible; y sin embargo, las luchas entre capitalistas y trabajadores comen-

zaron el 9 de Noviembre de 1868 y se extendieron hasta la primavera de 1869. La Internacional se gloriaba de haber sostenido la guerra en una ciudad tan pacífica. De Basilea llevaron la perturbacion á Ginebra, ciudad tambien libre, tambien democrática, tambien republicana, tambien federal, y donde lograron, despues de graves perturbaciones, de luchas con la policía en que se emplearon el rompecabezas y el rewolver, una inteligencia con los patronos.

En Bélgica, matanzas urdidas y organizadas en altos sitios sociales, se cebaron en los trabajadores de Seraing y de Borinage. El juez de instruccion que procedió en la averiguacion de aquellas perturbaciones, en vez de ensañarse en los asesinos, se ensañó en sus víctimas. Encuentra una carta, que pedia quinientos internacionales, y cree que eran quinientos conjurados para una revolucion. Averiguado el caso, resultaron los quinientos internacionales ¡ah! quinientos números del *Internacional*. Intercepta un telégrama que demandaba pólvora, y cree haber puesto la

[redacted]

mano sobre el gran crímen, cuando, al averiguarlo, resulta que la pólvora era pólvora insecticida. Durante el invierno de 1869, la propaganda de la sociedad se paralizó en Francia por las violentas medidas tomadas contra la seccion de París. Por los procesos judiciales, por las maniobras de la policía y sobre todo por el interés general que despertaron las reñidísimas elecciones para el Cuerpo Legislativo, la Internacional no pudo dar un paso. Pero grandes huelgas en los distritos hulleros del Loira, en los talleres de tejedores de Lyon, en las minas y fundiciones de San Estéban y de la Ricamarie, disueltas muchas de ellas á tiros, que mataron á débiles mujeres y á pobres niños, muestran todo el poder de la asociacion.

Los trabajadores austriacos habian jurado guerra á muerte al capital en aquellas circunstancias, y se habian adherido á los principios socialistas en el Congreso de Eisenach. Aquel Imperio disuelto, aquella Córte corrompida, aquel ejército roto y destrozado que no pudo sostener su unidad ni contrastar á

Prúsia, aquellas clases medias que han ganado sus privilegios, no por sus propias fuerzas, sino por las desgracias de sus eternos enemigos, todos estos elementos, calificados así por el relator de la Sociedad, olvidaban sus mútuas querellas y se unian fuertemente en estrecho lazo, para aplastar á los trabajadores. En Moravia se reprodujeron las grandes matanzas de Bélgica, en Hungría se imitó á Moravia, y los ministros liberales negaron toda libertad á los trabajadores.

Prusia y el resto de Alemania se distinguian grandemente en aquel tiempo, por la fundacion de sociedades cooperativas. En el Congreso de Eisenach, se habia formado un partido socialista, tomando para su organizacion los Estatutos, y para su dogma los principios de la Internacional. En Barmen reunióse otro Congreso y se adhirió á la doctrina de la grande Asociacion, aunque no pudo entrar en su seno por impedírselo las leyes alemanas. [illegible], el gobierno habia tambien or- [illegible] contra los mineros de Ga- [illegible] castigaron con diez años de

presidio delitos que en Francia sólo merecian tres meses de prision. El relato de la junta directiva se terminaba por una especie de escitacion á los obreros, para que perseveraran juntamente en su proceder y en sus ideas.

Despues de estas relaciones, se entró en la discusion. El Congreso reconoció la legitimidad de las huelgas y trató de someterlas á ciertas reglas, cuya aplicacion quedaba á merced de una junta de árbitros; y declaró tambien que así las máquinas, como los demás instrumentos de trabajo, deben pertenecer á los trabajadores y funcionar en su provecho. Pero el asunto capitalísimo, el objeto, que era como la preocupacion exclusiva de la Asamblea, surgió con toda su tristísima desnudez en este momento supremo, es decir, surgió el problema de la propiedad. Los delegados de París comprendieron bien pronto todas las dificultades y todos los peligros que encerraba el suscitar este problema; y pretestando que la cuestion habia sido propuesta en las últimas sesiones; considerada bajo su

[redacted]

todos los propietarios para formar el acerbo comun; que se llegara á la liquidacion social; que se suprimiera el Estado como órgano inútil de la sociedad, y se fundaran sólo municipios comunistas, á manera de los que todavía se estienden hoy por algunas tierras de la India y por algunas estepas de Rusia. El Concilio del trabajo, pues, habia concluido como el Concilio de la Religion, por un suicidio. El uno habia levantado el despotismo moral, y el otro el comunismo económico del Asïa, ambos una utopia condenada por nuestro corazon y por nuestra conciencia.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] mut de [illegible]

[illegible]

[illegible] re las [illegible]

[illegible] es dos [illegible]

[illegible]

...s. ¿Qué desmedido influjo la habia extraviado? ¿Qué ideas la habian perdido? ¿Qué escritores, qué publicistas le habian prestado ideal tan extravagante y tan extraño que oscureció un gran pensamiento y malogró un nobilísimo esfuerzo? Vamos á verlo.

Indudablemente es Alemania la nacion más idealista de Europa. Allí se ha forjado la religion moderna, el protestantismo; allí la filosofía moderna, el hegelianismo. Pero si es la nacion más idealista, es tambien la nacion donde más fácilmente surgen las utopias. Nadie puede olvidar qué excesos trajeron sobre Alemania las ideas religiosas de Lutero, aquellas ideas religiosas que se reducian á dos principales objetos: á convertir á cada hombre en sacerdote por medio de la interpretacion de la Biblia y á llevar el principio de la gracia divina á la direccion y gobierno de la vida humana. Aquella religion, confinada en la esfera superior del pensamiento, traspasó la realidad, y fué á buscar al mísero campesino en su cabaña para agitarlo como con viento de tempestad y moverlo á insensatas empresas

[redacted]

Cuando vió el terruño inundado de sangre, los cielos abrasados por el incendio, la guerra horrible, el mismo Lutero, con todo su ardor de inteligencia, con toda su energía de carácter, se apenó profundamente, y estuvo á punto de arrepentirse de su revolucion y renegar de su obra. La utopia tomó carne, sangre y hueso en fantástico profeta, que ponia á servicio de un comunismo bárbaro, llevado á extremos indecibles, la mágica influencia ejercida por su arrebatada palabra y por sus sensuales visiones. El que parecia loco furioso y ciego, supo pelear como héroe y sucumbir como mártir, dejando en la tierra de Alemania semillas de utopias que no se han perdido todavía. Ningun pueblo, ninguno, puede ofrecer una sociedad comunista como la sociedad de los hermanos moravos, nacida y arraigada al calor del espíritu germánico. Los individualistas por excelencia; los hombres de la libertad natural; los que fundaron tribus y confederaciones casi republicanas en las selvas primitivas; los que trajeron al seno de este mundo romano esclavizado por el Cesa-

rismo los principios salvadores de la individualidad, raíces profundas de todas las libertades; los que recabaron la autoridad civil y la defendieron contra la excesiva autoridad religiosa de la Edad Media; los que idearon é instituyeron la religion de la conciencia y del pensamiento libres, la práctica de la interpretacion personal; los forjadores de la conciencia, que se creen, y á justo título, artífices de la personalidad humana, tal como nuestro tiempo la concibe, han ideado mil veces perdernos, borrarnos en el comunismo, por una contradiccion evidente con su naturaleza y con su historia.

Ese pensamiento comunista, que hoy posee á las muchedumbres de los trabajadores, ha nacido en cerebro germánico. Sostenia con vigor en la prensa el principio republicano como forma y el principio comunista como esencia de la sociedad un escritor á quien los alemanes daban grande mérito, y que á nosotros, hijos del Mediodía, suele parecernos confuso y pesado. Este hombre es Marx, cuya fama ha llegado ya á todas las naciones, y conseguido una im-

[illegible] de 1848

[illegible] y las [illegible]

[illegible] Prime-

[illegible] de la mi-

[illegible] difundir

[illegible]

labra de órden de la nueva secta: la tierra, la moneda misma consideradas como instrumentos de trabajo; hé ahí las consecuencias inmediatas de esa palabra de órden que se reduce á la acaparacion universal de todas las propiedades muebles é inmuebles por el Estado para emprender y realizar una nueva distribucion de la riqueza. Tales fueron las ideas concebidas en Alemania, ampliadas en la emigracion, puestas al nivel de la inteligencia de los trabajadores por Marx, que desde su retiro de Lóndres, fué como el ministro, como el oráculo, como el inspirador de la Internacional en todas las naciones de Europa.

Le auxilió en esta empresa el célebre revolucionario ruso llamado Bakounine. Pocos hombres han ejercido una influencia tan directa en la democracia europea como el célebre propagandista y revolucionario de la democracia moscovita. Desde sus más cortos años, perteneció á la escuela literaria que en religion combatia la ortodoxia griega, y en política la tiranía moscovita. Aquella escuela filosófica, derivada del espinosismo, que iden-

tificaba las leyes del pensamiento con las leyes de la realidad, y que disolvia la esencia de Dios en el seno de la naturaleza, abrasó su mente en fogoso delirio. La suerte de Polonia tocó su corazon. Y sus sentimientos exaltados y sus ideas humanitarias, aunque confusas, valiéronle persecuciones sin cuento del sombrío déspota Nicolás I, que resucitó las prácticas del antiguo Imperio Romano. Errante por Alemania, le sorprendió la revolucion de Febrero; y sin contar las dificultades de la empresa, ni contar el número de sus enemigos, se lanzó á la pelea en los campos y en las calles. El Imperio austriaco, la monarquía prusiana, el reino sajon sintieron estremecimientos al empuje de la propaganda y de los esfuerzos de aquel Hércules. Tres dias le tuvo Dresde de dictador, tres dias de dramáticas batallas. Por fin, la reaccion le aplastó como á toda la juventud alemana. Los soldados del vencedor lo llevaron á los calabozos de [illegible], donde sufrió todo género [illegible] Austria lo entregó á Rusia [illegible]ra en los campos de Sibe-

ria. Allí, su pensamiento abrasador, su naturaleza inquieta, sus pasiones exaltadas no le dejaron punto de reposo; y concibió la idea gigantesca de escaparse por tierra, de atravesar el rio Amor, de recorrer una parte del Asia, y buscar seguro refugio en el asilo de la libertad, en los Estados-Unidos; proyecto gigantesco, en que empleó esfuerzos dignos de los grandes descubridores, y en que tuvo aventuras dignas de las fantásticas leyendas.

Esta es la primera fase de la vida de Bakounine. La segunda comienza con su emigracion, se extiende á su residencia en Europa, y está llena toda ella de su desmedido influjo sobre las clases trabajadoras. Los Estados-Unidos, que ofrecen campo tan vasto á la actividad humana, y objetos tan varios al empleo de las humanas facultades, le procuraron una posicion desahogada, y esta posicion le permitió tener un asilo en el centro de Europa. Ya aquí, desde la libre ciudad de Ginebra, toda su actividad se concentró en la propaganda de su idea, y en la organizacion de fuerza que pudieran hacerla prevalecer y triunfar.

[redacted]

No busqueis ya el antiguo misticismo de Schelling, aquella adoracion de la naturaleza empapada en la luz y en el calor de Dios; buscad y encontrareis un materialismo grosero, sensualísimo, que olvida por completo la idea, la inteligencia, el alma, y se consagra á la apoteósis del estómago. No busqueis tampoco aquella fé, antigua en la República; las formas de gobierno le parecen todas igualmente desastrosas, y las instituciones todas igualmente inútiles. Su empeño único es destruir el Estado, donde los filisteos de la banca y de la aristocracia se refugian, aunque haya de perecer bajo sus ruinas. Así combate acremente á Mazzini, su inspiracion artística, emanada de las ruinas de Italia; su fervor religioso, encendido en los altares de Roma; su República, forjada en los moldes hermosísimos de la antigua Athenas; su elocuencia, profundamente patriótica; su amor á la raza de los grandes héroes y de las puras inspiraciones; su democracia idealista, su republicanismo clásico. Por la mente del pensador ruso ha pasado el frio glacial de la estepa,

helando toda aspiracion á lo sublime. Su idea única, esclusiva, es cambiar las condiciones del trabajo; y para cambiar las condiciones del trabajo, su ideal no está ni en la religion, ni en la filosofía, ni en la ciencia, ni en las antiguas escuelas socialistas, ni en los modernos sistemas; su ideal está en el municipio eslavo, donde todas las individualidades más varias se identifican en la vida comun, y donde la tierra no pertenece á nadie, por lo mismo que pertenece á todos. Verdad es que ese municipio moscovita, ó mejor dicho asiático, tiene precedentes, y tiene genealogías, cuya enseñanza jamás se borrará ni de la inteligencia humana, ni de la humana historia. Nó han sido otra cosa las tríbus indias que permanecen todavía en perpétua infancia; las familias patriarcales que han llevado vida nómada en la inmensidad del desierto; las sectas religiosas que el calor del clima y el calor del espíritu suscitaban, allá en las encendidas tierras de Palestina, cubiertas por el rescoldo de tantas exaltadas ideas y encendidas pasiones; el convento que se alza al comenzar la histo-

[illegible] de aquel gran [illegible] de las tribus salvajes. [illegible] joven America la [illegible] pronto di- [illegible] de la [illegible] sociedad del [illegible] en el pro- [illegible] como [illegible] todo [illegible] todo [illegible] indomable [illegible] en- [illegible] memorias [illegible] es- [illegible] e- [illegible]

ma religioso el ateismo, como ciencia la filosofía materialista, como principio de moral la utilidad, como principio de estética el realismo, como ideal político la destruccion de todo Estado, como ideal económico la antigua tribu rusa. Era su palabra fácil y abundosa; su francés claro, graciosísimo; y en la construccion sintáxica, perfecto. Luchaba con ardor y circuido de una gran turba de discipulos. Todavía, me parece estar viendo á uno de ellos, flaco y pálido como la muerte, febril como la tísis, erguido como una sombra sobre la tribuna, demandando á roncos gritos, que salian como gemidos de un pecho roto y de un pulmon destrozado, la proclamacion del ateismo como doctrina oficial, y el compromiso de destronar á Dios, de perseguir á todos sus sectarios, aunque fuese por el hierro y el fuego, si se queria destruir á los reyes y perseguir á sus cortesanos.

Allí el jefe de la democracia rusa amenazó á la democracia occidental con separarse de ella, y combatirla á muerte, si no admitia sus principios. Aun recuerdo el calor, el en-

[redacted]

[illegible] ideas rusas [illegible] condenadas. Aun recuerdo el desprecio, la ira de Bakounine, las advertencias con que nos conminó, las amenazas que nos dirigimos, el siniestro resplandor de su elocuencia, la amarga y contraida sonrisa de sus labios, la maldicion sobre todos nosotros y sobre todas nuestras ideas.

Y la amenaza se cumplió tristemente. Aquel juramento, parecido al de Annibal, tuvo consecuencias funestas. El comunista ruso no paró hasta que no hubo completado la doctrina del comunista aleman. Marx aun admitia el Estado como un organismo necesario, Bakounine no. ¿Qué le importa el Estado á quien vive en aquella inmensa ergástula de

pueblos llamada Rusia? Lo que él quiere es una aglomeracion de municipios comunistas que se extienda desde la bahía de Cádiz hasta los montes Ourales. La concurrencia económica, que es una ley de la sociedad, como la concurrencia vital una ley de la naturaleza, esa lucha de las diversas aptitudes, esa competencia de los trabajos diversos, desaparece en una inmovilidad cercana á la muerte. La propiedad individual, que es como la extension de nuestro sér, como la raiz por donde nos unimos á la tierra, desaparece en el bárbaro comunismo. El derecho de testar se borra. Ya el indivíduo no podrá comenzar una de ésas obras que requieren el concurso de otras generaciones. Los séres pasarán fugazmente sobre la superficie de la vida, dejando el breve círculo que la piedra arrojada á las aguas. El Padre no podrá morir en paz, seguro de que sus economías y sus ahorros servirán á sus hijos. El heredero universal será el municipio. La madre misma no lactará ni educará á sus criaturas. El ministerio divino que le han dado de consuno la

[redacted]

[illegible]

Lyon le confiriera sus poderes para presentarse en el cuarto Congreso de la Internacional que fué ya el Congreso más exagerado y más utópico. Entre aquellos trabajadores exaltadísimos deslizó su funesta idea. Nada de revoluciones políticas, porque las revoluciones políticas sólo sirven para elevar á las clases medias. Nada de sociedades cooperativas porque las sociedades cooperativas, sólo son leve paliativo y no radical remedio. La fórmula del progreso es la liquidacion social: suspender en dia dado toda la vida, cortar el curso de todos los intereses, expropiar á los propietarios, destruir los límites que separan un patrimonio de otro patrimonio, un campo de otro campo, apoderarse de las máquinas, de los talleres, de las fábricas y ponerlo todo en acerbo comun para que sea exclusiva posesion de la colectividad. Lo más extraño del caso era que para atenuar lo horrible del proyecto, añadia, que las expropiaciones podrian hacerse bajo indemnizacion. Pero si despojaba á todos ¿con qué los indemnizaba? O esa indemnizacion era un sueño ó tenia que devol-

[redacted]

espojado.

otra

político, es decir, por el problema esencial á nuestro tiempo. Mientras no hayais adquirido los derechos naturales, que son como la luz y como el aire, no penseis en las últimas consecuencias de estos principios, en la redencion económica de los pueblos. Mientras no hayais dado á la sociedad la forma que le corresponde, su organismo propio, la República, no penseis que pueda llegar á su verdadera plenitud la democracia. Y es necesario conocer los límites del progreso humano, como es necesario conocer los límites de la humana inteligencia. Desvariado llamaríais á quien se propusiese burlar el principio de contradiccion que reina en los cielos y en la tierra. Y desvariado debe llamarse al que intenta destruir el Estado en sí, órgano necesario de la sociedad, y al que intenta destruir la propiedad individual, necesaria dilatacion de nuestro sér. Cuando tan lento es, y tan penoso el trabajo de renovacion social, cuando tanto se necesita poseer un luminoso ideal y contar con las tristes asperezas de la realidad, escribir una utopia, es dar al pueblo por bandera una sombra.

CAPITULO XCVIII.

[illegible] CAIRELES.

[illegible] no presenta en [illegible] como el año [illegible]moria se convier- [illegible] de dolor el [illegible]ncia de Bos- [illegible]neva en que [illegible]nticos apoca- [illegible]nadores men- [illegible] de la venganza [illegible]

[illegible] proceso de asesino Tropmann, [illegible] 29 de Diciembre de 1869. [illegible] aquel Paris tan celado por

la policía imperial, donde apenas era posible respirar á los que soñaban con la libertad; infame jóven, aborto del infierno, extermina á una familia entera, á débil mujer, á pobres niños, para quedarse con su mezquina hacienda. Y sin que tanto esbirro lo sepa, puede llevarlos en coche de alquiler á un huerto de Pantin, descenderlos uno á uno, herirlos con sus instrumentos de matanza, rematarlos, enterrándolos en grandes hoyos durante toda una horrible y siniestra noche de tormentas. Parecia que el cielo trataba de llenar con horrores excepcionales el comienzo de este año de horror. Así los ánimos estaban entristecidos, apenados cual si presintieran la catástrofe. Sólo un hombre habia verdaderamente risueño en la tristeza universal, Emilio Ollivier. Acababa de fundar su Imperio liberal, de componer su ministerio parlamentario, y se sonreia á la esperanza de una reconciliacion segura entre la democracia y el César. No contaba con que su política sólo podia afirmarse en la paz, y con que la naturaleza del cesarismo, naturaleza de

fiera de los bosques, lo llevaba indefectiblemente á la guerra. Al ver los antiguos doctrinarios desertar de la monarquía de Luis Felipe; el austero Guizot pasar á ser su cortesano; Thiers vacilando; Paradol admitiendo una embajada; imaginaba hecho el milagro, convertida la dictadura cesarista en monarquía á la inglesa. ¡Inocente!

Corria el 10 de Enero de 1870. El Cuerpo Legislativo estaba lleno de bote en bote. El Profeta de la nueva monarquía liberal trataba de sus ideas, de sus ilusiones, de sus esperanzas, con esa mágia en el estilo y esa música en la voz que no bastaban á ocultar los sofismas del pensamiento. Discutian con él en liza abierta los dos grandes atletas de la palabra; Julio Favre que habia opuesto á su discurso razones de sentimiento, y Leon Gambetta que le ha opuesto razones de conviccion y de ciencia. El primero recordaba al ministro del Imperio sus mocedades; la austera figura de su padre perseguido por demócrata; el cadáver de su jóven hermano muerto en duelo por defender la República; los

discursos y las palabras de otros dias de fé y de esperanza; los votos merecidos á una ciudad tan avanzada como París y sólo alcanzados por un juramento de odio eterno al Imperio y por una promesa solemne de reivindicar la forma de gobierno asesinada en la noche eternamente luctuosa del Dos de Diciembre. Y el segundo decia bien claro y bien alto que si con él se queria contar para concluir el matrimonio de la libertad con el Imperio, se engañaban; porque él creia el sufragio universal y la libertad incompatibles con toda casta imperial y con todo principio hereditario.

Sonreíase desdeñosamente Ollivier, y tornaba á sus afirmaciones, á su programa, á su empeño de alianza entre el Imperio y la democracia sostenido por su propia vanidad, y por su dócil mayoría que lo trasportaban al colmo de la ventura. Todo le parecia en aquel momento, á los nueve dias de poder, teñido con los matices rosáceos de sus ilusiones y de sus esperanzas, y todo le engañaba. Aun no estaba terminada la sesion

cuando horrible noticia se divulga por todas partes: un Bonaparte, un príncipe de la sangre, un miembro de la familia imperial, de la dinastía cesárea, acaba de asesinar á un hombre, á un ciudadano, á un jóven en la flor de su edad, á un escritor en los comienzos de su carrera y de su gloria. ¡Qué inmensa desgracia!

¿Y cómo sobrevino? El príncipe, primo hermano del Emperador Napoleon, habitaba en Auteuill, en pueblo de los barrios extremos de París, á las puertas del bosque de Boulogne, modesta quinta en compañía de su familia. Habia indudablemente en este personaje algo de siniestro, de extraño; y más que un hombre real, perteniente á la historia, parecia el héroe y el protagonista de fantástica leyenda. Imaginaos un caballero feudal de la Edad Media, engendrado en los carros de guerra, nacido en las batallas, criado al calor del incendio y entre los horrores de la matanza; cuya infancia es ya el ejercicio de la pelea, cuya juventud es tragedia espantable de lances amorosos y puñaladas secas;

[redacted]

que ha pasado de las castillas a las cárceles, y que ha ido por el mundo entero dejando tras de sí una nube de humo y un rastro de sangre como el demonio de las tradiciones católicas; imagináoslo, juguete de todas las tempestades, víctima de todas las pasiones, protagonista de todas las aventuras; soldado que no ha podido alcanzar el laurel de la gloria; tribuno que no ha podido gustar el embriagante licor de la popularidad; príncipe que no ha podido ceñirse una corona ni sentarse en el dintel de los tronos ocupados por los suyos; imagináos la naturaleza más ardiente, la imaginacion más febril, la inteligencia más ciega, la voluntad más arbitraria, el carácter más impetuoso, el orgullo más satánico, y tendreis idea del príncipe que se habia desvanecido en la memoria general como una sombra para reaparecer como un desalmado asesino.

Los habitantes de Auteuil recordaban su casa envuelta en el misterio, sus paseos solitarios, su faz vulgar, sus ojos siniestros, su sonrisa amarga, su mal humor nunca repri-

mido, sus historias tétricas contadas algunas veces con verdadera voluptuosidad de memoria á los vecinos que habian podido abrirse paso hasta aquel hogar habitado por una ambicion sin esperanza. El príncipe estaba en desgracia por una buena accion que debe contar ampliamente quien no tiene empeño en calumniar ni ennegrecer la naturaleza humana. Habia tenido amores con una modesta muchacha, hija de honrado ebanista del barrio de San Antonio, y en ella algunos hijos que quiso legitimar solemnemente. A este fin se dirigió al Emperador Napoleon, y es curiosa, curiosísima la correspondencia cambiada con este motivo entre los dos Bonapartes. «Séame permitido, exclamaba el príncipe Pedro pidiendo permiso á su primo para casarse, una penosa reflexion. La situacion excepcional que el Estatuto impone á los miembros de la familia de los Bonapartes me castiga con una especie de interdiccion de los derechos civiles y políticos. Estoy herido de una inhabili[illegible] de una forzosa renuncia al ser[illegible]d. y del país. El cumplimiento

de los votos más legítimos y de los deberes más sagrados encuentra insuperables obstáculos. ¡Y sin compensacion suficiente! Plantear estas cuestiones equivale á persuadirse de que serán atendidas y consideradas, si no falta V. M. al gran concepto que siempre he tenido de la grandeza de su alma.»

El Emperador se negaba á conceder el permiso deseado para el casamiento. Y el príncipe Pedro le respondió: «Falto de todo crédito, de toda participacion en los negocios públicos, de toda probabilidad de mejorar mi estado, espero por lo ménos que V. M. venga en mi socorro. Si quisiérais, Señor, comprarme mis tierras de Córcega, podria yo completar mi modesto establecimiento en los Ardenes. Mis tierras son muy buenas para establecer en ellas una granja-modelo, un cuartel de gendarmes, ó cualquier otro público edificio. Debo sacarlas á la venta, y no creo hacer un gran negocio, si V. M. no se presta á mi demanda.»

El Emperador le contestó á todo negativamente. «No puedo, por mucho que me duela,

acceder á vuestras súplicas. Hay consideraciones que se oponen á la legitimacion de vuestros hijos, y consideraciones que se oponen á la celebracion del matrimonio que habeis pensado contraer. Cuando se tiene el honor de llevar vuestro nombre, hay conveniencias que no se pueden desconocer. Las incomodidades que os imponen, no vienen á ser, despues de todo, sino la débil compensacion de ventajas por todos envidiadas, y á las cuales supongo no pensareis renunciar. Siento mucho la imposibilidad en que me hallo de adquirir los bienes que poseeis en Córcega y que deseais enagenar. Estas propiedades no pueden servirme de ninguna utilidad y me acarrearian nuevos gastos. Mi presupuesto está harto cargado para imponerle nuevos sacrificios.»

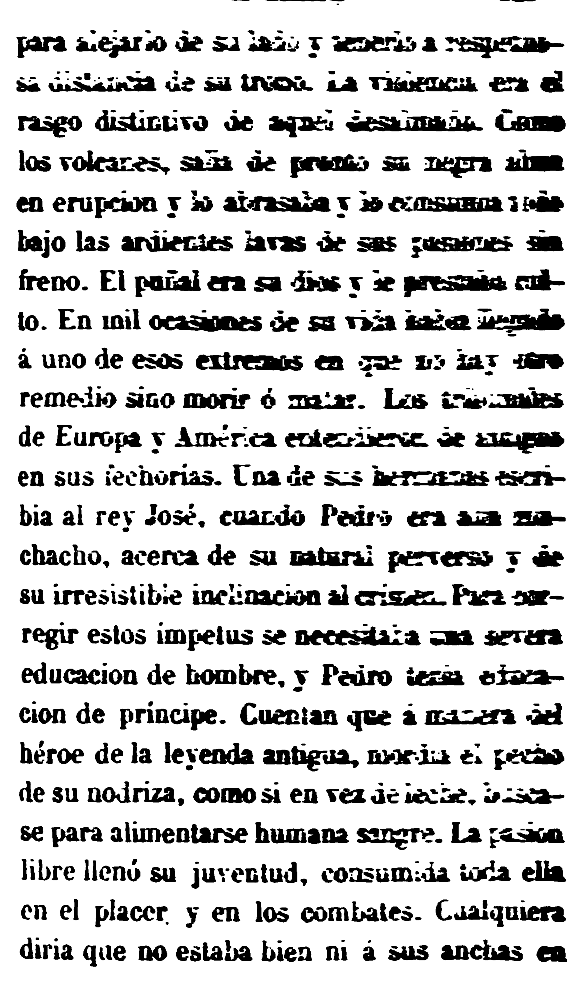
«Señor, decia el príncipe Pedro, no puedo dejar sin respuesta la carta de V. M. Creo firmemente que faltaria á todas las conveniencias faltando al deber sagrado de legitimar á mis hijos y de contraer matrimonio con su madre, de modesta cuna, pero de in-

tachable vida. No sé bien cuáles son las ventajas que V. M. cree envidiadas de todo el mundo. Si se trata de títulos que no son aquellos que me debe el Imperio, y que no van acompañados de las ventajas materiales en armonía con ellos, no les doy ningun valor, y voté su supresion cuando tuve el honor de sentarme en la Asamblea constituyente. Si se trata de mi nombre, solamente lo debo á mi cuna y á mi padre, que en verdad no me ha dado ejemplo alguno que me obligue á faltar á mis sentimientos. Si se trata de la pension que V. M. me entrega, no representa sino una débil parte de los bienes de que los Borbones nos han privado por un despojo inícuo, para servirme de las mismas expresiones de un documento oficial emanado de V. M. que tengo entre las manos. Para concluir, Señor, suceda lo que quiera, no faltaré al deber paternal. Y si es necesario, yo, que durante cuatro años pasados en la representacion nacional, jamás depuse un voto, un solo voto contrario á la libertad de los demás, tomaré el camino del destierro y pediré am-

paro á las instituciones de los pueblos [illegible]

Tenia razon, y razon sobrada, el [illegible] contra el Emperador en este asunto [illegible] Por llevar sangre de un César en las venas, y pertenecer á familia de dioses, y solo por este [illegible] la cuna al trono, es necesario que el hombre desliga de la naturaleza humana, [illegible] los sentimientos más arraigados, [illegible] la voz del corazon, abandone la [illegible] que le ha [illegible] su amor y su [illegible], niegue [illegible] es [illegible] alma los lazos. [illegible] que le es [illegible] las leyes [illegible] huma- [illegible] mismo co- [illegible] los séres [illegible] celosos [illegible] sujetos al [illegible] con aquellos [illegible] necesitados [illegible] de los [illegible] [illegible]

[illegible] Empe- [illegible] [illegible]



para alejarlo de su lado y tenerlo á respetuosa distancia de su trono. La violencia era el rasgo distintivo de aquel desalmado. Como los volcanes, salia de pronto su negra alma en erupcion y lo abrasaba y lo consumia todo bajo las ardientes lavas de sus pasiones sin freno. El puñal era su dios y le prestaba culto. En mil ocasiones de su vida habia llegado á uno de esos extremos en que no hay otro remedio sino morir ó matar. Los tribunales de Europa y América entendieron de algunas en sus fechorías. Una de sus hermanas escribia al rey José, cuando Pedro era aun muchacho, acerca de su natural perverso y de su irresistible inclinacion al crimen. Para corregir estos impetus se necesitaba una severa educacion de hombre, y Pedro tenia educacion de principe. Cuentan que á manera del héroe de la leyenda antigua, mordia el pecho de su nodriza, como si en vez de leche, buscase para alimentarse humana sangre. La pasion libre llenó su juventud, consumida toda ella en el placer y en los combates. Cualquiera diria que no estaba bien ni á sus anchas en

[redacted]

este mundo y que necesitaba compartir la vida con aquellos condenados á quienes puso Dante en el infierno llevando la propia cabeza en la mano como para jugar con ella á la pelota. El amor desordenado de sí le llevaba á la cólera, y la cólera a odiar todo lo que no fuera él mismo. Esta pasion le arrebataba y en estos arrebatos perdia el sentido por completo. Encerrábase en sí mismo a veces por largos años, se aislaba en su altivo sér, como el caballero feudal en su castillo; y cuando salia su alma de sí misma para manifestarse, salia rompiendo por todo, no como el sosegado arroyo, como el impetuoso torrente. Por largos años condensaba nubes de odio que concluian lloviendo mares de hiel. Los que le han visto en esos momentos, colérico de una cólera largamente condensada, lo han descrito, las sienes sonando á los martillazos de la ira; el corazon de sangre henchido; lívida la color, trémulo el lábio, la voz entre aflautada y ronca como los mahullidos del tigre, contraidos todos los músculos, apretados los dientes, abiertas las narices como para respirar el aliento

encendido que se escapaba de su volcánico pecho, caidas las cejas como dos negras sombras sobre los ojos fulgurantes con el fosfórico fulgor de los ojos del gato ó de la lechuza; semejante á la estátua del gladiador en cólera, á las figuras de los condenados en los frescos de Orvieto, al héroe antiguo arrastrando atado á su carro de guerra el cuerpo de su rival en torno de las murallas de Troya.

La irritacion de su carácter sostenia la irritacion de sus nervios y de su sangre. Tanto la vida material como la vida moral era ciertamente en él, un desórden completo. La cólera, el ódio, la venganza lo poseian, y ora se arrastraba como una culebra, ora saltaba como un tigre, ora combatia como el rey de los desiertos, ora escarbaba el suelo como el huron de las madrigueras, ora caia sobre su presa como el águila, acostumbrado al ataque y á la fuga, semejante á esos animales tan bien preparados por la naturaleza para apropiarse los animales que necesitan, y defenderse del ódio universal reinante sobre el Universo en los eternos campos de batalla donde se

pelea por la vida. Veíase que era de una raza de conquistadores, de hombres de exterminio, y que tenia de los conquistadores la sed hidrópica de sangre, el hambre voraz de matanza. Gustábale ir nómada, errante, en actividad inquieta, como si el Universo entero fuese un teatro, y la vida un drama; cazar por las selvas, combatir con las olas, habitar los campos, dormir al aire libre, pelear á todas horas; y así entraba en las conjuraciones de los carbonarios de Italia, donde se contendia por la luz al abrigo de las sombras; se alistaba en las compañías de los piratas de Corfú y asaltaba los barcos mercantes aun á riesgo de que lo colgaran de una entena; vestíase los saraguelles turcos, el chaleco de mil colores, el cinturon cargado de pistolas y puñales, el gorro griego, y se iba como un héroe de los poemas de Biron á esgrimir su gumia, y descargar su carabina en los desfiladeros de Albania; erraba por los campos romanos como un bandido de Salvator Rosa, y en ellos, en sus [illegible] sas ruinas, en sus montañas de ce- [illegible] esaba de aleve puñalada á los es-

birros del Papa despues de haber en el archipiélago helénico, ahogado á los corsarios de Grecia; filibustero en América y cazador en Africa, republicano y príncipe, oficial de los tercios franceses é improvisador de versos estrambóticos en lengua italiana á la manera de los lazaronis de Nápoles; votando en la Asamblea Constituyente los principios de la extrema izquierda socialista y poniendo en verso la vida de César de su imperial primo, el monumento levantado al despotismo; hábil como dice el historiador Claretie en pespuntear la guitarra y en manejar la navaja, mezcla informe de príncipe, de demagogo, de cortesano, soldado de Catilina y de César, un legendario aventurero, escapado de las edades de la guerra y del despotismo, incompatible completamente con nuestra civilizacion y nuestra cultura.

No puede abrirse la correspondencia del príncipe sin hallar alguna queja de su primo y de la corte. Ya se duele, como hemos visto, de que no consienta la legitimacion de sus hijos; ya de que no le autorice para ca-

[redacted]

sarse con la mujer elegida por su corazon; ya de que le han olvidado por completo á pesar de contener las cuentas imperiales continuos donativos en dinero; ya de que no le guardan los dependientes de su primo todos los respetos debidos á su nacimiento y a su gerarquía. Es curiosa la correspondencia sobre una partida de caza que se ha encontrado en los papeles de las Tullerías. El príncipe dice que le dan solamente dos mil quinientos francos por mes y necesita cinco mil; que le prohiben mandar á Corcegá en la estacion de [illegible], y necesita ir á otros campos más [illegible] donde se respiren aires ménos infestados. En otra carta dirigida á Mr. Mocquard, le dice «El Emperador ha tenido la bondad de acordarme una autorizacion para cazar en Rambouillet. Su Majestad no había puesto otra restriccion á su permiso que la de no tirar á los ciervos. Poco á poco los guardas han restringido de tal manera mi autorizacion que no me sirve de nada. En fin, este año, he escrito en los mejores términos al príncipe de la Moskowa. Y me ha contestado

[redacted]

una carta inconveniente, que no contenia ni mis títulos ni el tratamiento que me corresponde, consentido por Su Majestad. ¡Y luego me trasmite un permiso, pero prohibiéndome tirar á los faisanes!... ¿A qué, pues, podré tirar?» En otra carta hablaba al Emperador mismo de la vida que llevaban los indivíduos de la familia imperial y de las peligrosas relaciones amorosas que muchos de ellos anudaban, comparándolas con su honradez y con su deseo de vivir pacíficamente en compañía de sus hijos y de su mujer legítima.

Pues bien, este hombre que pensaba y procedia así respecto á su familia, se indignó cuando la reputacion de Rochefort llegara á su colmo, y entró en la liza de las polémicas diarias con la inferioridad que le daba lo brutal de su carácter y la completa falta de ciencias y de letras. Rochefort habia dicho preciosas ingeniosidades de oposicion; y habia hecho vistosísimos escarceos de estilo. En una ocasion que la Emperatriz presidia el Consejo de ministros, puso bajo la noticia esta adicion: «mañana presidirá Madame Pereire

el consejo de administracion del crédito mobiliario.» Otro dia exclamó: «yo soy dinástico, pero entre los Napoleones estoy por Napoleon II que no reinó jamás.» Otra vez que brindaban por Napoleon IV exclamó: «jamás consintiera Luis XIV brindar en su presencia por Luis XV.» Todos estos dichos eran agudos, felices, é iban directamente lanzados al corazon mismo del Imperio. Pedro Bonaparte no podia habérselas con los escritores de París, que le vencian verdaderamente en letras é ingenio. Pero desafió á polémica singular á los escritores de Córcega, á los propagandistas de la República. Llamólos cobardes Judas; traidores á su patria; dignos de ser arrojados al mar cosidos dentro de sacos en compañía de monos y serpientes; sacrílegos, oprobiosos, inmundos, ignorantes, libelistas de mala fé, caracoles rampantes, ínfimos foliculários, conjurando á los mozos de cordel de los mercados para que les persiguiesen á puntapiés y á los buenos patriotas de Córcega para que les echaran las tripas al viento.

Entre los párrafos curiosos, entre las extrañas ideas de semejante escrito, resalta como primero y más capital pensamiento el que sigue, de una expresion clara, y de una inmensa trascendencia. «Francia es más conocida por Napoleon, que Napoleon por Francia.» De suerte que la grande nacion, divulgadora de las ideas modernas, sólo es célebre por la gloria de ese corzo, que apenas merece contarse en el número de sus hijos. Antiguos escritores, que ilustrásteis á un tiempo el nombre latino y el nombre francés; guerreros, que impedísteis la total desaparicion de la cultura clásica, y retardásteis el advenimiento del feudalismo; academias provenzales, donde fueron á instruirse en las artes del buen decir y en las cadencias de la rima hasta los poetas italianos; jóven y desgraciado filósofo, que abriste la conciencia humana al calor de la libertad; héroes de la caballería, fundadores de la nacion, atletas del Renacimiento, grandes prosistas que recordais el ingenio ateniense, grandes oradores sagrados, que teneis el fuego del cielo en vuestra

[redacted]

solemne palabra; cómico inmortal, que con tu gracia y tu conocimiento del corazon humano, eres por tí solo un gran teatro; filósofos del sentido comun y de la Enciclopedia moderna, que obrásteis un cambio total en la vida del espíritu; tribunos de la revolucion, que difundísteis las ideas democráticas por el mundo; todos sois como si no fuérais en presencia de esa figura siniestra, de esa sombra gigantesca, que despues de haber destruido la República, y haber malogrado el trabajo de tantos siglos, deshonró vuestra patria con su despotismo, mató á vuestros hijos con el veneno de su falsa gloria, pasó por mil campos de batalla, como un vapor, como una nube de sangre, sembrando la desolacion y la muerte, para estrellarse contra su propio orgullo, y dejar desmembrada y rota á la nacion que le entregára el depósito de su autoridad y el prestigio de su genio.

Esta idea del príncipe Pedro, reveló bien el desprecio profundo que sentia, no ya hácia los republicanos de Francia, sino hácia la nacion entera. Mas su sombrío carácter, sus

[redacted]

bullidoras pasiones, su avieso genio, no le dejaban reposo alguno, y por consecuencia le llevaban á desahogarse en obras como en palabras. Ya lo decia él cuando demandaba con grandes instancias que le dejaran el ejercicio de la caza; entregarse á correr en espumoso caballo y vertiginosa carrera, á oir el estridente resonar del cuerno y el ladrido confuso de la jauria; á atravesar las selvas, husmeando los vapores de sangre y la palpitante presa en las agonías de la muerte; á todo cuanto fuese movimiento, combate, golpes, heridas, el espectáculo de la destruccion. Parecíase al feroz cazador de la leyenda alemana, cuya carrera por los infiernos nunca se concluia y resonaba perpétuamente, como la rueda de un molino gigantesco, sobre todo, allá por las inclementes noches del invierno, recordando el tormento de un condenado y la expiacion de un crímen.

Discreto historiador moderno lo ha comparado á Castrucci, noble de Luca, gibelino de partido, soldado de aventura, combatiente é incendiario en Francia, Inglaterra y Lom-

bardía; vencedor de Montecatini; aquel, cuyos hierros y cuyos grillos rotos servian de bandera á los pueblos; ora en el destierro, ora en la dictadura; con príncipes por amigos, Césares por cómplices, y senadores por vasallos; siempre en la brecha, siempre en la pelea, como un rayo de la guerra, como un hijo de la tormenta; una de esas almas que podríamos llamar almas carniceras en la sociedad como hay animales carniceros en la naturaleza. Mas para ser Castrucci, le faltaba muchísimo á Pedro Bonaparte; y sobre todo le faltaba grandeza. Así combatia, pero era en lances personales; trabajaba, pero era en personales aventuras. La última de su tormentosa vida fué una de las principales causas de la ruina del Imperio. No se contentó con dirigir á los republicanos de Córcega, como antes hemos dicho, soeces injurias de taberna; dirigió al diputado y escritor Rochefort provocativos carteles de desafío. Veamos el fundamento de estos carteles. Era inevita-
ue los escritos del príncipe trajeran
ıtas represalias, por la naturaleza de

las ofensas, y por la categoría del ofensor. Estas represalias llegaron, menudeando los artículos contra la familia de los Bonapartes; y *La Marsellesa,* periódico diario con que Rochefort habia sustituido su folleto semanal *La Linterna*, reprodujo la ruidosa polémica. Al ver en pleno París los artículos publicados en Córcega, el príncipe sintió su antigua ira agolpársele con fuerza á la cabeza; sobrescitarle con furia el corazon. Así escribió estas insolentes palabras á Rochefort. «Si por casualidad consentís en descorrer los cerrojos protectores, que hacen vuestra persona dos veces inviolable, no me encontrareis ni en palacios ni en castillos. Habito buenamente el número cincuenta y nueve de la calle de Auteuil y puedo aseguraros que, si os presentais, no se os dirá que he salido.»

Los anales del duelo no presentan ejemplo de una provocacion semejante. Citar á un enemigo á su propio hogar, era cosa á la verdad nunca vista. ¿Habia meditado un asesinato y se apresuraba á consumarlo? ¿Habia que-

rido constituirse en brazo vengador de las ofensas inferidas á la familia imperial? ¿Queria que le vomitasen nuevas injurias al rostro para justificar un crímen? Lo cierto es que, convocando el enemigo á su propio hogar, demostraba que tenia algun oculto propósito y que acariciaba algun grande atentado. Rochefort no se presentó personalmente; hizo lo que hacen los caballeros en tales casos: le envió dos padrinos.

Mientras esto sucedia con Rochefort, otro escritor trataba ya de provocar al príncipe. Era el provocador Pascual Grousset, corresponsal del periódico *La Revanche* de Córcega. Jóven conocidísimo por su inquieta ambicion, por sus grandes pretensiones, por su afan de figurar, por sus ingeniosos escritos en diversos periódicos, por su inmoderado deseo de dominar la fortuna, por su impaciencia de meter ruido y de llamar la atencion pública sobre su modesto nombre; encontrábase, como republicano, insultado por un príncipe de la sangre, por un miembro de la [illegible], por un Bonaparte; y terrible duelo

con este hombre y en aquellas circunstancias podia ser principio de verdadera nombradía. Cogió por los cabellos la ocasion que se le presentaba y mandó sus dos padrinos al príncipe Bonaparte.

Eran estos Ulrico de Fonvielle y Víctor Noir. El primero, bajo de estatura, nervioso de temperamento, republicano de arraigadísimas convicciones, uno de los mil que pelearon junto á Garibaldi en la expedicion á Sicilia, soldado en los ejércitos del Norte de América, escritor en la prensa de París, pertenecia á los agitadores y revolucionarios de Francia. El segundo era un jóven que comenzaba á escribir y que se atraia la atencion por su carácter verdaderamente amable, por su bondad de sentimientos, por su gracia, por su cariño á la familia, á los amigos, por sus inagotables bondades. De veinte años apenas, de robusto temperamento, de fidelidad inquebrantable, llamábanle los suyos con el mote verdaderamente expresivo de perro de Terranova. Y en efecto, como esos perros que buscan á los extraviados en me-

dio de los ventisqueros de los Alpes y á los náufragos en medio de las olas del Océano, Víctor Noir era todo corazon, todo sentimiento, todo amor, dispuesto siempre al sacrificio y teniendo la abnegacion como una necesidad de su alma.

En aquel dia, diez de Enero de mil ochocientos setenta, habíase levantado más alegre que nunca, y habia departido largamente con su vieja ama de llaves sobre los preparativos de su próximo casamiento. Nada descuidó para presentarse con dignidad en casa de un príncipe. Se puso su mejor traje, se cepilló con más esmero sus botas, encerró sus manos en finos guantes. Todo le sonreia, su juventud, sus recientes triunfos en la prensa, sus amistades con los jóvenes más célebres de París, su próximo enlace con la mujer de su preferencia, con la elegida de su corazon, con la esposa ya de su alma. Reuniéronse los dos padrinos y marcharon á la casa del príncipe. Poco les hicieron aguardar y pronto los entraron en salon espacioso. La casa parecia un convento. Habitóla en otro

tiempo el filósofo Helvecio y reunió en ella á cuantos se interesaban en el progreso de la ciencia. Tenia mucho de retiro, mucho de claustro.

Ya en el gran salon, Ulrico Fonvielle permaneció casi inmóvil, apoyado en el alfeizar de una ventana. Victor Noir, al contrario, más jóven, más alegre, más decidor, ménos probado por los azares de la guerra y por los dolores de la vida, se miraba en los espejos para ver si hacia su traje alguna arruga, y descifraba cierta inscripcion italiana puesta al pié de un retrato de la familia de los Bonapartes. De pronto el pestillo de una puerta que conducia á las habitaciones interiores del príncipe se descorre, y una sombra se dibuja. A pesar dé haberse abierto la puerta no entró Pedro Bonaparte sin duda incierto é indeciso todavía entre su deber y su cólera. Por fin, apareció en la sala. Llevaba un traje de casa con anchos pantalones, en cuyos bolsillos tenia metidas ambas manos. Los dos jóvenes se inclinaron profundamente, y el príncipe apénas les respondió. Sin saludos, sin cumplidos de

ninguna clase, dirigióse á ellos bruscamente con grande insolencia: y les preguntó con voz á un tiempo aflautada y ronca, si venian de parte de Rochefort. No, dijeron á una ambos jóvenes. Venimos de parte de Grousset. El príncipe, que esperaba á su grande enemigo, al blanco de todos sus ódios, al objeto de todas sus cóleras, estrañó mucho la inesperada intervencion de aquel nuevo personaje en su drama. Fonvielle le tendió la carta de Grousset en la cual decia este al príncipe que ó retractara sus artículos publicados en Córcega ó le diera satisfaccion por las armas. El príncipe se dirigió á una ventana, leyó la carta, estrujola un poco entre sus manos, la arrojó arrugada á un sillon, y se volvió á los padrinos.

«He provocado, dijo, á Rochefort, porque es el porta-estandarte de la crápula. En cuanto á Grousset no tengo nada que responder. ¿Son Vds. por ventura solidarios de esos pillos?»

«Somos, respondió Victor Noir, solidarios de nuestros amigos.»

Apenas habian resonado estas palabras, cuando el Príncipe Bonaparte, pálido como la muerte, porque toda la sangre se le habia agolpado al corazon; ciego como la ira; con la espuma de la hiel en los labios; ágil como un tigre, dá un paso, alza la mano izquierda y la descarga sobre la megilla de Noir, saca la mano derecha del bolsillo de su pantalon, y en ella una pistola amartillada, y á quema-ropa la dirige sobre el infeliz y confiado jóven.

Noir, herido de muerte, dió un salto, se apretó con ambas manos el pecho, derramó de sus ojos iluminados por súbito resplandor miradas supremas y reveladoras de su muerte, y salió casi de espaldas por la misma puerta por donde habia entrado.

El asesino se lanzó entonces sobre Ulrico Fonvielle y le disparó á quema-ropa otro tiro. Entonces Ulrico asió fuertemente una pistola que llevaba en su bolsillo; y mientras que pugnaba por sacarla de su funda, el príncipe se adelantó en ademan de golpearle. Pero, viéndole armado, se echó sobre la puerta que conducia á las habitaciones interiores y apun-

tó á la cabeza del conmovido Ulrico. Este tuvo entonces un momento de lucidez y de prevision. Comprendió que si disparaba, le achacarian la agresion; y se lanzó á la puerta para salir de aquella caverna de horrores. El príncipe le disparó un segundo tiro, que llegó á traspasar su gaban, sin tocarle milagrosamente en el cuerpo. Al salir á la calle tropezó con Víctor Noir, que habia tenido fuerzas bastantes para bajar la escalera y que habia caido muerto en medio del arroyo. En este momento llegan en coche los dos padrinos de Rochefort y bajan, pero Fonvielle, de rodillas en la calle, la una mano sobre el cuerpo de su amigo, y la otra señalando á la casa del príncipe, les grita. «No entreis; ahí se asesina á los hombres.»

[redacted]

CAPITULO XCIX.

EL HORROR PUBLICO.

El suceso era grave, la escena trágica, el muerto interesante, el matador extraordinario, y la herida que destrozara el corazon del jóven, habia destrozado tambien la cabeza del Imperio. El cadáver, todavía caliente, fué trasportado á una farmacia vecina, donde comenzó el horror que debia atravesar bien pronto, como gran relámpago, toda la ciudad de París. Víctor Noir, á la simple vista, no estaba muerto, sino dormido. Su tez tenia toda la trasparencia de la juventud como si la sangre hirviente circulara aun por las ve-

primavera.

...dios...

...ver muerto sin ... pie se mu-

...ñara ... risueñamente ...

...ne ... se aguardaba sobre la tierra. El

...tre lo ... de la vida ...

...muerte era terrible. La Prov...

...escoger cuerpo sano, ...

...hercúlea, juventud temprana.

... de la vida para demostrar

...ra el atentado, ...

...dura, en su ...

... por el demonio de las

...rrunó soplo de muerte

... vida. Los médicos,

...emos toman las ves-

...abotonaban la cami-

... rosas carnes al-

... esperanza de sal-

...mente inútil! Un

... sobre el cora-

... pavoroso de la

... sepultura abierta

á la vida: que tan deleznable es nuestro sér y tan frágil nuestro organismo. La mano del matador fué segura, el ojo certero, la puntería irreprochable, la serenidad olímpica; habia dado en el corazon, y todo estaba concluido. ¡Un muerto más sobre la familia de Bonaparte! ¡Un muerto más sobre esa raza de caníbales!

Nada significa un muerto, lo que una hoja en la selva, lo que una gota en el mar, lo que un suspiro en la atmósfera, puesto en la cuenta de aquellos, que á semejanza del Arimhan mazdeista, nacieron para emplear las fuerzas de destruccion, ángeles exterminadores, enviados de la cólera divina, mónstruos de la muerte; los que trocaron en vastos cementerios los ardientes desiertos de Egipto y el helado desierto de Rusia; los que prendieron sin pestañear fuego á los muros de Zaragoza, de Gerona, y observaron serenos el suicidio de estas dos ciudades ilustres, cuyos sitiados habitantes parecian en la extenuacion del hambre y en el martirio de la pelea, como muertos reaparecidos, como sombras de la

mir á las generaciones presentes, podemos invocar y aceptar el dogma de la responsabilidad personal, y responder sólo de nuestras ideas y de nuestras obras; pero los que piden privilegios por tener algunas gotas de sangre ilustre en sus venas, y creen haber heredado, no solamente las cualidades fisiológicas, sino tambien las cualidades morales de sus antecesores; y amortizan lo más individual é íntimo, lo más propio de cada sér, el genio, presentándolo como un númen sobre sus sienes y como un diamante sobre sus coronas; esos que forman raza aparte, privilegiada casta, algo sobrenatural que á cien generaciones se trasmite, comparten todos entre sí, como un sólo hombre, tanto las glorias como las infamias, tanto la fortuna como la desgracia, tanto el poder como el cadalso.

Y si no, mirad á los pueblos modernos. Los que ayer formaban castas de reyes, forman hoy castas de desterrados. Cuando un pueblo sacude una dinastía, impone por regla general á todos sus miembros la pena del destierro, como una defensa necesaria contra el

[redacted]

recuerdo de sus privilegios. O las dinastías no son nada ó son familias unidas por el lazo de la sangre al poder, y á las sombras, y á los recuerdos del poder. Esta union les da comunidad de ventajas y comunidad de desgracias. El alma siniestra de Pedro Bonaparte, pues, envolvia como una inmensa nube el trono de los Césares. La sangre, que cayó sobre su conciencia, salpicó el armiño imperial con manchas indelebles. Ya lo comprendió así Napoleon cuando supo en la estacion del ferro-carril del Havre, al volver de un paseo á Saint-Cloud aquella misma tarde, la terrible nueva. Sus labios se contrajeron, sus ojos relampaguearon, alterósele el semblante siempre inalterable, crispáronse sus nervios como si recibiera la sacudida de un rayo, flaquearon sus piernas y retrocedieron sus piés, viendo sin duda en los giros del aire, en los espacios de la conciencia, la sangre escapada de la herida del mancebo mártir, cayendo como una despeñada catarata sobre las Tullerías, y rompiendo en mil pedazos el trono de su raza, la herencia de su hijo.

[redacted]

Acababa de celebrarse la sesion de la Cámara, cuando llegó la noticia del crímen. Auteuil, el elegante barrio habitado por el príncipe Bonaparte, se extiende desde los últimos límites de la esplanada de los Inválidos, hasta las primeras alamedas del bosque de Boulogne; por consiguiente se extiende cerca relativamente de la Cámara de los diputados. El sordo rumor pasaba de boca en boca, de casa en casa, encendiendo en ira los corazones, como un reguero de pólvora. Formábanse corrillos, departian unos con otros los transeuntes, comunicábanse sus ideas y sus emociones, con la franqueza propia de las grandes ciudades, donde veis hoy á uno, y acaso no lo volvereis á ver jamás en vuestra vida. Rochefort lo supo pronto, y se quedó frio como una estátua. Víctor Noir era de sus partidarios, de sus compañeros, de sus comensales, de la juventud republicana que él capitaneaba, y que comprometia en sus empresas políticas y en sus peleas de estilo y de ingénio. Su primera emocion fué de sagrado dolor tributado al amigo mártir. La

[redacted]

segunda fué de recelo por los compromisos que pudiera traerle el cargo que desempeñaba, el tono de su periódico, el ardor de los ánimos, el recuerdo de sus imprudentes discursos, el cúmulo de sus temerarios juramentos. Naturaleza flexible y móvil, bien pronto volvió á su vehemencia. Febril, nervioso, descompuesto, fuera de sí, dirigióse al ministro de Justicia, al guardasellos como dicen allí, y le preguntó si los franceses podian estar seguros bajo los Bonapartes, porque si no, se irian á las selvas á vivir entre las fieras. La respuesta de Emilio Ollivier fué decirle que inmediatamente habia abierto el proceso, y conducido al reo en seguridad á la Conserjería para ser públicamente juzgado con anuencia completa y autorizacion absoluta del Emperador Napoleon.

En efecto, aquella misma tarde, al anochecer, entraba Pedro Bonaparte en la cárcel de la Conserjería. A la orilla izquierda del Sena, cerca de la isla histórica donde se levanta Nuestra Señora de París, sobre el muelle del Reló, se ve gótico edificio, compuesto de

[redacted]

grüesas cilíndricas torres que parecen feudales fortalezas, y de gruesas sombrías paredes ennegrecidas por el curso del rio y por el curso del tiempo, donde la mente se recrea á la vista de los puntiagudos techos y de las góticas ventanas en evocar la sombra de otras generaciones, el recuerdo de otros tiempos, con la viveza que adquiere la imaginacion, cuando se despierta al contacto de realidad tan visible y tan palpable como un grandioso monumento. Allí ejercieron sus terribles venganzas los asesinos á sueldo del duque de Borgoña. Allí pasó sus últimos dias, transida de frio, cubierta de remendado traje, insultada por las calceteras de la guillotina, María Antonia de Lorena, hija de la Emperatriz de Austria, y reina de Francia. Allí expió su amor á la República, su grande superioridad tan difícilmente perdonada por las demagogias, la mujer heróica que habia dado un alma á la revolucion. Madama Rolland, educada en los libros de los filósofos antiguos y en las lecturas de Plutarco, nacida para la libertad y para la pátria, muerta con la sere-

nidad de un mártir, por el arraigadísimo sentimiento y la fundada esperanza que tenia de su inmortalidad. Aun se ve en sus paredes la sombra del dulce Maesherbes, el defensor de Luis XVI, y el reflejo de la memoria de Bailly, el ilustre astrónomo, alcalde de París, levantado y hundido por las pasiones del pueblo, tan fácil de moverse al amor y al odio, como el sensible y cambiante océano. Apenas se puede penetrar bajo aquellas heladas bóvedas sin experimentar el frio de la agonía de Robespierre; ni perderse en aquellas sombras sin escuchar el hervor de aquella fragua, donde se forjaban las grandes ideas, más colosal cuanto más se acercaba al cadalso, el alma de Danton, resplandeciendo con nuevos resplandores sobre su ocaso teñido con los purpúreos reflejos de nubes de sangre y con el siniestro relumbrar de la tempestad. Os enterneceis, llorais, cuando sentís el quejido de aquel eterno sublime niño, nacido para hablar como un orador antiguo en las fiestas de Grecia, sobre una peana de mármol, bajo la sombra de un laurel

de Delfos, y arrojado como un aereolito misterioso por el destino en los calabozos de la Conserjería para ser consumido por las cóleras y por las venganzas de la revolucion. Allí fué preso el gran sofista Pedro José Proudhon; y allí iba á responder de su crímen el gran criminal Pedro Napoleon Bonaparte.

Pero el pueblo no se contentaba con esto. París queria una más alta víctima, una más ruidosa venganza. Apartábanse los ojos del asesino para fijarse en el Emperador. Un nuevo convidado de piedra entraba en los festines de las Tullerías y descargaba la mano pesada y yerta, sobre el cesáreo cetro, cada dia más quebradizo y más frágil. No era aquel Baudin, exhumado del ingrato olvido por la prensa, muerto, tanto á las balas de los pretorianos, como al menosprecio de los trabajadores; era un jóven cuya vida oscura resplandecia como un meteoro, cuyo mérito mediano se ajigantaba con la muerte, cuyas esperanzas, segadas en flor, y caidas sobre su ataud, le daban melancolía y sublime poesía. A su lado aparecian, heridos en el corazon tambien un pa-

dre amoroso, un hermano leal; una hermana querida, y sobre todo, aquella tierna amante, jóven hermosa, enamorada, que apercibia su lecho nupcial y tropieza con la sepultura, que trenzaba en sus sedosos cabellos la corona de azahar y se clava la guadaña de la muerte, que se probaba su velo de novia y debia ceñirse los lutos de la viudez, herida en el alma, asesinada por la mano aleve del brutal Bonaparte. Hasta se hablaba de un niño, de un sobrinito, hijo de sus hermanos, que no queria creer la muerte de su tio, y le tomaba por dormido; y decia al duelo que le dejaran en paz, que no le despertasen, porque acaso le habian fatigado mucho los trabajos de aquel dia. Así todos los sentimientos humanos se interesaban á una en la gran trajedia. Todos los corazones latian unisonos en aquel momento. Los padres, las madres, miraban á sus hijos y preguntaban al cielo si no podia haberles sucedido lo mismo. Los amigos se acordaban de los amigos. Los jóvenes que debian ser llamados á reemplazar el reflujo de las generaciones viejas, de

las generaciones próximas, escuchaban y repetian toda suerte de amenazas contra sus infames señores. Las jóvenes lloraban el amor segado en primavera, la pobre novia ya viuda; y añadian al horror general toda la fuerza de sus sentimientos. Era, pues, París, un tonante volcan de encendidos ódios y de tremenda cólera.

Las reuniones públicas, tan gárrulas y tan temerarias de ordinario, se disolvian jurando revolucion y venganza. Las gentes que pasaban bajo las ventanas de las Tullerías, fulguraban miradas de cólera y mostraban el puño en ademan de dar un golpe. Los exaltados del barrio de San Antonio y de Belleville encendian antorchas, y se daban á correr en busca del cadáver, como bacantes ébrios de ódios. Otros hablaban de conducirlo sigilosamente en coche de alquiler hasta el centro de los grandes boulevares, y allí mostrarlo al pueblo indignado, moviéndolo contra el César, como Antonio mostró el cadáver de César al pueblo romano y lo movió contra Casio y contra Bruto. Por todas partes se

cion: á las armas, á las armas. Un génio invisible trazaba en los aires, al reflejo de aquella luz universal, la palabra sacramental de las grandes crisis, la palabra del momento, la palabra revolucion. Se oian sus detonaciones, y se esperaba por unos y se temia por otros su irremediable estallido. El trono de los Borbones cayó con horrible estrépito bajo los anatemas de la conciencia pública. La libertad solo habia servido para precipitar la ruina y acelerar la catástrofe.

CAPÍTULO C.

EL ENTIERRO DE VICTOR NOIR.

Terribles dias el once y doce de Enero de mil ochocientos setenta: dias de ira popular, dias de inenarrables tragedias. El once, de buena mañana, la *Marsellesa* dirigida, como hemos dicho, por Rochefort, aparece orlada de negro, con las declaraciones de los testigos del asesinato, y un llamamiento á las armas. La sesion del Cuerpo Legislativo se abre en medio de agitaciones casi epilépticas y de gritos casi revolucionarios. En el salon de conferencias los diputados, los periodistas, los curiosos, en grandes grupos, en cor-

[illegible] numerosísimos, vociferan, gesticulan, [illegible] se demostró tan claramente [illegible] observacion de ingeniosísi- [illegible] que todos los france- [illegible] que ninguno sabe [illegible] ciudadano lan- [illegible] como un mo- [illegible] que todo el mundo [illegible] del [illegible] de [illegible] es- [illegible] parecian [illegible] se le- [illegible] en su té- [illegible] para tan [illegible] vi-

brarla con el arte propio de los grandes oradores, despierta profundas emociones y aterra y confunde á sus atribulados enemigos. Sólo se le ocurrió un tópico de retórica sobre el pobre hijo del pueblo asesinado por el príncipe de la sangre; y una desdichadísima comparacion ya gastada entre los Bonapartes y los Borgias. La mayoría, con su ceguera de entendimiento, con sus extravíos de lenguaje, con sus violencias de golpes y de amenazas, dada al tumulto más que las oposiciones, amiga de las tormentas parlamentarias, como si en esos graves conflictos el escándalo no dañara al mayor número, ahogó la voz de Rochefort, rompiendo los cuchillos de madera en los respaldos de los bancos, y llenando de feroces imprecaciones los aires, con lo cual solo conseguia encender y enrojecer todavía más la caldeada opinion pública próxima á estallar en una lluvia de fuego. Emilio Ollivier subia las gradas de la tribuna, se encaraba con el ardiente diputado; y en tono firmísimo, actitud resuelta y palabras imperiosas, le decia esta frase. «Tened cuidado; so

mos la justicia, somos la moderacion, pero si nos provocais, seremos tambien la fuerza.»

En todo el dia once fué, como decimos nosotros en nuestro lenguaje familiar, un jubileo la casa del asesinado. Víctor era lo que los franceses llaman *gamin*, palabra intraducible á nuestra lengua y que significa un jóven lijero, gracioso, aniñado, de buenas prendas, de excelente corazon; pero un tanto calaveresco, aunque sus calaveradas sin graves consecuencias, pues de otra suerte perderia el derecho al epíteto; y en el fondo, un héroe. Todos concordaban á una en las excelencias de su carácter, en la intensidad y desinterés de sus afectos. Habíanlo depositado en la riente sala recien alquilada en Neuilly, que daba á risueños jardines poblados, no obstante la estacion, de flores y de pájaros. Junto al salon un cuarto de estudio, verdadero gabinete de artista, donde brillaban fotografías de todos géneros, dibujos de todas procedencias, estatuitas de barro, manoplias de puro adorno, los libros de los clásicos franceses que le servian para ejercitarse á es-

cribir, los libros de los clásicos latinos que comenzaba á hojear, los libros de los socialistas modernos, en cuyas páginas su inteligencia tomaba ese vago color azul y su carácter ese agudo filo revolucionario que explica la mitad casi de las desgracias y de los contratiempos de todos los reformadores en la vecina Francia. Durante mucho tiempo, su único trabajo consistió en escribir la crónica diaria de un gran periódico de París. En nuestras reducidas ciudades apenas se comprende que pueda haber asunto para una crónica diaria. Pero trasladaos con el pensamiento á París; á aquella encrucijada de todos los caminos de Europa, á aquel foco de todos los rayos de la inteligencia; ciudad de dos millones de habitantes, inmensa colmena donde zumban todas las ideas, inmenso taller donde se ejercitan todas las facultades del humano trabajo, encrespado Océano de las pasiones humanas; con sus provocativos goces mezclados á inmensas y desgarradoras tristezas, con su pequeñez y su magnitud, con sus virtudes heróicas y sus groseros vi-

cios; centro de contradicciones como verdadera obra humana, como verdadero reflejo de nuestro contradictorio espíritu; poblada de extranjeros que buscan el placer y encuentran el desengaño, de artistas que buscan la fama y encuentran el suicidio, de mujeres que van á dormir hoy á un palacio y mañana á un hospital, de todos los protagonistas de la escena europea, de todos los favorecidos de la fama universal; y tendreis materia para escribir un drama diario, como los dramas de Shakespeare, en que se mezclen lo sublime y lo grotesco, se vean los matices de todas las inspiraciones, y se oigan las voces confusas y discordantes de todos los elementos sociales; ya que allí están representados por algun embajador todos los hombres de la moderna civilizacion como estaban representados en el Panteon de Roma todos los dioses del antiguo Olimpo. De las crónicas pasaba Víctor Noir á obras más ligeras todavía, á artículos más chispeantes, folletos brevísimos, hojas llenas de gracia, quillos agresivos, juguetes del ingé-

nio, explosiones de su inquieta inteligencia. Caso raro y que parece ideado por un gran poeta dramático. En la víspera de morir hacinaba todos los elementos necesarios para una obra que debia publicarse bajo este lema: «Los asesinos del segundo Imperio.» ¿Quién le hubiera dicho que habia de ser, *El autor de los Asesinos del segundo Imperio*, el más célebre de los asesinados?

El 12 de Enero celebróse el entierro de Víctor Noir. El dia estaba sombrío, el cielo encapotado, las calles de barro llenas, la atmósfera como si fuera de agua, merced á esa menudísima lluvia de París que os rodea de una acuosa envoltura. Los talleres todos habian suspendido sus trabajos, las tiendas cerrado sus puertas, los colegios vacaban, los vendedores ambulantes salian en mayor número que otros dias como á una gran fiesta, los esbirros vagaban por los alrededores de los edificios públicos, los gendarmes y guardas de la ciudad por las encrucijadas y esquinas, las tropas de la policía por las calles, la guarnicion de la ciudad y de los depósitos

encarnizados por las escuelas y las divisiones como si se tratase una batalla. Y en efecto, mientras el verdadero partido republicano estaba penetrado de que todo intento revolucionario levantaria al Imperio, los demagogos, con esa imprevision que les caracteriza, intentaban promover un levantamiento en los funerales de la popular víctima. Es una manía de que nunca se curarán los partidos avanzados, esas revoluciones ensayadas, preparadas, dispuestas para un dia dado, como arregladísimo drama. Las revoluciones no se forjan artificialmente: de los motines artificiales, de los golpes de mano largamente preparados á las revoluciones verdaderas hay una inmensa distancia. Los primeros, los motines, son como el hombre del Wagner de Goethe, contrahecho en la retorta de la alquimia, mientras las revoluciones deben ser hijas de la naturaleza y de la sociedad á un tiempo, preparadas por largo y fecundo trabajo. Con una palabra no se cambian las [illegible] de los tiempos. Los que creen po[illegible]nar en un dia las sociedades á su

arbitrio, tienen de la sociología el concepto falso y fantástico que tenian los antiguos magos de la cosmogonía, cuando imaginaban que el aliento de un Dios, el fruncir de sus cejas, eran bastante á encender la vida en la naturaleza y á poblar de séres los infinitos espacios. Ya en la geología moderna no se admiten las revoluciones súbitas, las catástrofes violentas. A la revolucion milagrosa ha sucedido la revolucion científica. Los dias de la creacion son eternos, y se reproducen á cada momento en el planeta. El período neptuniano, el período plutoniano coinciden á nuestra vista. El agua del Adriático que baña las marmóreas sandalias de Veneciа, forma los fósiles como las aguas del diluvio. Y si ha cambiado la ciencia genesiaca de la naturaleza, debe cambiar tambien el Génesis de la sociedad. Dejaos, magos, profetas, sicofantas, reveladores, dejaos de vuestras tempestades, revelaciones súbitas, Sinaís tormentosos, milagros increibles; y tened la resignacion suficiente para trasformar con lentitud, pero con seguridad, en sentido progresivo,

humanitario, democrático, las sociedades humanas.

¿Pero quién persuadia á los revolucionarios y á los impacientes á que perdiesen aquella coyuntura? Creian que la indignacion pública bastaba á engendrar una de las mayores revoluciones. Imaginaban que en el entierro de Víctor Noir todos los parisienses iban á dejarse asesinar como los antiguos gladiadores. Y no pensaban con la debida madurez que la indignacion por grande, por justa, no podia darles armas, y que trescientos mil parisienses desarmados, entre ellos muchas mujeres y muchos [illegible] inermes, no podian ni por obra de [illegible] á trescientos mil hombres [illegible] y sometidos á severa [illegible] Los amantes de la [illegible] á servirla y á sal- [illegible] aquellas locuras y pre- [illegible] la libertad, de nue- [illegible] de lágrimas y sangre. Pero muchos [illegible] dispuestos á la pelea [illegible] puñales y pistolas como si hubieran soñado ya el instante supremo.

Eran las dos de la tarde. La casa mortuoria estaba henchida de multitud de amigos, y los alrededores de innumerable muchedumbre ébria de indignacion y de cólera. Levantábase el fúnebre hogar en Neuilly, barrio aristocrático, ya de las afueras, cercano al campo, apartado del centro de París. Por eso la lucha entre los que anhelaban la revolucion y los que anhelaban la paz se empeñó en supremo punto; en si el cuerpo habia de ir al cementerio del padre Lachaise, atravesando toda la ciudad, ó habia de quedar en el cementerio de Neuilly. Si quedaba en Neuilly, á pesar de la inmensa concurrencia, todo se reducia á una ceremonia tierna, sencilla, á un entierro triste, llorado; pero sin ninguna trascendental consecuencia. Mas si cogian el cadáver en hombros; si lo mostraban á París delirante; si salian, seguidos de trescientos mil ciudadanos; si iban por la interminable avenida del grande ejército, por las alamedas de los Campos Elíseos, por la Plaza de la Concordia, por la calle de la Paz, por la inmensa espina dorsal de París, que forman

[redacted]

[illegible] hasta acercarse á los barrios [illegible], donde el gran cementerio se [illegible] [illegible]giendo en su inmenso curso los [illegible] afluentes de ardientes multitudes, [illegible] que la cólera engendraba la revo[illegible], y la revolucion prendia el fuego del [illegible] á París, y París á Francia, y Fran[illegible] y Europa al mundo, pudiendo [illegible] cadáver como el gérmen de la [illegible]. De esta suerte soñaban [illegible]

[illegible] había, pues, en aquella mu[illegible] que trataba de dirigir el ca[illegible], otra que trataba de dejar el [illegible] en Neuilly. Y estas dos corrientes [illegible] dentro de la cása, al pié de la mor[illegible]. Todo esto le quitaba solem[illegible] á la muerte y grandeza al entierro. El [illegible] joven habia sido olvidado, y sus des[illegible] pasaban á convertirse en trapos de des[illegible] bandera, en señales de revolucion y [illegible] combate. Todo dependia de Rochefort. Es[illegible] aplaudido, periodista excitado, diputado [illegible]mente, autor de artículos que eran

verdaderas proclamas y de llamamientos á la fuerza que eran verdaderos desafíos, una señal suya bastaba para que todo ardiera. Cuantos le habian oido decir á sus electores en las reuniones públicas que él no era un diputado para la Asamblea sino un diputado para las calles; que su verdadera tribuna estaba en las barricadas, tenian derecho á esperar un rasgo de heróica resolucion para ponerse á su frente é ir al tantas veces anunciado combate.

A la hora convenida, Rochefort entra pálido como la muerte, nervioso como la sensitiva, con las señales del insomnio en las ojeras moradas, descompuesto el semblante, fatigado de alma y cuerpo, presa de emociones terribles, que no podia vencer ni dominar á su arbitrio. ¡Cuánto hubiera dado por volver en aquel dia tremendo á su antigua oscuridad, á sus fiestas del Fígaro, á sus tertulias literarias, á sus comedias graciosas, á sus trabajos modestos, á sus amigos del alma, en vez de hallarse allí entre los remolinos de las olas y de los vientos, con las chispas de la revolucion sacudiéndole á latigazos todos los músculos, con el

peso abrumador de su responsabilidad sobre la *conciencia*, con el abismo de la muerte á sus plantas, con el naufragio de trescientas mil personas ahogadas en mares de sangre ante su encendida vista. Al entrar en la habitacion mortuoria, dejándose caer sobre un sillon y sacudiendo el sudor frio que bañaba su frente, [illegible] de moribundo y con mirada de [illegible] «Tengo sed y dadme [illegible] le replicó un inglés que [illegible] lo tomo nunca», res- [illegible] que siendo jefe de un [illegible] circunstancias, debe [illegible] el inglés, [illegible] que estaba muy [illegible] ministerio.

[illegible] demago- [illegible] amigos de [illegible] habian di- [illegible] habian gri- [illegible] que más [illegible] que se [illegible]

con precipitacion. Rochefort comenzaba ya á entender, aunque tarde, una cosa bien natural y sencilla; que habia mucho oropel, mucho similor en el resplandeciente metal de las exageraciones demagógicas. Y volviéndose hácia el recien venido, le dijo agriamente que no tenia derecho á dirijirle ninguna pregunta y mucho ménos á imponerle ningun género de proceder y de conducta. El demagogo entabló con él airada discusion, cual si en las reuniones públicas se encontrara. Le dijo que, representante del pueblo, debia guiar al pueblo; que, depositario de toda influencia, debia ejercerla segun sus promesas y en pró de la revolucion; que, si vacilaba, no habria lucha, pero sí una division profunda dentro del partido republicano, cuya responsabilidad caeria toda entera sobre aquel que fuera bastante cobarde para huir ante el trance supremo ó bastante traidor para olvidar imperiosos mandatos y públicas obligaciones. Y calándose su sombrero de fieltro, y dirigiendo una mirada menospreciativa á su antiguo amigo, bajó la escalera fúnebre de prisa, atravesó

la puerta con violencia, y se perdió en la muchedumbre para encenderla y sublevarla.

El tiempo corria, la tarde avanzaba, las divisiones de los ánimos se recrudecian, las controversias tomaban aspecto de disputas, y las disputas á su vez aspecto de batalla. La multitud, apostada á la puerta, se removia, se impacientaba, mugia como el huracan, y demandaba una resolucion. La pobre familia del muerto no habia podido entregarse al silencio, á la solemnidad, al recogimiento del dolor que soló sabe alimentarse del dolor mismo. Ideas extrañas, peripecias trágicas, supersticiones políticas, habian hecho de aquel cuerpo como la petrificacion del oleaje revolucionario, como el símbolo de las batallas, como un ídolo ó una momia. Luis Noir se llevó á Rochefort al taller de un pintor vecino donde se disputaba sobre si el cuerpo de Víctor habia de ir á París, ó habia de quedar en Neuilly, es decir, habia de promover una revolucion política, ó habia de ser enterrado con una simple ceremonia dolorosa. El estói- [illegible]luze, el intransigente de todos los

tiempos, el exaltado de todas las ocasiones, el severo mártir de su fanatismo, el enemigo de toda transaccion, el rebelde á toda conveniencia, el acerbo crítico de los jefes de la democracia, el apasionadísimo amante del pueblo, aleccionado por su claro entendimiento y por su larga experiencia, se inclinaba á mantener la paz, mientras su interlocutor Cournet, de sangre hirviente, de temperamento bilioso, de génio furiosísimo, de ideas exageradas, revolucionario á la antigua, ó mejor dicho, bullanguero perpétuo, conjuraba á todos para que llevasen el cadáver á París en hombros de la plebe, rodeado por una inmensa muchedumbre, la cual, como sus gritos decian elocuentemente, estaba decidida al sacrificio en una heróica batalla. Delescluze observaba con claro sentido, con profundísima verdad, que, en el corazon de París, en sus calles, aun podia arriesgarse la peligrosísima aventura; más allí, en pleno campo, en el espeso bosque, debiendo atravesar las verjas de Neuilly, las fortificaciones de París, las avenidas del grande ejército y

[redacted]

de los Campos Elíseos, el ataque era imposible, la derrota segura, la carnicería inevitable, volviendo el Imperio á robustecerse y á engordar con la sangre de los republicanos, próximos á ser inmolados por millares en aquel cruento é inútil sacrificio.

Se decidió, pues, el arengar á la muchedumbre y disuadirla del viaje á París. Rochefort comenzó. Desde un cuarto segundo, asomado á un balcon, pronunció discurso vulgar, de esos que nada realmente dejan en el ánimo. Dijo, que comprendia cuán difícil era conservar la moderacion y la calma, y cuán necesario mostrar al pueblo de París, en el querido cadáver, los crímenes del Imperio. Pero encareció las numerosas dificultades, los insuperables obstáculos, las fuerzas del Gobierno, la estrategia convenida, la resolucion irrevocable de aplastar al pueblo, su inmenso y certero armamento apercibido ya y resuelto á cebarse en el corazon de una muchedumbre ardiente, entusiasmadísima, pero inerme; resultando de aquí el ir todos á una muerte segura, y á lo que era peor, á la

muerte tambien de la República. Rochefort aseguraba, que desde el asesinato último, ningun patriota podia estar tranquilo en París, por lo cual se presentaba él en todas partes, armado hasta los dientes. La venganza seria más segura, cuanto más meditada; la ocasion más propicia, cuanto ménos se preparara el Gobierno; á la violencia se opondria hoy la justicia; y mañana sucederia sin falta la ruina del tirano, ruina que la manifestacion de las calles podria retardar, y que el valor y la prudencia podrian bien pronto conseguir.

Delescluze apareció en seguida. Su aspecto era más severo, su voz más clara, su vida más respetable, su intransigencia más sincera. Desde luego heria la imaginacion de las muchedumbres su delgadez cenobítica, lo amarillo de su rostro, lo encendido de sus ojos, lo persuasivo de su acento. Poco decidido él mismo á la resignacion, lejos de traer la calma con sus palabras conciliadoras, exaltó más y más los ánimos. Luis Noir usaba verdaderamente los medios propios de llegar hasta el corazon del pueblo y de cor-

[illegible] á lo supremo de las circunstan-[illegible] lloraba, suplicaba, poco ménos [illegible] su elocuencia era la verdade-[illegible] Delescluze y [illegible] algunas reflexio-[illegible] permanecia en [illegible] y ahogaba [illegible] [illegible] revolucion [illegible] [illegible] Imperio. Por la ma-ñana cogió su carabina y se lanzó á la calle. La *Marsellesa* traia ya en aquella mañana una ardiente nota suya conjurando al ejército á no hacer armas contra el pueblo. Visiones [illegible] de un tremendo castigo á los ti-

ranos, inflamaban sus ojos; leyendas revolucionarias, su corazon. Cuando los dos ciudadanos Rochefort y Delescluze, hablaban, llega él sin aliento, sin voż; desnuda la cabeza, rasgasdas las vestiduras, demudado el semblante, gritando: «al combate, á las armas, quiero combatir, si Rochefort aconseja la paz, Rochefort es un traidor.» Y sus ojos de fuego relampagueaban siniestramente en su rostro de la blancura del mármol, como lámpara en panteon.

Por fin triunfó el mejor acuerdo. El cortejo fúnebre se movió hácia el cementerio de Neuilly. Bajó el ataud en hombros de algunos trabajadores, y circuido de espesa muralla de amigos. La multitud se irritó, rompió el muro de corazones entusiastas y devotos á la amistad, entró en el círculo, y tendió las manos á los sagrados despojos. Los amigos particulares de la familia y del difunto, defendieron el cadáver de aquella profanacion. Hubo un momento en que sonaron imprecaciones violentísimas, en que lucieron las armas ya desnudas, en que se vió em-

peñada una batalla sangrienta y próximo un desenlace terrible. Por fin hubo algunos, ó más resueltos, ó más afortunados, que cogieron el ataud, lo alzaron con ímpetu, lo depusieron sobre el carro fúnebre, y azotando los caballos, arrastraron en pós de sí la inmensa multitud al cementerio de Neuilly. La prudencia habia vencido á la cólera.

Pero en el camino sucedió particularísimo incidente, para que todo fuese extraño en ese dramático suceso. La multitud es siempre apasionada. Cambia de objetos y no cambia de culto. Y en su culto laten siempre [illegible] profunda y arraigadas supersticiones. Todas aquellas gentes querian ver, tocar al compañero del muerto, á su amigo; al que habia salido ileso de manos del asesino; al que llevaba en sus vestiduras señales de las balas; á Ulrico Fonvielle. Algunos hasta se [illegible]aban para rasgarle el gaban y guar[illegible]tazos como reliquia. Asaltado por [illegible]tes, enfermo de dolor, opreso por [illegible]straciones, transido de frio y pena,

Ulrico se resbala y cae con la palidez de la muerte en el semblante. Rochefort le cree aplastado, asfixiado; y se desmaya. Las gentes que rodean á Rochefort le cojen, le llevan inerte como un cadáver á mercería vecina. Allí, á pesar de los numerosos cuidados, de las recetas de un médico, de las atenciones generales, el jefe del pueblo no volvia en sí, no recobraba sus sentidos. Por fin, despues de mucho tiempo, se despierta, se rehace, alarga los brazos con desesperacion, mira á todas partes con horror, llora, solloza, y dice que si no viene la muerte, quiere apelar al suicidio. En efecto, ha visto y ha tocado, que despues de tantas declamaciones contra los prudentes y los sensatos; despues de tantas injurias, escupidas á su rostro, y de tantas calumnias, escupidas á su fama; despues de haberlos desautorizado y despopularizado en nombre de una idea más progresiva y de una conducta más resuelta; cuando los horizontes se oscurecen, cuando los mares se encrespan, cuando sobrevienen las supremas crísis y los supremos conflictos;

[redacted]

no hay mas remedio que atenerse á las tristezas de la realidad y hablar el comedido lenguaje de la prudencia. Cuán pronto se expian todas las faltas, cuán cercano está siempre el castigo de la culpa. El hombre de los discursos feroces, de las proclamas ardientes, de la intransigencia extrema; á la hora de un combate, á la hora de una resolucion, aparecia traidor á los suyos, y á la opinion general loco ó muerto; pues prometiera heroicidades como un conjurado catilinario en las sombras de los clubs, para desmayarse como una débil mujer á la hora suprema del conflicto.

No terminaba la tragedia todavía. El entierro careció ya de interés, ausente en la costa de ultramarinos Rochefort, la cabeza del motin y resuelto el carácter pacífico y sereno de la manifestacion. Algunos escritores, algunos estudiantes dijeron palabras de eterna despedida y de rencorosa venganza al dejar para siempre aquellos restos mortales en el seno de la madre tierra. Mas como la muchedumbre era tanta, no pudo parte considerable de ella entrar en el cementerio.

Y estaba inquieta á la puerta, cuando aparece el coche que conducia á Rochefort, ya repuesto de su desmayo. Un grito se escapa de todos los pechos, un coro monstruoso, se forma con todas las voces; las estrofas de la Marsellesa resuenan con el eco tempestuoso de los grandes dias de crísis violenta y los brazos se levantan al cielo como tomándolo por testigo de un solemne y supremo juramento. Caia la noche; el cielo tomaba la melancólica belleza del crepúsculo; resplandecia el ocaso con reflejos encendidos, sangrientos; y por la avenida de Neuilly rodaba como un rio fuera de su cauce, aquella multitud exaltada, febril, tonante, poseida del delirio de una idea y entonando el himno de la Revolucion. La inmensa masa parecia la ardiente y humeante lava que se escapa del seno de un volcan y que lo arrolla y lo destruye todo con su incontrastable ímpetu en su tormentoso camino. La iluminacion de la tarde era tan siniestra; las sombras que venian á más andar tan misteriosas; el coro tan fragoroso y sublime; los ánimos tan febriles, que un glo-

billo de color de rosa lanzado á los aires por la mano de jugueton niño que se divertia en medio de la tempestad, pareció á todos el encendido purpúreo pendon de la sangrienta demagogia.

Eran más de cien mil los que corrian por aquellas grandes avenidas, donde se levanta el jigantesco Arco de la Estrella, y á cuyo último término se ve la Plaza de la Concordia y el Jardin y el Palacio de las Tullerías. Pues toda aquella inmensidad, toda aquella larga carrera, estaba inundada, como por un rio de humanas cabezas. Al llegar á la mitad de los Campos Elíseos, suenan los tambores, y tras de los tambores una intimacion de las gentes en armas por allí tendidas. Rochefort salta de su coche y se dirige á un coronel de cazadores que estaba allí, á su lado, con la espada desnuda, y le dice que quiere pasar al Cuerpo Legislativo. El militar le contesta que es imposible y que tiene la resolucion de cargar sobre aquella multitud. «¿Sabeis, le dijo el escritor, que soy diputado del Cuerpo Legislativo?» «Sí, le respondió el soldado, y

por eso pienso cerrar con V. el primero.» Entonces Rochefort se vuelve, y un segundo redoble de tambor suena, y una nueva intimacion á la cual sigue general grito de sálvese quien pueda. Unos corren, otros caen, estos se dan contra las paredes, aquellos se entran en los zaguanes y suben por las escaleras; tropiezan grupos con grupos; derrúmbanse los ménos ligeros, se remojan algunos en los pilones de las fuentes, hasta que todos se dispersan y la inmensa nube de cóleras se desvanece. El dia fué terrible. Víctor Noir habia sido enterrado en paz, pero Rochefort habia muerto.

CAPITULO CI.

LOS DOS PROCESOS.

El dia once de Enero apareció en el periódico de Rochefort el siguiente escrito, al dar cuenta del terrible suceso de Auteuill:

«He tenido la debilidad de imaginar que un Bonaparte podia ser cosa distinta de un asesino.»

«He imaginado que un duelo era posible en esta familia, en que son tradicionales el asesinato y la traicion.»

«Nuestro colaborador Pascual Grousset ha compartido mi error y hoy lloramos á nuestro pobre y caro amigo Victor Noir asesinado

por el bandido Pedro Napoleon Bonaparte. Hace diez y ocho años que Francia está entre las manos ensangrentadas de esos matones, que no contentos con ametrallar republicanos en las calles, les tienden celadas inmundas para degollarlos á domicilio. ¡Pueblo francés! ¿no estás convencido de que ya hay bastante?»

Este escrito ó no era nada ó era un llamamiento á la revolucion. No se lanzan semejantes injurias al rostro de un monarca reinante, sino para ir inmediatamente á las armas. Flourens aconsejaba á Rochefort una resolucion suprema y le incitaba á la guerra civil. «Haberte nombrado diputado de París, decia, ha sido tanto como declarar guerra á muerte al Imperio. Te nombramos y la guerra comenzó. Nuestro pobre Víctor Noir ha caido víctima primera de esta lucha, traidoramente asesinado por Pedro Bonaparte. Hoy tenemos grandes esperanzas; no hay un soldado de la guarnicion de París, que no esté con los vengadores del pobre asesinado. Si á los primeros tiros del ejército tenemos todos

el valor de correr hácia adelante, llevando nuestro muerto en los brazos, el ejército fraterniza con nosotros. Vengar á Víctor Noir es vengar á Francia, redimirla del yugo más odioso; impedir la invasion extranjera que indudablemente traerá el tercer Napoleon si nosotros no sabemos salvarnos. Los tiranos de la antigua Roma pudieron atentar impunemente á todas las libertades públicas; mas el dia en que violaron el derecho individual de uno sólo, sucumbieron todos. Tamaños accidentes solo una vez se presentan en la historia; y el pueblo que no los aprovecha para emanciparse, el pueblo que no venga á sus hijos asesinados, á sus hijas violadas por sus señores, merece todos los castigos y todas las invasiones posibles.»

Rochefort se habia dejado arrastrar de estos razonamientos, y habia convenido solemnemente en la necesidad de la revolucion. *La Marsellesa* habia tocado á rebato; pero al dia siguiente, yendo al entierro, comparando lo débil de su fuerza con lo pujante de sus enemigos, desistió de la empresa y serenó los

ánimos en vez de concitarlos al combate. Este cambio de proceder hirió profundamente á Flourens, que escribió en la noche del doce al secretario de la redaccion de *La Marsellesa* la siguiente brevísima carta: «Ruégoos que anuncieis como desde hoy nada tengo de comun con la redaccion de ese periódico.» Rochefort se defendió con gracia en su Diario y con verdadera oportunidad en las siguientes palabras: «La revolucion viene de improviso. Si anunciais públicamente á vuestro enemigo que al otro dia, á las dos, le saltareis la tapa de los sesos cuando esté mas descuidado, vuestro enemigo tomará todo género de precauciones y no le saltareis la tapa de los sesos. El primo Pedro Bonaparte, se ha guardado muy bien de contar en las reuniones públicas que asesinaria á Víctor Noir. Y hé ahí por qué, pronto á mezclarme al movimiento, si expontáneamente se producia, no he creido deber apoyarlo cuando el pueblo me daba en cierta medida toda la responsabilidad.»

Vermorel echó en cara á Rochefort con más

acritud aun que Flourens, y en términos mucho más inconvenientes, sus palabras suaves, sus medidas conciliadoras. Era Vermorel uno de esos escritores más dados á criticar á los amigos que á criticar á los enemigos; uno de esos escritores atrabiliarios, cuya pluma destila perpétuamente injurias. Los jefes del partido republicano, los abogados más célebres, los oradores más ilustres, los hombres de la segunda República eran para él una gavilla de perdidos, una jauria de traidores. En las épocas más tristes, en medio de las persecuciones más horribles, no se levantaba uno de esos repúblicos ilustres á protestar contra la tiranía de Bonaparte sin que le saliese al encuentro la pluma cáustica de Vermorel y le diera en rostro con alguna desgracia ó alguna falta, elevándolas á la categoría de verdaderos crímenes. Este extraño proceder y la insistencia en seguirlo, divulgaron la idea de que estaba adscrito á la policía secreta del Emperador, y de que era su cómplice y su esbirro en la prensa. La tiranía no es tan [illegible]r lo que oprime como por lo que cor–

rompe. En épocas de opresion el amigo desconfía del amigo, el hermano del hermano; y hasta en el lecho se reserva el esposo de contar á la esposa los sentimientos que pasan por su corazon, las ideas políticas que oculta su conciencia. En cada sombra se cree ver un expía. Esto sucedió en el Imperio romano y esto sucedia en el Imperio francés. Rochefort, herido por las palabras de Vermorel, se fué á la tribuna, y le llamó públicamente esbirro del César. Vermorel, dirigiéndose á Rochefort, le dijo: «Os conjuro á publicar inmediatamente ante un Jurado compuesto de ciudadanos honrados y conocidos en la democracia las pruebas de vuestros asertos, pruebas que estais en el deber de dar. Es necesario que no quede ninguna duda acerca de mi honradez. Os entrego mi vida pública y privada.» Rochefort le contestó que el mismo Vermorel habia hablado mil veces de los rumores públicos respecto á su conducta y que sus esfuerzos por dividir al partido republicano, por desacreditar á sus hombres más ilustres, ponian las apariencias en completa

armonía con las sospechas. ¿Mas no contribuyó á dividir al partido y á desacreditar á sus hombres importantes el mismo Rochefort? ¿No era esta una manía ya crónica en toda la democracia avanzada? Delescluze llamaba ambicioso á Gambetta, avaro á Víctor Hugo, jesuita á Julio Simon, loco y comunista á Luis Blanc, reaccionario y místico á Edgard Quinet. Y el más puro de los republicanos rojos, el desgraciado Flourens decia hablando de los jefes del partido: «Nosotros, republicanos y demócratas, nada tenemos de comun con esos hombres que se llaman tan imprudentemente republicanos, con esos jesuitas políticos, con esos odiosísimos impostores.»

La verdad es que Rochefort no podia coordinar sus palabras en los clubs con su conducta en el entierro. Debió ser más corto de promesas, y más largo de obra. Su desmayo habia pasado á las gacetillas de todos los periódicos, dando de sí una nube de flechas agudas y agudísimos dardos contra su valor y su entereza. Estaba materialmente perdido

y la torpeza del gobierno, y la irreflexion de Emilio Ollivier le rehabilitaron por completo. El ministro de Justicia prometió al Emperador que amordazaria al libelista. Mal comienzo de política liberal. Combatir con los periódicos, es combatir con fantasmas. Si no hay el ánimo bastante, la fuerza suficiente para sobreponerse á sus ataques y contestar á sus argumentos con argumentos, en vez de perseguirlos con persecuciones inútiles y odiosas, se necesita acudir á la política de represion, á la política de tiranía, á la política antigua contra la cual trabajaba el nuevo ministro, más aun que en la oposicion, en el gobierno. Pero no tuvo el valor necesario para prescindir de los ataques de Rochefort y olvidarlos. Intentó promover un proceso, y con este motivo se metió en laberinto intrincadísimo de innumerables dificultades, y de peligrosísima salida. La verdad es que para aplacar los ánimos habia encontrado un grande auxilio en Rochefort; y que este auxilio le habia valido la disminucion en popularidad y en importancia de su enemigo. ¿Iba á perse-

[illegible] para levantarlo. [illegible] reme- [illegible] error se haga [illegible] como Ro- [illegible] disminuida [illegible] las [illegible] perso- [illegible] puro- [illegible] a [illegible] El [illegible] demanda [illegible] tribunales [illegible] el inge- [illegible] salvo de su [illegible] Poco [illegible] di- [illegible] re- [illegible] de [illegible] grande ad- [illegible]

[illegible] tormen- [illegible] oradores [illegible] izquier-

da demostraron de la manera más evidente y más palmaria que aquel proceso era un grande error político. Hasta en los mismos grupos de la mayoría hubo un corazon bastante generoso y una palabra bastante levantada para pedir que se respetara en el diputado de la nacion el principio de la soberanía nacional. Tanto honor cupo al honrado marqués de Piré, el cual pedia que se pusiera sobre la silla de la Presidencia el retrato de Borssy d' Anglas, aquel presidente de la Convencion; tranquilo en medio de las más repugnantes saturnales y de las más horribles invasiones; tranquilo, cuando los fusiles apuntaban á su cabeza y á su pecho; tranquilo cuando las injurias más soeces y las amenazas más homicidas sonaban en sus oidos; tranquilo al presentarle en una pica la cabeza del diputado Feraud, é inclinándose profundamente para saludar, bajo el sable de sus verdugos todavía teñido en sangre humeante, al mártir de las leyes. Estas palabras fueron tomadas por una estravagancia y desatendidas lo mismo de la mayoría que del gobierno.

[illegible] incidente sobrevino en una de [illegible] tantes sesiones, en que se trató [illegible] Emilio Ollivier añadió en el ex- [illegible] discurso dirigido á Leon [illegible] palabra no pronunciada [illegible] había dicho en la [illegible] diputado «necesita- [illegible] patriotismo» y añadió [illegible] un relámpago de [illegible] Gambetta se [illegible] diciendo [illegible] de ca- [illegible] quien [illegible]

vuestra, jurisdiccion alguna sobre la mia que es firme. No os disputo el derecho á cambiar de opinion; pero hay algo que no explicareis jamás satisfactoriamente, y es el haber coincidido vuestro cambio con vuestra fortuna.» Magullado y mal trecho, el ministro se limitó á responder, como quien sale del paso y burla el cuerpo, que no habia necesidad de defender su entereza de carácter y su consecuencia política. Gambetta, cada vez más irritado y cebándose en su presa con verdadero furor, le replicó: «Vuestros electores os han declarado indigno.» «El ejercicio del poder, dijo Emilio Ollivier, es una carga pesada de conciencia.» «No, le replicó Gambetta, no es una carga de conciencia, es un cargo de corte.» «Desde mil ochocientos cincuenta y siete sólo he tenido un pensamiento, exclamó Ollivier, la libertad.» Gambetta le dijo: «Pero os habeis llamado republicano.» «Yo, añadió Ollivier, he cumplido mi juramento. En mil ochocientos sesenta y uno, dije al Emperador que diera la libertad, y yo, aunque republicano, le seguiria y le admiraria. La ha dado; y le

sigo y le admiro. He cumplido mi promesa.» Despues de estas palabras del ministro, la mayoría pugnaba y gritaba para que se cerrase el debate. Gambetta no queria dejarle sin respuesta, y hablaba en medio del tumulto. El presidente pronunció estas palabras: «Llamo á Mr. Gambetta al órden.» «Sr. Presidente, está bien, dijo Gambetta, pero llamad antes á ese ministro á la honra.»

La autorizacion fué concedida, y el proceso contra Rochefort comenzado. Los escritores preguntaban por otro proceso, por el de Pedro Bonaparte. Uno de ellos evocaba en terrible paralelo sangriento recuerdo. ¡Qué prisa en condenar á las víctimas y qué tardanza en condenar al asesino! No hacia muchos dias que París presenciara horrible espectáculo, digno del infierno. La vida de un hombre habia sido apagada por la mano de la justicia. En una mañana de invierno, fria como la muerte, de crepúsculo semejante al reflejo de una inmensa pajuela, las puertas sombrías de la prision se abren, y aparece un condenado á muerte, el infame Troppman. Aquello no era

una figura humana. El dolor, el remordimiento, el miedo lo habian destrozado, pasando sobre su cuerpo como otras tantas ruedas. Parecia un manojo de miembros amontonados. Las piernas se negaban á sostenerle como si estuvieran descoyuntadas y rotas; los brazos le pendian de los hombros como si se le cayeran; el cuello retorcido, lacio; y á su extremo, una cabeza que oscilaba á todos lados, caida sobre el destrozado pecho. Los ayudantes del verdugo le llevan como en andas; y sus piés se arrastran cual si quisieran fijarse para siempre en la tierra; y miran sus ojos vidriosos y casi extinctos, como si buscaran algo de compasion y de misericordia. Los veinticinco metros que hay de la puerta de la prision al pié del cadalso, encierran una eternidad de dolores; los veinticinco escalones que hay del pié de ese cadalso á la cima, guardan cada uno su indecible tormento. Aquello no es un hombre, es una membrana que sacude el viento, un sapo aplastado que recogen y sostienen manos ensangrentadas; para arrojar el alma que todavía corre por

[redacted]

[illegible]

[illegible] vida que
[illegible] muerte.
[illegible]
[illegible] le so-
[illegible] por
[illegible] en las
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] que pue-
[illegible] como
[illegible]
[illegible] una cabeza
[illegible]
[illegible] de par-
[illegible]
[illegible]
[illegible]?

[redacted]

CAPITULO CII.

UN MOTIN.

Cuando un régimen muere, las fuerzas de descomposicion lo disuelven con pasmosa celeridad y lo mismo que habia de servir á su salvacion, sirve á su ruina. La libertad es como la luz; da vida, da calor. Pero la libertad, con toda su virtud, mataba al Imperio, porque era un principio contradictorio con su existencia. Como hay séres que se asfixian en el aire, hay instituciones que se asfixian en la libertad.

Esto debia haberlo pensado con madurez Emilio Ollivier antes de arriesgarse á sus

empresas con precipitacion. Al mes de haber proclamado la alianza del Imperio con la libertad, una lógica real, incontrastable, superior á las arbitrariedades de la voluntad humana, le fuerza á perseguir á los escritores, á condenar á los periódicos, á violar la inviolabilidad de los diputados, á cebarse en las reuniones públicas y allanar los hogares privados, demostrando que el cesarismo podia ser la dictadura, la fuerza, la violencia, pero jamás la libertad y el derecho.

Rochefort, que habia salido muerto del entierro de Víctor Noir, resucitaba en las persecuciones del Imperio. Lo que más duramente condenaran su irreflexion en prometer y su tardanza en cumplir, sus violencias de lenguaje en el periódico y sus alardes de prudencia en las calles, la energía de su estilo y el desmayo de su fuerza, sus desvanecimientos de orgullo y sus desvanecimientos de terror, agrupábanse á su lado, y volvian á tomar su nombre por enseña de combate, y su persona por ideal y por modelo de accion. En la ...na, con su falta de palabra; en el diario,

con su falta de autoridad; fuera desde aquellos dias completamente inofensivo: en la cárcel iba á crecer y agigantarse. Nada eleva como la persecucion sañuda. Nada transfigura como el martirio. La naturaleza humana es generosa y se inclina á los débiles contra los poderosos, á los atribulados contra los fuertes, á los perseguidos contra los perseguidores. La aureola que se apagara en la frente de Rochefort reaparecia con más brillo.

Autorizados los procedimientos, no habia más remedio que expedir contra el diputado de París un auto de prision por delitos graves de imprenta. Expedido un auto de prision no habia más remedio que prenderlo. ¡Ah! Los procesos de imprenta dan escasos resultados á los gobiernos y glorifican á los escritores. Sus penas, nunca graves para la víctima, son gravísimas para la autoridad. No se pueden crear delitos artificiales. No se pueden infligir penas arbitrarias. Para que las leyes puedan declarar un hecho ó un pensamiento delito, es necesario que antes lo declare la eterna legisladora de los códigos imperecederos, la hu-

mana conciencia. Y los delitos de imprenta, á los ojos de una gran parte de la sociedad verdaderos méritos, luz y no sombra, gloria y no remordimiento, bien y no mal; los delitos de imprenta, decia, pueden y deben llamarse creaciones monstruosas de la ley. Y los procesos de imprenta á su vez pueden y deben llamarse trampa, celada en que parece caer la oposicion, y en que cae realmente el Gobierno. Rohuer con grande prevision lo anunciaba así al Emperador en carta particular. O habia que recoger todas las concesiones soltadas, ó habia que resignarse al movimiento y á la agitacion de la libertad. Pero haberse embarcado, y desconfiar del viento y de las olas, haberse embarcado, y aspirar á la solidez, á la seguridad, á la firmeza que en tierra, era desvarío. El Vice-Emperador le mandaba al Emperador un escrito escandaloso de Vermorel y le decia que la pena lanzada por el tribunal sobre aquel artículo era de quinientos francos de multa. ¿Con leyes así, con tribunales de esa especie, se puede perseguir á la imprenta?

Aun dada la funesta teoría de los delitos de imprenta, y la práctica de tales procesos, en el particularísimo caso de Rochefort, la más vulgar prevision aconsejaba mucho tacto, muchísima prudencia. Se trataba de un escritor popular, de un diputado de París. Poner la mano sobre su toga de legislador, era tanto como provocar una protesta. Sabido es que el pueblo y el partido avanzado, no tienen gran amor á las protestas pacíficas. Y las violentas dañaban á los progresos del partido avanzado ciertamente, pero no dañaban ménos á la alquimia del Imperio liberal. La prudencia debia estar en los de arriba más que en los de abajo, pues desde lo alto se descubre mucho horizonte y se ve muy lejos. Pero Emilio Ollivier, ofendido, irritado, teniendo del gobierno la misma falsa idea que sus predecesores, y airado contra la libertad, armó nuevos escándalos que cedieron solamente en su daño. Lejos de prender á Rochefort con precauciones que alejaran todo motivo de lucha, le prendió con alardes de provocacion y con recursos de fuerza.

[redacted]

Habíase citado una reunion en los barrios populares, á fin de que el diputado de París diese una conferencia sobre Voltaire, á beneficio de cierto preso político. Pagábanse veinticinco céntimos de entrada, y se reunia gran muchedumbre. Flourens, el agitado y agitador Flourens, presidia. Celebrábase la reunion allá en la Villette, en las entrañas del [illegible], donde el suelo parece regado [illegible] pólvora, y las inteligencias [illegible] ideas. Y allí quisieron prender [illegible]. La provocacion era, [illegible] aun á riesgo de verter [illegible] hacia en plena paz [illegible] no reconocer deli[illegible] como para desautorizar [illegible] su situacion.

[illegible] á la hora citada en [illegible] Rochefort llega, baja del co[illegible] á entrar. Entonces un gran cordon [illegible] de agentes de órden público, [illegible] esbirros, cercan á Rochefort, le [illegible] se dá á prision, le llevan á lo [illegible] llamaban aquí el cajon de la poli-

cía, lo encierran violentamente en coche de alquiler, y lo conducen á la cárcel de Santa Pelagia. La noticia de este caso llega prontamente á la sala de la reunion. El aire es allí irrespirable, la multitud revolucionaria; el presidente Flourens. El calor de las inteligencias sólo es comparable con el calor de la atmósfera. Los quinqués de petróleo lanzaban nubes de humo en las nubes de cólera, y hedor nauseabundo en aquel respiradero, estrecho de violentísimas pasiones. Flourens se levanta como una sombra amenazadora, tiende los brazos á la revolucion, anuncia en tono solemne que el sufragio universal acaba de ser herido en la persona de un diputado, el pueblo de París en la persona de un representante, declara caido el Imperio, destronado por ende el Emperador, proclama la revolucion permanente; y para apoyar sus dichos, saca del bolsillo una pistola, y desenvaina una espada, prende al comisario de policía, le obliga á andar delante de él, y ordena á los exaltados jóvenes, sus amigos y sus compañeros, que entonen el cántico sagrado de

la libertad, aquel cántico de la revolucion, semejante al cántico de Moisés en la salida del cautiverio de Egipto, la Marsellesa, la cual recuerda el triunfo glorioso del pueblo republicano sobre los viejos Faraones de Europa y sus soberbios caballeros, ahogados todos en el mar tempestuosísimo de las nuevas ideas.

Inmediatamente que Flourens dió este grito el público reunido allí para asistir á una conferencia pacífica se dispersó al ver que se trataba de una revolucion violenta. Ni el entusiasmo de Flourens, ni su estética figura, ni su exaltacion heróica, ni sus arranques de desesperacion movieron al pueblo; y eso que el pueblo era del barrio más exaltado, y del partido más revolucionario de todo París. El héroe se quedó con diez y seis jóvenes, todos desarmados, que cantaban como cigarras, y que tenian por único instrumento de ataque una pistolilla y un sable. Al salir, en la puerta [illegible], hubieran caido bajo el poder de [illegible], si el comisario aterrado, [illegible]do que le iban á asesi- [illegible] memoria de su mujer y de

sus hijos; antiguo esbirro de Napoleon; el que prendió la noche del Dos de Diciembre á alguno de los diputados, á la sazon ministros; azorado, trémulo, no mostrara sus insignias y diera órden de abrir francamente paso, cuando ya se precipitaban sobre su fácil presa. Como si las sociedades humanas estuvieran al arbitrio de un solo hombre, como si bastara para moverlas y trasformarlas un gesto y una palabra, Flourens cuenta en su gigantesca empresa con grupos que no parecen, y con asociaciones que no acuden, y con jefes sin subordinados; para construir barricadas, y erizar de fortalezas el barrio, y sostenerse toda una noche, y combatir hasta lograr que al dia siguiente París entero se despertase bajo el látigo de la revolucion y se asociara con todas sus fuerzas á tan quimérica obra. Creia más, creia que sus invocaciones al ejército, sus artículos sobre las injusticias de que oficiales y soldados eran víctimas, su amistad personal con algunos, sus largos ditirambos y sus ardientes catilinarias contra el favoritismo, le val-

[redacted]

drian el que de los cuarteles y de las compañías le proporcionaran armas para pelear contra las compañías y contra los cuarteles. [illegible] una revolucion, la iniciaba con el mismo descuido que, si en vez de estar realizándola, estuviera escribiéndola. Es fuente de [illegible] gravísimo, desconocer la [illegible] que separa las ideas de su realiza[illegible] desencanto terrible. Los gru[illegible] los conjurados no fue[illegible] se le juntaron; permane[illegible] de donde esperaba los [illegible] y cerrado el taller de [illegible] del pueblo; y so[illegible] de la revolucion parecia [illegible] Mas ¿qué se dijera de él [illegible] si abandonaba su puesto, si dejaba sin realizacion su proyecto? Como el héroe manchego, llevaba los libros de la caballería revolucionaria en la mente, el bálsamo de Fierabrás á la espalda, el yelmo de Mambrino á la cabeza, su lanzon en la mano, el [illegible] Rocinante de su deseo por todo apo[illegible]s aventureros en torno suyo; y ha-

bia de rescatar aquella misma noche su República en Dios y en su conciencia; ó perecer en la demanda. Así amontonó los coches de alquiler que encontró al paso; valcó los ómnibus que atraviesan en todas direcciones; aglomeró los escombros de las casas en construccion; é hizo alguna que otra barricada en medio de los cánticos y de los vivas de sus diez y seis jóvenes y de otras cuarenta ó cincuenta personas, que de espectadores habian pasado á actores en aquel singularísimo drama. Armas, armas, pedian á grito herido, con febril entusiasmo, con ánimo resuelto á sacrificarse, aquellos revolucionarios de la fantasía, perdidos en la soledad. Y para procurarles armas Flourens no tuvo otro recurso que entrarse en el teatro del barrio; atravesar su tablado y sus bastidores; penetrar en el vestuario, y aprovecharse del puñal de Margarita de Borgoña, de la copa de Lucrecia Borgia, de los lanzones del Cid, de las espadas de hojalata, de las vainas doradas, siendo todo aquello más real y más positivo y más verdadero que su soñada re-

Habíase citado una reunion en los barrios populares, á fin de que el diputado de París diese una conferencia sobre Voltaire, á beneficio de cierto preso político. Pagábanse veinticinco céntimos de entrada, y se reunia gran muchedumbre. Flourens, el agitado y agitador Flourens, presidia. Celebrábase la reunion allá en la Villette, en las entrañas del París trabajador, donde el suelo parece regado de abrasadora pólvora, y las inteligencias de revolucionariasideas. Y allí quisieron prender al autor de la *Linterna*. La provocacion era, pues, meditada y reflexiva, aun á riesgo de verter sangre. Y todo esto lo hacia en plena paz un ministro que declaraba no reconocer delitos del pensamiento, como para desautorizar su poder y agravar su situacion.

La multitud se reune á la hora citada en torno del salon. Rochefort llega, baja del coche, y va á entrar. Entonces un gran cordon de gendarmes, de agentes de órden público, de sombríos esbirros, cercan á Rochefort, le intiman que se dé á prision, le llevan á lo que antes llamaban aquí el cajon de la poli-

cía, lo encierran violentamente en coche de alquiler, y lo conducen á la cárcel de Santa Pelagia. La noticia de este caso llega prontamente á la sala de la reunion. El aire es allí irrespirable, la multitud revolucionaria; el presidente Flourens. El calor de las inteligencias sólo es comparable con el calor de la atmósfera. Los quinqués de petróleo lanzaban nubes de humo en las nubes de cólera, y hedor nauseabundo en aquel respiradero, estrecho de violentísimas pasiones. Flourens se levanta como una sombra amenazadora, tiende los brazos á la revolucion, anuncia en tono solemne que el sufragio universal acaba de ser herido en la persona de un diputado, el pueblo de París en la persona de un representante, declara caido el Imperio, destronado por ende el Emperador, proclama la revolucion permanente; y para apoyar sus dichos, saca del bolsillo una pistola, y desenvaina una espada, prende al comisario de policía, le obliga á andar delante de él, y ordena á los exaltados jóvenes, sus amigos y sus compañeros, que entonen el cántico sagrado de

la libertad, aquel cántico de la revolucion, semejante al cántico de Moisés en la salida del cautiverio de Egipto, la Marsellesa, la cual recuerda el triunfo glorioso del pueblo republicano sobre los viejos Faraones de Europa y sus soberbios caballeros, ahogados todos en el mar tempestuosísimo de las nuevas ideas.

Inmediatamente que Flourens dió este grito el público reunido allí para asistir á una conferencia pacífica se dispersó al ver que se trataba de una revolucion violenta. Ni el entusiasmo de Flourens, ni su estética figura, ni su exaltacion heróica, ni sus arranques de desesperacion movieron al pueblo; y eso que el pueblo era del barrio más exaltado, y del partido más revolucionario de todo París. El héroe se quedó con diez y seis jóvenes, todos desarmados, que cantaban como cigarras, y que tenian por único instrumento de ataque una pistolilla y un sable. Al salir, en la puerta misma, hubieran caido bajo el poder de la policía, si el comisario aterrado, medrosísimo, creyendo que le iban á asesinar, invocando la memoria de su mujer y de

sus hijos; antiguo esbirro de Napoleon; el que prendió la noche del Dos de Diciembre á alguno de los diputados, á la sazon ministros; azorado, trémulo, no mostrara sus insignias y diera órden de abrir francamente paso, cuando ya se precipitaban sobre su fácil presa. Como si las sociedades humanas estuvieran al arbitrio de un solo hombre, como si bastara para moverlas y trasformarlas un gesto y una palabra, Flourens cuenta en su gigantesca empresa con grupos que no parecen, y con asociaciones que no acuden, y con jefes sin subordinados; para construir barricadas, y erizar de fortalezas el barrio, y sostenerse toda una noche, y combatir hasta lograr que al dia siguiente París entero se despertase bajo el látigo de la revolucion y se asociara con todas sus fuerzas á tan quimérica obra. Creia más, creia que sus invocaciones al ejército, sus artículos sobre las injusticias de que oficiales y soldados eran víctimas, su amistad personal con algunos, sus largos ditirambos y sus ardientes catilinarias contra el favoritismo, le val-

[redacted]

drian á que de los cuarteles y de las compañías le proporcionaran armas para pelear contra las compañías y contra los cuarteles. Creía una revolucion, la iniciaba con el mismo descuido que, si en vez de estar realizándola, estuviera escribiéndola. Es fuente de error, y de error gravísimo, desconocer la distancia que separa las ideas de su realizacion. Así fué el desencanto terrible. Los grupos no se formaron, los conjurados no fueron, los oficiales no se le juntaron; permaneció cerrado el cuartel de donde esperaba los héroes del ejército, y cerrado el taller de donde esperaba los héroes del pueblo; y sonando la trompeta de la revolucion parecia sonarla en lo vacío. Mas ¿qué se dijera de él si retrocedia, si abandonaba su puesto, si dejaba sin realizacion su proyecto? Como el héroe manchego, llevaba los libros de la caballería revolucionaria en la mente, el bálsamo de Fierabrás á la espalda, el yelmo de Mambrino á la cabeza, su lanzon en la mano, el flaco Rocinante de su deseo por todo apo-

algunos aventureros en torno suyo; y ha-

bia de rescatar aquella misma noche su República en Dios y en su conciencia; ó perecer en la demanda. Así amontonó los coches de alquiler que encontró al paso; valcó los ómnibus que atraviesan en todas direcciones; aglomeró los escombros de las casas en construccion; é hizo alguna que otra barricada en medio de los cánticos y de los vivas de sus diez y seis jóvenes y de otras cuarenta ó cincuenta personas, que de espectadores habian pasado á actores en aquel singularísimo drama. Armas, armas, pedian á grito herido, con febril entusiasmo, con ánimo resuelto á sacrificarse, aquellos revolucionarios de la fantasía, perdidos en la soledad. Y para procurarles armas Flourens no tuvo otro recurso que entrarse en el teatro del barrio; atravesar su tablado y sus bastidores; penetrar en el vestuario, y aprovecharse del puñal de Margarita de Borgoña, de la copa de Lucrecia Borgia, de los lanzones del Cid, de las espadas de hojalata, de las vainas doradas, siendo todo aquello más real y más positivo y más verdadero que su soñada re-

[redacted]

volucion. Al salir de aquel arsenal de sus esperanzas, donde por fin encontrara algunos fusiles de chispa admirablemente manejados en otros dias por los comparsas, vió que hasta sus compañeros mas decididos le habian abandonado. El solo quedaba allí, acompañado de un amigo, único á quien comunicara su locura, y que aun tenia asido del cuello, al trofeo de aquella lucha, al comisario de policía.

Mas Flourens no se desengañaba. Echado atrás el sombrero, su gaban al brazo, la pistola en una mano, la espada en la otra, caldeado por el fuego interior de su pensamiento, exaltadísimo por las contrariedades, iba de un lado á otro, de una á otra calle, á trabajar en las barricadas, á sostener á los combatientes, que ya no llegaban á una docena; y todos de nuevo reunidos, pues los primeros, al ver tan cerca el peligro y tan lejos la victoria, se habian con mejor acuerdo alejado y escondido. Lo que habia de suceder sucedió. Unos cuantos agentes de órden público, en mano, acometieron las barricadas lle; y otros cuantos guardias de París

á caballo las flanquearon con toda facilidad. Los jóvenes fanáticos echaron á correr dejando á dos heridos mortalmente en medio de la calle. Flourens, apoyado contra una puerta, permanecia allí como estático ante su obra, cual si aguardara nuevos refuerzos, cuando la espada de un agente se cruzó con su espada, y le obligó á retirarse y á huir. La luz del nuevo dia, es decir, del ocho de Febrero de mil ochocientos setenta, calmó los ánimos, pero á las sombras de la nueva noche algunos almacenes de armas fueron saqueados en el centro de París y algunas barricadas se levantaron y desaparecieron como anuncios de más temibles y más pavorosas erupciones.

[illegible] que

[illegible]

[illegible] pues [illegible] Así en [illegible] las siguientes páginas, que

reproduzco, teniendo ya ante los ojos la imágen siniestra de la guerra, para mí de todo punto inevitable:

«Antes de que la guerra hable, conviene á la democracia europea subir hasta sus causas para preservarse en lo porvenir de iguales calamidades. ¿Por ventura es la guerra que relampaguea una guerra de razas? Los sustentadores de la política francesa y de la política prusiana pretenden que esta guerra contemporánea es la renovacion de la antigua entre la raza germánica y la raza latina; entre el elemento individualista y el elemento socialista de la historia; entre la libertad anárquica, feudal del Norte y la igualdad plebeya, cesarista del Mediodía; entre la autoridad religiosa del catolicismo y la conciencia emancipada de los protestantes; entre la raza del derecho personal, de la reforma religiosa, de la Constitucion sajona, de la República americana y la raza del imperio del Pontificado, de la monarquía universal; ideas contradictorias que no pueden vivir sino en lucha, y no pueden luchar sino para que una de ellas

rija en definitiva el sistema entero de la sociedad moderna y sea como el sol de la futura mecánica en que habrán de engarzarse los pueblos.

¿Una guerra de razas? Se concibe semejante catástrofe en tiempos de ignorancia, cuando el ideal humano todavía no brillaba en el espíritu. Se concibe que César, que Varo, que Germánico buscaran los pueblos bárbaros de las orillas del Rhin y del Danubio para disciplinarlos con la espada y el derecho romano, encerrándolos en el hogar único de la civilizacion, en el Imperio de la Ciudad Eterna. Se concibe que Genserico, Alarico, Atila, engendrados en carros de guerra, nacidos entre el estridor de los combates, sintieran resonar en sus oidos y en su conciencia una voz misteriosa que les arrastraba con fuerza incontrastable á destruir aquella Roma, que habia cazado á sus padres en las selvas y los habia hecho caer exánimes para divertir el hastío, ...do por la riqueza y el poder, sobre ... el Circo.

...ién veria hoy en Napoleon III un

descendiente de César, ni en Bismark un descendiente de Arminio? Una ciencia más alta, más humana que la antigua ciencia histórica ha venido á mostrar que latinos y germanos eran de la misma raza, que sus idiomas se vaciaban en las mismas matrices, que sus dioses nacian en los mismos altares, que sangre igual circulaba por sus venas, y un mismo espíritu, el espíritu de la raza indo-europea, modificado por condiciones accidentales de clima y de cultura histórica, latia en aquellas conciencias enemigas. Los germanos y los latinos, despues de haber tanto combatido, supieron de lábios de la ciencia que eran hermanos, sí, hermanos como Cain y Abel, hermanos como Eteocles y Polinice, hermanos como Rómulo y Remo, hermanos criminales, que aun podian reparar su fratricidio con la idea altísima del derecho moderno.

No hay, no puede haber esa enemistad fisiológica entre las razas, ni mucho ménos entre razas que son de un mismo orígen. Ménos hay, ménos puede haber antagonismo irreconciliable entre las ideas fundamentales

una de
sin esen-
hoy
La
Austria;

pero la noche del cuatro de Agosto de 1789, será bendecida en todas las lenguas y por todos los siglos; y amigos y enemigos de entonces, fecharemos de allí el comienzo de nuestra emancipacion política. Sobre todas esas contradicciones, sobre todos esos antagonismos, se eleva la conciencia de Europa, que lleva en sí la idea del derecho universal.

Esta guerra sangrienta, que puede ser tan pavorosa como el choque de dos planetas en el espacio, proviene de errores, de debilidades comunes á dos democracias, á la democracia francesa y á la democracia alemana de 1848. Yo no quiero condenarlas, yo sólo quiero reconvenirlas. Sus ideas son nuestras ideas, sus intereses nuestros intereses; en sus libros hemos aprendido lo que sabemos de derecho moderno, en sus ejemplos hemos templado nuestras almas; y sus dias de luto pesan sobre los republicanos españoles como el recuerdo de nuestras propias desventuras.

Pero una y otra democracia fueron allá en las crísis de 1848 asaz gubernamentales. La democracia francesa debió distribuir la auto-

[redacted]

ridad por toda la nacion y no vincularla en una Asamblea y un presidente condenados á luchar y á destruir en sus luchas la República; debió separar la Iglesia y el Estado y no consentir un clero oficial que un dia bendijo el árbol de la libertad y al dia siguiente bendijo el puñal del César; debió trasformar el ejército antiguo en nuevo ejército, capaz de renovar las glorias de Valmy é incapaces de renovar los crímenes de Brumario; debió despedir aquellas legiones de burócratas dispuestos á reconocer todos los poderes y servir á todas las tiranías; debió descentralizar la accion del poder, esa accion, que fiada como en tiempos de los reyes á una sola persona, dió de sí, por una fatalidad lógica, verdaderamente ineludible, la plaga del Imperio.

Y el Emperador era de una dinastía ilustre para los que sobreponen la razon de estado á la razon natural; la guerra al trabajo; las grandes naciones á los grandes ciudadanos; las conquistas de la fuerza á las pacíficas conquistas de la libertad. Y como perteneciente á esa dinastía, algo misterioso debia impul-

[redacted]

sario, el pecado de su origen, la significacion de su nombre, á guerrear con toda Europa, enemiga un dia de su casta, á guerrear con la Alemania de Leipzik, con la Rusia de Beresina, con la España de Bailén, con la Prusia y la Inglaterra de Waterloo. Por una de las mayores falsificaciones que recuerda la historia, el Emperador se llamaba á sí mismo la revolucion, y á su Imperio la paz. El sofisma fué evidente desde el primer dia, esa revolucion ha sido la muerte de la democracia y de la libertad; esa paz ha sido la paz de Sebastopol, la paz de Solferino, la paz de China, la paz de Méjico, la paz de Mentana, la paz del Rhin. El cesarismo se habia engendrado en las cantinas, habia nacido en los cuarteles; era la sombra del pretoriano, enemigo implacable de la República; y á ese partido militar, que rasgó con sus bayonetas las leyes, tenia que darle á beber y á comer sangre y carne humana. Todas esas batallas son los festines con que paga el César á sus soldados, la orgía del dos de Diciembre.

La democracia alemana erró como la de-

[illegible] francesa en 1848. Un error ¿qué digo un error? una vacilacion siquiera, una duda en el instante de las revoluciones se paga con largos y profundísimos dolores. Despues de haber proclamado los derechos fundamentales como un holocausto á la humanidad; la unidad alemana, como un holocausto á la patria. [illegible] estas dos grandes ideas [illegible] de Prusia. La federacion [illegible] los pueblos necesaria, [illegible] pueblo aleman. Mien- [illegible] los alemanes víctimas [illegible] y enemigas de los [illegible] Hapsburgos. La cesion [illegible] último de [illegible] porque era [illegible] coronas [illegible] de esa co- [illegible] á [illegible] entregar [illegible]. Las [illegible] contra los mismos que se las han [illegible] como los últimos Borbones volvieron á los liberales el cetro forjado por la li-

[redacted]

bertad. El rey de Prusia, el emperador de la democracia, apunta contra la democracia sus cañones. A los votos responde con balas. Y despues que habia auxiliado a los principes feudales y al mismo imperio austriaco en la obra necesaria, firmó su propia humillacion en Olmutz. Pero por lo mismo que allí quedó humillada, la dinastía prusiana quedó tambien allí representando la tradicion de la gran patria, la tradicion de la unidad alemana.

Mientras esta unidad se inspiró en pensamientos democráticos, y queria hacer una federacion liberal, no quiso representarla el rey de Prusia, mas así que venciera la democracia, la unidad alemana [illegible] por medio la guerra, y por medio de la monarquía militar, el rey de Prusia recogió la bandera rasgada en Olmutz. De aquí la mezcla informe entre la conquista y la soberanía popular; de aquí las invocaciones al sufragio universal y al derecho divino; de aquí el sofisma francés repitiéndose allende el Rhin para encubrir aspiraciones dinásticas, militares, autoritarias, conquistas enmascaradas

con el nombre de patriotismo aleman, aglomeraciones de razas convertidas en rebaños que un rey dirige con el filo de su espada.

El principio de la guerra, que dió por resultado la preponderancia prusiana, es de aquellos hechos destinados á ser siempre como un modelo de maquiavelismo realista. Prusia reconoce que el sentimiento aleman desea con viveza los ducados del Elba, custodios de las fronteras del Báltico. La posesion de estos Ducados era una de las cláusulas testamentarias que la democracia alemana dejara escritas en su codicilo de Francfort. Muerto el rey Federico de Dinamarca, Prusia suscita este problema, planteándolo en la esfera legal, conservadora, monárquica de las herencias. Multitud de príncipes alemanes tienen ya dispuestos sus pergaminos, sus árboles genealógicos, sus entronques, sus citas de códigos feudales, todo el derecho histórico, para probar que á ellos les toca aquella rica herencia con todos los rebaños de vasallos á esa herencia adscritos. El asunto de los Ducados era ncadísimo como casi todos los asuntos ter-

ritoriales de Alemania. Pretendian su posesion el rey de Dinamarca, la serenísima Dieta de Francfort, los Duques de Augustemburgo y de Oldemburgo, la casa de Hohenzollern personificada en Prusia y la casa de Hapsburgo representada en Austria.

Prusia dividiendo los ánimos, alentando todas las pretensiones, convierte aquella cuestion hereditaria en cáos donde los más audaces ó los más fuertes puedan apoderarse de la codiciada presa. En el ánimo de toda Alemania, Dinamarca estaba condenada á perder los Ducados del Elba porque Alemania no podia consentir que tierras suyas, conciudadanos suyos, se hallaran en poder de una potencia, pequeña por sí, pero capaz de contratar alianzas peligrosas á la independencia alemana. Así es que los diputados del Holstein y del Lanemburgo protestaban siempre en el Parlamento dinamarqués contra toda tendencia encaminada á confundirlos con la monarquía dinamarquesa. Estos dos territorios pertenecian con justo y antiguo título á la confederacion germánica. El rey de Dina-

[illegible] Rusia [illegible] Holstein [illegible] Era [illegible] á una [illegible] defensa [illegible] y la ve- [illegible] como [illegible]

[illegible] del [illegible] hombres [illegible] á [illegible] cometer [illegible] á llevar [illegible] co- [illegible] corte- [illegible] derecho de [illegible] de los cagnados [illegible] á despertar el antiguo senti- miento revolucionario aleman como en los mejores días de la Asamblea de Francfort y á pedir al Austria una alianza ofensiva y de-

fensiva contra los peligros de ese mismo sentimiento como en las peores horas de Olmutz; á volverse hácia el sufragio universal y hácia la conquista; á empeñar el Austria en su causa y amenazarla para luego complacerla con la convencion de Gastein; á suscitar en esta convencion nuevas dificultades, y concluir por aquella guerra de los siete dias, entre cuyos choques el Imperio austriaco, el eterno enemigo de Prusia, quedó fuera de Italia y fuera de Alemania, á merced de esos vasallos rebeldes é inquietos que se llaman los eslavos y los húngaros y que no le consienten punto de reposo con sus eternas querellas de nacionalidad y de raza, planteando de una manera nueva el problema de Oriente, en el cual sólo descubrimos desde aquí relámpagos de ira y nubes henchidas de sangre.

Al través de tantas tortuosidades, Prusia buscaba los grandes fines de su política tradicional; aniquilar el antiguo Sacro Imperio austriaco, reformar en su provecho la confederacion germánica. La cuestion de los Ducados habia sido el proemio hábilmente elegido

para deducir estas dos consecuencias. El gran elector habia representado la reforma contra las tendencias católicas del Imperio; el gran Federico la filosofía contra las tendencias reaccionarias del Austria; á Guillermo I, inspirado por Bismark, le tocaba representar el principio revolucionario de la unidad alemana, constituida por la fuerza, pero sancionada por un Parlamento de sufragio universal, Parlamento que habia parecido siempre tenebroso club á los altos y coronados señores de la monárquica dieta alemana. ¡Triste caso! El pensamiento de la revolucion del 48, la unidad italiana, lo realigaba un rey, el rey de Cerdeña; y la unidad alemana, otro rey, el rey de Prusia.

No hay que dudarlo; en el fondo de todas estas grandes aspiraciones á la unidad, habia profundo odio contra el Imperio militar de los Bonapartes. Por la revolucion, por la República, por las guerras del 93, todos los europeos somos amigos de Francia. El decálogo de los derechos humanos bajó de la Constituyente. Sus ideas borraron hasta la marca

del clavo vil de la servidumbre en la frente de todos los párias. Por la Convencion misma, el génio francés fué el génio de la humanidad. Los vencidos mismos agradecian la infusion de las nuevas ideas que ingertaba en sus heridas la espada de la República. No fué Alemania la nacion ménos admiradora de la Francia revolucionaria. El génio germánico se enorgullecia de haber dado las fórmulas metafísicas á la revolucion; de haberla presentido en su conciencia; de haberla anunciado en sus libros; y filósofos y poetas decian que aquel momento de la historia era la transfiguracion de la humanidad.

Pero si las revoluciones de Francia nos habian hecho á todos sus amigos; las reacciones á que su móvil temperamento está sujeto nos habian á todos hecho sus enemigos. Alemania recuerda con horror Jena y Austerlitz; España la guerra de 1808 y la intervencion de 1823; Suiza la desolacion de sus inmensos campos de batalla; Rusia los incendios de Moscow; Inglaterra las amenazas del bloqueo continental y los dolorosos sacrificios que le

[illegible] sus guerras contra el Imperio. Desde el momento en que un imperio conquistador, enemigo del equilibrio europeo, ansioso de reivindicaciones, forzado por el destino á implacables venganzas, renacia en el Sena, Europa entera se conmovia, y los pueblos amenazados por el espectro de sus recuerdos, se guarecian en la unidad militar como en una formidable fortaleza.

Ora por las necesidades accidentales de su posicion, ora por la idea permanente de su origen, el Imperio francés favoreció estas trasformaciones, levantadas todas para contrastar su fuerza. Es verdad que al comienzo de su obra se detuvo; y quiso dar á Italia el organismo que más la debilitaba, la federacion monárquica; pero tambien es verdad que habia sembrado en los campos de batalla los gérmenes de esa idea de unidad; y la idea brotó, creció, fructificó. En vano decian los mantenedores del *Statu quo* que el Imperio francés perdia fuerza, si no fuerza, altura, vi[illegible] á encontrarse, como una montaña en [illegible]ededor se levantaban otras montañas,

despojado de su majestad y de su grandeza. Despues de haber favorecido la unidad de Italia con su actitud guerrera, favoreció la unidad de Alemania con su actitud benévola. De aquella obra habia sacado Niza y Saboya; de esta obra se proponia sacar los principados rhinianos, el Luxemburgo, tal vez la Bélgica. Así, volviendo á Francia y halagando su amor propio nacional, podia presentarle sus fronteras restauradas y pedirle, en nombre de esta restauracion, la perennidad del poder para la familia de Bonaparte. Su tio, el nuevo César, no logró fundar un Imperio; y el modesto Augusto, fundaba una dinastía.

¿Habia fundado sus pretensiones en la victoria ó en la ruina de Prusia? Unos creen que esperaba la victoria, y la deseaba. No se concibe de otra suerte su empeño en procurar á Prusia la alianza italiana que distrajo doscientos mil austriacos ante cuyo número quizá se hubiera embotado el fusil-aguja. Los más allegados al Emperador pretenden que contó con la derrota de Prusia, y que su

ánimo era levantarse como árbitro entre las dos potencias, y sacar de ese arbitraje los principados del Rhin. Pero, ya creyese en la victoria, ya en la derrota de Prusia, en lo que siempre creyó, fué en su estrella, y por ende, en una rectificacion de fronteras. Pero ¡ah! que el gran suceso le sobrecogió en momentos difíciles. Una parte de su ejército estaba en Roma, otra en Méjico, y todo él disminuido, licenciado por las exigencias del presupuesto. Entonces, sólo entonces pudo medir en toda su extension el error cometido, yendo al Nuevo Mundo, de cuyas playas le rechazaba el espíritu entero de aquel Continente, y cerrándose así, conducido por la demencia de vanos ensueños y de locas ambiciones, el paso á los campos de batalla donde se resolvian problemas mucho más interesantes á su dinastía y á su imperio.

Mientras tanto, Prusia arroja al Austria de la Confederacion; toma los Ducados que han de protejer su frontera extratégica por el Norte; se anexiona el Hannover, el Hesse, la ... l libre de Francfort; funda con el resto

de los territorios del Norte una confederacion de tal manera estrecha, que la presidencia es una monarquía; regimenta, disciplina todos estos alemanes á la manera prusiana; establece una convencion militar con los Estados del Mediodía; toca á rebato, fundándose en los recuerdos del primer imperio napoleónico, y diciendo para sacar hábilmente partido hasta de sus humillaciones y de sus derrotas, que el segundó imperio ha trazado la línea del Mein para debilitar y dividir la Alemania, en cuya defensa se sacrifica hasta el extremo de desafiar la cólera francesa, por no ceder ni un átomo del territorio nacional. Todo esto era habilísimo. Los alemanes que aman con religioso culto su gran pátria, se entregan al brazo de Prusia para que los salve y los defienda de Francia.

Y el Emperador de los franceses no encuentra en estos profundos cambios una compensacion que ofrecer, una frontera que rectificar, una plaza fuerte que añadir al patrimoñio nacional de esa Francia tan orgullosa con su gloria. Pide y no le satisfacen; ha-

[illegible]

[illegible] Lo- [illegible] se levanta. [illegible] Thiers, [illegible] Esas grandes aglo- [illegible] sirven sólo [illegible] la conciencia humana.

y disminuir mucha fuerza. Antes nos hallábamos rodeados de nacionalidades débiles, nada teníamos que temer de esas nacionalidades. Ahora, merced á las ideas napoleónicas, tenemos una Italia fuerte en los Alpes y una Alemania fortísima en el Rhin. La nacionalidad francesa está vendida, sus fronteras amenazadas, su influjo político es incierto, y su nombre ha sufrido un verdadero eclipse. Francia lo oyó y lo cree. El Imperio está perdido si no representa la grandeza territorial de la Francia. Y no la representa desde que tiene la espada tajante y luciente del Rhin aleman, manejada por Prusia en sus riñones. Ante estas ideas no habia más que una salida: la guerra. Antes de intentar tal extremo, Napoleon intentó la alianza con Prusia. A este intento y á esta época se refieren las revelaciones que Bismark acaba de entregar á las prensas del *Times*, y que tan grande indignacion producen hoy en la Gran Bretaña, hasta el extremo de obligarla á ponerse en armas, llamar sus reservas y reunir su escuadra.

Veamos este caso. Napoleon acarició durante mucho tiempo la idea de una alianza prusiana. El objeto principal de esta alianza era anexionarse Bélgica y los dos Cantones de la Confederacion que hablan francés, el Canton de Vaud y el Canton de Ginebra. Empezó modestamente por pedir Bélgica y el Luxemburgo ofreciendo á Prusia el Mediodía de Alemania. En tal ocasion debió presentar el proyecto de alianza que contenia estas cláusulas amenazadoras á la paz del mundo, pruebas evidentes de que Europa está, como en tiempos del feudalismo, á merced de la fuerza. Bismark, sagacísimo por naturaleza, recogió el tratado, y no contestó nunca á tales demandas. En cuanto ha sobrevenido la guerra, ha entregado el documento á Europa, sabiendo cuántas antipatías morales debe levantar contra Francia, y el precio que tienen esas antipatías en el mundo moderno. Cuando el *Times* anunció la existencia del documento, los periódicos oficiales franceses lo desmintieron. El documento llegó entonces á manos de sus redactores. Temiendo estos una

de esas demandas de calumnia, que arruinan á las empresas periodísticas, no quisieron publicarlo hasta que no alcanzaron la seguridad de que la embajada prusiana en Lóndres respondia de los efectos civiles. El documento se ha publicado y todo el mundo ha sabido que está escrito de puño y letra del Embajador francés, en París. Pero el Embajador francés, la persona misma del César, el representante de un pueblo tan grande como Francia, se redujo á sí mismo á la condicion de escribiente de Bismark, el cual le rogó, no teniendo á mano secretarios, que trazara este proyecto de tratado para comunicárselo al rey, como si necesitára que le presentasen por escrito, los proyectos de sus ministros, trascritos por la pluma de Embajadores franceses. La verdad es que ya todo el mundo cree ese proyecto obra de Napoleon. Y todo el mundo ve que entramos en una época peligrosísima, preñada de catástrofes.

La política de Napoleon se redujo á demandar adquisiciones, y la de Prusia á negárselas. Habia ya encontrado el Luxemburgo,

[illegible] consiente al rey de [illegible] y al Luxembur- [illegible] del Imperio, y [illegible] de Europa. [illegible] Prusia fuerte, el [illegible] Napoleon [illegible] parlamentaria, [illegible] extraordina- [illegible] que la [illegible] de [illegible] supre- [illegible] españoles. Esta chis- [illegible] incendió a [illegible] sucesos que han de venir en su verdadero punto y despues de este incidente necesario, seguimos ilustrando los sucesos que prepararon la guerra y que la precedieron tan de cerca.

[redacted]

CAPITULO CIV.

NUEVOS ESCANDALOS.

No tiene un hombre en su mano el medio de empujar una sociedad, pero tampoco tiene un César en su poder el medio de detenerla. No puede un conjurado obrar en el trascurso de rápida noche el milagro de una revolucion; pero tampoco puede el rey desde su trono detener las ideas, destronar el derecho, ahogar las generaciones que se adelantan, é impedir el cumplimiento de las leyes divinas de la Historia.

Para fundar el régimen moderno, el régimen constitucional, se necesitaba que el jefe de la

nacion inspirase grande respeto, no impuesto por la fuerza de las bayonetas sino por la fuerza de la autoridad; y mal podia inspirarlo quien asaltara en noche siniestra eternamente triste el Parlamento, y diera veinte años de vergonzosa dictadura á su patria. Hay crímenes que no se redimen jamás en la sociedad. Y el acto por excelencia de Napoleon III, su golpe de estado, el comienzo de su Imperio y su fortuna, era uno de esos crímenes. Así la época de su sistema de alianza entre el gobierno necesariamente absoluto de un César y el gobierno necesariamente liberal de un Parlamento fué la época de los incidentes más tristes, de las peripecias más dramáticas, de las perturbaciones más profundas, de la verdadera, de la irreparable catástrofe. Las paradojas se dicen muy fácilmente en los periódicos, y muy difícilmente se practican en la realidad. Emilio Girardin sostuvo una extraña, estrambótica, sostuvo como forma perfecta de gobierno aquella en que el pueblo tiene el derecho de decirlo todo y el gobierno el de[illegible]lo hacer lo que le pida el gusto; fór-

mula verdaderamente irrealizable. La palabra no es la entelequia de los antiguos, la sombra de las ideas desvanecida y disipada en los aires, la palabra encarna en la realidad y tiende á producir tarde ó temprano organismos políticos á la manera que la materia en sus progresos, tiende á producir organismos naturales. Y si el gobierno se acomodaba á la opinion del pueblo expresada por sus medios legítimos, no tenia la facultad de hacerlo todo segun su arbitrio y su antojo; ó si á la opinion pública no se acomodaba, habia de concluir por ahogarla, por suprimir el derecho del pueblo ó por resignarse á la revolucion y á la guerra. La prensa libre, las Asambleas deliberantes, el derecho de reunion pacífico; todas estas instituciones han nacido para que la opinion pública rija y dirija la sociedad. El gobierno en estos pueblos y con estas leyes, el gobierno es movido y no motor. Poned sobre la libertad un rey absoluto, un César dictador perpétuo, un gobierno personal, pagado de su Infalibilidad, de su omnipotencia, y decidme si no resultará de tan grande antagonis-

[redacted]

[illegible] [illegible] discordia, la guerra, [illegible] la guerra, el exterminio de [illegible] contrario [illegible]. Algo del [illegible] penetrado en [illegible] de Napoleon, de ese hombre á quien [illegible] por el mas [illegible] de los políticos, [illegible] el mas soñador [illegible] idealista. Sí, soñador [illegible] y sueño vago el Congreso europeo, [illegible] el derecho internacional [illegible] sueño era y sue[illegible] América [illegible] institucion, [illegible] libertad y la in[illegible] de la raza latina: [illegible] y servir la [illegible] Papa[illegible] territorio que [illegible] y el mayor de [illegible] el mas vago, el mas irrealizable, la armonía de la libertad con el Cesarismo.

Parece haber dividido la naturaleza los hombres de Estado en hombres de idea y hombres [illegible] accion. Son los primeros aquellos

que conciben un pensamiento, y lo propagan y lo difunden y lo vulgarizan y lo convierten prontamente en luz de la conciencia, en ídolo del hogar; los segundos los que practican el pensamiento ajeno, y lo realizan y lo difunden por las venas de las sociedades, y lo encarnan de alguna manera en la viviente realidad. Ricardo Cobden y Roberto Peel son los dos representantes de estas dos fases de la humana política. Es cosa averiguada que hay desequilibrio entre la facultad de engendrar ideas y la facultad de engendrar séres. El cerebro en Newthon, Kant, Platon, Virgilio, Miguel Angel, y muchos hombres eminentes, se ha desarrollado á expensas de otras fuerzas fisiológicas. Ninguno de ellos ha tenido más posteridad que sus obras. Pues hay tambien diferencias entre el hombre de pensamiento y el hombre de accion, entre el filósofo y el estadista, sobre todo en política. Un hombre de accion por excelencia era Napoleon el Grande. Sus campañas no tienen rival, pero su política es tristísima. Hombre de pensamiento, Alonso el Sábio de Castilla. Su

[illegible] la ciencia entera; su fuerza no [illegible] á [illegible] un hijo rebelde. La con-[illegible] de los pensamientos y de las obras, de las ideas y de la accion, es el privilegio casi exclusivo de César. Napoleon III no podia ni de lejos levantarse á la altura de esos gigantes. Para hombre de accion tenia demasiado pensamiento. Para hombre de pensamiento demasiado apego á la vida práctica. Durante su apostolado pecó ciertamente como hombre de idea, apadrinando todas las utopias que encienden los ánimos y no mejoran la condicion del pueblo; y pecó tambien como hombre de accion, urdiendo aquellas conspiraciones de Estrasburgo y de Boulogne, que le hicieron ludibrio de las gentes. Ya en el [illegible], por cambiar de posicion, á la verdad, no cambió de naturaleza. Fué mal filósofo, puesto que ideaba lo absurdo, y mal estadista, puesto que desconocia la realidad. Pero su [illegible] le arrastraba á soñar. Temperamento germánico, necesitaba de las ideas vagas como de una nutricion indispensable. Sus ideas, de una vaguedad infinita, se perdian en

las espirales de humo de su eterno cigarrillo, y se perdia su mente en las espirales de humo de sus eternos ensueños. Emilio Girardin llegó á decir en cierto artículo célebre que el Emperador era el más perfecto de los hombres, el más deseoso del bien y de la prosperidad de su pátria; pero que tenia un defecto irreparable; consumir su vida en soñar y en ver cómo se disipaba y se desvanecia en los aires el humo de su cigarrillo.

Bien pronto el sueño de la libertad imperial habia de desvanecerse y disiparse en tristes y amarguísimas realidades erizadas de espinas. Ya hemos visto cómo habia salido de los comicios y de las discusiones del Parlamento. Ya hemos visto cómo las elecciones fueron, á lo ménos en París, una perturbacion; y los debates del Cuerpo Legislativo un escándalo. Ya hemos visto que la dinastía se cubrió de negra sombra con el crímen de sus príncipes. Ya hemos visto que los demagogos consiguieron su intento con la eleccion de Rochefort; imposibilitar casi el movimiento regular del Cuerpo Legislativo, obligándo-

[redacted]

le á enviar uno de sus indivíduos desde el sitial de los legisladores á la cárcel de los criminales. Así relampagueaba en la mente oscurísima del César la idea amenazadora y tonante de la guerra, idea que debia realizar como habia realizado otras muchas, la de Méjico, la de Italia, sin tener para nada en cuenta el aspecto más grande de las cuestiones políticas, el aspecto de la realidad. Bien es cierto que á este fin, al fin de la guerra, conspiraban de consuno los intereses del Emperador y los escándalos de la demagogia. Lo veremos muy pronto cómo cumple á la verdad y á la imparcialidad de la Historia.

Y al historiar de nuevo, debemos tambien de nuevo tropezar con el nombre de Flourens. Muchos, muchísimos inconvenientes tiene el absolutismo; pero el mayor es la personificacion de toda la sociedad por un solo hombre. Y en vista de tamaño absurdo, de tamaña enormidad, cualquier soñador extravagante cree posible cambiar á su antojo las sociedades humanas y desengarzarlas de su

centro de gravedad para conducirlas á las esferas que le sugiere su errante pensamiento. Si á esto se añade que ese pensador tiene audacia en su carácter, desinterés en su conducta, completa abnegacion de su persona y culto exaltadísimo á las ideas, tendreis en él una verdadera amenaza al órden social; porque parte considerable de las gentes imaginará fácil y hacedero sustituir el sistema personificado por un solo hombre con el sistema que otro hombre personifica. No pongais nunca las sociedades humanas al arbitrio de las pasiones individuales. No consintais que un hombre personifique toda oposicion y toda protesta no consintiendo que otro hombre personifique toda autoridad y todo poder. Si los orbes pudieran ser divertidos de sus órbitas por el dedo de un niño, por el aliento de un tribuno ¿qué diríais de la máquina celeste? ¿Y qué direis de sociedades resueltas á librar su vida entera, su eternidad á la frágil vida y á la breve duracion de un hombre? Los utopistas eran los hijos primogénitos del Cesarismo.

[redacted]

Flourens los personificaba con más títulos y con más derecho que nadie. El pueblo le seguia y le adoraba. Su intrepidez era heróica como la intrepidez del suicida, que ama é invoca á la muerte; sus maneras aristocráticas, distinguidísimas, seduciendo y cautivando por lo mismo al pueblo, que gusta de ver cómo las eminencias se allanan hasta confundirse con los humildes valles; la palabra, sin llegar á extra- [illegible] virtud, pasaba por ardiente, mezclando [illegible] los profetas bíblicos [illegible] la conversacion parisiense; su có- [illegible] embriagaba, tenia en su [illegible] adversarios mucho de desin- [illegible] todo aquello que [illegible] y en sus mayores [illegible] más demagógicas, [illegible] de miras, mucho [illegible] caballero, mucho [illegible] algo como la [illegible] de los oradores y [illegible] un sacerdote de [illegible] ó en las guerras [illegible] de los Gracos jun-

tándose á la austeridad de Savonarola; y con estas cualidades tan brillantes y tan opuestas al medio social en que somos, respiramos y vivimos; destinado para nuestro daño y para el suyo propio á inferir grandes perjuicios á la libertad; y á trabajar, contender, y morir por lo absurdo y por lo imposible; inútil, aunque heróico mártir de sus soñadas utopias.

Era Flourens realmente un sér trágico. Llevaba tempestades en los ojos, lágrimas en la voz, fuego en la palabra. Su erudicion portentosa le servia para herir al César hasta en las conferencias literarias. Cuando hablaba de Ciceron retrataba al enemigo del dictador. Cuando hablaba de Shakespeare, veia la figura siniestra del dictador en el sublime aunque horrible personaje que representa en sus dramas la desapoderada ambicion. Hijo de un hombre ilustre, catedrático del Colegio de Francia, continuador de las lecciones de su padre, su filosofía era anti-teológica como toda la filosofía moderna; pero eminentemente espiritualista, penetrada de la idea de Dios,

de la idea del alma y de la idea de la inmortalidad, y enemigo de todos esos sistemas que sujetan nuestro albedrío bajo el peso de su fatalismo. Entonces Flourens pasaba del estudio de la naturaleza material é inorgánica al estudio de la naturaleza orgánica; y del estudio de la naturaleza orgánica al estudio del organismo [illegible] organismo [illegible] en el Universo; [illegible] del hombre, [illegible] del ayunta- [illegible] natural [illegible] amanecer la [illegible] seguia al [illegible] las tras- [illegible] existencia; [illegible] Estado, ora [illegible] ora [illegible] hasta lle- gar [illegible] plenitud de [illegible] realizar [illegible] toda su [illegible] Liberal, [illegible] ni de lejos

en los confines de la demagogia. Pero el liberalismo fué durante mucho tiempo en el Imperio francés un verdadero crímen; y Flourens se encontró un dia despojado de su cátedra. Entonces su actividad febril é inquieta necesitó algun alimento, sus ambiciones generosas algun espacio, su afan de amar algun objeto, su afan de ser amado alguna causa que abrazar con febril entusiasmo, y en cuyas aras morir con la santa, con la divina locura del martirio. Jóven, distinguido, hermoso, favorecidísimo por la fortuna, elocuente, parecíase al Enjoeras de Víctor Hugo en que jamás se le conoció pasion por ninguna mujer. Cuando en las confianzas y en las espansiones de la amistad solian preguntarle los amigos por su amada, poníase colorado como una vírgen, y contestaba:—«Mi amada es la humanidad.»

Este amor le llevó á dejar sus libros, desertar de su gabinete, huir de sus antiguas lecturas, y febril, exaltado, impaciente, exagerándolo todo, desconociendo la impura realidad, á caer de hinojos ante la demagogia, y

ser triste cómplice de sus brutalidades y de sus locuras. ¡Él que tanto había predicado contra el regicidio, y que tan claramente había visto cómo los sucesores de César debieron el imperio al puñal de Bruto, por el horror instintivo que hay en la naturaleza humana al crimen, por la verdad evidente de que el mal sólo engendra el mal ¡ah! cayó, no ya en la teoría, en la práctica del regicidio.

Su ideal de vida se encerró en la historia de Harmodio y Aristogiton, á quienes prestaba fervoroso culto. Parece imposible que maestro tan erudito cayera en error tan grande. Harmodio y Aristogiton, profundamente heridos porque Hiparco, uno de los dos tiranos de Athenas, bastante desconocedores de su pátria para imaginar que podian someterla perpétuamente al prestigio de su ilustre nombre, y fundar sobre sus espaldas perdurable monarquía; profundamente resentidos, iba diciendo, de que Hiparco infiriera el agravio de llamar á una de sus hermanas á las procesiones públicas para qũe desempeñase la dignidad de canéfora, ó sea portadora

de los canastillos de flores consagrados á los dioses, y luego públicamente la despidiese, como si la vírgen se hubiese convertido en torpe prostituta, aprovecharon las fiestas panatheneas, el desfile de los ciudadanos armados hácia la Acrópolis, para en la Cerámica, fuera de las puertas, clavar sus puñales, ocultos bajo flores, á su enemigo, rematándolo allí con antigua premeditacion y verdadera furia. Flourens creia sin duda lo que cánticos populares, poco en armonía con la verdad histórica, contaban de que al matar al tirano, mataron tambien los dos héroes griegos á la tiranía, recobrando la libertad su pátria. Si Harmodio y Aristogiton tuvieron estátuas, si sus familias se exceptuaron de las cargas públicas, fué despues de mucho tiempo de haber cometido su crímen. La Historia imparcial y serena enseña que si el reinado de Hippias se prolongó cuatro años allende la muerte de Hiparco, manchando con toda suerte de crímenes la historia atheniense, y oprimiendo con toda suerte de opresiones al pueblo artista, debióse al eter-

no horror que inspira á los mismos tiraniza-das el tiranicidio.

Flourens mismo nos ha contado sus con-[illegible] que apenas [illegible]ramos, si las hubiese [illegible] provendíoías he-[illegible] era vastisi-[illegible] con todos los defectos [illegible] fantásticos, [illegible] peore de sus de-[illegible]. Vencido [illegible] nuevamente [illegible]olucion en [illegible] en los pa-[illegible]dumbre; [illegible] guardia [illegible] com-[illegible] los [illegible]rande [illegible] la in-[illegible]

Se necesita leer estos planes contados con toda la ingenuidad de un alma candorosa para creerlos. «Aprovechemos, decia el mismo, las grandes máquinas de destruccion con que la ciencia moderna sirve á los pueblos oprimidos.» No parece sino que esas máquinas de destruccion sólo se dejan manejar por los republicanos avanzados. No parece sino que sólo estan obedientes á la voz de los tribunos y de los revolucionarios. ¡Insensato! Las máquinas de destruccion pueden servir ciertamente para que un pueblo oprimido ataque á sus tiranos; pero tambien pueden servir para que los tiranos se defiendan de ese pueblo. Si todos los elementos de la empresa de Flourens eran como ese elemento; si todas sus esperanzas como esa esperanza, bien puede asegurarse que desvariaba por completo. Habia llegado, es verdad, la última hora de la dinastía imperial; pero las fuerzas, que las descomponian eran fuerzas interiores, independientes de los proyectos y de las maniobras de los demagogos. Si hubiera podido salvarse, ellos la salváran. No hay me-

dio alguno de hacer entrar en razon al fanatismo.

Pero historiemos. Concluidas las perturbaciones en París; vencidos ó presos los cómplices de Flourens; sin esperanza alguna de renovar el combate, pero con ánimo decidido de no darse ningun reposo, partióse el conspirador para Lóndres secretamente, y concertóse allí con todos cuantos le prestaban oido. El primero con quien tropezó fué con el célebre Tibaldi, venido de una deportacion de doce años heróicamente soportada, y resuelto, segun dice Flourens, como Harmodio y Aristogiton, sus gloriosos modelos, á ocultar el puñal bajo ramas de mirto, y á inferir al asesino del pueblo francés, en una cita de placeres donde ciertamente no podia esperar la muerte, el castigo que merecian sus crímenes.» El retrato que Flourens traza de Tibaldi revela bien á las claras toda la exaltacion de su alma. Preséntale como el jóven romano que abrasara su mano derecha en los carbones encendidos, por no haber acertado al rey; preséntale volviendo de la palúdica triste Caye-

na, más jóven, más entusiasta, y más creyente que el dia de su partida; sin ódio á la humanidad que le habia olvidado, sin quejas de los hombres que le habian oprimido y puesto en el potro de todos los tormentos; ofreciendo la sangre de sus venas, la honra de su nombre, y hasta la voz de su conciencia como un holocausto á la redencion universal.

En aquella ocasion conoció Flourens tambien al inglés Bradlangh. Indudablemente el reformador británico tiene los sentimientos que le atribuye el publicista francés, á saber: el ódio ardiente á la aristocracia británica, á sus gerarquías y privilegios; al principio monárquico y á la vinculacion hereditaria del poder público; á esa religion protestante y á ese culto anglicano que sienten la nostalgia de Roma y se inspirara en las ideas de la autoridad jesuítica. Bradlangh entusiasma al pueblo inglés con su voz de trueno, con sus ademanes de predicador puritano, con su apostura y prestancia oratoria, con la uncion de su palabra que llega hasta el alma, y con su lenguaje de trabajador emancipado en el cual

causa de que todas sus conjuraciones se descubrieran y de que todas sus tentativas fracasaran. Oigámoslo: «Un falso amigo que habia combatido heróicamente con Flourens en Creta durante un año entero por la independencia de aquel heróico pueblo, y que habia velado fraternalmente por la salud de su compañero; un falso amigo captado al cebo de quince mil francos de renta, entregó la conjuracion á la policía y á los tribunales bonapartistas.» Es verdad. La conjuracion fué descubierta por los mismos conjurados; pero ¿qué pensaba, qué queria Flourens? ¿Acariciar el crímen, urdir el asesinato, proponerse una accion que de consuno rechazan las leyes eternas y las leyes escritas, y encontrarse luego con gentes de conciencia y de honor? El que asesina á sangre fria, ó es un loco, ó es un malvado. Flourens era aquí, no diré el loco, pero sí diré el enloquecido, á lo ménos, el fanático, disculpable en parte porque el exceso de su pasion le obligaba á enagenar su voluntad. Mas la mayor parte de sus cómplices, de sus camaradas, que no tenian la

por su asistencia á las reuniones públicas, abrió una suscricion en *La Marsellesa;* y no descansaba ni un punto en facilitar la desercion y la huida á todos cuantos eran perseguidos por el estado mayor del ejército. En Bruselas encontró á uno de estos soldados, devotos suyos, y agradecidos á sus esfuerzos. Y los comprometió á que, á la próxima revista, encontrándose el Emperador en medio de sus generales, le asestase un tiro y libertára de su tirano á Francia. En su exaltacion, creia descubrir los facciones de Agesilao Milano, del célebre asesino que atentó á la vida del rey de Nápoles, en el jóven soldado enfurecido por los vapores de su palabra. Tres dias enteros consumió, tres dias de predicaciones incesantes, moviéndole al esfuerzo, al sacrificio; pintándole con los más vivos colores al odioso tirano rodeado de las serpientes de sus crímenes, y al redentor del pueblo circuido de una aureola como la que todavía circuye las sienes de Bruto y de Aristogiton. Mas la realidad vino bien pronto á herirle en el corazon. El soldado gastó el dinero recibido y

[redacted]

denunció á la policía el secreto de la conjuracion; y otro de los cómplices, exaltado por aquellas predicaciones y aquellos loores de la virtud antigua, se fué á París á prepararse epicúreamente al crímen y á la muerte; y le cogieron en el manchado lecho de una mancebía.

En esto sucedió otra catástrofe. Un trabajador llamado Megy fué procesado por los tribunales ordinarios lanzándose contra él un auto de prision. Eran las seis de la mañana del 11 de Febrero. Mr. Dorville, comisario de policía, acompañado de dos inspectores, que se llamaban Mourot y Peticola, daba vuelta á la llave del cuarto donde Megy dormia.

—¿Quién va? gritaron de dentro.

—En nombre de la ley, abrid, dijo el comisario.

—Esperad, abro, respondió la voz.

Pero no abrió.

El comisario volvió á llamar reiterando la fórmula de su autoridad, y reproduciendo su notificacion.

Por fin la puerta cedió. Dorville entró en el cuarto el primero, pero Megy tenia una pistola en la mano y le apuntó con seguridad y le disparó á boca de jarro. El comisario apartó la cabeza y la bala fué á clavarse en las sienes del inspector Mourot, que cayó exánime en el suelo. A los pocos minutos el matador estaba en la cárcel y el muerto en el hospital. Nuevo escándalo, nuevas agitaciones.

Despues de Megy, fué perseguido Protot, su abogado. El comisario, al penetrar en su domicilio, notó sobre una mesa grande servilleta llena de papeles. Verla, tomarla, abrirla, fué obra antes hecha que dicha. Protot se arrojó sobre el comisario, le derribó, y cogiéndole los papeles, echó á todo correr por la escalera. El comisario se levanta, sale, saca una pistola, apunta, y viendo que no podia alcanzar al fugitivo, dispara al aire. Los vecinos se alarman, los transeuntes corren, el conserje cierra la puerta; y Protot es cogido, maniatado, amordazado, conducido á la cárcel, entre el público terror y la pública extrañeza. Otro escándalo.

Y continúan. El Creuzot es una fundicion inmensa, perteneciente á una sociedad riquísima, que presidia el Presidente del Cuerpo Legislativo, Mr. Schneider. Sus trabajadores se declararon en amenazadora huelga, y todavía no ha sido posible descubrir las causas misteriosas que originaron este gran desórden. Muchos lo atribuian á Mr. [illegible], que se vengaba de su [illegible] en la persona que creia haberla [illegible]do. Lo cierto es que el [illegible] la prensa francesa atacó al [illegible] Cuerpo Legislativo por [illegible] defendia los de[illegible] aparente, [illegible] de la caja [illegible] administra[illegible] y que los [illegible] por [illegible] Mr. Schneider [illegible] los [illegible] estos [illegible] encargarse de la admi[illegible] ahorros. Tal voto hirió pro[illegible] á Mr. Schneider, y tal herida le

llevó á una verdadera imprudencia. Habia entre los trabajadores un mecánico llamado Assy, el cual se distinguia por su inteligencia y por sus servicios. Pues bien, atribuyéndole el voto dado en aquel asunto, lo despidió Schneider de su taller. Esta fué la causa de aquella huelga, que comenzó con manifestaciones políticas y concluyó en saturnales sangrientas. Otro escándalo.

Pero el escándalo de los escandalosos fué el proceso de Pedro Bonaparte. Ante esto ¡ah! todo palidecia. Citóse para Tours el alto tribunal de Justicia; porque jueces vulgares no podian juzgar á derechas de un personaje tan aristocrático y tan distinguido. Necesitábanse talentos superiores y extraordinarios para llegar en público y extraordinario juicio á sostener y acreditar la tésis de que un príncipe tiene el derecho de asesinar impunemente en su palacio á los ciudadanos que van á cumplir penosos deberes sociales, y notificarle actos frecuentes, autorizados, no por las leyes, pero sí por las costumbres. Tours fué elegido para asiénto del alto jurado, capital

de la abundante y hermosa Turena, en parte por su situacion céntrica, en parte por el ánimo sosegado y quieto de sus habitantes, incapaces de entregarse á las ruidosas manifestaciones al uso. Pero en sus calles, en sus cafés y en sus fondas, en los paseos de sus pintorescos contornos y en los corredores de su palacio de Justicia, se codeaban los testigos de cargo, los republicanos perseguidos siempre, martirizados, víctimas de su culto á la República y de su odio á Bonaparte, con los imperialistas más exaltados, testigos de descargo, resueltos á decir que el bandido de [illegible] de [illegible], el asesino [illegible] [illegible], completamente [illegible] [illegible]. Imagínese las miradas [illegible] las amenazas de muerte que se di[illegible] á caros aquellos dos bandos tan [illegible]ables como los feroces partidos de [illegible]ades en la Edad media. Si nuestras costumbres y nuestras instituciones lo consintieran, se citan á campal batalla, se ases[illegible] [illegible] tiendas enemigas armas, y no ceden y [illegible] de pelear hasta que uno de los dos

bandos estuviera exterminado, esparcido en montones de cadáveres sobre la ensangrentada tierra. El presidente, comprendiendo cuán difícil iba á serle conservar el órden sobre el cráter de aquel volcan de ódios, dividió los testigos de cargo de los testigos de descargo, y aun así, no pudo impedir las mútuas invectivas y los momentos de confusion y de escándalo.

El veintiuno de Marzo de mil ochocientos setenta comenzó la vista pública de la ruidosa causa. Dentro del Palacio tenian las sesiones todo el atractivo de un espectáculo, y el tribunal todo el aspecto de un teatro; fuera, la muchedumbre inquieta, airada, agolpándose muchas veces á la puerta, y disolviéndose solamente al filo de las espadas y al empuje incontrastable de las cargas de caballería, curiosa por averiguar las minuciosidades del debate, y por comentarlas y controvertirlas públicamente, demostraba conocer mejor toda la importancia del proceso en sí, y todos los resultados de sus gravísimas consecuencias que las ligeras clases acomodadas, vestidas

es, co de gritos, de
. Las as malso-
y ta cierran
bas.

cargo, se presen...
traido de la prision, donde
s de imprenta que se relaciona-
amente con el proceso de Pedro
la juventud del testigo, su apuesta
stincion de su aire, la elegancia
, lo escogido de sus palabras, le
de esas corrientes de afectos que
eden apreciar ni agradecer bastante
andes ocasiones de la vida, al apare-
el público, que si no inspira miedo
lmas enteras, inspírales indudable-
rofundísimo respeto. Pero bien pron-
nagenó todo aquel afecto por unas
s palabras estúpidas é insolentes. El
, la colectividad, poseen como nadie
ido de lo conveniente y de lo urbano.
ual en sí tiene quizá poco tacto, poco
; pero todos juntos lo tienen esquisi-

de fiesta, cargadas de gemelos y anteojos, instaladas como en palcos y butacas, siguiendo los debates por las emociones que producian, y no por las enseñanzas que guardaban, como las antiguas damas romanas seguian las luchas de los gladiadores y las matanzas del Circo.

Pedro Bonaparte estaba pálido como la muerte, agitado como rama sacudida del huracan: aureola moradísima circundaba sus siniestros ojos de ave nocturna, y honda emocion vibraba en su acento estridentísimo, semejante á los graznidos del cuervo y á los mahullidos del tigre. Alto, de facciones salientes y abultadas como un busto antiguo; de fuerzas hercúleas, de temperamento nervioso, no podia reprimir sus ímpetus de fiera, que le llevaban á maldecir y renegar brutalmente; sus vahidos de ira, que le cegaban con los golpes de sangre la inteligencia y la vista; pronto á lanzarse sobre sus enemigos, á pesar de su situacion, abrumadora cadena, como esos chacales, que saltan sobre cercana presa, aun á riesgo de herirse con los hierros de su jaula.

Algunas veces, confesémoslo, tenia razon para indignarse. Las torpezas de los demagogos eran tales y tantas, que eclipsaban el horror natural en todo corazon humano á la familia Bonaparte. Veamos un ejemplo. Pascual Grousset, testigo de cargo, se presenta entre dos gendarmes, traido de la prision, donde yacia por delitos de imprenta que se relacionaban estrechamente con el proceso de Pedro Bonaparte. La juventud del testigo, su apuesta figura, la distincion de su aire, la elegancia de su traje, lo escogido de sus palabras, le valen una de esas corrientes de afectos que no se pueden apreciar ni agradecer bastante en las grandes ocasiones de la vida, al aparecer ante el público, que si no inspira miedo á las almas enteras, inspírales indudablemente profundísimo respeto. Pero bien pronto se enagenó todo aquel afecto por unas cuantas palabras estúpidas é insolentes. El público, la colectividad, poseen como nadie el sentido de lo conveniente y de lo urbano. Cada cual en sí tiene quizá poco tacto, poco sentido; pero todos juntos lo tienen esquisi-

to, completo, y una emocion de afecto ú odio se comunica con más rapidez que una corriente eléctrica. Y es porque en toda reunion, en toda sociedad, no hay solamente la suma de los indivíduos, hay un espíritu general, superior, que anima á todos, y los vivifica, y los ilumina, y les presta súbitas inspiraciones. Hiriendo este espíritu á los filos de inconveniente salida de tono, perdió Grousset con su palabra lo que habia ganado con su presencia. ¿Sois pariente ó afin del acusado? Le preguntó el Presidente, como es de rúbrica en casos tales. «No sé, respondió.» Madama Letizia (la madre del Emperador Napoleon I, la abuela de Pedro Bonaparte), tuvo tantos amantes, que no puedo decir á ciencia cierta si el acusado es ó no mi pariente.»

Estas indecentes frases en que se heria el pudor de las señoras, el sentimiento moral, el respeto debido á los tribunales de justicia, y hasta la propia familia del testigo, suponiendo en sus padres ó en sus abuelos relaciones ilícitas con dama de gran calidad, die-

ron al carácter de Grousset siniestro tinte y quitaron á su declaracion toda importancia. Los historiadores más graves y más enemigos de Napoleon I no osaron jamás injuriar á su madre. «Letizia Ramolino, dice Lanfrey, mujer de la más rara hermosura, compañera de los peligros de su esposo cuando estaba en cinta de su primogénito.» «Madama Letizia, dice Michelet, en sus retratos italianos, como el que tengo á la vista, es de una hermosura grandiosa, de un carácter trágico, misterioso, indefinible. No se pueden apartar de ella los ojos. La boca es desdeñosa, airada, llena de esa miel amarga que sólo se encuentra en Córcega. Los ojos negros y fijos, muy abiertos, no son ménos enigmáticos. Si miran, es hácia dentro, miran su ensueño ó su pasion. Esto le da aire extraño de una diosa de la buenaventura, de una Sibila morisca, descendiente de los cartagineses ó de los sarracenos, cuyas tumbas se encuentran cerca de Ajaccio y cuya posteridad en el Niolo. Tiene el aire sombrío de una profetisa de desdichas ó de esas voceratrices que si-

guen los entierros, no con llantos de dolor, sino con gritos de venganza.» Lo que no se habian atrevido ni á indicar estos escritores republicanos en el silencio de su gabinete, fiándolo á la finura y al colorido de su pluma, lo dijo bárbaramente Pascual Grousset como si en vez de encontrarse ante un tribunal se encontrara en una taberna.

Las imprudencias de los republicanos fueron largamente compensadas por las adulaciones de los bonapartistas. Todos ellos decian las mayores falsedades sobre el carácter de Pedro Bonaparte y todos atiborraban al perverso acusado de embriagador incienso. Bajaban ante él con reverencia la frente y le decian con afectacion *Alteza*; como si en vez de hallarse asentado sobre el duro banquillo de los asesinos, se hallara sobre el trono de los Césares ó sobre el ara de los dioses. Distinguíase entre todos un hombre menudillo, oscuro; uno de esos tipos que parecen destinados á herir nuestro orgullo y á demostrar nuestro parentesco estrecho con el mono; doctor en medicina, segun él, charlatan ri-

dículo segun todos; una especie de sacamuelas de callejon, de titiritero de plaza; inventor del Agua de las hadas; publicista de esos anuncios laudatorios que han llegado á crear una literatura estrambótica; bufon á la altura de su príncipe; contando con el candor más natural y con la sencillez más ingénua que como Bonaparte le relatara todo el suceso y concluyera preguntándole ¿qué hubiera usted hecho en mi caso? «yo, respondióle, yo, señor, en el caso de V. A. hubiera matado á los dos.» Estas barbaridades indicaban bien el extremo de exaltacion á que habian llegado los ánimos, y como en esa exaltacion terrible se habia perdido el sentimiento moral y se habia apagado la humana conciencia.

Pero sigamos. Un capitan retirado deponia en pró del valor de Pedro Bonaparte á quien se acusaba de haber sido desertor en Africa. El bueno del capitan queria decir mucho de agradable, no sólo al acusado, sino á toda su excelsa dinastía. «Le he conocido, decia, en Africa, y todos admirábamos su heroismo y su mirada de águila, tan propia de su fami-

lia.» Oir que todos los Bonapartes tenian la mirada de águila, y reirse á mandíbulas batientes la concurrencia, fué lo más natural que suceder podia. Pero el príncipe se volvió á Clemente Laurier, abogado acusador, como si quisiera tambien asesinarlo, con el gesto más altivo, con las palabras más ácres, en la actitud más feroz y en la postura más irreverente, como provocándolo á un combate. El abogado ofendido se dirigia al Presidente en demanda de defensa; el Presidente cortaba la palabra al acusado con su voz y con su campanilla; pero Pedro Bonaparte fuera de sí, ébrio de cólera, gritaba: «Os habeis reido de mi camarada Touchet, que tiene el pecho atravesado por una bala de los enemigos de Francia.» «Y vos, dice una palabra airadísima, tonante, que sale del fondo de la sala, vos habeis asesinado á Víctor Noir.» Profunda impresion causa aquella voz que parece salida de todas las conciencias. Un rápido, instantáneo silencio sigue, como si cada cual entrara dentro de sí, para recoer y afirmar aquel terrible aserto. Al si-

lencio sucede una explosion de gritos, de amenazas, de insultos, de palabras malsonantes, de mútuas invectivas que encierran cólera tempestuosa y siniestra venganza. Fonvielle, el compañero de Víctor Noir, despeinado el cabello, fuera de las órbitas los ojos, descompuesta la barba, vibrantes los lábios, rechinando los dientes, crispadas las manos, presa todo él de una grande exaltacion moral y de un fuerte ataque nervioso, alzado de pié sobre su banco, grita con toda la fuerza de sus pulmones aumentada por la sobrescitacion de su carácter y de su temperamente: «Asesino, asesino, asesino.» Y salta del banco y se dirige al acusado como si quisiera matarlo. Los unos gritan: detenedle; los otros gritan: no le dejeis pasar; los otros: retirad al príncipe. El Presidente y el Jurado se ponen de pié; el público se arremolina en grupos amenazadores como si se apercibiera á un combate; las damas gritan ó se desmayan; los gendarmes se acercan á Fonvielle y lo detienen violentamente; la guardia del palacio toma las armas, cala

las banquetas, ocupa las puertas; el Príncipe es retirado del salon de la Audiencia y conducido á una cámara vecina; y numerosos esbirros, dignos miembros de la policía secreta, corsos criminales y vengativos, acarician sus rompe-cabezas y gritan señalando á los republicanos, matadlos, matadlos.

Entre todos estos incidentes á la verdad terribles, hay uno sencillo, tierno, el cual refrigera con las lágrimas, que provoca, á la manera de celestial rocío, aquella seca y tempestuosa atmósfera de ódios. Es la presencia de la hermana y de la novia de Víctor Noir, de aquellos dos hermosos ángeles, de aquellas dos delicadas criaturas, sencillas, modestas, que sólo saben buscar, como las alondras, la luz; que sólo saben sentir el amor; ambas heridas por el plomo asesino en las alas del alma, en mitad del corazon, más aun que su amante y que su hermano.

...e qué manera cuenta la una los cui-
...pasaba por el jóven, las atenciones

que le tenia, el cariño que le profesaba, las prendas que le regalaba, y el afecto que recibia en cambio de aquel corazon candoroso como el corazon de un niño, y de qué manera cuenta la otra su pasion purísima, su amor elevado á culto, los proyectos para un porvenir dichoso, la proximidad del enlace querido de toda la familia é impacientemente deseado por las dos almas enamoradas, para confundirse ante Dios y los hombres, ante los altares y la sociedad, en una sola alma! Nuestros deberes de ciudadano, nuestras pasiones de partido, nuestros combates de hombres; el odio que nos ciega, el huracan que nos arrastra ¡ah! se llevan tras de sí, y hieren, y ahogan, y matan en sus trombas á las pobres mujeres, todas amor, todas ternura; que no han combatido, que no han odiado; que invocan al Dios de las misericordias mientras nosotros invocábamos al demonio de la venganza; que lloran y rezan mientras nosotros nos reíamos y nos gozábamos quizá en la pelea; limpias de toda mancha, libres de todo mal pensamiento, inocentes de todo pe-

[redacted]

cado; y sin embargo las más castigadas por lo mismo que son las más sensibles; mártires de nuestras discordias, víctimas de nuestras culpas.

Del proceso resultó que Pedro Bonaparte asesinó con premeditacion y ensañamiento á Víctor Noir. Y de la sentencia resultó que Pedro Bonaparte fué absolutamente absuelto y puesto inmediatamente en libertad. Hé ahí, pues, el escándalo de los escándalos. Profunda herida recibió la dinastía con el crímen, más profunda con el proceso, profundísima, mortal, incurable con la definitiva sentencia. Aquella grande infamia desconoció los principios elementales de justicia y puso al príncipe, al César, á los suyos, fuera de la humanidad, justificando hasta los criminales proyectos de los que intentaban perseguirlos, rematarlos como se persigue y se remata á las fieras en las selvas. Luego semejante burla al derecho y á la justicia universal, semejante carta blanca dada al poderoso para satisfacer en el débil todos sus apetitos, heria el sentimiento más vivo, más arraigado en el corazon de los

[redacted]

franceses, el sentimiento que ha sobrevivido á todas las reacciones, aquel que no han podido matar ni dos golpes de Estado, ni dos Imperios, ni la restauracion; en una palabra, el sentimiento de igualdad. Así la sentencia absolvió al príncipe, pero asesinó á la dinastía. Ya no tiene remedio, recorrerá su órbita ese astro siniestro, irá del proceso al plebiscito, del plebiscito á la guerra, de la guerra á la ruina y al destronamiento. ¡Hay Providencia!

CAPITULO CV.

EL PLEBISCITO.

Este nombre viene de las antiguos comicios por tríbus, donde el pueblo, la plebe, daba leyes propuestas por los tribunos, y en cuya redaccion, sancion y promulgacion, nada tenian que ver, ni la aristocracia ni el Senado. Allí, donde la ciudad estaba dividida en clases, el nombre de plebe cuadraba perfectamente á la clase inferior, y el nombre de plebiscito á sus disposiciones y á sus decretos. Pero entre nosotros, en esta sociedad profundamente democrática, donde las clases han desaparecido y se han borrado en la igualdad

de derechos políticos, en la igualdad de aptitudes para conseguirlos y practicarlos, el plebiscito tiene sentido claro y concreto de ley dada por todos los ciudadanos en pública y solemne votacion.

La idea del plebiscito era una idea esencialmente napoleónica. Por plebiscitos se sancionaron los golpes de Estado y por plebiscitos se dieron las constituciones imperiales. Napoleon no olvidaba jamás el carácter latino de su autoridad, la sombra de Roma estendiéndose sobre su trono; y se creia por su espada jefe del ejército, imperator; y por su diadema jefe del pueblo, César.

Este nombre de César resumia toda una política y encerraba todo un ideal. Este nombre era el génio, corrompido y corruptor, sin más ley que sus inspiraciones, ni más títulos que sus victorias, yendo despues de haber pasado por los campos de batalla como el águila por las tempestades sin quemarse las gigantes alas á destruir el Senado y las antiguas magistraturas republicanas con pretexto de haber sido falseadas por el orgullo de los patri-

[illegible] y la codicia de los caballeros, sobre cuyos huesos ofrecidos en gigantesca inmolacion á las furias de la venganza, alzábase, erguíase una dictadura gigantesca, colosal, se-[illegible] que repartia trigo sacado de la annona pública y daba fiestas pagadas del público erario al pueblo, para que entregase, á cambio de estas fáciles y rápidas satisfacciones de su estómago y de sus ojos, el derecho, la dignidad y la conciencia.

Napoleon III sabia bien que no le era dado llegar por la magnitud de tan grande génio. Él no aspiraba á ser César, aspiraba á ser el sobrino de César, aquel Augusto, astuto, doble, perseverante, tenaz, que corria como la zorra, que se doblaba como la serpiente; y sin valor moral, pues, se ocultaba bajo las camas cuando oia tronar, y sin valor guerrero, pues temblaba delante de las legiones, supo á fuerza de arrastrarse, fortalecer la obra del génio, herir y castigar á Bruto que representaba la República, herir y castigar á Ciceron que representaba la tribuna, herir y castigar á Antonio que representaba la tutela del ejército sobre

el Imperio, vinculando así en la familia y en los descendientes de César la autoridad de Roma y la dominacion del mundo.

Y para esta política, habia necesidad de dos elementos: de un ejército, cuyo brazo férreo sostuviese, y de un pueblo, cuya alma inmensa avivase al Imperio. Augusto, era, pues, Emperador del soldado y César de la plebe. Y lo que Augusto, era ó creia ser Napoleon III. Mas de pronto, por el eclipse de su estrella, por la aparicion de diversos puntos negros en sus horizontes, vióse obligado á volver sobre sus pasos, y á renegar de una parte de su obra; á llamar á los oradores y decirles que compartieran sus trabajos y participaran de su autoridad absoluta; á levantar la tribuna donde hubiera querido tener clavada perpétuamente la lengua de Ciceron, y perpétuamente mudo el génio de la elocuencia. Los parlamentarios, los eclécticos, los constitucionales, los jefes de la escuela doctrinaria, los que perdieron á Luis Felipe con sus pomposos discursos y sus eternos debates; verdaderos recuerdos de la decaida cla-

se ecuestre de Roma, se frotaron de júbilo y gozo las manos, se creyeron llamados á resucitar el antiguo Parlamento y á establecer su antigua oligarquía. El viejo Guizot tendió ambas manos sobre la cabeza del jóven Ollivier, que se ufanó de haber restituido á Francia las libertades necesarias y haber restaurado nuevamente el poder y la autoridad del Parlamento. Napoleon III, que no era ni podia ser miope hasta el punto de no pensar que si el régimen doctrinario renacia, encontraba bien pronto su natural representacion y su símbolo propio en los Orleanes, saltó sobre todo, y dijo: yo soy, yo he sido, yo seré el Emperador del Ejército, y el César de la plebe. Al ejército le daré, contra vuestros temas de la paz perpétua y contra vuestros idilios de la virtud del trabajo, contra vuestras pacíficas tradiciones, una guerra en que le sacie de sangre, de carne humana, de rico botin, de despojos, de gloria, y de conquista. Y al pueblo le llamaré á un plebiscito, para demostrarle que él y yo somos, que él y yo rei-
s, que él y yo nos entendemos, sin ne-

cesidad ninguna de esos charlatanes, de esos gárrulos, de esos abogados perpétuos, que arruinan y deshonran á todos sus clientes. Aquí no hay sino el César, el ejército y la plebe.

El dia 23 de Abril de 1870 apareció en la *Gaceta oficial* solemnemente la fórmula del plebiscito, que era como sigue: «El pueblo aprueba las reformas liberales hechas en la Constitucion desde 1860 por el Emperador, con el concurso de los grandes Cuerpos del Estado, y ratifica el Senado-consulto de 20 de Abril de 1870.» Debia responderse á esta fórmula por un sí ó por un no. ¿Y cómo era la constitucion reformada? Desde luego veíase que el Emperador se reservaba todo el poder constituyente: la iniciativa de las reformas constitucionales, su redaccion, su proposicion, dejando pura y simplemente al pueblo convocado en dia dado y para este solo objeto, una ilusoria sancion. El Cuerpo Legislativo, inmediatamente derivado del sufragio universal, y copartícipe de la autoridad pública por su intervencion directa, así en el voto de las leyes como

[redacted]

en el voto de los impuestos, no aparecia por ninguna parte, brillaba por su ausencia. Dignábase á lo sumo contarlo el César entre los altos Cuerpos del Estado, entre el gran Consejo imperial y el Senado, nacidos del favor, como el patricio romano contaba al esclavo entre el perro de caza y las yuntas de labranza. Luego lanzaba los ánimos en la mayor incertidumbre, pues parecia que al exigir un sí ó un no, si se contestaba sí redondamente se afirmaba el Imperio, y si no, se reprobaban las reformas liberales.

Pero los ánimos verdaderamente enteros y las conciencias republicanas no debian tener ningun género de escrúpulo en votar contra la fórmula del plebiscito. Esas reformas liberales tan decantadas, quedaban reducidas en el fondo á la glorificacion y á la apoteosis del poder y de la autoridad personal. No hay sino leer algunas de las nuevas cláusulas para sentir cómo confirmaban la vieja autoridad. El Emperador es responsable ante el pueblo francés, al cual tiene derecho siempre de apelar. El Emperador manda la fuerza de mar

y tierra. El Emperador declara la guerra. El Emperador hace los tratados de paz, de alianza y de comercio. El Emperador nombra todos los empleados. El Emperador convoca, proroga el Senado y suspende sus sesiones. El Emperador lo hace todo. Persigny, el estrambótico teorizante del Imperio, el vago doctor de las teorías cesaristas, el que andaba buscando formas alquímicas aplicables á su política fantástica, decia, enternecido de entusiasmo, extático de admiracion, que en el nuevo Código se habian hallado todos los medios de fundar la libertad democrática de Francia sin perder el gobierno personal de César, lo cual equivalia á decir que se habia encontrado el medio de hacer salir el sol á media noche.

Sobre todo, se reservaba el César dos derechos que en sí contenian la vida de la sociedad, el génio de Francia; se reservaba el derecho de apelar al pueblo, amenazar á pacífica pero segura á la soberanía de los Cuerpos Colegisladores y el derecho de declarar la guerra, cebo arrojado á la voracidad del ejército.

Cuando el Cuerpo Legislativo más seguro estuviera de sí mismo, y más decidido á seguir un sistema político, el Emperador, para contrariarle no tenia más que traer un plebiscito; y si el pueblo mismo claudicaba, no tenia más el Emperador para meterlo en razon, y en cintura, que espolearlo con una buena guerra, y llamar á la escena pública al ejército. Por todos los medios, por todos los caminos, iba aquel hombre orgulloso, ébrio de sí mismo, creido de que la sociedad entera se resumia en su persona, especie de Dios, infalible, inefable, omnipotente, á recojer en su inteligencia todas las ideas, en su voluntad todas las fuerzas, en su imaginacion todos los espejismos, en su sér todos los séres, en su personalidad todas las personas de Francia.

Y habia perdido mucho en las irreparables desgracias de su política interior y exterior. Pero los demagogos parecian empeñados en vivificarlo y robustecerlo. La imprudencia de Rochefort, la temeridad de Flourens, la ... cion permanente, los motines diarios,

las carreras en las calles, las manifestaciones tumultuosas, las barricadas de improviso, los combates de contínuo, las conjuraciones y los regicidios, la fiebre socialista en todo su delirio, la pasion demagógica en todo su desenfreno aterraban al pueblo francés y le conducian forzosamente á los piés del Imperio: que toda sociedad ha preferido y preferirá siempre el despotismo á la anarquía.

Sobre todo, lo que más aterraba era el espectáculo de las reuniones públicas. Los republicanos históricos tambien tienen su redoma arqueológica como el marqués de Villena. Tambien los republicanos históricos, como los emigrados realistas, ni aprenden ni olvidan cosa alguna. Despiértanse, despues de veinte años de desgracia, y vuelven á los errores que los han llevado á la derrota y al destierro. La difusion de la utopia socialista y la imposibilidad de realizarla fueron las dos causas primeras en mil ochocientos cuarenta y ocho de nuestra irreparable ruina. La revolucion francesa ha engendrado multitud de propietarios; y estos propietarios

se veian amenazados en lo que aman al igual de la vida, en sus campos, y en sus cabañas. Pueblo trabajador el pueblo francés, dado al comercio y al ahorro, en las revoluciones violentas, en las crísis graves nada tiene que ganar y mucho que perder. Estar sonando perpétuamente la trompeta de la revolucion en sus oidos era como sonar la trompeta del Juicio final. Y se lanzaba, pálido y trémulo de espanto en brazos del César, sólo porque el César representaba la estabilidad. Un dia, en ruidosa reunion pública, llamaron al Emperador ladron, asesino, y propusieron los medios de castigarlo, el presidio, la cárcel cerular, la horca, el puñal, la guillotina. Al dia siguiente tamañas insensateces eran recogidas con avidez por la prensa oficial, condensadas en folletos de corte, y remitidas en grandes remesas á provincias á fin de que aprendieran y se edificaran los pueblos.

Bajo malos auspicios pues venia el plebiscito, bajo los auspicios del terror público. Todo cuanto se habia ganado con veinte años de tenaz y prudente propaganda iba á perder-

se en veinte meses de desenfreno y de locura. Las sociedades humanas no pueden vivir en esa exaltacion contínua. La tempestad es en ellas, como en la atmósfera, un pasajero accidente. La fiebre diaria, la fiebre continua, la fiebre eterna parece á primera vista un exceso de vida y es realmente causa de tísis y de segura muerte. El querer llegar con la mano á lo imposible es una demencia. Y la demencia social, como la demencia individual, exige sin remedio y sin excusa el encierro. Tras todas las orgías de la libertad ha venido el sueño brutal del despotismo. Tras todas las guerras civiles entre los partidos avanzados ha venido la oprobiosa dictadura. El sable ha curado con heridas materiales las heridas morales del sofisma. El César se ha llamado un salvador y lo han creido hasta aquellos mismos sobre cuyas espaldas erigia su soberbia autoridad. Cuántos de los infames, que mandaron á Vergniaud, á Danton, á Robespierre al cadalso, fueron luego los cortesanos de Napoleon, y se ufanaron de su infame librea, y trasmitieron en títulos bizan-

[illegible] su [illegible]

[illegible] revelaba [illegible] de su política y todo el secreto de su [illegible], en las siguientes palabras: «[illegible] de confianza, depositando [illegible] un voto afirmativo, y con [illegible] de la revolucion, y [illegible] bases la libertad [illegible]

[illegible]

las bordan el tema de la esclavitud: el negro seguro de su alimentacion, cuidado como el mejor caballo, recluido en su cabaña á la sombra del cocotero y de la palma real, advertido más que castigado por el látigo, educado y corregido en el cepo, teniendo á su amo por su patriarca y á su ama por su diosa, cantando el tango melancólico, que recuerda el viento del desierto y el rumor de las selvas, incapaz de sentir sus cadenas materiales, su rebajamiento moral, su falta de dignidad, su condicion de cosa aprovechable, la venta de su mujer y de sus hijos, porque vive completamente despojado de personalidad y de conciencia, como enorme feto en las próvidas entrañas de la naturaleza. La trasmision de las naciones como se trasmiten los establos ¿no os parece el mayor de los sarcasmos del poderoso, y la mayor de las injurias al débil?

Los cortesanos auxiliaban poderosamente á su César. En la calle de Rívoli, bajo la presidencia del Duque de la Albufera, habian organizado una comision directiva, que es-

[redacted]

escribia programas, circulares, cartas, carteles, periódicos, proclamas, folletos, boletines, conjurando al pueblo á que votase sí, y diciéndole que salia de una constitucion cesarista y entraba en una constitucion liberal. Todos los funcionarios públicos se ponian al servicio de esta comision: los alcaldes nombrados por el gobierno, los guarda-campestres y los guarda-bosques, árbitros de la tranquilidad y del reposo de muchas familias; los peatones y los carteros que pueden llevar más pronto á la madre ansiosa, á la novia enamorada, al comerciante inquieto, la deseadísima carta; el estanquero que vende al fiado y reclama el pago ó el voto; los curas, que pueden dar el cielo ó precipitar en el infierno; los maestros de escuela, que disponen del alma de los niños, y el brigadier de la gendarmería, que dispone de la libertad de los ciudadanos; toda la inmensa red de empleados tendida, como una malla de cadenas, desde las cúspides más altas de la sociedad hasta el fondo de las cabañas. Alcalde hubo

á que dividió las gallinas, sí, en

gallinas de órden y gallinas de revolucion, y no hay decir que para estas se hallaban cerrados los graneros y los campos del municipio. Con estos elementos de fuerza y estos abusos de administracion, á la verdad, no era difícil que en público aprobase en las urnas lo mismo que reprobaba en la conciencia.

Muchos y muy jigantescos esfuerzos eran necesarios para contrastar tanto poder. La izquierda de la Cámara comprendió que estaba perdida si no podia organizar frente á frente de la comision imperial una comision republicana. Y organizó é instaló en la calle de La Sourdiere una junta directiva que se levantara frente á frente de la junta directiva instituida é instalada en la calle de Rívoli. Pero ¡cuántas dificultades y cuántas divisiones! ¡Qué organizacion tan poderosa, qué fuerzas tan grandes, qué conjunto de miras tan completo, qué unidad de pensamientos de accion en todos los imperialistas, y qué divisiones tan profundas, qué desorganizacion tan completa, qué falta de unidad de idea

[redacted]

y de unidad de accion en las filas republicanas!

Primeramente, el discurso de M. Picard, orador distinguidísimo del Cuerpo Legislativo, muy dado al sarcasmo, y como todos los oradores sarcásticos, viendo el lado peor de las personas y de las cosas, la caricatura de ridículo y de mal que a todas las obras humanas se mezcla, desertaba de la junta de diputados [illegible] que no queria firmar ningun manifiesto [illegible] con los periodistas. Por eso le [illegible] el estoico Peirat estas palabras [illegible], que [illegible] con grande oportunidad [illegible] en su Historia de la Revolucion. «M. [illegible] es de los nuevos en el partido, y por eso naturalmente ignora que en los tiempos en que los diputados se llamaban Manuel y Foy, no tenian a ménos poner sus firmas al lado de periodistas que no todas se llamaban ciertamente Benjamin Constant.»

Aparte de estas cuestiones personales, ha-
os motivos de disentimiento más pro-
y más graves entre los miembros de
ision republicana. Unos, como Simon

y Grevy, pertenecian á la escuela que deseaba concluir con los poderes permanentes y hereditarios para reemplazarlos por los poderes amovibles, responsables, republicanos, pero sin salir del régimen parlamentario ni quitar á las clases medias la direccion de la democracia; otros, como Peirat y Delescluze, estaban por la revolucion francesa, por el código de noventa y tres, por el Estado fuerte, por la dictadura republicana, por la Convencion permanente, por la dictadura Jacobina, por el ideal de Robespierre; mientras algunos seguian creyendo que toda reforma era inútil, todo trabajo estéril, todo tiempo perdido, toda combinacion política ilusoria, si el partido democrático no entraba de una vez en pleno socialismo.

Armonizar estas ideas contradictorias, reunir en uno solo estos partidos opuestos; hacer de estos capitanes desbandados huestes aguerridas, con un solo propósito y una sola bandera, obra difícil parecia á primera vista; pero la llevó á cabo con grande tacto en su proceder, y mucha elevacion en su pensamiento el

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

por el Consejo de Estado que nombra, por el Senado que nombra, por el Cuerpo Legislativo que hace nombrar bajo la máquina de su centralizacion administrativa, por los alcaldes que entienden sobre las últimas aldeas la sombra letal de las Tuilerías, y hacen presidir los ayuntamientos por una pálida y siniestra imágen del César. Además de este poder, ya monstruoso, reservábase dos prerogativas casi increibles, primero la iniciativa absoluta de proponer las reformas constitucionales que en ningun pueblo libre puede pertenecer á una sola persona; y luego la amenaza de apelacion al pueblo que es tanto como elevar los golpes de Estado á institucion definitiva y permanente. Los que quisieran renovar, rejuvenecer el Imperio, ratificarle sus títulos antiguos y conseguirle otros nuevos, deben votar sí; pero aquellos que aprendieran la triste leccion de los últimos veinte años, y aprovecharan la experiencia de Méjico, de Sadowah, debian votar no para limpiarse de toda mancha y rehuir todo contacto con los tiranos de Francia, á nombre de la dignidad y del honor nacional

Pero con tener un manifiesto formado por los hombres más ilustres del partido democrático no se tenia, en verdad, toda la democracia. Una parte considerable se empeñaba en la política intransigente. Y la política intransigente es un conjunto de ideas y de leyes de conducta que se propone acelerar el triunfo de la democracia, y la retarda y la pierde. Registrad los pueblos libres por excelencia, Suiza, Inglaterra, los Estados-Unidos, y no encontrareis partido intransigente. Es un fruto, y un fruto podrido del despotismo. Es un fantasma que asalta á los pueblos de antiguo hundidos en el sueño de la servidumbre. El intransigente aborrece más á los republicanos sensatos que á los déspotas. Sus armas no se esgrimen tanto contra la tiranía, como contra aquellos que la han derribado y la han destruido con el fuego de su palabra. Los programas intransigentes son abigarrada Babel de utopias. Cada cual trae en su caletre una receta que contiene todos los específicos y que cura todos las males. Dadles un dia la *Gaceta* y vereis la ignoran-

cia disipada, la miseria destruida, el pueblo emancipado, la propiedad trasformada, las fábricas llenas de trabajadores contentos, y los muelles y los almacenes rebosando con los productos del comercio. Y sin embargo, la historia enseña que estos redentores, dotados del don de los milagros, sólo han sabido con sus palabras de guerra, con sus locuras demagógicas, con el terror social sembrado por sus discursos y por sus artículos retardar el triunfo de la democracia; y cuando ese triunfo ha venido contra todas sus esperanzas, contra todos sus proyectos, por el camino provisto de los prudentes y de los hábiles, tan calumniados, malograrlo en orgías como la orgía de los comuneros de París, en crímenes como el crímen de los cantonales de Cartagena. El rasgo distintivo, característico de los intransigentes, el que más los señala y enaltece, es el constante empeño de hacer todo aquello que puede servir al despotismo y deservir á la República. ¿Qué podia en aquel momento servir el despotismo? El difundir utopías, el amenazar

[redacted]

á la propiedad, el aterrar á las clases acomodadas, el encender la antorcha de la revolucion, y blandir en los aires la espada apocalíptica de los ángeles exterminadores, anunciando la revolucion universal. ¿Qué más podia servirle? El disuadir á los demócratas de votar, el aconsejarles un retraimiento místico, el decirles que dejaran solos á los imperialistas para que la Francia se olvidase por completo de que existia la República. Pues hé ahí lo que hicieron: todo cuanto pudiera servir á la causa del César y deservir á la causa del pueblo. Así todos los intransigentes de Francia se decidieron por la abstencion, es decir, por la demencia del suicidio.

La *Marsellesa*, órgano de Rochefort, comenzó á enarbolar esa bandera del retraimiento y á sostenerla con su natural pasion. Abstenerse, decia, es negar al Imperio el derecho de intervenir en el sufragio universal. Abstenerse en el plebiscito y no abstenerse en la prensa, era una inconsecuencia que mal podia cohonestar el periódico

avanzado. Ir á los congresos y no oir á los comicios, era otra inconsecuencia no ménos palmaria. Se abstenia de ser ciudadano; pero no se abstenia de ser diputado. No queria colaborar á las leyes constitucionales, y colaboraba á todas las demás leyes. Negábale con su abstencion al Emperador la facultad de mezclarse en el ejercicio de un derecho tan eminentemente político como el derecho de sufragio, y no le negaba con su presencia en el periodismo, la facultad de mezclarse en el ejercicio de otro derecho tan natural, tan ingénito á nuestro sér, como el derecho de emitir el pensamiento. No hay que forjar sofismas inútiles. En realidad, lo que pretendia el partido extremo con estos errores prácticos, era dividir la democracia, quebrantar su fuerza de accion, poner obstáculos al desarrollo de la política iniciada por los verdaderos jefes del partido, cayendo en una especie de misticismo político, de contemplacion platónica y estéril de la República que habia de terminar por una verdadera anulacion de nuestras fuerzas y un verdadero retroceso á

[redacted]

[illegible]

... agente de policía. [illegible] ... en las reuniones ... la confianza que debía seguir ... tido en tan profunda crisis. Nadie, por

supuesto, piensa allí en votar afirmativamente el plebiscito. Los ánimos se dividen por uno de estos dos procederes, por votar no, ó por abstenerse. Ved la reunion del veintiocho de Abril en la sala de Fohes-Bergere. Allí no se ven imperialistas. Cierto republicano conjura á los que pueda haber en el salon á presentarse, á dar su cara y su nombre. Un viejo tiene el valor de decir que él es imperialista. Este valor le sirve de escudo y le da á alguno de los más intransigentes gran tentacion de aplaudirle. Al fin viene un orador que debe decir algo, Mr. Villiaumé, antiguo republicano, convencido economista, viejo de probados servicios y de entero carácter, autor de una Historia de la Revolucion francesa, que mereció á Proudhon el más exaltado elogio, pues la puso sobre todas las Historias de esa dramática época.

Mr. Villiaumé: Ciudadanos, yo estoy por el voto negativo. Trescientos mil votos depositados en París, matan el Imperio. París representa todas las fuerzas vivas de Francia; París lleva la Francia como la cabeza al rabo.

[redacted]

(Varias voces: ¿Qué quiere decir eso de llamar rabo á la Francia, rabos á los departamentos? Protestamos.) Gran tiempo aquel de la revolucion, prosigue el orador, inmortal jornada la jornada del 10 de Agosto. Condenemos á eterna execracion la memoria del infame bandido de Santa Elena. *(Aplausos. Gritos de ¡A la cuestion! ¡A la cuestion!)* Votemos no.

Mr. Lermina: Señores, pertenezco á la mesa, pero me separo de ella, me voy de la reunion ahora mismo, si no me dejan decir todo lo que me parezca. *(Gran movimiento de curiosidad.)*

Un ciudadano: Que se lo dejen decir todo.

Otro ciudadano: Suceda lo que quiera.

Muchas voces: Que lo diga todo, todo, todo.

Mr. Lermina: No quiero la abstencion, porque la abstencion es la paciencia. Quiero que se vote *no;* porque el votar *no* compromete á la accion inmediata. Votar *no* es la intimacion hecha al Imperio para que se vaya. *(Una voz: ¿Y si no se quiere ir?)* Entonces le obligaremos á irse por fuerza, ó emplearé-

mos las armas, ó llamaremos á la revolucion, ó nos echaremos á la calle con toda nuestra gente, á pelear con todas nuestras fuerzas. *(Ruidosos aplausos, agudísimos gritos.)*

El público mira al comisario de policía que permanece impasible, y toma notas con actividad y con ardor.

Un ciudadano: Ruego á los periodistas que no reproduzcan mis palabras, pues causarán pésima impresion allá en los departamentos. Es necesario votar *no* á toda costa. Las libertades de que gozamos vienen á ser completamente ilusorias. ¿No lo estais viendo? Se habla del derecho de reunion. ¿Y qué es el derecho de reunion sino la mayor celada? Ahí está el comisario de policía que nos oye, nos mira, apunta nuestros nombres y levanta acta de nuestras decisiones. Pues ¿para qué está ahí? Para suplir á la insuficiencia de la policía secreta. Esta habia perdido la pista de nuestro personal. Ya no nos conocia. Y ahora viene aquí, en la persona del comisario, os oye, y se entera de cuáles son los hombres más resueltos y más valerosos de la demo-

[redacted]

cracia para contárselo á su amo. *(Prolongadas risas.)* El derecho de reunion es el medio más cómodo y más seguro de enterarse á ciencia cierta de los nombres, de las personas, de la figura y de la calidad de todos los soldados más decididos y más valientes que hay en la democracia. *(Repetidas y prolongadas risas.)*

El 29 de Abril de 1870 se celebró otra reunion ... en el barrio avanzado por excelencia, en la [illegible], y en el local que se titula Sala de la Marsellesa.

El Presidente: Ciudadanos: En este caramanchon, entre tantos quinqués de mal oliente petróleo, con los cigarros encendidos, con las nubes de humo despedidas por todas las bocas, no hay medio ni de que nos veamos unos á otros, ni de que respiremos todos. Yo os ruego que apagueis los cigarros.

(Los apagan murmurando.)

El Presidente: Ahora voy á nombrar dos celadores y á ponerles insignias para que mantengan el órden.

Un ciudadano: He pedido la palabra para

dirigir necesaria advertencia á la reunion. Es de uso corriente aquí el insultar al Emperador y á los suyos. Esto me parece indigno de la cultura popular. *(Aplausos.)* Decid lo que sintais; pero sin groserías. *(Grandes aplausos.)*

Un ciudadano: Quiero leer una *Marsellesa* en verso á favor de la abstencion electoral.

Lee.

Una voz: Eso es muy largo.

Otra voz: Y muy pesado.

Varias voces: Nada de versos. Queremos oradores en prosa.

Un carpintero: Votemos por la abstencion y no se dirá que hemos puesto puntales al Imperio.

Un hortera: Yo quiero la Constitucion del noventa y tres, la Constitucion de Danton, Robespierre y Mirabeau.

Una voz: Pero si el año noventa y tres Mirabeau ya estaba cansado de dormir en el cementerio.

Varias voces: A la cuestion, á la cuestion.

[illegible]

[illegible]

[illegible] Emperador gasta por día, por hora, por minuto. España [illegible] un año con lo que él consume en un segundo. *(Bravo, bravo.)* No digo nada de lo que podrían hacer [illegible] con el [illegible] que sólo para divertirse tiene en los otros reales. Gran boca la boca del Emperador. Gran estómago. *(Risas y aplausos.)*

Un ciudadano: Propongo que se abra un boulevard entre el Obelisco de Luxor y la Iglesia de San German. Ese boulevard debe [illegible] línea recta y de mucha anchura. Así [illegible] cómo desaparecen las Tullerías y el

Mr. Depas: Yo estoy por la abstencion. Mi doctrina es la doctrina de la Internacional. Estoy por la abstencion y me fundo en la naturaleza. Ya sabeis que la naturaleza tiene horror al vacío. Hagamos el vacío en torno del Imperio. Este método lo hemos aplicado á un trabajador, comisionado por la Exposicion, que tuvo la debilidad de dejarse condecorar por el Imperio. Si saludaba, no se le devolvia el saludo. Si hablaba, no se le respondia. Si alargaba la mano, ¡ah! nadie se la tendia ni se la alargaba á él. Resultado: al poco tiempo estaba para ahorcarse, á lo ménos para darse á todos los demonios. Tambien se ahorcará el Imperio si le cercamos por la abstencion y le metemos en el vacío. Absteniéndonos, debemos, sin embargo, conservar nuestras cédulas de electores como los católicos sus cédulas de comunion. Desde mil ochocientos cincuenta y dos yo he sacado todas mis cédulas electorales. *(Se echa mano al bolsillo.)* Miradlas. Aquí las tengo intactas y limpias. Cuando haga testamento encargaré que las pongan sobre mi ataud, y serán

su mas bello y su mas [illegible] [illegible]. Creed-[illegible] No podemos votar, no, puesto que lo han [illegible] los diputados de la izquierda. [illegible] [illegible] dicen o hacen algo, yo [illegible] [illegible] lo contrario, seguro del [illegible] [illegible] aristócratas nom-[illegible] [illegible] y nos trajeron [illegible] [illegible] sobre ellos, [illegible] [illegible] para ser mi-[illegible] [illegible] esperar de esos [illegible] valdría mucho [illegible] [illegible]. Pro-[illegible] [illegible].

[illegible] por las ramas. [illegible] tendreis [illegible] abstenerse: [illegible] en las [illegible] [illegible] Buenas [illegible] es-[illegible] ¿[illegible] a los co-[illegible] ¡que gente! [illegible] es la [illegible] un teniente co-[illegible] amigos mios, [illegible] son verdaderas hienas. ¿Ri-

[redacted]

sas.) No os riais. Cómo se conoce que no habeis probado su férula ni su génio. Es necesario que el soldado vote con los demás ciudadanos. Es necesario llevar la propaganda á los cuarteles. Propongo que se nombre una comision encargada de esto.

Muchas voces: Lo esencial es tener fusiles, fusiles, siempre fusiles.

El treinta de Abril hubo otra reunion por el estilo, en la sala del galante jardinero.

Un orador: Yo estoy por el voto negativo. La abstencion es puro amor propio. Os absteneis, porque negais su derecho al Imperio de convocar al sufragio universal. No quereis defenderos. Pero si os encontrárais un ladron en vuestra casa, no se la dejaríais toda entera, bajo el pretexto de que no tiene derecho á estar en ella. Se necesita un voto decisivo. Lo exigen de nosotros Polonia y Grecia, que necesitan acudamos en su auxilio, á nombre y representacion de la República universal.

Un abstencionista: El orador que acaba de hablar, es un inocente.

El aludido: Protesto.

El Presidente: No veo el motivo de la protesta.

El aludido: Pues se necesita estar ciego para no ver que inocente quiere decir tonto.

Los abstencionistas: no, no.

El aludido: sí, sí, digo yo, inocente quiere decir tonto, ó bestia.

El abstencionista: Ciudadanos, yo explicaré la palabra sin necesidad de recurrir á la Academia. Inocente quiere decir iluso. Pero de todos modos, aunque la palabra no sea en manera alguna ofensiva, puesto que ha ofendido, la retiro.

El abstencionista: El plebiscito es un duelo. ¿Teneis medios de presentaros á ese duelo? El Imperio tiene sus chasepots que hacen milagros. Nosotros no tenemos nada. Si el Imperio tuviera probidad, dejaria á un lado los fusiles. Pero como no la tiene, nos desafía con armas desiguales. No acudais sino cuando esteis armados hasta lo dientes, pudiendo rechazar la fuerza con fuerza.

Otro abstencionista: Votemos aunque sea inconstitucional, por la República.

Una voz: Eso nó es práctico.

Otra voz: Ni posible.

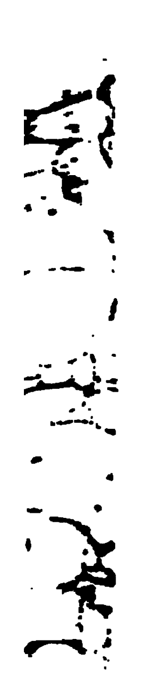
Un orador: El Imperio ha molestado á los chinos por complacer á los jesuitas que no pueden tolerar el magnífico espectáculo de un pueblo sin religion en el mundo.

Otro orador: Yo os diré las causas de todas las guerras del Imperio. Nadie negará que la guerra gasta los uniformes; nadie que los uniformes destrozados necesitan reemplazo, nadie que el reemplazo vale mucho dinero. Pues se le manda á Godillot proveer de uniformes al ejército, y se reparten los beneficios y las ganancias.

Un clubista de Clichy: Tengo la voz casi extincta. Pero no me importa. Aun me queda bastante para decir que el plebiscito ha salido de una cabeza infecta.

Otro clubista: Dejémonos de retóricas, digamos la verdad, toda la verdad. El Imperio es un gobierno de ladrones.

El Comisario de policía: Señores, despues



Está en su derecho, en su complet
cho el orador. No nos vamos, no qu
[illegible]

[illegible] *Presidente*: Ruegó á la reunion [illegible]
[illegible] Y ruego al Señor Comisario qu
[illegible] la revoque.

[illegible] consen
[illegible] no tengo la seg
[illegible] tales pal
[illegible]

entusiasmo. Pero cree de su deber explicar la aparente contradiccion que existe entre sus opiniones tan decididas por el retraimiento y su carácter de diputado. En tesis general, Mr. Rochefort no está por la abstencion. Cuando se trate de reemplazar á los poltrones de la Cámara con diputados como Flourens y Megy, de ninguna manera aconsejará al pueblo el retraimiento. ¿Mas para qué votar tratándose de un plebiscito? ¿Se irá el gobierno si se vota no? El plebiscito le da náuseas á Rochefort. (*Ruidosos aplausos. Generales aclamaciones. Vivas repetidísimos á Rochefort.*)

En la reunion de la calle de Levis el público ocupa vastísimo local que se asemeja á la estacion de un ferro-carril. Nada de bancos. Hubo quien dividió los oradores en oradores que hablan de pié, y oradores que hablan sentados. De hoy en adelante, dividiremos los públicos en públicos de pié y públicos sentados.

Mr. Lissagaray: (Presidente). Ciudadanos: vamos á discutir problemas indudablemente graves, y ligados al porvenir de nuestra pa-

[redacted]

tria. El gobierno, ya en sus postrimerías, ha descubierto muy oportunamente una conspiracion de la misma familia que las anteriormente descubiertas. Miembros de la Internacional han sido presos. No se perdona medio de aterrar á las poblaciones de suyo asustadizas. No sirvamos al póder con nuestras locuras y nuestras intemperancias.

Varios oyentes: Señor presidente, hace un calor infernal. Nos ahogamos.

Mr. Lissagaray: Consolaos pensando que el sudor de las reuniones públicas, es tan saludable como el sudor de los talleres. Aquel es el sudor del trabajo; este es el sudor de la libertad.

Mr Allon-Shée: Lo más sencillo y lo más fácil es el voto negativo. Los retraidos no son jamás contados. Al votarse el acta adicional de mil ochocientos quince hubo cuatro millones de ciudadanos que abrazaron la abstencion. Nadie los tuvo para nada en cuenta. Nadie pesó sus votos. Protestemos contra esa constitucion que reserva al Emperador el derecho de apelar al pueblo; grande inconse-

cuencia, como si al reo se le consintiera el derecho de convocar al tribunal que habrá de juzgarlo. Protestemos contra la facultad de declarar la guerra, que no debe tener un solo hombre, sino todo el pueblo. Protestemos contra el voto de los soldados en los cuarteles.

Mr. Duprat: (aplausos y rumores.) Examinemos las varias maneras de hacer oposicion al plebiscito. Hay la abstencion pura y simple, que es un suicidio. Hay el voto inconstitucional, que es una abstencion disfrazada. El voto negativo resuelve sencillamente el proceder saludable á la democracia y necesario en estos supremos instantes. Si París y todas las grandes ciudades votan no, el Imperio no podrá en manera alguna sostenerse. El voto de los campos, es un voto sin valor. Decid no, y sólo quedará en Francia un Emperador rural. *(Risas y aplausos.)*

Mr. Lefrançais: Yo no aplaudo, porque yo estoy por la abstencion. No quiero principio de autoridad, ya se encarne en un Imperio, ya se encarne en una república burguesa. Yo

[redacted]

detesto la que proclamó el estado de sitio, la que fusiló al pueblo en las calles, la que nos deportó al Africa. *(Gritos. Protestas. Tumulto espantoso.)*

Una voz: Nos dividís.

Otra voz: Nos matais.

Muchas voces: Eso quiere el Imperio, eso quiere el Imperio.

(Los gritos, las protestas, son tales, el ruido tan grande, que Mr. Lefrançais se ve obligado á bajar de la tribuna despues de haber terminado rápidamente su discurso.)

Mr. Richard: Ciudadanos, no es hora de dividirnos. Ya llegará esa hora. Por el momento sólo tenemos que hacer una cosa; desembarazarnos del enemigo comun. *(Grandes aplausos)*. Y para desembarazarnos del enemigo comun, propongo y sostengo el voto negativo. *(Redoblados aplausos.)*

Mr. Cheller: Ciudadanó Presidente, yo tenia pedida la palabra antes que el ciudadano Richard, y soy siempre pospuesto.

El Presidente: Ciudadano Challer....

Mr. Cheller: Ciudedano Presidente, no

destroceis de esa manera mi apellido. Yo me llamo Cheller.

Muchas voces: Que hable, que hable.

Mr. Cheller: ¡Qué proclama la del Emperador! Pues no dice que hizo una constitucion en virtud de los poderes que nosotros le dimos. En virtud de la autoridad que nos escamoteó, debió decir. Y luego añade que ha conservado el órden. ¡Bueno está el órden! Hay varias maneras de conservar el órden.

Hay el órden que reinaba en Varsovia bajo el Imperio ruso, y el órden que reinaba en París despues de las jornadas de Junio, bajo la República francesa.

El Presidente: No tolero nada que conduzca á dividir á los republicanos.

Mr. Cheller: ¿Por qué me interrumpís? Buena libertad es la vuestra: buenos estais vosotros. *(Y se dirigia á la mesa con los puños levantados y crispados.)*

Mr. Lissagaray: No quiero divisiones en el partido republicano. Prudencia, prudencia, siempre y en todas partes prudencia. El gobierno ve por do quier conspiraciones. Y en

[illegible] (dice, dirigiéndose al Comisario que permanece impasible), conspira la mesa de esta reunion, conspira esta reunion, conspira la Asamblea legislativa, conspiran los partidos, conspira la Francia entera, y de esta [illegible] conspiracion, [illegible] á su [illegible], la República [illegible]. [illegible] la República.)

[illegible]

[illegible] la libertad [illegible]

[illegible] su [illegible]

[illegible] Por todas partes hay [illegible] contra la República. Cuando [illegible] la bahía de Nueva-York [illegible] de fragatas inglesas, rusas, [illegible]. Pues á nadie le harán creer que [illegible] 18 años y por su gusto. Yo he visto

pasar por delante de mi casa tres coches de las mensajerías imperiales, uno de ellos completamente lleno de boletines con síes y resguardados por las armas personales, personalísimas de la Reina Victoria Esto demuestra que los soberanos extranjeros conspiran contra la República francesa.

Una voz: Pero eso no tiene sentido comun.

Otra voz: Protesto contra esta pérdida de tiempo.

Tercer orador: ¡Cómo que no tiene sentido comun? ¡Reaccionarios! En 1851, una marquesa que vivia en frente de la Embajada de Prusia, no me ocultó su propósito de destruir deliberadamente la República. Volví despues del golpe de estado á verla, y habia volado. *(Las protestas son tales, que el orador deja la tribuna.)*

Cuarto orador: No quiero coligarme con los republicanos formalistas, con los reaccionarios de todos colores para votar negativamente, cuando todos esos partidos aspiran á destruir el socialismo y á evitar que el trabajador perciba el importe íntegro de su trabajo.

[redacted]

Quinto orador: Para convencerse de cuánta verdad ha dicho el orador precedente, no hay sino ir á una reunion de la calle de Levis. El presidente se constituye en dictador, y no quiere oir á los socialistas. Estos republicanos á secas, republicanos de pura forma, son siempre los mismos. Deportábannos y fusilábannos en 1848. Ahora quieren servirse de nosotros para derribar el Imperio y ponerse en su lugar. Mas lo primero que harán despues de la victoria será volvernos á fusilar y deportar porque se rien de la cuestion social á mandíbulas batientes. Son jesuitas que se la echan de liberales para subir al poder. *(Ruidosos aplausos.)*

Mr. Montluc: Yo estoy por el voto negativo. Debemos considerar el Imperio como un hecho, sí, como un hecho detestable, pero un hecho al cabo. Y no nos forjemos ilusiones. El Imperio no há menester de grandes violencias para obtener grande mayoría, gracias á la ignorancia universal. *(Es verdad, es verdad.)* ¿Y qué debemos hacer? Resignarnos á la propaganda hasta que la mayoría á su

vez nos pertenezca como hoy pertenece al Imperio; ilustrar las inteligencias para mover las voluntades. Por eso debemos unirnos y votar no; que de esta manera sabrá el pueblo todo lo que nosotros queremos.

Un abstencionista: Decís que nosotros, al no votar, nos confundimos con los perezosos. Pues vosotros, votando, os confundís con los ultra-imperialistas que no quieren la nueva Constitucion. Puesto que votais contra Ollivier, ya vereis qué pronto os traen á Rohuer. *(Ruidosos aplausos y carcajadas prolongadísimas.)*

Otro orador (profundamente agitado): No hablemos de cosas baladíes en presencia de las cosas graves que yo debo deciros. Han preso á los delegados de las sociedades de trabajadores. Se quiere provocarnos á un motin. Ciudadanos, si os habla algun sér misterioso, en nombre del trabajo, de sublevaros, no le oigais. Si le oís, decidle que os presente su cédula de delegado de las asociaciones trabajadoras, y si no la presenta, rompedle la cabeza al esbirro. No queremos, no,

[redacted]

los hijos del trabajo caer en el lazo de las conspiraciones oficiales. Queremos el derecho y el trabajo. *(Ruidosos aplausos. Vivas aclamaciones.)*

En la calle de la Fidelidad se verifica la última de estas reuniones que vamos á trascribir el dia tres de Mayo de mil ochocientos setenta.

Mr. Poulet: Hay aquí muchas opiniones diversas, pero todos estamos en una cosa acordes, en el odio al Imperio. *(Sí, sí.)* La conjuracion que acaba de denunciarse es una gran impostura y una burda maniobra. Los electores se ven perseguidos como fieras. Uno de Batignoles acaba de recibir una intimacion para retirar á su hijo de la escuela porque no va á los oficios religiosos. Y esto en la víspera del plebiscito.

Un orador: El presupuesto de la guerra ha costado durante el Imperio doce mil millones de francos, mientras el presupuesto de la Instruccion á duras penas habrá costado doscientos. El pueblo está cansado de Imperio, y lo mejor que el Emperador podria hacer es

irse con viento fresco. *(Ruidosos aplausos.)*

Otro orador: Yo me comprometo á acompañarle hasta la estacion como acompañé á Cárlos X, á Rambouillet, porque ante todo la buena educacion. *(Risas y aplausos.)*

Otro orador: Nosotros no tenemos por enemigo al Imperio, nosotros tenemos por único enemigo al capital.

Las reuniones públicas son como el termómetro de la ilustracion popular. Y tantos disparates, tantas amenazas revolucionarias; los juicios emitidos sobre los hombres prudentes y mesurados del partido republicano, únicos que podian conducir el Estado en la próxima deshecha tempestad; las utopias exaltadas á la altura de creencias populares como en los terribles años de la pérdida irreparable de nuestra segunda República; el furor contra todo cuanto fuera sentido político, transaccion necesaria, estudio de la realidad, medida de lo posible, aterraron los ánimos y produjeron una reaccion inmediata. Era bien que el partido republicano jamás quisiera transigir con el Imperio. Prescin-

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[redacted]

quiera su propio partido. Así el Imperio con cuerdo consejo repartia profusamente y divulgaba las amenazas de una revolucion violenta y las diatribas contra los primeros hombres de la República. Y todo esto obraba fuertemente en los ánimos y descorazonaba á los más esperanzados y á los más fieles.

Luego se habia visto prácticamente que al venir la libertad venia con ella la perturbacion y el escándalo. Aquellas elecciones de París, seguidas por motines diarios, eran triste síntoma de anarquía. La batalla más sangrienta acaso que se pudiera haber dado en las calles de una gran ciudad pendió de la conduccion de un cadáver á este ó á otro cementerio. La prision de Rochefort alzó barricadas en dos noches consecutivas, esas barricadas que nada podian á la verdad contra la autoridad del Imperio y podian mucho contra el crédito de la República. Luego, en la hora misma de abrirse las urnas, de congregarse el pueblo, descúbrese sorda conjuracion tristemente encaminada á un regicidio. Nosotros decíamos y creíamos entonces que era inven-

[redacted]

cion del Imperio. Nos engañábamos insensatamente. Las revelaciones posteriores, la confesion pública de los mismos conjurados han venido á decirnos despues que los rojos obraban como si fueran cómplices y colaboradores de la obra imperial. Y nada retrae los ánimos como el crímen; nada convierte las sociedades contra la libertad como verla confundida con la anarquía.

Y á todas estas desventuras se unia el crédito que alcanzaban ya en el pueblo las ideas irrealizables de la Internacional y el escandaloso ruido que metian sus soñados programas. Y la Internacional identificaba á los trabajadores modernos con los esclavos antiguos, y les ponia en las manos la tea y el hierro de Espartaco, aconsejándoles no tener otra relacion con la sociedad que la guerra, ni otra política que el retraimiento. Y esta funesta idea del retraimiento, que admitian tambien los periódicos más avanzados; la *Marsellesa*, donde se oia la voz de Rochefort lanzada desde una prision; el *Rappel*, donde se oia la voz de Hugo, lanzada desde el destierro, y

traida por los vientos y las olas del Océano, semejándose á la palabra creadora sobre el caos; esta funestísima idea del retraimiento, iba diciendo, disminuia nuestras fuerzas y aumentaba las fuerzas del Imperio.

Así fueron terribles los resultados del plebiscito. En vano se unió fuertemente toda la izquierda con excepcion de Picard que se inclinaba demasiado al Imperio liberal y de Rochefort y Raspail que se inclinaban demasiado á la República roja. En vano se organizó fuertemente el partido democrático. En vano se recogieron cuestaciones cuantiosísimas. En vano Cernuschi, el riquísimo hijo de Italia naturalizado en Francia, que combatiera enérgicamente por la República en el suelo de Roma, y que la propagara en Francia, envió cien mil francos á Gambetta para los gastos de la votacion; y cuando el Imperio lo expulsara del territorio francés, otros cien mil francos al salir, mostrando así que en política, como en todo, el premio está reservado siempre al trabajo; en vano Cernuschi dió la norma y la pauta de los sacrificios nece-

sarios á vencer un enemigo fuerte, poderosísimo, admirablemente organizado, con ejército de funcionarios á su disposicion, y el dinero del presupuesto, y el crédito natural de la autoridad, y la fuerza inmensa del complicado organismo de un Estado autoritario y poderoso, presidido por un César, á quien sus faltas debilitaban en parte; pero que veia esta debilidad largamente compensada por el auxilio que le traia la ceguera y la torpeza de sus más implacables enemigos. Los generosos esfuerzos del [illegible] se estrellaron [illegible] contra las [illegible] del [illegible]. Y el resultado de esta [illegible] prueba, de este último ensayo, no pudo ser más funesto á nuestra causa y no pudo demostrar con mayor evidencia el terrible retroceso de nuestro partido, y el milagro de nuestras esperanzas.

El ocho de Mayo de mil ochocientos setenta, bajo purísimo cielo, con sol alegre y [illegible]o, cuyos rayos templaban las frescas [illegible] de la primavera, dirigíanse los electo[illegible] votar el plebiscito, es decir, la confir-

macion ó la invalidacion del Imperio. Las esperanzas y los temores eran muy contradictorios. Mr. Delescluze, por ejemplo, se embriagaba de entusiasmo hasta decir muy sériamente que cuatro millones de votos contrarios al Imperio saldrian de las urnas, verificándose una revolucion pacífica, y un destronamiento sin ejemplo y sin antecedentes en la historia. Pero se necesitaba desconocer el corazon humano y desconocer la humana naturaleza para acariciar ilusion tan extraña. Sus amigos, los rojos, habian aterrado los ánimos y conseguido en consecuencia el alejamiento de las gentes medrosas y sencillas que forman la base, digámoslo así, de todos los Estados. Además de esparcir estos terrores tan contrarios á la consecucion de un triunfo verdadero para la República, habian predicado tambien la abstencion, esa abstencion, aparentemente muy catoniana, en realidad muy favorable á la córte. Luego el campesino francés ha sido y será por mucho tiempo imperialista. La bandera blanca, la dinastía de los Borbones, la vuelta á los

antiguos privilegios le aterran, y le exaltan. Quiere conservar á toda costa los dos mayores bienes que le ha traido la revolucion, quiere conservar la seguridad de su trabajo y el goce de su propiedad. Para conservar estos bienes imagina que se necesita una dictadura cesarista, un Imperio plebeyo, la espada de la gloria que hirió á los reyes de derecho divino, la ocupacion del antiguo trono de los maldecidos Borbones por los adorados Bonapartes, cuyo génio fué la victoria de Francia sobre todos los pueblos y la igualdad en la servidumbre, pero la igualdad al cabo, de todos los franceses. Durante la restauracion los Borbones no pudieron llegar hasta el corazon de las muchedumbres. La antigua religion del altar y el trono se habia perdido para siempre. Ni el martirio del augusto hijo de cien reyes, ni la apoteosis de aquellas víctimas ilustres de su real familia y el relato de tantos dolores inenarrables habian podido tocar su corazon cerrado á toda piedad; en su cabaña sólo se veia la imágen del Emperador, la estampa representando las fabulo-

sas victorias, y en sus ojos sólo habia lágrimas para el mártir y para el martirio de Santa Helena, para el Titan crucificado sobre una roca en mitad del Océano. Nada pasó desde entonces que pudiera modificar sus sentimientos. La prosperidad de sus tierras crecia diariamente, y lo que era consecuencia natural de los progresos del tiempo y de los profundos cambios sociales, se atribuia á la virtud y á la fuerza del Imperio. Así nada le importaba al campesino que los escritores de Paris tuvieran más ó ménos libertad de esgrimir sus plumas; y los oradores de las reuniones públicas más ó ménos espacio para expender sus disparates y sus locuras; nada le importaba que sustituyera Gambetta á Ollivier como Ollivier habia sustituido á Rohuer; nada que Víctor Hugo trazase desde el destierro ó desde el Boulevard sus colosales figuras dignas del génio de Miguel Angel; lo importante era que entrase en su mezquina bolsa íntegro el producto de sus tierras, y para esto que Napoleon III refrenara con mano fuerte á los demagogos é impidiese la

antiguos privilegios le aterran, y le exaltan. Quiere conservar á toda costa los dos mayores bienes que le ha traido la revolucion, quiere conservar la seguridad de su trabajo y el goce de su propiedad. Para conservar estos bienes imagina que se necesita una dictadura cesarista, un Imperio plebeyo, la espada de la gloria que hirió á los reyes de derecho divino, la ocupacion del antiguo trono de los maldecidos Borbones por los adorados Bonapartes, cuyo génio fué la victoria de Francia sobre todos los pueblos y la igualdad en la servidumbre, pero la igualdad al cabo, de todos los franceses. Durante la restauracion los Borbones no pudieron llegar hasta el corazon de las muchedumbres. La antigua religion del altar y el trono se habia perdido para siempre. Ni el martirio del augusto hijo de cien reyes, ni la apoteosis de aquellas víctimas ilustres de su real familia y el relato de tantos dolores inenarrables habian podido tocar su corazon cerrado á toda piedad; en su cabaña sólo se veia la imágen del Emperador, la estampa representando las fabulo-

sas victorias, y en sus ojos sólo habia lágrimas para el mártir y para el martirio de Santa Helena, para el Titan crucificado sobre una roca en mitad del Océano. Nada pasó desde entonces que pudiera modificar sus sentimientos. La prosperidad de sus tierras crecia diariamente, y lo que era consecuencia natural de los progresos del tiempo y de los profundos cambios sociales, se atribuia á la virtud y á la fuerza del Imperio. Así nada le importaba al campesino que los escritores de París tuvieran más ó ménos libertad de esgrimir sus plumas; y los oradores de las reuniones públicas más ó ménos espacio para expender sus disparates y sus locuras; nada le importaba que sustituyera Gambetta á Ollivier como Ollivier habia sustituido á Rohuer; nada que Víctor Hugo trazase desde el destierro ó desde el Boulevard sus colosales figuras dignas del génio de Miguel Angel; lo importante era que entrase en su mezquina bolsa íntegro el producto de sus tierras, y para esto que Napoleon III refrenara con mano fuerte á los demagogos é impidiese la

[redacted]

[illegible] de [illegible]. Su gobierno [illegible] de [illegible] en las [illegible] y [illegible] á [illegible] con más evidencia.

Luego los antiguos partidos monárquicos se [illegible]. El absolutismo, á la verdad, se parece en su petrificacion á los antiguos [illegible]. Enemigo de los [illegible], á quienes llamaba [illegible], [illegible] contra el Imperio. [illegible] partido orleanista. [illegible] y muy enamorado de su antigua [illegible], del gobierno de los abogados, que se [illegible] y se [illegible] en el Parlamento, creia que Napoleon y los napoleónidas iban á ser al fin de sus días como Guillermo de Orange y la casa de Hanover en la vecina Inglaterra, eterna meta de las combinaciones doctrinarias. Así nada más natural y nada sin embargo más criticado que la conversion del insigne escritor Laboulaye. A pesar de sus libros teóricos, su política práctica guardó siempre religioso culto á la época [illegible] existia la alianza de la autoridad con

[redacted]

la libertad por medio del reinado de las clases medias coronadas en la persona de Luis Felipe como el pueblo se creia coronado en la persona de Napoleon. Por esto mismo no habia régimen alguno tan contrario á sus creencias y tan repulsivo á sus sentimientos como el régimen cesarista, ese mónstruo informe, nacido del Ayuntamiento de los brutales pretorianos con la ignorante plebe. Mas ¿qué esperanza le quedaba de sacudir este régimen? La revolucion. Y la revolucion era á sus ojos medicina peor que la enfermedad. Así, en cuanto vió que el Imperio se trasformaba en sentido constitucional, en sentido parlamentario, abriéndose á la libertad, restaurando la tribuna y la prensa, creyó de su deber apoyar al Imperio. Lo mismo habia hecho Prevost-Paradol, aquel finísimo escritor, de pensamiento poco profundo, pero de estilo esmaltadísimo, que adquirió su gloria literaria y su laurel académico zahiriendo al César, y concluyó representándolo en Wasingthon para morir de vergüenza y de remordimientos en brazos del suicidio, juez severo y verdugo diligente de la

[illegible] juventud republicana, [illegible] Francia, que escu- [illegible] Laboulaye, no alcanzaba [illegible] había dividido su razon teó- [illegible] hasta el extremo de [illegible] republicanismo mas avanzado [illegible] parlamen- [illegible] la razon pura, [illegible] inaccesibles [illegible] luego en la [illegible] valle [illegible] montaña es [illegible] como se lo [illegible] económicas y [illegible] unidad uni- [illegible] creer- [illegible] á [illegible] la razon [illegible] per- [illegible] Laboulaye. [illegible] el [illegible] americana [illegible] República. A la [illegible] de aquel Imperio francés [illegible] apenas

respiraba la conciencia, oponia el ideal de la más amplia y plena democracia. Luego su libro de París en América era el sueño de libertad más luminosa, opuesto á las tristes asperezas de la servidumbre más abyecta, no es posible mantener la política siempre allá en lo puramente abstracto é ideal. Rousseau trazaba su pacto social, su pueblo cercano á la naturaleza, sin presentir la revolucion, y sin esperar que cayesen ni en tres siglos las antiguos reyes y las antiguas aristocracias. Y al poco tiempo, contra el descorazonamiento del elocuentísimo profeta, se vió surgir en América una sociedad sin reyes, sin nobles, sin clero oficial, sin ejército, sin distinciones ni gerarquía donde los derechos naturales se encarnaban profundamente en la sociedad, y la sociedad en la República. Pues bien, la juventud creia que Laboulaye habia escrito sus libros y habia pronunciado sus lecciones para que comulgaran todos en ellas la verdad política, y se proponian sostenerla y y realizarla á costa de su tranquilidad y hasta de su existencia. Cuánto no fué su asombro

al ver á Laboulaye en el error de aceptar el liberalismo imperial y de creer en la palabra del Emperador. Todo el afecto que le habian consagrado se trocó en ódio. Le denostaron, le maldijeron, le silbaron, le escupieron todos en la cara. Le llamaron Senador, la más alta dignidad para el Imperio, la más grave injuria para los republicanos. Le entonaron canciones burlescas, cuyo estribillo era: volvednos el tintero, un tintero de plata, que la oposicion le regalara en los dias de su popularidad. Laboulaye, con el corazon destrozado, mantuvo firmemente su resolucion y enhiesta su bandera. Mas los hechos han venido á mostrar que se equivocaba tristemente, y que el Imperio no podia servir á la libertad y á la paz, puesto que era la dictadura permanente y engendraba por necesidad el despotismo y la guerra. Desde entonces, desde aquella grave crísis, Laboulaye ha permanecido siempre fiel á la libertad, y ha sustentado la única solucion digna de Francia y posible en estos críticos momentos, la República.

Entre los terrores de las clases acomodadas, los delirios de la demagogia, las divisiones del partido republicano, el retraimiento de los avanzados y la desercion de los antiguos constitucionales, el plebiscito debia resultar favorable, muy favorable al Imperio. París mismo, el París republicano, habia retrocedido de una manera lamentable. Ciento treinta y ocho mil votos tuvieron los imperialistas; ciento ochenta y cuatro mil los republicanos. El retroceso de la idea era evidente, sobre todo, si se comparaba con el censo de las últimas elecciones. Pero al fin, le quedaba en París la mayoría á la República. En el resto de Francia, fué abrumadora para todos nosotros la ruidosa victoria del Imperio. Siete millones de síes alcanzó el Imperio por millon y medio de nóes que alcanzó la oposicion. Triste, lamentable resultado que apenó á muchos corazones enteros, y que nubló por completo el horizonte de nuestras esperanzas. Tras tantos errores el Imperio salia rejuvenecido y fuerte de esta grave crísis, con fuerzas para intentar cualquier nueva empre-

sa y con esperanza de perpetuar su dominio. Yo lo comprendí tan claramente desde el primer dia, que escribí el 13 de Mayo estas palabras al *Nacional* de Lima. «Ahora temedlo todo. El matrimonio entre el César y la libertad se ha roto. Napoleon se cree omnipotenre. Y saldrá de su situacion extraordinariamente grave, por una de estas dos puertas, ó por el golpe de estado, ó por la guerra europea.»

¿Comprenderia el partido republicano todos los peligros que le traian sus complacencias serviles con los rojos? Esta pregunta andaba de boca en boca. Mr. Peyrat contestaba en el órgano más grave de nuestro partido, en el *Avenir National*, por estas sencillas y elocuentes palabras: «Sí, en estos últimos tiempos se han dicho y se han hecho muchas, muchísimas locuras..... Es necesario romper toda comunidad con esas doctrinas insensatas y con los estravagantes que las profesan.» *El Siecle*, el periódico más leido y más antiguo del partido republicano, exclamaba, dirigiéndose á los periódicos intransigentes: «Esas polémi-

cas apasionadas y violentas han contribuido en primer término á la derrota de la democracia.» El mismo Delescluze, añadia: «Apliquemos pronta é implacable justicia á todas las exageraciones que nos pierden.» Gambetta dijo la palabra que verdaderamente pintaba la situacion y que resumia los consejos indispensables al partido republicano: «Jamás gobernareis á los demás, si no los persuadís de que acertais á gobernaros á vosotros mismos.»

Las perturbaciones que hubo en París por aquellos dias, repeticion de las perturbaciones anteriores, no hicieron más que afirmar al Imperio y confirmar al plebiscito. El único síntoma grave, la única nube espesa que empañaba aquel horizonte era el voto del ejército. La votacion hecha en los cuarteles, con urnas aparte, con escrutinio particularísimo, habia dado gravísimas protestas contra el Imperio. La mayoría fué siempre grande; pero el voto de la minoría fué tambien muy amenazador, sobre todo, en el instituto que debia pelear y morir por la auto-

ridad del Imperio. La opinion pública se conmovió profundamente, y echó de ver un síntoma de verdadera debilidad y una amenaza terrible en las complicaciones de lo porvenir. Fueron tales y tantos los rumores, que Napoleon escribió una carta autógrafa al ministro de la Guerra, declarándose satisfecho del voto de su ejército, y salió en compañía de la Emperatriz Eugenia á la hora de mayor concurrencia, por los boulevares para ir al cuartel, donde más votos de oposicion habian sonado, al cuartel del Príncipe Eugenio, y decir cuatro cumplidos al ejército y darles cuatro regalos á los soldados, convirtiéndose en cortesano y adulador de sus enemigos armados, porque al postre, en el moderno París, como en la antigua Roma, el César era tan solo un pretoriano con manto de púrpura y con diadema de oro, eternos símbolos de la arbitrariedad imperial y de la fuerza ciega.

Una aparatosa ceremonia debia celebrarse á los pocos dias en el grande salon del Louvre. Los Cuerpos Colegisladores notificaban

al Emperador el número de votos que habia tenido el Imperio en esta prueba de su poder y de su autoridad. Los más brillantes uniformes, las veneras más renombradas y lucientes henchian aquel salon grandioso, pintado al fresco, rutilante de deslumbradores dorados y varios colores y matices. El Presidente del Cuerpo Legislativo, bajando la cabeza y levantando la voz, dijo: «La Francia, señor, os pertenece.» El Emperador se regocijó en ditirámbico discurso de esta nueva prueba de alianza entre el pueblo y su dinastía, prometiendo para lo porvenir una larga era de felicidad y de paz. Inclináronse todas las frentes, sonaron las músicas, y el cañon de los Inválidos notificó á París que el Emperador estaba satisfecho y contento en su elevado trono.

Todo el mundo creia que aquella era la ceremonia triunfal de un Imperio renaciente cuando debia ser la ceremonia fúnebre de un Imperio moribundo. Cuentan las historias que al salir de las Tullerías en este ó en otro dia Emilio Ollivier, encontró á uno de sus ami-

gos de la infancia que se le acercó á hablarle, entablándose entre ambos este diálogo:

—¿Qué tal va?

—Bien de salud. Mal de trabajo, porque el poder es una carga abrumadora.

—¿Y el Emperador?

—Así, así.

—¿Está malo?...

—Su inteligencia, se apaga, sus fuerzas decaen, su ánimo se abate; pero fio en Dios, que mi política ha de procurarle una buena vejez.

—¡Ay! Emilio, no es posible, le dijo el amigo, rehacer la perdida virginidad del Imperio.

No veia el cándido Ollivier en aquel momento que nacido el Imperio del golpe de Estado, erigido sobre las bayonetas pretorianas, César como los Césares romanos, creyéndose en su omnipotencia un Dios, ébrio de cólera y de orgullo, debia buscar nuevo poder, no en las Asambleas donde tenia que compartirlo con los oradores, y quedarse reducido á símbolo de ideas, á corona de la opinion, á todo, ménos á

monarca reinante, sino en los campos de batalla, allí donde se impera con absolutismo, donde se impulsan máquinas, donde se degüella á hombres, donde entre el vapor de sangre caliente, las nubes de la pólvora quemada, el estampido del cañon, los ayes de los moribundos, las ruinas y los incendios de los pueblos, las luchas de los campos puede reinar el génio de la destruccion, que prefiere á todas las caricias de la libertad, fecunda madre de los pueblos grandes, el desposarse sobre frio cádaver con su esposa natural, que es la muerte. El Imperio no podia continuar, no era posible que continuase, sino saliéndose rápidamente de la atmósfera de la libertad. Y el emperador no podia morir no, sin que el castigo de sus culpas cayese sobre él, porque de otra suerte hubiéramos podido con razon dudar de la eterna justicia. El ángel apocalíptico de los combates le aguardaba en las sombras para traspasar su gangrenado corazon y derribar su maldecida corona. Salimos del plebiscito para entrar en la guerra.

[redacted]

CAPITULO CVI.

LA CANDIDATURA DE HOHENZOLLERN.

Habíanse las Córtes separado por Julio de mil ochocientos setenta, despues de explícitas declaraciones, en que el general Prim aseguraba no tener monarca, ni esperanza alguna de encontrarlo. El régimen provisional parecia por cuatro meses asegurado, época no corta en este tiempo de revolucion y de zozobra. En cuanto las Córtes se cierran, la Reina Isabel abre su palacio, enciende sus bugías, reune unos cuantos legitimistas desocupados, se ciñe su manto real, su corona; y despues de dirigir algunas palabras al

pueblo español, abdica sus ilusorios derechos, su mentida autoridad en la persona de su hijo, Alfonso XII, hecho por este mágico arte, digno de cualquier escenario, monarca de un pueblo que hace dos años está mostrando al mundo entero su repugnancia invencible á todos los monarcas. Una carta autógrafa notifica este hecho á los antiguos compañeros de la Reina Isabel en los respectivos tronos europeos; y el Papa bendice esta nueva ruina que se amontona en torno de tantas otras como rodean al gran osario llamado Vaticano, tan dado á tomar por luz perenne los fuegos fátuos que la descomposicion de los cadáveres produce.

No era para nadie un misterio que la Reina, abdicando, seguia consejos de su gran protector Napoleon III. Y estos consejos eran de una extrema ambicion; aspiraban nada ménos que á conseguir de la revolucion española el reconocimiento de Alfonso XII por rey de España, el reconocimiento de la legitimidad, el reconocimiento de la tradicion, el reconocimiento de ese fantasma que se llama

derecho divino, y con cuya sombra han querido amedrentarnos para despues envilecernos y hundirnos en nuestra antigua servidumbre los maldecidos Borbones.

Los amigos del general Prim le rodeaban y le decian cuantas dudas guardaba el partido liberal respecto á su actitud política. Atendiendo á las cábalas de las Tullerías, á la abdicacion de la Reina, y á la reserva de Prim, respecto al candidato para el nuevo trono alzado por la revolucion, todos creian que se trataba de coronar por rey de España al hijo de Isabel II, al príncipe de Astúrias, entregándolo á la regencia de los dos generales, que se dividian el cielo de los honores y la tierra de los destinos españoles. En vano Prim decia que él no aspiraba á ser Monch, restaurador de monarcas, sino Monch de la libertad, restaurador de los derechos del pueblo. La duda degeneraba en pública incertidumbre, la pública incertidumbre en agitacion general.

Por fin, el Presidente del Consejo se decidió á proceder con verdadera energía. Desde luengos tiempos tenia pedida autorizacion

al Regente y al Gobierno para buscar por esos mundos un príncipe que tuviera estas condiciones: 1.ª católico, 2.ª mayor de edad, 3.ª estirpe régia, y sentarlo en el trono de España. El general Prim fué siempre aficionado á estos misterios y á estas conjuraciones. Creyó sin duda que su oficio de conspirador continuaba. Olvidaba cuánto ama la luz nuestro siglo y su explendorosa conciencia. Olvidaba que el jefe de un pueblo libre, debe huir del misterio, y buscar la publicidad, la imprenta, la tribuna, el pensamiento que del seno de las grandes reuniones se alza tan próvido, tan fecundante como el acuoso vapor del Océano cuando riega, desatado en lluvia, los campos. Un ministro de la libertad debe deshacer las conjuraciones llevándoles la luz. Así, solo así, mueren la arbitrariedad, el despotismo; y si la monarquía no puede nacer entre los grandes principios revolucionarios, entre la prensa y la tribuna libres, prescindir desde luego y por completo de la monarquía.

Pero, valido del misterio, comenzó Prim

[illegible] es [illegible] en América. Las relaciones [illegible] han sido siempre su fuerte, y [illegible] su acepcion [illegible] Europa y América; co-[illegible] los principes [illegible] y en uno de sus viajes trabó amistad con el príncipe [illegible]. Como aquí hemos llegado al [illegible]to de que cada español monárquico quie-[illegible] monarca para su uso particular, lo cual

seria excelente si le pagáran su lista civil ellos sólos, propuso el Sr. Salazar y Mazarredo á su amigo particularísimo, al príncipe que habia conocido en los viajes, el cual tiene con Maximiliano puntos de contacto: el mismo entusiasmo romántico por la historia española, el mismo culto al fabuloso Imperio de Cárlos V, que tan funesto fué á españoles y alemanes; la pasion de las artes, de las letras; y la pasion de reinar.

Los Hohenzollerns son de la casa de Prusia, como los Borbones son de la antigua casa de Francia. El padre de nuestro candidato poseia un pequeño principado de unos seiscientos mil habitantes, y lo vendió al jefe de su familia, al rey de Prusia. Esto enriqueció su casa, la cual venia ya siendo rica desde principios del siglo, primero porque se aprovecharon de la venta de los bienes eclesiásticos, y despues porque recibieron una gruesa pension del Emperador, del gran Bonaparte, á causa de haberse enlazado con una princesa de la dinastía. Por este enlace es el príncipe de la familia de Murat, el terrible verdugo de

Madrid. Pertenece á la religion católica, y es en sus prácticas exaltado y hasta fanático. Su hermano, que reina en Rumanía, ha sido un príncipe de decadencia, un devoto á lo Cárlos II, instrumento fácil en manos de los partidos, á todo obediente, ménos á dejar de seguir con ostentacion y hasta con fausto el culto de sus padres, que no profesan la mayoría de sus súbditos. Así, ni en los tiempos de los turcos registran los anales rumanos actos de intolerancia tan bárbaros como los acaecidos en tiempos de este príncipe. Baste decir, que muchos judíos han sido ahogados en el Danubio, y que estuvo á punto de provocar una intervencion europea su laxitud en perseguir y castigar tamaña barbarie. Sólo faltaba á los españoles, tan probados por la intolerancia religiosa, un príncipe, que, entusiasmándose con nuestra Catedral de Búrgos y de Toledo, con nuestro romancero y nuestro teatro, viniese aquí á despertar una literatura y una política católicas, que pugnaran con el siglo, y fueran como un retroceso en nuestra regeneracion de suyo trabajosa.

Además, educado en la escuela política de Prusia, sólo puede traernos el Cesarismo, la preponderancia militar, la pasion por el derecho divino, los presupuestos crecidos, el odio á toda tendencia democrática, el menosprecio por los parlamentos y las prácticas parlamentarias, el amor al ideal de la autoridad arbitraria, los procedimientos de Bismark; la política prusiana que ha constituido un pueblo para un ejército y no un ejército para un pueblo; la política prusiana que ha levantado esos grandes campamentos llamados monarquías militares, los cuales tienen pendientes sobre Europa, la gran calamidad de la guerra universal.

Y, sin embargo, el general Prim, en su apuro, no sabiendo qué hacer para calmar las aprensiones de sus amigos, y traernos ese Mesías tan deseado por algunos reaccionarios, ese Mesías que se llama rey, acudió al expediente presentado por el Sr. Salazar y Mazarredo, al príncipe de Prusia, á Leopoldo Hohenzollern. Pero es necesario estudiar las graves inconsecuencias que encier-

[redacted]

[illegible]

[illegible] religiosa, un príncipe, que, en-
tusiasmándose con nuestra Catedral de B[illegible]
gos y de Toledo, con nuestro rom[illegible]
nuestro teatro, viniese aquí á des[illegible]
literatura y una política católicas.

[illegible] el siglo, y fueran com[illegible]
tra regeneracion de [illegible]

Francia. Desde los filósofos de una y otra nacion, hasta los trabajadores se han arrojado entre ambos ejércitos, recordando las ideas humanitarias de nuestro siglo, y pidiendo que no vuelvan las orillas del Rhin, por tantas guerras ensangrentadas, á oscurecerse con las nubes de las batallas, que sólo llevan en su seno los vapores de la muerte y el fantasma del Cesarismo. Una de las mayores glorias de nuestra revolucion de Setiembre en sus principios fué divertir la atencion francesa de las empresas en el Rhin, para fijarla en el espectáculo sublime de la resurreccion de un pueblo que ofrecian á los ojos de Europa los encendidos Pirineos.

Y ahora la candidatura del príncipe prusiano arroja la mecha encendida sobre los montones de pólvora que el tratado de Praga habia sembrado á las orillas del Rhin y á las orillas del Mein. Francia se conmueve, se conmueve gravemente de que los príncipes prusianos se extiendan por Europa, y formen como los austriacos en los siglos décimo-sexto y décimo-sétimo, como los Borbones en los

siglos décimo-sétimo y décimo-octavo, una confederacion de reyes que muevan una guerra universal. Los Hohenzollerns en el Rhin por el rey de Prusia; los Hohenzollerns en el Danubio por el príncipe Cárlos; los Hohenzollerns en el Tajo por el príncipe Leopoldo; un aliado incierto en los Alpes por la cuestion de Roma y la cuestion de Niza y Saboya; príncipes alemanes sobre el trono del pequeño Portugal, y príncipes alemanes sobre el trono de la inmensa Rusia; dos secretos indescifrables, la política de esta gran potencia y la política de los Estados Unidos respecto á Europa; el Austria deshecha; las razas eslavas agitadas como las olas de un mar inexplorado; la cuestion de Oriente tomando siempre espejismo de color de sangre, este espectáculo puede poner miedo en los corazones más fuertes, y el Emperador Napoleon tiembla. ¿Quién no temblaria en su lugar?

[redacted]

CAPITULO CVII.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

La mayor de las calamidades que podia sobrevenirnos, ¡ah! nos ha sobrevenido, la guerra. Yo, cuando la contemplo, cuando veo las feraces, las cultas riberas del Rhin, donde el trabajo ha amontonado tantas maravillas, donde la conciencia humana ha hecho tantos milagros, aquellas riberas que resonaron con los primeros crugidos de la Imprenta, y los primeros clamores de la Reforma; cuando las veo taladas, incendiadas, cubiertas con montones de cadáveres sobre los cuales aletean y graznan bandadas de cuervos, maldigo la guerra,

y tiemblo por la suerte de la civilizacion europea, próxima á perderse en océanos de sangre.

El cielo debe ser implacable para nosotros; cuando posesores de la idea del derecho y la justicia, sabiendo que todos los pueblos son uno por el espíritu y todos trabajan y cooperan juntos á la civilizacion universal, vamos á degollarnos despiadadamente, en lo cual sólo nosotros perderemos y ganarán sólo nuestros tiranos. Si es verdad, que los gabinetes europeos se han opuesto á la República en España; si es verdad que han preferido la regencia híbrida al gobierno del pueblo por el pueblo; si es verdad, que el miedo á la revolucion universal los ha cegado hasta aconsejarles esa política de suicidio, están castigados bien duramente; por evitar una revolucion incierta, tienen una guerra segura.

Y las clases conservadoras que tanto se han espantado siempre de la justicia y del derecho; las clases conservadoras que han opuesto á las nobles aspiraciones del pueblo, el plomo y la pólvora; las clases conservadoras que han te-

mido la transformacion social, la necesaria exaltacion del trabajo, entregadas ahora á los imperios militares, verán sus propiedades perdidas, sus intereses aniquilados, en justo castigo de ese impenitente espíritu reaccionario, que sólo puede contener la ruina del mundo y la muerte moral de la conciencia.

Pero la embriaguez guerrera es antigua. Las fortalezas erizan sus cañones. Los gobiernos cuentan sus ejércitos. Las máquinas guerreras ensayan el medio de difundir el aliento de la muerte en esos aires donde el soplo de Dios difundiera el oxígeno de la vida. Los trabajadores dejan su hoz y su trillo, la era cubierta de espigas que prometian el pan del año para alimentar á tantos hambrientos, dejan el ministerio divino del trabajo y empuñan un fusil, que amontone pútridos cadáveres, los cuales en venganza derramarán de sus restos corrompidos para los que sobrevivan, el horrible veneno de la peste. Para un mundo tan bárbaro no debian las pobres mujeres parir sus hijos. Más valiera que los ahogaran en sus entrañas. Mejor sepulcro es el vientre de una

madre que la tierra estéril de un campo de batalla. ¡Y un millon de hombres va á morir! Todo, ¡Maldicion! todo por un rey, por el rey español, que siempre he creido nuncio de calamidades sin cuento para el mundo.

A fines de Abril de mil ochocientos setenta, escribia yo estas palabras á América que copio de los mismos periódicos, á mí enviados. Describia los males de la interinidad española, y luego trazaba estas frases: «Y todos estos »males provienen de que la revolucion ha »desmentido su orígen, y se ha negado á »forma republicana. Habiendo decretado »la monarquía, como pudiera decretarla en »una escuela, y no contando con ningun »monarca, se encuentra hoy sin solucion »alguna posible. La constitucion se dió hace »mucho tiempo, las leyes orgánicas se aca»ban hoy. Somos una monarquía. ¿Dónde esta »el monarca? Las inteligencias se entregan á »los mayores desvaríos. Unos dicen que ven»dria el Conde de Eu, vencedor hoy en el
l. Otros que la hija mayor del Duque de
casará con un aleman, con Hohenlohe

»(príncipe bávaro), y que este aleman vendria »á sentarse sobre nuestro ruinoso trono. Algunos que la diplomacia española trabaja por »alcanzar un príncipe prusiano, y *que sabido »esto por el Emperador Napoleon* III, *ha lla»mado á nuestro embajador, le ha reconveni»do gravemente, y le ha dicho que tal reso»lucion seria un casus belli, el principio de la »guerra universal.* Así es que la incertidum»bre crece, los males de la interinidad se »agravan, el capital se resiente, el trabajo »desciende, y hay un grande y público ma»rasmo.»

«De todo esto tiene culpa muy principal, »acaso la culpa primera, el único hombre »sobre quien recae la responsabilidad de »esta situacion, el presidente del Consejo »de ministros. Yo no comprendo una incli»nacion que hay en su voluntad; la incli»nacion á fiarlo todo de la ventura y del »acaso.»

«El error eterno del general Prim consiste »en confundir la política con la guerra, las »Asambleas con los campamentos. En las

»Asambleas los ejércitos preguntan á los que »quieren ser sus guias, lo siguiente:—«General, ¿dónde vamos?»—Eso no puede es»tar secreto, eso no debe estar secreto, eso »hay que decírselo al club, al colegio elec»toral, á la nacion, á los partidos, á la Asam»blea.»

«Yo he preguntado al partido hoy gober»nante: ¿Qué rey teneis? ¿Qué solucion de»seais? No me responden, no pueden res»ponderme. La Constituyente se acaba, el »tiempo les pisa los talones, y no tienen so»lucion. Decidme si un partido así no es una »verdadera incógnita, y si esa inmensa in»cógnita no encierra un profundísimo abis»mo.»

Empeño desvariado en verdad, el empeño de traernos un rey á España contra todo el espíritu de la opinion y contra toda la corriente de los hechos. El antiguo rey, el príncipe de la casa borbónica en ninguna manera podia ser restaurado porque hubiera herido en el alma á la revolucion de Setiembre. Un rey español no podia ser erigido porque

entre nosotros se acabaron las estirpes régias; y el sentimiento de igualdad, innato á nuestra raza, contrariaba el que una familia de ciudadanos, siquier fuese ilustre, se trasformara en una familia de príncipes. La dinastía extranjera era el delirio de los delirios. El sentimiento de independencia arraiga fuertemente en nuestros corazones, y vulnerado, toma toda la exaltacion del fanatismo. Podrian las Córtes, el Gobierno, el Estado, el ejército imponer un rey á la nacion sorprendida; pero no podian perpetuarlo: que nada grande, nada duradero se perpetúa contra los sentimientos de un pueblo.

Luego nosotros no somos ni Rhumanía ni Grecia. Aunque decaida, la nacion española conserva vigoroso poder dentro de sí, é inmensa importancia en el mundo. Y no podia ser indiferente que una de las dinastías reinantes uniese á su influencia propia y á su propio poder la influencia y el poder de España. Por consiguiente la cuestion española no podia ménos de ser una cuestion verdaderamente internacional. En el extranjero, en

la emigracion, cuando se trataba por los principales conspiradores de buscar á toda costa un rey, le decia yo en carta al general Prim los inconvenientes de todos los candidatos y la imposibilidad de encontrar uno aceptable sin conmover y agitar profundamente á Europa. «Mientras Napoleon esté en el trono, le decia yo con fecha del veintinueve de Setiembre de mil ochocientos sesenta y seis, no hay que creer ni que esperar en ninguna candidatura italiana. ¿Quién responderia á Thiers cuando les preguntase cómo habian dejado que tomaran el Pirineo los dueños de los Alpes? De candidatura alemana tampoco hay que hablar. ¿Seria austriaca? Pues se opondria Prusia, y quizá Francia. ¿Seria prusiana? Pues se opondria Francia y quizá Austria. El Duque de Montpensier es, como decíamos en las escuelas, un imposible físico, metafísico y moral, por francés, por Borbon, por marido de la Infanta, por cuñado de la Reina, por conspirador y revolucionario. Un príncipe inglés no probaria tampoco, primero por la enemiga de Francia, y despues por

su religion protestante. De suerte que en vez de andar en aventuras diplomáticas buscando rey, resígnese V., amigo mio, á implorar una modesta República, en la seguridad de encontrar en ella las garantías deseables de órden y de libertad.»

Bien pronto encontró el general Prim la confirmacion de todos mis asertos. El respetable anciano D. Joaquin Aguirre, atravesó aquel año en la estacion más rigurosa el Monte Cenis para bajar á Florencia, ofrecer la corona de la España futura, y pedir en cambio algun auxilio á la revolucion. Los hombres de Estado de Italia le desahuciaron por completo. Dijéronle, en cuanto á los auxilios, que era imposible sacarlos de los presupuestos por la extrema publicidad y las rigorosas cuentas que allí se usan; é imposible sacarlos de la Casa Real por las deudas y la ruina del Rey. Dijéronle respecto al candidato, que nada les importaba el mayor ó menor lucimiento de la antigua casa de Saboya. Republicanos de sentimiento, republicanos de educacion, habian adoptado y servido al Rey,

porque en el estado de Europa, el Rey representaba la unidad y la independencia de Italia. Pero les era de todo punto indiferente que los príncipes de Saboya ocuparan el trono de España.

Le dijeron todo esto, y le ocultaron la principal de las razones, la oposicion de Bonaparte. Ciegos se empeñaron luego en traer otro príncipe, el príncipe Tomás. Era necesario ver la seguridad con que lo anunciaban para comprender tamaña ceguera. En vano le dije yo en las Córtes al General Prim que el príncipe Tomás de Saboya no vendria al Trono de España. El General Prim afirmó que vendria. Y no vino. Cuando la candidatura se urdia, una carta de la princesa su madre, una declaracion clara de su padrastro lo deshicieron todo y no veian nuestros políticos tras aquellas intrigas, dibujarse la pálida y siniestra faz de Napoleon III.

El error de los errores consistió en pensar que la candidatura prusiana, la candidatura
ugnante á Francia, no suscitaria dificul-
vísimas, no traeria como consecuen-

[redacted]

cia inmediata la guerra universal. Una Alemania apoyada en España resucitaba el antiguo Imperio de Cárlos V al revés; porque aquel Imperio era una España apoyada en Alemania. Y como suscitaba este mónstruo, que por espacio de dos siglos, tuvo en guerra constante á Europa, debió sembrar la guerra en aquel momento extraordinario y supremo. ¡Ah! Gobernándonos á nosotros mismos en modesta República hubiéramos alcanzado gloria y provecho; trayendo una dinastía extranjera, dimos primero un pretexto á la guerra internacional en Europa; y un motivo á la guerra civil en España.

FIN DEL TOMO SETIMO.

[redacted]

HISTORIA
DEL
MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA.

[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO OCTAVO.

ADMINISTRACION:

OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,

Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO CVIII.

LA DECLARACION DE GUERRA.

El dia de la llegada del Sr. Salazar y Mazarredo á Madrid, el general Prim no se encontraba en la capital, y corria de caza por las toledanas cordilleras. En realidad el envio de semejante embajador se explicaba más por una razon de táctica parlamentaria que por una razon de ideal político. Prim, temeroso de que le atribuyeran aspiraciones de presidencia á la República ó de dictadura militar, creia sostener en torno suyo á los partidos conservadores, mostrándoles que uno de sus más influyentes diputados tenia el encargo

[redacted]

preciso, determinado, concreto, de buscar un rey nada ménos que por las nebulosas regiones de Alemania. Así no es maravilla que conseguido este fin capital de su inhábil maniobra no se curase gran cosa del efecto horrible que pudiera producir en el extranjero.

Pero jugaba con fuego. Su propósito era no hablar de la candidatura, no anunciarla oficialmente hasta conseguir el asentimiento de Napoleon III. No queriendo fiar al papel, ni ménos tratar por comisario cosa de tal importancia, se disponia á ir á las aguas de Vichy, y al paso, contar á Napoleon lo sucedido y moverle á consentir en la exaltacion del príncipe aleman. Si no le persuadia, encontraba ya un nuevo pretexto para rehuir la fundacion de la monarquía y burlar las esperanzas de los conservadores.

Mas el Sr. Salazar y Mazarredo, no encontrando á Prim en Madrid, se dirige al regente, á los demás ministros, y les notifica el suceso. La noticia se divulga con la celeridad del rayo. En Madrid no se oye hablar de otra cosa que del nuevo príncipe y de la nueva candidatu-

ra. Prim recibe un telégrama en su cacería, que le anuncia la agitacion general, y queda pasmado, fuera de sí, al ver la rápida divulgacion de su secreto. Vuelve de prisa, pero al volver, se encuentra con que todos los ministros se han ya enterado del proyecto, y todos han convenido en aceptarlo. Mientras tanto, la noticia llega á las Tullerías, no sólo por conducto de la Embajada de Francia en Madrid, sino por conducto de una princesa alemana, pariente á un tiempo del príncipe candidato y del Emperador Napoleon.

Sorprendido pues el secreto del general Prim, secreto formidable, el ministro de Negocios extranjeros y el ministro de Justicia fueron á las Cámaras francesas á declarar que no consentirian el advenimiento del príncipe Leopoldo, considerado como un *casus belli* para el honor de Francia. El advenimiento del príncipe se habia convenido, la autorizacion del rey alcanzado, y hasta el consejo de Bismark interpuesto con su poderosa decision. La casa de Brandeburgo, á que el rey de Prusia y el príncipe Leopoldo per-

tenecen, siempre ha creido hallarse destinada por la Providencia á reemplazar á la casa de Austria, representando su predominio en Alemania, su poder sobre las razas eslavas y latinas, su presidencia de la Europa central, su dilatada soberanía. Una familia que acaricia estos ensueños de antigua gloria monárquica, encuentra súbitamente en su camino la corona de Cárlos V, aquella corona que llevó engarzado el sol, y que ató al carro de los Césares modernos con argollas de oro el viejo y el nuevo mundo.

Se necesita ser príncipe, educado en esas alturas, y príncipe aleman, para comprender cómo habia de halagar á su fantasía el presidir al pueblo que trabajó con los grandes navegantes, que sintió con el corazon de Santa Teresa, que pintó con el pincel de Murillo y de Velazquez, que cantó con la lira de Lope y Calderon, que pensó con la inteligencia de Alonso X y Luis Vives, que escribió con la pluma de Cervantes, que reinó con la ...ridad de Cárlos V é Isabel la Católica, ...nció con la espada de Córdova y de

Leiva, que tuvo por tributarias cien naciones, que contó entre sus vencidos á Francisco I y entre sus héroes á Hernan-Cortés, que fué un gigante estrechando en sus brazos los mares, tocando por Oriente hasta la India de Alejandro y por Occidente á tierras desconocidas é ignoradas que parecian salir á sus conjuros de lo misterioso, de lo infinito, del seno de una nueva creacion, tan solo para dilatar la majestad de su Imperio.

Y mientras en las cabezas de los príncipes, por tales ideas exaltadas, bullian estos ensueños, gozábase Bismark indudablemente en procurar nuevas humillaciones á su rival, á Francia. Pero esta humillacion sobrepujaba todos los límites. Desde la batalla de Marignan hasta la batalla de Villaviciosa y de Almansa, Francia ha proseguido el pensamiento de no consentir una Alemania apoyada en España, ni una España apoyada en Alemania, como en tiempo de los Austrias; y ahora renace ese inmenso gigante en el Rhin y en el Pirineo, para anular á la nacion francesa

que se cree como el centro hácia el cual gravitan todas las naciones europeas.

A esta causa universal de disgusto se unia una larga série de causas ocasionales; y sobre todo el secreto, ese funesto secreto, que al general Prim agradaba, y que es de todo punto incompatible con las instituciones modernas. En cuanto las naciones vieron que el príncipe Leopoldo podia ser causa de guerra, le rodearon. El embajador de España en París le pidió indirectamente la renuncia. El de Inglaterra en Prusia insistió para obtener tal resultado. Su hermano el príncipe Cárlos de Rhumanía, temió un destronamiento, y reclamó, como una prenda de cariño, ese acto de abnegacion. El príncipe renunció. Su padre comunicó la renuncia al Sr. Olózaga en París, y al general Prim en Madrid. Todo parecia salvado. La paz estaba hecha. Aquella renuncia alejaba de nosotros el azote de la guerra.

Tan cierto es cuanto digo, que Emilio Ollivier se presentó en el Cuerpo Legislativo con el ramo de oliva en las manos. Lijero

por temperamento, gárrulo, poco acostumbrado á la gravedad propia de los consumados estadistas, anunció en los pasillos, que tenia el telégrama de la renuncia y que por este telégrama la paz continental se habia salvado. Todo el mundo sabe cómo estos hechos pueden influir en la Bolsa. Todo el mundo sabe cómo los más desenfrenados apetitos piden á la especulacion fortunas improvisadas y fabulosas que seria inútil esperar del trabajo y del ahorro. En cuanto dijo estas palabras Ollivier en los pasillos se lanzaron los especuladores á la Bolsa y se dieron á comprar papel. En pocos instantes el papel francés subia de una manera fabulosa.

Desde los abismos se elevaba en pocos minutos á las nubes. Pero ¡ah! era aquella una ruina. Mientras Ollivier lijeramente anunciaba la paz, el partido militar le circuia, le asediaba y obtenia la guerra. Los que á las tres de la tarde habian comprado á precio alzado, á las cinco de la tarde estaban arruinados. Hé ahí la suerte de los pueblos que enagenan su voluntad y su conciencia en



[illegible]
esd de cuatro breves que a
bles por las antesalas de los

CAPITULO CIX.

DETALLES HISTORICOS.

Un suceso de esa importancia, una declaracion de guerra bien merece que fijemos sobre él detenidamente la atencion y lo veamos en sus menores particularidades, aun á riesgo de algunas repeticiones. Nunca se estudiarán bastante estas graves crisis, y las consecuencias que han tenido para el mundo moderno. Nunca se verá con bastante detenimiento cuán horrible es enajenar la voluntad de los pueblos en manos de los Césares. La verdad es, que asfixiándose en la libertad, como el pez se asfixia

en el aire, [illegible] el activo y contagioso elemento de la guerra.

La declaracion de guerra, en verdad, puso el colmo á los errores del Imperio. Al juzgarla, no oigamos la voz de ninguna pasion y [illegible] el consejo desinteresado de la conciencia y á la idea pura de justicia. La revolucion española de Setiembre acababa de echar nueva levadura democrática en la política europea. Los revolucionarios, contestes en la afirmacion de un nuevo derecho, disentian radicalmente en el organismo que debiera contenerlo y afirmarlo. Unos aspiraban á la monarquía; otros á la República. La autoridad de los generales que consumaron la revolucion, la fuerza y el prestigio de los dos partidos, el conservador y el progresista, contrastaron los esfuerzos del partido republicano, que además se presentaba dividido, habiendo pasado una parte considerable de sus huestes á la democracia monárquica. Cuando en la estacion de Biarritz, al pié de los Pi[illegible]os, vió Napoleon pasar la antigua y sa[illegible] familia de los Borbones herida por el

rayo revolucionario, proscripta de su trono y de su patria, para ir á confundirse con los reyes caidos, sombras de otras edades, ¡ah! debió sentir que un gran huracan removia tambien las raices de su trono.

Así el asunto de todos los asuntos era entonces la persona ó la familia nueva que debia sustituir en el trono de España á la persona de Isabel II, y á la familia de Borbon. «La revolucion española, decia Bonaparte en sus Memorias, se ha consumado al grito de «Abajo los Borbones» y sin embargo, hay un partido en Madrid, que habiendo recibido gruesas sumas del Duque de Montpensier, trabaja por exaltarlo al trono. Tenemos profundo respeto por la voluntad nacional, y si el Duque de Montpensier fuera regularmente elegido, nada habriamos de objetar. Pero antes que ese acontecimiento se consume, si es que ha de consumarse, interésanos decir nuestra opinion. Si la nacion española no quiere más Borbones, tanto mejor. Pero si de sus primeras impresiones se recobra no podria hacer peor eleccion que elevar al trono un Orleans, el cual repite la

usurpacion francesa de 1830, y da el funesto ejemplo, de una hermana destronando á su hermana. Además, la situacion de España no es la mejor para elegir un príncipe de ideas muy concretas y de muy conocidos antecedentes. Si España pudiese soportar la República, sin correr el riesgo de la pérdida de su unidad nacional, comprometida por el restablecimiento de los antiguos reinos independientes, eso sería lo mejor, puesto que la daría tiempo de adelantar su educacion política, y de aprender á conocerse á sí misma. Y puesto que la República no es posible, todo cuanto á la República se acerque, resultará más provechoso. La suerte ha querido que haya un príncipe, el príncipe de Astúrias, sobre cuya cabeza descansan todos los derechos de la monarquía. Tiene una edad en que las opiniones personales carecen de importancia y podria ser educado en las ideas del dia lejos de aduladores y de intrigantes. Su edad reclama una regencia que sería ejercida por los hombres de más garantías para la revolucion. Y este régimen se pareceria mucho á una República, cuyos

agentes podrian ser cambiados por las Córtes; y el príncipe de Astúrias no seria sino el niño encargado de llenar un puesto al cual no podria aspirar ningun ambicioso.»

Estas palabras encierran todo el programa de Bonaparte, y acaso fueron escritas en el silencio de un gabinete, para comunicarlas al general Prim, al general Serrano, á los directores de la revolucion española. Pero el general Prim no podia retroceder en su camino. La revolucion echó á los Borbones, y no habia medio de restaurarlos. La Asamblea proclamó la monarquía, y era preciso personificarla. De aquí su larga odisea por toda Europa en pos de un rey demócrata y revolucionario. Recuerdo que un dia le dije yo estas palabras sobre las dificultades de su empresa: buscar en la tierra un rey demócrata, es como buscar en el cielo un rey ateo. Al año de la revolucion, ya se habia fijado en el príncipe Leopoldo de Hohenzollern. Esto no tiene duda y se confirma por una carta de Drouyn de Lhuys, dirigida al Emperador con fecha de 17 de Noviembre de 1869, y que

[redacted]

manos de un César. Hé ahí la suerte de Francia, de la nacion que creia regir al mundo, regida por los caprichos de un hombre. En el fondo de este abismo puede perderse hasta la civilizacion europea. Estamos á merced de cuatro bravos que arrastran sus sables por las antesalas de los reyes.

---

cos dias, vió á Bismark y le habló del mismo asunto. Convino en que se habia tratado, pero añadiendo su invencible repugnancia á dejar al príncipe Leopoldo perderse en semejante aventura, repugnancia comunicada al padre del príncipe, y al rey Guillermo como jefe de la familia. Entonces fué cuando Bismark dijo con su natural facundia y su ruda franqueza, que ni Serrano ni Prim estaban por llevar rey alguno al vacío trono de España, que ambos á dos se dividian completamente á sus anchas. Benedetti salió más tranquilo de aquella conferencia, pero no completamente seguro.

Por Julio de 1870 nadie pensaba en tamaña candidatura. Las Córtes españolas habian suspendido sus sesiones. El general Prim andaba de caza. Bismark se entregaba al ocio en su Hacienda de la Pomeriana. El rey Guillermo iba de pueblo en pueblo de baños. Y Napoleon, molestado por la gota, se daba á trabajos literarios. Prim y Bismark habian convenido en no tratar del asunto sino despues de trascurrido el verano; y la imprudencia temeraria de Salazar y Mazarredo re-

veló el secreto, y lo divulgó por toda Europa. El tres de Julio se dirigió el Gabinete de las Tullerías á Berlin demandando explicaciones. Y el cinco de Julio estalló la primera interpelacion política sobre este asunto en el Cuerpo Legislativo.

El duque de Grammont que desempeñaba el ministerio de Negocios Extranjeros tenia indudablemente una significacion guerrera. Durante el conflicto entre Austria y Prusia, representaba á Francia en Viena, y mil veces habia insinuado que Napoleon vengaria á Francisco José de su derrota de Sadowah. Bismark se reia de él y le llamaba el hombre más bruto de toda Europa. La brutal palabra llegó hasta los oidos del embajador francés y le ofendió en su amor propio. Así es que no pensaba solamente en vengar las ajenas derrotas sino las propias injurias. El dia seis de Julio dió cuenta de las noticias oficiales sobre la candidatura y de las esperanzas que aun tenia de conjurarla. Pero al fin añadió estas graves y significativas palabras, con aire tan [illegible] y en tono tan amenazador, que todo el

mundo presintió la guerra. «Fuertes con vuestro apoyo, señores, y con el apoyo de la nacion, cumpliremos nuestros deberes sin vacilaciones y sin debilidad. Emilio Ollivier tambien dijo algunas palabras. Pero las más expresivas fueron las siguientes: «Queremos la paz con pasion, pero queremos la paz con honor.»

¡Cuitado! O su política no era nada, ó su política era la paz. En el momento mismo en que desencadenara la guerra, perdíase para siempre la libertad. Los cañones reemplazaban á los oradores. Las Asambleas se eclipsaban tras las rojizas nubes levantadas de los campos de batalla. El César, vencedor, recobraba su omnipotente dictadura, y desvanecia la mal segura libertad. Durante el período de la propaganda de su política rechazó la guerra con horror y dijo que la provocaban y la sostenian todos aquellos, más seguros de que no habia de costarles ni una gota de sangre. Y, sin embargo, ya en el poder, tuvo sus veleidades guerreras. Cierto dia que un amigo suyo le ponderaba las excelencias del ejército aleman, decíale: ya soplaremos

[redacted]

encima. No columbraba que la guerra era la necesidad primera del partido reaccionario del Imperio presidido por la Emperatriz Eugenia. No columbraba que todos los enemigos de las nuevas libertades pretendian resucitar la antigua autoridad en la infusion de la sangre caliente y humeante de las batallas. La Emperatriz Eugenia, frotándose las manos, exclamaba: yo la quiero, yo la deseo, esta es una guerra para mí. En efecto, la nueva ave de rapiña, el nuevo César no podia surgir sino del incendio y de la matanza. Así *El Constitucional*, periódico imperialista, sonaba á todo sonar la trompeta guerrera. Y *La Francia*, periódico que tenia ciertas relaciones con la Emperatriz, presentaba á la condesa de Flandes como autora de la candidatura de su hermano Leopoldo para en su dia tomar pronta y grandiosa venganza de la pequeña y próspera Bélgica, blanco principal á que apuntaban las ambiciones imperiales. No habia duda, la guerra era la muerte de la libertad, la vida del Cesarismo.

— 11 de Julio recibió el Gobierno de Fran-

cia importantes cartas é importantísimos telégramas de su embajador en Alemania. Estas cartas y estos telégramas aseguraban que nada habia podido obtener de concreto; pero conjuraba al Gobierno ardientemente á que no diese muestra alguna de armar ni de montar á sus gentes, puesto que entonces seria inevitable la guerra. Dos grandes desventuras tuvo aquel dia la política imperial. Habia dicho el ministro de Negocios extranjeros que todos los gobiernos de Europa daban razon al Emperador en sus quejas contra Prusia. Y lord Grandville habia contestado desde Lóndres que tal afirmacion no era exacta en cuanto se referia al Gobierno de la reina de Inglaterra. Luego, al ir Granmont á la Cámara y dar algunas explicaciones de esas que nada dicen, levantóse un diputado de oposicion, Mr. Arago, é interpeló al Gobierno preguntándole si además del incidente de Hohenzollern, habia alguna otra cuestion más grave en litigio. Si de la candidatura solamente se trataba, creia segura la paz. Y si además se trataba de otro asunto creia segura la guerra.

Grammont quería contestar, pero todos los diputados le gritaron —«¡Callad! ¡callad!»—Y tuvo que callarse, dejando á los ánimos sumidos en la mayor incertidumbre.

El dia 12 de Julio fué un dia decisivo. Los horizontes de Europa estaban de tal manera claros, que el embajador de Prusia no residia en París. Aquella mañana acababa de llegar y tenia ya pedida audiencia al ministro de Negocios extranjeros. Este le admitió al medio dia y le saludó como un nuncio de paz. En efecto, el baron Werther deseaba que las dificultades se allanaran y que las dos córtes vinieran á un acuerdo. En el momento en que ambos personajes hablaban, presentóse el Sr. Olózaga, embajador de España en París, é instó para ver inmediatamente á Mr. de Grammont, pues tenia algo importantísimo que comunicarle. El ministro observó al embajador de Prusia que la entrevista con el embajador de España debia ser trascendental é importantísima y le rogó que permitiera su recepcion en el acto. Hablaron, pues, el embajador de España y el ministro de Francia.

El Sr. Olózaga no habia sabido ni una palabra de las negociaciones prusianas. Prim sostuvo su embajada en París como un medio de alejarlo del Congreso y desasirse así de un rival inquieto y terrible. En los consejos del Gobierno español se admiraba mucho su talento y su palabra; pero se temia mucho su amistad con los Emperadores y con los estadistas de Francia. Resintióse profundamente Olózaga de que se le hubiera tenido en aquella ignorancia, y despues de escribir amargamente á Prim, se consagró á desbaratar la candidatura prusiana. En efecto, llevaba un telégrama del príncipe Antonio, padre del príncipe Leopoldo, en el cual decia que, vistos los sucesos subsiguientes al anuncio de la candidatura, y considerando que el pueblo español pudiera elegir á su hijo más por punto de honor que por verdadera fuerza de conviccion, retiraba definitivamente la candidatura.

Obtenido esto, creia todo el mundo que estaba obtenida la paz. La causa del conflicto era la candidatura del príncipe. Retirada esta

[redacted]

[illegible] Mas ¿cómo [illegible] cosa, de- [illegible] á la Ex- [illegible] del Empe- [illegible] entre nosotros, [illegible] y permiso al rey [illegible] para prolongar una [illegible] pedido para acep- [illegible]

De todos modos la retirada de la candidatura era un síntoma pacífico. De Berlin telegrafiaron que se consideraba aquel acto de Prusia como una humillacion semejante á la millacion célebre de Olmutz. El Emperar Napoleon dijo á dos embajadores; yo es-

taba pronto y lo tenia todo dispuesto. Lo siento porque la ocasion era buena. Mas lo mejor es la paz. Emilio Ollivier se encontró á Thiers en el salon de conferencias y le dijo, rebosando de alegría: tenemos la paz. Cuánto me alegro, exclamó el ilustre anciano. Por Dios, asidla bien, no la solteis. Descuidad. No la soltaremos, exclamó Ollivier. Pero el partido oposicionista no se daba por satisfecho. Clemente Duvernois preguntó las garantías, las seguridades tomadas por el gobierno para que la candidatura del príncipe no reapareciera. En esta terrible pregunta relampagueaba la guerra.

En efecto, el gobierno francés, lejos de darse por satisfecho, telegrafía á su Embajador en Prusia para que recabe nuevas seguridades, y hasta obtenga humildísimas excusas. El rey estaba en Ems, y allí estaba el Embajador. En paseo se encontraron, y el rey comunicó al Embajador un suplemento de la *Gaceta* de Colonia, en el cual se decia que la renuncia del príncipe era cosa decisiva. El Embajador, en cumplimiento de los

telégramas de Francia, demandó una audiencia, á fin de pedir las garantías deseadas. El rey se negó á la audiencia, pero envió un ayuda de campo, diciendo: primero, que aprobaba la renuncia del príncipe Leopoldo; segundo, que daba por terminado este asunto; tercero, que si algo más queria se entendiera con sus ministros.

Los consejos de ministros que sucedieron á estas noticias, demostraron que la guerra entraba en los intereses y en los deseos de la dinastía. Al más vulgar sentir no podia ocultarse que, obtenida la renuncia, merced á las insinuaciones de Francia, esta recobraba en parte su influjo preponderante en los consejos de Europa. El rey, para evitar el conflicto, habia llegado al límite de las concesiones, habia llegado hasta dar su aprobacion explícita á la candidatura del príncipe Leopoldo. En la noche del catorce de Julio, y en la madrugada del quince, pasaron los consejos en que se decidió la guerra. El Emperador Napoleon estaba inquieto y sombrío. De vez en cuando salia á la terraza de Saint-

Cloud, y miraba fijamente el inmenso espacio donde se extiende ese Océano de ideas y pasiones que se llama la ciudad de París. Fatal estrella la de ese sitio real. Por comprarlo, por poseerlo, ascendió María Antonietta al favor de su esposo el aturdido Calonne, que tanto contribuyera á arrancarle la corona de la cabeza, y la cabeza á los hombros. En su alto mirador se despedia esta reina infortunada del inmortal Mirabeau, que corria á salvarla para encontrar tan solo una muerte pronta como si la Providencia hubiera querido romper entonces por inútil aquel instrumento de sus designios. Allí departieron el Emperador Maximiliano y el Emperador Napoleon sobre los asuntos de Méjico que debian tener un desenlace tan horrible. Allí se declaró la guerra de Prusia. El Emperador no queria pero la Emperatriz, asustada del oleaje de la libertad, temerosa de ver perdido á su hijo, arrancó la declaracion de guerra. Los jefes del partido militar olfateaban el suceso como los cuervos el cadáver. La Eumenide de las cóleras y de las venganzas, tomó su antorcha

[illegible]

[illegible] sia

[illegible] noticias d[illegible]

[illegible] mente de un

[illegible]

[illegible] tener a ven[illegible]

[illegible]

[illegible] memoria

[illegible]

[redacted]

CAPITULO CX.

CONJETURAS.

Está visto. Los franceses no piensan por ahora en grandes operaciones, en sorprendentes maniobras. Todo su empeño se reduce á forjar la primera línea estratégica, que se les opone, la línea del Saar. Entrarán lentamente en ese Palatinado que Turenna y Napoleon recorrieron blandiendo el rayo de la guerra. Los franceses han aglomerado todas sus fuerzas en Metz, y apenas han dejado algunos batallones de guardia móvil en Estrasburgo. Se comprende fácilmente esta situacion. Ante Metz los alemanes del Norte; ante Estrasburgo los

alemanes del Mediodía. La frontera prusiana del Saar es todo el objetivo de la primera campaña. Una de sus mayores ventajas consiste en tener cerca, muy cerca la base de operaciones, las dos grandes ciudades fuertes de Alsacia y de Lorena. La reconcentracion de las tropas prusianas en Tréveris, y la escasa resistencia opuesta en Sarrebruk anuncian que los prusianos dejan libre el paso á los franceses para alejarlos de su base de operaciones y combatirlos en coyunturas para ellos más peligrosas, y en situacion más comprometida entre el Mosela y el Rhin, á no dudarlo, encontrarian los invasores más obstáculos, más dificultades. Las colinas, las quebraduras, los bosques, los viñedos, lo espeso de la poblacion que avecina el Rhin, les impedirian desplegar sus fuerzas en una gran batalla. Y la ventajosa posicion de sus enemigos, el apoyo firmísimo de sus formidables plazas de guerra, Coblentza, Maguncia, procurarian una grande superioridad á los prusianos sobre los franceses. Podrian tambien azar el Palatinado y acometer la entrada

en Alemania por Baden. Mas se exponen á dejar el grande ejército sin su natural retaguardia de Estrasburgo, y esta retaguardia, convertida en avanzada á su vez, necesitaria, emprender una correría peligrosa, en la cual, una derrota llevaria los prusianos hasta Moulhouse, ciudad francesa de extraordinaria importancia comercial y estratégica. Los peritos en materia militar suponen que la operacion más arriesgada, más peligrosa, pero tambien la más brillante, la más ocasionada á grandes resultados, es la operacion sobre el Báltico. La presencia de una formidable escuadra, el poder infernal de su artillería, el desembarco rápido de tropas, y una victoria podrian abrir las puertas de Berlin á los franceses. La entrada de unos ú otros en sus respectivas capitales podria ser la señal de una victoria decisiva.

Conviene, sin embargo, examinar un poco el teatro de la guerra. La neutralidad de Suiza y la neutralidad de Bélgica, limitan mucho el espacio de las batallas. Segun unos Alemania comenzará su defensa en la orilla

de aquende el Rhin, es decir, en la orilla izquierda. El Rhin, el Mosela y el Sar, forman un triángulo. Apoyarán los prusianos su izquierda en el Rhin, á la altura de Landau; su derecha en el Mosela, á la altura de Trevís; y su centro en Sarrelouis, plaza recientemente fortificada. En el caso de que en esta primera línea, pierdan una batalla, serán sus plazas de refugio Maguncia y Coblentza, que protejerán su paso del Rhin, desde cuya orilla derecha presentarán una segunda gran batalla. De todos modos, uno de los movimientos que están más señalados por las necesidades de la guerra es el movimiento del cuerpo que manda Mac-Mahon para atacar el gran ducado de Baden, y desde allí, ganada una batalla sobre los alemanes del Mediodía, buscar por Wizburgo paso hácia Berlin. El punto flaco que tiene Prusia es su defensa marítima. La marina mercante de la Confederacion del Norte es riquísima y numerosa, la marina de guerra pobre y débil. Entre los mayores males que la hegemonia de Austria sobre Alemania tuvo siempre, debe contarse el

haber impedido la formacion de una gran Marina en el Norte. Recelaba que tal elemento de fuerza desequilibrara el inestable órden de Alemania, y trajera el predominio de Prusia. Así es que, pasada la revolucion del 48, y recobrado el Imperio austriaco de sus derrotas, impuso á Alemania la renta de la pobre escuadra reunida en los tiempos de la revolucion. Los franceses intentarán tal vez un desembarco en el Báltico.

El príncipe de Joinville, que es un gran marino, encuentra dificultades insuperables al desembarco de las tropas en el Báltico.

Todo inclina á creer que las orillas del Rhin serán, como en tiempo de los Césares antiguos, el espacio donde jueguen los destinos y los intereses de sus pueblos los Césares modernos. Las dificultades para conocer las operaciones son casi insuperables. Prusia ha prohibido los telégramas particulares á todo el Continente. Francia ha dado una ley castigando con rigor á los periódicos que hablen de operaciones militares. Como si tal rigor no

fuera bastante, el ministro de Justicia lo ha agravado recordando á los fiscales el cumplimiento fatal é implacable de la ley. Estamos reducidos á los Boletines del grande ejército. Y como los Boletines del grande ejército en el segundo Imperio se han de parecer tanto á los Boletines del grande ejército en el primer Imperio, puesto que un régimen es remedo del otro régimen, sólo tendremos noticias falsas, informes equivocados y engañosos, los cuales habrán de ser pasados por el filtro de una severa crítica. En otro tiempo admitian los generales en sus ejércitos, ya los redactores de los periódicos, ya los oficiales de otras naciones encargados de estudiar la táctica, la estrategia, los adelantos militares; hoy todo esto se halla prohibido. Un misterio impenetrable envolverá los movimientos de ese ejército exterminador, que quiere herir como hiere la muerte, de improviso.

Nadie sabe todavía si Napoleon ha salido de París. Nadie ha visto al general Mac-Mahon, 'e parece perdido. Nadie sabe dónde irá el

célebre Palikao. Nadie puede penetrar los planes, los proyectos, los procedimientos con que habrá de realizarse este duelo á muerte. Las tropas prusianas no son á la verdad tan misteriosas. El rey se halla en Coblentza, el príncipe Cárlos en Maguncia, el príncipe heredero á la cabeza del ejército meridional que se reconcentra sobre Radstad; el general Vogel manda las tropas enviadas á las fronteras del Báltico.

Los Boletines por París consagrados á sus batallas han publicado ya otra victoria que inscribir en el ostentoso Arco de la Estrella. Es el parte de una pequeña escaramuza empeñada entre bávaros y franceses allá en Niederbonn, es decir, el resultado de un ligerísimo reconocimiento. Créese que si los franceses logran internarse mucho en el corazon de Alemania, los prusianos, por una rápida diversion de sus fuerzas, llegarian hasta París. Mas esta operacion tiene dificultades sin cuento: 1.°, el necesario abandono de Alemania á Napoleon; 2.°, las plazas fuertes de Metz y de Strasburgo; 3.°, las fortificaciones de

París que exigirian largo tiempo para una rendicion. Nada se hará ni por una ni por otra parte hasta haber medido respectivamente sus mútuas fuerzas en una gran batalla. Formidable debe ser. La mayor dada, por el número de gentes, en nuestro siglo fué la batalla de Sadowah, que contó cuatrocientos cincuenta mil soldados. La de Lepsik habia sido hasta entonces la más formidable y contó cuatrocientos veinte mil combatientes.

Apercibíos á ver la mayor carnicería que recuerda la historia; fusiles de alcance inverosímil, lluvias de balas por cada boca de fusil en minutos, ametralladoras que vomitan el cáos de sus huecos vientres, cañones donde entra de pié un hombre, artillería al vapor, divisiones enteras segadas por estos proyectiles de la ruina y de la muerte universal. Hay quien dice que en tales condiciones de combate la bayoneta será la única arma, y quien dice que la bayoneta, esa arma francesa, no será posible en estas batallas de esterminio. ¿Qué puede hacer un regimiento cuan-

do sólo queden de pié tres ó cuatro soldados?

Mientras tanto las cuestiones diplomáticas se complican. La Cámara de los comunes ha dado la señal de alarma. El gran periódico de la City ha publicado una especie de tratado propuesto por Francia á Prusia, para dividirse el centro de Europa, quedándose Prusia con toda la Alemania del Sur, excepto el Austria, y Francia con el reino de Bélgica y el Gran Ducado del Luxemburgo. Es indescriptible la ira que en la Gran Bretaña ha despertado este proyecto de Napoleon que Prusia se gloría de haber rechazado. Inglaterra cree que su interés y su honor le aconsejan sostener ese pequeño reino con el cual guarda la desembocadura del Escalda. El imperio francés tiene que renunciar decididamente á todo proyecto contra Bélgica si no quiere sostener á un tiempo guerra con el pueblo aleman y guerra con el pueblo inglés, los dos pueblos que destruyeron el primer imperio en Waterlóo.

Hoy las tropas que guarnecian á Roma se han embarcado. El Santo Padre, en los dias

mismos en que se había elevado á la categoría de Dios, se halló á merced de sus enemigos, en vísperas de recorrer la tierra, errante, perseguido, sin hallar un asilo á su soberbia. Es seguro que el gobierno italiano habrá prometido á Francia respetar el Papa. Mas no es seguro que el gobierno italiano pueda cumplir sus promesas. Ya está Garibaldi en el Continente. ¡Sublime héroe! Con su sencillez sólo propia de los primeros redentores, con su palabra sublime sólo propia de los primeros profetas, lleva en su seno el alma de Italia, que se encarna siempre en legiones de misteriosos artistas. Esa alma le iluminó en las orillas del Plata en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, y en las riberas del Adriático, cuando recogia el último suspiro de Venecia espirante sobre sus lagunas de lágrimas. Esa alma de Italia que desplegó en los Alpes y en los Abruzos, que le inspiró la leyenda de Marsala y el desembarco fabuloso en las playas del Tirreno, que le ha hecho mártir de Aspromonte y de Mentana, esa alma de Italia le poseerá cuando suba á la cima del Capitolio y desde allí

[redacted]

anuncie al mundo redimido la muerte del poder teocrático, que ha esclavizado por tantos siglos la conciencia humana. Cuando el viento de los sepulcros se levante llevando en sus giros estas palabras de resurreccion á la tierra, Garibaldi descenderá á la vía Apia, y realizado el ideal de su vida, podrá dormir en paz bajo las piedras que guardan las cenizas dė Goroliano y de Camilo, para mostrar al mundo con un sepulcro glorioso más en la Roma de los recuerdos que la libertad es la eterna casta esposa del heroismo.

Fines de Julio de 1870.

CAPITULO CXI.

LA SITUACION DE EUROPA.

Veamos la situacion de Alemania. ¿Habia previsto Bismark la guerra que la candidatura prusiana iba á suscitar? Cuéntase que esta eventualidad no se ocultó á los negociadores; pero el astuto ministro pidió que la dejaran completamente á su cuidado. Si habia previsto la guerra no la habia previsto para tan pronto. Cuando estalló, encontrábase él en Varzein, austero castillo de la Pomerania; su rey en Ems pasando la estacion de baños como un buen padre de familia; la escuadra en

los mares de la Gran Bretaña; situacion que habrá dificultado mucho el regreso á los puertos del Báltico, exponiéndola á ser aniquilada por las poderosísimas escuadras francesas. Pero como Prusia es un pueblo militar, en pocos dias ha puesto sobre las armas su formidable ejército. En cuanto los síntomas de guerra se agravaron, partióse el rey á Berlin. Aguardábanle en la estacion su hijo, su ministro, y varios generales del Estado Mayor. Al poner el pié en tierra le entregaron la declaracion oficial del sangriento conflicto. Su sereno rostro se turbó, se oscurecieron sus ojos, y sus manos buscaron las manos de su hijo. Este llevó respetuosamente á los labios la mano paternal. Abrazóle el monarca, y por algunos momentos una emocion de tristeza profundísima reinó en el lugar donde estaban congregados los principales actores de esta gran tragedia, que puede ser para la humanidad una catástrofe. La voz de que la guerra estaba declarada corrió con la celeridad y el estruendo del rayo. El pueblo de Berlin manifestó un grande entusias-

[illegible]

[illegible] no tuviera [illegible] que está más cerca [illegible] no sería el germano un pueblo [illegible]nista. Pero ama tambien su gran patria, la tierra inmensa que ha sido la cuna de sus diversas razas, el espacio donde han brillado esos nombres ilustres como Lutero, Guttenberg, Leibnitz, Kant, Gœthe, Schiller y Hegel, que son la corona luminosa de un pueblo. En otro tiempo de ménos ilustracion, las dificultades para armonizar la grande patria, la Alemania con la pequeña patria, Sa[illegible], Suavia, Baviera, etc., podia llevarles [illegible] error de pedir el auxilio extranjero.

De este error se aprovechó Napoleon el Grande para sus campañas de Alemania. Mas hoy un sentimiento de solidaridad nacional, una idea clara del derecho humano, y una dolorosa experiencia de las humillaciones infligidas por el extranjero á la patria les han demostrado que su vida debe unirse á la tierra alemana como el espíritu se une al cuerpo humano. Una separacion sería la muerte. Por eso las discordias se han olvidado, y las heridas se han cubierto y ocultado en el pabellon de la patria. El Sur de Alemania peleará unido á las órdenes de Prusia, férreo brazo destinado á contener las ambiciones cesaristas y conquistadoras de Napoleon III. Baden, Wurtemberg, Baviera han llamado ya sus reservas.

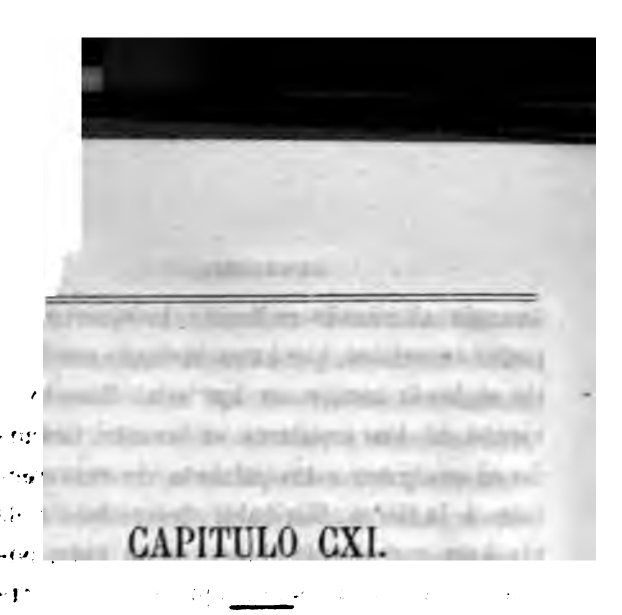
¿Cuál es la actitud de Europa? Hay en primer lugar las nacionalidades pequeñas, colocadas entre Prusia y Francia, cuya neutralidad se halla asegurada por el derecho internacional europeo. La opinion se mueve en estos pequeños pueblos á impulsos de sus respetables intereses. Bélgica nada tiene que

[illegible] contra Francia: Ho- [illegible] contra Prusia.

[illegible] Las Cámaras [illegible] autonomía de los [illegible] de los ciudadanos, jamás [illegible] con la unidad de la patria, ni con la fuerza necesaria á su defensa. A [illegible] atendido las Cámaras, á la integri- [illegible] territorio, al armamento nacional, á

los créditos indispensables para la guerra, á la designacion del general en jefe y al armamento de las reservas. La pequeña República está pronta á defender su nacionalidad. Suiza tiene por su posicion, por su lengua, por su carácter, relaciones con Alemania estrechísimas; pero Suiza recela de la ambicion de Bismark y de su invasor militarismo. Para ella Alemania está destinada á formar en lo porvenir una confederacion tan libre y tan feliz como la confederacion helvética. Entusiasta del génio aleman y enemiga de su gobierno; simpática al pueblo francés, y resentida con Napoleon desde las anexiones de Saboya y Niza, que por mil títulos debieron ser neutralizadas y conferidas á la nacion Suiza, la pequeña República tiene una verdadera neutralidad moral, y se arma fuertemente sólo para conservar esta dichosa neutralidad.

En las grandes potencias hay mucha variedad de intereses. Inglaterra es por instinto enemiga de estas carnicerías internacionales, llamadas en nuestro pervertido lenguaje glo-



CAPITULO CXI.

LA SITUACION DE EUROPA.

Veamos la situacion de Alemania. ¿Habia previsto Bismark la guerra que la candidatura prusiana iba á suscitar? Cuéntase que esta eventualidad no se ocultó á los negociadores; pero el astuto ministro pidió que la dejaran completamente á su cuidado. Si habia previsto la guerra no la habia previsto para tan pronto. Cuando estalló, encontrábase él en Varzein, austero castillo de la Pomerania; su rey en Ems pasando la estacion de baños como un buen padre de familia; la escuadra en

los mares de la Gran Bretaña; situacion que habrá dificultado mucho el regreso á los puertos del Báltico, exponiéndola á ser aniquilada por las poderosísimas escuadras francesas. Pero como Prusia es un pueblo militar, en pocos dias ha puesto sobre las armas su formidable ejército. En cuanto los síntomas de guerra se agravaron, partióse el rey á Berlin. Aguardábanle en la estacion su hijo, su ministro, y varios generales del Estado Mayor. Al poner el pié en tierra le entregaron la declaracion oficial del sangriento conflicto. Su sereno rostro se turbó, se oscurecieron sus ojos, y sus manos buscaron las manos de su hijo. Este llevó respetuosamente á los labios la mano paternal. Abrazóle el monarca, y por algunos momentos una emocion de tristeza profundísima reinó en el lugar donde estaban congregados los principales actores de esta gran tragedia, que puede ser para la humanidad una catástrofe. La voz de que la guerra estaba declarada corrió con la celeridad y el estruendo del rayo. El pueblo de Berlin manifestó un grande entusias-

mo, ménos ostentoso, pero más reflexivo que el entusiasmo francés.

El Sur de Alemania era una incógnita para todos aquellos que estudian lijeramente las cuestiones europeas. Creíase que, resentido con Prusia, amenazado en su autonomía, estaba pronto á declararse neutral, y quizá favorable al extranjero. No conoce Alemania quien así discurre. Todo aleman ama profundamente su pequeña patria, su estado diminuto, su municipio, su hogar. Si no tuviera tal pasion á todo aquello que está más cerca del indivíduo, no seria el germano un pueblo individualista. Pero ama tambien su gran patria, la tierra inmensa que ha sido la cuna de sus diversas razas, el espacio donde han brillado esos nombres ilustres como Lutero, Guttenberg, Leibnitz, Kant, Gœthe, Schiller y Hegel, que son la corona luminosa de un pueblo. En otro tiempo de ménos ilustracion, las dificultades para armonizar la grande patria, la Alemania con la pequeña patria, Sajonia, Suavia, Baviera, etc., podia llevarles hasta el error de pedir el auxilio extranjero.

De este error se aprovechó Napoleon el Grande para sus campañas de Alemania. Mas hoy un sentimiento de solidaridad nacional, una idea clara del derecho humano, y una dolorosa experiencia de las humillaciones infligidas por el extranjero á la patria les han demostrado que su vida debe unirse á la tierra alemana como el espíritu se une al cuerpo humano. Una separacion seria la muerte. Por eso las discordias se han olvidado, y las heridas se han cubierto y ocultado en el pabellon de la patria. El Sur de Alemania peleará unido á las órdenes de Prusia, férreo brazo destinado á contener las ambiciones cesaristas y conquistadoras de Napoleon III. Baden, Wurtemberg, Baviera han llamado ya sus reservas.

¿Cuál es la actitud de Europa? Hay en primer lugar las nacionalidades pequeñas, colocadas entre Prusia y Francia, cuya neutralidad se halla asegurada por el derecho internacional europeo. La opinion se mueve en estos pequeños pueblos á impulsos de sus respetables intereses. Bélgica nada tiene que

[redacted]

temer de Prusia, mucho de Francia. Si esta nacion se apodera de las provincias Rhinianas, necesita de Bélgica como los grandes rios necesitan de una desembocadura. Por eso Bélgica es enemiga de Francia, se arma contra las dos potencias, pone en pié de guerra cien mil hombres; corta sus comunicaciones, así por la frontera prusiana como por la frontera francesa; pero sus simpatías están por Prusia. Al revés, muy al revés Holanda. Sus magníficos puertos son á la nacion prusiana indispensables. Y de aquí temor á su política, repugnancia á su victoria. Así como Bélgica se arma, en apariencia por su neutralidad, y en realidad contra Francia; Holanda se arma, en apariencia con su neutralidad, y en realidad contra Prusia.

Tambien Suiza se conmueve. Las Cámaras federales demuestran que la autonomía de los cantones, la libertad de los ciudadanos, jamás serán incompatibles con la unidad de la patria, ni con la fuerza necesaria á su defensa. A todo han atendido las Cámaras, á la integridad del territorio, al armamento nacional, á

los créditos indispensables para la guerra, á la designacion del general en jefe y al armamento de las reservas. La pequeña República está pronta á defender su nacionalidad. Suiza tiene por su posicion, por su lengua, por su carácter, relaciones con Alemania estrechísimas; pero Suiza recela de la ambicion de Bismark y de su invasor militarismo. Para ella Alemania está destinada á formar en lo porvenir una confederacion tan libre y tan feliz como la confederacion helvética. Entusiasta del génio aleman y enemiga de su gobierno; simpática al pueblo francés, y resentida con Napoleon desde las anexiones de Saboya y Niza, que por mil títulos debieron ser neutralizadas y conferidas á la nacion Suiza, la pequeña República tiene una verdadera neutralidad moral, y se arma fuertemente sólo para conservar esta dichosa neutralidad.

En las grandes potencias hay mucha variedad de intereses. Inglaterra es por instinto enemiga de estas carnicerías internacionales, llamadas en nuestro pervertido lenguaje glo-

riosas batallas. Desde los tiempos de Napoleon tiene resuelto Inglaterra no combatir sino por el paso libre de sus buques á través de todos los mares. La lucha que ahora comienza, la subleva moralmente; y acusa á Napoleon de haberla injustamente provocado. Por su historia, por su raza, por su sangre, por su lenguaje, Inglaterra es un pueblo unido á Prusia. De allí salieron esos sajones que han fundado la libertad individual, el hogar inviolable, el Jurado, los grandes títulos del pueblo británico á la supremacía moral en Europa. Pueblos germanos, pueblos protestantes, pueblos unidos por un ódio comun á los franceses y á los Bonapartes, Inglaterra y Prusia se entienden á través de los mares que las separan, y unen sus almas en el mismo pensamiento. Por eso la explosion de cólera contra Francia ha sido grande en Lóndres, y ha llegado hasta el seno mismo de las Cámaras. Las palabras de Disraeli expresaban una profunda conviccion, de que el grito de la conciencia humana haria detener la bárbara fatalidad de las armas. Y como Fran-

cia resulta hasta aquí responsable, contra Francia son todas sus protestas. Pero Prusia tiene relaciones con otra gran potencia, relaciones amenazadoras para Inglaterra, tiene relaciones con Rusia, que desea el Bósforo vedado á su ambicion por el comercio británico. A pesar de sus simpatías por Prusia, y de sus simpatías contra Francia, Inglaterra pelearia por su rival, si Rusia peleara por Prusia. Esta es una razon más para que la nacion británica pugne hasta el instante último por la paz de Europa. Ya ha declarado su neutralidad.

Las simpatías de Rusia son conocidas. El Austria é Italia se encuentran en posicion dificultosísima. Austria no puede olvidar que Prusia la ha humillado en Sadowah; pero tampoco puede olvidar que Prusia pelea hoy por la integridad de Alemania contra el conquistador extranjero. Si Austria fuese una potencia puramente eslava, dispondria á su arbitrio de sus destinos. Pero sus ocho millones de alemanes le impiden tomar las armas contra Alemania, y sus reinos eslavos le

[redacted]

impiden tomar por Alemania las armas. Estos reinos temen además que volviendo á la confederacion germánica, ora por una alianza con Prusia, ora por una alianza con Francia, Austria emplease nuevamente la restauracion de su poder en subyugarlos. De aquí la neutralidad austriaca.

No ménos difícil es la posicion de Italia. A Francia debe el comienzo de su independencia, la redencion del Milanesado, y el comienzo de su unidad, la batalla de Solferino. Pero á Prusia debe el remate de esa obra, el Cuadrilátero. Francia le impide perfeccionarla poseyendo á Roma, en tanto que Prusia le dejaria abierta la Ciudad Eterna. Es vèrdad que Francia le dió Solferino, pero tambien le ha dado Mentana. Es verdad que Francia le ha dado su unidad; pero esa unidad ha sido suficientemente pagada con Niza y con Saboya. El gobierno italiano podia dudar; pero el pueblo italiano está decididamente por Prusia.

Sólo una alianza quedaba á Napoleon, y era la alianza con Dinamarca. Mas el veto de Rusia impediria al pequeño estado escandinavo el

tomar venganza de sus desgracias en las orillas del Elba. De suerte que hasta el momento en que escribo, el cielo europeo se muestra, para Bonaparte y su causa, encapotado, oscurísimo.

Mientras tanto el Emperador lo apercibe todo para la guerra. Su cuartel general será Nancy. Desde allí enviará á su derecha un gran cuerpo de ejército, que sin penetrar en Suiza, ataque el gran ducado de Baden y empiece una guerra formidable contra el Mediodía de Alemania. Desde allí enviará á su izquierda otro cuerpo de ejército que ataque y ocupe los principados del Rhin, los de aquella orilla. Y quedándose en el centro, agñardará á moverse cuando pueda él mismo y en persona dar un golpe decisivo. Las fuerzas se hallan muy equilibradas. Prusia tiene mejores generales, Francia mejores soldados; Prusia tiene grande resistencia, Francia grande ímpetu; Prusia sus fortalezas, Francia su furia. Jamás se vieron fuerzas tan iguales y contrarias. Otro dia hablaré de los resultados probables de esta lucha. Hoy el ánimo, em-

[illegible] [illegible], sólo asiste á [illegible] [illegible], [illegible] Césares, que nece[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible], sacrificios humanos.

[illegible] de 1870.

[illegible] Sarre es la primera que [illegible] [illegible]. Esta línea tiene [illegible] [illegible] y cinco enormes [illegible] á [illegible] de numerosos ejércitos. La primer [illegible] ha sido un encuentro [illegible] [illegible] los oficiales alemanes [illegible] y un inglés, que les acompañaba, murió. El primer encuentro [illegible] [illegible] cerca de [illegible]. Es un pequeño pueblo prusiano. Tiene un campo de maniobras cercado de álamos. Plaza militar, no se eleva, sin embargo, al carácter de plaza fuerte. Grandes bosques la rodean y en ellos se guarecen los soldados prusianos. Todo el dia se consume en disparar tiros, cuyo blanco es la cabeza, el corazon, el cuerpo humano. Los franceses ensayan su Chassepot. A mil metros des-
n ginete. Cada árbol es una forta-

leza, cada pliegue del terreno una muralla. Las avanzadas de uno y otro campo no pueden verse sin dispararse mútuamente sus armas de fuego. Un cañon de fusil brilla á los rayos del sol, una detonacion suena y resuena, una ligerísima humareda se forma y se disipa como el soplo, un hombre cae, y la tierra bebe con despiadada indiferencia su sangre para formar tal vez jugos que alimenten y sostengan á nuevos séres. Por fin se empeña una accion. Los franceses acometen con la celeridad del relámpago. Diez heridos, unos cuantos muertos de una y otra parte: Sarrebruk es tomado. Hé ahí ya una conquista francesa; hé ahí un nuevo nombre que inscribir en el Arco de la Estrella.

Mientras tanto, la posicion de las diversas naciones europeas se determina, se aclara. Prusia muestra verdadera indignacion contra Inglaterra porque sus minas proporcionan carbon á las escuadras y sus máquinas armas á los ejércitos de Francia. Las relaciones entre el gobierno británico y el gobierno prusiano, á pesar de las revelaciones de Bismark

contra Napoleon, están de tal suerte tirantes que se teme mucho la retirada del embajador inglés en Berlin. Esta actitud, sin embargo, no tranquiliza á Francia, pues algunos periódicos de París temen que Inglaterra quiera apoderarse de Amberes para defender por su cuenta y riesgo la neutralidad belga, mientras que otros temen, al verla aglomerar fuerzas y reunir naves en Malta é intentar una diversion de sus fuerzas hácia el Egipto. En realidad Inglaterra se arma contra el mayor y el más grave de sus peligros, contra los armamentos de Rusia.

No hay que dudarlo; el patriotismo francés hoy está más unánime que al principio de la guerra. Ese canto de *La Marsellesa*, repetido en todos tonos y á todas horas por los ejércitos y por los ciudadanos, hace creer á los franceses que con la victoria militar va á volver la libertad republicana. ¡Error de los errores! La victoria de Francia es la victoria de Bonaparte. La Francia es una gran nacion. Yo la reconozco cuando escribe con la pluma de Voltaire, cuando habla por la boca de Mi-

rabeau, cuando canta las estrofas de *La Marsellesa*, cuando escribe en el Sinaí de la revolucion los derechos del hombre, cuando pelea en Hoche por la libertad de los pueblos; pero no, no la reconozco cuando sacrifica la paz del mundo, y degüella un millon de hombres por asegurar la dinastía de los Bonapartes, eternos enemigos del derecho, sangrientos asesinos de la República.

Dia 6 *de Agosto.*

Una prueba de lo terrible que se presentó esta guerra, es el ruido que han levantado los periódicos franceses con el encuentro de Saarbruk. Una accion en que sólo hay seis muertos por su parte y setenta y dos por parte de los prusianos, á la verdad no merecia tanto regocijo en los acostumbrados á contar por miles los muertos y por centenares de miles los soldados. El Emperador describe la accion con vivísimos colores, como si tuviera el presentimiento de que este debia ser el único próspero suceso de los comienzos de su guerra. Y presenta el príncipe imperial, á ese pobre niño que á los catorce años debia

[illegible] de la infancia,
[illegible] visto pasar
[illegible] muertos sin
[illegible] primero. com-
[illegible] la muerte.
[illegible] que en-
[illegible] de los hom-
[illegible] segundo. no
[illegible] lanzar
[illegible] morir,
[illegible] sin que
[illegible] es verdad,
[illegible] seria
[illegible] ó
[illegible] aque-
[illegible] un
[illegible]
[illegible] que
[illegible] necesidad de esa
[illegible]
[illegible] grandes de [illegible]
[illegible] conquistadores tiene
[illegible] la muerte. Como los a
[illegible] los Bonapartes á s

chorros con sangre. Mas ¿se salvará la dinastía imperial? Malos síntomas se notan por das partes. Los guardias móviles, que ha uerido oponer Bonaparte al landwher aleian, esa guardia en que entraban los jóvenes e veinte á treinta años, no ha respondido á u objeto. Hijos de familia, esposos que acaban de unirse á una mujer adorada, gente de varias y diversas ocupaciones, la vida militar los perturba en todos sus hábitos y en todos sus intereses. El pueblo francés dará siempre un grande ejército, da á veces voluntarios invencibles. Pero no puede dar una buena guardia móvil. Gritos muy hostiles al Imperio salen de sus filas. Clamores de «á París» en vez de «á Berlin» pueblan los aires de su campamento. Este sitio militar, que era para los soldados regulares como una fonda á cielo abierto, es para los guardias móviles como un desolado, inhospitalario desierto. La administracion militar no ha ocurrido á nada. Ni alimento, ni camas, ni tiendas encuentran. Un ejército de mujeres que lloran desoladas sigue al ejército de jóvenes en cuyo

ardimiento libraba Francia tantas esperanzas. La indisciplina estalla. El mariscal Canrobert quiere impedirla, pero en vano. El ejército regular extiende un cordon al rededor de la guardia móvil. Aquellos jóvenes en quienes Francia creia ver los voluntarios de 1792 son prisioneros.

Y no paran aquí las desdichas francesas. El plan de Napoleon más que plan de ataque parecia plan de sitio. Comprendiendo cómo el bloqueo marítimo circuia á los alemanes, parece querer bloquearlos tambien por tierra. Así extiende su ejército en una línea inmensa, desde Thionville á Metz, y desde Metz á Estrasburgo. Este plan seria magnífico sino lo desconcertase un ataque de los prusianos. Este plan seria magnífico si el soldado francés tuviera tantas cualidades para la resistencia como tiene para marchar hácia adelante, ébrio de coraje. El golpe fatal á Francia suena. Entre Metz y Estrasburgo se levanta la plaza de Wissemburgo. Tres regimientos y alguna caballería la guarnecen. Al rayar el alba, un formidable ejército pru-

siano está á su vista. Lo manda el príncipe real de Prusia. Aquella es una verdadera sorpresa militar. Ocho ó diez mil franceses se encuentran frente á frente de tropas numerosísimas. La táctica moderna es eso: aglomerar en un punto por marchas rapidísimas fuerzas muy superiores á las fuerzas del enemigo, y conseguir así rápidamente una victoria. Los franceses combaten como fieras. Pero nada alcanzan. Contra la fatalidad no hay valor. Quinientos caen presos. Innumerables muertos y heridos, los demás se dispersan. El General de Brigada Donai muere sobre el campo de batalla. Ante este hecho militar el ánimo perplejo se pregunta ¿qué espias tienen los franceses? ¿Cómo no supieron la llegada de fuerzas tan superiores? Y en seguida. ¿Qué plan de campaña es ese? ¿Cómo queda una division aislada, sola, sin que ningun otro cuerpo acuda á su defensa? ¿Qué hace el General Mac-Mahon? Esas detenciones, esas largas en las fronteras, ese hacinamiento de las tropas, esa division de los cuerpos de ejército, indican á las claras que

la inteligencia militar francesa duerme bajo la cúpula de los Inválidos, en el sepulcro de Napoleon el Grande.

Mientras tanto, ¡qué espectáculo el espectáculo de París! El Gobierno que sólo quiere dar noticias de victorias, oculta la derrota de Wissemburgo. Varios especuladores fingen un telégrama que pasa de mano en mano y en el cual se anuncia una gran batalla coronada por el más brillante éxito para las armas francesas. El entusiasmo del pueblo llega al delirio. Cantan todos la Marsellesa, vociferan [illegible] sacan los más bande- [illegible] pasean por aquellas calles [illegible] regocijo público por [illegible] sube dos francos y [illegible] gobierno calla [illegible] de su ejército. [illegible] la victoria. Y esta con [illegible] desgracias. El entusiasmo [illegible] agua. La multitud encuentra á la [illegible] aple del Gran teatro de la ópera. Ma- [illegible] á cantar la Marsellesa

desde lo alto de su carruaje. Nuevo delirio, nuevos vivas, alegría general, epiléptica, cercana á la locura. Y el gobierno callando su derrota.

En esto la verdad se descubre. Los periódicos ingleses la publican. Wissemburgo ha sido tomado. Un furor indescriptible se apodera de la poblacion. Los cantos cesan, las banderas se retiran, la furia del dolor sucede á la furia de la alegría. La noticia de la victoria concebida en términos pomposos, anunciando el cautiverio del príncipe heredero, y de veinte y cinco mil prusianos, es contrastada por la amarga realidad de una derrota. La muchedumbre ve un juego bursátil en su engaño, pregunta el nombre del falsario, invade la bolsa, persigue á los bolsistas, interrumpe las operaciones, cierra el edificio, apedrea las casas de los cambiantes de moneda, y amenaza de muerte á un prusiano que ha creido deber regocijarse por las victorias de su patria; muchedumbre tan ciega en su regocijo como en su ódio. Una manifestacion se dirige al ministerio de Justicia. Ollivier

[illegible] los ánimos con algunas ex-[illegible]. La manifestacion corre desde el [illegible] al ministerio del Interior. El [illegible] desciende, habla, explica el [illegible] apaciguar los ánimos, [illegible] prudencia, bien necesaria en aquellos momentos de supremo peligro para la nacion francesa.

Dia 7 de Agosto.

El dia 7 de Agosto será contado siempre entre los dias nefastos del segundo Imperio. En este dia supremo comienza la liquidacion del Cesarismo, esa liquidacion que tantas veces he anunciado como deshonrosa y funesta para Francia. La division del muerto General Douai era del cuerpo formidable mandado por Mac-Mahon. Este leon de África no puede retroceder. Comunicándose aun con Metz, el Emperador le manda que recobre como el inmortal Hoche, á Wissemburgo. Mac-Mahon [illegible]lante. No es menester. Corre á su en-[illegible] el vencedor. En Rischoffen se encuen-[illegible] dos ejércitos. El encuentro es hor-[illegible] una carnicería. Cuatro mil franceses

caen prisioneros. Dos águilas van á ornar los templos de Berlin. Seis de esas ametralladoras que esparcian la muerte, y treinta cañones aun ardiendo, son los trofeos de esta victoria.

Y continúan las desdichas. La primera victoria de Saarbruk se ha disipado en humo. El príncipe Federico Cárlos, el verdadero vencedor de Sadowah, se ha acercado á la plaza que los franceses bombardeaban sin ocuparla. Allí se encuentra con el General Frossard, que lleva otro cuerpo de ejército no ménos brillante ni ménos numeroso que el ejército de Mac-Mahon. Pero ¡ah! condenado á la misma desgracia. Despues de un gran combate, la victoria se declara por los prusianos.

Dia 8 *de Agosto.*

El Emperador está en situacion peligrosísima. Su ala derecha ha sido cortada en Vissemburgo y en Rischoffen. Su ala izquierda cortada en Sarrebruck y en Forbach. Los dos generales que las mandan, Mac-Mahon, el jefe del ala derecha, y Frossard, el jefe

[illegible] vencidos. Al Emperador [illegible] le quedan las manchas de Metz. [illegible] allí brota un grito de [illegible] morir á esa Francia que [illegible] La emocion de Paris es inmensa. La Emperatriz de una [illegible] que Francia está en peligro. El Emperador anuncia que se ha perdido la sangre [illegible] á pesar de que el momento es [illegible] para la nacion. Paris es declarado en estado de sitio, la guardia móvil [illegible] al ejército, el Cuerpo Legislativo convocado. Pero la opinion está exaltadísima. La guardia nacional se queja furiosa; mientras el pueblo francés pide armas, primero contra el prusiano que lo ha vencido; pero despues contra el César, que lo ha deshonrado. La imagen de la República que salvó a la Francia se dibuja en los aires como el genio tutelar de Paris.

Dia 9 de Agosto.

Coméntase la guerra por todo el mundo. [illegible] hacia gala se ha trasladado á los alema[illegible] los errores del Imperio Napoleónico.

Primer error: no comenzar el ataque los mismos que habian provocado la guerra, los franceses.

Segundo error: concentrar todas las fuerzas en Metz, aguardando á que el rey de Prusia fuera en persona con su gran ejército á medir sus armas con el Emperador. El deseo absoluto de defender la posicion imperial ha perdido al ejército, y al Emperador de Francia.

Tercer error: enviar cuerpos de ejército relativamente pequeños sobre las dos alas, exponiéndolos á ser aplastados por fuerzas muy superiores.

Cuarto error: aislar estos cuerpos. Así han perdido los franceses su línea del Rhin, y su línea del Saar. Si no tuvieran Metz estarian ya en la línea de los Vosgos.

La tercer invasion extranjera la deben los franceses al tercer Napoleon. ¿Tendrán la audacia que necesitan para ser todavía un gran pueblo, único escollo contra el cual se estrellaria un grande ejército?

Aguardemos.

[illegible]

[illegible]

[illegible] parte de sus [illegible] en la Alemania [illegible] y otra gran parte de sus esperanzas [illegible] en la monarquía de Austria [illegible] del desengaño. [illegible] a la sombra de la bandera prusiana, y el Austria mandada por Roma se acordará de que por raza, por historia, por tradicion, por lengua, es una tierra alemana. El grito de desesperacion ha salido de las prensas imperiales, grito angustio-desgarrador, supremo: no tienen aliados.

¿Y cómo los quereis tener cuando resucitásteis el Imperio que era una amenaza para el mundo? Vuestro emperador se fundaba en una gloria funesta á todos los pueblos. O ese fuerte Imperio significaba una volubilidad, ó significaba la conquista.—¿Y qué pueblo podrá tender su mano á los conquistadores?

Dia 11 *de Agosto*.

El gobierno francés debe estar bien desmayado. Por un artículo que el *Diario Oficial* publica, se infiere la perturbacion de su ánimo. Cuando hace poco tiempo se juzgaba árbitro de Europa; cuando tenia en tutela Italia y en servidumbre Roma; cuando amenazaba el poder de Alemania; y no contento con su influencia europea, envolvia en los pliegues de su vasto sudario repúblicas del Nuevo Mundo, su ascendiente moral era inmenso, ascendiente perdido por imprudencia temeraria en una guerra funesta á sus armas y á su nombre. Esos poderes morales se disipan en una sola batalla. Y para recobrarlos se vuelve el Gobierno francés á Europa, y le grita socorro. Este clamor angustioso es la

[illegible] de su irredimible decadencia. [illegible] que el Imperio [illegible] inferioridad. El César [illegible] europeas, que [illegible] que se erigia en [illegible] mecánica política, [illegible] se ha trasformado en [illegible] Su grito de angustia es el [illegible] de su agonía.

Pero ¿qué nacion lo socorrerá? Su política [illegible] de todas las naciones. Rusia recuerda Sebastopol; Inglaterra recuerda que en aquella empresa tendia tambien á humillar su poder. [illegible] Italia le debe Solferino, pero tambien Mentana. Austria ha sido [illegible] por el [illegible] de sus ideas. No le queda ningun aliado en el mundo. Se concibe que naciones pequeñas, Portugal, Bélgica, entreguen su destino en manos de la diplomacia europea, pero si los ejércitos franceses se han retirado en desórden de los [illegible] de batalla, su diplomacia, al escribir [illegible], se ha retirado del trono que ocupaba en el centro de Europa.

Dia 12 de Agosto.

La Asamblea se reune en medio de la mayor agitacion. La plaza de la Concordia y las avenidas del Palacio, no pueden contener las muchedumbres agitadas por ideas contrarias, diversas, pero en igual grado amenazadoras y tempestuosas. Aquel espectáculo recuerda algunas escenas de la revolucion francesa. En los corredores, en el salon de conferencias, los diputados se entregan á mútuas recriminaciones; pero tan fuertes y ruidosas, que se teme degeneren pronto en golpes y apaleos. El sentimiento general reconoce la impericia del Emperador. La palabra destronamiento sale de muchos lábios. Si no quedase todavía alguna esperanza, si la batalla decisiva se hubiese dado, los cortesanos serian los primeros en votar la expulsion de los Bonapartes. La ingratitud y la cobardía fueron siempre amargo fruto del envilecimiento cortesano. La sesion se abre, y sobre la sesion pesa uno de esos silencios precursores de las grandes catástrofes. El partido militar, mal avenido con la política del ministerio, enemi-

[redacted]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] parlamentarias, resuelto á romper [illegible] sobre la dictadura, se apercibe á expulsar los ministros parlamentarios. Para esto encontraría grande apoyo en la Emperatriz, en la señora de los desastres de Méjico, en la protectora de la intervencion romana, en la católica, en la absolutista Regente, [illegible] de la desgracia, [illegible] de la derrota, [illegible] de la ruina, [illegible] de la muerte.

Emilio Ollivier sube á la tribuna. Su situacion es terrible. Los republicanos sólo aciertan á ver en su persona al apóstata; y los imperialistas al republicano. Ollivier, tan amigo de la tribuna, confía á un papel sus pensamientos. El primero, el capital es que en crisis tan supremas, no puede perder el gobierno sin perder la honra. Rumores nebulosos le anuncian que el Cuerpo Legislativo está decidido á quitarle gobierno y honra. Sobre todo, cuando habla de concordia, cuando pide que todos le auxilien, cuando apunta la idea de que las divisiones sólo podrian favorecer al extranjero

acampado en el suelo de la patria, un tumulto inmenso ahoga sus palabras. Los más decididos amigos del Emperador gritan á una, como en cualquier teatro: fuera, fuera. ¿Y por qué nó fuera tambien el Imperio? A él toca la responsabilidad. Si las batallas diplomáticas se han perdido; si Prusia se ha agrandado, si la guerra ha venido, si el ejército, el gran ejército francés se ha roto; si el suelo nacional está profanado por el extranjero, si los dias más tristes del catorce y el quince oscurecen los anales de Francia, la culpa, toda la culpa es del Imperio.

La fórmula de la extrema izquierda es la fórmula salvadora: suprimir el gobierno y suprimir el Imperio. Esta fórmula se compendiaba en dos importantísimas declaraciones. 1.ª Se arma á toda la nacion, 2.ª asume el Cuerpo Legislativo todos los poderes. Al oir tales proposiciones, sale un clamor universal de los bancos imperialistas. Julio Favre logra dominarlo con su voz de trueno, y dice que si la campaña está perdida, y violado el territorio francés, la culpa es del gene-

ral en jefe, la culpa es del Emperador Napoleon. No lo dice solamente la voz del diputado republicano, lo dice hoy la conciencia humana, lo dice la historia. Y el minuto del castigo ha sonado en el horario de la Providencia.

A estas proposiciones, Casagnac ha subido á la tribuna. El fanatismo imperial hierve en su conciencia, la rabia contra la libertad en su pecho, la ira vibra en sus lábios, la demencia en el acento de su palabra, [illegible] siniestra [illegible] como los fuegos de un volcan. Inyectados los ojos en sangre, crispadas las manos, en desorden el cabello que se eriza, como si estuviera furioso, pregunta á la montaña si aquello es una revolucion. Si, si, le gritan á una todos los diputados de la izquierda. Pues si yo fuera ministro, exclama el energúmeno, os someteria ahora mismo á un consejo de guerra. ¿Nos quereis fusilar? pregunta Julio Simon. La Asamblea recuerda uno de los momentos más característicos de la Convencion.

Ollivier queria hablar, pero no le

escuchan. Las imprecaciones más horribles, los insultos más groseros parten de todos los bancos, é incendian todas las pasiones. Dos diputados de la izquierda bajan, se dirigen al sitio ocupado por los ministros, los amenazan y hasta les pegan. En tal momento, los diputados todos se levantan, accionan, gesticulan, gritan, amenazan, y confundiéndose en inmenso tumulto, convierten la Asamblea en pavoroso caos donde sólo se ven relampaguear siniestramente el odio y la ira.

El Presidente se cubre. La mayor parte de los diputados bajan al hemiciclo. Picard grita desde su banco que el pueblo pide armas, y las tendrá; y que si las niega el gobierno, las tomará el pueblo por su mano. Esta proposicion aumenta el escándalo. El antiguo favorito del César, Clemente Duvernois, propone que se nombre un gobierno capaz de organizar la defensa nacional. La Cámara aprueba esta proposicion, y Emilio Ollivier cae del ministerio.

Hé ahí la triste suerte del apóstata. Mal con su conciencia, conspuido por la opinion, reo

de lesa-justicia, los mismos á quienes ha servido, lo derriban y lo infaman. Quiso en su demencia aliar el Imperio con la libertad, y de la urna donde estaba el fatal plebiscito, han salido triunfantes la dinastía del Dos de Diciembre y del 18 de Brumario, la dictadura militar, las quintas desoladoras, las guerras inhumanas, la muerte de la democracia, la ruina de la patria.. Prevost-Paradol, más enérgico, y más honrado, ha concluido por el suicidio. Ollivier no ha osado rescatar sus culpas ante la historia por este holocausto de sangre.

Y era, sin embargo, más culpado. Ahora, cuando en la tristeza de su soledad ve á todos sus ensueños desvanecidos, todas sus ambiciones burladas, la época más deshonrosa de la historia moderna unida á su nombre indisolublemente, la invasion extranjera vinculada en su torpeza; cuando contemple cómo le han deshonrado y le han hundido los mismos á quienes sacrificaba historia, reputacion, nombre de familia, y un porvenir brillantísimo de gloria, debe alzar los ojos á su

[redacted]

conciencia oscurecida y desde su conciencia al cielo, para reconocer cuán severa é implacablemente castigan çielo y conciencia, justicia humana y justicia divina á todos los apóstatas.

[redacted]

CAPITULO CXII.

... detalles de ... para el ... llevaron diez ... heridos ...

... en For- ... ... sino ... ... hasta ... mi- ... Mientras tales siniestras noticias ... por Europa, se nombraba en Paris el ... ministerio. Un estupor general de toda

la Europa culta lo acoge. Son los esbirros del pueblo, los cortesanos de los peores dias, los enemigos de la libertad, los cómplices de todos los atentados, los mamelucos, la guardia negra del César, aquellos que quisieran el exterminio de los liberales en el momento mismo en que Francia necesita de todos sus hijos y en que resuenan las estancias de la Marsellesa, el cántico de la República. El partido absolutista del Imperio no podia desaprovechar esta coyuntura de rehacer el despotismo cesáreo. El ministerio Palikao es el ministerio de la dictadura, el ministerio de la reaccion, el ministerio de las complacencias cortesanas, el ministerio del bombardeo de París, uno de esos desafios insensatos que los poderes moribundos arrojan al rostro de los pueblos.

La Emperatriz ha podido elegir entre sus partidarios otro que no fuera el célebre expoliador de los palacios de China; otro que no fuera el antiguo demagogo, el compañero del sastre Du Satoy, el redactor retribuido de los periódicos imperialistas, el tránsfuga Du-

vernós. La Emperatriz pudo elegir otro que no fuera el procurador imperial Grandperret, que ha perseguido como fieras á los demócratas; que los ha insultado desde los altares de la ley cobardemente cuando estaban desarmados y presos; que ha cubierto con la toga de la magistratura francesa á la policía secreta, á los esbirros, á los inventores de conspiraciones inverosímiles, á los séres más viles que guardan en sus abismos las deformidades morales del Imperio.

Se quiere levantar á Francia y se le presentan todas sus humillaciones. Se quiere que defiendan los franceses la patria, y se le recuerda que la patria es la ignominia. Se aspira á reconciliar los partidos, y se eleva al poder á los que han escupido sangre y hiel infamemente al único partido que guarda en sus ideas la salvacion y en sus tradiciones la honra de Francia. Los ánimos, en vista de tamaña audacia, dirán que hay un enemigo más feroz y más temible que el prusiano, y al Imperio.

Dia 14 de Agosto.

Las sesiones del Cuerpo Legislativo han tomado un aspecto más sereno. Así como en el primer dia dentro y fuera de la Cámara reinaba la pasion, reina en el dia último la impaciencia por la victoria. El dia primero, las muchedumbres que se agolpaban á las puertas del Cuerpo Legislativo, ansiosas por saber nuevas de la patria herida; esas muchedumbres á las cuales apelaba Napoleon desde sus murallas de Metz; esas muchedumbres, en cuyas venas se encuentra el único rescate de la honra nacional, la sangre del pueblo; esas muchedumbres, que aun guardan el aliento del noventa y tres, corrieron á los alrededores de la Asamblea siendo recibidas por los agentes del Imperio á golpes, á sablazos, como los rusos á los polacos.

Es verdaderamente horrible pensar que dos provincias francesas se hallan casi perdidas para la patria comun; los ejércitos comprometidos, la honra de Francia eclipsada, su prestigio en el mundo menguado; y muchos batallones, muchos regimientos, indis-

pensables á la salvacion de todos. en París, como si los extranjeros fueran los parisienses y no los prusianos. Cuántas veces algunos batallones de á pié y de á caballo atraviesan la plaza de la Concordia para contener al pueblo en su justísima indignacion. el pueblo grita enfurecido á la frontera, á la frontera. Y cuántas veces uno de esos animosos diputados que han criticado los errores del gobierno personal, presentido sus derrotas, y anunciado los peligros corridos por la nacion bajo aquel eclipse de la conciencia humana, que todo lo envolvia en su mortífera sombra: cuántas veces decia, uno de estos diputados aparece, óyense clamores mal reprimidos del pueblo que los invoca, y saluda en esa legion fortísima y honrada el advenimiento de la República.

La última sesion que el telégrafo trasmite es más tranquila. Julio Favre ha conseguido que la milicia nacional se organice en las mismas condiciones que tenia allá por el año treinta, inmediatamente despues de la revo- de Julio. Keratry consigue que los li-

cenciados de los últimos años vuelvan al ejército. Julio Favre arranca al gobierno otra declaracion importantísima, la declaracion de que el general en jefe es Bazaine y no el Emperador. Palikao sube á la tribuna. Es debilísima su voz. «No lo extrañeis, esclama; recibí una bala en mitad del pecho y ahí se ha quedado.» «No hay motivo, añade, para desesperarse; conseguiremos pronto un rápido, seguro y glorioso desquite.» Todas las demás disposiciones que el Cuerpo Legislativo toma, se refieren á un armamento general. En este punto hay tal entusiasmo que todo París arde en un verdadero y espontáneo furor guerrero. Si la nacion crece y se purifica en el crisol de este grande infortunio, ¡ay de Napoleon!

[redacted]

CAPITULO CXIII.

DESESPERACION.

Dia 15 de Agosto.

Se aguardaba para hoy una gran batalla. Los telégramas imperialistas no han cesado ni un momento de anunciarla. Pero la batalla no sobreviene. Lluvias torrenciales, de esas frecuentísimas por los climas del Norte en este mes, impiden maniobrar. Las avanzadas prusianas llegan á dos leguas de Metz. El sentido general cree que si Federico el Grande ó Napoleon I mandaran esas huestes aguerridas, fogueadas en combates titánicos, victoriosas de un ejército que se creia inven-

cible, ya hubieran caido sobre el campamento de Metz, arrolládolo, decidiendo en definitiva y sin apelacion el triunfo sobre el Imperio. Los más prudentes dicen que golpes tan rudos como los dados ya, victorias tan brillantes como las ya obtenidas, requieren una grande mesura. No maniobran los alemanes como antes en su propio territorio, no tienen los pueblos en su favor como en el Palatinado y en las provincias rhinianas. Alsacia y Lorena son de orígen aleman, hablan aleman, tienen tierra y cielo, carácter y talento germánicos; pero la revolucion, destruyendo el feudalismo y dando al siervo una dignidad que no podia esperar del antiguo Imperio, convirtió esas dos provincias en dos fortalezas formidables del territorio francés. Luego Napoleon se encuentra en una posicion ventajosísima. El rio Mosela, y las fortalezas de Metz y Thionville, son grandes puntos de apoyo, sin contar sus campos atrincherados. Aunque los muertos, los heridos, los prisioneros, el natural desfallecimiento, despues de la derrota, el pánico de Francia le hayan qui-

tado mucha fuerza, todavía tiene trescientos mil hombres heridos en su honra militar, y ansiosos de un ruidoso desquite. Luego el éxito contínuo compromete á mucho y los vencedores del Elba, de Sadowah, de Voerth, de Wisemburgo, de Forbach, han de mirarse mucho ántes de perder ese prestigio, que decide tanto de las futuras victorias. Para no dejar que la opinion pública descanse, para humillar más á Francia, para encender más el entusiasmo de Alemania, mientras el Emperador anuncia que están cortadas sus comunicaciones con Strasburgo, los prusianos anuncian que acaban de sitiar esta ciudad, la hermosa, la poética capital de Alsacia, la patria de Guttenberg, la que refleja en el Rhin la aguja de su catedral gótica, tantas veces cantada por la poesía moderna; esa ciudad, que ha enviado á la literatura de su nacion la gran falange de escritores, sóbrios, sencillos, profundos, que reunen á la elegancia francesa la solidez germánica. Me parece ver al ilustre solitario de Veytaux, el gran Quinet, proscripto del derecho, proscripto de la Re-

pública, maldiciendo con su elocuencia arrebatadora el segundo Imperio que ha vuelto á traer sobre la patria la ignominia de una segunda irrupcion del Norte. Al iros, proscriptos ilustres, os llevásteis con vosotros el genio francés que sólo volverá á resplandecer en el mundo cuando se reedifique su altar, cuando se reedifique la República.

CAPITULO CXIV.

DESASTRES.

Dia 16 *de Agosto.*

Hoy se halla la atencion concentrada en la futura batalla. De ella depende la suerte de Europa. Las noticias todas convienen ya en que Napoleon, admirablemente colocado para la defensiva, espera en el Mosela, apoyándose sobre Metz, Nancy y Thionville, un fuerte ataque de los prusianos que le permita una batalla decisiva y gloriosa. Está visto: el César, que se proponia ir de marcha en marcha y de victoria en victoria hasta Berlin, se halla á la defensiva en la fortísima plaza de Metz. La

[redacted]

ciencia militar enseña que nada es tan difícil como una batalla defensiva. Y cuando los condenados á esa actitud son los nerviosos, los movibles, los impetuosísimos franceses, suben de punto las dificultades, y rayan en lo imposible. Cuatro batallas defensivas empeñó Napoleon el Grande en toda su vida. Una fué de efectos deplorables. Se necesita apoyar formidablemente los flancos; dejar al enemigo un solo punto de desemboque; tener terreno á un tiempo fuerte para guarecerse y despejado para observar todos los movimientos contrarios; convertir cuando sea preciso la defensiva en ofensiva, y escoger tan admirablemente su defensa que no pueda ser burlado, doblado y envuelto el ejército en círculos de fuego, en oleadas de hombres. Los tácticos dicen que la línea del Mosela es buena; pero muy preferible á ella la línea del Mosa que llamaria más abajo los ejércitos alemanes y permitiria, con un heróico arranque, estrellarlos contra el Mosela y las grandes fortalezas que allí tiene la nacion francesa.

Pero Napoleon no se atreve á esta maniobra. Al interés de su dinastía sacrifica como siempre el interés de Francia. ¿Qué dirán los áticos parisienses si ven nuevos retrocesos, nuevos abandonos de líneas, mayor proximidad á la capital? ¿No se creerán perdidos? Y en su desaliento ¿no se volverán airados contra el Imperio?

El segundo Imperio puede presentar á Francia en su testamento la ruina de la democracia, la perversion de los ánimos, el abatimiento de las inteligencias, el eclipse de las letras; una Hacienda en ruinas, un ejército en fuga, Wisemburgo tomado, Strasburgo sitiado, la batalla de Woerth y la batalla de Forbach perdidas, la frontera abandonada al enemigo, la honra francesa en el polvo, la independencia amenazada, su influjo en Europa disminuido: terrible, pero justa venganza de la libertad; terrible, pero justo castigo de la Providencia.

Está visto: en la guerra no es tan difícil vencer como aprovecharse de la victoria. Los prusianos tenian roto el cuerpo de ejército

mandado por Mac-Mahon, gracias al ardimiento del príncipe heredero; y roto el cuerpo de ejército mandado por Frossard, gracias al ardimiento del príncipe Carlos. ¿Por qué no han acudido á desbaratar el centro, el cuerpo de ejército acampado delante de Metz, que á la sazon mandaba Bonaparte? Estos rasgos de audacia tienen siempre el mérito de acortar la guerra y decidir pronto la victoria. Desorganizando, destruyendo tres cuerpos de ejército en tres batallas consecutivas, hubiera Prusia llegado á una capitulacion, y de la capitulacion á la paz. Los prusianos han cometido en 1870 las mismas faltas cometidas por sus predecesores en 1792 y 1793. Cuando Wisemburgo acababa de caer en sus manos, y Mac-Mahon volvia despavorido, y Frossard dejaba su ejército en Forbach; y el Emperador pedia socorro desde los Castillos de Metz, era el momento oportuno de intentar el golpe de gracia sobre un ejército vencido, desmoralizado, presa de esos arrebatos de pánico, que en el ánimo de franceses suceden con la celeridad del relámpago

[illegible] del valor y á la embriaguez [illegible] la guerra.

Felipe II ganó la batalla de San Quintin, y se detuvo, cuando en tres dias de marcha hubiera podido apoderarse de París. Así el duque de Guisa reorganizó el ejército francés. Igual falta volvimos á cometer los españoles en 1636, falta purgada tristemente en aquella fatal campaña, donde perdió España su predominio, hasta entonces indisputable, sobre todas las naciones de Europa. ¿No habrá cometido el rey Guillermo el mismo error que cometió en 1854 el ejército francés, desaprovechando la victoria de Alma y no cayendo sobre Sebastopol consternado y moralmente vencido? El éxito de la guerra dirá si es hora todavía de reparar este error.

Mazzini ha sido preso. Siento que el grande hombre, cuya alma personifica el génio de Italia, haya caido en manos del gobierno. La prision de Mazzini es una desgracia de todos los republicanos en Europa. Cuarenta años hace la Santa Alianza le perseguia, servida

por sus esbirros los reyecillos italianos, y no pudo apresarlo. Estaba reservada hazaña semejante á esa Italia independiente y una, cuya alma forjó él en su pensamiento y vació en la conciencia popular con el bronce hirviente de su inmortal palabra. Italia independiente, Italia una, Italia libre, eran utopias para el mundo, hasta que ese gran Sacerdote de la libertad, las mostró en sus elocuentísimas arengas, las divulgó, organizando sociedades secretas en todo el suelo italiano, las presentó fascinadoras á los ojos de Europa, y logró que las adoraran hasta los reyes, que las sirvieran hasta los ejércitos; y que por esas utopias pelearan legiones de héroes y murieran legiones de mártires, convirtiendo su increible realizacion en el milagro de nuestro siglo: que tambien la libertad ha resucitado á su Lázaro. Fatalidad grande que Mazzini esté en Gaeta prisionero cuando la República va á levantarse en Roma y en París.

Pero absorbido por estas ideas, me habia olvidado de la diplomacia. Ya comienza la in-

[illegible] en la [illegible]. [illegible] de [illegible] embajador de Francia y dirige [illegible] al rey de Prusia. [illegible] parece-le [illegible] Francia no puede [illegible] Cree [illegible] vencida; pero no está [illegible] la nación francesa. Ba-[illegible] se le figura todavía un vence-dor. Mac-Mahon roto, deshecho, arrojado sobre Chalons con los restos de su ejército disperso, brilla a sus ojos como una esperanza. Aún imagina que combinaciones hábilmente concertadas, lograran una inteligencia entre el ejército de Metz y el ejército de Chalons, los cuales podrán aplastar el ejército prusiano.

CAPITULO CXV.

LOS ESTREMECIMIENTOS DE FRANCIA.

Honremos el valor del vencido. En la batalla de Voerth necesitaba Mac-Mahon que se amenazase á las baterías enemigas para comenzar su retirada. Un escuadron de coraceros debia acercarse á los cañones prusianos que vomitaban la muerte. Id, dijo el general á un coronel. Es ir á morir, añadió este, pero vamos. Dadme un abrazo y despues de haber abrazado á su jefe corrió á fundir su corazon en la metralla enemiga. Las granadas arrancaron la cabeza de un coracero. El cuerpo quedó á caballo. Y el ca-

ballo corria llevando sobre sus lomos aquel terrible espectro. Cuando concluyó el horroroso encuentro, vino la noche, y no hubo tiempo de recoger los heridos. Algunos se reanimaban al contacto de manos humanas, al soplo de pechos humanos, al latido de otros corazones. En su dolor creerian los infelices que la compasion, la caridad, personificándose en aquellos hombres iban á derramar algun bálsamo en sus heridas, algun consuelo en sus almas. ¡Ah! No; eran sórdidos campesinos que los mataban para robarlos. El príncipe real de Prusia ha tenido que fusilar veintidos de estos criminales. ¿Y en presencia de tales ejemplos y con enseñanzas tan vivas el género humano tiene de manera perturbada su conciencia, que todavía no ha suprimido la guerra? Y aun llama héroes á los guerreros con fortuna. Todas estas desgracias caen sobre el Imperio. Como hace tiempo que se atribuye á sí mismo toda la gloria francesa, hoy Francia le atribuye á su vez todos los desastres. La indignacion llevó á una parte considera-

[redacted]

ble del Ayuntamiento de Marsella á proclamar la República, no como venganza, sino como refugio supremo al espíritu nacional, necesitado de recobrar todo su brio para obrar el milagro de la salvacion de Francia perdida por los errores y los crímenes del Imperio. Fué necesaria la guarnicion inmensa que en todas las ciudades ha dejado el Emperador para impedir que volviese á ser Marsella la iniciadora de un movimiento democrático en Francia.

Algunos llaman á estas demostraciones de la cólera popular, intemperancias republicanas. Mas los imperiales son tambien asaz intemperantes. Han propuesto expulsar de Francia á todos los alemanes. Ya hace dias que Suiza está invadida por los desgraciados que el suelo francés arroja de su seno como si estuviéramos en los tristes tiempos del exterminio de razas. Imaginaos cómo llegarán á suelo hospitalario, expulsados de sus hogares, perdidos en sus intereses, azotados por amenazas de muerte. Esta medida y la manía de ver en todas partes prusianos y

espías, desacreditan mucho á la nacion francesa. Personas respetables, distinguidísimos publicistas, han sido víctimas de estas ridículas alucinaciones. Bastará con decir que un amante adúltero señaló el marido de su amada como prusiano, para entregarse á la criminal pasion libremente, miéntras su víctima iba de calabozo en calabozo, y de puesto policiaco en puesto de policiaco. Estas locuras no son propias de un pueblo que tiene el sentimiento de su dignidad y la conciencia de su derecho.

Las medidas políticas y económicas indican el mismo terror. Se ha decretado el curso forzoso á los billetes de Banco, merced á lo cual, esos billetes que eran como oro sonante han perdido el diez por ciento. Se han aplazado treinta dias todos los pagos. Se ha pedido que no exijan á los trabajadores el inquilinato de las casas que ocupan este trimestre. Un periódico, *El Reveille*, ha dicho que sabia cuántos soldados guardaban á París con detrimento de la independencia francesa, y han suprimido *El Reveille*. Otro pe-

riódico, *El Rappel*, ha dado la cifra exacta de la guarnicion parisiense, y han suprimido *El Rappel*. *El Times* de Inglaterra no entra en Francia, ni *La Independence de Bélgica*. Este periódico se ha vengado sangrientamente. ¿En qué se parece *La Independence* al Emperador? Ha dicho. En que no puede entrar en París.

Mientras tanto el rey de Prusia da una proclama en la cual dice que su guerra no va contra Francia, sino contra el Emperador; no va contra los ciudadanos, sino contra los soldados franceses. ¡Ah! Estas razas del Norte cumplen siempre igual destino; libertan al mundo de esa plaga asoladora que se llama el Cesarismo. Con Alarico y Ataulfo nos libertaron del Cesarismo romano; con Lutero y Melankhon del Cesarismo pontificio; con Mauricio de Sajonia y Guillermo de Orange, del Cesarismo restaurado por Cárlos V; y con Wellingthon y Blucher del Cesarismo restaurado por Napoleon el Grande. Ahora nos libertarán de nuevo con Bismark y con Molke de la última sombra cesarista personificada en el último Bonaparte.

[redacted]

CAPÍTULO CXVI.

[illegible]

Dia 15 de Agosto.

El dia 15 de Agosto. ¡qué contraste! Otros años las paradas en que lucian sus vistosos plumajes el estado mayor, y sus vistosos uniformes el ejército, y este año las derrotas en que mueren con la desesperacion en el alma millares de franceses vencidos; otros años las Cámaras ofreciendo sus mensajes y levantando al cielo sus votos, por la perpetuidad de la dinastía, y este año las Cámaras empeñadas en acelerar su destronamiento á presencia misma del enemigo; otros años

millones de luces que se estendian como serpientes de fuego por el suelo, millones de cohetes poblando los aires, la música, la alegría, y este año torvo humo de incendios, cadáveres insepultos y podridos sobre fango sangriento, bandadas de cuervos que graznan y aletean, el crujido de la independencia francesa, de la nacionalidad francesa que se viene á tierra, y el Emperador retirándose, huyendo, pisados los talones por la deshonra y la muerte. *Sunt lacrimæ rerum.*

Dia 16 *de Agosto.*

Las noticias más importantes se refieren al Cuerpo Legislativo. La proposicion de la izquierda para que la Cámara nombre un comité de defensa nacional va á ser discutida. En vista del gran problema y los difíciles puntos que se relacionan con él, decide la Cámara constituirse en sesion secreta. Reina un silencio pavoroso. La soledad de las tribunas como que aumenta el pavor. Es de noche; la luz artificial da como siempre mayor solemnidad á la escena. Los rostros de los diputados acusan bien diversos sentimientos. La

derecha teme. Sentíale como bajo el peso de un terrible remordimiento. La izquierda serena, tranquila, aparece fuerte como quien cumple un grande acto de justicia. Julio Favre sube á la tribuna. Hay en toda su persona el aire de un magistrado que va á pronunciar inapelable sentencia. El Cuerpo Legislativo parece un Tribunal. Jamás el acento de Favre fué tan solemne, su voz tan sombría, su estilo tan sóbrio, sus ideas tan eficaces y cortantes; aquel discurso era un hacha que derribaba no solamente la corona, sino tambien la cabeza del Imperio. El cuadro que ofrece Francia invadida, amenazada en su independencia, próxima á sucumbir bajo el peso de innumerable masa toda en armas, ese cuadro terrible estaba trazado para conmover los ánimos. Y cuando ya los tenia profundamente conmovidos, levantase á buscar al único responsable de tamaños males, al que gobernó sin oir las Cámaras, ni la prensa; al que comprometió el ejército francés allende el Océano, en Méjico, mientras su astuto vecino triunfaba en Sadowah; al que condujo las negociaciones

diplomáticas hasta llevar Francia al aislamiento y la guerra, hasta llevarla fatalmente á la derrota. Sustituir la nacion al Emperador: este era el pensamiento de Favre. Gambetta lo sostuvo, lo amplió, lo redujo á esas fórmulas fulgurantes que son verdaderos relámpagos de una tempestad de elocuencia. Por fin pronunció la terrible palabra, la palabra destronamiento. El gobierno y la Cámara no aceptaron la idea del nombramiento del Comité de defensa nacional. Pero no lo aceptaron porque dijeron que la Cámara y el gobierno eran este Comité. Observad, sin embargo, un gran fenómeno social. La palabra destronamiento cayó allí donde están los candidatos oficiales, los cortesanos del César, sin que levantase una protesta. Como resonara esta palabra el dia que sea pronunciada en los oidos del pueblo, diezmado en la noche de Diciembre, proscripto del derecho, amordazado hasta en su conciencia, conducido ayer entre esbirros á la esclavitud, y hoy entre pretorianos á la muerte.

Pero puede decirse que el destronamiento fué declarado con toda claridad al comienzo

de la sesion siguiente. El ministro de la Guerra dió esplicaciones á la Cámara sobre el mando del ejército. Debe conslar, dijo, que el general Bazaine no tiene hoy ningun superior. Fuera de él, y sobre él no hay nadie. El diputado Saint-Hilaire preguntó: ¿es Bazaine generalísimo? Sí generalísimo, respondió el ministro. Y la guardia imperial, ¿quién la manda? preguntó el diputado Cochery. La guardia imperial, dijo Palikao, es un cuerpo como cualquier otro, y está á las órdenes del general en jefe, á las órdenes de Bazaine. Despues de esto nadie estrañará que el viejo Bezoine haya pedido la supresion de la lista civil, y el reparto de esos dos millones de francos mensuales entre los heridos, y las familias de los muertos, víctimas todos de los errores bonapartistas. Nadie estrañará tampoco la protesta de Julio Ferry desde la cima de la tribuna contra una proclama escrita por el Emperador, al separarse de Metz. Nadie estrañará que preguntados los ministros sobre si eran gobierno de las Tullerías ó gobierno de la Cámara hayan contestado que go-

bierno de la Cámara. Así los télegramas de la guerra, son por Bazaine al ministro del Interior enviados sin que suenen los nombres ni del Emperador ni de la Emperatriz.

Y yo pregunto, y conmigo pregunta toda Europa: ¿Qué es hoy el Emperador Napoleon? Jefe de la nacion, y no da órdenes. Generalísimo del ejército, y no manda un soldado. Personificacion altísima, y única del poder ejecutivo, y los ministros se glorian de no depender de su persona. ¿Qué es? ¡Él! dueño de Francia; ¡él! que ponia límites al espíritu de la gran nacion; ¡él! que llevaba en su palabra la paz, ó la guerra del mundo; ¡él! que á una señal mandaba ejércitos al combate, como los antiguos Césares, gladiadores al circo; ¡él! aislado, solitario, preso de su propio pueblo, herido por el desprecio universal, despojado de sus insignias imperiales, caido furtivamente, debe aparecer á sus propios ojos como la sombra de un sueño. Caer, caer así en el olvido, en el desprecio; tener por término de su vida la indiferencia pública; ignorar qué es, qué significa, qué representa; no poder man-

[illegible] el [illegible] que [illegible] le ha [illegible], ni [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] no [illegible] [illegible] [illegible] hoy la [illegible] de la [illegible] á quien [illegible] la re-[illegible]. [illegible] la muerte del hijo á quien [illegible] [illegible] con él [illegible] [illegible] de la victoria: [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] no les habían [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible], porque ninguna [illegible] individual puede [illegible] á la [illegible] [illegible] del eterno. La humanidad será vengada.

[redacted]

CAPITULO CXVII.

ERRORES.

Dia 17 de Agosto.

El ejército francés abandona todas sus posiciones. La fuerte línea del Mosela queda desamparada. Los franceses corren á presentar la batalla en la línea del Marne, en Chalons, sobre los campos catalaúnicos, donde fué vencida la furia de Atila. Pero esta retirada no es una retirada libre y fácil, no. El príncipe Cárlos se desliza por las fronteras del Luxemburgo á impedir ó molestar la retirada. El rey Guillermo hace frente al grueso del ejército mandado por el mariscal Bazaine. El

príncipe real se adelanta por las llanuras de la Lorena. Un destacamento de su caballería llega á Nancy, la capital de tan fértiles regiones. En la estacion del ferro-carril prende al jefe y dos soldados; en la playa toma posesion de la ciudad en nombre del rey Guillermo. Luego reune el ayuntamiento y demanda una contribucion de doscientos mil francos. El Ayuntamiento regatea y entrega cincuenta mil. Los soldados alemanes dicen que cincuenta mil francos son bien poca cosa para una ciudad de tan bellos edificios. Lo cierto es que nosotros españoles no podemos comprender cómo una capital, de treinta mil habitantes, cabeza de una de las regiones más feraces de Francia, se entrega á treinta ginetes, sin la menor resistencia. Así comprendemos la patriótica indignacion de Gambetta, los sollozos que anudaban su garganta, las lágrimas tempestuosas que caian sobre su rostro cuando desde la tribuna leia en un fragmento de periódico el relato de estas desventuras de Francia, que ni siquiera habian llegado á noticia de los representantes del pueblo.

Dia 18 *de Agosto.*

Llegan nuevas de un terrible suceso. Hay en París un barrio, radicalmente republicano, el barrio que eligió á Rochefort, la Villette. Varios ciudadanos de este barrio dolíanse de que el gobierno les negase armas, y trataban de procurárselas para combatir hoy al extranjero, mañana al tirano. En su ardimiento, en su ira, acusaban al gobierno de complicidad con el enemigo y de tener por miedo á los republicanos los cuarteles henchidos de soldados y los ciudadanos sin armas. Luego Rochefort, el constante defensor de la democracia, el diputado de aquel distrito, el más terrible enemigo que tiene el Imperio, Rochefort yace en la cárcel, á pesar de haber cumplido su condena y de estar los tribunales sin autorizacion para retenerle preso. Todas estas consideraciones les enfurecen. Uno propone ir al cuerpo de bomberos, asaltarlo, coger las armas, repartírselas, y con ellas libertar á su diputado, á su héroe, al jóven que representa la democracia en toda su pureza y el derecho del pueblo en todo su

vígor. Funesta idea es la idea de atacar un Cuerpo de bomberos. Si hay soldados que deban tener el sello de sagrados son esos ciudadanos que desinteresadamente se consagran á velar por la propiedad ajena y á defender vidas y haciendas, contra los estragos del fuego. Los ardientes del barrio no se paran de ninguna manera ante estas consideraciones y atacan al Cuerpo de bomberos. Hieren á varios de estos soldados de la paz, y matan á uno. Sucedió ante este atentado lo natural, sucedió la indignacion de los vecinos. Para más conmoverlos uno de los tiros lanzados en la refriega, mata á una pobre niña en brazos de su madre. El grito de «espías, prusianos, extranjeros,» corre de boca en boca. Los agentes de la autoridad van á pelear en defensa de la ley auxiliados por los ciudadanos, que á pesar de su exaltacion republicana, creen ver en aquel atentado un atentado á la patria. Persiguen pues á los revolucionarios, los cogen, los golpean, los insultan, los amenazan de muerte, y es necesario que la autoridad se revista de toda su energía para evitar

que los truciden, y se repartan sus despojos en holocausto á la independencia de la patria. Todo el mundo cree ver en estos hechos maniobras prusianas. Nuestro embajador en París, que es anti-prusiano, llega á ver hasta la existencia de federicos de oro en los bolsillos de los conjurados. Yo me esplico este desgraciado accidente por las emociones naturales en algunas muchedumbres parisienses, que exagerando la democracia, tocan ya en los límites de la demagogia, de ese elemento donde toda democracia se corrompe. Los motores han sido presos y entregados á los consejos de guerra. Dentro de breves dias serán fusilados. Nueva sangre, nueva sangre. Y todo esto pasa en el cerebro de la tierra, en la capital de la civilizacion moderna. ¡Qué vergüenza!

Día 19 *de Agosto*.

He dejado para hoy las últimas operaciones militares á fin de poder reunirlas en breve cuadro, en el cual se destaquen los hechos positivos, indudables, todavía ocultos en la oposicion de los partes, contradictorios entre

sí como partes enemigós. Desde el dia 14 hasta el dia de hoy, hemos recibido noticias de cuatro combates. Y lo peor del caso es que franceses y prusianos se atribuyen la victoria. Esto no puede suceder verosimilmente, sino en situaciones tan difíciles y en lances tan arriesgados, como los lances que corren y las respectivas situaciones en que los dos ejércitos se encuentran. Despojado Napoleon del mando supremo, puesto Bazaine á la cabeza del ejército, debió variar de todo en todo el plan de campaña. Ya no es la guerra una guerra ofensiva y de conquista, sino una guerra defensiva y de independencia. Pero segun los imperiales, su éxito debe librarse, no á una série de pequeñas escaramuzas, y de encuentros guerrilleros, sino á una grande y decisiva batalla. Darla en el rio Mosela, tan cerca de los campos ilustrados por las victorias prusianas, y de las bases ya sólidas de sus operaciones, era difícil para el ejército francés. Vencido este, quedaba expedito el camino de la capital, y caian por su propio peso las fortalezas de Metz y de Estrasburgo en manos de

los enemigos. Es necésario, indispensable atraerlos lejos de su base de operaciones, internarlos en el corazon de Francia, y dar allí una batalla que, ganada por los franceses, podria ser decisiva contra los prusianos, forzados á pasar en desórden tres rios, y las líneas de fuego que formarian las fortalezas, y las poblaciones levantadas por el aliento creador de la victoria.

Esta maniobra era tanto más necesaria, cuanto que el ejército del rey, el ejército del príncipe Cárlos, y el ejército del príncipe heredero, forman como una media luna, destinada á redondearse, y coger en su centro sin defensa todo el resto de los ejércitos regulares de Francia. El pensamiento militar de los prusianos debe reducirse á evitar esta concentracion.

El dia 14 comenzó la retirada de Metz. Una mitad del ejército pasó sin ningun género de inconvenientes á la izquierda del Mosela. Pero en cuanto comenzó este paso la segunda mitad fué detenida por los cuerpos del ejército aleman. El combate duró cuatro horas,

y las pérdidas de una y otra parte fueron como siempre terribles. Los franceses se atribuyen la victoria porque los prusianos en realidad no los lanzaron de sus posiciones protegidas por el formidable Metz, y los prusianos se atribuyen la victoria porque en realidad separaron una mitad del ejército de la otra mitad, é impidieron á esta segunda mitad el paso del Mosela.

El Emperador anuncia á la Emperatriz este mas [illegible] [illegible] desde Longueville, villa de 700 habitantes, situada á la izquierda del Mosela, célebre por sus viñedos y á cinco kilómetros de las fortalezas de Metz. El parte produce indignacion en París. No quieren los parisienses que el jefe del Estado se mezcle en las operaciones de la guerra. Telegrama matrimonial, doméstico, llaman al parte de la batalla, telégrama de *menage*.

Los otros combates se han dado á la orilla izquierda entre Mars-la tour y Brieg. En estos combates, los franceses han recobrado su antigua pujanza. Desesperados han combatido, y en su desesperacion, si no han gana-

[redacted]

do una victoria, han ganado fuerza moral. Los regimientos de caballería que llevan el nombre de Bismark han sido materialmente aniquilados. Los muertos son tantos, que uno de los generales prusianos ha pedido armisticio para enterrarlos. El general Bazaine ha negado el armisticio. Seis generales de uno y otro lado han caido. El número de víctimas apena á los ánimos más varoniles, y todo el mundo se pregunta acongojado si la civilizacion de la libertad y de la ciencia ha perecido para dejar paso tan solo á la guerra y á la matanza.

Los dos ejércitos no han conseguido su objeto. Ni el francés avanza en su retirada, ni el prusiano corta esta retirada, funesta para sus armas, si es completa. Lo inexplicable es que el ejército del Príncipe real no haya podido venir á tiempo, y reuniéndose á los dos ejércitos del rey Guillermo, y del Príncipe Cárlos terminar esta guerra que llena de sangre el suelo, de miasmas el aire, de dolores el corazon y de sombras la conciencia humana.

Dia 20 de Agosto.

He reunido ayer mis impresiones. Y como habreis visto, no eran desfavorables al ejército francés. Sin embargo, el telégrafo, que con sus corrientes de electricidad cambia la corriente de las noticias, me las da hoy favorables á los prusianos. El Mariscal Bazaine no ha cambiado la táctica política de sus predecesores; ocultar las adversas y exagerar las favorables, salpimentándolas con alguna mentira. Anunció que le habian pedido armisticio, y es falso. Anunció que detenia su marcha para proveerse de municiones, y detenia su marcha por una razon sencillísima, porque no podia continuarla. Es una derrota no haber podido andar en seis dias treinta kilómetros que dista Metz de Verdun. Si hubiera llegado á esta última ciudad, mudo testigo de tantas glorias francesas, su retirada á Chalons estaba asegurada, y la situacion del ejército prusiano, obligado á buscarle en aquellos reductos, era por extremo comprometida y difícil. Para combatir en retirada necesitaba ganar ruidosísimas victorias, por-

do una victoria, han ganado fuerza moral. Los regimientos de caballería que llevan el nombre de Bismark han sido materialmente aniquilados. Los muertos son tantos, que uno de los generales prusianos ha pedido armisticio para enterrarlos. El general Bazaine ha negado el armisticio. Seis generales de uno y otro lado han caido. El número de víctimas apena á los ánimos más varoniles, y todo el mundo se pregunta acongojado si la civilizacion de la libertad y de la ciencia ha perecido para dejar paso tan solo á la guerra y á la matanza.

Los dos ejércitos no han conseguido su objeto. Ni el francés avanza en su retirada, ni el prusiano corta esta retirada, funesta para sus armas, si es completa. Lo inexplicable es que el ejército del Príncipe real no haya podido venir á tiempo, y reuniéndose á los dos ejércitos del rey Guillermo, y del Príncipe Cárlos terminar esta guerra que llena de sangre el suelo, de miasmas el aire, de dolores el corazon y de sombras la conciencia humana.

humano, que si espanta por lo sangriento, maravilla por lo sublime. Veinticinco mil hombres murieron de uno y otro lado. Quince mil desaparecieron sólo del ejército prusiano. Pero este recogió dos mil prisioneros, entre los cuales iban dos generales, y contó por trofeos de tan señalada victoria, dos banderas y seis cañones.

Sin embargo, el diez y ocho hicieron los franceses un esfuerzo supremo, y los prusianos otro supremo esfuerzo. Para el mariscal Bazaine, Verdun era toda su salvacion. Para el rey de Prusia, impedir la llegada á Verdun el objetivo de su esfuerzo. Para dar descanso á los cuerpos del príncipe Cárlos y del general Steinmetz, el rey de Prusia trajo el diez y ocho su cuerpo de ejército. Os copio el parte del rey en toda su sencillez. «18, á las nueve de »la noche. El ejército francés que ocupaba »una fuerte posicion al Oeste de Metz, ha sido »hoy atacado bajo mi mando y tras nueve ho»ras de combate, derrotado, cortado en sus »comunicaciones con París, y constreñido á »refugiarse en Metz.»

Horrible desenlace que puede dar por completamente perdida esta campaña si Francia no extiende sobre sus ruinas la bandera de la República y no levanta en armas todos sus hijos para vencer, ó al ménos para morir, en nombre de una de esas grandes ideas, por las cuales no se siente la muerte, en nombre de una de esas ideas, que centuplica las fuerzas humanas, en nombre de la libertad y de la República.

Dia 21 de Agosto.

El General Palikao niega en pleno Cuerpo Legislativo, la exactitud de las victorias atribuidas por el telégrafo al rey de Prusia. Mi ánimo es imparcial. Recibo diariamente en el Congreso así los partes de orígen prusiano, como los partes de orígen francés. Encuentro que unos y otros ocultan algo de la verdad, y lo siento. Paréceme impropio de hombres callarse las desventuras. Los americanos del Norte anunciaban lisamente sus desastres. Yo comprendo el misterio en las operaciones por hacer; no lo comprendo ni lo justificaré nunca en las operaciones ya hechas.

[illegible] del ejército francés llegar á [illegible] era? ¿Ha llegado? No ha llegado. [illegible] victoria? De quién lo ha impedido. [illegible] el ejército aleman lo ha impedido; [illegible] ejército aleman es el vencedor y el [illegible] francés el vencido. Este raciocinio no [illegible] pueden desmentir las negativas de Palikao, [illegible] la fuerza incontrastable de nuevos [illegible]. El ejército imperial se halla, pues, cercado en Metz, é incomunicado con el ejército de Chalons.

Le llamo ejército imperial á ese ejército francés, tan desventurado en la presente guerra, porque me parece que el Emperador renace en el campamento, á pesar de que caiga en el Congreso. Destituido del mando supremo, nada tenia que hacer en el ejército. Su resolucion fué sábia, retirarse del campo de batalla. Sus amigos mismos le habian escupido y despojado del manto de abejas. Edmundo About, decia: Imperator quiere decir general vencedor; desde el momento en que sólo es general vencido, no es Emperador. Napoleon III debia presentirlo, recor-

[redacted]

dando la historia de Napoleon I. El cesarismo amasa de cieno las almas cortesanas. Y esas almas cenagosas sólo pueden adorar al dios éxito, y sólo se entregan á la fortuna y al poder. Los vencidos no tienen nunca razon á sus ojos. El crímen coronado y armado les parece la justicia. Esas almas, que han revoloteado en torno del trono donde se asentó la victoria sobre el derecho y la justicia durante diez y ocho años; esas almas tienden nuevamente su vuelo hácia el disco de la victoria, sea cual fuese. El despotismo no es tan malo por lo que oprime como por lo que corrompe.

CAPITULO CXVIII.

LA FUGA.

Dia 21 de Agosto.

Sólo hay energía donde hay vida, y sólo hay para las sociedades modernas vida donde hay libertad.

Huye, huye, Napoleon III. Los hulanos alemanes aparecen y desaparecen á su vista por el camino que conduce de Metz á Verdun. Por fin llega á esta última ciudad más como un fugitivo que como un César. Su hijo le acompaña; ese hijo por cuya corona ha engendrado la guerra que siega un millon de hombres sobre nefastos campos, los cuales

desde hoy serán llamados campos de la muerte.

Al llegar, está el Emperador siniestramente pálido, como si viera él mismo la mano de la justicia divina pesando sobre su cabeza. Pide un tren y no hay tren. El jefe de estacion le dice que sólo puede disponer de una máquina y un wagon de tercera clase. Manda que enciendan la máquina y le enganchen el wagon. Apenas ha dormido Napoleon; apenas ha tomado alimento. El jefe de estacion le ofrece su almuerzo. El que tantas veces empuñó copas de oro sembradas de diamantes, para libar con los reyes de la tierra el vino orgiástico del poder y de la gloria, remoja sus labios secos en la vasija del pobre trabajador que no ha sido amasada ni con sangre ni con lágrimas como las copas de los Césares.

El príncipe imperial empapa un pañuelo en agua, y con ese pañuelo refresca un poco su cara tostada por el sol, y encendida por la picazon del polvo de aquel camino, que es sin duda el camino á cuyo término están el destronamiento y el destierro.

La lógica social es implacable. Los poderes hereditarios han muerto. Los herederos de los tronos en Francia han corrido todos la misma borrasca. La historia no sabe qué fué del primogénito de Luis XVI; no parece sino que murieron hasta sus cenizas. La vida del primogénito de Napoleon I fué un tormento, su muerte un misterio. A los ojos de los reyes aquel hijo de una archiduquesa y un soldado era como un mónstruo engendrado por especies distintas y condenado al mal sobre la tierra. El hijo primogénito de Cárlos X muere asesinado. Y el primogénito de este primogénito vive hace cuarenta años en el destierro, olvidado del mundo. Otro niño, el Conde de París, heredero del trono de Julio, ha crecido no solamente lejos del trono, sino tambien lejos de la patria. Y ahora mirad, en esa nube de humo que serpentea por el camino de Verdun á Chalons va otro heredero á compartir la suerte del principio hereditario. Y el Emperador ha sido aclamado en el campamento de Chalons por los soldados. ¿Qué quieren decir esas aclamaciones? Por ven-

[redacted]

tura ¿el campamento desea imponer su Imperator al Congreso? Imbéciles soldados, quieren restaurar con sus bayonetas lo que han derribado los rayos de la cólera celeste.

Dia 22 de Agosto.

Decididamente no debemos fiarnos del telégrafo francés. Nos anunció ayer que el Emperador habia sido aclamado en Chalons y hoy nos anuncia que ha sido silbado. En efecto, la guardia movilizada compuesta en su mayoría de la juventud republicana, no quiere ser dirigida al combate por ese cadáver del Imperio. En vez de vítores arrojaron á la cara del Emperador la palabra de Cambronne en Waterlóo; aquella palabra que le inspiró á Sancho Panza su célebre frase: «peor es meneallo.» Francia, por dignidad, debia enterrar ese Imperio. Putrefacto é insepulto está corrompiendo los aires y paralizando con sus miasmas pestilentes, la vida y la salud que necesita un gran pueblo para combatir por su independencia.

Todos hablan y ninguno de los hombres que dirigen la situacion se atreve á pronun-

ciar las supremas palabras, la expulsion de los Bonapartes. El general Trochu escribe una proclama contra el poder personal en el momento mismo en que se encarga de organizar la defensa de París. ¿Por qué si el poder personal ha traido á Francia fatalmente á despeñarse en estos terribles abismos, por los cuales hoy rueda; por qué no abolís el poder personal? Lo cierto es que nadie sabe quién dirige á Francia, nadie cuál será la suerte de ese pueblo, los que mueren caen sobre el campo de batalla, sin el consuelo de adivinar por qué se sacrifican, por qué mueren; si por el trono del César ó por la patria de sus padres. Y los momentos son supremos; porque la angustia llega á sus últimos límites. El grueso del ejército encerrado en Metz, el Campo de Chalons en la incertidumbre y en la indisciplina, el cerco de Strasburgo apretado, y el príncipe Real penetrando ya en el corazon de Francia. Si el pueblo francés no recoje ahora la corona de su soberanía desprendida de la frente de sus Césares, ¡ah! no la recogerá nunca.

CAPITULO CXIX.

LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA.

Dia 23 *de Agosto*.

Aprovechemos hoy la carencia de noticias guerreras para observar la infinidad de amaños diplomáticos. Austria é Italia han acordado guardar estricta neutralidad, y si fuérales forzoso abandonarla, darse mútuo anticipado aviso y mútuas explicaciones. Ya lo he dicho cien veces. Ni una ni otra potencia pueden abandonar su neutralidad. Austria bien quisiera tomar de Prusia una ruidosa venganza; mas se lo impiden de una parte el sentimiento patriótico que hierve en los ale-

[redacted]

[illegible] de su imperio, y de otra parte los magyares, los eslavos, los bohemios, los católicos, los polacos, recelosos de que recobre su imperio en Alemania y con él la fuerza necesaria para ahogar las aspiraciones autonómicas en lo porvenir y sus recientes conquistas en lo presente.

Italia aspira á obtener una ventaja en esta guerra, y aspira con razon. De la guerra entre Francia y Rusia obtuvo una esperanza y una palabra en los Consejos europeos; de la guerra entre Austria y Francia obtuvo el Milanesado; de la guerra entre Prusia y Austria el Véneto; ahora obtendrá de la guerra entre Prusia y Francia Roma. Es inverosímil cuanto han dicho los periódicos reaccionarios de garantías dadas por Austria y Prusia al poder temporal de los Papas. La curia romana ha procedido de tal suerte, proclamando el dogma de la infalibilidad, que Austria ha declarado roto el Concordato y las Iglesias católicas de toda Alemania se inclinan al Cisma, á la separacion de la Sede Apostólica. El Papa-rey seguirá al Emperador en su tumba

como la sombra sigue al cuerpo. Las bayonetas francesas han dejado de apunfalar el trono del despotismo pontifical, y ese trono se desplomará bien pronto porque no se apoya en las anchas bases de la civilizacion moderna.

Dia 24 de Agosto.

Las operaciones de la guerra son clarísimas. El plan del general Bazaine consistia en ganar Verdun, y desde allí dirigirse á Chalons, para concentrar sus tropas, y reuniéndolas con los cuerpos del ejército francés, dar la suprema y decisiva batalla. El catorce comenzó esta maniobra. Teníala ya adelantadísima, cuando salieroná disputársela con su habitual encarnizamiento los prusianos. El valor heróico del soldado francés nunca rayó tan alto. Habia logrado casi rechazar al enemigo, y solamente la inesperada presencia del general Steinmetz con sesenta mil alemanes pudo restablecer el equilibrio. El dia quince hubo tambien combates, pero parciales y sin ningun éxito decisivo. La batalla más terrible fué la del diez y seis. Duró desde las nueve de la

mañana hasta las ocho de la noche. Once horas estuvieron las ametralladoras, los gigantescos cañones prusianos, los chassepots, los fusiles-agujas, vomitando en siniestro diluvio de fuego la muerte sobre cuatrocientos mil hombres. Entre los dos caminos que conducen de Metz á Verdun, se empeñó este gigantesco combate. Fué indudablemente favorable á los franceses; porque mientras los prusianos combatian aislados, como le sucedió á la division de Brandeburgo, los franceses apoyaban sus cuerpos de ejército unos en otros. La victoria quedó por el ejército francés. El diez y siete, era tal la carnicería, que faltaba tiempo para socorrer á los heridos, para enterrar á los muertos. Por fin, el diez y ocho los ejércitos del príncipe Federico Cárlos, del Rey, del general Steinmetz, hicieron un supremo esfuerzo; pelearon nueve horas y consiguieron encerrar á sus enemigos dentro de Metz. Por los partes prusianos, cincuenta mil franceses quedaron fuera de combate. Por los partes franceses, las pérdidas de los prusianos eran innumerables. No recuerda la his-

toria batallas tan sangrientas. No quedaron ni en los campos pútridos donde fueron vencidos los cimbrios, ni en los campos catalaúnicos donde fueron vencidos los hunnos cien mil hombres muertos. Ese crímen debia cometerlo nuestro siglo. La imaginacion se espanta cuando considera, no ya el conjunto de esas matanzas, el incendio, la destruccion, sino los detalles, las minuciosidades terribles, cuyo relato obligará á los venideros á maldecir nuestro tiempo y á preguntarnos si éramos hombres de la civilizacion ó fieras de las selvas.

Para guarecerse mejor del fuego enemigo, metiéronse los franceses en grandes fosos. Cuando lo observaron los prusianos, propusiéronse tomarles tales fortalezas subterráneas. En uno de estos fosos perecieron asfixiados, pisoteados, setecientos hombres. Cuando la batalla se acaba, cuando se pasa lista á las fuerzas, cuando se pregunta, regimiento número tantos, suelen contestar, dos, tres soldados. ¿Qué enfermerías hay capaces de contener tantos heridos? ¿Qué ejército de

[redacted]

ambulancias necesita ese ejército innumerable de enfermos? Así los heridos pasan noches enteras abandonados en los campos, delirando á gritos y envidiando la suerte del que espira á su lado y duerme ya el sueño eterno. Muchas veces los voraces cuervos se ceban hasta en los vivos. Muchas veces sucumben soldados incólumes, sin una herida, bajo el peso de los cadáveres que como una tromba de fuego arremolina la metralla sobre sus cabezas. Así los heridos son amontonados en carros llenos de paja, que por las malas condiciones de los caminos todos destrozados y casi borrados, van dando tumbos que agravan los males de aquellos infelices, y vertiendo sangre que enrojece la tierra, ya desolada como un desierto.

¿Y qué ha conseguido el general Bazaine con todos estos sacrificios? Ayer nos anunciaba el telégrafo de Lóndres que habia roto la línea prusiana y llegado á Montmedy. Si esto fuera verdad, á pesar de la audacia que demostraria el hecho, no me parece bastante á mejorar su posicion. Colocado entre la fron-

tera del Luxemburgo y de Bélgica, arrojaríanlo sus enemigos fácilmente sobre estos paises neutrales, donde seria desarmado con arreglo al derecho internacional europeo y por consecuencia vencido. No deben los franceses forjarse ilusiones. Ningun momento de su vida fué tan grave; ningun dia de su historia tan siniestro. El ejército del Rhin no ha podido reunirse con el ejército del Marne. Las líneas prusianas son tan profundas, que no ha podido atravesarlas. Estrasburgo se desploma bajo el fuego del enemigo. Toul sufre apretado cerco, y Phalsburgo se rinde. Las avanzadas del príncipe heredero, el cual acaba de conferenciar con su padre el rey de Prusia delante de Metz, llegan á cinco ó seis leguas de Chalons. Las tropas vencidas en Wisemburgo, Woerth y Forbach se retiraron á Chalons, y de Chalons se retiraron ahora á Reims, y mañana de Reims se retirarán á París. La defensa de esta ciudad será inútil, si no se arma á todos sus habitantes. Y el gobierno tiene miedo á París en armas. Todo cuanto se hace por la defensa de la gran Ciu-

dad se halla reducido á derribar los árboles de sus paseos y á levantar montones de tierra á sus puertas. En el Comité de defensa se encuentran nombres como el de Gerónimo David, cortesano imbécil, que ha querido ocultar á Francia entre las nubes de incienso quemadas á su ídolo, el César de la perdicion y de la ruina ¡Oh! Si los hombres del noventa y tres han desaparecido; si el espíritu de la Convencion se ha apagado; si la tribuna de Danton calla, y el génio de Carnot se hunde en los recuerdos de un pasado que parece hoy fantástico ensueño, ante la incertidumbre y la poquedad de los contemporáneos, todos gastados por el opio del Cesarismo; si no hay republicanos de temple en esa nacion, que sólo bajo la bandera de la República venció á los reyes del Norte tres veces traidos vencedores á su seno por el maldito Imperio; sino por la inspiracion de las grandes ideas, y el valor de las resoluciones supremas, Dios, sólo Dios puede ya salvar por un milagro la Francia.

[redacted]

CAPITULO CXX.

LA INCERTIDUMBRE.

Dia 25 de Agosto.

Las noticias del teatro de la guerra continúan siendo las mismas que ayer. Todavía no podemos aclarar si el general en jefe del ejército francés ha roto la línea del enemigo. El telégrafo de París nos dice uniformemente que tiene buenas noticias del ejército, pero sin definirlas ni precisarlas. Así Gambetta se ha levantado en el Cuerpo Legislativo, para pedir que cese el régimen del silencio y la patria pueda conocer con lucidez y arrostrar con energía los grandes peligros á que el ré–

gimen personal la ha llevado. Estas palabras pueden haber producido grande tumulto en la mayoría bonapartista; pero estas palabras encierran la verdad de la situacion que es angustiosa y suprema como nunca. Háse tratado en el Cuerpo Legislativo de una proposicion de Keratry, en la cual pedian varios diputados que, indivíduos del Cuerpo Legislativo, fuesen adjuntos al Comité para la defensa de París. Palikao ha combatido esta proposicion, diciendo que si el gobierno tiene la responsabilidad, debe tambien tener la autoridad completa que las circunstancias exigen. Julio Favre habló y predijo una muerte cercana y ruidosa á poderes largo tiempo ciegos. La frase no podia prestarse á interpretaciones equívocas. Esos poderes eran el Imperio y sus cortesanos. Mas la mayoría quiso entender que anunciaba la muerte de Francia. El tumulto fué tan grande, los gritos tan ruidosos, que en mucho tiempo no pudo el presidente restablecer la paz. Buffet tendió sus brazos á los contendientes, y les rogó en medio de los mayores aplausos, con una elo-

cuencia verdaderamente exaltada, que no combatieran mientras el enemigo hollase el suelo de la patria. Mas yo digo, que ese extranjero audaz, el cual pasea sus legiones por el suelo francés, tiene un cómplice en el Emperador. Su autoridad indefinible, su situacion misteriosa, su ausencia y su presencia en el ejército, sus vergonzosas retiradas y sus súbitas reapariciones, sirven sólo para humillar y para desconcertar á Francia en el momento mismo en que Francia más necesita de su antiguo valor y de su probado coraje. Hace pocos dias los víveres, las municiones, se retardaron veinte y cuatro horas, porque el Emperador huia de Metz á Verdun, y de Verdun á Chalons. Ahora á todo pone dificultades y obstáculos. En los últimos dias de lucha no estuvo en ninguna parte. ¿En qué se diferencia Dios del Emperador? preguntaba un escritor ingenioso. En que Dios está en todas partes y el Emperador en ninguna. En cuanto viene el reposo reaparece el César. Si esto ha de continuar mucho tiempo, Francia está perdida. Dígase así, y sepa el mundo

[redacted]

que sirve cuenta con el cadáver de un pueblo, sobre el cual, á manera de los antiguos tiempos, celebran luctuosos funerales, dos ejércitos de gladiadores crueles.

Dia 26 de Agosto.

Las noticias de hoy son horribles. Podia estudiarse en ellas cómo perecen los pueblos. Desde el principio de la campaña han dicho los imperiales que Chalons era el campo de la decisiva batalla. Allí habian reunido su guardia movilizada, ejército civil sacado del paisanaje; allí las divisiones de los generales Douay y Failly. En esas llanuras Mac-Mahon reunia sus huestes y las preparaba al combate en esas trincheras, hoy refugio del Emperador, ayer práctica escuela de todas las armas, los cuerpos francos aguardaban á los prusianos. Las muchedumbres militares que últimamente henchian Chalons, demandaban á gritos, agitando las manos llenas de instrumentos de muerte, ir al enemigo y arrojarlo del profanado suelo nacional, aunque fuera inundándolo en sangre de sus hijos.

Y sin embargo, Chalons ha sido evacuado

por los franceses, y como tomaron posesion de Nancy, cuatro ó cinco hulanos han tomado posesion de Chalons, capital del departamento del Marne, ciudad de 12.000 habitantes, cabeza de 50.000, llave del camino á París, escuela práctica de guerra, gran campo atrincherado, sublime sitio histórico donde el valor de godos, francos y romanos ahuyentó la cólera de Atila, el ángel exterminador que extendia su espada de fuego, y sus ejércitos innumerables como langostas, sobre los antiguos y los nuevos pueblos.

¿A qué plan obedece esta evacuacion? El ministro del Interior dice que se han dado órdenes imperiosas para detener al enemigo. ¿Para detenerlo y se le deja libre el camino de París? ¿Para detenerlo y se entrega sin defensa Nancy, sin defensa Chalons; se abandona Reims en los dias mismos en que llega la noticia del bombardeo de Metz y de la aproximacion de los enemigos en Estrasburgo, medio incendiada y demolida, hasta las estaciones de sus caminos de hierro?

[redacted]

[illegible] residente en París, y [illegible] que la voz del Emperador, ni obedecer á otras órdenes que las [illegible] directamente de la suprema voluntad cesárea. No quiero creer que se cometan todas estas indignidades, cuando se trata de la honra de la patria, del hogar donde la familia se guarece y de la tierra santa, empapada en lágrimas, donde yacen los hue-
[illegible]e las anteriores generaciones.

Sin embargo, el Emperador se ha refugiado en Reims, la antigua ciudad donde eran consagrados los reyes, y allí, circuido de sus cien guardias como en las fiestas de las Tullerías, cuenta los soldados que aun le son adictos, y recibe á los últimos cortesanos del poder personal. Entre estos ha visto últimamente á Rohuer.

Y se necesita una operacion atrevida. El príncipe real tiene abiertos á sus correrías los caminos del Orleans y la Borgoña. El príncipe real puede dirigirse á París sin que nadie lo detenga, visto el contínuo retroceso de las tropas francesas. Si Mac-Mahon no emprende una operacion atrevida; si no corre en auxilio de Bazaine reducido á Metz; si no salva el heróico ejército aplastado por tantas y tan atléticas batallas, en mi sentir, todo, todo está perdido; y los franceses deben á la manera de Boabdil en el suspiro del moro, llorar como mujeres el perdido predominio político en Europa que no han acertado á conservar como hombres.

[redacted]

CAPITULO CXXI.

[illegible]

Dia [illegible] de Agosto.

Los hechos militares toman aspecto más favorable á Francia. Phalsburgo no ha capitulado. Toul se defiende heróicamente: la guardia nacional y la guardia movilizada, esos ejércitos tan temibles de los bonapartistas, empiezan á ganar ventajas en Verdun y otros puntos, esas ventajas del patriotismo que ni cede, ni ceja hasta el completo exterminio del invasor. Estos hechos contrastan con la humildad de Nancy, de Chalons, de las demás ciudades, donde treinta hulanos siempre

á caballo, cambian la bandera de Francia en la bandera de Prusia.

En cuanto á la situacion de los ejércitos regulares, imposible saber una palabra. Prusia y Francia guardan igual reserva. Como varios diputados le preguntaran alguna noticia sobre las tropas de Verdun, Palikao ha contestado, fusilaria yo en el acto al militar que cometiera la indiscrecion de decirlo. ¿Qué ventajas ha obtenido el ejército de Bazaine desde que se encerró en Metz? Segun los franceses, muy grandes, deteniendo tres cuerpos de ejército. Segun los alemanes, ninguna, porque el número de soldados y la carencia de víveres le obligaria á capitular y á capitular muy pronto. Nada cierto puede saberse en este choque de contrarias esperanzas. Ni siquiera sabemos si, como dicen unos, Bazaine continúa en su ratonera de Metz; ó como dicen otros, toma fuertes posiciones en el cuadrilátero formado por Thionville, Metz, Verdun y Montmedy, para dar una batalla decisiva al enemigo.

Qué se sabe de Mac-Mahon? ¿Su retirada de Reims acaso es una retirada? ¿Corre á sal-

var el ejército del general Bazaine? ¿Se apercibe á herir el flanco derecho del ejército que manda el Príncipe Real, y que se dirige á marchas dobles hácia París? Nadie sabe nada.

Y tampoco sabemos si es verdad que el ejército del príncipe heredero se dirige hácia París. Parécenos esa operacion arriesgadísima. Sus rápidos hulanos aparecen y desaparecen por el camino de París; mas los hulanos tienen por doble oficio no sólo explorar el terreno, sino engañar al enemigo sobre las operaciones del ejército aleman.

Lo que sí puede darse por cierto es que el tiempo ganado por los franceses ha sido muy propicio para armarse y reforzarse con bomberos, franco-tiradores, una parte de la guardia movilizada, los restos de las guarniciones.

Dia 28 de Agosto.

Pero el mal de Francia es el triste equívoco de su situacion política, y ese triste equívoco se perpetúa y se recrudece. El Emperador, depuesto por el Cuerpo Legislativo, se aferra con mayor empeño á conservar su mando superior y la corona. El ejército que ha quedado

libre es el ejército de Mac-Mahon y en su compañía va amenazando á un tiempo á los alemanes y á los franceses. En su pequeña Córte de Reims ha recibido su antiguo consejo privado, y los jefes de la Guardia Negra que tiene á su servicio en el Cuerpo Legislativo. Estos han debido volver muy satisfechos porque han redoblado sus ataques á la libertad como en los tiempos más florecientes del Imperio.

La elocuentísima voz de Gambetta ha sido ahogada, la autoridad de Favre injuriada, el proyecto de Ferry declarando libre la fabricacion de la pólvora desechado, la intervencion del Cuerpo Legislativo en el nombramiento de un Comité Nacional, desconocida, la regencia de la Emperatriz y sus facultades reforzadas; y reproducidos los insultos con que mil veces ha herido la libertad y ocultado á Francia el abismo á donde su ceguera la precipitaba.

Hábilmente, muy hábilmente, dicen que ahora no se trata de política, como si la política no fuera el orígen, así de los males que sufren, como de su remedio. Hábilmente,

muy hábilmente, tienen hoy oculto al Emperador. Fingen olvidarlo porque está vencido. Pero que venga una victoria, que el ejército se rehaga, que la Francia aplauda, que el mundo admire, que un rayo de luz disperse tantas nubes, ahuyente tantos peligros como rodean al César, y lo vereis bajar de su nube, blandir su rayo, y dar un nuevo golpe de Estado contra la libertad constitucional, reivindicando para su raza toda la autoridad y todo el poder de Francia. Triste alternativa para la nacion francesa. Si es vencida pierde su honra: si es vencedora, su libertad.

Dia 29 de Agosto.

Hablemos primero de los hechos militares. El gobierno prusiano ha escalonado tres cuerpos de reserva; uno en el Rhin, otro en Berlin, y otro en Silesia. El ejército que se supone marchar sobre París al esperado sitio, es el ejército del príncipe de Prusia, acompañado por el ejército del príncipe de Sajonia. Si es verdad que Mac-Mahon ha sido visto hácia Monthureuse, su operacion es clara: retrocede á los Vosgos para verifi-

car su conjuncion con Bazaine. Pero los prusianos sostienen que Bazaine no puede salir de Metz, que el hambre le acosa, que la peste aniquila su ejército, que la rendicion está próxima. Los mismos partes franceses convienen ya en que los prusianos ocupan el Aube, departamento formado de la Champagne propiamente dicha, y de una parte de la Borgoña, confinando por el Oeste con las regiones á que da nombre el Sena.

Lo cierto es que han luchado en Epernay y que han vuelto á entrar en Chalons, merodeando por todo el departamento del Marne. Desde Luneville han destacado fuerzas á Reims, cuyo objeto acaso sea picar la retaguardia á Mac-Mahon. Este se encuentra muy comprometido. Si la marcha del príncipe heredero es fingida, encaminada sólo á encubrirle una maniobra, puede fácilmente encontrarse entre el gran ejército de este príncipe, y el ejército no ménos numeroso ni ménos temible del príncipe Federico Carlos, que lo reducirian á polvo. Si esta operacion no se verifica, y Mac-Mahon acierta á levantar el sitio de

Metz, á sacar á Bazaine del abismo, y á formar un ejército que todavía pueda medir sus armas con el ejército prusiano, la historia lo tendrá, no sólo por un héroe, sino tambien por un génio. Lo cierto es que el rey de Prusia tiene su cuartel general en Bar-le-Duc, en el pueblo mismo donde Napoleon se situó para dirigir aquella célebre campaña del catorce, reproducida ahora por los prusianos contra su desgraciado é imbécil heredero. ¡Qué diferencia de esta campaña, cuyos dias se cuentan por desgracias, y aquella maravillosísima campaña del catorce, en que Napoleon, con setenta mil hombres á lo sumo, combatió cuatro ejércitos, los derrotó cien veces, les mostró la superioridad de su génio militar, los detuvo en marchas y contra-marchas que el pensamiento no puede seguir, y solamente se dió por vencido, cuando le abandonaron sus generales, más fáciles de domar que aquella sombría alma, la cual llevaba en su seno el huracan devastador de la guerra, torvamente iluminada por una gloria siniestra!

Y por un César que no tiene ni genio ni

gloria; por un César que la ha comprometido en locas empresas, que la ha arruinado vergonzosamente, decide Francia inútiles sacrificios. La imaginacion no puede forjarse una idea de lo que el sitio de París seria si el sitio llegase á realizarse. ¡Dos millones de almas sitiadas en aquel inmenso espacio! Los expulsados yéndose á la fuerza y volviendo los ojos á la ciudad como la mujer de Loth á las llamas de Pentápolis; los neutrales, sin ánimo para ningun sacrificio; las clases conservadoras, egoistas, utilitarias, doliéndose siempre, y conjurando á las autoridades para que concluyesen una capitulacion aun á costa de la honra; el pueblo hambriento, delirante, quizá tocado de esa locura sublime que el viento tempestuoso de París disuelve en su atmósfera yendo á la pelea de la desesperacion; las inmensas heces que la sociedad arroja sobre esas ciudades, á un tiempo templos y cloacas de la humanidad, hirviendo preparadas á todos los crímenes; la batalla contínua, la peste asoladora, el bombardeo que siembra las ruinas, el incendio inmenso, que

lo desquicia y lo devora todo, como si un planeta en disolucion cayese sobre la tierra; todos esos horrores daban al fin del imperio napoleónico el aspecto del terrible fin de un imperio asiático, y su última noche puede ser en plena civilizacion moderna como la última noche de Baltasar y de Sardanápalo.

Dia 30 *de Agosto.*

La defensa de París: hé aquí el pensamiento capital de Francia. Toda idea cede ante esta idea: París será nueva Zaragoza. ¿Hay en sus alrededores campos fértiles llenos de exhuberantes cosechas? Pues se talan. ¿Hay á la sombra de sus fortificaciones viviendas magníficas con pintados jardines? Pues el jardin se destroza y se derriban las viviendas. ¿Hay gentes inútiles dentro de sus muros? Pues se expulsan. ¿Hay fuera esos inacabables paseos, esos bosques donde la gran ciudad recoge el oxígeno necesario á su respiracion fatigosa? Pues de raíz se arrancan. París está apercibido á la defensa. Pero la defensa de París sólo puede verificarse por la República, porque solamente la República armará al pueblo.

[redacted]

CAPITULO CXXII.

PREPARATIVOS DEL SITIO DE PARIS.

Dia 30 *de Agosto.*

Se apena el ánimo hoy, al ver lanzados de París, por ódios de raza, trabajadores que dan á una de esas grandes colmenas llamadas ciudades, la cera y la miel de la industria. ¿Dónde irán esos séres infelices? ¿Qué poblacion del mundo arranca de cuajo ochenta mil de sus ciudadanos sin arrancar al mismo tiempo muchas almas, muchas vidas, que han arraigado en el suelo de la proscripcion por esas raices del sentimiento, que prenden con tanta facilidad en todas las sociedades humanas? Antes, cuando las necesidades del hombre no

[illegible] en su trabajo tan fecundo, [illegible] se producían los males que [illegible]. Así la fuga de [illegible] ser tan terrible como será para los alemanes la fuga de París.

Pero [illegible] ha dispuesto expulsar a los alemanes, sino también a todas las personas inútiles para la defensa. Idea tan extraña [illegible] de tal suerte excelente que se [illegible] a los departamentos alejen y alimenten a estos [illegible], a estos proscriptos de una nueva especie. ¿Pero hay algo práctico en tales resoluciones extremas? Nada. Esos infelices, separados de sus hogares, de sus familias, seres débiles en su mayoría, niños, mujeres, no pueden conseguir más que llevar el [illegible] fuera, y acrecentar dentro las dificultades y los dolores. Al habitante de una ciudad sitiada, mostradle su hogar, la figura de su anciano padre, la cuna del hijo, el semblante de la esposa amada; y veréislo defender estos caros objetos con mayor ahinco que teniéndolos lejos, fuera del alcance de la vista y del calor de los grandes sentimientos: er-

rantes y dispersos, caidos en una catástrofe sólo por evitar un peligro. Una gran ciudad puede defenderse bien cuando se defiende expontáneamente, y se defiende expontáneamente, cuando se forma una sola alma del alma de todos sus hijos, unidos en el propósito de los mútuos sacrificios por el hogar y por la patria.

Dia 31 *de Agosto.*

A este horror de las expulsiones de que ayer hablé, se une otro horror; la creacion de espías por las calenturientas pasiones populares. He leido línea por línea el proceso formado al aleman Hart, bajo la acusacion de espionaje prusiano; y puedo decir que no he encontrado pruebas, ni siquiera indicios. Y sin embargo Hart ha sido fusilado. Del proceso de la Villette digo lo mismo. Desde el primer dia aseguré que los espugnadores del cuartel de bomberos eran republicanos más ó ménos exaltados, pero republicanos sin ningun género de relacion con Alemania. Si en algun sentimiento se inspiró su atentado fué en el sentimiento patriótico. Querian ar-

mas para fundar la República; y querian fundar la República para expeler al extranjero. Pues los republicanos de la Villette han sido todos condenados á muerte y muchos fusilados.

Nos aturden los oidos con la idea de la defensa nacional, los periódicos imperialistas. Pero esa nacion continúa siendo un feudo del César. Sus enemigos personales, aquellos que pueblan las cárceles por haber ofendido la sacra persona del monarca, yacen todavía en las prisiones como si no tuvieran hogar y patria que defender. Bien es verdad que los campos presencian escenas horribles, obra de las muchedumbres bonapartistas. Un jóven de distinguida familia ha sido quemado por suponerle desafecto al Imperio, en una de esas aldeas llenas de fanatismo imperialista. Un diputado de oposicion ha sido insultado. Los campesinos se empeñan estúpidamente en que los liberales han entregado el Emperador á los prusianos. ¡Imbéciles! Lo ha entregado su política absolutista, su administracion corrompida, su estado mayor disuelto por la intriga, su ambicion dinástica, y su torpeza militar.

La ira de estas hordas cesaristas no se ensaña en los liberales sólo, sino en los protestantes tambien. Creen que desean estos el triunfo de los prusianos por ser los prusianos de su religion. Los atentados han sido tan graves, que un diputado de la mayoría los ha dicho públicamente denunciándolos desde la tribuna á la indignacion de la humanidad. Con este motivo hemos venido á saber que los prefectos divulgan calumnias contra todos aquellos que no votaron el plebiscito último, y estas calumnias adquieren crédito en el pueblo de los campos, inmóvil en su secular ignorancia. Ese gobierno, pues, no trata de salvar á Francia sino al Imperio. Todas las esperanzas están destruidas, todo el ejército francés deshecho, todas las fuerzas alemanas, camino de París; sólo queda una esperanza, y un refugio, el pueblo en armas. Pero ¡ah! el gobierno sabiendo que esas armas serian el azote del extranjero, sabe tambien que serian el cetro de la República. Pues no tiene remedio. Si armar al pueblo es traer la República; no armarlo es asesinar á Francia.

[redacted]

CAPITULO CXXIII.

[illegible]

Dia 1.° de Setiembre.

Los prusianos todavía no han podido tomar ninguna de las plazas importantes que defienden la frontera francesa. Phalsburgó, cuya rendicion habian anunciado, se sostiene firme. Toul ha presenciado una salida, en que los sitiados consiguieron rechazar á los sitiadores, á los bávaros. Metz, á pesar de contener el inmenso ejército de Bazaine, lucha con el hambre heróicamente. La toma de Vitry, se debe á una desgraciada maniobra de [illegible]rdia movilizada. En vez de defender la

ciudad, decidió desampararla y retirarse hácia Chateau-Tierry. Habian clavado los cañones, inutilizado toda municion que tenian á mano, y decidido la hora de la salida. Pero como pertenecian á distritos diferentes, se dividieron los guardias movilizados. Así divididos, se debilitaron. Y debilitados por su propio error, encontró la mayor parte de ellos al audaz enemigo cerrándole el camino. El encuentro fué horrible. La infantería los diezmaba con sus certeros tiros. Y cuando huian de la infantería, tropezaban con los hulanos que los alanceaban á su placer. En aquella carnicería pedian los más ser tratados como prisioneros de guerra, ya entregados, rendidos, inermes. Pero los prusianos dicen que el derecho de guerra sólo reza con los soldados de línea, y que los guardias movilizados no pertenecen á esta categoría. Y parapetados tras consideracion tan sofística, los degollaban á mansalva. Por fin, algunos jefes lograron demostrar á los vencedores el carácter regular de aquellas tropas. Sólo á esta demostracion cedió la matanza. Pero ya ha-

bian muerto cincuenta guardias y muchos sufrido tan horribles heridas, que su cuerpo era una llaga. Proezas de la guerra.

El sitio de Estrasburgo es heróico. El año pasado, por este tiempo, visité yo la poética ciudad. Me parece estar viendo sus plácidas campiñas, sus serenos rios, el aspecto monástico de aquellas casas silenciosas, la tranquilidad de sus habitantes, la hermosura severa de su catedral rematada por la torre acaso más esbelta que hay en toda Europa, y que parece una oracion, una nube de incienso, elevaciones del alma hácia lo infinito, ¡ah! todo lo más distante del incendio, de la matanza, de la guerra. La guarnicion es débil, escasa, y no puede recibir refuerzos; en cambio, los sitiadores son muchos, bien armados, y se renuevan con frecuencia. Sus cañones de grandes dimensiones, granizan bombas llenas de petróleo, que cae hirviente sobre la ciudad sitiada, y reducida á los mayores extremos de angustia y de dolor. A cinco leguas, se descubre como un nublado inmenso, de cuyo vientre oscuro y preñado de

abismos, se escapan los siniestros relámpagos y largos truenos de un cañoneo, que parece una gigantesca tempestad de los aires y un furioso terremoto del castigado suelo. Han incendiado la calle de Saverna, el colegio protestante, la Iglesia del templo nuevo, y la Biblioteca llena antes de libros riquísimos que la guerra destruyó en nuestro tiempo, como en los tiempos de Omar. Algunos de sus manuscritos eran únicos en el mundo. El obispo ha intercedido; pero los sitiadores no le han escuchado. Ha pedido que al ménos dejaran salir á la poblacion no guerrera, y los sitiadores no lo han acordado. Los habitantes viven hoy en las cuevas, aguardando el dia supremo en que el incendio, el bombardeo, conviertan estas cuevas en sus sepulturas.

Y en cambio de estos prodigios, las poblaciones abiertas han sido débiles, muy débiles. Nancy, Chalons, Epernay, han consentido que unos cuantos hulanos las profanaran, les impusieran su autoridad y sus contribuciones de guerra. Algunas de las autoridades en estos pueblos, han disuadido de la resistencia,

por temor á que la hermosura de los edificios se estropeara en los azares de la guerra. El hulano esparce un miedo supremo. A manera de los antiguos hunnos, con tanto terror descritos por los últimos historiadores del Imperio romano, viven, comen, duermen á caballo. Parecen haber realizado la fábula de los centauros. Sus armas son la aguda lanza que llevan en la mano, y el rewolver que llevan al cinto. Esparcidos en todo el territorio invadido, aparecen infundiendo por todas partes el terror, el espanto. Hace pocos dias corrian dos soldados de caballería desbocados por los boulevares de París. Una muchedumbre innumerable corria á su vez siguiéndolos y vociferando amenazas. Son hulanos, son hulanos, exclamaban. Y eran dos soldados franceses, que se habian emborrachado, y caracoleaban por las calles, con el sable arrastrando y el morrion á la espalda, primero entre la risa, y luego entre el miedo de la poblacion. Todo esto sólo prueba una cosa: el pavor que los hulanos de Prusia han esparcido como una peste en el pueblo de Francia.

Dia 2 de Setiembre.

El telégrafo nos tiene hoy en conmocion perpétua. Desde el dia 30 hay empeñadas dos batallas, y de sus resultados pende toda la campaña. Para comprender estas batallas precisa recordar brevemente toda la guerra. El ejército francés tenia tres grandes cuerpos: uno mandado por Mac-Mahon, que fué vencido en Woerth; otro mandado por Frossard, que fué vencido en Forbach; y otro mandado por Lebœuf y el Emperador, que estaba concentrado en Metz. Desde el punto que las victorias alemanas destrozaron las dos alas del ejército francés, Bazaine tomó el mando inmediato del cuerpo central, reuniéndosele todos los restos de los soldados de Frossard, y el mando en jefe del ejército, mientras Mac-Mahon se corria hácia el Marne con sus despadazadas legiones para formar un ejército allí, agregando á las tropas de Woerth un poco rehechas, tropas provinientes de Argelia, y tropas provinientes de las guarniciones interiores de Francia.

Cada uno de estos ejércitos, separados,

era débil, sobre todo, delante de un enemigo formidable por su número, é irresistible por sus recientes victorias. Reunirlos, alinearlos en el campamento de Chalons, y aguardar allí con París á la espalda; y Metz, Thionville, Estrasburgo, además de tres rios á la espalda del enemigo, era el pensamiento de Bazaine, pensamiento concebido con claridad, y que ejecutado con fortuna, acaso diera aun victorias á Francia, lustre á sus armas.

El pensamiento de los prusianos, en vista de este plan, debia ser lógicamente el que sigue: impedir la conjuncion de los dos ejércitos: encerrar el de Bazaine completamente en Metz, y derrotar todo cuerpo que fuera en su socorro. Para conseguir á un tiempo ambos fines, consagraron los tres ejércitos del rey, del príncipe Federico Cárlos y de Steinmetz al cerco del ejército de Bazaine, y expidieron el príncipe real en persecucion del ejército de Mac-Mahon.

Desde el dia catorce Bazaine luchó con todas las fuerzas y todos los recursos de la desesperacion para salir del abismo de Metz.

Aquello fué un combate colosal, gigantesco, de cuatro dias; pero que dió por resultado el diez y ocho, la completa clausura del ejército de Metz en su fortaleza, donde fué paralizado, y por consecuencia destruido.

Dos caminos le quedaban á Mac-Mahon en este gran conflicto: ó aguardar al príncipe Real en Chalons y vencerlo, ó correr en pos de Bazaine á Metz y redimirlo. Optó por este segundo extremo, y corrió en busca de Bazaine. Para esto abandonó el campamento de Chalons, obra de tantos años y de tantos millones. Sus grandes pabellones fueron demolidos, sus campos atrincherados rotos, sus almacenes saqueados, sus estátuas deshechas, y las provisiones de boca, que aun quedaban, esparcidas. Cuando llegaron los hulanos, era tanta la desolacion, que parecia el campamento una ciudad vencida y asolada, despojo de sangrientas victorias.

La vanguardia del príncipe Real, mandada por el príncipe Alberto, entró en Chalons.

Seguíanla casi todos los carros que puede haber servibles por aquellas tierras. Algunos

[redacted]

carreteros iban horriblemente encadenados por haber opuesto resistencia á las requisas prusianas. En Chalons fueron estas grandísimas. Pidieron las armas de los particulares, y les entregaron las armas; pidieron raciones de todas clases y les entregaron las raciones. La disciplina perfecta. Un soldado que en el camino mató á un francés inerme, fué en el mismo instante fusilado. Chalons declara que ni un sólo insulto devoró la poblacion harto castigada ya con aquella deshonra. Si el pisar y el piafar de la caballería prusiana; si el resonar de los sables en las piedras; si las palabras guturales y largas de los soldados del Norte, encontraban doloridos ecos en los corazones franceses, sólo á un sentimiento estos fuertes corazones se abrian, al sentimiento de la resignacion. Cuando el príncipe Real caminaba hácia Chalons, todos creian que iba hácia París. Los franceses se imaginaban descubrir desde las fortificaciones de la gran ciudad á los hulanos. Pero su movimiento sobre París era una falsa maniobra; en realidad iba á perseguir y envolver con el cuerpo del

rey á Mac-Mahon mientras el príncipe Federico Cárlos y el general Steinmetz impedian la salida de Bazaine.

Mac-Mahon, teniendo por objetivo salvar á Bazaine, salvarlo á toda costa, debió escoger el camino más breve posible; debió ir por Vougieres á Montmendy, sitio designado por uno y otro general para su encuentro. Esta hubiera sido una maniobra digna de aquellas que con la celeridad del relámpago verificaba Napoleon el Grande en su campaña de mil ochocientos catorce. Pero malgastó un tiempo precioso yendo de Chalons á Reims, de Reims á Rethel, de Rethel á Mezieres, de Mezieres á Sedan. Sin duda alguna, su objeto, al escoger este camino bordeado de fortalezas, era alejar un encuentro de las tropas prusianas, rebasarlas, yendo con mayor seguridad, protegido por tantos reductos, á coger los ejércitos sitiadores entre el fuego de sus tropas y el fuego de las tropas de Bazaine.

Pero mientras él tomaba el camino larguísimo, los prusianos subian por Vougieres desde Chalons al mando del príncipe Real, y

el cuerpo del Rey tomaba una direccion paralela á la direccion del cuerpo mandado por su heredero.

Indudablemente Mac-Mahon estaba perdido. La frontera belga tan cercana, era como un abismo abierto á sus espaldas; todas las tropas que al terreno neutral llegaran, tropas perdidas. Las fortalezas sólo servian para procurarle una trampa tan triste como la trampa de Metz y sin sus formidables defensas. Los rápidos movimientos de los dos ejércitos prusianos habian de reunirlos, y su reunion habia de ser fatal para las tropas francesas.

La estrategia prusiana ha sido admirable. Al llegar Mac-Mahon á Sedan pudo decir que con otro dia de marcha atacaba por la espalda al príncipe Federico Cárlos, mientras Bazaine lo atacaba de frente, con lo cual acaso hubieran experimentado los alemanes su primera derrota.

Pero el dia veintinueve ya estaba en Sedan el príncipe heredero con la misma exactitud, con la misma puntualidad con que llegó á la

[redacted]

cita de Sadowah. No habia más remedio que dar aquí una gran batalla. Si la pierden los franceses, el ejército regular francés ha desaparecido. El ánimo está de tal suerte perplejo, que sólo se atreve á murmurar estas palabras: «Sea la victoria de aquel combatiente que defienda el mejor derecho.»

CAPITULO CXXIV.

LA DERROTA.

Dia 1 de Setiembre.

El grande encuentro empieza el dia treinta con Mac-Mahon de un lado y el Rey de otro; y dura en realidad tres dias. El campo de batalla se extiende entre Sedan y Mezieres. Mac-Mahon, si no puede romper la línea de los prusianos, que es su aspiracion suprema, cuenta con refugiarse en una de las dos fortalezas. Pero esta esperanza es desesperacion. Sitiado una parte del ejército en Metz, a aguardando el sitio de París; divididas las fuerzas en plazas asediadas como Toul,

y Phalsburgo y Estrasburgo, esa nueva paralizacion seria como el aniquilamiento de todo el ejército francés. Si una feliz maniobra prusiana arroja á Mac-Mahon sobre Mezieres ó Sedan, Mac-Mahon se estrella. Su gran desgracia, la mayor, es verse forzado á aceptar una batalla defensiva. Estas batallas son difíciles para todos los ejércitos, son casi imposibles para ese ejército francés, impaciente para el ataque, audaz al ofender, siempre valeroso, pero no muy apto para la resistencia.

Así ha resultado para desgracia de Francia. La resistencia es heróica, la batalla un prodigio de valor, de rabia, de desesperacion. Todo el dia treinta ha resistido Mac-Mahon, todo el dia treinta al grueso del ejército prusiano. La tenacidad germánica no ha logrado desconcertar aquel valor sereno. El heroismo francés que tanto vale para el empuje, vale tambien para la defensa. Han sabido pelear, morir á pié firme, como aquellas murallas de ingleses que en Warterlóo caian, y que tanto admiraban á Napoleon. El dia treinta y uno Mac-Mahon habia recibido refuerzos de Me-



[illegible] mi [illegible]

mi [illegible] sobre el camino de [illegible]

[illegible] moralmente [illegible]. Mientras

la metralla, no tiene otro recurso sino rendirse á la discrecion del enemigo. Y ha perecido el ejército regular de Francia.

Dia 5 de Setiembre.

Pero ¿qué es del Emperador? Como D. Rodrigo en la batalla de Guadalete, quizá ha buscado en las armas enemigas su fin; quizá se encuentra su cadáver entre los montones de los muertos, con la ira todavía relampagueando en los ojos apagados y en los contraidos lábios. Si una bala no lo ha matado, lo matará el remordimiento de ver los franceses tendidos en el campo de batalla, los ejércitos aniquilados, las ciudades incendiadas, su patria invadida, á merced del extranjero. No era, no, demencia tan grande, como cree nuestro apocado espíritu moderno, la decision suprema de aquellos héroes antiguos, que al ver morir la idea, ó la institucion, ó el pueblo á que habian unido su vida, se suicidaban, morian con el espíritu de su espíritu, como Caton en Utica despues de la victoria de César, y como Bruto en Filipos despues del fin de la República.

Napoleon I, allá en Fontainebleau, cuando tras la campaña del catorce, vió su púrpura rasgada, su ejército rendido, su Senado destituyéndolo, sus enemigos en París, y los mariscales á quienes habia elevado en alas de su génio militar, exigiéndole la abdicacion, se aplicó á los lábios el anillo que llevaba siempre al dedo con un veneno, absorbió una parte de él, y hubiera muerto entre las ruinas de su trono, abrazado al cadáver de su fortuna, si no se lo impiden ciertos retortijones de tripas, producidos por el tósigo, que le parecieron bien poco heróicos y poéticos. El suicidio del gran César, se redujo, pues, á una mera diarrea. Mas al fin aquel tenia un nombre con que llenar la historia; una campaña sublime con que cubrir su derrota; y la coalicion de Europa entera bajo la cual no era deshonroso desplomarse, hundirse, cediendo al número y á la fuerza, bajando la frente á los mandatos del destino.

Pero este ha muerto por pequeñeces, porque sus ministros de Hacienda devoraban todos los años cien mil hombres, que consta-

ban como efectivos, y que sólo tenian efectividad en las casillas del presupuesto; porque sus generales, cortesanos en demasía, habian olvidado en los placeres de los salones la ciencia de las batallas, olvido sólo rescatado por sacrificios sublimes, por muertes heróicas; porque desconocia el arte político y el arte militar de sus enemigos; porque deseaba á toda costa fundar una dinastía, vincular en su familia, en su hijo, el espíritu tempestuoso de un gran pueblo. Deshonrado, envilecido; sin refugio alguno, ni en la historia ni en la conciencia humana, sin mando en el ejército; sin valor para pelear; sin esperanza de volver á su trono, desarraigado por una sola batalla; vulgar ambicioso que se plega al primer desastre, sólo puede lavar la mancha de su vida con la sangre de sus venas.

Pero ¡ah! que ha representado en el trono el epicureismo, y tiene, como todos los epicúreos, miedo á la muerte. No, no morirá, no, no se suicidará. Buscará un Santa Helena de carton en cualquier lugar donde haya muchas decoraciones de ópera cómica, y donde se

baile un can-can desenfrenado, á cuyos ecos muera ese Heliogábalo, de placeres sensuales harto.

Pero ¿dónde está el Emperador? En cuanto la batalla de Sedan se acaba, un parlamentario francés aparece en el campamento aleman, y pide ver al rey con urgencia. El rey le recibe; pero no le encuentra bastante autorizado para cumplir su cometido, el cometido de una capitulacion. Mostrándole el campo sembrado de muertos, la frontera belga cercana, la plaza sin fuerza para la resistencia, dice que sólo queda un recurso al ejército francés: rendirse á discrecion. Cuando el parlamentario vuelve, no se sabe cómo, no se sabe por qué; pero un rumor sordo divulga la noticia de que el Emperador está en Sedan.

Indescriptible alegría se extiende por el campamento aleman. Los soldados tiran las armas, se abrazan, lloran, gritan, llenos de entusiasmo: se ha concluido la guerra. Los acentos de la Marsellesa inundan de alegría los pechos alemanes. Dichoso cántico, que to-

dos pueden hoy entonar como el cántico de la libertad. Dichoso cántico, que reconcilia los pueblos enemigos en el recuerdo de una época en que todos pasamos de siervos á ciudadanos.

A los pocos instantes se presentó un parlamentario con carta autógrafa del Emperador de Francia al rey de Prusia. Cuando los alemanes se enteraron de la existencia de esta carta, el júbilo llegó al delirio. En pelotones se aproximaban á la tienda de Bismark, y le pedian que apareciese á fin de consagrarle una triunfal ovacion. Bismark decia que ninguna gloria le tocaba de esta guerra; que toda, toda entera debia recaer sobre el rey, sobre Molkhe, sobre los príncipes Cárlos y Federico Guillermo. Su gloria era haber reunido los pueblos del Norte á los pueblos del Mediodía de Alemania para que juntos combatieran y cosecharan juntos los laureles de estas victorias que estenderán su sombra eternamente sobre los timbres de la comun patria.

Yo nunca he sido amigo de Bismark. Pero declaro aquí que su gloria es más alta, su

[redacted]

[illegible] Imperio [illegible] europea; [illegible] francés, la [illegible] con- [illegible] político de los Papas, con su poder político [illegible] de todas [illegible] sobre [illegible] y [illegible]

[illegible] La carta autógrafa de Napoleon [illegible] suerte de Francia [illegible] á la generosidad de su enemigo, prisionero de guerra. [illegible] bajo su amparo. ¡[illegible]! Ha preferido ver la cara de su enemigo, el rey de Prusia, á ver la cara de su pueblo, el juez, el soberano. ¡Infame! Se entrega cobardemente al vencedor, y abandona en el supremo último instante, por unos dias de vida, la nacion que le ciñó la más espléndida corona de la tierra. No hay en la justicia humana un castigo bastante grande para ese tirano. Es necesario volver

los ojos á la justicia divina para pedirle una pena proporcionada en duracion é intensidad á su tremendo crímen.

La impasibilidad de su rostro cuando en el campamento enemigo aparece, anuncia la falta de conciencia. Va vestido con todo cuidado. Fuma su histórico cigarrillo de papel que envuelve en humo el rostro. Lujosa carretela le conduce. Ayudas de campo le acompañan; una nube de lacayos vestidos de verde y galoneados de oro le sigue. Cuando se apea, se apea de un trono que habia levantado con una soldadesca ébria de pólvora y aguardiente, en una noche eternamente funesta para el género humano. Sus generales muertos, sus soldados tendidos por los campos, él, vivo para mayor castigo, destronado y preso, oyendo las maldiciones de su pueblo y de la historia, ¿no le habrán dicho que hay justicia en la tierra?

[redacted]

CAPITULO CXXV.

PARIS.

Dia 6 de Setiembre.

El infame Imperio que habia puesto sus piés y sus espuelas sobre el corazon del más revolucionario entre todos los pueblos; ese Imperio que, en una noche lúgubre mató la libertad, seguido de sus pretorianos, ébrios de aguardiente y pólvora; ese Imperio, que con una mano resucitaba la monarquía en América para que sostuviera la esclavitud de los negros, y con la otra mano apoyaba la teocracia en Roma para que sostuviese la esclavitud de las almas; ese Imperio, que ase-

sinó á nuestros héroes, que aumentó el calabozo de nuestros mártires, que forjó todas nuestras cadenas; ese Imperio, despues de haber traido el extranjero sobre Francia, despues de haber sembrado trescientos mil cadáveres, que todavía yacen insepultos en los campos de batalla, iluminados por los reflejos siniestros del incendio, ha sucumbido en la ignominia, y al sucumbir ha descargado de un peso enorme la conciencia humana, que ve al fin castigado el crímen y vencedora la justicia.

Pero antes de estampar todas las reflexiones que asaltan nuestra mente, historiemos los sucesos, historiémoslos con brevedad, con rapidez. La noticia de las desgracias imperiales recorre todo París y lo subleva. El pueblo francés ha perdido todo su ejército. La perdicion del ejército se debe exclusivamente á la dinastía. Si en vez de ir á Metz, Mac-Mahon hubiera ido á París, esta gran ciudad, auxiliada por un ejército numeroso, es invencible. Trochu habia rogado que Mac-Mahon viniese sobre París. Mas Palikao no

habia querido, porque la victoria de París era la victoria del pueblo, y él, de acuerdo con el Emperador, deseaba una victoria lejana que diese lustre al nombre y á las armas de los Bonapartes, para volver sobre París é imponerle por fuerza la dinastía.

Las lenguas se desatan y publican á una todos los crímenes imperiales. Decia el Imperio que estaba preparado, y no lo estaba. Decia que contaba con quinientos mil hombres y sólo contaba con trescientos mil escasos. Decia que era formidable su material de guerra, y no tenia suficiente material. Decia que era infalible su plan de campaña, y su plan de campaña se ha reducido á salvarse él y á perder á Francia. Todo para la dinastía, todo por la dinastía. La primera mentida victoria de Sarrebruk para exaltar al príncipe imperial, pobre inocente niño, retratado por su padre, como un sér sin entrañas, impasible en presencia de la agonía y de la muerte de sus semejantes. Y está dinastía, ni por la inteligencia, ni por el valor de sus príncipes, era de sus absurdos privilegios digna. El Príncipe

Pedro Bonaparte solo servia para asesinar escritores indefensos. El Príncipe Gerónimo Napoleon Bonaparte, que jamás vió la balas, corre á Florencia en demanda de un último auxilio, y abandona las banderas francesas. El Emperador huye cobardemente de Metz y entrega más cobardemente todavía su espada en Sedan sin que lo maten ni el dolor ni el remordimiento.

París que sabe esto, París que conoce esto, cree llegada la hora de acabar con la soberanía del Imperio y rehacer su propia soberanía. Calles, plazas, paseos se inundan de gentes que gritan: ¡el destronamiento, el destronamiento de los Bonapartes! ¡viva la nacion! ¡viva la Francia! Una inmensa multitud se dirige al general Trochu y le aclama y le conjura á que tome el poder caido en tierra. Trochu los calma diciéndoles: que el nombramiento del nuevo poder es competencia del Cuerpo Legislativo. Al Cuerpo Legislativo, al Cuerpo Legislativo, exclaman las muchedumbres.

Las avenidas del Cuerpo Legislativo son

[redacted]

[illegible] La ciudad de París ha vuelto a encontrar su alma revolucionaria. Esa alma cuyos resplandores han iluminado mil veces al mundo.

Y sin embargo, el gobierno de Palikao decidido a defender la dinastía hasta el instante último, ha llenado de tropas de línea las avenidas de la Cámara. En ella se reunen los diputados. Ferry pregunta por qué la guardia nacional ha sido reemplazada por el ejército regular, y por qué se ha confiado el mando de las tropas acantonadas en París al general Trochu, defensor de París. Palikao se levanta, y con una familiaridad indigna del sitio y del momento, dice:—«¿Os quejáis porque os

he buscado la novia demasiado bonita? *(Gritos de indignacion.)* ¿Os quejais porque he puesto en torno vuestro la tropa de línea que respetará con mayor empeño la libertad de vuestras deliberaciones?»—Una protesta ruidosa, inmensa, se exhala de los bancos de la izquierda y de la tribuna pública. Tres proposiciones se presentan; una de Palikao, que pide un gobierno designado por la Cámara y la presidencia de ese gobierno para sí. Inmensa carcajada responde á esta pretension insensata. Otra de Thiers, que pide un gobierno provisional y la apelacion á la Asamblea Constituyente en tiempo hábil. Otra de Julio Favre, que comienza: «Queda destituido el Emperador Napoleon con toda su dinastía. La Cámara nombra un gobierno provisional. La defensa de París queda confiada al general Trochu.» El Congreso se reune en secciones para estudiar estos tres proyectos de ley. Los ugieres intentan despejar las tribunas, mas los espectadores no quieren salir.

Mientras tanto el grito de ¡viva la Repúbli-

ca! se exhala hasta del suelo de París. Los muertos del 2 de Diciembre se reaniman. Los habitantes todos proclaman ese mágico nombre, que ha de salvar la nacion en peligro. Los soldados tienden sus brazos á los guardias nacionales y los guardias nacionales al pueblo. Sólo hay una voz, como sólo hay un alma, como sólo hay un pensamiento, la reivindicacion de la República.

Las águilas imperiales son destrozadas, los timbres napoleónicos rotos, las verjas de las Tullerías tronchadas casi por el oleaje popular. El general Mellinet, que manda en palacio, amenaza con hacer fuego. El pueblo, para que nadie le atribuya pensamientos indignos del principio de su resurreccion política, escribe en las paredes: «Respeto á la propiedad nacional, muerte al ladron.» Un parlamentario trata con el general Mellinet y conviene en que la guardia nacional sustituya al ejército en la custodia de aquel palacio que ha presenciado tantas victorias y tantas ca-
·ofes de la monarquía. El parlamentario
›ueblo recorre aquellas abandonadas es-

tancias donde acaban de resonar las últimas pisadas de una monarquía fugitiva. En el cuarto del príncipe imperial aun estaba abierta la última página de historia trazada en el álbum de sus lecciones. Luis XV: corrupcion, tiranía, debilidad, intolerancia. ¿No parecia este el resúmen del reinado último de su raza? La habitacion que habia acabado de desalojar la Emperatriz, aun tenia el reflejo de su presencia. Sobre una silla habia una bata, y sobre una mesa restos de frugal desayuno, un poco de ternera, un huevo pasado por agua recien abierto, pero no bebido, y algunas rebanadas de pan y queso. La última en dejar su sitio fué ella. Cuando el pueblo entraba por una puerta, salia por la otra, recordando tal vez las tragedias presenciadas por otros reyes. Un fiel servidor lloraba y decia:—«¡Pobre Emperatriz! todos la han abandonado. Así son los cortesanos siempre; débiles y cobardes como todas las almas envilecidas.»

Estas escenas coincidian con las escenas del Cuerpo Legislativo. Mientras los diputa-

[redacted]

ies se habian ido á deliberar á sus secciones, los periodistas, los amigos, diputados republicanos salian al peristilo y llamaban á la multitud. La guardia nacional se puso á la cabeza de las manifestaciones. Las tropas no resistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvian á ocupar sus asientos. El ruido era [illegible]. La multitud pedia el [illegible] de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta sube á la tribuna. Una infinita [illegible] la saluda. Pero en cuanto pedia que dejasen á la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era [illegible] y los gritos de ¡viva la República! [illegible]. Schneider, el presidente, reclamaba silencio, invocando la autoridad de Gambetta. «¡Calle ese asesino de los trabajadores!» gritan. Julio Favre quiere leer un papel: no le dejan. «¡La República! ¡la República!» claman todos á una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, inmensa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los

diputados de la derecha imperialista huyen, el presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadas las vestiduras, abollado el sombrero, y hasta herido el rostro, y los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville donde es solemnemente proclamada la República. Mientras unos proclaman la República, otros sacan de la cárcel á Rochefort y lo llevan en triunfo hasta el Gobierno. «Se ha proclamado la República. Respiremos. Hace diez y seis años que trabajo por este dia; hace diez y seis años que espero este dia. Lo véo brillar y me parece, como todas las grandes venturas, un sueño. No puedo hacer más sino gritar aquí: ¡Viva la República francesa! grito que habrá resonado ya mil veces en las costas republicanas del Nuevo Mundo.»

Dia 7 de Setiembre.

La República no ha venido como vino en 1848, de improviso. La República es una reivindicacion. El Imperio la habia asesinado, y la República, la eterna forma de la justicia y del derecho, renace en cuanto muere el Im-

dos se habian ido á deliberar á sus secciones, los periodistas, los antiguos diputados republicanos salian al peristilo y llamaban á la multitud. La guardia nacional se puso á la cabeza de las muchedumbres. Las tropas no resistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvian á ocupar sus asientos. El ruido era tempestuosísimo. La multitud gritaba: el destronamiento de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta subia á la tribuna. Una infinita ovacion le saludaba. Pero en cuanto pedia que dejasen á la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era atronador y los gritos de ¡viva la República! innumerables. Schneider, el presidente, reclamaba silencio, invocando la autoridad de Gambetta. «¡Calle ese asesino de los trabajadores!» gritan. Julio Favre quiere leer un papel; no le dejan. «¡La República! ¡la República!» claman todos á una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, inmensa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los

diputados de la derecha imperialista huyen, el presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadas las vestiduras, abollado el sombrero, y hasta herido el rostro, y los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville donde es solemnemente proclamada la República. Mientras unos proclaman la República, otros sacan de la cárcel á Rochefort y lo llevan en triunfo hasta el Gobierno. «Se ha proclamado la República. Respiremos. Hace diez y seis años que trabajo por este dia; hace diez y seis años que espero este dia. Lo véo brillar y me parece, como todas las grandes venturas, un sueño. No puedo hacer más sino gritar aquí: ¡Viva la República francesa! grito que habrá resonado ya mil veces en las costas republicanas del Nuevo Mundo.»

Dia 7 de Setiembre.

La República no ha venido como vino en 1848, de improviso. La República es una reivindicacion. El Imperio la habia asesinado, y la República, la eterna forma de la justicia y del derecho, renace en cuanto muere el Im-

perio. A este renacimiento ha contribuido en primer término una de las propagandas más activas y más persistentes que recuerda la historia. Oradores, poetas, artistas, prensa, cátedra, todo cuanto sostiene los ánimos é ilumina la conciencia, todo estaba consagrado á recordar al pueblo que no hay grandezas, ni morales ni materiales, para las naciones, fuera de la libertad. Hasta en los tiempos de mayor tiranía, cuando el cambio de dos palabras republicanas era como un pasaporte á Cayenna, el pueblo francés, sorprendido, maniatado, despojado el 2 de Diciembre por una turba de pretorianos en delirio, protestaba en los comicios contra la violencia, y decia al mundo que su alma quedaba siempre, siempre republicana.

En vano Bonaparte mantenia á sus trabajadores como los Césares á la plebe; en vano la henchia de palacios y de monumentos; en vano la rodeaba de jardines infinitos que parecian soñados; en vano le daba revistas lujosísimas, iluminaciones fantásticas, conciertos mónstruos, fiestas de la industria,

que reunian los productos de todas las zonas, espectáculos que congregaban á todos los reyes de Europa. Tanta seduccion sólo servia para conservar con más fuerza en el alma de París, abstraida, separada de todos aquellos placeres, el austero amor á su derecho.

El orador severísimo que tiene algo del puritano en su sencilla forma, proclamaba desde la tribuna, que no hay dignidad, como la dignidad de ser ciudadano en un pueblo libre. El gran poeta, cuya pluma recuerda el ciclópeo cincel que desbastó el Moyses del Renacimiento, levantaba olas de hiel, nubes de cólera contra el tirano, en las almas azotadas por las chispas de sus fulgurantes tercetos. El escritor ligero, ingenioso, lleno de sal ática en quien el alma de Voltaire, errante siempre por los boulevares de París, habia depositado un grano de su inmortal ironía, destronaba el César á linternazos; que si fueron necesarios los diálogos de Luciano para matar á los dioses, y las sátiras de Juvenal para matar á los Césares, con la *Linterna*

bastó para matar á carcajadas convulsas en la
el segundo Imperio. Mientras esta risa gana-
ba á las muchedumbres, el sesudo colegio d
Francia desarrollaba como un panorama d
ideas, desde las altas cimas de sus cátedras
el espectáculo de la América republicana, d
los Estados-Unidos, sin reyes, sin aristocra-
cia, sin Iglesia oficial, naciendo del seno d
la conciencia libre, auxiliados por el inmor
tal espíritu de la revolucion francesa. Al co
legio de Francia se unia la Sorbona, que es
plicaba la Filosofía de la libertad, y la de
rivaba de las facultades fundamentales d
nuestro sér. El teatro no podia decir una alu-
sion contra los reyes y á favor de los pueblos
sin que inmediatamente saliese en esos mur-
mullos, que tanta semejanza dan á las mu-
chedumbres con el mar, la expresion del pen
samiento parisiense. Hasta la tribuna sagrad
llovia las lenguas de fuego de las nuevas idea
con Gratry, y el padre Jacinto. Las última
palabras de Lacordaire, su último pensamient
era para Washingthon, para Franklin, para lo
blicanos educados en la Biblia. La histo

ria moderna fué rehecha, y el ídolo, el gran César, analizado, descuartizado, y entregado en pedazos, que sólo chorreaban crímenes, á la eterna maldicion de la conciencia humana.

Estas ideas misteriosamente esparcidas habian rehecho la opinion pública en Francia. La República era el ideal de todas las conciencias. En cuanto la revolucion estalló, la República vino, como si la conciencia popular se objetivara. Nadie la trajo, nadie la nombró de cuantos habian contribuido á sostener su recuerdo; la trajo, la nombró aquel sér, anónimo, irresponsable, pero omnipotente, que se llama el espíritu del pueblo. Lyon, Marsella, Nantes, Rouen la proclamaron al mismo tiempo que París. Ya no era, pues, la República tan sólo el espíritu de la capital; era tambien el espíritu de toda la nacion, el pensamiento de toda Francia. En cuanto el Imperio huyó, y sus fundamentos se deshicieron, y las ruinas que tenia amontonadas bajo su mando se revelaron, y el alma de Francia fué dueña de armonizar su pensa-

miento con su voluntad, brotó espontáneamente la República. A pesar de los peligros que la cercan, de las nubes que sobre su cuna se condensan, del grave trance que atraviesa, y que la hace bordear los confines de la muerte, yo creo en la salvacion de la República.

[redacted]

CAPITULO CXXVI.

LOS PODERES CAIDOS.

Dia 8 *de Setiembre.*

El Gobierno provisional está constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de París que el mundo conoce y admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del Gobierno de 1848, Garnier-Pages y Cremieux; el gran orador de la izquierda Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el jóven que reune á las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra toda la madura sensatez de un hombre

de Estado, Gambetta: el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde oscuro de un ollivierismo incomprensible, se ha rescatado por la revolucion para la República; hombres todos de alta inteligencia, de antiguos y probados servicios, cuya honradez de carácter está unida fuertemente á un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recien sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del Gobierno Provisional; mas el clamor público lo [illegible] con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; y en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la inmaculada esperanza del espíritu humano que rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República suprime ¿no en estos momentos supremos se [illegible]? La Emperatriz permanece en su

puesto. En vano la muchedumbre se agita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invádirlo; hasta en aquellos momentos supremos vela con heróica resignacion por el resto último de autoridad confiado á su custodia. Su pariente Fernando Lesseps, el Hércules del istmo egipcio, le ha presentado un proyecto de abdicacion expontánea en la República, proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, á quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, á pesar de tener una pluma que debió haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, y que por culpa de esas veleidades, indisculpables en quien tiene tantos talentos, sólo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, y el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejeros esta esperanza á la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega á la gran puerta, y la Emperatriz por la puerta

secreta de la calle de Rívolí se lleva tras sí, como María Antonietta en 1792, como María Luisa en 1814, como la duquesa de Berry en 1830, como la duquesa de Orleans, en 1848, el poder y la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caidos, celebra una sesion bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta á dar un viva á la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de esqueleto cayendo en una huesa. Los más valerosos proponen la sesion permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, y el Senado se separa prometiendo reunirse á la noche; y sólo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos expléndidos salones y declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará á desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Legislativo se reune en el palacio de la Presidencia. No hay nin-

guno de los presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de París, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolacion y del peligro, habian recibido su mandato y proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional, y que si Thiers no ha entrado ha sido por haber opuesto incontrastable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los dos indivíduos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos aleves que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de

todos los imperialistas. Es una evocacion á la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oidle, oidle. El primer trágico del mundo, Esquilo, Shakespeare, Calleron, jamás hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela, ni tan dramática, ni tan lógica, ni tan interesante como la historia. ¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representacion Nacional? Peor fué sellar á los representantes. Y aun no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el Dos de Diciembre. ¡Yo soy un prisionero antiguo de Magaz!! Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

Dia 9 *de Setiembre*.

Continuemos, continuemos viendo la providencia en la Historia. Hace pocos dias aun que los periódicos imperialistas amenazaban de supresion á la nacionalidad belga. Unánimes decian que las intrigas encaminadas á traer un rey prusiano al sólio español habian

sido urdidas por Leopoldo de Bélgica. Esta invencion tenia por único objeto comprometerlo en el dia del combate para exigirle en el dia de la victoria una inmensa responsabilidad. Aun no habia pasado un mes, y el Emperador Napoleon entraba prisionero en el territorio mismo de la nacion vecina, cuya independencia habian amenazado á una señal suya todos sus cortesanos.

El dia tres por la noche durmió en Bouillon. Iba como siempre cercado de fausto, seguido de generales, custodiado de pomposos lacayos como si nó quisiera perder el aparato, ya que ha perdido la realidad del poder. Varios generales del ejército prusiano le acompañaban para demostrar que aquel hombre no era un Emperador sino un prisionero. Me parece que todavía lo veo atravesar por delante de mi humilde casa de campo en los bosques de Anteuil, cuando ibá acompañado hace cuatro años del Emperador de Rusia, del Rey de Prusia, de todos los príncipes alemanes que hoy le combaten, de Bismark mismo, á mostrarle su invencible ejército. No he olvidado

aquella nube de bandas, de cruces, de espadas relucientes, de cascos dorados, plateados sobre los cuales brillaban plumeros de todos los colores del iris, argentadas águilas en actitud de hendir los aires. Me parece que oigo piafar los caballos, resonar las músicas, tronar los cañones, resonar los aires de gritos dados por aquellos ejércitos, sobre cuyos aceros se partian en mil brillantes centellas los rayos del brillante sol, que ha iluminado tantas victorias de los Bonapartes. ¡Y hoy es prisionero de sus antiguos huéspedes!

Y no sólo prisionero sino que, segun todas las noticias, le han hecho apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia. Llegó á las siete de la mañana y no le recibieron hasta las once. Cuatro horas estuvo en triste patio; al borde de un estanque, sentado sobre un banquillo y entre dos coraceros. El que le vió primeramente fué Bismark. No tengo mando ninguno en el ejército, ni en la nacion, dijo á Bismark. Entonces el gran canciller se retiró y apareció el rey. Este empezó por tratar duramente á Napoleon y concluyó por sentirse con-

movido ante su grande infortunio. Le señaló por fin la residencia de Cassel, un palacio inmenso, con jardines de gran extension, altas pirámides rematadas por estátuas colosales, surtidores y cascadas, estanques, uno de esos nidos que los príncipes alemanes se fabricaban en el siglo pasado, y que tras una inmensa cortina de altísimos árboles, ocultaban ameno paraiso, en torno del cual yacian tristemente, en cabañas húmedas y diminutas, sobre montones de paja, familias de siervos que parecian ganados de bestias salvajes, condenadas, ya á la guerra, ya á viles y continuos trabajos.

En el trayecto recibió los homenajes de varias personas, del conde Montholon, del príncipe Pedro Bonaparte, que se conmovieron y lloraron. Él iba sereno, impasible, vestido de general, con el képis inclinado sobre el ojo izquierdo, sin más preocupacion que contemplar el curso interior de su pensamiento, y la blanca leve nube engendrada por su cigarrillo humeante siempre, que se disipaba en los giros del aire.



CAPITULO CXXVII.

PRIMERAS PALABRAS.

Mientras así corrian unos al destierro, tornaba á Francia desde Bélgica el gran poeta Víctor Hugo, viendo cumplido su apocalipsis, derribado su enemigo, realizadas las fulgurantes maldiciones que habia lanzado sobre su cabeza en la lengua sublime de los antiguos profetas.

Inmediatamente que el gobierno provisional entra en el Hotel de Ville, Julio Favre se dirige al telégrafo, y á través de los mares anuncia á los Estados-Unidos que la República se ha proclamado en París, sin lágrimas,

sin sangre, por espontánea aclamacion de toda la gran ciudad. No se contenta con esto y acude á ver al embajador que en Francia representa al gran pueblo. En 1777, debió decirle, vuestra angustia era tan grande como es hoy nuestra angustia. Os faltaban soldados, recursos, todo. La derrota habia casi dispersado vuestra milicia y el desaliento casi disuelto vuestra Asamblea. Inglaterra se juzgaba ya reconquistadora de sus antiguas colonias y se apercibia resueltamente á castigaros. El gran pueblo iba á ser ahogado como un feto monstruoso, y su muerte hubiera gangrenado la conciencia humana, é impedido el nacimiento de la independencia, de la libertad, de la democracia, en el Nuevo Mundo.

Pero aquí estaba Francia. No nos contentamos con las alabanzas y los aplausos de nuestros filósofos, al pueblo que habia proclamado los derechos humanos y encontrado el fundamento eterno de la fraternidad entre las naciones. Laffayette, un aristócrata, un descendiente de los antiguos cruzados, encendido en humanitario entusiasmo por la pro-

paganda de nuestra filosofía, fletó un buque, requirió su espada, y fué á pelear por la causa de la libertad con aquella fé con que sus padres pelearon por el sepulcro de Cristo. Y ni siquiera nos contentamos con esto. El estado francés, henchido á la sazon de ideas revolucionarias, quiso por sí auxiliaros. Nosotros pudimos procuraros la alianza de España, de aquella España incontrastable á la sazon en el Nuevo Mundo. Nosotros arrostramos la cólera de Inglaterra. Nosotros vencimos nuestra grande interior pobreza. Y os dimos ocho buques, seis mil hombres, diez millones de francos. Vuestras fuerzas se rehicieron desde aquel momento; vuestra causa triunfó; y el mundo pudo contar con los Estados-Unidos de América.

Hoy vendidos los franceses por la ineptitud más vergonzosa que recuerda la historia; muertos en continuados reveses nuestros generales; disuelto el ejército; incendiadas las ciudades del Este, amenazado París de formidable sitio; ¿será mucho recordar á los Estados-Unidos esta deuda de gratitud que es

un timbre de gloria para ellos y para nosotros?

Si este no ha sido el lenguaje de Julio Favre, este era el lenguaje propio de las circunstancias. La verdad es que ideas semejantes y semejantes recuerdos debian cruzar por el pensamiento de América cuando los Estados-Unidos mandaron por el cable el reconocimiento de la República y la invocacion á las antiguas simpatías entre ambos pueblos. Y no se han contentado con esto, han trasmitido un telégrama al rey Guillermo recordándole su palabra de combatir al Imperio y no al pueblo francés, y notificándole en el pueblo americano el deseo de que cese la guerra y no se disminuya el pueblo francés unido al pueblo americano por comunidad de recuerdos y por la armonía de las instituciones.

Julio Favre ha resumido la palabra del pueblo francés en una circular que pasará á la historia con aplauso por la alteza de sus ideas, y la severa majestad de su estilo. En ella recuerda que desde el primer dia fué enemigo de la guerra entre Prusia y Francia. La ceguera en que habia caido la opinion pública

francesa, no le detuvó, y arriesgó su popularidad por impedir este duelo á muerte entre ambos pueblos. En verdad Julio Favre tiende su vista por los campos desolados, llenos de cadáveres, y se satisface por sí, por su partido, al ver que esa nube de sangre no puede llegar hasta su conciencia, ni caer sobre su responsabilidad moral ante el mundo y ante la historia.

A estas consideraciones sigue una enérgica reprobacion de la guerra, una palabra formal, solemne de que jamás el pueblo francés intervendrá en los asuntos de Alemania, dejándole cumplir libremente sus destinos y realizar su unidad. El rey de Prusia declaró que hacia la guerra al Imperio, y el Imperio ha desaparecido; declaró que no hacia la guerra al pueblo, y el pueblo ha entrado en la posesion tranquila de sus derechos y su soberanía.

Si no retrocede ante su propia palabra, ante sus solemnes promesas; si no retrocede, el pueblo francés verá en su marcha un desafío, y se decidirá resueltamente á sustentarlo. París demostrará que es la cabeza y el corazon

de Francia. Primero defenderá sus fuertes avanzados con heroismo idéntico al heroismo de Metz, de Toul, de Estrasburgo. Despues se retirará tras sus murallas. Cuando las murallas caigan, detrás de sus barricadas. Y cuando hayan sucumbido á la fuerza y al número, todavía quedará Francia, sí, Francia entera, invencible, inconquistable, resuelta á vengar á París. Y el mundo presenciará el espectáculo de dos pueblos que se chupan mútuamente hasta la última gota de su sangre.

Preciso es confesar, que si Francia no tiene hoy la fuerza de su parte, tiene la razon y el derecho. Habíamos de ser desconocedores de la justicia, si desconociéramos que tienen grande fuerza en el mundo. Hora es ya, pues, de que cese esta guerra insensata. Lo necesita el mundo. Lo reclama el espíritu humano. La civilizacion puede emigrar de nuestro continente al ruido de esa infame y terrible matanza. Paz, pedimos, paz deben pedir todos los corazones levantados y generosos, paz á la República francesa. Toda la sangre que ahora se derrame, caerá gota á gota sobre el rey de Prusia.

CAPITULO CXXVIII.

LA EUROPA.

Dias 11, 12 *y* 13 *de Setiembre.*

Difícil, dificilísimo resumir todas las noticias llegadas en estos tres últimos dias. La mágica palabra de República parece haber dado nuevas fuerzas y ánimo nuevo al pueblo francés. Las ciudades se resisten con un ardor y una tenacidad verdaderamente sublimes. Los héroes de Estrasburgo han hecho varias salidas, y en ellas han diezmado las tropas sitiadoras. Toul sigue sosteniendo un sitio heróico, mantenido por la guardia movilizada, por ese ejército de ciudadanos; Phals-

[redacted]

[illegible] ir- [illegible] tres grandes [illegible] en su [illegible] de la re- [illegible] allí [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] Los [illegible] los sol- [illegible] [illegible] mayor [illegible] [illegible] resuelven matar a sus enemigos y morir ellos entre las [illegible] pegan fuego a [illegible], y saltan ellos y sus enemigos [illegible] para mostrar al mundo que no es posible rendir a un pueblo, resuelto a morir por la patria. París se llena cada día más de invencibles defensores. Millares de soldados acuden a sus muros para sostener la desesperada defensa. Muchos han

jurado llenar de pólvora las cloacas, las alcantarillas, y hacer saltar la poblacion toda antes que entregarse. Vamos á ver ahora que la libertad ha estallado, ahora que la República ha venido, el pueblo entero fraternizando con el ejército, confundiéndose en el amor á la patria redimida, obrar uno de aquellos increibles milagros que inmortalizaron la República francesa é hicieron de su nombre el lábaro de la civilizacion universal. París encierra hoy en sus muros la conciencia humana.

Pero vamos á convertir nuestros ojos por toda Europa. La revolucion francesa ha cambiado por completo las corrientes de la opinion pública. Los pueblos que eran hostiles á su César, son favorables á su democracia. El periodismo inglés pide á una voz la paz, y la paz honrosa para Francia. En España las manifestaciones de entusiasmo se suceden con rapidez asombrosa; y se oyen por todas sus ciudades los acentos de la Marsellesa y los gritos de ¡viva la República! En Portugal es grandísima la agitacion.

[illegible] que en estos momentos [illegible] pontificia que [illegible] privilegios de la [illegible] de los Papas [illegible] Despues de muchas du- [illegible] el gobierno [illegible] de sus tropas [illegible] El Papa sabia que le era [illegible] en que le [illegible] sobre las [illegible] La primer [illegible] esperar sin [illegible] to de [illegible] sus fuerzas, [illegible] la llegada de [illegible] soldados católi- [illegible] de la tierra, [illegible] furiosamente á los [illegible] que ha condenado [illegible] la autoridad tem- [illegible] Papas á irremisible ruina. Las [illegible] estarán desde hoy á mañana [illegible] de la Ciudad Eterna donde habia con- [illegible] para siempre el poder teocrático.

Otra ruina más del privilegio; otra victoria más del derecho. Aquel Pontificado, que resucitó las aristocracias teocráticas del Asia; que selló con su óleo la frente de los Césares y con sus maldiciones la frente de los pueblos; que intentó quemar la ciencia en sus hogueras y encadenar la razon humana perpétuamente en sus lóbregos calabozos; que ha opuesto á los progresos de la sociedad y del espíritu las leyes inflexibles del poder absoluto; que ha divorciado la democracia de la religion, y la libertad y la igualdad del Evangelio; que ha sido el mantenedor de todas las tiranías, el enemigo de todos los derechos; que ha hecho su propia apoteosis, declarándose Dios infalible é impecable en medio de una sociedad progresiva y humana, aquel Pontificado desaparece como una sombra porque ha sonado tras tantas luchas y tantos martirios, la hora de la emancipacion universal para la conciencia; Te Deum laudamus; Te Deum libertatis.

CAPITULO CXXIX.

PARIS.

Dia 14 de Setiembre.

En medio de sus desgracias muestra Francia grande ánimo. Alemania no ha puesto aun su bandera en ninguna de las ciudades fuertes. No puede Strasburgo sufrir la lluvia de hierro candente que le envian los obuses prusianos. Phalsburgo no puede humanamente rechazar los asaltos que se repiten hoy como nunca en la necesidad para el enemigo de tener plazas fuertes que puedan proteger y no hostigar una retirada. Toul hace salidas victoriosas que desordenan los ejércitos sitia-

dores. Montmedy, Mezieres, ciudades que han visto los cercanos reveses de Sedan, no sucumben. Ville la Fere pelea con una grande constancia. Metz guarda desde el dia 18 de Agosto sus cien mil hombres, sin que ningun síntoma ni indicio señalen una próxima rendicion. Bien puede sucederle al rey de Prusia que gane todas las batallas y que pierda todos los sitios. Sobre todo, el sitio de París se presenta formidable. La frase de Favre se cumplirá; primero los fuertes, tras los fuertes los muros, tras los muros las barricadas, y en todas partes los pechos franceses sirviendo de escudo á la patria, como en Zaragoza y en Gerona. El general Trochu ha pasado una gran revista á sus defensores. Trescientos mil hombres habia. Extendíanse en línea desde la plaza de la Bastilla, donde tantos recuerdos revolucionarios vagan, hasta el Arco de la Estrella, donde el jóven de Rude, bellísima estátua, aquel jóven griego, desnudo, desenvainando su espada de Marathon y de Platea, recuerda los grandes tiempos de la primera República.

Los trescientos mil hombres pertenecen á diversas categorías. Junto á la levita la blusa, junta á la blusa las mangas de camisa rotas. Pero todas estas diversas categorías quieren conservar la tierra comun, la patria amada, donde han de reposar sus cenizas y confundirse con las cenizas de sus mayores. En Valencia, cuando nuestra sublime guerra de 1808, invocada hoy por todos los franceses, un pobre vendedor de pajuelas, se desciñó su faja, la colgó de un palo, reunió en torno suyo muchedumbres decididas á pelear, á morir, y aquel andrajo fué la enseña de una victoria. Hoy que ha caido el Imperio, ese Imperio receloso del armamento popular, hoy todo francés debe tomar un fusil y correr á los muros donde se defiende la honra y la integridad de la patria. Si no lo hacen, si vacilan, si no comprenden que la muerte mejor es la muerte por la patria, Francia dejará de ser Francia para convertirse en la Polonia de Occidente.

El aspecto de París, ¡ah! es sublime. Aquella confusion de todas las clases, condiciones,

edades en las filas de los defensores de la libertad; aquella confusion prueba que hay una sola alma en París, y en esa alma, un sólo pensamiento, la salvacion de la patria. Los trescientos mil hombres entonaban á una virilmente el cántico sublime: *mourir pour la patrie*. Este cántico lleno de uncion patriótica, entonado por aquellas voces guerreras, al compás de los pasos marciales, al ruido de las armas, en medio de una poblacion gritando Viva la República, despertaba los recuerdos de los tiempos heróicos, y prometia la palma de la victoria al sublime martirio por una grande idea.

Cuando vino la noche, vino con ella un espectáculo horrible. Los bosques de las cercanías de París ardian. Imaginaos el siniestro resplandor reflejándose sobre la ciudad llena de armas, de cañones, de combatientes, de pasiones guerreras, siempre homicidas y siniestras. Imaginaos el horror de tantas familias fugitivas, de tantos bienes convertidos en humo, de tantas poblaciones aniquiladas. ¿Será verdad? Aquellos bosques llenos de ár-

[redacted]

boles seculares por los cuales creia yo ver vagar las almas de los antiguos dioses galos, aquellós bosques, cuya sombra y cuyo césped dieron tantas veces consuelo al cuerpo y al pensamiento del desterrado en sus aflicciones; aquellos bosques son hoy nubes de humo y mares de cenizas.

La naturaleza los habia formado para que albergaran los ganados, los pacíficos bueyes, los inocentes corderillos, la abeja que liba la miel en la resina, la mariposa que se matiza las alas en las flores; el arte los habia llenado de fuentes, de lagos, de estátuas, de jardines no soñados; la paz los habia hecho reverdecer mil veces, y albergar la vida en toda su exhuberancia; y ahora la guerra los tala, la guerra los reduce á cenizas, y empapa esas cenizas en sangre humana. ¡Maldita, maldita sea mil veces la guerra!

[redacted]

CAPITULO CXXX.

VOTOS POR LA PAZ.

Dias 15 *y* 16 *de Setiembre.*

Un tratado de paz, un tratado de paz debia exigir Europa entera al Rey de Prusia. ¿Cómo? Se destruyen las mayores obras de la civilizacion moderna, arden las ciudades que sostienen la vida humana con sus ideas, con su trabajo, y Europa entera no tiène fuerzas bastantes á detener el brazo que amaga descargar sobre nosotros tan terribles golpes. El Rey de Prusia se cree todavía en 1815; cree que el Gobierno Provisional es un Gobierno sin autoridad y sin fuerza com^ ^l ^^-

[illegible] del duque de Gramont cree que el París de la República es el París de Marmont; cree que la resistencia será fácil é imposible la defensa; cree que llegará, vencerá, entrará, y minará los puentes, y saqueará los museos, como Blucher despues de Waterloo, é impondrá á Francia espirante un gobierno salido de los [illegible] [illegible].

Solo por una serie de [illegible], de ambiciones, de ensueños, puede explicarse el caer sobre París [illegible] á los ojos del mundo por su [illegible]. Se ha vuelto ese Rey de Prusia un insensato. Mas la insensatez no está sólo en avanzar sobre París, sino en desconocer la autoridad del nuevo gobierno y reconocer la existencia del antiguo Imperio. ¿Tan poco sabia de Francia, de su ánimo, de sus ideas, que le ha sorprendido el cambio anunciado por todos, la conversion del pueblo francés á la República?

Para nadie era misterio que en cuanto la fortuna le volviese las espaldas en los campos de batalla, Napoleon no podia sostenerse en su trono de París. Para nadie era un mis-

terio que la derrota seria en los campesinos imperialistas un desencanto; porque creian el Emperador invencible, y en los ciudadanos, casi todos demócratas, ocasion de reivindicar la eclipsada, pero nunca extinguida República. La revolucion europea, la democracia europea, han ganado en Sedan una batalla con pólvora de derecho divino. Las armas forjadas por los reyes son dóciles instrumentos de los pueblos. El rey de Prusia ha traido al Occidente la invasion de sus hulanos, y ahora el Occidente llevará al rey de Prusia la invasion de sus ideas. Monarca de derecho divino, has destruido con tus cañones al Papa y al César, las dos columnas de tu trono. Estás perdido en medio de tu victoria.

El reconocimiento del Imperio napoleónico es una locura incomprensible. Guillermo de Prusia ha creido que al prender un Emperador en Sedan, prendia un pueblo. Cuando Cárlos V puso su mano sobre Francisco I en París, puso su mano sobre Francia. En la torre de los Lujanes, yacia algo más que un rey, yacia la personificacion de un pueblo. El

cautiverio entonces, en vez de ser una causa de súbito destronamiento, era causa de mayor autoridad para el rey, de mayor adhesion en el pueblo. Pero hoy casi todos los reyes son reyes por la tradicion ó por la fuerza. En cuanto los espejismos de la tradicion se desvanecen de su corona, ó la fuerza se cae de sus manos, los reyes están perdidos. La espada de Sadowah liberalizó el Imperio austriaco; la espada de Sedan mató el Imperio francés, dos absolutismos derribados por un rey de derecho divino. Tal es la fuerza incontrastable de las ideas.

Basta que reconozca el rey de Prusia el Imperio francés, para que lo maldiga y deteste el pueblo. Dos ideas defiende ahora el gobierno prusiano que no prevalecerán. La una es la intervencion directa en la política interior de Francia, la otra es la conquista. El principio del derecho público moderno es la soberanía de las naciones. Este principio de derecho público interior, se eleva, como la tolerancia religiosa en la paz de Westphalia, á derecho internacional por esta otra fór-

mula: principio de no intervencion. La guerra en sus comienzos era por parte de Alemania justísima. El Imperio francés se inmiscuia en tòdos los asuntos alemanes, en las anexiones de sus provincias, en los parlamentos de sus pueblos, en los tratados militares, en el pacto de Praga, en la línea del Mein. Restablecer el principio de no intervencion fué uno de los primeros propósitos de Prusia. Y ahora, olvidando que en la guerra no basta con tener fuerza, sino que se necesita tambien tener razon, ahora trata de mezclarse en los asuntos interiores de Francia, en su política, en su gobierno, como si hubiera muerto en los campos de las victorias prusianas la nacion francesa. Si Prusia llega á sostener este principio de intervencion hasta el fin, perderá toda la razon, y con la razon todas sus victorias.

Y no sólo debe renunciar á la intervencion sino que debe renunciar á la conquista. Ya lo ha visto. La Alsacia y la Lorena no recuerdan ser alemanas; su corazon, su inteligencia, su espíritu, su vida son de Francia. El ejér-

cito aleman sólo posee la tierra que pisa. Donde quiera que se levanta un reducto, allí se levanta la bandera tricolor salpicada con heróica sangre francesa. Estrasburgo prefiere la peste, el incendio, la ruina de sus monumentos, la muerte de sus hijos bajo las piedras calcinadas, el suicidio de toda una generacion á dejar de pertenecer á la gran nacion revolucionaria, que la redimió de la servidumbre feudal con sus sublimes principios. Así como era una insensatez del Emperador Napoleon, codiciar los principados Rhinianos para Francia, es una insensatez del rey Guillermo codiciar la Alsacia y la Lorena para Alemania. Sobre las piedras podrá grabar sus águilas; pero no las podrá grabar sobre los corazones. Y aunque hoy arrancara á Francia esas provincias, nó podria arrancarle el espíritu francés que en esas provincias existe. Y tendria una causa de debilidad en esos pueblos conquistados; tendria un Milanesado, un Véneto prusiano, la guerra eterna y la eterna zozobra, que matan á las más grandes naciones.

Además Prusia no podria pedir esas pro-

vincias sino en nombre de un principio acreditadísimo entre los pangermanistas, el principio de que pertenece á la Alemania toda tierra que habla aleman. Y ese principio seria una amenaza para Suiza que podria renovar en el lago de los cuatro cantones el juramento de Guillermo Tell, y herir el orgullo del nuevo Imperio Germánico. Y ese principio seria otra amenaza para Rusia donde el partido anti-germánico, poderoso en el clero y el pueblo, pide un veto á las ambiciones de Prusia y teme por el porvenir de las provincias del Báltico. Y ese principio armaria toda Francia contra toda Alemania porque es imposible que el pueblo francés se resigne, por una sola campaña adversa, á perder la posicion geográfica y política que ocupa por sus fronteras rhinianas en el centro de Europa. Y ese principio podria impulsar el Austria, tal vez á la Italia, á una alianza con Francia. Y Prusia podria purgar con una larga decadencia, tal vez con una desmembracion, la borrachera que la ha tomado despues de sus recientes victorias.

Si Prusia imagina que Francia está muerta porque Francia está vencida, se engaña. No hay que creer en la muerte de las naciones. Un pueblo abatido por un régimen de cesarismo corruptor puede redimirse y elevarse á grande altura por un severo régimen de libertad. Nosotros parecíamos muertos y nos levantamos hasta la guerra de la Independencia, é inauguramos la época de los prodigios. Prusia parecia extinta despues de la paz de Tilssitz, y Prusia venció á su vencedor. Francia no ha muerto. Francia será inmortal en cuanto sienta derramarse por sus venas la sangre nueva y caliente de la libertad.

CAPITULO CXXXI.

UN NUEVO CRIMEN.

Dias 18 *y* 19 *de Setiembre.*

Esta guerra, que habia comenzado siendo por parte de Alemania una guerra defensiva de la soberanía política y de su independencia nacional, se ha convertido en una guerra ofensiva de la soberanía política y de la independencia nacional de los franceses. Esta guerra, que habia comenzado rechazando una conquista, se ha vuelto conquistadora. Esta guerra, que habia dirigido sus armas contra el gobierno más tiránico, contra el Imperio, las dirige hoy contra el gobierno más libre;

[redacted]

[illegible] Esta guerra, desde la [illegible] es una guerra incompren- [illegible] que el rey de Prusia, [illegible] de tendencias ab- [illegible] la democracia en su [illegible] contra cuyas ideas y [illegible] oponer ni cañones. [illegible] comprender que [illegible] compuesto de ciudadanos, [illegible] de su jefe, y combata [illegible] el Imperio y la [illegible] la guerra es una [illegible] el absolutismo del [illegible] del Mediodía; una [illegible] la raza germánica y la [illegible] mas cortante [illegible] es una idea; creo, que la [illegible] es el espíritu revolu- [illegible] creo, que definitivamente sucum- [illegible] las fuerzas consagradas á la reaccion y [illegible] las fuerzas del progreso. El primer [illegible] de una empresa política, es siempre una grande idea. Ese motor está hoy en París. Allí, solo allí, se encuentra defendido el

derecho humano. Allí, sólo allí, debe salvarse.

El prisionero de Cassel todavía no ha perdido sus esperanzas. Las tropas le presentan las armas, las músicas suenan cuando se renuevan las guardias; pajes le sirven, generales de su antigua córte le rodean, palacios de monarcas le albergan, las fuentes y las cascadas suenan á su oido como si todavía estuviesen en Saint-Cloud ó en Versalles. Algunas veces sale de este albergue, se dirige al camino de las aldeas vecinas; detiene á los niños que vienen de las escuelas, y les pregunta por sus juegos y por sus estudios. Debia decirles, mirándolos fijamente, con sus ojos de ave de rapiña. Creced, creced en paz, no vendrá otro Napoleon á segar en flor las generaciones sobre los campos de batalla. Creced, estudiad, podeis consagraros á vuestras faenas, fundar la familia que dilata el corazon, estender los ojos por los trigos llenos de espigas, y las viñas llenas de racimos; vosotros sois el trabajo y la vida; yo soy la última sombra del Cesarismo y de la guerra.

Lo cierto es que el rey de Prusia se ha empeñado en reconocer como Emperador de Francia, al destronado por Francia. Un comunicado que publican los periódicos de Reims, donde tiene Guillermo de Prusia su cuartel general, dice que sólo reconoce el antiguo gobierno, y que el nuevo no le ofrece ningun género de garantía. Los cortesanos de Napoleon dicen á voz en cuello, que Prusia dará cuenta de la República y restablecerá el Imperio. Bismark acaba de redactar una nota que revela el alma de Napoleon III. La refiere al rey su primera entrevista con Napoleon, y la conversacion entre los dos habida. En esta conversacion hay una frase terrible. «Yo, dijo el César, no queria la guerra; y deploro con doble motivo sus desastres. Yo no la queria, me la impuso la opinion del pueblo francés.» No hay palabras para calificar tamaña infamia. Al vencedor, ébrio de sangre, le enseña la víctima, el pueblo francés. En la hora de dar cuentas, descarga la responsabilidad sobre la nacion que ha hundido, amordazado, puesto en tutela, reducido á no tener

ni más voluntad, ni más pensamiento, que la voluntad y el pensamiento de su César. En Francia, ni hay ni puede haber otro responsable de la guerra como de todas las calamidades presentes, que el Emperador Napoleon.

Él pidió las plazas del Rhin á Prusia, en premio de su neutralidad, cuando las batallas y la victoria de Sadowah. Él arregló la cesion del Luxemburgo, que estuvo á punto de hacer estallar el horrible volcan de la guerra hace dos años. Él se echó en el rio de sangre por salvar su dinastía y por desasirse de la libertad. Él fué quien no se satisfizo con la renuncia del príncipe Leopoldo á la corona de España. Él quien dictó á Grammont, á ese imbécil, como le llama Bismark, la declaracion de guerra. Él quien aumentó las cifras del ejército prusiano, cuando Francia tenia cuatrocientos mil hombres, y Prusia un millon doscientos mil. Su impericia diseminó los cuerpos de ejército, para que el enemigo los cortara y los deshiciera fácilmente. Su miedo impidió que la retirada de Bazaine so-

bre-Chalons, fuera más rápida. Su desconfianza de las grandes ciudades, le aconsejó sostener grandes guarniciones y apartar al nuevo ejército, á tanta costa formado, de los muros de París, y estrellarlo sobre las piedras de Mezieres y de Sedan. El, sólo él, es responsable de todas las desgracias francesas. Sobre su frente, y sólo sobre su frente, caerán el odio del género humano, las maldiciones de la historia, y la justicia de Dios.

CAPITULO CXXXII.

LA ANTIGUA Y LA NUEVA DIPLOMACIA.

Dia 20 de Setiembre.

Un tratado de paz honrosa para Francia seriá hoy la salvacion del mundo. Aparte de las heridas que restañaría, de la sangre que guardaria en las venas de la humanidad, hoy exánime, sus resultados más inmediatos y más seguros, serian la afirmacion de la República. Y la afirmacion de la República á su vez, seria la paz, seria la libertad, seria la conclusion de la edad conquistadora y el comienzo de la nueva edad, seria el triunfo definitivo de la justicia.

La República ha encargado el ministerio de procurar la paz, de infundir esta idea en los gobiernos extranjeros, al gran estadista, Thiers. La eleccion es acertada. Tiene incontestables simpatías Thiers en los gobiernos de Europa, mas pertenece á la antigua diplomacia, no [illegible] [illegible] en los manifiestos sencillos, enérgicos, verdaderos de Julio Favre, el diplomático de la República.

Ademas Thiers ha contribuido como nadie á la guerra. Sus antiguos discursos iban todos encaminados á herir la fibra del patriotismo francés, y presentarle como una necesidad para su grandeza y su influjo en el mundo, la destruccion de la unidad germánica y de la unidad italiana. Thiers ha dicho que á Francia le convenia hallarse rodeada de naciones pequeñas, débiles, desmembradas, incapaces de oponer sus fuerzas á las fuerzas del pueblo francés, poderoso siempre por la sublimidad de su historia, por la universalidad de su lengua, y por sus treinta y ocho millones de ciudadanos.

Con estas ideas de esclusivismo y supremacia difícilmente se abrirá paso en el ánimo de los gobiernos extraños que hoy ven con grande indiferencia la suerte de Francia. El egoismo humano es repugnante en los indivíduos, más repugnante en los pueblos. El hombre no vive si no vive en la familia, en la patria, en la humanidad donde quiera que su corazon y su conciencia se dilatan. Y los pueblos no viven cuando se apartan de la comunion con los demás pueblos. El pueblo encerrado en su egoismo es tan inútil como el pólipo sobre su roca, entregado, todo estómago, al exclusivo trabajo de su nutricion.

Las naciones de Europa no deberian abandonar á Francia en esta hora tremenda. Inglaterra debia recordar que Francia detuvo la marcha victoriosa de los rusos hácia Constantinopla. Austria debia recordar que el grito del pueblo francés impidió á Prusia llevar sus huestes más lejos de Sadowah. Italia debia recordar que las palabras de Francia, ese verbo de la civilizacion, obró el milagro de levantar la pesada losa puesta por la Santa Alianza sobre

su sepulcro de mármol. Hasta Grecia, hasta Turquía deben á Francia, la una su integridad presente, la otra su independencia.

Y tímidos, miedosos, silenciosos, la dejan asesinar. Dejan extirpar el corazon y el cerebro de Europa. Si no Francia, ¿qué nacion nos servirá de mediador plástico entre todas las naciones? Si no ¿qué lengua difundirá á las ideas humanas por todas las conciencias? Si no ¿qué Tribuna repetirá el lamento de los oprimidos? Si no ¿qué pueblo llevará en el Sinaí ardiente de la revolucion las tablas del derecho moderno?

Y mientras estas preguntas cruzan por mi turbadamente el telégrafo comunica noticias sobre noticias adversas. Una luneta de Estrasburgo ha sido tomada; Vinoy, que salvó algunos miles de hombres en Sedan, derrotado á las puertas de París; Versalles y Fontainebleau ocupados, el camino de hierro de Orleans interrumpido, el cerco de París completamente terminado. Dios salve la República. Dios salve la Francia.

CAPITULO CXXXIII.

LOS COMIENZOS DEL CERCO.

Dias 21 y 22 de Setiembre.

El cerco de París ya está concluido. Una cintura de hierro circunda á la gran ciudad. Los ferro-carriles, ya están rotos, los puentes volados, las aldeas desiertas, las cosechas quemadas, los bosques humeando, y los ciudadanos bajo la amenaza del bombardeo y del incendio. El rey de Prusia se pasea por los inmensos salones de Versalles. El príncipe real de Prusia acampa en los bosques de Vincennes. Sus ejércitos no son hoy los ejércitos del duque de Brunswik vencido por el

[illegible] de la táctica republicana, y los errores de su propia rutina, sino ejércitos de ciudadanos fanatizados por el ideal de una gran patria y una política de raza.

Los primeros hechos, no ocultemos las verdades tristes, han sido funestos á las armas francesas. Dos mil guardias movilizados de Versalles han caido prisioneros. Sevres pide guarnicion. El ejército de Vinoy, que escapó milagrosamente de Sedan, sucumbe. Parece que todo se vuelve contra nosotros, todo á favor de ese rey de Prusia que cree representar el derecho divino y la restauracion del principio de autoridad en Europa, por las bombas cargadas de petróleo y los cañones gigantes, que despiden trombas de ruinas y de muerte.

Pero los amigos de la libertad aun tenemos una esperanza, París, París. La gran ciudad no puede renunciar á ser la capital gloriosa del género humano. Ella solo, ella comprende la inmensidad del sacrificio que la patria le exige y que necesita el derecho humano en [illegible]uprema crísis. París demostrará que no

en vano ha ejercido sobre Francia su grande influjo; que no en vano se ha llamado su primera ciudad; que no en vano ha jurado una y otra vez en las urnas su fidelidad á la República. Esta fidelidad será consagrada por una memorable defensa que recuerde á los venideros, timbres semejantes á los inmortales timbres de Zaragoza y de Gerona.

Francia nos da una muestra de cuanto puede hacer tras los muros, en defensa de una ciudad, rechazando asedios, con su maravillosa defensa de Estrasburgo. *La Gaceta de Colonia* trae datos que fortalecen nuestras esperanzas. Contra Estrasburgo han lanzado bombas diez y ocho baterías, que disparan cuatrocientas veces por dia. Para conducir municiones á estas fraguas de la muerte son necesarios treinta wagones; ocho mil quintales de metal fundido llovieron los obuses sitiadores, sobre la ciudad en seis dias. Cuarenta mil hombres la cercan á pesar de que su circunferencia es de seis kilómetros y medio. La circunferencia de la ciudad de París tiene treinta y tres kilómetros. Los fuertes se ex-

[redacted]

[illegible]

[illegible] en el extranjero. [illegible] ¿Qué la [illegible] que le domine [illegible]

CAPITULO CXXXIV.

MAS GUERRA.

Dias 23 y 24 de Setiembre.

En medio de estas grandes angustias apenas tiene tiempo el pensamiento humano para fijarse en los hechos que pasan como un huracan á nuestros ojos. El poder temporal de los Papas ha caido. Con él acaba de arruinarse la clave que sostenia el edificio feudal de la Edad Media. La razon humana que ha resistido tanto tiempo el sayal y el cilicio se levanta. El Te-Deum de la libertad sale de todos los labios. En el momento mismo en que se habia declarado infalible, y puesto su poder

[illegible]

darnos alguna luz para mirar los tempestuosos acontecimientos. De la entrevista habida en la gran quinta donde el rey de los judíos, y el judío de los reyes, Rostchild, enseñaba á sus papagayos á gritar, viva Napoleon; de la entrevista de Ferrieres, en que Otto Bismark y Julio Favre han hablado de la paz, resulta que tendremos guerra, y guerra á muerte, sangrienta, horrible, como la desesperacion de un gran pueblo.

Lo lamento por las ruinas que sembrará sobre el suelo, por los dolores que sembrará sobre el alma de toda Europa. Lo lamento porque no quisiera ver corriendo por tierra, la sangre de dos razas ilustres. Lo lamento por la miseria, por la desolacion que sentirán igualmente los vencedores y los vencidos. Lo lamento porque esta guerra eterna, implacable, perturba todas mis ideas morales sobre la libertad humana y me hace creer que tambien reina en la esfera social ese combate ciego, por la vida que desgarra toda la naturaleza. En nombre de la humanidad, en nombre de la conciencia, en nombre de la

el templo de la revolucion universal, no puede convertirse en la cuadra de los hulanos.

Ya se ven desde las fortalezas los exploradores, que miran como aves de rapiña; los vigías enemigos que escuchan los latidos de la gran ciudad. El momento de las supremas resoluciones ha llegado para la capital de Francia. Y para los prusianos ha llegado tambien la hora de las terribles pruebas. Sin duda lo conocen así, y anuncian que Bazaine capitulará. No puedo creerlo. Espero que esta noticia sea un ardid de guerra. Bazaine, aunque nada haga, aunque nada intente para salir de la ciudad, mantiene en jaque un ejército de doscientos mil hombres; los cuales, de otra suerte, caerian sobre París como espesa nube de langosta.

Yo siento que sólo podamos registrar desastres. Toul ha capitulado. La heróica ciudad no ha podido por más tiempo resistir á la superioridad del enemigo. Pero Estrasburgo, incendiada, arruinada, en medio de un volcan, se mantiene firme, á pesar de las brechas

[redacted]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Mexico [illegible] Las [illegible] cañones [illegible] y se recogieron [illegible] Pero un regimiento de [illegible] por el régimen que [illegible] el Imperio á las tropas, [illegible] que se desordenó, faltando á todas las leyes de la disciplina y á todas las

conveniencias de la guerra. El general Trochu les aplicará las más severas disposiciones de la ordenanza, único medio de hacer entrar en razon á los soldados corrompidos por el Imperio.

CAPITULO CXXXV.

EL CAUTIVO Y EL PUEBLO.

Dia 28 de Setiembre.

Pietri desmiente en varios comunicados las fechurías atribuidas por los periódicos ingleses al Emperador en la gestion de la Hacienda. Sea. Sea. Pero lo que Pietri no podrá desmentir, es la entrega de cien mil franceses, que aun podian luchar, que aun podian abrirse paso, la entrega incomprensible al insolente enemigo en las llanuras de Sedan. Ese hecho sólo constituye el proceso de Napoleon, y justifica su destronamiento, si no estuviera justificado por la conciencia huma-

[redacted]

na, por la razon universal, que desde su orígen condenaron inapelablemente la negra traicion del Dos de Diciembre, y sostuvieron la necesidad de una verdadera reparacion, no conseguida hasta el dia en que fué proclamada la tercer República francesa.

El Emperador Napoleon continuó siendo objeto en su palacio, de toda suerte de atenciones. El Rey de Prusia lo queria vencido, pero no lo queria destronado. Cree tener en él todavía prisionera si no el alma, la sombra de la gran nacion. Nubes de cortesanos llegan á su retiro como para recordarle las grandezas imperiales. Un magnífico carruaje de las caballerizas reales, con seis caballos, acaba de serle regalado. Todos los dias sale á paseo. Algunos de sus antiguos amigos de la aristocracia inglesa llegan á consolarle. Lady Cowley, esposa del célebre embajador inglés, ha ido á interceder por la Emperatriz. Napoleon no quiere ver en la desgracia á la compañera que compartia con él la diadema cesárea. Acaso sube con su pensamiento á las causas de su ruina, y encuentra Roma,

Méjico; y en Roma y en Méjico la figura de la Emperatriz. Acaso cree que no ha mostrado harta energía en los últimos dias, y que ha debido impedir las declaraciones de Palikao, primer decreto de su destronamiento.

Lo cierto es que la Emperatriz, despues de haber atravesado en medio de deshecha tormenta, los procelosos mares que separan Francia de Inglaterra, al llegar á la isla, que ha albergado á tantos destronados reyes de Francia, oculta su dolor en una humilde posada, y en un traje negro que le da aspecto de una hermana de la Caridad. En ese retiro llora su trono perdido, y estrecha contra su corazon la rubia cabeza de su hijo que creia destinada á la primer corona del mundo, derretida en los funestos campos de Sedan, el Waterlóo del segundo Imperio.

Mientras tanto las noticias de Francia son hoy más favorables que ayer. Lyón reune un gran ejército. La Vendée está en armas para correr á la defensa del altar y de la patria. Las orillas del Loira resuenan bajo las marchas de innumerables guerreros. Marsella ha

reunido, equipado, armado, treinta y cinco mil combatientes que parecen los aguerridos soldados de las federaciones. Empréstitos municipales se abren por do quier para ocurrir á los grandes armamentos. En Marsella un sólo comerciante griego ha dado tres millones de francos. La guardia movilizada ha comenzado á hacer prodigios de valor en el sitio de París. Los prusianos fueron rechazados en brillante encuentro de las alturas de Mendon. Los tiempos de la antigua República vuelven. Si Francia hunde ante París al Rey Guillermo, Francia, no sólo se salvará á sí misma, Francia habrá salvado al mundo.

El año 1814 los aliados en número tan grande como los prusianos de hoy, se dirigian sobre París. Un Consejo de generales hubo de formarse para decidir la suerte de la gran ciudad. Marmout declaró que París seria inexpugnable si su recinto tuviera á la sazon fortificaciones y su espíritu el heroismo de Zazagoza y de Gerona. París tiene fortificaciones, y fortificaciones de primer órden. Sus hijos han jurado imitar el ejemplo de nues-

ros héroes, [illegible] antes que rendir-se. Los comentarios de Napoleon el Grande siempre deben tenerse en cuenta cuando de guerras se trata. Y Napoleon decia que si Viena hubiera estado fortificada no recoje él los frutos de la batalla de Ulma; que si hubiera estado fortificado Berlin no recoje él los frutos de la batalla de Jena. Sus huestes, en el segundo caso, hubieran sido detenidas ante la capital de Prusia y el ejército ruso hubiera llegado á tiempo de socorrer á sus aliados y deshacer al Emperador. Para sitiar apretadamente á París, habia menester Prusia un millon doscientos mil hombres, y sólo tiene cuatrocientos mil. Para defender á París, basta con cien mil hombres, y París tiene cuatrocientos mil. No importa que sean los guardias móviles, á quienes el enemigo llama soldados de papel. Tras los muros, las fuerzas de un ejército bisoño se acrecientan y centuplican. Napoleon decia tambien: ¡oh! ¡si París hubiera sido plaza fuerte en 1814! bastaban milicianos para defenderla.

Prusia conoce las dificultades del sitio. Ha

aglomerado su infantería en puntos cardinales, que su caballería reune y enlaza en continuas correrías. Se propone principalmente tomar por hambre á París. Mas París declara que tiene víveres para todo el invierno. En este tiempo se han formado grandes ejércitos, y el sitiador puede encontrarse sitiado. Que el ánimo de Francia se levante, que la libertad se regenere, que la desgracia la vivifique, que la luz de la nueva idea la ilumine, que el sentimiento de su responsabilidad la alcance; y recogerá los lauros de Salamina y de Platea.

Que crecen cuando lloran los tiranos.

[redacted]

CAPITULO CXXXVI.

EL EJÉRCITO PRUSIANO.

Dia 29 de Setiembre.

Propóngome hoy estudiar algunas particularidades curiosísimas de organizacion y de disciplina en el ejército prusiano. Es un objeto digno de toda nuestra atencion, porque las victorias prusianas han hecho por el pronto á la nacion alemana, la protagonista de Europa. Los prusianos siempre establecen sus campamentos en forma de cuadrados, sea cualquiera el número de sus tropas. Sus bri-
sus divisiones, las tiendas de sus ge-
se reconocen por las noches, median-

te una iluminacion eléctrica encerrada en vidrios multicolores. Así fácilmente el general en jefe descubre á sus subordinados y les envia sus órdenes; y los subordinados saben dónde han de ir á llevar avisos é recojer mandatos. Esto es tanto más útil, cuanto que la esperiencia ha demostrado que muchas veces el ejército francés no ha podido moverse con acierto y celeridad, porque en las tinieblas de la noche ignoraban sus jefes el espacio donde estaban erigidos los campamentos y colocadas las tiendas.

Estos campamentos son guardados por medio de centinelas esparcidos ante los frentes y por las alas, á treinta pasos unos de otros, que de contínuo se cruzan para impedir que se salga ó se entre sin su consentimiento. Patrullas de caballería menudean en todas direcciones, y marchando al paso, celan todos los servicios. Los centinelas avanzados forman todavía, como en tiempo del gran Federico, un juego de ajedréz, y se unen á los centinelas de los grandes campamentos por pelotones de caballería destinada á evitar toda sorpresa.

Los lugares para el rancho y demás necesidades de la vida, sólo de dia se escogen. Por las noches hay algunos consagrados á señalar las líneas principales de las posiciones, pero cubiertos tras grandes terraplenes por el lado que el enemigo amenaza. Donde quiera que acampan, alzan algunas fortificaciones de tierra, y evitan armar barracas ó tiendas, para no instruir al enemigo de su presencia. Cada individuo lleva un silbato, y á silbidos expresan los jefes sus órdenes. Tambien los soldados se entienden entre sí y se apremian unos á otros en los momentos de apuro, por este sencillo medio.

Su manera de marchar no es ménos curiosa que su manera de acampar. Los batidores, rápidos como el viento, incansables, sirven de exploradores y de guías. Unos marchan al frente; pero otros muchos exploran por las alas, por retaguardia, y recorren los caminos afluentes á la ruta de su ejército. Las vanguardias y las retaguardias destacan por todas partes grupos de á tres ginetes, que se forman á manera de flecha, y que tratan

siempre de evitar toda sorpresa. Al marchar ocupan los infantes todo el camino, algo separados unos de otros, para evitar los codazos que siempre incomodan y fatigan. Acostumbran, además, á dejar treinta pasos entre cada compañía. A cada dos leguas de camino descansan media hora. Los aspeados y rezagados no existen, porque los carros y carretas de requisa que siguen á cada columna, los recojen. Aquellos soldados que se quedan atrás por pereza, despues de reprendidos y castigados severamente, son puestos en las avanzadas y sin armas.

La manera que tienen de entrar en los pueblos enemigos, tambien merece ser, por lo sábia, conocida. De cada uno de estos puntos tienen su croquis, además del mapa general de su camino. Lo primero que hacen es atravesar á carrera tendida, en galope infernal, la aldea ó pueblo, de uno á otro extremo. Luego se colocan á las diversas salidas, pistola en mano, amartillada, é impiden que nadie entre ó salga. Media hora despues, aparece un grupo regular de ginetes y decla-

ran haber tomado posesion del pueblo en la plaza mayor. Inmediatamente mandan que comparezca el alcalde, y le notifican las requisas que en dinero y en especies debe apronlar, bajo amenaza de muerte. De aquí se esparcen por las calles, golpean á las puertas de las principales casas, preguntan cuántos hombres y caballos pueden alojar, y en seguida distribuyen la gente, inscribiendo á la puerta de cada casa con piedra blanca el número de alojados. Si los habitantes borran los números, son fusilados en el acto. Las casas, sin llave y sin dueño, son señaladas al saqueo. Los franceses dicen que es preferible atacar los hulanos muy numerosos que los hulanos sueltos, porque aquellos suelen ir solos, y estos indican siempre la proximidad de grandes fuerzas.

Para comunicarse, emplean los prusianos poco el telégrafo, mucho el correo. Sus correos se hallan colocados á ocho ó diez metros entre los diversos cuerpos de ejército. La caballería ligera ocurre á este servicio, y la desempeña con tal prontitud y tal acierto, que

la noticia de la victoria de Sedan desde el cuartel general de Donchery donde estaba el rey Guillermo, hasta el cuartel general de Pout á Mousson, donde estaba el príncipe Federico Cárlos, en el trayecto de cuarenta leguas, sólo tardó siete horas.

Para atacar se sirven principalmente de la artillería. Es su arma. Apénas se comprende que el Imperio francés no estudiara los adelantos de la artillería prusiana. En la exposicion se encontraban los cañones Krup y los cañones de acero á la vista de todo el mundo. Los aficionados se detenian, calculaban su fuerza, su alcance, y la escuela militar francesa, situada á dos pasos, no los estudió. Creo más, creo, si mi memoria no anda trascordada, que Krup regaló algunos de estos cañones al Emperador Napoleon. Puedo asegurar que un general belga le habló hace tiempo á Rohuer, primer ministro de Francia á la sazon, de los adelantos que los americanos habian llevado en su última guerra á la artillería, y de los adelantos que los alemanes habian sumado á los adelantos americanos.

Toda Europa sabia esto antes de Sadowah. La gloria del príncipe Federico Cárlos se encuentra indisolublemente unida al gran cañoneo ejecutado en la guerra de Dinamarca. Rohuer oyó con agrado las observaciones del general belga, y las comunicó al Emperador. Este se preciaba mucho de conocer el arma, como que habia sido oficial de artillería en la República suiza, y la República suiza no desprecia ningun adelanto científico. Trasmitió, pues, al mariscal Niel las observaciones de Rohuer, como Rohuer habia trasmitido al Emperador las observaciones del general belga. Pero Niel dijo que si el primer ministro, no contento con dirigir los negocios interiores y exteriores, con vejar á los ministros de Gobernacion y de Justicia, acaparaba tambien la cartera de la Guerra, él hacia dimision. Napoleon, que era muy débil, especialmente para su córte y sus amigos, temió que Niel realizara su amenaza, y no tornó jamás al tema de la artillería. Y esta arma, de gran fuerza, de poderosísimo alcance, situada á inmensas distancias, inaccesibles á la bayo-

neta, que no puede emplearse despues de una carrera, á cuyo término llega exánime el soldado francés, incapacitado para el combate, desposeido de su histórica furia gala; esta arma explica lo rápido y lo mecánico de todas las victorias alemanas.

La infantería prusiana tiene dos graves faltas: 1.ª La pesadez enorme de su fusil que carece de puntería certera: 2.ª el temor constante de verse acometida al arma blanca. Lo primero que los prusianos procuran es desmontar los cañones del enemigo. Los proyectiles que emplean son excelentes. Sus obuses de percusion les sirven para rectificar constantemente los tiros, y para calcular con exactitud las distancias. Así rara vez dejan la artillería francesa en posicion. Además entierran sus baterías, las resguardan por grandes terraplenes, y las señalan con altos mástiles sobre los cuales ondean banderas blancas atravesadas á rayas rojas. Los peritos aconsejan á los franceses que miren y reconozcan mucho estas señales porque confundiéndose con la bandera de Ginebra que cubre todo

aquello sagrado, neutral en la presente guerra, podrian dar márgen á equivocaciones tan sensibles como muchas de las sufridas en Sedan, donde esas banderolas fueron á veces confundidas con las banderolas de los hospitales ambulantes.

Todas estas ventajas son grandes; pero no bastan á dar apoyo á la idea divulgada de que en definitiva la raza germánica ha ganado una superioridad militar indiscutible sobre la raza latina. La fortuna es tornadiza. Y una gran parte de sus victorias la deben los alemanes á la fortuna. La mecánica nivela fácilmente las condiciones diversas de los combatientes. Si hoy tienen los alemanes buena artillería, mañana podrán tenerla los latinos. El génio ni se imita, ni se hereda, y nuestra raza jamás se cansa de producir génios. Todavía ¡ah! todavía hay vida en sus fecundas entrañas. Si la ciencia se ha llevado la palma, no es la esencia un misterio que pueda quedar vinculado en una raza privilegiada. La ciencia es difusiva como la luz. Todos los pueblos se aprovecharán ahora tambien de sus adelan-

[redacted]

tos. Lo doloroso es que la guerra presente derramará en la vida europea una levadura infinita de ódios entre pueblos, entre razas, que obligándonos á todos á un régimen militar fortísimo, detenga los progresos de la razon y del derecho, perturbe la industria, mate la libertad, aleje la hora de las grandes soluciones sociales, y ponga abajo ganados de sierras; y arriba, en la cima de la sociedad, el cañon y la espada. ¡Ay entonces de las democracias!

[illegible]

[illegible] ... grande y [illegible] por [illegible] desastres.

Ahora que la luz ha penetrado en las Tullerías y en susmisteriososarchivos, comprende el ánimo cuán triste suerte se deparan los pueblos que abdican la direccion de su vida, la propia conciencia en manos de un César, imposibilitado por necesidad inevitable, imposibilitado de abarcar en sus almas el espacio inmenso que han menester para desarrollarse las complicadas sociedades modernas. Los papeles, los telégramas que han caido en poder del gobierno provisional, prueban la anarquía de aquel gobierno que se habia erigido en providencia de un gran pueblo, la incapacidad de aquel hombre que á sí mismo se habia juzgado un Dios, cuando mandaba callar hasta el lenguaje del pensamiento, esa eterna revelacion que ilumina toda la historia.

Al acaso recógense en todos estos documentos pruebas plenas de la capacidad imperial. Las gentes de las reservas llegan sin tiendas, sin abrigos, sin zapatos, á las órdenes del general Faillý en Chaumont. El 18 de Agosto anuncia el Emperador desde Chalons que

Bazaine carece de municiones en Metz para sus ametralladoras. El 23 se cruzan varios telégramas entre el campamento imperial y el gobierno de la regencia, porque ni uno ni otro saben quién ha de nombrar los oficiales de caballería necesarios para cubrir las vacantes.

Otro general desde Bitche, al principio de la campaña, cuando el gobierno recoge á manos llenas el dinero proporcionado por el empréstito nacional, anuncia que no tiene un franco para ocurrir á las primeras necesidades de sus tropas. Los billetes de banco no corren. Las cajas públicas están vacías. No hay para qué hablar de las cajas militares. Cuando el sitio de Metz comienza, el general en jefe anuncia que no tiene género alguno de provisiones, ni de guerra, ni de boca. Hasta la sal escasea. Otros generales piden mapas y los reciben de territorios alemanes sin que alcancen ni uno solo del suelo donde van á operar. No hay en depósitos franceses mapas de las fronteras de Francia. El general Michel llega á Belfort y no encuentra su brigada, ni tiene medio de averi-

gar qué [illegible] ni qué [illegible]. En los [illegible] cial recibe [illegible] esta [illegible]. El jefe del [illegible] desde [illegible] millas, [illegible] gobernador de [illegible] por completo [illegible]. El tercer cuerpo se queja en [illegible] llega á Lorena, de que no ha encontrado enfermeros, ni empleados de la administracion militar, ni furgones, ni hornos de campaña, ni instrumentos de trabajo para sus ingenieros. En Mezieres y Sedan no hay el 25 de Julio pan de municion. El intendente militar busca panaderos y no los halla. Para ciento veinte mil hombres solo cuenta con treinta y ocho. Así los soldados comen galleta dentro de las poblaciones. A su vez la armada que ha de operar en las aguas del Báltico no recibe cartas, mapas, ni de los mares ni de las costas. El intendente del primer cuerpo no logró ver al subintendente, ni un

[illegible] arreos [illegible]
[illegible] y [illegible]
[illegible] ingen[illegible]
[illegible]
[illegible] indispensable. C[illegible]
[illegible]
[illegible] París. [illegible]
[illegible] entre las [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] tiempos [illegible]

[illegible]
[illegible] la artillería
[illegible] arreos para la [illegible]
[illegible] para cada [illegible]
[illegible] que no tienen [illegible]
[illegible]
[illegible] toda la caballería
[illegible]
[illegible] los artilleros [illegible]
[illegible] las piezas. [illegible] que no cu[illegible]
[illegible] indispensables a esta [illegible]
[illegible] frecuentemente en la guerra. Al acerc[illegible]

los prusianos á Estrasburgo no podia conseguir el gobernador que se armara la milicia; y al comenzarse el sitio de Verdun, cuatro mil hombres valerosos no tenian provision ninguna. ¿Qué más? El ocho de Agosto el ejército del Rhin pedia raciones, y el campo de Chalons donde estaba concentrado un gran estado mayor, nada podia enviarle y se contentaba con notificar á la regencia que allí mismo sólo habia azúcar y café. Un general que reclamó un wagon de cartuchos, recibió un wagon de zapatos. Todos los prefectos anunciaban que los voluntarios pedian armas y á todos se las negaba el Imperio. No eran consentidos ni siquiera los francos tiradores como antes no se hubiera la administracion cerciorado de su afecto á la dinastía expirante.

El prefecto de Perpiñan se queja de que no puede contener la opinion pública indignada de ver cómo se regatean armas al pueblo cuando la patria está en peligro. El prefecto de Lyon declara al gobierno de la Emperatriz que el pueblo no acierta á expli-

[illegible]

[illegible]

[illegible] lo [illegible] el [illegible] para asegurarse de su [illegible] y que después de haber adormecido al pueblo con el opio de la tiranía, lo despierta para que se salve por su propio esfuerzo, cuando ya lo ha precipitado en los abismos.

CAPITULO CXXXVIII.

REVELACIONES.

Dia 29 de Setiembre.

Los periódicos alemanes traen hoy una inexperada noticia. Napoleon ha querido suicidarse. Las emanaciones de los cadáveres sembrados por su ambicion, los gritos de las infinitas familias desposeidas de sus más caras prendas; el chisporroteo de los incendios; la agonía de la gran nacion que estúpidamente le confiara sus destinos, han por fin derramado en el alma impasible del César la sombra letal del remordimiento. A estas cau-

... dolor se ha uni...

... arroja sobre su ...

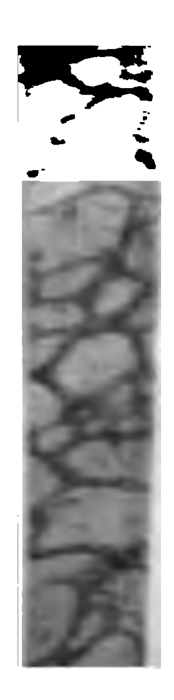
... Sólo Napoleon ...

... enarbolar la ...

... noventa mil ...

médico prusiano le devolvieron á una vida que sólo á sus enemigos interesa.

Sí, digo esto porque el Rey Guillermo tuvo la audacia de proclamar ante la faz del mundo, que sólo reconoce por dueño de Francia al Emperador Napoleon y que el general defensor de Estrasburgo, Ulrico, y el general defensor de Metz, Bazaine, habian convenido en la misma idea. Esta audacia monárquica ha sido contrastada por la opinion democrática de Alemania. El Rey de Prusia ha contestado á esta palabra de reconciliacion y de paz encerrando á Jacobi en oscuro calabozo. Cárlos Vogt, ilustre filósofo, gloria científica de toda Alemania, ha defendido la misma idea y alzado su elocuentísima voz contra las conjuraciones diplomáticas, que tengan por objeto destruir la República y desmembrar la Francia. Tal vez el Rey Guillermo prenderá tambien al ilustre filósofo que no tiene el escudo de la inviolabilidad parlamentaria; pero no, no podrá prender la gloriosa idea por él sostenida, la idea humanitaria que, levantándose sobre el estrecho espacio de los pueblos, sobre las



naban el alma. Pero fuerte en su conciencia, deseoso de servir á su patria, seguro de que la historia sólo registra con aplauso los servicios que en bien del género humano ceden, apuró todos sus dolores y llegó hasta el término de su larga calle de amargura. Era necesario dar este triste paso antes que el asedio de París comenzara, y Julio Favre lo dió. Parece uno de esos hombres con que la Providencia consuela á los pueblos en sus catástrofes, é ilumina la historia en las épocas de triste decadencia. Así debia ser Kociusko sobre el cadáver de Polonia; así Manin bajo las bombas de los austriacos en Venecia espirante. El tiene la honra de haber interrogado á la esfinge de la política prusiana y haber revelado al mundo que esa esfinge sólo guardaba la proterva idea de renovar los tiempos de conquista. Favre corre de un lado al otro, de una ciudad á otra ciudad, para exponer al vencedor su pensamiento y pedirle, en nombre de la humanidad, en nombre de la civilizacion europea, una paz honrosa á todos y saludable al mundo. En un castillo, cuyo

parque estaba arrasado, cuyos muebles destruidos, entre montones de escombros, se encontraron el hombre que representa la idea democrática moderna y el hombre que representa la idea monárquica antigua. El plenipotenciario de la República francesa dijo muy alto que, destruido el gobierno de la autoridad y de la conquista, las nuevas instituciones nacidas de la revolucion sólo representan la libertad y la paz. Bismark reconoció el deseo sincero en la oposicion de procurar la paz durante el imperio; pero añadió, que convertida la oposicion en gobierno estaba á merced del populacho y el populacho jamás convendria en nada razonable. Favre protestó contra esta palabra y dijo que el pueblo de París es un pueblo lleno de nobles sentimientos y adherido á la República. En cuanto al gobierno, su decision era irrevocable; entregar el poder á la Asamblea libremente elegida por toda Francia. Esa Asamblea, replicó Bismark, si representa á Francia, representará la guerra, porque desde los tiempos de Luis XIV, sólo ha tenido

Francia una idea, la conquista de Alemania. La última Asamblea acogió con vítores y aplausos la declaracion de guerra. La Asamblea última, dijo Favre, representaba al Emperador y por eso quiso la guerra; si hubiera representado al pueblo, proclamara la libertad y la paz. Apretado por Julio Favre; constreñido casi á declarar sobre las condiciones de la paz; demandó los dos departamentos del alto y bajo Rhin con una parte del departamento del Mosela, en cuya parte debia comprenderse á Metz. Las nuevas ideas, el derecho público moderno, la necesidad de consultar el voto de los pueblos, la evidencia de que este voto seria contrario siempre á las anexiones, la autoridad exclusiva de la Asamblea en la cesion de territorio; el propósito del Gobierno Provisional de sucumbir antes que ceder á la deshonra; la alarma de Europa amenazada por una nueva era de conquistas; la imposibilidad de que ningun francés convenga de grado en desmembrar á Francia; el peligro de una guerra eterna, todo fué lúcidamente expresado por Favre con ánimo de

mover á razon el implacable espíritu de su adversario. Cuando vió el ministro francés la tenacidad del ministro prusiano, su voluntaria roqueña ante ese cúmulo de dificultades le dijo: «Luego quereis destruir á Francia.» Bismark protestó de que no era ese su pensamiento. «Pues dejadnos reunir la Asamblea.» Bismark, despues de dos nuevas entrevistas, se decidió al armisticio, pero con tales condiciones, como la rendicion inmediata de Estrasburgo, la posesion de un fuerte en París, que Favre no podia aceptar sin convenir definitivamente en que Francia y su poder, y su honra y su independencia y su vida, estaban á merced del vencedor completamente.

Las exigencias del prusiano fueron casi incontrastables. Una lágrima rodó por las megillas del gran orador francés, lágrima que encerraba todo un Océano de dolores. Pero ¡ah! esa lágrima contiene el alma de un pueblo como el mar de lluvia que humedece la atmósfera, y refrigera la tierra, y conserva la vida. Esa lágrima no puede evaporarse. Es

una nube, pero una nube henchida de ideas. Todos los redentores, todos los salvadores han llorado. La lágrima que rueda por las megillas de Favre, es más beneficiosa que la sangre, cuyas gotas destilan de las manos de Bismark. Francia no puede correr la suerte de Polonia; si tal sucediera, la civilizacion emigraria de Europa, dejándola abandonada á merced de la fuerza, y en las orgías de la conquista.

[redacted]

CAPITULO CXXXIX.

EL VENCEDOR Y EL VENCIDO.

Dia 1.° *de Octubre.*

Alemania comienza á sentir las dificultades inmensas de la guerra que azota y castiga, tanto al vencedor como al vencido. Doscientos mil soldados tiene fuera de combate. La flor de su aristocracia ha muerto en los campos de batalla. Los trabajos de la industria y de la agricultura están suspendidos. El hambre y la miseria cunden por todas partes. Su navegacion, su comercio, se hallan hoy en completa ruina. Los grandes pensadores comienzan á difundir las ideas de justicia, en

las cuales puede levantarse una paz duradera. Los trabajadores saludan á sus hermanos de Francia y reconocen, que sobre las ruinas y la carnicería de la guerra, se elevan la solidaridad de sus intereses, la igualdad de sus derechos. Los estados del Sur sienten más que los del Norte lo aflictivo de esta angustiosísima situacion. Las reservas del gran ducado de Baden se resisten á entrar en campaña. La resistencia en algunos puntos llega hasta la desesperacion, y la desesperacion hasta grandes y terribles tumultos. Estrasburgo rendido le procura mucho material de guerra, mil noventa cañones; pero lo más necesario al vencedor son camas, abrigos, salas para sus muchedumbres de enfermos y de heridos. Todas estas catástrofes han servido para que el rey de Prusia entre en Versalles, vengue á sus antecesores, se pasee por aquel monumento del orgullo monárquico, á la manera de Tito por el templo de Jerusalen, y se acueste con botas y espuelas en la cama de Luis XIV.

Mientras tanto, París, la gran capital del gé-

nero humano, sufre toda suerte de horrores. La mayor parte de la poblacion acomodada ha salido. Sus alrededores son desiertos humeantes, y establos sus calles. Quinientos bueyes se matan diariamente y cuatro mil carneros, para proveer á las subsistencias. Esta carne se vende á un precio fijo, señalado por el gobierno. Los boulevares exteriores parecen cuarteles inmensos. En grandes barrancos, sobre tablas, hay estendidos colchones de campaña para los guardias movilizados que duermen vestidos, con su fusil al lado, abierta siempre la oreja al peligro, y el corazon apercibido á la pelea. Son jóvenes en su mayor parte, condenados por la debilidad de sus padres en sostener la República y la libertad, á morir víctimas de los terrores y de las ambiciones del imperio. Seiscientos mil combatientes cruzan las calles, ayer henchidas de los productos del trabajo, teatro de las guerras del comercio, y hoy tristes campamentos destinados á presenciar como las aras de los antiguos dioses, sacrificios humanos. No hay ninguno de los acostumbrados placeres, nin-

guno de los históricos espectáculos. Esta Nínive se arrodilla sobre las cenizas, se viste su cilicio, y acepta resignada la expiacion á que la condenan sus antiguas culpas, esperando salir regenerada de su bautismo de lágrimas y sangre. De vez en cuando resuena el cañon. Los más decididos, ó los más obligados de sus defensores, salen, se acercan al enemigo, le asestan sus tiros, le causan algunas bajas, dejan muertos en la refriega y se vuelven, gozosos de haber peleado por una causa justa, y satisfechos con su conciencia. Cuatro salidas llevan ya, y en las cuatro salidas han mostrado los defensores de París que están resueltos á una ruda campaña, y á renovar los milagros de la antigua República. Flourens, el jóven republicano que peleó por la independencia de Creta; Fonvielle, escritor incansable de la libertad y de la democracia, soldado de Garibaldi en Marsala, soldado de Grant en Richmont, van con diez mil hombres á intentar una salida que será funesta á los prusianos. Estos, al hablar de un terrible encuentro habido el treinta, recono-

[redacted]

migos de la democracia ante la posteridad. Necesita un grande esfuerzo, un heróico sacrificio, pero hará el esfuerzo y el sacrificio. París no ha querido la guerra. Su Emperador la ordenó, su Cuerpo Legislativo, compuesto de cortesanos, la decretó, su policía la aplaudió; París nunca la quiso. En aquel mar de sangre iba Napoleon á teñir la púrpura de su hijo; en aquel incendio iba Napoleon á forjar la corona de la dinastía. A París no podia ocultársele esto, y no se le ocultaba. Ha querido la paz antes de la campaña. El rey de Prusia la obliga á la guerra. Que recaiga sobre su frente la responsabilidad de este crímen, la maldicion de la humanidad, la cólera de Dios.

CAPITULO CXL.

ITALIA Y ROMA.

Dia 2 de Octubre.

Los acontecimientos más trascendentales á la vida humana pasan inadvertidos completamente como si entre el humo de la guerra se perdieran. El mundo no puede quitar sus ojos de Francia vencida, de París asediado, del duelo de dos razas ilustres, de esta tragedia, á cuyo desenlace se aguarda un cambio radical en la direccion de la política europea. Todos nos preguntamos si es verdad que el ejército francés se ha disuelto, que su estado mayor es prisionero, sus generales

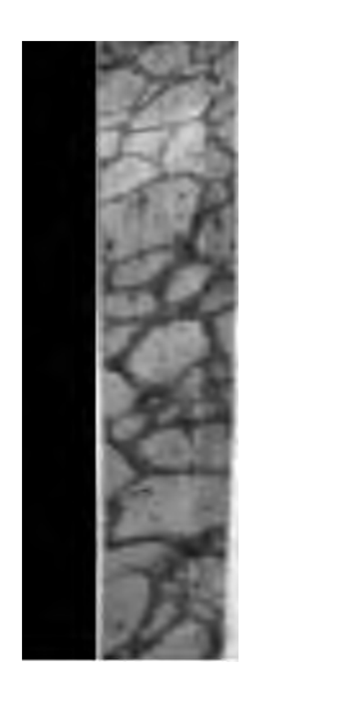
vencidos, su material de guerra despojo del enemigo; si es verdad que en esta gran catástrofe la nacion del noventa y tres, la nacion revolucionaria corre el peligro de una desmembracion como la desmembracion de Polonia. El pensamiento de Europa no tiene más objetivo que este pavoroso problema. Por eso allá en Roma cae la autoridad última de la Edad Media y apenas si los reaccionarios lloran, si los liberales sienten alivio de un peso abrumador, si la conciencia comprende que la religion autoritaria del Pontífice-rey, del rey-Pontífice acaba de morir en el mundo, y con ella el legado último de los imperios asiáticos á la civilizacion europea. Los reyes mismos no saben lo que han hecho. Desde el punto en que el jefe de la religion católica, el que todavía ejerce espiritual imperio sobre las naciones más gloriosas de la tierra, no está entre ellos, no lleva sus insignias, la autoridad monárquica ha perdido una gran parte de su majestad y todo su prestigio. Si estuviéramos en la Edad Media, el hecho del desvanecimiento de la autoridad

temporal romana, produciria uno de estos dos resultados: ó gran recrudescencia en la fé religiosa, ó gran recrudescencia en el entusiasmo monárquico. Las almas piadosas producirian una reaccion espiritual, teológica, ante las desgracias del Pontífice, su destronamiento, el asedio de la ciudad santa, las manchas de sangre en las albas vestiduras sacerdotales, y las cadenas en aquellas manos destinadas á bendecir el mundo, á elevar al cielo las plegarias de la tierra y á descender sobre la tierra las misericordias del cielo. A su vez las almas en quienes la idea del derecho civil, de la autoridad civil predominase como predominaba en nuestros legisladores y jurisconsultos de la Edad Media, se agruparian estrechamente en torno del Monarca, en torno de su autocracia, necesaria para combatir las invasiones del poder religioso. En tal crísis, el mundo occidental europeo seria, si la accion civil, si el movimiento civil predominaba sobre el movimiento religioso, una nueva Bizanzio; y si la accion religiosa predominaba sobre el movimiento reli-

gioso, predominaba sobre el movimiento civil una nueva Jerusalen mandada por cartas sacerdotales. Hoy las condiciones políticas y sociales del mundo moderno han cambiado por completo con el cambio de ideas y de sentimientos. Las instituciones humanas brotan de las ideas como la vegetacion y los diversos organismos brotan del estado físico, químico, climatológico de las diversas zonas. El mundo moderno ya no es bastante religioso para producir una reaccion teocrática. El mundo moderno ya no es bastante monárquico para producir una reaccion autocrática. Ni los papas tienen la autoridad que seria necesaria para cambiar los espíritus, ni los reyes la fuerza que seria necesaria para aprovechar en su favor la lucha del principio, del elemento civil con el principio, y el elemento eclesiástico. Hoy la ruina del poder temporal sólo trae por consecuencia inmediata la separacion entre la Iglesia y el Estado. Y la separacion entre la Iglesia y el Estado sólo trae por consecuencia que la sociedad sea cada dia más laica, el matrimonio civil y ci-

vil el cementerio, la Universidad libre, la enseñanza independiente de toda doctrina teológica, el presupuesto eclesiástico abolido, el pase y el patronato relegados á las antigüedades de la Edad Media, y la creencia religiosa convertida en asunto privativo del alma, del indivíduo, comunicacion libre de la conciencia con Dios, y asociacion voluntaria de las conciencias unidas por la misma fé en una iglesia soberanamente gobernada por todos sus fieles. Cuando el general Cardona tomaba á Roma, nó tomaba la ciudad material con sus recuerdos, con sus obeliscos y sus monumentos, sobre los cuales corren el viento de los sepulcros y las ideas muertas desprendidas de la nueva florescencia del espíritu; lo que tomaba, era la religion privilegiada, la religion del estado, la religion que ha ungido á los reyes, la religion que ha predominado sobre los códigos civiles, la religion que ha tenido no sólo ejércitos de soldados, sino tambien ejércitos de inquisidores; la religion de la teocracia regulada por el pacto de Cárlo-Magno para un mundo bár-

baro, de fuerza, de guerra, de aristocracia, sobre el cual amagaban las últimas irrupciones, los normandos; y se cernian las últimas consecuencias del individualismo germánico, las aves de rapiña llamadas instituciones feudales. De ese poder temporal destruido, de esas ruinas amontonadas, sólo brota una sociedad más libre, más democrática, una sociedad en que el espíritu sea posesor de la conciencia y la conciencia sea posesora de la idea, de su Dios. En esta sociedad la religion habia dejado de ser una fuerza coercitiva para pasar á ser una fuerza moral. Y nuevos cielos se descubrirán desde una nueva tierra.



nes libres, que por espacio de diez y ocho años ha sufrido Francia, la ha desacostumbrado un poco de la severa disciplina moral que las naciones han menester para conservar la libertad. Y la experiencia demuestra que este bien se pierde fácilmente. Lyon sólo debia pensar hoy en la salvacion de la patria. Lyon no deberia poner obstáculos al gobierno de París cuando se ha encargado de reanimar el cadáver que dejara tendido en los campos de Sedan la traicion de Bonaparte. Cuando el enemigo ocupa una gran porcion del territorio, cuando el gobierno republicano se ha dividido por necesidad, y una parte ha quedado en París sitiado, y otra parte demanda desde Tours auxilios á toda Francia es un crímen de lesa humanidad y de lesa patria pensar en otra cosa, que en la defensa nacional. Todo proyecto que tienda á debilitar esta defensa, es un proyecto insensato y criminal. La demagogia de Lyon si es verdad existe, si no es creacion de las imaginaciones reaccionarias, que tanto se empeñan en desacreditar la República, esa ciega demagogia

está loca, furiosa, con una demencia que conduce directamente al suicidio.

Yo comprendo cuánto una revolucion perturba á los pueblos. Pero es necesario que los enemigos de las democracias se persuadan de una verdad importantísima á saber, que las democracias sólo pueden hoy perecer en el mundo por los excesos de la demagogia, que mata el cuerpo social como la plétora mata el cuerpo humano. Yo espero que los demagogos de Lyon sean refrenados por el gobierno como han sido refrenados los demagogos de Marsella por la autoridad y la prudencia del prefecto Esquiros. Hoy todas las cuestiones de Francia deben reducirse á una sola, á la salvacion de la patria.

Y harto lo necesita Francia cercada de toda suerte de males. En Estrasburgo han hallado los alemanes mil cañones, y un millon de francos pertenecientes al gobierno. Los cuarenta mil hombres que circulan á Estrasburgo se aperciben á combatir cualquiera otra de las grandes ciudades sobre cuyos muros desea desplegar el rey de Prusia su bandera. El ge-

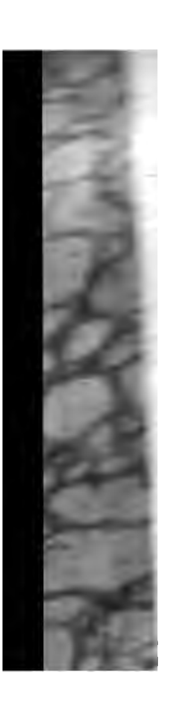
neral Bazaine ha intentado dos salidas, pero inútilmente, sin conseguir el romper la línea prusiana. La situacion de los sitiadores no es sin embargo, muy próspera. Las copiosas lluvias de los últimos dias de Setiembre han incendiado su campamento, donde yacen sobre mares de barro. Escasean los víveres y menudean las enfermedades. Los prusianos han hecho inmensos reductos, un ferro-carril que circunda á Metz; han llenado de redes el Mosela para coger las botellas donde los sitiados depositan sus cartas, y se aperciben á construir unas máquinas hidráulicas que les permitan inundar la ciudad. Es imposible calcular las fuerzas que tienen sus medios de guerra. Once asaltos rechazaron los heróicos defensores de la ciudad de Toul. Pero noventa y cuatro piezas de artillería que se disparaban diez veces por minuto, enviando balas de á veinte y cuatro desde seis kilómetros de distancia, las bombas que pesaban cuarenta kilógramos y se repartian en cien pedazos, las cajas de balas que se abrian en los aires sembrando cada una innumerables inferna-

les proyectiles; los cohetes incendiarios, despues de abrir espantosa brecha en la muralla, reducian á cenizas la ciudad, y obligaban á rendirse necesaria, inevitablemente á sus defensores. A no dudarlo, Europa adelanta en las tristes artes de la destruccion y de la muerte.

Dias 4 y 5 de Octubre.

Europa debia tomar á punto de honor el traer la paz sobre este desgarrado y afligido continente que se cree el poseedor de la más alta civilizacion, y se hunde y se revuelca en espesa barbárie. Cuando se ven las ideas que la guerra contradice, los intereses que lastima, el ánimo más preocupado por estos sangrientos espectáculos, declara la guerra incompatible con la cultura moderna. Europa se arrepentirá algun dia de su punible egoismo; de la indiferencia con que presencia el degüello de dos razas y la agonía de una grande nacionalidad por tantos títulos ilustre. Sin embargo, ya se notan algunas señales de verdadero despertamiento en la afirmacion por la paz. Reuniones numerosas se suceden sin

ninguna interrupcion en la gran Bretaña, y en todas ellas pide el pueblo que se reconozca la República y se intervenga en favor de la paz y de la integridad del territorio francés. El gobierno español hace gestiones con los gobiernos neutrales para moverlos á una intervencion diplomática. Los Estados-Unidos continúan dirijiendo en este sentido instrucciones á todos su representantes en Europa. Hasta en Alemania hay un comienzo de movimiento pacífico. Despues de los discursos pronunciados por los grandes oradores, una secta social, la secta de los lasalistas ha hecho demostraciones pacíficas. Bismark dice que teme estas manifestaciones, por el influjo que puede ejercer la República de Francia en Alemania. No evitará este influjo. Sobre todo si el sitio de París se prolonga, puede haber en Alemania una explosion de la conciencia universal contra esa homicida política. Moltke, el gran general que representa la fatalidad de la guerra, impulsa á tomar acuerdos decisivos y á bombardear París implacablemente. El rey se opone por temor á las mal-



CAPITULO CXLII.

EL VATICANO.

Dias 6 *y* 7 *de Octubre.*

Una de las cuestiones que hoy embargan los ánimos, uno de los problemas que hoy ocupan las inteligencias, es averiguar si el Papa quedaria en Roma rodeado del ejército y del gobierno italiano, tantas veces de él maldecido y excomulgado; ó si irá á una de esas naciones protestantes que le ofrecen asilo seguro é independencia espiritual. Pio IX que mandó resistir sólo para atestiguar la violencia, se ha encerrado en su Palacio del Vaticano. Desde allí oye que la ciudad sometida á

tanta costa, silenciosa, resignada á su eterna penitencia, se levanta, piensa, habla, ejerce el sufragio universal, elige por rey un excomulgado, y por código esas leyes, esas instituciones que sólo han merecido los anatemas del Papa. Inmensa diferencia de Enrique IV, el Emperador aleman excomulgado por Gregorio VII, á Victor Manuel, el rey italiano, excomulgado por Pio IX. Aquel no encontraba un asilo en la tierra, ni un albor de misericordia en el cielo; las casas se cerraban á su paso, los hombres huian de su contacto; y hasta los perros ahullaban como si viesen un cadáver, cuando le veian vestido de sayal y de cilicio, sobre montones de ceniza, aguardando en austera penitencia que cayera una palabra pacífica y conciliadora de los airados labios del Papa omnipotente. Victor Manuel es recibido en triunfo, aclamado por los mismos romanos en cuyas almas ha querido Pio IX despertar horror á su nombre, premiado á causa de la excomunion con la corona de Italia, que se ceñirá en la cima del Capitolio. Esta diferencia debia enseñar al Papa cómo

han cambiado las ideas y los sentimientos de las naciones modernas. Pero es esencial á los poderes viejos la tenacidad en sus creencias. Así me parece difícil, imposible, que el Papa se someta á Víctor Manuel, y reconozca el plebiscito que lo depone de su sede y acate la autoridad que lo sustituye. Y esta tenacidad del Papa imposibilitará todo arreglo. Cómo han de vivir en la misma tierra, bajo el mismo cielo, con autoridades diversas pero igualmente grandes, con poderes inmensos pero opuestos, el sacrificador y el sacrificado, la víctima y el verdugo, el rey de Italia y el rey depuesto de Roma, Pio IX volverá á repetir su histórico: non possumus. Pio IX alzará su voz para condenar las nuevas instituciones, para maldecir al rey, para declarar rebeldes á sus súbditos, y anunciando que sólo ha cedido á la fuerza y á la violencia, para revindicar moralmente á la soberanía de los Papas en su Pontificado perdido una vez; pero que será eternamente reclamado por sus sucesores como el sagrado patrimonio de San Pedro. Y esta conspiracion moral, tejida en las altas regiones de la inte-

ligencia, envolverá al gobierno civil de Víctor Manuel, en una red espesísima de dificultades invencibles. Y la mayor parte de las leyes italianas, el matrimonio civil, la tolerancia religiosa, la libertad de imprenta provocarán nuevas excomuniones pontificias. Y el conflicto se empeñará no sólo entre Víctor Manuel y el Papa, sino entre las Cámaras y la iglesia. No comprendo por qué el general Cadorna quiere retener á viva fuerza el Papa en Roma. Si es verdad que Antonelli aconseja una transaccion, si es verdad que el Papa la acepta, podia permanecer en Roma sin peligro. Mas se comprende difícilmente esas transacciones, cuando el Papa acababa de proclamarse infalible, y esta infalibilidad anuncia que escoje las decisiones más extremas, las ideas más intransigentes, los principios de un ultramontanismo jesuítico, que á pesar de haberle enagenado muchas almas piadosas, le acompañarán como una sombra hasta el dia de su muerte.

[redacted]

CAPITULO CXLIII.

LOS PAPELES SECRETOS.

Dias 8 *y* 9 *de Octubre.*

Uno de los resultados más curiosos que diera la nueva revolucion francesa, fué recojer los paquetes secretos del Imperio, dejados á merced de sus enemigos en las Tullerías, con la insensata esperanza de vencer y tornar en triunfo. Hay en estos documentos inspiraciones históricas, dignas de la vida de Suetonio y de las páginas de Tácito. El Imperio no era solamente la representacion de un gran Estado; era tambien la representacion de una gran casa de banca. En los asuntos de

Iglesia, envolverá al gobierno civil de Victor Manuel, en una red espesísima de dificultades invencibles. Y la mayor parte de las leyes italianas, el matrimonio civil, la tolerancia religiosa, la libertad de imprenta provocarán nuevas excomuniones pontificias. Y el conflicto se empeñará no sólo entre Victor Manuel y el Papa, sino entre las Cámaras y la Iglesia. No comprendo por qué el general Cadorna quiere retener á viva fuerza el Papa en Roma. Si es verdad que Antonelli aconseja una transaccion, si es verdad que el Papa la acepta, podía permanecer en Roma sin peligro. Mas se comprende difícilmente esas transacciones, cuando el Papa acababa de proclamarse infalible, y esta infalibilidad anuncia que escoje las decisiones más extremas, las ideas más intransigentes, los principios de un ultramontanismo jesuítico, que á pesar de haberle enagenado muchas almas piadosas, le acompañarán como una sombra hasta el dia de su muerte.

CAPITULO CXLIII.

LOS PAPELES SECRETOS.

Dias 8 y 9 de Octubre.

Uno de los resultados más curiosos que diera la nueva revolucion francesa, fué recojer los paquetes secretos del Imperio, dejados á merced de sus enemigos en las Tullerías, con la insensata esperanza de vencer y tornar en triunfo. Hay en estos documentos inspiraciones históricas, dignas de la vida de Suetonio y de las páginas de Tácito. El Imperio no era solamente la representacion de un gran Estado; era tambien la representacion de una gran casa de banca. En los asuntos de

la atencion de los problemas sociales, de las grandes ideas y de las consoladoras esperanzas, para convertirlas á los caprichos de la moda y á los placeres del momento; filósofos del estómago, historiadores de la crápula, moralistas del egoismo, todos eran distinguidos con veneras y alimentados con pensiones para que llevaran la corrupcion hasta el alma del pueblo, y el alma del pueblo hasta las plantas del César. El Imperio se ha revelado á sí mismo, en sus documentos, en cartas de su mano escritas, como el digno sucesor de los últimos tiempos del antiguo Bajo Imperio.

CAPITULO CXLIV.

¡POBRE FRANCIA!

Dias 10 *y* 11 *de Octubre.*

Con el deseo único de aprender más vivamente el estado de Francia, he venido unos dias á esta desgraciada nacion, á Francia, que la naturaleza y el espíritu habian elevado tan alto y que han hecho caer tan bajo la tiranía y los crímenes. El otoño ha sido excepcionalmente seco. Los campos, que eran por este tiempo una pradera verdísima, son árido secano. Parecen llevar en su tristeza las señales de la desolacion nacional. En las poblaciones apenas se ve juventud. Si hay alguna, es la

acomodada, que se ha exceptuado de los sorteos por dinero. Y aun esta se encuentra ya en la guardia movilizada, ya en la guardia sedentaria. Francia lo ha perdido todo en las últimas batallas. Su grande ejército está ó muerto ó prisionero, ó encerrado en las plazas fuertes. Su material de guerra habiendo caido en poder de los prusianos, sirve ahora contra el corazon de los franceses, al cual está apuntado. Generales no hay. Mac-Mahon, Ulrich, bajo la pesada mano del enemigo, yacen obligados á la inmovilidad por capitulaciones. Wimpfen ha sido entregado por el Emperador en Sedan. Bazaine guarda en Metz, enhiesto, más paralizado, el pabellon bajo cuyos pliegues se acogen cien mil hombres. Trochu está en París con seiscientos mil combatientes. El conquistador ha conseguido intimidar á los habitantes de las campiñas. Inmovilizados en la ignorancia, que tan hábilmente fomentara el Imperio, apenas comprenden ni siquiera la idea de la patria. Su único móvil es el egoismo; su único deseo es salvar sus intereses del incendio y del pillaje.

No es el campesino legado por el Imperio, aquel campesino suizo que nace bajo las alas de la libertad, que se educa en la severa escuela republicana, que de jóven comienza á ejercer su inteligencia en los públicos comicios y sus fuerzas en el tiro nacional, que luego es designado por el sufragio de sus conciudadanos para los cargos públicos, y que aprende á querer la patria queriendo los frutos morales en su seno recogidos. El campesino francés se hallaba acostumbrado á dejar una parte de su hacienda y de su alma en manos del Estado, para que el Estado le defendiera, le salvara y le dirigiese á su antojo. Hoy que los errores y las culpas del Estado le han traido los hulanos ¡ay! no sabe á quien fiar su defensa. El prusiano que conoce la situacion moral del pueblo francés, manda cuatro ó cinco ginetes á las aldeas para que hagan requisas. Si los tributos que imponen son pagados, si son reunidos los víveres que exigen, respetan las aldeas, las vidas, las haciendas de sus habitantes. Pero si oponen la menor resistencia, saquean, degüellan, in-

cendian. Ya van persuadiéndose los campesinos de que sólo queda la guerra contra estos implacables enemigos. Así los francotiradores pululan. Así las guerrillas comienzan. Así las villas abiertas se defienden. Así hay ya cien mil hombres sobre el Loria, que se aproximan á París, á fin de pisar los talones al ejército sitiador. Así uno de los primeros jefes del ejército prusiano, el duque de Nassau, ha muerto en manos de los campesinos. Así en el Este, en los desfiladeros de los Vosgos, brotan partidarios semejantes á los que Napoleon llama bandidos en España, la historia llama hoy los mejores hijos de la patria. Así comienza la guerra nacional. Y una guerra nacional puede ser la tumba del conquistador: que son los pueblos invencibles. Sólo falta una direccion suprema, y más á este pueblo tan habituado de antiguo á ser dirigido por el génio. La delegacion de Tours no tiene la energía necesaria. Mientras Francia necesita todas sus fuerzas para la defensa nacional, quiere la delegacion del gobierno residente en Tours, abrir una campaña elec-

toral que distraeria los ánimos, que divertiria de su principal objeto las fuerzas. Si en algun momento la dictadura puede justificarse, es en este momento supremo. Luego por diferencias en apreciar las facultades de los prefectos, el almirante Fourichon renuncia á la cartera de Guerra. Y quien recoje esa cartera es Cremieux, un abogado, un orador, un respetable anciano; pero que no puede llevar sobre sus hombros el peso de tantos deberes. Todos estos embarazos en circunstancias tan excepcionalmente críticas, disgustan al espíritu público que teme una catástrofe. ¿Dónde, dónde estará el salvador?

[redacted]

CAPITULO CXLV.

EL DICTADOR.

Dias 12 y 13 de Octubre.

El salvador desciende de los cielos. Gambetta, que es el brazo y el pensamiento de este gobierno, se retuerce en París bajo el dolor que tantos errores y tanta incertidumbre le causan. Bien quisiera salir de la ciudad, llevar al gobierno su accion y á la patria abatida la fuerza de su pensamiento. Pero no puede, circuido en la gran ciudad por el ejército prusiano. En su desesperacion apela al medio supremo, á salir en el globo aereostático. El medio es peligrosísimo pero único.

Su secretario Spuller le acompaña. Un perito en navegaciones aéreas le dirige. El dia es desgraciado. Se eleva poco, muy poco el globo. Los prusianos, como si comprendieran todo cuanto va en aquella barquilla, le disparan granizadas de balas. El globo parece un ave inmensa perseguida por legiones de cazadores. Si por mucho tiempo se mantiene bajo, será acribillado por aquellos tiradores acostumbrados á matar las águilas en las selvas de Alemania. Así arrojan los aeróonautas la mayor parte de su lastre, los papeles más importantes, los abrigos más necesarios. La persistencia en no subir era tal, que le agujerearon y creyeron estar perdidos. Más luego vino un viento favorable que le empujó hácia Amiens, do tocó tierra y de donde pudo trasladarse el ministro sano y salvo á Tours. En el camino han sido inmensas, indescriptibles las ovaciones á Gambetta. Su pensamiento capital es aqueste: hagamos un pacto ó con la victoria ó con la muerte. Es Danton. La misma elocuencia en el acento, la misma fuerza lógica en la idea, la mis-

ma energía en el carácter. Le ha heredado la tenacidad de los propósitos, la virilidad de las resoluciones, la fuerza, la constancia. Yo lo he visto sonriente en medio de tan grandes peligros, yo lo he visto sereno cual si tuviese en su mano como en su deseo la victoria. Yo lo he visto sospesar la inmensa carga de sus deberes y aceptarla con la seguridad de que rara vez se engañan una voluntad recta y una conciencia limpia. Su amistad es una de mis mayores honras y una de las más grandes satisfacciones de mi vida. Yo he tenido la gloria de abrazarlo en Tours. Quiera el cielo que el éxito le acompañe para que este positivista mundo nuestro, que sólo conoce el mérito cuando va en compañía del éxito, conozca todo el mérito de Gambetta.

Dias 14 y 15 de Octubre.

Ved sus palabras. No quiero tocarlas. Les quitaria gran parte de su mérito. Las traduzco aproximándome á la energía del original cuanto es posible. «Proclama. Ciudadanos de »los departamentos. Por órden del Gobierno »de la República he dejado á París para trae-

»ros con las esperanzas del pueblo encerrado »en sus muros, las instrucciones y los man- »datos de aquellos que han aceptado el en- »cargo de libertar á la Francia del extranje- »ro. París asediado estrechamente desde »hace veinte dias, ha dado al mundo un »ejemplo único en el espectáculo de más de »dos millones de hombres, que olvidando »anteriores disidencias para unirse en torno »de la bandera republicana, han burlado los »proyectos del invasor, que contaba con las »discordias civiles, para que le abrieran las »puertas de la capital. La revolucion halló á »París sin fusiles ni cañones. A esta hora se »han armado cuatrocientos mil hombres de »guardia nacional, llamado cien mil movili- »zados, agrupado sesenta mil soldados de »tropa regular. Las fábricas funden cañones, »las mujeres fabrican un millon diariamente »de cartuchos, la guardia nacional está pro- »vista de dos ametralladoras por batallon. Se »fabrican cañones de campaña, para que »pueda operar bien pronto salidas contra el »sitiador. Los fuertes ocupados por los ma-

»rinos de guerra, se parecen á otros tantos »buques de alto bordo, inmóviles, guarnecidos de una artillería maravillosa y servidos »por los primeros artilleros. Hasta el pre»sente no le ha sido posible al enemigo esta»blecer ninguna obra de asedio bajo el fuego »de estos fuertes. Las murallas mismas que »sólo tenian quinientos cañones el cuatro de »Setiembre, tienen hoy tres mil ochocientos. »Cada uno de estos cañones sólo tenia mu»niciones para treinta tiros y tiene hoy para »cuatrocientos continuándose la fundicion de »proyectiles, con un furor que ya toca en »vértigo. Todo el mundo tiene su sitio seña»lado en la ciudad y señalada su plaza en el »combate. Los muros están perpétuamente »guarnecidos por la guardia nacional que del »amanecer á la noche, se entrega á todos los »ejercicios de la guerra con la aplicacion del »patriotismo. Se ven crecer por dia el aplo»mo y la experiencia de estos militares im»provisados. Detrás del circuito así guardado, »se eleva otro circuito de barricadas; detrás »de sus adoquines y de sus piedras el hijo

»de París ha vuelto á encontrar para la de»fensa de las instituciones republicanas el »génio mismo del combate de las calles. To»das estas cosas que en todo otro punto hu»bieran sido imposibles, se han ejecutado en »medio de la calma y del órden más perfec»to, y gracias al concurso prestado á los »hombres que representa la República, pue»de decirse sin que sea una ilusion ó una va»na fórmula, París es inexpugnable, París no »puede ser ni tomado, ni sorprendido. Que»daban á los prusianos dos otros medios de »entrar en la capital: la sedicion ó el ham»bre. ¡La sedicion! No vendrá, no, porque »los apoyos y los cómplices del régimen caí»do, ó se han fugado ó se han ocultado. En »cuanto á los servidores de las instituciones »republicanas así los ardientes como los ti»bios, encuentran en los miembros que com»ponen el gobierno del Hotel de Ville incor»ruptibles prendas de la causa republicana y »del honor nacional. ¡El hambre! Pronto á las »últimas privaciones el pueblo de París se »raciona todos los dias y tiene ante sí, gra-

...cias á la convencion...
...que destina...
... De todos modos...
...consistencia, todo suerte...
...á sus hermanos de los dep...
...de correr á proveerlo...
...situacion el estado...
... Ciudadanos de lo...
...de Paris os imp...
... de todos
...sentimiento que
... franc
... de la na
... que
... y del derecho.
... quiera sin destruirse
...combinacion, porque solo
... y un título: arrancar la
... en que la monarquía la
Cuando esto se haya hecho, la

»des ni con los obstáculos, de remediar con »el concurso de todas las libres energías, los »vicios de nuestra situacion y de sustituir, »aunque el tiempo falte, á fuerza de actividad »la insuficiencia de los términos, y de los pla- »zos. Hombres no faltan, lo que ha faltado es »la resolucion, la decision, y la constancia en »los proyectos. Lo que ha faltado despues de »la capitulacion de Sedan han sido armas. »Todas nuestras provisiones de este género »fueron enviadas á Metz, á Estrasburgo, á »Sedan, y diríase que por una última y cruel »combinacion el autor de todos nuestros de- »sastres ha querido al caer quitarnos los me- »dios de repararlos. Hoy gracias á la inter- »vencion de hombres especiales se han ter- »minado contratos cuyo objeto es acaparar »todos los fusiles disponibles en los merca- »dos del globo. Grandes eran para esto las »dificultades, y todas se han allanado. En »cuanto al equipo y al vestido se van á mul- »tiplicar los talleres, y hacer requisas en »busca de las primeras materias si preciso »fuera. Ni los brazos ni el celo de los traba-

[redacted]

[illegible]

[illegible] Es [illegible] que [illegible]

[illegible]

[illegible] Fran- [illegible] en el

»mundo por una invasion de quinientos mil »hombres. Levantémonos en masa y muramos antes que sufrir la vergüenza de una »desmembracion.

»Al través de todos los desastres y bajo »los golpes de adversidad, nos queda aun el »sentimiento de la unidad francesa, y de la »indivisibilidad de la República. París sitiado »afirma todavía más gloriosamente su inmortal divisa, que dictará tambien la divisa de »toda la Francia. Viva la nacion: Viva la República una é indivisible. Tours 9 de Octubre de 1870.» «El miembro del gobierno de »la defensa nacional, ministro del Interior,— »Leon Gambetta.»

A pesar de la gran resistencia que opone Francia al extranjero y al imperio, el extranjero no cesó un momento de procurar la restauracion imperial. Bismark ha trazado con auxilio de la emperatriz una dramática intriga. Un emisario venido de Hastings donde la princesa española pasa los dias de su destierro, llega delante de Metz. El príncipe Federico Cárlos le da un salvo conducto, y pasa

[redacted]

[illegible]

[illegible] que la em-
[illegible] Ba-
[illegible] empresa de-
[illegible] a Bourisky.
[illegible] en Barcelo-
[illegible] ninguna [illegible]
[illegible] descenso
[illegible] ya sabe la
[illegible] La empresa [illegible]
[illegible]
[illegible] las ropas.
[illegible] sociales
[illegible]
[illegible] en Bélgica y será [illegible]
[illegible] La resistencia del
[illegible]
[illegible]

[redacted]

CAPITULO CXLVI.

ESPERANZAS.

Dia 16 de Octubre.

Los periódicos monárquicos de España, al hablar de mi viaje á Tours, dicen que yo he venido desencantado, descorazonado de Francia, creyendo irremisiblemente perdida esta nacion y su República.

Es inexacto que yo haya venido descorazonado de Francia. Acostumbrado de antiguo á formar en las filas de un partido vencido, yo, que desde 1854 no me he descorazonado un momento, ni en la lucha ardentísima de la prensa, ni en la triste soledad del destierro,

mal podria sentir esa afeccion de ánimo ahora que comienzan dias mejores para la democracia.

Yo he dicho lo que sabe todo el mundo. Yo he dicho que la herencia legada por el Imperio á la República francesa es tristísima. Yo he dicho que roto el ejército regular, presos ó muertos los generales, cogido el material de guerra, dispersa la caballería, tomadas las fortalezas de Tours y Estrasburgo, la aparicion sola de la República, y la virtud de ese prestigioso nombre no podria brevemente enderezar los errores sembrados, ni contrastar las ventajas obtenidas por un enemigo á quien tantas é inexperadas victorias alientan y ensoberbecen.

Pero yo no dudo, yo no he dudado, ni de la salvacion de Francia, ni del definitivo establecimiento de la República. Para creer ambas cosas, para creer que Francia se salva, que la República se establece, tengo razones generales, aprendidas en la conciencia universal, y razones particulares aprendidas en mi propia observacion y experiencia. La

primera razon, que me inspira profunda confianza, es la justicia de la causa francesa. O hemos de creer el mundo sometido ciegamente á la fuerza, ó hemos de creer que el derecho lleva ya en sí un gérmen de victoria. Y como despues de Sedan la guerra para Prusia es una guerra de conquista y la guerra para Francia es una guerra de independencia, yo, que creo justísima la independencia de los pueblos, yo no desconfio de la victoria de Francia.

Y como todas las diversas monarquías que ha tenido Francia, la han llevado fatalmente á la revolucion interior, ó á la intervencion extranjera; yo que veo un salvador instinto puesto por la naturaleza, así en los pueblos como en los indivíduos, yo confio completamente en que, más ó ménos radical, más ó ménos centralizada, más ó ménos progresiva, unitaria ó federal, quedará definitivamente establecida en Francia la República.

He oido en Tours, en Burdeos, en los ferro-carriles, en los hoteles, á indivíduos de las clases más acomodadas, de los partidos

más conservadores, sostener que, vistas las catástrofes por las cuales toda monarquía en Francia se desenlaza; vista la imposibilidad de fundar la herencia, imposibilidad demostrada por la suerte de los cinco delfines que ha habido desde fines del pasado siglo; vista la poca estabilidad de las instituciones monárquicas; visto que el sufragio universal, base de la República, ya es definitivo; todos los verdaderos patriotas deben coadyuvar al desarrollo pacífico y regular de las instituciones republicanas.

En cuanto á la lucha es cosa averiguada que París se defiende largos meses; que en estos meses un millon de hombres se arma; que este millon de hombres, ora en ejércitos regulares, ora en columnas pequeñas pueden sitiar á los sitiadores; que las partidas comienzan, que los franco-tiradores pululan, que los Vosgos van á ser ocupados por el génio sublime de la guerra popular, que poblaciones abiertas como San Quintin se defienden, que los campesinos se despiertan, que la guerra nacional ha comenzado y con la

guerra nacional se aproxima la salvacion de Francia.

Dia 17 de Octubre.

París tiene todo lo necesario. Puede beber vino durante un año; puede comer blanco pan durante nueve meses. Ni una sola de las reses, que hay reunidas, ha sido todavía degollada. Se matan por dia quinientos caballos y se reparte una racion á cada habitante. Nunca los ricos comieron ménos, ni los pobres más. Cuatrocientos mil hombres pueden salir y saldrán á su hora oportuna para romper las líneas prusianas. Doscientos mil quedarian aun guarneciendo la ciudad. Desde el dia en que Gambetta dió su parte, hasta el presente, se han fundido seiscientos cañones. La tranquilidad compatible con el sitio reina en aquella inmensa capital. A las diez de la noche se cierran los establecimientos públicos. A las once todo París se halla desierto y sólo se oye el paso de los centinelas que guardan el sueño de la gran ciudad y vigilan sus murallas. El órden es tan perfecto, que como hayan querido varios rojos armar in-

[illegible] [illegible]. [illegible] Para la [illegible] [illegible] Aquellos crí- [illegible] en la nueva Babilonia [illegible] y [illegible] que en sus muros se [illegible] Fran- [illegible] César es hoy. [illegible] que todo lo [illegible] que no se salvará [illegible] Francia.

[illegible]

Entre [illegible] que han [illegible] se [illegible]

Este hombre que [illegible] para [illegible] la Re- [illegible] Las vic- [illegible] no verán [illegible] siempre los [illegible] llamar- se [illegible] Su número [illegible] ejér- [illegible] El campo

de batalla donde ha peleado, está lleno con los despojos de la tirania; que á su paso por la tierra, se han estremecido y se han derrumbado los tronos y los cadalsos.

Viejo, enfermo, herido todavía por la bala del rey ingrato que le debiera una corona, asaltado por las enfermedades anejas á sus largas campañas, á sus gloriosas peregrinaciones, consagra á la democracia la última centella de su vida, lo que resta de sus heróicas fuerzas, consumidas en la defensa de los oprimidos, en el titánico combate con los opresores del mundo.

Los pueblos que tienen el instinto de todo lo grande, lo buscan y lo aclaman como la personificacion de sus aspiraciones y de sus ideas. Sus piés flaquean hoy, pero su cabeza conserva aquella serenidad escultórica, en la cual brilla la inspiracion de Italia. Aquella espaciosa frente, aquellos rubios cabellos, aquel esférico cerebro que indica su inagotable benevolencia, la azul profundidad de sus ojos de marino, la sonrisa candorosa de sus lábios, la alteza de sentimientos que re-



tad, fué como un cruzado á defender, atravesando la inmensidad del Océano, esta reconciliacion de la libertad con el Evangelio. Es el que despertó la epopeya antigua, en su defensa de la libertad sobre las ruinas de Roma.

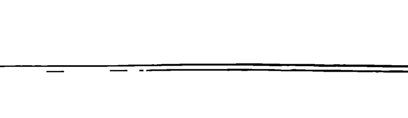
¡Qué de páginas admirables en su vida! La retirada á Venecia será puesta por la posteridad junto á la retirada de los diez mil griegos. Su paso á Como, á Verese, en la guerra de la independencia italiana, le eleva á la altura de nuestros primeros héroes y guerrilleros en la guerra de la independencia española. El viaje á Marsala con sus mil combatientes, y la conquista de Sicilia á la libertad, son dos milagros de sobrenatural prestigio. Y cuando rodeado de esta aureola aparece en el continente, los reyes de Nápoles se van, y á su vóz se eleva la Italia; esa estátua que no habian podido cincelar las espadas de cien generaciones de héroes.

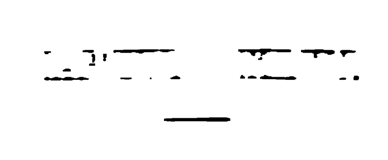
Despues de haber obrado todas estas heroicidades, ningun premio aceptó. Fué, como el último de los pescadores, á su isla, entregándose, hijo de la naturaleza, á la contem-

[illegible] del mar y al cultivo de sus ideas y de sus esperanzas. Así que todos los pueblos oprimidos han vuelto los ojos á esa isla, donde la abnegacion de un hombre daba el mayor y más necesario de los ejemplos de este siglo del egoismo y de las desapoderadas ambiciones.

Hoy, despues que Venecia se ha emancipado, despues que la argolla de Roma se ha hundido en el sepulcro de los Gracos, cuando debia consagrarse á saborear el triunfo de sus ideas en el seno de su patria redimida y libre, corre á llevar sus últimos dias y sus últimas fuerzas á la República francesa. ¡El cielo bendiga esas armas que han sido los instrumentos de la justicia! ¡Dios conceda los resplandores de la victoria á los últimos dias de esa vida tan luminosa, de esa vida consagrada á traer la justicia, la libertad, la paz, sobre la faz de la tierra! Sean cualesquiera las pruebas que le estén reservadas, su nombre inmortal brillará siempre entre los héroes y los mártires de nuestra causa, que le debe sus dias más faustos, sus más explendorosas victorias.

Suspendo el retrato que estaba trazando del héroe á la noticia telegráfica de que han corrido en la Bolsa de Lóndres rumores pacíficos. No los creo fundados. Hace pocos dias el general anglo-americano Bursnide, entró en París, llevando proposiciones del campamento aleman para un arreglo. Proponia un armisticio. Este armisticio seria aprovechado para elegir la Asamblea por sufragio universal. La Asamblea trataria con el rey de Prusia. Todos los departamentos, así los ocupados por los alemanes como los demás, votarian bajo el mando de los prefectos nombrados por el gobierno de la República. Exceptuaríanse los departamentos de Alsacia y de Lorena. Inútil decir que el gobierno de París rechazó tan vergonzoso arreglo.





[illegible] puede [illegible] sin grande [illegible] sucumbió en [illegible] Las marchas sobre el Loira tienen

tambien por objeto imposibilitar la formacion de nuevos ejércitos que vengan á suplir el ejército de Sedan. Si París hubiese tenido los soldados de Mac-Mahon, sacrificados estúpidamente á la conservacion de una dinastía perdida, París seria inexpugnable. Un ejército ante los fuertes, ó entre los fuertes, hubiera sido la ruina del enemigo. Sobre Bonaparte recae tremenda responsabilidad de que jamás le absolverá la historia.

Sin embargo, la defensa tiene inmensos recursos. Una inteligencia militar tan alta como la inteligencia de Trochu, y una mano tan fuerte como su mano, dirige todos estos recursos hácia la salvacion de París, que podria ser aun la salvacion de Francia.

París debe ser considerado, no ya como una plaza fuerte, sino como un campo inmenso de batalla, cuyas entradas se hallan todas defendidas por fortalezas, algunas de las cuales, como la de Saint-Denis y el Monte Valeriano, son fortalezas de primer órden. Es necesario añadir que la línea de las murallas tiene siete leguas, y doce la línea de los fuertes.

El principal propósito del sitiador es producir el hambre. Asediar á París tan estrechamente como asediaron los alemanes á Estrasburgo es imposible, porque necesitarian un número de ejército doble del que hoy tienen. Y sería muy difícil de alimentar ese ejército, dada la universal desolacion del territorio invadido, en el cual ha llegado la conquista á producir un desierto lleno de ruinas. Todo el trabajo del interior de París, consiste en ganar tiempo. Todo el trabajo de los sitiadores en acelerar la rendicion. Dos operaciones capitales meditan, la primera un bombardeo parcial, la segunda una pronta rendicion de cualquiera de los fuertes. Hasta no haber conseguido este objeto, no desplegarán los prusianos todas sus fuerzas contra París. Ya tenian adelantado este plan cuando una salida formidable de los parisienses lo desconcertó por completo, obligándoles á retirar su línea de operacion. Todas estas ideas que recojo de informes militares, dignos de fé, prueban sólo una cosa, que Francia debe apresurarse á formar un ejército, el cual ata-

que al ejército sitiador, porque si no lo forma pronto, la heróica resistencia de París seria inútil.

Dia 20 de Octubre.

Un ejército no se improvisa. Si fuera posible hoy como en tiempos de la primera República, improvisarlo, ya estaria levantado el sitio de París. Los franceses tienen hombres, tienen fusiles, pero no tienen cuadros de oficiales, no tienen artillería. Para procurarse estos medios de batallar, París nos ha enviado desde sus muros un emisario. El Conde Keratry, antiguo orleanista, hoy adicto á la República, ha salido en globo de París, asediado. Su viaje por las altas regiones fué sereno, tranquilo. Su globo vagaba por la inmensidad como un planeta. Pero al acercarse á tierra, ansioso el viajero por bajar del móvil elemento al elemento firme, se desprendió demasiado pronto y cayendo de una manera rápida y casi vertiginosa magulló su cabeza y se descoyuntó una pierna. Estas heridas, noblemente aceptadas por la patria, no fueron parte á impedir su viaje, peligrosísimo viaje, porque habiendo

ido á dar con su cuerpo en Bar-le-Duc estaba materialmente rodeado por todas partes de enemigos.

Dia 21 de Octubre.

Llegado Keratry á Tours, vínose en direccion de España con proposiciones terminantes para nuestro gobierno. Estas proposiciones no podian ser más aceptables. Francia y España son de la misma raza, de esta raza latina que ha sido la gran protagonista de la historia. A cuantos niegan que la individualidad superior de las razas, término medio entre la humanidad y las naciones, exista, yo le preguntaré en qué consiste la analogía de lenguaje entre España, Francia, Portugal é Italia; en qué consiste la analogía de su religion histórica, el catolicismo; en qué consiste la analogía de sus instituciones, desde el movimiento de las comunidades en la Edad Media hasta los movimientos revolucionarios modernos; en qué consiste esa tendencia á la igualdad y esa tendencia á la unidad, por las cuales se ve que diez y nueve siglos de cristianismo y quince siglos de infusion germánica

no han podido borrar de nuestra alma ni los vicios ni las virtudes de la democracia romana.

Pero aun prescindiendo de estas altísimas razones de fraternidad entre ambos pueblos, ¿qué representamos nosotros en el mundo? O no representamos nada; ó representamos el principio de la independencia nacional para todos los pueblos de Europa. Nuestra vida y nuestra gloria se hallan unidas á los recuerdos inmortales de la guerra por la independencia. Desde aquel dia así el griego de Misolongi como el ruso de Moscow, así el italiano sitiado en Venecia, como el francés sitiado en París, invoca el nombre de España y el recuerdo inmortal de Zaragoza y de Gerona. ¿Por qué, pues, no hemos nosotros de protestar contra toda conquista?

Yo recuerdo la indignacion que nos causaba el aleman en Milan y en Venecia. El plañido de la nacion italiana desgarraba nuestros corazones, y nos movia á maldecir una civilizacion capaz de consentir tal infamia. Y el espectro de la dominacion extranjera que hemos alejado de las lagunas venecianas, de los cam-

[redacted]

[illegible]

... por los Duca- ... Una política previsora hubiera ... la mano á Francia, no sólo por simpatía, sino también por interés. El general Prim, completamente petrificado en su política monárquica no concibe, que en este momento se libra ante los muros de París una

formidable batalla de la cual depende la suerte de nuestra raza, la suerte de la democracia en Europa.

Yo como tengo una grán fé en la idea democrática tengo una gran esperanza de que la Francia republicana se salva. Y si nosotros contribuyéramos con nuestro valiente ejército á salvarla, nosotros sacaríamos de este gran acto político los tesoros morales que sacó Francia del auxilio prestado á la República americana en su nacimiento. Negarse, ver indiferentes cómo una gloriosa nacionalidad se hunde; asistir á la desmembracion de un pueblo hermano sin que salga de nuestros labios una protesta; consentir en que la política de conquista sustituya á la política democrática; dejar que zozobre una democracia cuando somos otra democracia nosotros; cometer todos estos errores y todas estas indignidades, en presencia de la agonía de una gran República que quiere un rey de derecho divino; destrozar bajo las herraduras de su caballo, como el conquistador macedónico, á la antigua patria de la libertad y del arte, es

un crimen que se paga con eterna inferioridad en lo presente, con olvido eterno en la historia.

Dias 23 y 24 de Octubre.

Yo creo que Francia se salvará á sí misma. Imposible, imposible que un ejército borre del mapa á un pueblo. Imposible que la fuerza y la conquista predominen sobre el derecho y la justicia. Si estuviéramos destinados á ver la ruina de la gran nacion, desgraciados de nosotros que perderíamos uno de los órganos primeros del espíritu humano, la palabra y la idea del pueblo francés. Protestemos con todas nuestras fuerzas contra este atentado, protestemos, seguros de que las grandes ideas se eclipsan; pero no se extinguen. El alma de un pueblo que ha iluminado tantas veces la conciencia humana, el alma de ese pueblo es inmortal. Si no lo creyera, no creería en la justicia de Dios.

La nacion española no puede prestar auxilio á ninguna otra nacion porque necesita todas sus fuerzas, todas sus riquezas, todas sus ideas, todos sus hijos para levantar el edificio

fantástico, increible, de una monarquía sin monarca; ente de razon, al cual hemos ofrecido ya en nuestro delirio hasta sacrificios humanos como los pueblos primitivos á los dioses antropófagos.

Hé aquí el mal de nuestra política; empeñarse en resolver un problema insoluble. ¿Qué le pasaria al químico moderno capaz de caer en las antiguas tentaciones alquímicas para forjar oro? Pues la monarquía extranjera es la alquimia de la política. Buscamos en un rey de allende el bien que sólo en el trabajo y en la libertad se encuentra.

CAPITULO CXLVIII.

ESPERANZAS Y TEMORES.

Dias 25, 26 *y* 27 *de Octubre*.

Ninguna noticia lo desmiente; París ha tomado la actitud digna de la capital del mundo. La antigua Babilonia coronada de flores, hoy se corona de cañones. Su embriaguez se ha convertido en el nervioso arrojo del heroismo. No hay más que un pensamiento, la defensa; no hay más que un deseo, el combate. De vez en cuando los globos se elevan, hienden los aires, pasan por encima de las líneas prusianas, y nos traen las cartas de los

sitiados, cartas llenas de aliento y de esperanza.

Yo recibo muchas escritas por amigos fieles que se acuerdan de mí, sabiendo cuánta será mi ansiedad, mi anhelo por la gloriosa capitalidad de la República francesa. En todas estas cartas, dictadas por el más puro patriotismo, centellea el fuego de la libertad. El sitio de París es la redencion de la gran ciudad. Tras veinte años de fiesta, de lujo, de embriaguez, viene esta época de expiacion y de penitencia. Pero tras esta época vendrá necesaria é indispensablemente la resurreccion de París, que llevará sobre su frente su alma y sobre su alma la idea de nuestro siglo.

La sedicion con que Bismark contaba no ha sobrevenido. Algunos impacientes que toman la fiebre por la vida han deseado empeñar una batalla por la eleccion del ayuntamiento de París. No quieren convencerse que el escollo de la democracia es la demagogia. No quieren convencerse de que la libertad exige un amor puro, sosegado, constante, el amor de toda la vida, y no el delirio de un minuto.

[redacted]

[illegible]

[illegible]

[illegible] resistir [illegible] de la pasión [illegible] de apasionamiento.

Flourens sabe pelear y morir. Es un héroe. Las grandes ideas le poseen, las grandes causas le entusiasman. La libertad le cuenta entre sus combatientes siempre, y quizás le contará mañana entre sus mártires. Pero ignora que puede matar esa querida libertad ahogándola en sus brazos. Ledru-Rollin, el gran tribuno, que debia quedarse en sus recuerdos como en fuerte seguro, del cual descenderá á ser uno de los primeros, sino el primero entre los hombres de la República, forma con los impacientes, con los apasionados; gran desgracia para él, pero mayor todavía para Francia.

Dias 1 y 2 de Noviembre.

Lord Grandville se ha dirigido á las potencias beligerantes exigiéndoles un armisticio como preliminar de la paz. Pero ¿cuál es el pensamiento de lord Grandville? Si las potencias beligerantes le desairan, ¿se contentará con una protesta diplomática, con exigirles la responsabilidad moral ó echará en este tremendo conflicto el peso de su fuerza, de su incontrastable fuerza? No lo sabemos. Hace

pocos días propusieron varias asociaciones, de esas que tan poderoso influjo tienen sobre la opinion del pueblo inglés, al gobierno la intervencion por la paz. Y el gobierno respondía que no estaba decidido á presentar proposiciones á los beligerantes, hasta no tener la seguridad de que podia sostener estas proposiciones con algo, si no más grande, más eficaz que su autoridad moral. Supongo que reconocerá esta eficacia en la fuerza. ¿Se halla decidida Inglaterra á emplear la fuerza para traer la paz? Yo creo que no.

Dicen otros que la paz será el resultado del largo viaje diplomático que Thiers ha emprendido y terminado por las capitales de todas las grandes potencias europeas. Periódicos hay, como *El Diario de San Petersburgo*, que invitan al estadista francés á la publicacion de sus impresiones políticas y á la terminacion de su viaje por una visita al campo de Bismark. Esto es puramente imposible. ¿Qué título llevaría al campo enemigo Mr. Thiers, para terminar allí su viaje? El título de enviado del gobierno francés no

puede invocarlo cuando el gobierno francés ya no quiere más relaciones con Bismark que la guerra. Se concibe que una gran potencia intervenga y que Francia atienda á su intervencion amistosa; pero no se concibe que el gobierno francés vuelva á hablar de paz por boca de sus embajadores mientras hablan sus fuertes por la boca de sus cañones.

Dias 3 y 4 de Noviembre.

Las noticias de paz corren y se divulgan con tanta celeridad, que toda la prensa extranjera viene llena de las supuestas proposiciones de Bismark. Periódico hay que alaba su moderacion. Estas proposiciones son: indemnizacion de dos mil millones de francos, neutralidad garantida de Alsacia y Lorena por diez años. Al cabo de este tiempo decidirian por plebiscito ambas provincias de sus propios destinos; de su anexion á Francia ó de su anexion á Alemania.

Yo creo que jamás consentirá Francia en tales proposiciones de paz. Renunciar á Alsacia y Lorena, siquiera sea condicionalmente, es un sacrificio que el pueblo francés no



[redacted]

El ejército que no ha servido para salvar á Francia ¿servirá sólo para perder la República? Imposible creer que Bazaine cometa esa felonía. Si tal sucediese hasta el suelo francés, de horror estremecido, arrojaria de su seno al felon capaz de tal infamia. Esas armas que se han embotado en la coraza del enemigo, ¿no guardarán su filo para herir el corazon de la patria?

CAPITULO CXLIX.

PELIGROS DE UNA PAZ DESHONROSA.

Dias 5 y 6 de Noviembre.

La verdad es que en esta cruel guerra han caido el Imperio y el ejército en Francia. A la severa disciplina alemana el ejército francés ha opuesto un desórden, una anarquía, una desobediencia que explican sus inenarrables derrotas. El ejército reclutado por quintas, mantenido aparte de la sociedad, consagrado á oprimir, puesto sobre todas las instituciones porque tiene la fuerza, no puede continuar ni en Francia, ni en los demás pueblos de Europa. Es necesario, si quere-

mos ser demócratas de veras y no de nombre, es necesario que el ciudadano se decida á sostener su derecho y el derecho de los demás con sus armas, á ser soldados como en Suiza. De todos los generales Bazaine sólo queda en pié. De todos los cuerpos de ejército sólo el ejército de Metz ha conservado su honra y su gloria. ¿Irá tambien á manchar sus blasones?

Cuando yo veo el ejército francés, roto, destrozado, una parte de él tendido en los campos, otra parte prisionera en extrañas ciudades; su antigua gloria, eclipsada, su nombre perdido; y recuerdo aquella siniestra noche en que asaltaba una Asamblea, y deshacia una República, y dispersaba los representantes del pueblo, y rompia con sus bayonetas la cátedra de Quinet, la tribuna de Víctor Hugo, el corazon de Baudin, alzo involuntariamente los ojos al cielo y veo centellear sobre el sol y sobre los mundos la justicia de Dios.

Francia, entregada á un Emperador y á un ejército, no ha podido todavía salir de su

[illegible] En el [illegible] que ter- [illegible] de desastres. Así es [illegible] y más [illegible] que el estado [illegible] su [illegible] vez [illegible] de sus [illegible] se han [illegible] Gobierno y á [illegible] Los partidos han [illegible] es el [illegible] una [illegible] y [illegible] por la [illegible] del Interior no [illegible] se [illegible] eran [illegible] una nuestra [illegible] sobre el antiguo [illegible] tampoco que [illegible] el peso de un tristísimo [illegible] teme que París no acep- [illegible] paz venida de Inglaterra y [illegible] por el jefe de los orleanistas. Hay algo de [illegible], de triste, de tenebroso en

esa paz. Y yo temo, lo temo y me angustio, que de la paz con el extranjero resulte la guerra civil en Francia.

Dias 7 y 8 de Noviembre.

La frase de Julio Favre está escrita en todos los corazones: «ni una piedra de nuestras fortalezas, ni una pulgada de nuestro territorio.» ¿Y cómo se resignará Prusia á una paz así? ¿Cómo se irá del suelo francés sin llevarse un trofeo de su victoria? Napoleon cayó en Sedan. El Rey de Prusia puede caer en Versalles, si está decidido á volver sin una señal de su victoria entre sus garras reales. Si el Emperador no es un ave de rapiña ¿qué es el Emperador? Si á los pueblos esclavos no se les satisface con la conquista y la victoria ¿con qué se les compensará de su humillacion y de su obediencia? Insuperables obstáculos opondrá la monarquía prusiana á la paz.

Pero los opondrá no menores la República francesa. Van las elecciones á verificarse con el suelo nacional ocupado, los ejércitos enemigos en torno de las urnas, los departamen-

[illegible] suspensa por el es-
[illegible] por los esta-
[illegible]
[illegible] En medio de
[illegible] que exigen
[illegible] la realidad de las
[illegible] de la vida no
[illegible] de la muerte. Cuatro
[illegible] correspondencias consa-
[illegible] la
[illegible]
[illegible] que Francia
[illegible] ven-
[illegible] de nuevo
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] nombre
[illegible] los
[illegible]
[illegible]
[illegible] del
[illegible] Francia.

Dias 9 y 10 de Noviembre.

El Gobierno, en vista de que las elecciones distraerian los ánimos de la defensa, decide que se arrojen balas y no votos. En mi sentir decide bien. Las funciones de la vida social deben estar suspensas, cuando se trata de averiguar si ha de ser ó no ha de ser una sociedad. Ahí, ahí está el problema, en la salvacion de la patria. Los avanzados, los rojos fieles á sus tradiciones jacobinas, quieren que el Municipio de París se elija y que el Municipio elegido sea el Gobierno. Flourens le escribe una carta á Rochefort, diciéndole que si no aceptan sus compañeros esta proposicion, deja el Gobierno. Rochefort responde que ni sus compañeros aceptan la proposicion porque no creen oportuno distraer los ánimos con las elecciones, ni él deja el Gobierno porque no cree prudente provocar una lucha cuando el enemigo está á las puertas de París. Todo combate en estos momentos supremos seria un parricidio. Los franceses deben guardar avaros su sangre para verterla en aras de la patria y redimirla



del gobierno debia suceder y sucedió una manifestacion, y manifestacion armada. Los batallones de Flourens llenaron las cercanías del Hotel de Ville en son amenazador. Trochu salió montado á caballo, sereno entre tantos peligros, rogándoles, reconviniéndoles en nombre de la patria herida, de la patria moribunda. El buen sentido se sobrepuso á todos los sentimientos, la razon á todas las pasiones. La guardia nacional dispersó los grupos y se salvó el órden interior de París, y con el órden interior de París la honra de Francia, la autoridad de la República.

CAPITULO CL.

RECUERDOS.

Dias 11 y 12 de Noviembre.

Lo confieso. Cuando tu tribuna, ¡oh Francia! estaba muda, tu República muerta, tu soberanía borrada; cuando un César seguido de sus pretorianos, ponia un trono de Bajo Imperio sobre tus hercúleas espaldas y cruzaba con su latigo tu conciencia, yo, yo te maldecia, porque yo Francia, te odiaba. ¡Cuántas veces, al volver de mis solitarios paseos por París, fijaba los ojos en tu soberbio arco de triunfo, y viendo al jóven de Rude con la espada de la República en las manos y las estrofas de la Marsellesa en los labios, semejante á uno de aquellos héroes griegos que iban á

morir en las Termópilas, decia para mí; tú, estátua, tú eres el único recuerdo que ya queda de aquella Francia que amamantó nuestras almas con el licor sagrado de las ideas republicanas; pero recuerdo de piedra, recuerdo de muerte, recuerdo frio como el mármol de los sepulcros! Y más abajo, allá en lontananza aparecia sobre los celajes oscuros la cúpula de los Inválidos, áurea, resplandeciente, como una corona gigantesca puesta sobre el sepulcro faraónico del Emperador de los Emperadores, del rey de los reyes, de aquel que en quince años de vertiginosas batallas creyó haber robado á la fortuna su rueda, y á la muerte su guadaña. Y entonces, oprimido el corazon por los recuerdos que exhalaba aquella tumba yo decia para mí: adora, pueblo francés, adora esos trofeos; sacrifícales la libertad y la justicia; sigue la sombra que de ahí se escapa; ten la loca ilusion de que un hombre es un talisman, de que una dinastía vincula en sí la victoria; antepon las frágiles conquistas de tu espada á las eternas conquistas de tu pluma, los campamentos á

las Asambleas, los ejércitos á los legisladores; y algun dia sufrirás el castigo de tanta insensatez, yendo á morir con tu Imperio en el candente lecho de Baltasar y de Sardanápalo.

¡Pero cómo ha borrado á mis ojos Francia todas sus culpas! Su martirio ha sido una redencion. Ya, ya ha expiado sus faltas. Ya, ya debe estar satisfecha la justicia; porque en las últimas catástrofes han sido aleccionadas todas sus generaciones. Desde que su Imperio ha caido, desde que su César se ha entregado y la República ha venido, yo no recuerdo los eclipses de la conciencia francesa; yo sólo recuerdo sus luminosos dias. En tropel vienen á mi mente la risa de Voltaire, que mató los ídolos de la Edad Media, como la risa de Luciano los ídolos del paganismo; las ideas de Condorcet y de Turgot que abrieron los horizontes infinitos del progreso á nuestras esperanzas; la voz de Mirabeau y de Vergniaud, que devolvian la palabra de la Agora y del Foro á los pueblos enmudecidos en las gemmonías del despotismo; la accion de Danton y de Carnot que derribaba los reyes y despertaba con

los clarines de la República la conciencia universal, trazándome en todos estos recuerdos aquella alma de Francia que abolió la esclavitud en América y el feudalismo en Europa, y grabó con las chispas eléctricas de la revolucion los derechos fundamentales en el espíritu de la humanidad.

Pero si todos estos recuerdos no bastaran, bastaríanme para amar á Francia sus recientes desgracias. Siempre los pueblos desgraciados han tenido mi corazon y mi inteligencia. Yo recuerdo las desventuras de Italia; y como la prensa, como la tribuna, como la poesía armaron los ejércitos y los condujeron ébrios de ideas, á levantar la losa del sepulcro de mármol donde yacia exánime la eterna musa de la historia. Y ahora cuando la última negra estela de las invasiones germánicas se ha borrado en las lagunas de San Márcos, la última huella de las áureas arenas del Lido, reaparece esa invasion germánica en la tierra de Francia, que sean cualesquiera sus faltas, eternamente brillará en el mundo como la tierra madre de la democracia europea.

CAPÍTULO [illegible]

[illegible]

Yo que [illegible] [illegible] [illegible] dije a la [illegible] princesa en los días de su [illegible] no pude dejar de verla en los días de su terrible adversidad. No sé por qué, pero su cielo siempre triste para los habitantes [illegible] esplendor de nuestro cielo estaba más triste que de ordinario. Las gotas de lluvia que destilaban sus nubes me parecían lágrimas, y lágrimas amargas. El oleaje del Océano que lame nuestras respectivas fronteras, sonaba en mis oídos como un sollozo. Sus po[illegible] [illegible] de asedios, de incen-

dios, de matanzas, desgarraban mi alma. Ayer alegres, son hoy tristes habitaciones del infortunio, como los mitológicos infiernos, asiento del dolor. La guerra, encendida por caprichos dinásticos; la guerra empeñada á una señal de los Césares; la guerra costará á los dos pueblos cien mil millones de francos en su fortuna, y un millon de hombres en su poblacion, quizá el atraso intelectual y moral de medio siglo; la guerra sembrará ódios implacables, convertirá en furias el génio de dos razas nacidas para comunicarse sus trabajos, sus ideas; todo porque un César quiere conservar su título de emperador de Francia, y otro César aspira á conseguir el título de emperador de Alemania.

¡Y nos llamaremos pueblos civilizados! Los circos donde bajaban los gladiadores á morir sobre la férvida arena; los dolmenes donde se inmolaban las víctimas humanas por la crueldad de dioses antropófagos, no fueron jamás tan maldecidos en la historia como habian de serlo en lo porvenir nuestros campos de batalla.

[illegible]

[illegible] Francia se ha [illegible]

[illegible] y [illegible] robusto anciano [illegible] vestido. En su rostro se pintaban las señales del dolor y de la fatiga. Nos tendió la mano en ademan de una limosna, y

nos dijo: soy de Lorena. Era propietario y ya no tengo nada. Mi aldea, la aldea de San Nicolás, ha sido incendiada. Sólo queda de pié la casa del boticario. La han perdonado porque la han convertido en hospitalillo donde recogen los heridos que caen á las misteriosas balas de los franco-tiradores. Mi ganado, todo mi ganado, ha desaparecido. Esos malditos alemanes entran en nuestros establos, matan y despellejan las reses, asan sus carnes por ensalmo, y las devoran con un hambre increible. Los riñones suelen salarlos rápidamente y engullírselos crudos. El tocino es su alimento favorito. Más de cuatro, más de cinco han muerto de indigestion. Los médicos les creian envenenados y han hecho su autopsia. Tenian el estómago empedrado de lonjas de tocino que no hubiera digerido un tiburon. No me han dejado una res. Y toda mi familia anda dispersa. De mi mujer nada sé. Mis dos hijos se encuentran hoy sobre las armas en los muros de París. Yo voy á Tolosa en busca de mi cuñado, allí residente, para que me albergue. Soy de Lorena, y

[redacted]

por consecuencia, ya no soy francés.......

....

Aquel hombre, que habia contado su ruina, la separacion de los suyos con ojos enjutos y voz entera, al llegar á esta afirmacion, al decir que no tenia patria, lanzó un sollozo amarguísimo que, agolpando á mi corazon todo el amor inspirado por nuestra heróica España á sus hijos, me hizo sentir profunda compasion, á cuyo impulso las lágrimas cayeron involuntariamente de mis ojos, y se mezclaron con sus lágrimas.

Un consuelo, sin embargo, nos estaba reservado al salir. En una esquina habíanse fijado varios telégramas, y la multitud los recitaba en voz alta con alegría indefinible. Era la noticia de la victoria de Orleans. Este nombre tiene algo de mágico. Recuerda al ménos que en pasados tiempos Francia se encontró tan expuesta á morir como hoy, salvándose por un milagro de la fé. ¡Ah! la fé cambia de objeto; pero queda siempre igualmente milagrosa y fecunda. Otros siglos tuvieron fé en el dogma; nuestro siglo tiene fé

[redacted]

en la razon. Otros siglos creyeron en la autoridad; nuestro siglo cree en la libertad. La fé puede cambiar de objeto, pero no puede cambiar de virtualidad y de fuerza. Tened, tened fé en la independencia de los pueblos y en la República; tened, franceses, fé; abominad de aquellos tiempos en que entregábais vuestra inteligencia y vuestra voluntad á un hombre; volved á crearos por una evocacion al ideal, por un rejuvenecimiento de la conciencia; y hareis el milagro de salvar á Francia, y con Francia la libertad del mundo.

[illegible]

[illegible]

[illegible] capitulacion de Metz. [illegible] Dejaron cons-[illegible] una fortaleza tan formidable como nuestras mismas fortalezas. Desde el 4 de Setiembre disminuyeron los combates. A la pelea sucedió la intriga. De fuera venian misteriosos emisarios, y dentro se celebraban conciliábulos continuos. Circulaban á cada momen-

to noticias terribles. París era un campo de batalla donde luchaban franceses con franceses, hermanos con hermanos. Las campiñas estaban llenas de salteadores. Los dias del terror habian vuelto. El incendio, las matanzas, el pillaje, reinaban en la República francesa. Muchas ciudades habian pedido guarniciones prusianas. El único iris de Francia, la emperatriz y su hijo. Tal era el cuadro que presentaban á nuestros ojos, amenazándonos con la escasez de víveres, cuando ya nos habíamos habituado á la carne de caballo y aun teníamos caballos que devorar. Nos han vendido. Metz será considerado por la historia como el epílogo de Sedan.

Estos militares nos dieron noticias del estado de la invasion, que en la memoria conservadas, no pueden tener una exactitud rigorosa. El territorio invadido forma una herradura gigantesca. La parte occidental de la invasion, que comprende Versalles y París, termina en los alrededores de Orleans. La parte oriental termina en Dijon. El Norte forma lo que podíamos llamar el arco de círculo

apoyando en estos dos extremos. De veinte á veintitres departamentos sufren el terrible azote. Veinticuatro plazas fuertes hay en este inmenso espacio. De ellas diez se hallan sitiadas, once rendidas y tres libres. Ochocientos cincuenta kilómetros mide la invasion, atravesados de líneas férreas que en varias direcciones se bifurcan.

Los puntos estratégicos de esta vastísima irrupcion vienen á ser: 1.° La ciudad de Estrasburgo, la cual apoya el ejército aleman que se dirige hácia Lyon. 2.° Metz, que apoya el ejército del Oeste, es decir, el ejército de París, cuyas vanguardias han llegado hasta Orleans. 3.° Soissons y Laon, plazas de menor importancia, que representan análogo destino para los ejércitos destacados al Noroeste.

Esta inmensa extension de sus operaciones hace que el ejército prusiano se encuentre en gravísimo peligro; porque acampado sobre una tierra hostil, á la menor incomunicacion, á la menor ruptura de las grandes líneas que lo ligan con Alemania y que vienen á ser como sus venas, estaria perdido. Unas cuantas

guerrillas organizadas como las organizó Mina en la guerra de la Independencia, con las que tenia en jaque todo el ejército francés de Alava, Rioja, Aragon y Navarra; unas operaciones como las admirables y nunca bastante alabadas, bajo el aspecto militar, de Zumalacárregui en la guerra civil, que hostigaban y fatigaban con gran desproporcion de fuerzas uno de nuestros primeros ejércitos, serian parte á destrozar á los prusianos, los cuales no resistirian, no, á media semana de aislamiento é incomunicacion. Los mismos prisioneros alemanes en sus conversaciones dicen que el plan de Moltke, concebido con tanta madurez y realizado con tanto esmero, tiene este lado flaco.

Frente á Orleans se encuentra el ejército que hasta hoy ha mandado Tann, fuerte de cincuenta mil hombres, y cuyo objeto es impedir al ejército francés del Loire avanzar hácia París. A doscientos kilómetros, descendiendo hácia el Sur, opera el ejército de Werder, el cual ha llegado hasta Dijon, ganándolo y perdiéndolo, y volviendo á ganarlo

[redacted]

[illegible] que la si- [illegible] grandes cuer- [illegible] Pero todas [illegible] de estos [illegible] de Mozambiel [illegible] las orde- [illegible] se dirige [illegible] de [illegible] es- [illegible] has- [illegible] estos tres [illegible]

[illegible] no puede [illegible] disposicion [illegible] Hay optimistas que [illegible] este [illegible] á 200.000 hombres, y su material de artillería á 400 cañones. Pero si no alcanza á este número, con seguridad puede decirse que el ejército del Lara tiene 100.000 combatientes. El desti-

nado á proteger los puertos del Norte y del Oeste es el que á las órdenes de Keratry se organiza, y cuyo cuartel general se encuentra en Finisterre. Lila da su nombre á un ejército compuesto de 80.000 combatientes, bajo las órdenes de Bourbaky, ejército llamado á la maniobra de atacar alguno de los puntos donde acampan los sitiadores de París.

Al Este los voluntarios componen el mayor número. La naturaleza de estas tropas demuestra que allí se intenta la guerra á la española, á la americana, la guerra espontánea, en desórden, nacida del momento, de la inspiracion, es decir, la guerra de guerrillas. El general Michel manda una parte de estas tropas. Y Garibaldi, el general de las batallas populares, el triunfador de los momentos decisivos, el héroe de la inspiracion y de la fé, extiende sobre todos estos soldados su prodigioso génio.

A estas fuerzas hay que unir las tropas del Mediodía, compuestas de guardias movilizados y que toman el nombre de ejército de Lyon, cuyo ministerio es la defensa del gran valle del

[illegible], el [illegible] de París, que [illegible] muy apasionado y muy [illegible] valor y su patria.

Todas estas fuerzas han sido organizadas desde el dia 4 de Setiembre, desde el dia en que la República devolvió al pueblo sus derechos; la Francia se destaca en el mundo. [illegible] nacional está organizada, y la victoria, como si quisiera responder á tan [illegible], brotando en Orleans [illegible] en Orleans. Desde los [illegible] la fuerza del ejército que parecia extinguida, la esperanza del pueblo, que parecia muerta para siempre. Francia está de pié, llena de las mismas [illegible] la opresion y la [illegible]. La idea nueva le ha renovado la sangre. Su salvacion será el milagro de su República. Creemos firmemente que la justicia es una fuerza en el mundo. Creemos que la libertad puede aun borrar las sentencias del destino. Yo nunca he pensado que la raza está destinada á sucumbir definitivamente en la presente lucha.

CAPITULO CLIII.

ASCENSION.

Dias 18 *y* 19 *de Noviembre.*

Al llegar á Tours encontramos infinidad de amigos que volvian de una emigracion de veinte años; muchedumbres de soldados, que entraban á la sombra de sus banderas; zuavos pontificios vueltos de oprimir á Roma para libertar á Francia; guardias movilizados que acudian de todas las provincias del Oeste; ingenieros destinados á fortificar á Orleans para que no pudiese caer á un nuevo golpe de mano; artilleros que reforzaban el ejército del Loira; franco-tiradores llegados

de Nantes, y prontos á partirse hácia el Este para las guerrillas; voluntarios que venian de las anchurosas riberas del Plata á traer desde otro hemisferio su sangre generosa á las venas de Francia, demostrando así que, desde el punto en que proclamó la República, es la causa de Francia la causa de la civilizacion universal.

Entre las muchas personas que vinieron á mostrarme su afecto, hallábase un amigo que habia hecho rápido viaje en globo aereostático. Cinco eran los atrevidos aereonautas. A las ocho de una mañana de Noviembre habian abandonado París, alzándose á los aires desde la estacion de Orleans. En quince minutos subieron ochocientos metros. En los primeros momentos parecian estar inmóviles. Desde aquellas alturas contemplaban París como un estudiante de geografía contempla un mapa en relieve. Los monumentos, los edificios, las calles, todo se dibujaba clara y distintamente á su vista. Una hora están sobre París como si París los atrajese, ó como si el globo obedeciera á las ideas, á los sentimientos de su

tripulacion, y no quisiese apartarse de aquella gran ciudad, más amada de sus hijos cuanto más perseguida y desdichada. En dos horas el viento los ha llevado hácia el bosque de Bolonia, desde donde pasan pronto sobre las líneas prusianas. Los soldados enemigos se dedicán á cazarlos. Las descargas suenan, las balas silban, pero ninguna les toca. En cambio los navegantes llueven sobre los prusianos hojas republicanas impresas en París.

A la disminucion del lastre corresponde rápido ascenso. Desde una niebla frigidísima, dentro de cuyos pliegues apenas se veian los viajeros mútuamente las caras, cual si en vez de subir á las espléndidas regiones de la luz descendieran á los abismos, comienzan á entrar en espacios más iluminados. Primero el sol, pálido como una gigantesca pavesa, estiende por las nubes mortecinos reflejos. Despues salen de esta oscuridad y entran en pleno azul, en aire puro, luminoso, alegre, donde la vista y el pensamiento se dilatan. ¡Maravilloso espectáculo! me decian. A nuestras plantas, blancas nubes como en-

crespado Océano de nieve; sobre la cabeza el cielo en azul espléndido y en su serena alegría; por todas partes la inundacion de los rayos solares quebrándose en reverberaciones increibles, en arreboles que la fantasía no puede combinar; al Oriente rojas fajas de vapores con fuerza iluminadas; al ocaso, tintas desvanecidas, tintas de colores del mar; el astro del dia subiendo á su cénit en aquella soledad, como si brillase únicamente para los séres que le contemplan desde la frágil nave; y allá en lo profundo la sombra del globo, proyectándose sobre las nubes, sombra oscurísima, rodeada de una aureola resplandeciente con todos los colores del iris. En estos momentos llegaron hasta dos mil metros. El viento empezó á tener fuerza, y el globo á marchar con celeridad. A través de las nubes pasaban á los ojos de los viajeros los pedazos de tierra, los campos, las ciudades, los rios de una manera tan rápida, que daba vértigos y producia el efecto de los colores de un cuadro disolvente. En algunos momentos creyeron haber andado hasta encontrarse

sobre el Océano por la parte del Havre. Pero no se habian alejado tanto. Cerca de las cuatro de la tarde bajaron en el departamento del Eure. Habian recorrido en ocho horas un trayecto de noventa y cuatro kilómetros. El peso total con toda su carga de aquel pájaro gigantesco, era mil cuatrocientos treinta y seis kilos. Estas inmensas aves artificiales, y las inteligentes palomas mensajeras, son los medios únicos que tiene París asediado, de comunicarse con las provincias.

Despues de haber oido este relato, vinieron á decirnos que pasaban por la estacion prisioneros alemanes, enviados de órden del gobierno en direccion al Mediodía. Inmediatamente salimos para verlos. Imposible poder examinarlos con detenimiento, porque todos, á pesar de haberse detenido el tren, quedaron en sus wagones. Pude observar algunos que llevaban levita azul celeste con sardinetas blancas sobre el pecho, morrion de pelo bastante descomunal ornado por una especie de pañuelo de grana que les caia sobre el hombro izquierdo. No podian desmentir su raza;

[illegible] ... del [illegible] ... Tartaria hasta los [illegible] ... de [illegible] Mediterráneo, el mar de la luz, [illegible] ... de la civilizacion. Y [illegible] ... maltrata tanto [illegible]

CAPITULO CLIV.

TOURS.

Dia 20 de Noviembre.

Mucho se habla de la respectiva civilizacion de la raza germánica y de la raza latina, del pueblo francés y del pueblo aleman. Uno de los primeros hombres de Europa, Gladstone, á pesar de hallarse al frente del gobierno inglés, como si no pudiera olvidar su antigua condicion de literato y erudito, ha publicado en la *Revista de Edimburgo* un artículo sobre la guerra, en el cual trata, por incidencia, de la respectiva cultura de Francia y Alemania. Muy sábio es ciertamente el pueblo aleman,

que cuenta en su ejército seis soldados, los cuales dirigen cartas á sus familias escritas en correcto sanscrito. Muy atrasado está el campesino francés, que pregunta á su alcalde cuando Napoleon le llama al plebiscito:—«¿Qué es eso de bebiscito, señor alcalde?»—«Bebiscito, dice el alcalde, es una palabra latina que quiere decir: sí.»—Mas sus facultades se equilibran. El pueblo aleman es más instruido que el francés, por su excelente enseñanza primaria y superior. Pero el pueblo francés, sin duda alguna, á pesar de su ignorancia plebiscitaria, es más inteligente que el pueblo aleman por la viveza de su carácter y la rápida comprension de su entendimiento. Uno y otro se necesitan para elaborar la civilizacion universal; uno y otro se completan sobre la tierra. ¿Por qué luchar? ¿Por qué abrirse mútuamente las venas y emponzoñar de sangre humana los campos, de sangre humana los aires, que debian purificar y embellecer con la fecunda virtud del trabajo? ¿Por qué combatir, cuando la ciencia de uno se refleja en la frente del otro; cuando

la libertad del uno rompe la cadena del otro; cuando son hermanos que llevan en su sér el mismo espíritu y que necesitan para sostener ese espíritu el alimento de las mismas ideas?

La monarquía es la clave de todos estos enigmas. Al volver de la estacion pude advertir el aspecto militar que presenta Tours. Los cañones rodaban por el gran boulevard del Mediodía. Innumerables carros cargados de provisiones iban tras la artillería. Los guardias móviles pasaban á nuestro lado cantando el himno nacional, *La Marsellesa*. Los franco-tiradores nos rodeaban. A un extremo de la calle Real se veia bajo los pliegues de la sagrada bandera de Ginebra, el hospital de sangre, en cuya puerta departian ciudadanos de todas las naciones, atraidos por la caridad, llevando al brazo la enseña blanca con la cruz roja de la ciudad republicana, que ha querido aliar la humanidad con la guerra. Los coraceros envueltos en su capa blanca, los infantes de encarnado uniforme, los ingenieros vestidos de paño negro azulado, los zuavos con su aspecto oriental, los voluntarios pon-

tificios de traje gris ribeteado por vivos carmesíes, y sus oficiales con los trajes celestes recamados de áureos galones; los soldados americanos, caballeros de la democracia universal que se acuerdan de Lafayette y pagan á Francia una deuda olvidada, todos de aspectos y de maneras severísimas que recordaban los antiguos puritanos; los irlandeses agrupados en torno de su bandera verde; tantas legiones, si decian algo á los ojos, decian más al pensamiento, pues recordaban que ya un pueblo libre no representa sus propios intereses, sus propias ideas, sino que transfigurándose en el Tabor de sus instituciones, representa las ideas y los intereses de la humanidad. Francia necesitaba una época de disciplina severa que le devolviese la energía perdida en el sensual y orgiástico Imperio. La sociedad no quiere que el equilibrio de la vida humana se pierda, y lo restablece por grandes y terribles catástrofes. Diez siglos de penitencia en los claustros costó al mundo el epicureismo de Roma imperial. Y cuando el ascetismo llegó á extremarse, vino el Rena-



cimiento á devolver á la humanidad las formas paganas, y la embriaguez de la vida en la naturaleza. El equilibrio humano jamás puede perderse. Francia en las presentes desgracias adquirirá la austeridad que necesita para salvar y conservar la República. Tal es mi fé; tal es tambien mi esperanza.

CAPITULO CLV.

¡PENAS TERRIBLES!

Dia 22 de Noviembre.

¡Quien conoceria hoy á París! La antigua Sibaris de los placeres infinitos, de las cenas babilónicas, de los bailes vergonzosos; el asilo del vicio, el templo de la sensualidad, severa, recogida, como en su viudez la Jerusalen del profeta, se baña en fuego, se limpia de todas sus manchas, y se purifica en una purificacion radical y profunda que trascenderá á toda la humanidad. El dolor es un elemento regenerador en la vida. Su virtud lo convierte en redencion. París, París hoy,

asediada, reducida á comer carne de asno y de caballo, coronada de fuertes en vez de flores, presa de la guerra, con el cañoneo por toda música, el combate por todo espectáculo, y el sayal del soldado por todo lujo, parece más envidiable que aquella ciudad de las delicias sin cuento, de las fiestas sin número, donde el arte trenzaba todas sus coronas, donde los refinamientos de la cultura humana hacian todos sus prodigios; porque París hoy aprenderá en esta triste pasion, que los pueblos viven, no tanto de su riqueza y de su industria, como de esa vida moral cuya fuente se encierra en el seno de la libertad. Padecer, cuando se padece por la justicia, es progresar, és revivir en las cimas de lo ideal. La guerra, el incendio, el hambre, las trombas de metralla, las tempestades de fuego, el asalto en que enemigos rabiosos y delirantes renuevan los antiguos sacos de Roma, podrán aventar las cenizas de la gran ciudad á los cuatro puntos del horizonte; pero no podrán extinguir ese espíritu, ático por lo brillante, romano por lo universal, que ha divulgado

la idea del derecho entre los pueblos y la ha grabado indeleblemente en la conciencia humana, como el sol de la moderna sociedad.

De vez en cuando llegan á nuestras manos cartas que algun amigo nos envia, sin que pueda esperar la respuesta. Por ellas, por la diligencia de los periódicos, y sobre todo, de los periódicos ingleses, puede formarse aproximada idea de París, de ese París sitiado, de ese Páris mártir, que defiende las dos causas más caras al corazon humano, la causa de la independencia de las naciones, y la causa de la República universal.

La mayor parte de sus magníficos bosques ¡ay! están talados; los hermosos pueblos de los alrededores, llenos de quintas, que los jardines bordaban, todos están desiertos. Sus habitantes han huido, llevándose consigo los ajuares, como los antiguos vencidos se llevaban los penates. Los fuertes destacados lanzan gruesos proyectiles, despedidos por la poderosísima artillería de marina. Los fuertes ó bastiones del recinto se hallan ligados

entre sí por murallas de tierra hechas con arte, con primor, prueba de que París en su asedio, como los griegos en su muerte, jamás olvida el culto religioso á la hermosura y al arte. Detrás de estas murallas se alzan barricadas con coraza, especie de buques inmóviles, último seguro de una desesperada defensa. Los grandes edificios tienen sus ventanas tapiadas por sacos de arena, y el arco de la Estrella soporta sobre su cima una grande batería de cañones marítimos.

En las calles se ven por todas partes uniformes, que muestran un hecho capitalísimo, la elevacion de todos los ciudadanos á la alta dignidad de soldados de la patria. Los edificios mayores y más magníficos; el palacio de la Industria, testigo de tantas fiestas; las Tullerías, asiento del César, ó son hospitales de sangre, ó son cuarteles. Las casas particulares tienen el deber de dar alojamiento. Y tras de las murallas se extienden grandes barracones que sirven de abrigo contra las inclemencias del invierno á los batallones en vela. Muchas veces acampan al aire libre los ele-

gantes del boulevard y del bosque, y se dan por contentos cuando topan con un buen guíjarro sobre el cual pueden reclinar sus cabezas. Este sitio será para los parisienses como una escuela de Esparta. En él aprenderán los antiguos epicúreos que el can-can perpétuo, la orgía sustituida á la mesa de la familia, el erotismo al amor casto y uno, la indiferencia por la vida pública á la saludable disciplina de la libertad, concluye, como todos los grandes crímenes, como todas las abominaciones, por exigir una espiacion, por traer un castigo.

Aparte de esto, las calles presentan su aspecto habitual, si bien ménos cuidadas y barridas. Los niños juegan como siempre en los campos Elíseos, en el jardin de las Tullerías, en el Luxemburgo, cuidados por sus madres y sus ayas que, por regla general, hacen hilas. Algunos curiosos se van hácia la parte donde suena el cañon, para descubrir con catalejos de todas dimensiones á los enemigos, sus trabajos, sus obras. Se disputa mucho respecto á la defensa. Se controvierten las

cualidades del general Trochu. Segun los más exaltados, jamás tuvo un general sobre sí destinos tan altos, tan universales y humanos; Milciades en Marathon, llevaba sobre su responsabilidad los destinos de Grecia; Escipion en Cartago los destinos de Roma; César en Pharsalia los destinos del naciente Imperio; pero Trochu, al personificar la defensa de París y la defensa de la República, ha en su personalidad asumido los destinos del género humano. Hay diversidad de pareceres sobre su aptitud, pero unanimidad sobre su honradez; ventaja no escasa en estos perturbados tiempos en que tantos crímenes han sembrado en los ánimos tantas y tan ponzoñosas sospechas. Sobre quien no hay disputa posible es sobre Dorian, el ministro de Obras públicas, antiguo y probado republicano. Él ha dirigido los trabajos, él ha organizado los ejércitos de trabajadores, él ha concluido esas inexpugnables fortificaciones, él ha fundido esos millares de cañones que defienden á la inmortal ciudad, él ha hecho las barricadas, él ha construido la defensa con una celeridad de

accion y con una exactitud científica que le pondrán en lo porvenir junto á las grandes glorias de su patria.

Los alimentos, á pesar de las muchas provisiones hechas, van escaseando. La carne de vaca y la carne de carnero se expenden por racion. Para racionarse precisa recoger una papeleta en casa del alcalde de barrio. Con esta papeleta acuden los vecinos á las puertas de las carnicerías. Desde el alba, antes del alba, se agolpa la gente, formando una inmensa cola como en tiempos normales á las puertas de los teatros. Pero si hay que dar la carne de vaca y de carnero por racion, abunda la carne de caballo, la carne de perro, la carne de gato, hasta la carne de rata, carnes que se consumen siempre en los sitios, y que parecen al paladar adobado por el hambre excelentes viandas. Un carnicero ciñó su tienda de flores, ciñó coronas de fresco y verde laurel á sus gatos, á sus perros, á sus caballos muertos; y anunció que para ser buen patriota y buen republicano, se necesita hoy en París, como de un gran corazon, un

gran estómago. El animal, cuya carne ha tomado un crédito extraordinario en estas circunstancias difíciles y extraordinarias, el animal querido y reputado por su sabor, por sus buenas cualidades alimenticias, el animal, que proporciona los manjares por excelencia, es el burro. Todo el mundo dice que esta carne, por lo tierna y sabrosa, se parece mucho á la carne de ternera. La libra de vaca cuesta treinta sueldos franceses, franco y medio, precio fabulosamente barato para un sitio. En Gerona, costaba una rata cinco reales cuando su inmortal sitio por la independencia de España. Manteca no se encuentra fácilmente. Pero en cambio hay azúcar, thé, café, vino sobre todo, en prodigiosa abundancia. El pan se expende al precio ordinario. Y si la carne abundara como el pan, no podria París rendirse al hambre ni en el espacio de un año. Pescado, naturalmente no tiene. Están reducidos á la pesca del Sena, donde se cojen unos pececillos denominados *goujons*, que suelen comerse fritos, rebozados con huevos, y son riquísimos. En los

[redacted]

[illegible]

Las [illegible] y [illegible]. Fuera [illegible] la [illegible] y la [illegible] que [illegible] en la [illegible] de la [illegible]. Siempre en la mayoría de los [illegible] predomina el criterio de la fantasía; siempre el ideal es una utopía; siempre el [illegible] del progreso, la violencia y la revolución; siempre el fin. Uno de esos [illegible] acreditados y divulgados por el antiguo Imperio, para apagar la conciencia, para corromper los caractéres, para que [illegible] el ideal severo, estóico, de la República, ese culto del alma que engendran las legiones de héroes y mártires, cuyos esfuerzos y cuyos sacrificios trasforman las sociedades humanas. Pero hay mucha gente que se asusta de las reuniones públicas y que las cree destinadas á perder la libertad. El deseo de la perfeccion absoluta nos pierde en política. Y el mal entra como una levadura necesaria en nuestra vida contingente y limita-

disima. Hay gentes que quisieran aire sin viento, mar sin tormentas, nieve sin frio, sol sin calor, agua sin humedad, discusiones sin errores, libertad sin agitacion, clubs sin ruido. Es necesario amar la libertad con todos sus inconvenientes; porque sus errores, sus violencias, sus delirios, sus tropiezos, sus extravíos, señales son de vida, en tanto que son señales de muerte el silencio, la quietud, la parálisis, la atonía del despotismo. Ya lo dijo Tácito: «Prefiero los peligros de la libertad á la quietud de la servidumbre.»

París, en medio de todo, no puede olvidar su antiguo culto á las artes. Ora sea para contrastar las reuniones públicas, ora para distraer los ánimos embargados con las preocupaciones guerreras, hánse abierto conferencias. Los oradores hablan continuamente en ellas de ideas, de enseñanzas relacionadas con el sitio de París, ó con la proclamacion de la República. Las letras, las artes, son tambien asuntos de sus discursos. Francisco Sarcey ha hablado de la moral en las batallas. Pasdeloup ha reunido su orquesta y

tocando aquellas piezas de alta música clásica que elevan y fortalecen el ánimo. Courbet ha querido exponer la estética de sus cuadros; sí, de sus cuadros naturalistas, y ménos hábil en la palabra que en el pincel, la voz se le anudó en la garganta desde el comienzo del exordio. En cambio, Legouvé ha consagrado palabras elocuentísimas arrancadas á lo más profundo del alma, á la actitud de París, á su soberana decision, á su valor, á la *entereza* con que está resuelto á merecer, como ántes por su industria, por sus artes, por su ciencia, hoy por sus combates y por sus sacrificios, la capitalidad de Francia.

Pero el espectáculo más artístico que París ha ofrecido, es una reunion literaria del teatro francés destinada á recitar el gran poema de Víctor Hugo: *Castigos*. Jamás fué tan grande el poeta. Esculpió su maldicion eterna, la maldicion del génio, en la frente del Imperio con caractéres indelebles. Todas las notas y todas las escalas de la poesía se encierran en ese libro. La sátira de Juvenal, las imprecaciones de Isaías, los furores

del Dante, los gritos más agudos de la conciencia humana, resuenan por sus versos inmortales. Inspiraciones sublimes se han levantado del seno de aquella alma titánica, y han corrido á clavar sus aguijones en el cuerpo del Emperador, entregado así por la poesía á la maldicion de todos los siglos, de todas las generaciones. Entre el estampido del cañon, entre el hervidero del incendio, entre el estruendo de la guerra, la palabra inmortal de Víctor Hugo relampaguea y llena con sus ecos la conciencia humana. Hé aquí cómo la libertad eleva el espíritu y lo alimenta con ese tuétano de leon, indigerible para las sociedades esclavas, que se llama el humano pensamiento.

Dias 23, 24, 25 *y* 26 *de Noviembre.*

Pero ¿cuándo acabará este sitio? Imaginaos el corazon atrofiado en el cuerpo humano; tal es París sitiado en Europa. El foco donde convergen los rayos luminosos de las ideas; el eco que repite los grandes nombres; la encrucijada en que los caminos de la humanidad se encuentran; el laboratorio misterioso que

despide la esencia del espíritu humano. París, París está separado del mundo. Que nos devuelva la capital de Europa, que nos la devuelva transfigurada y rejuvenecida esta República, con la cual habíamos soñado tantas veces los amigos de la libertad.

Concentramos, pues, toda nuestra atencion hoy en la guerra franco-prusiana, porque la guerra franco-prusiana es la clave de la política europea. Invadidos veinte y cinco departamentos, azotados por los incendios, por las matanzas, por el pillaje y el merodeo once millones de hombres; los monárquicos franceses piden á toda costa una eleccion, como si remitiesen sus últimas esperanzas á las armas prusianas. Gambetta, á pesar de las intrigas que en Tours le rodean; á pesar del influjo inmenso ejercido por el talento de Thiers, que se consagra á pedir constántemente la reunion de la Asamblea; á pesar de la debilidad incomprensible de sus colegas, unos, entregados como Fourichon, ministro de Marina, al orleanismo, y otros débiles, inciertos, medrosos, ya en la senectud, no sólo del cuerpo, sino tambien

del alma; á pesar de tantas dificultades amontonadas á su paso, mantiene con dantoniana energía la idea salvadora de que en estos momentos supremos no puede la nacion ser consultada, ni ser disminuida la única probabilidad de salud que le resta, la dictadura de la República.

Si alguna duda cupiese del acierto que hay en su política, vivo está, patente el milagro increible de la organizacion de cuatro grandes ejércitos, que parecen salidos por encanto de las fecundas entrañas de Francia. Preso el Emperador, roto el ejército imperial y en poder del enemigo, perdido todo el material de guerra, entregados por deshonrosas capitulaciones los generales y los mariscales de Francia, dueño el conquistador de todo el Oriente, sin armas y sin cuadro de oficiales, Gambetta ha organizado el ejército del Loira, el ejército de Bretaña, el ejército del Norte, las legiones de Garibaldi, las guerrillas del Este, y los cuerpos de ejército que avanzan desde el Mediodía para impedir el sitio de Lyon.

Y ¡cuántas dificultades no le han cerrado el

puso! Metz que cuando su defensa detenía doscientos mil hombres que se han lanzado sobre el Oeste y el Sur de Francia. Garibaldi, que corre al Este en pos de una victoria que añadir á sus épicas victorias, encuentra en los corazones reaccionarios saña implacable. Los obispos franceses niegan alojamiento en sus palacios, en sus seminarios, á los soldados de Garibaldi, á estos desinteresados defensores de Francia. Los campesinos católicos creen que Garibaldi lleva el demonio en el cuerpo y le denuncian á los ejércitos prusianos. Cambriels, que ha de apoyar sus operaciones, le apoya flojamente. Se necesita de todo su génio para sobreponerse á tantas dificultades y triunfar de los prusianos dos veces en esos encuentros rápidos, imprevistos, milagrosos, dignos de su historia.

En Bretaña iguales ó mayores dificultades. Keratry es un buen patriota, pero un tanto ligero. Se cree él Gobierno. Hace levas á su arbitrio. Y pide que muchos de los soldados puestos á las órdenes del guerrillero Chatelyneau se pongan á sus órdenes y se inscriban

bajo sus banderas. El jefe, que representa el antiguo espíritu provincial, sus tradiciones, sus glorias, ha levantado un ejército que conviene conservar á toda costa, mayormente cuando pudieran atribuirse á causas políticas, á disentimientos de ideas, todos los obstáculos que le arrojara en su camino un gobierno republicano. Keratry se ha dolido de que Gambetta, atento sin razon á las anteriores consideraciones, no haya mandado la incorporacion á sus tropas de los hombres que él reclamaba, y ha presentado su dimision á la víspera de la batalla. Pero la ha presentado en términos duros, inconvenientes, preñados de amenazas á la activa y enérgica administracion que se ha encargado de salvar Francia y la República en esta suprema crisis, no sólo de Europa, sino de toda la humanidad.

Dificultades tambien al Norte. El destinado á mandar este ejército es Bourbaky. Pero Bourbaky ha sido uno de los generales cortesanos; ha estado en Metz junto á Bazaine, el mariscal del Imperio despues de su ruina; ha ido á Lóndres, y ha conferenciado con la

emperatriz; aparece justamente sospechoso á los ojos no sólo de los republicanos, sino tambien de los franceses. Tan duro es creer en la traicion de los valientes, que Gambetta ha dudado mucho antes de concederle ó retirarle puesto alguno; pero fluctuando entre ideas diversas y propósitos encontrados, al fin lo ha traido á un mando inferior en el Loira. Aceptándolo con resignacion y hasta con entusiasmo, Bourbaky ha demostrado que es hoy digno hijo de Francia, y que será mañana dignísimo general de la República.

Al Mediodía Marsella y Lyon presentaban dificultades inmensas. El exceso de republicanismo mataba á estas dos ciudades, como mata al cuerpo humano el exceso de sangre. La demagogia es el eterno escollo de la democracia. En tiempos de guerra, y de guerra por la patria, se necesita el órden, la disciplina, la union, el reconocimiento de la autoridad que concentra en sí el espíritu nacional y que dirige contra el enemigo sus fuerzas, cuando esa autoridad gobierna en nombre de una idea á todos igualmente cara, en nombre de la

República. Y sin embargo, en Lyon y en Marsella habia desobediencia, indisciplina, no en el grado que abultaron los periódicos reaccionarios de toda Europa, pero en algun grado, y ese, aunque relativamente corto, lamentable. Gambetta se ha dado tal traza, que Marsella y Lyon son hoy las dos ciudades más dispuestas á la severa disciplina que exige de todos sus hijos la Francia y de todos sus partidarios la República.

A esto únase su actividad vertiginosa, su presencia á un mismo tiempo en todas partes. Falta dinero; contrata un empréstito en Lóndres, y llena las vacías arcas de Francia. Falta artillería; y encarga á cada municipio que le envie un cañon á la prusiana. Los municipios funden sus campanas. Falta disciplina; y castiga implacablemente á los guardias movilizados que pudieran comprometer la salud de la patria, la vida de toda Francia. Falta inteligencia entre los generales; y acude á sus filas, y los cita, y los arenga, y los une y sostiene con su vigorosa atlética mano en respecto los ejércitos victoriosos de Alemania

[redacted]

[illegible]

[illegible] sobre el labio sin [illegible] vuestras [illegible] y el hombre, [illegible] de la naturaleza, el intérprete de

Dios, el sér creado para dar conciencia de sí al Cosmos en el pensamiento, y para poner junto al cielo sembrado de astros, el espíritu sembrado de ideas, ¡ah! el hombre enciende la guerra, desencadena el génio de la destruccion, y os arrebata en sus torbellinos, y os hiere, y os ensangrienta con sus perversos ódios. Ese pobre animal inocente, que lleva un consuelo á los sitiados, que es herido en sus alas, que arriba hasta el término de su viaje desangrándose, como si quisiera salvar la tierra donde tuvo su nido, ¿no inspira un sentimiento de ternura y de compasion á todos los corazones humanos, á todos los corazones que no ha emponzoñado el venenoso jugo de la guerra?

Inmediatamente despues de haber recibido la noticia, Trochu proyecta una salida en combinacion con el ejército de Orleans. Esto es tanto más necesario, cuanto que, efecto sin duda de una larga indolencia, se han manifestado en París síntomas de insubordinacion, y especialmente entre los soldados que guarnecian el fuerte de Saint-Denis. Todas

estas particularidades demuestran que era indispensable, completamente indispensable, una salida. Setenta y dos dias llevaban los parisienses de sitio, el 28 de Noviembre, cuando se anunció el movimiento de la guarnicion. Un numeroso ejército, disciplinado, fogueado, fué á romper el cerco para dar la mano al ejército del Loira. Trochu habló de París, lanzando sobre los conquistadores el anatema que contra ellos pronuncia la conciencia universal. La sangre que derraman hoy, recaerá mañana sobre sus soldados y sobre sus hijos, porque desde Sedan pelean los alemanes por la conquista y los franceses por la patria, causa inmaculada y eternamente justa.

Duerot manda el ejército libertador. Este general pertenece á los pocos que vieron y anunciaron con tiempo la terrible catástrofe, á cuyo término estaba el dia último del Imperio. Prisionero en Sedan, fué conducido á una de las plazas cercanas; y habiéndose olvidado los vencedores de exigirle su palabra en la capitulacion, creyóse desligado de todo compromiso, se fugó, y corrió á pelear por el ho-

nor y por la libertad de Francia. Los alemanes lo han amenazado con fusilarle si volvia á caer en sus manos. Pero al salir de París ha jurado, invocando la sombra de la patria, no volver sino vencedor ó muerto. En la mañana del 29, los fuertes abrieron á una en toda la circunferencia de la capital horroroso fuego. De esta suerte protegian las salidas, y ocultaban al enemigo el punto capital de su ataque. Este empezó por la derecha del ejército sitiador, por Choisy, el l'ay, y Chevilly.

El Marne desagua en el Sena cerca de París. El general lo atraviesa y empeña la batalla á los alrededores de Champigny. Ocho puentes sirvieron para el paso del Marne. Y los sitiados pernoctaron en el sitio mismo en que la noche antes acampaban los sitiadores. El general Trochu que referia á los parisienses todas estas hazañas de Ducrot, callaba la parte que él mismo habia tomado en la salida, el ánimo que habia infundido en los combatientes, su presencia en todos los sitios de peligro, el arrojo con que restableció cien veces la batalla. Los fuertes han lanza-

zo á torrentes la muerte sobre los prusianos. Los wagones blindados, que el ilustre Doriant construyera, han prestado grandes servicios recorriendo la línea del ferro-carril estratégico.

El 30 por la tarde el almirante La Ronciere, salió tambien á romper el cerco. Tomó el camino de Longyumeau, y llegó á desalojar los prusianos de Epinay. Así es que han debido replegarse los sitiadores en la fuerte posicion de Montmorency. Mientras tales combates se hallaban empeñados por Duerot y por La Ronciere hácia el Sur, salia como un torrente Vinoy, nombre ya ilustrado en las alturas de Villejuif, donde por primera vez comprendieron los prusianos que el sitio de París estaba para sus armas coronado de obstáculos.

Si bien el Rey de Prusia anunciaba que los franceses se habian retirado, el dia dos estaban sobre las posiciones conquistadas el treinta. Los prusianos corrieron con fuerzas enormes á desalojarlos, á convertirlos nuevamente hácia París, mas no pudieron con-

seguirlo. Siete horas de un combate horrible, encarnizado, sembró aquellos alrededores de cadáveres. En el momento mismo en que Trochu daba el parte, huia el enemigo en toda la línea. El general recorrió las avanzadas, y en todas partes fué acogido con delirante entusiasmo. El tres se renueva la batalla. El general la refiere desde Nogent. A la hora de diana el enemigo ya combatia á los defensores de la gran ciudad con tropas de refresco. Tres horas combatieron para rechazar un pueblo vencido y esclavizado por sus inhumanas victorias. Hay providencia. Y no tardará en sentirse ¡oh, esclava Alemania! su justicia.

[redacted]

CAPÍTULO CLVI.

[illegible]

[illegible] dolorido y [illegible]. Hace pocos dias el [illegible] desesperacion de dolor, al decir: [illegible] Hoy la desesperacion me [illegible] hasta la profundidad [illegible]. Paris ha capitula-[illegible] segun el frio derramado en [illegible] por esta tristisima noticia, que [illegible] muy sagrado ha perecido en la [illegible] humana. Pareceme, que le [illegible] nuestras ideas, resonancia á nuestra [illegible], sangre á nuestro corazon y ca-

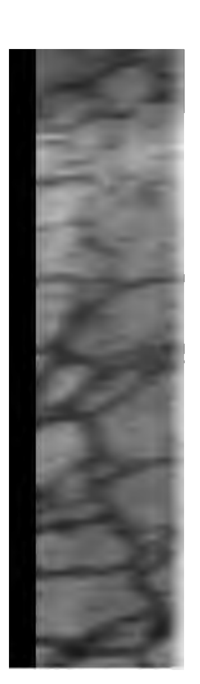
lor á nuestra sangre. La gran ciudad ha descendido de su trípode, entregando al conquistador los títulos de su nobleza moral en la tierra, aquella inspiracion inagotable, aquella iniciativa revolucionaria, por las cuales habia reemplazado en el mundo á Jerusalen, Atenas, Roma, Alejandría, Córdoba, las ilustres ciudades que han sido como las Sibilas del humano progreso. Las bombas han estallado sobre su cabeza; el incendio ha quemado sus piés; los valerosos hijos que armados la defendian ¡ay! han caido, si no muertos, inertes sobre su seno desgarrado; y el mundo ha oido indiferente desplomarse unos muros que sólo parecian, por el ruido, muros de piedra y que en realidad eran como la vasija misteriosa donde se contenia una grande idea, la cual si no se ha desvanecido en los aires, ha pasado á crear, á enardecer nuevos pueblos, tal vez nuevos continentes.

París ¿quién se sonreirá ya con tu sonrisa mortal á los ídolos? ¿Quién difundirá á los cuatro vientos las ideas y las convertirá en el verbo humanitario de la civilizacion uni-

versal! ¡Quién hablará por los puebl
midos! ¡Qué ciudad tomada como
embriaguez revolucionaria, lanzará
dias creadores los gérmenes de nu
ciedades á los cuatro puntos del h
iluminado por el rojo incendio de tu

La verdad es que, perdiendo Par
flujo en Europa, pierde la civilizacion
na un órgano capital de sus ideas, pi
diré la libertad, pero sí diré la dem
una de sus principales fortalezas. La
de Paris eran como las encrucijada
se encontraban todas las razas. Sus
esparcian el jugo del espíritu human
los áridos lábios de todos los pueb
tenian sed de ideas. Su génio cosm
si no inventaba grandes pensamien
extendia, los predicaba, los convertia
versales y humanos. Allí no se escr
ciencia de la civilizacion, pero se esc
evangelio. Allí no se encontraban los
de la libertad, pero se encontraban lo
toles. Allí las ideas no tomaban su
pero tomaban su resplandor con el

difundian rápidas por los pueblos. Aquel no era el laboratorio del nuevo espíritu; era la tribuna. París guardaba en su cerebro la tempestad. Cuando el delirio de la inspiracion la poseia, cuando entrecortadas por los furores revolucionarios, salian de su pecho palabras misteriosas, gritos agudos, por todo el Universo escuchado, los cetros se rompian como cañas á los embates de aquel huracan terrible, en cuyas ráfagas iban disueltas misteriosas esencias del humano espíritu, convertidas en chispas eléctricas, que á un tiempo derretian las coronas en las sienes de los opresores y las cadenas en las manos de los oprimidos. De aquí la rabia, el ensañamiento con que el Rey de Prusia ha perseguido á París. Su águila negra bate las alas sobre la gran ciudad como el buitre del Cáucaso ceñudo sobre el cuerpo de Prometeo que habia robado á los cielos su fuego y habia con él calentado la yerta sangre del hombre. Al caer París, algo grande, algo sagrado ha muerto en la conciencia humana.



que no la integridad, la honra de su patria.

El ejército del Loira fué rápidamente organizado. Aurelles de Paladine lo mandaba y en su primer empuje recuperó á Orleans. Aunque los prusianos tomaron pronto el desquite; aunque Orleans cayó de nuevo; aunque el ejército retrocedió, por un milagro de fé y de constancia, rehízose la poderosísima cruzada de la República en las orillas del Loira. Chanzy la mandaba, Chanzy, en quien creyó descubrir el pueblo alguna centella de aquellos génios guerreros de la primera República que habian con sus inspiraciones encadenado la victoria, y en amor á la libertad inflamado el corazon de los siervos.

No se contentó con esto Gambetta. Despues de haber atendido á la organizacion del ejército del Loira, atendió á la organizacion del ejército del Norte. Guardias movilizados con la celeridad del pensamiento se reunieron al rededor de Faidherbe, un marino, que habia mil veces luchado con la tempestad y habia presidido la organizacion de innume-



Pero ¡ah! que todo fracasó. El tiempo se volvió de tal manera inclemente, que soldados franceses, jóvenes, poco curtidos en las calamidades de la naturaleza, se sintieron desmayados, enfermos. Nevaba con tal copiosidad que los caminos desaparecian y se colmaban los barrancos. ¿Es aqueste el año de la retirada de Rusia? Sobre la nieve caia el hielo que la tornaba dura, luciente, resbaladiza como una superficie de cristal. Los movilizados no podian materialmente andar. Resbalábanse los caballos. El aliento se helaba en los labios y largos carámbanos pendian de los bigotes y de las barbas de los pobres soldados. Como la mayoría de estos en el ejército francés era reclutada en los departamentos meridionales, su propio clima, su propio cielo se volvia más cruel para ellos que para los invasores, hijos del Norte, acostumbrados á estas crudezas del tiempo.

Los alemanes hicieron supremos esfuerzos. El príncipe Federico Cárlos, su gran táctico, atrevido y tenaz á un mismo tiempo, quiso rodear el ejército de Chanzy, forzarlo á una

[redacted]

capitulacion como la capitulacion de Sedan. No alcanzó este intento; pero sí romperlo, dividirlo, y en gran parte dispersarlo. Ponen los obuses de percusion sus proyectiles con tal exactitud allí donde ponen la puntería, que al ver los movilizados bretones del ejército de Chanzy caer balas por todas partes, corrieron despavoridos, sin que ninguna fuerza humana pudiera contener su fuga.

El ejército del Norte ha hecho marchas y contramarchas sin número. La táctica ha consistido en desconcertar al enemigo por un movimiento continuo. Caminaba de noche para tomar desquite de aquellas primeras sorpresas del ejército francés, que fueron como la clave de todas sus derrotas. Así marchaba en zig-zag. Algunos de sus encuentros los juzgó Faidherbe victoriosos, pero fueron verdaderamente indecisos, porque tambien los alemanes se atribuian la victoria. Mas no cabe duda alguna de que en San Quintin este ejército fué por completo derrotado. Ni el ejército del Loira, ni el ejército del Norte podian socorrer á París.

Todas las esperanzas se concentraban en Bourbaky. De orígen griego, de familia español, hay en su alma algo de la poética naturaleza de las dos penínsulas, con que estaba enlazada su cuna. Habíase salvado de la ignominia de Metz. General del Imperio, ofreció su espada á la República, poniendo sobre todas sus afecciones el amor á la Francia. No estaba convencido de que debiera seguirse la guerra; pero la seguia, porque tal era la voluntad del gobierno y del pueblo. Maniobrar en el Este era lo más peligroso, y maniobró en el Este. Habia de hacer frente al ejército de Werder, muy aguerrido y victorioso. Habia de correr, casi tocando la frontera Suiza un gran peligro de caer en aquel abismo, porque todo soldado que toca ese territorio neutral, es soldado perdido. Su plan era una combinacion admirable, á pesar de todos estos inconvenientes, si llegan á tiempo los refuerzos, y no lo desconciertan las nieves. Bourbaky pudo decir, imitando á Felipe II, «fuí á pelear con los hombres y no con los elementos.» Pero Bourbaky, desesperado,



nados. Sus cabezas y sus corazones servian de blanco á las balas prusianas. Un capitan de franco-tiradores que, herido, quedara en el castillo de Pouilly, es cogido, atado de piés y manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones, y luego quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, mas bárbara cuanto más progresiva es la sociedad donde se despliega, ha caido muerto un hombre heróico, el general polaco Bosak, amigo de Garibaldi. Delante de mí, en Tours pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Ginebra.

Era un jóven de treinta y ocho años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia y ojos azules, en los que se notaba una honda tristeza, como si la luz del dia no entrara en ellos sino á través del duelo por la patria muerta, duelo que ponia en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunion célebre en la cual pronunció algunas palabras por su infeliz patria. No era aquello un dis-

curso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las generaciones polacas las sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salian del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecian el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expresó un dolor vivísimo, algo semejante á los trenos de Jeremías, á las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en el sollozo de aquel héroe ví pasar, como en espesa nube de lágrimas, el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo y devorando generaciones de cuerpos esclavos y de almas muertas. Pues bien; aquel jóven ha ido á pelear, á morir por una gran nacion que defiende la independencia del hogar y la independencia de la patria, perdidas para Polonia. Su fé, su exaltacion le han llevado hasta el sacrificio. Empeñado en atrevidos reconocimientos, ha intentado detener numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Ha caido atravesado por las balas prusianas, consagrando hasta el

aliento último de su vida á la libertad y á las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Más sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independencia de su propia patria; y en los campos de Borgoña Bosak se ha sacrificado, ha muerto por ajenos hogares, por ajena patria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno, y ha pasado á ser, en virtud de tan heróico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no ha sido infecundo; la batalla de Dijon es uno de los pocos triunfos que en estos últimos dias registra la nobilísima causa de la justicia y del derecho.

[redacted]

CAPITULO CLVIII.

LA DESESPERACION DE PARIS.

No bastaban todos los esfuerzos á conjurar esta gran irrupcion, que es un pueblo cayendo sobre otro pueblo, que es una raza mudando de centro y desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. París, París ha sido la víctima; París, cuyos dolores no tienen ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo he recibido por los globos tripulados, algunas cartas concisas, doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de dos edificios conmovidos al combate del siniestro huracan,

bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, y con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de París! Sobre el barro de nieve y escarcha; bajo el cielo frio como la mano de un cadáver; á la dudosa luz del opaco amanecer; en las mañanas glaciales de este cruel Enero que parece haber arrancado á las entrañas del planeta su calor, como al corazon de Europa su humanidad, agolpábanse en monton á las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas, hambrientas, febriles, centelleando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus labios palabras incoherentes, y que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡ay! no por sí mismas, no por su vida, que apenas valia la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados tal vez en lo porvenir á no tener patria.

¿Y qué recibian? Algunos pedazos de pan moreno, casi indigerible; algunas onzas de carne de caballo seca, curtida, rugosa, semejante á la madera ó al cuero. Y cuando en es-

[redacted]

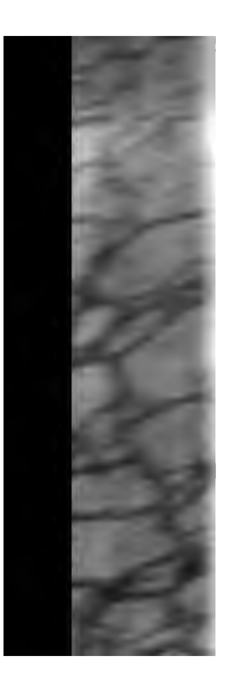
ta triste situacion se encontraban, bajo el látigo de la miseria, tendiendo la mano acostumbrada al guante para recoger una limosna, la bomba estallaba en los aires ó se hundia á sus piés; los milicianos heridos en la batalla próxima, volvian, unos por su pié, otros en camillas que chorreaban sangre; y bajo las ruinas calcinadas se descubrian cadáveres de niños sacrificados por las granadas, ó de pobres mujeres, en cuyas venas derramaran ardiente tifus los miasmas difundidos en los aires por el letal aliento de la guerra.

París se iba á morir de hambre bajo aquella granizada de bombas. Era necesario un supremo esfuerzo. La exacerbacion de la guerra, la crueldad del bombardeo sólo significaban que los prusianos habian expedido la mayor parte de sus tropas al Norte, al Loira, al Este para perseguir los cuerpos de ejército destinados á libertar á París. Un supremo esfuerzo de la guardia parisiense en aquellos momentos acaso fuera coronado con la victoria. Pedíanlo á una todos los partidos. Aconsejábanlo todos los periódicos, desde el

sesudo *Tiempo* hasta el rabioso *Combate*. Solamente Trochu, á quien París confiara su salvacion, manteníase frio ó atemorizado, aguardando un auxilio imposible, decidiéndose á una paciencia inverosímil. Los clubs, muchas veces descamisados, pero entonces razonables, si nó en las formas violentas, en el fondo esencial de sus quejas, preguntaban qué se proponia el gobernador de París con esta quietud angélica, en medio de la ruina, de la devastacion, de la muerte, del incendio. Los diversos cuerpos de alguna representacion social repetian la misma pregunta preñada de dolores y de amenazas. Los guardias nacionales mostraban sus armas inertes y á veces exigian la lucha. El fuego atronador que todas las baterías vomitaban de sus cañones, ningun daño, ningun desperfecto, ninguna mella hacian en las trincheras enemigas. La inaccion del general llegó á irritar al pueblo. La misma prensa de provincias que viera en París la salvacion de la Francia, y en Trochu la salvacion de París, comenzó á difundir sospechas sobre la aptitud del general para

[redacted]

tificarse y descender impetuosamente hácia Versalles, en busca del nuevo Emperador de Alemania, y de su cuartel general. Vinoy mandaba la izquierda, apoyándose en el rio; Bellamare mandaba el centro; y Ducrot la derecha, apoyándose en el camino de Rueil. Trochu no estaba inspirado ni feliz en el desempeño de este plan de ataque, no mal pensado, pero muy mal cumplido. Buen crítico de operaciones militares, no es al mismo tiempo buen práctico. Sus teorías son más brillantes que sus hechos, y sus libros mejores que sus campañas. Debe toda la popularidad últimamente alcanzada, á los folletos escritos sobre la organizacion del ejército prusiano y no la imita. Los prusianos le creyeron un general cuando sólo era un sábio. Cierto escritor inglés le ha comparado con Emilio Ollivier en la facilidad de teorizar y en la dificultad que encuentra para cumplir sus teorías. Segun sus planes, Ducrot debia emprender un movimiento convergente y apoyar á Vinoy, que por sí sólo podia tomar á Montretou, pero que no podia por sí sólo



con sus quejas aquellos campos de matanza, aquellos aires cargados de evaporaciones de sangre. El hijo de Fernando Lesseps, ese hércules del Istmo de Suez, cayó entre estos cinco mil heridos. El célebre pintor Regnault fué alcanzado por una bala que lo hirió mortalmente. Debia casarse con una hermosa jóven que fuera largo tiempo la musa de sus inspiraciones, el ideal de belleza en que buscaba el secreto de la encarnacion de sus pensamientos y el modelo de la forma; casta musa de este pintor, que, á modo de los artistas del Renacimiento, era tambien soldado. En cuanto cayó herido, y sintió que la vida se escapaba de su sér, pidió le trasportaran desde el campo de batalla á casa de su amada. Para ella fué su última mirada, para ella su último suspiro; como para ella habian sido sus inspiraciones y para la patria su existencia.

A este tenor miles de tragedias se cuentan. Pero confieso que no inspiran compasion tan grande á mi alma desolada los muertos como los vivos. Preferible es mil veces para todo

buen francés morir, á ver á Francia caida de tan alto en esos abismos. Felices los que mueren sin saber, sin adivinar que tambien se muere la patria de sus padres. ¡Ah! esta salida del dia diez y nueve es desesperante. ¿Por qué, una vez tomada la posicion de Montretout, no la conservaron? ¿Por qué no combatieron los franceses con más golpe de gente? ¿Por qué no usaron más artillería? Cuando Vinoy estaba en Montretout, el rey Guillermo y Moltke, y el príncipe real, que desde el acueducto de Marly, observaban la batalla, sintieron por vez primera en esta campaña el escalofrio del terror. Se hallaban cortadas sus comunicaciones con Alemania. Era difícil, dificilísima la posicion del Estado mayor prusiano en Versalles. Más tenacidad en sostener á Montretout; fortificaciones rápidas é inmediatas á imitacion de los prusianos; artillería en posicion, barriendo los batallones de reserva que iban á combatirlos; y el sitio de París se levanta, y Francia se salva.

Dícese que Trochu no sacó de París el número de gentes necesario, por temor á los ro-

jos. Mas el medio de vencer á los rojos era presentarles una victoria. Su oposicion hallaba sobrado fundamento en la apatía de un general que deja bombardear á París y no sale de la ciudad como un torrente cuando el bombardeo sólo significa una estratagema del sitiador para desconcertar al sitiado. Queríase que las oposiciones lo sacrificaran todo por la patria, y en esto el gobierno de París tenia razon. Mas no se daba á los de abajo ejemplo defendiendo antes que todo la patria. La retirada de Montretout, ¡qué error y qué vergüenza! A las ocho de la noche el hurra de la victoria resonaba de regimiento en regimiento hasta llegar á Versalles. La monástica poblacion de este real sitio, reanimada un instante por la esperanza, volvió á caer en su triste silencio así que supo la adversa suerte de sus armas. Y París entró en verdadera desesperacion, sí, en verdadero delirio.

CAPITULO CLIX.

HORRORES.

Nadie como yo abomina de la demagogia. Sus utopias sensuales, sus procedimientos horribles, el delirio que inspira á los pueblos, lejos de producir ciudadanos útiles, produce locos furiosos. Nadie como yo siente y deplora las intemperancias de lenguaje á que los clubs se entregan. Pero convengamos en que, si no se justifican, se excusan; ó si no se excusan, se comprenden todas estas imprudencias, delante de un general que ha desperdiciado horas preciosísimas, y que, al desperdiciarlas, ha herido la noble causa de la República europea.

La agitacion de París no tenia límites. Por la noche del veinte y uno rebosaban de gentes los clubs. Habian visto pasar innumerables heridos. Habian visto al gobernador pedir armisticio de cuarenta y ocho horas para enterrar los muertos. Habian visto volver el ejército sitiado retrocediendo ante la pujanza del ejército sitiador. A todos estos horrores se unia la recrudescencia del bombardeo que sobre el histórico barrio de Saint-Denis lanzaba á millares las granadas, cercando de un círculo de fuego infernal aquellos cuarteles, aquella catedral histórica, maravilla del arte gótico, donde se alzan los sepulcros vacíos de los reyes de Francia. Entre esta desolacion, entre el rastro de sangre que dejaban en el suelo de París las venas de sus hijos, y el rastro de fuego que en los aires dejaban las bombas de los prusianos, llegaron hasta la exaltacion del delirio las imprecaciones de aquellos que sólo en los procedimientos de la Convencion hallaban los medios expeditos de salvar á Francia y su República.

En el club de la Dame Blanche se conviene

[redacted]

y se jura por todos la revolucion inmediata. En el club de la Escuela de Medicina un ciudadano llamado Levy pronuncia las siguientes palabras, entre ardentísimas muestras de adhesion llevadas hasta los límites últimos del humano entusiasmo:—«Juremos cumplir nuestro deber, derribar ese gobierno que nos entrega y nos vende.»—Cierto clubista del Elíseo-Montmartre se queja de que dan á comer al pueblo pan de tierra, el cual seca las fauces y empiedra el estómago. Para este orador no son los prusianos, no, los bombardeadores de París, sino el general Trochu, que arroja bombas desde el Monte Valeriano á fin de que los propietarios pidan la capitulacion. Cuando tales cosas pueden decirse impunemente, la irritacion producida por la derrota del 19 en Montretout deber ser general y espantosa.

Mas una sublevacion ¿á qué en aquellos momentos supremos conducia? No basta la sangre que empapa el suelo de Francia; no basta el bombardeo, bajo el cual París, la obra de tantos siglos, se desploma; no bastan

los montones de muertos que hay sembrados por las orillas del Loira, por las riberas de Normandía, por los campos de Borgoña, por los desfiladeros de los Vosgos; no basta con que el Sena enturbie en sangre sus aguas, y con que dos millones de séres humanos ¡ay! estén bajo la amenaza de una muerte por hambre, sino que tambien es preciso, entre el estallido de las bombas prusianas, desencadenar la guerra civil para que acabe de destruir y aniquilar la destrozada patria.

Mientras pasaban en los clubs esas escenas, los milicianos de Belleville iban á Mazas, sorprendian la guardia, reemplazábanla, cogian al carcelero mayor ó alcaide, le obligaban á soltar la llave de la prision, abrian la verja, libertaban á Flourens, lo conducian triunfalmente á su barrio, y allí, tocando á general rebato, organizaban la insurreccion roja en demanda de la junta revolucionaria, y por consecuencia, de la inmediata destitucion del gobierno.

Es el dia veinte y dos de Enero. La mañana ha pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y

la Plaza de la Greve demostrarnos que la tempestad hay amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama Plaza de la Greve y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras. Poniéndose de frente al Hotel de Ville descúbrense hácia la derecha las torres góticas, las agujas calados de Nuestra Señora de París; los dos brazos del Sena, que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nacion francesa; y á la izquierda la calle de Rivoli, cuando ya va á entroncar con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en este teatro. Ahí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convencion. Ahí cayó Robespierre despues de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitucion de la dinastía borbónica y coronó con el morrion de la milicia nacional á la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se pro-

clamó en 1848 la segunda y en 1870 la tercera República francesa. Por eso cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las súbitas inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que la revolucion triunfa y se formula, es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del veinte y dos de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número cortos, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A la defensiva sólo se veian dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un oficial de la milicia parisiense ante la puerta mayor abierta, y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedian pan y la caida de Trochu. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hácia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los carga-

[redacted]

ban, y juran apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubríanse tras de sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñan los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido es la destitucion de Trochu. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud decidieron dirigirse á la habitacion misma del general. Y en efecto, partiéronse por la calle de Rívoli hácia el lado del Louvre.

Parecia todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca á ataque. Vienen trescientos milicianos armados, y en son de guerra, desde Belleville y han desfilado en la plaza de la Bastilla antes de tomar la calle de Rívoli por el extremo opuesto al que se encaminaban los milicianos anteriores. En cuanto avistan el Hotel de Ville, suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hácia la desembocadura de la calle de Rívoli donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo

de gentes desplomadas sobre el frio barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente, y chocando en su carrera, tropezaron muchos por heridos, y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, la tropa de linea, los gendarmes acuden, y el órden se restablece. Mientras pasaban estas escenas tronaba la artillería, y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de París. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No está aun bastante castigada Francia?

[redacted]

CAPITULO CLX

[illegible]

[illegible]

Al mismo tiempo los víveres desminuian con tal rapidez que dos millones de criaturas humanas se hallaban expuestas á morir por hambre como aquellos infelices judíos del sitio de Jerusalen que echaron suertes sobre los cuerpos de los pequeñuelos y se comieron á sus hijos. A estas angustias sentidas bajo una granizada espesísima de bombas se unian los partes del exterior. Algunas palomas, que habian levantado su vuelo sobre el Océano de candente plomo esparcido por la atmósfera de París, llevaban bajo sus blancas alas pequeños pergaminos, donde iban escritas las adversas nuevas del retroceso general de todos los ejércitos franceses. En vista de tantos desastres, desgarrados por desesperante dolor, temiendo que la historia les diese en rostro con la destruccion de la primera entre las ciudades modernas, los miembros del gobierno provisional decidieron la inmediata capitulacion.

Detengámonos un momento en presencia de este suceso. Cuando un pueblo ha ocupado el trono altísimo de Francia no debe de él bajar, sino despues de haber intentado el es-

[redacted]

fuerzo último y el supremo sacrificio. Guillermo de Orange prefiere que las ondas del Océano se traguen Holanda á que la huellen los ejércitos extranjeros. ¿Viviria Holanda sin esta decision bárbara pero heróica? El ruso humillado por Napoleon quema á Moscow. La ciudad santa de los moscovitas ¡ay! es un monton de cenizas, pero sobre esas cenizas se alza el espíritu, la vida, la honra, la independencia de una raza. ¿Qué esperanzas teniamos nosotros de vencer al gigante conquistador de nuestro siglo, cuando todas las naciones eran sus víctimas, y todos los reyes sus cortesanos? Ninguna. Mas preferimos enterrarnos en los desfiladeros del Bruch, bajo las ruinas calcinadas de Zaragoza y de Gerona destruidas, á ser trofeos de conquistas, y esclavos de conquistadores. Cuando el mártir de la raza negra, Louverture, aconseja á los suyos que antes de volver á la antigua servidumbre, quemaran los bosques, destruyeran las viviendas, hasta morir todos matando, aconsejaba aquel Espartaco de nuestro siglo, cuya grandeza crece con el tiempo, la eterna conducta que deben

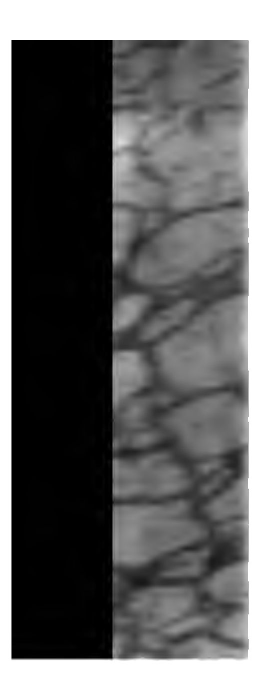
seguir en momentos decisivos y supremos todos los oprimidos contra todos los opresores. El hombre no vive un dia. Sus ideas y sus acciones trascienden á todos los siglos. Y para pensar con elevacion de inteligencia y proceder con grandeza de ánimo debe el hombre convertir los ojos á los tiempos futuros, y sacrificar, si así lo exige el deber, á esos tiempos ilimitados, eternos, la vida de un dia. Porque creo que despues de haber luchado en esta tierra con tantas y tan acerbas desgracias, no podemos esperar reposo ni en brazos de la muerte, si hasta por las concavidades del sepulcro nos persiguen los anatemas de la posteridad.

El gobierno de París, si no pudo llegar á una victoria, debió llegar á un sacrificio. Pero el dia 23 de Enero ya estaba decidida la capitulacion. Serian las ocho de la noche, cuando Julio Favre entraba en la ciudad de Versalles, córte del nuevo Emperador de Alemania. Ya antes habia intentado este viaje. Mas creyendo Bismark que iba á tratar de la conferencia de Lóndres, no prestó oido á su demanda.

Solamente al saber que de la paz y de un armisticio se trataba, convino en la entrevista. Acababa de comer el ministro del Imperio, al punto que el ministro de la República descendia á la puerta de su alojamiento. Los cabellos de Favre blanquean como si hubiera caido sobre ellos la nieve de un siglo. Hondas arrugas atraviesan su rostro amarillento y demacrado, surcos abiertos en la faz por el trabajo interior de ideas siniestras. Sus lábios aparecen contraidos por sonrisa amarguísima, como la sonrisa de un cadáver. Los ojos sólo muestran vida, pero la vida de la fiebre. No hay tormentos materiales, ni los infinitos inventados por las imaginaciones místicas de la Edad Media, en sus pinturas del infierno, que puedan compararse con los tormentos de ese hombre. Las últimas palabras de las conversacion tenida en Ferrieres con el Canciller del Imperio, debian resonar en sus oidos como la trompeta del juicio en los oidos de los réprobos; «no cederemos ni una pulgada de nuestro territorio ni una piedra de nuestras fortalezas.»

La primera peticion de Julio Favre fué la salida de las tropas parisienses con todos los honores de la guerra. Negóse Bismark á ello con negativa inapelable. La segunda fué que le evitaran á París la humillacion de ver las tropas y las banderas alemanas dentro de sus muros. Bismark convino; pero á condicion de que París pagaria doscientos millones de francos, y entregaria al vencedor todos sus fuertes, declarándose prisionera de guerra la guarnicion, que depondria las armas. Sólo doce mil hombres de línea y de milicia nacional quedarán en el encargo de custodiar la ciudad y responder del órden. Si el gobierno de París creia la resistencia inútil, la defensa imposible, pudo pactar con el extranjero por la ciudad; mas recluido cuatro meses en los muros, sin conocimiento del estado de Francia ¿pudo pactar por toda la nacion?

Sin embargo, pactó. Ajustóse un armisticio que debe terminar, á no renovarse, el diez y nueve de Febrero á medio dia. Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones, señalándose una línea de demarcacion en el ma-



cuatro dias, cuando los caminos de hierro están todos interrumpidos, y los caminos ordinarios borrados por el diluvio de la guerra, paréceme irrision del derecho, burla sangrienta, escupida por el vencedor, ébrio de orgullo, á la frente de Europa.

Alsacia y Lorena ¿envian representantes? Nada se dice con claridad en el convenio de este punto capitalísimo. Si los envian, clamarán á una que no quieren dejar de ser franceses, como claman hasta las piedras de aquel suelo. Si no los envian, el resto de los departamentos se creerán sin autoridad para resolver sobre la suerte de hermanos suyos á quienes no han oido. Y cuatro dias para revisar las actas, para constituirse, para nombrar presidencia y gobierno, para enterarse de los recursos militares y financieros con que cuenta la nacion, para deliberar sobre la política interior, para decidir la paz ó la guerra, problema inmenso, pavorosísimo, que interesa á la humanidad, á Europa, á todos los pueblos, problema que entraña en sí cuestiones innumerables, y que es un asunto

[illegible] EUROPA

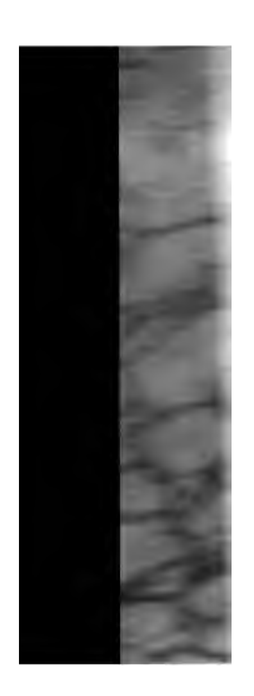
[illegible] humanidades pro- [illegible]

[illegible] con sangre [illegible] Bis- [illegible]

CAPITULO CLXI.

ÚLTIMA RESISTENCIA.

Imagínese cuánta seria la extrañeza de Gambetta en el momento de recibir las horribles noticias. El primer rumor vino al Oeste por las correspondencias del *Times*, verdadera gaceta del Canciller Imperial. El gobierno de Burdeos se apresuró á desmentirlo. Hacia pocas horas que el ministro de la revolucion acababa de pronunciar un discurso en Lila conjurando vigorosísimamente á todos los franceses á que pelearan con ahinco, sí, con desesperacion de la propia vida, pero con esperanza firme en la inmortalidad de la pa-



guerra sin tregua, la guerra á muerte. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisionados á Gambetta para sostenerle en tan amargo trance y alentarle en su enérgica fé. No pudieron verlo, porque se habia encerrado, entregándose á todo el dolor de su corazon y á todas las meditaciones exigidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le impone ante su patria y ante la historia. Supremas horas aquellas. ¿Aceptaba el armisticio? Perdia su significacion política, soltaba de las manos su bandera, desdecia el ideal de su vida, abandonaba la patria á la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas suyas, cuyos viriles acentos recogerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posteridad le señale como un francés incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podia, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenia, con la guerra civil la division del gobierno, con la division del gobierno la division del partido republicano, con la division del partido repu-

blicano la muerte de la República, con la muerte de la República, la muerte de Francia. Horas angustiosas. Aceptar el armisticio era el propio suicidio; rechazarlo era el sacrificio de Francia. En crísis tan extraordinaria y suprema Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendrá rudamente. El armisticio en su sentir sólo seria una tregua, y la tregua una escuela de disciplina. Imposible creer que muera Francia. Y Francia votará por medio de sus representantes la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, y todos los recursos en gentes y dineros indispensables á salvar estos dos sagrados intereses que todo francés ha recibido en depósito de las pasadas generaciones, y ha de trasmitir á las generaciones venideras.

Lo más triste del caso era que preguntaba al gobierno particularidades del armisticio y no recibia respuesta. Decia que viniesen á Burdeos, como habian prometido, algunos de los ministros y no llegaban. Para mayor confusion y tristeza el armisticio no se cumplia

en el Este. Los prusianos, protestando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguian á los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban á Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de la bandera tricolor. Los infelices soldados de Bourbaky, despues de haber pasado unos dias horrorosos; despues de haber recorrido largas jornadas á doce grados bajo cero, sobre la nieve petrificada, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones; al tocar á la frontera de Suiza, á la tierra neutral, á la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos, y mueren á cientos fuera de combate, sin responder á la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increible al mundo civilizado, deshonrosa para ese ejército aleman, que pretendiendo representar la más alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de la más cruel, de la más implacable barbarie. Las

tierras cercanas á Suiza se hallan sembradas de cadáveres.

¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga á esta nacion tan destrozada, tan profundamente herida? Segun unos cruelísimas. Cesion de la Alsacia y la Lorena; diez mil millones de francos por gastos de la guerra; una colonia en el Asia, la mitad de la escuadra. Segun otros, cesion de la Alsacia solamente, dos millones de francos, algunas rectificaciones de fronteras provechosas para Alemania por la parte de la Lorena germánica. Hay quien, más optimista ó mejor informado, supone, en mi sentir erróneamente, que Alemania aumentará el precio de la indemnizacion y disminuirá el importe de las compensaciones territoriales contentándose con una colonia en el Africa.

Gambetta convoca la Asamblea con el propósito de que se niegue á todas estas condiciones y sostenga la guerra, más gloriosa cuanto más desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísi-

mas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen á las varias familias pretendientes de una restauracion monárquica, puedan ser elegidos. Yo apruebo esta cláusula. Esos príncipes que creen siervos de sus privilegios la Francia, y la seducen con sus prestigiosos recuerdos, y la explotan bárbaramente; y luego, por aumentar algunas perlas á su corona, algunos dias de gloria á sus anales, algunos títulos de orgullo á sus pergaminos, algunas preeminencias, que les ayuden á perpetuar su dominacion, desencadenan guerras como esta guerra maldita, no merecen, no, tener en los pueblos libres la dignidad de ciudadanos.

Pero Gambetta añadió á esta cláusula otra que yo altamente repruebo. Declaró incapacitados para aspirar á la diputacion, á todos los ministros, á todos los senadores, y á todos los candidatos oficiales del Imperio. Es una restriccion arbitraria al sufragio universal, que no puede defenderse ni por razones de justicia ni por conveniencias de política. Si Francia al verse en el abismo

[illegible] ... Francia ... [illegible] ... Francia, que es [illegible] ... que es sentar un [illegible] ese acuerdo por el cual se [illegible] la República, como se votó el Imperio [illegible] listas de proscripciones, que la República no ha menester, porque es la expresión de la justicia, y con su luz le basta para [illegible] á los buenos, y deshacer, como [illegible], á los perversos.

El Gobierno de París envió uno de sus individuos, Julio Simon, á Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocato-

ria, en el cual ninguna de las exclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el suyo, é impedido el que traian los miembros del Gobierno. En esto Bismark protesta tambien contra el decreto de Gambetta y dice que no se ha convenido el armisticio para traer una Asamblea de ese género, sino una Asamblea libremente elegida por toda la nacion y que á toda la nacion represente. Gambetta escoge la ocasion para sobreponerse al Gobierno de París, y denunciar ante Francia que los excluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismark, los que entregarian cien veces, por restaurar su dominacion propia, al conquistador, en girones, la patria.

En verdad que Francia corre gravísimo peligro. Nunca fué tan grande el eclipse de un pueblo. En las inmensas y riquísimas salas de Versalles, bajo aquellas bóvedas á cuya sombra Francia ha reunido los simulacros de sus glorias militares, coronado por la terrible

[redacted]

[illegible] rey gobierna.» [illegible] el absolu- [illegible] han procla- [illegible] Emperador, [illegible] todas las [illegible] humanos por [illegible] ruinas por [illegible] sirvan de gra- [illegible] sangre en que [illegible] sudario de [illegible]

[illegible] sobre el [illegible] se sienta so- [illegible] Lo único que en [illegible] humana, á [illegible] nacionalidad ha [illegible] que nos consuela, es [illegible] resucitan como el [illegible] Ese Emperador Guiller- [illegible] de su juventud, errante, [illegible] porque otro Empera- [illegible] mas conquistador y más glo- [illegible] destrozaba el reino de Prusia [illegible] herraduras de su caballo de guerra.

Y Prusia resucitó, y Prusia se vengó. ¿Por qué no resucitará Francia? ¡Ay, Emperador de Alemania, ay de los tuyos el dia de su venganza!

Y han sufrido horrorosas calamidades los pobres soldados franceses. No pueden leerse, no, sin verdadero enternecimiento las cartas escritas desde Suiza, refiriendo su horrible retirada. El aire es glacial; ingrato y áspero el suelo; riscosas las sendas; los pinos y abetos cargados de nieves, al paso de los fugitivos que los hacen cimbrearse, llueven copos en forma de artificiales ventisqueros; y los caballos caen muertos de frio, de necesidad, sin poder dar el auxilio de sus fuerzas á los infelices vencidos, los cuales parecen esqueletos más que hombres, sí, esqueletos ambulantes. Unos llegan sin morrion, otros sin zapatos, todos demacrados y pálidos. A través de los girones de sus uniformes desgarrados muestran las carnes heridas, amoratadas, cubiertas de sangre. Cuando vuelven la vista atrás, como para mirar la patria de que huyen, descubren su camino trazado por los

[redacted]

despojos, que han ido tirando en la fatiga, ó por los caballos tendidos y exánimes que han ido muriendo al frio y al hambre. Con los militares de línea y los ginetes desmontados se mezclan franco-tiradores que parecen sombras. Un dia entero han tardado en desfilar desde Francia á Suiza, y á las diez de la noche llegan los últimos dando diente con diente, transidos de frio, espirantes de fatiga, y con la tristeza en el alma exaltada por el odio y por la cólera hasta la demencia. En tal desolacion habria para dudar de Dios, si á los dos lados de las vías suizas no aparecieran los buenos campesinos helvéticos, llevando en una mano la cesta del pan y en la otra el jarro del vino, cociendo en grandes hogueras rico caldo y nutritiva sopa; y lo que es más, consolando las almas de aquellos infelices para que no crean perdidos por siempre en la tierra los sentimientos de compasion y de humanidad que son los timbres más gloriosos de nuestra especie, y que parecen disiparse en los sangrientos huracanes de la guerra.

Estas desconsoladoras noticias que van á Burdeos, bastan para que Gambetta justifique su actitud intransigente y reconvenga á Julio Simon y al gobierno de París por su armisticio. Cuando llega el momento de la entrevista, Julio Simon se lanza en brazos de sus colegas, sollozando, perseguido, acosado por el recuerdo de los horribles cuatro meses que acababan de pasar sobre París. Luego que se calmó un poco, empezaron las explicaciones. La guarnicion de París estaba formada de tropas desbandadas, recogidas tras la catástrofe de Sedan; y tropas bisoñas, sin educacion militar, sin disciplina, incapaces por el pronto de medirse con los ejércitos prusianos. No podian, pues, impedir los primeros trabajos del sitio. Apenas llevaban de ejercicio un mes, cuando fueron al fuego, y á los primeros disparos del enemigo, se desbandaron tristemente. Fué preciso resignarse á foguearlas, á regirlas con severidad, y disciplinarlas con tiempo. Pasaron dos meses; intentóse la salida de Duerot, y el esfuerzo fué grande; más la última salida, la del diez

y nueve de Enero, se resolvió por sup
ineficaz desesperacion.

En esto venia el hambre á cernerse
dos millones de criaturas humanas. L
ballos se habian acabado. Ya sólo que
aquellos indispensables á los trabajos
nos. Los molinos apenas daban la mo
indispensable al dia. Una bomba ca
una fábrica de harinas, podia extingui
esperanza de alimentacion y matar de h
á los sitiados. Imposible tener gas.
procurarse el combustible. Desapareci
árboles, desaparecian las puertas y ve
París se hallaba en el invierno más cr
este siglo. ¡Qué hacer!

Los mercados públicos parecian cue
alemañas carniceras. Perros, gatos, ra
animales del jardin de plantas; nada b
al hambre de la colosal ciudad. Las en
dades se habian desplegado de una r
horrible, y los aires convertidose en l
torso de la peste y de la muerte. Corro
la sangre, brotaban las viruelas, veni
fus, rebosaban de cadáveres los cemen

Si un dia la capitulacion se aplazaba, moria la ciudad entera, por la dificultad para proveerla, aun despues de abierta, entregada y rendida.

A estas consideraciones de Julio Simon, Gambetta nada opuso; pero reconvino amargamente al Gobierno de París por el armisticio, por la excepcion del Este; por la inmovilidad á que fué condenado el ejército francés mientras era libre en sus movimientos y en sus ataques al ejército prusiano; por la retirada forzosa de Garibaldi, despues de su admirable encuentro de Dijon, y cuando reforzado por cincuenta mil hombres, iba á cojer entre dos fuegos al ejército prusiano. La respuesta de Julio Simon fué la dura ley de la necesidad, el convencimiento de que todo estaba perdido, la inflexible y suprema victoria de los prusianos y el desangramiento y definitiva rota de Francia. A tal convencimiento en el Gobierno de París nada podia objetar el gobierno de Burdeos. Si la paz era el supremo recurso, Gambetta debia desaparecer y desapareció en efecto del gobierno.

Nadie puede dudar que al irse, con él se va toda energía revolucionaria, con él toda apelacion al combate, con él toda esperanza de victoria. Su grande alma no puede creer que haya muerto Francia; no puede creer que se hayan esterilizado las entrañas de la República. Está fé en el universal descreimiento, está esperanza en la desesperacion universal dan á Gambetta el título triste pero sublime del último francés. Hasta él, hasta su grande alma no ha llegado el frio de esta decadencia. Ese y no otro será el secreto de su fortuna futura, y del nombre que ha de tener en la historia.

Mientras tanto los ejércitos prusianos, presididos por sus banderas blancas y negras como su sudario, del cual grandiosa águila, gigantesca ave de rapiña, se desprende, van tocando marchas guerreras entre ruinas hacinadas; entre rastros de sangre que aún no ha bebido la tierra; entre pueblos derruidos, que parecen víctimas de una erupcion, de un terremoto, de esas catástrofes que sólo puede producir en sus fuerzas destructoras la natu-

raleza; van, van ébrios de victoria á ocupar el Monte Valeriano, la nueva fortificacion de la gran ciudad ó la catedral de San Denis, el panteon de los antiguos reyes; y donde quiera que la vista de tales vencedores se convierte, colúmbranse cadáveres insepultos, podridos, que exhalan de sus restos la muerte, y que atraen nubes de cuervos, no tan carniceras como los ejércitos, ni tan siniestros como los conquistadores.

CAPITULO CLXII.

LA PAZ.

La Asamblea francesa llama sobre todo y antes que todo la atencion universal en estos críticos momentos.

No es aquel Congreso de la revolucion, terrible pero ilustre, que arrastrado por un fanatismo casi delirante á las mayores tragedias, salpicó de sangre, más tambien de ideas, el árbol de la libertad. La nueva Asamblea ha nacido de la derrota y de la resignacion de Francia á esa nueva derrota. Ninguna, ninguna esperanza se mueve sobre esta desdichada convencion, ningun aliento corre

por su pecho. Es la imágen terrible de la derrota de un gran pueblo. Es la sombra de un cadáver.

Nada de sus propios esfuerzos espera. Ni aun se halla decidida á esos actos de sublime desesperacion que vigorizan, que salvan á los pueblos, ó que si no los salvan, los honran. Todo su trabajo se halla reconcentrado en esperar las condiciones del vencedor. Todo su porvenir se halla reducido á regatear pedazos de tierra nacional á la voracidad de los hulanos. Versalles es, no el corazon de Francia, es su númen. La piedad de Bismark y no el propio valor, es su refugio. Fatal asamblea de decadencia, el miedo la engendró y la enterrará el desprecio.

En vano Alsacia, por la voz de sus representantes ha declarado que quiere ser parte integrante de Francia.

Los viriles acentos lanzados desde su profundo abismo por la provincia depredada, no han herido el corazon de la Asamblea. Al negarse á dar un voto declarando que Alsacia y Lorena jamás dejarán de pertenecer á la pa-

[redacted]

[illegible] la Asamblea ha reconocido que puede negarse sobre la base de la cesión de [illegible] debería jamás reconocerse [illegible] base de negociación, jamás.

Si nos [illegible] esa tierra, que la [illegible] por fuerza, por conquista, por violencia, pero no por el reconocimiento de Francia. Será en tal caso esa gran nación [illegible] desdichada.

[illegible]

Creer, combatir, vigorizarse en los grandes ejercicios del cuerpo y del alma, unirse al dolor antés que á la deshonra, correr al sacrificio, morir por la patria son para nosotros frases y sólo frases en vez de ser pasiones y grandes pasiones. Así en cuanto Francia ha sido consultada, aunque su historia se eclipsa, aunque su nombre se mengua, aunque se pierde su influjo político en el mundo, aunque se disminuye su territorio, Francia, incapaz por la debilidad moral que le ha producido su hartazgo de todos los placeres, incapaz del sacrificio, ha pronunciado la palabra paz y ha despedido al hombre sublime que preferia á la deshonra la muerte.

Hay, sin embargo, algunos centros de poblacion que no han podido resignarse tan fácilmente á la derrota. Burdeos hierve en cólera é indignacion á la idea de desmembrar la patria. Está de tal manera decidida al desmembramiento la Asamblea, que considera como ofensas sufridas á su nombre las invocaciones á la integridad de la nacion, y la salud de la República. Para evitar estas mani-

festaciones, cuatromil hombres de línea acampan á los alrededores de la Convencion, como si en vez de ser representante de Francia, fuera una feudal fortaleza.

Cierto diputado, á quien le costó sumo esfuerzo atravesar las líneas de tropa y llegar á su asiento, exclama ántes de abrirse la sesion: Señores, por todas partes veo armas. Prometo venir mañana tambien armado. Lo singular del caso es que la Guardia nacional queda excluida de velar por la Asamblea, y relegada á servicios secundarios. La causa de esta determinacion apenas se comprende. La Guardia nacional ha gritado ¡Viva la República! No sabiamos que eso fuera un crímen. La República es el gobierno nacional, es la forma definitiva de la democracia, es la viviente encarnacion del sufragio popular, es la escuela donde aprenderá Francia la disciplina indispensable á su regeneracion, es la base de las futuras federaciones que han de sustituir á los maquiavelismos de la diplomacia y á los horrores de la guerra, es el gobierno económico y estable; pero si no fuese todo esto,

si no significase todo esto, seria, significaria la legalidad existente hoy en Francia.

¿Por qué ha de ser considerado como un crímen gritar: ¡Viva la República! Mr. Thiers, al aceptar un gobierno, ha aceptado el gobierno de la República francesa. La Asamblea ha sido en nombre de la República convocada. Los escritores más reaccionarios reconocen el principio que yo he proclamado dos años seguidos desde las alturas de la tribuna parlamentaria española, á saber que la monarquía era una religion, y que esa religion ha muerto en la conciencia de Europa, como en el suelo de América. Cuando una forma social muere, no por eso mueren las sociedades humanas. Nuevas formas nacen de la destruccion de las antiguas formas, como en la naturaleza nuevas especies vienen á sustituir á las especies desaparecidas y archivadas en las entrañas del planeta.

Mr. Veuillot, publicista católico de Francia, escritor más dado á la sátira que al misticismo, y más propio para la invectiva que para la plegaria, pero orador y publicista

[redacted]

eminentísimo, sostiene á su vez que fuera de la República, fuera de esta forma de gobierno, ya no puede haber para Francia nada más que estúpidas dictaduras, y dictadores imbéciles. Es verdad que él quería una República teocrática; pero es ya una grande conquista, un progreso inmenso, ver los antiguos defensores de los poderes inamovibles, hereditarios, perennes, defendiendo que los reyes y los papas inclinen su frente al sufragio universal y cedan su soberanía histórica á la soberanía de la sociedad.

Y cuando tal es el movimiento de los ánimos y el influjo de la opinion y el triunfo del tiempo, una asamblea convocada por la República, desconoce, niega esa luz de tan viva intensidad que deslumbra hasta los ojos de sus mayores enemigos.

Mr. Thiers en su primer discurso, de una grande habilidad ciertamente, ha descartado la cuestion de forma de gobierno. Para él es la imperiosa necesidad de la situacion estancar la sangre que chorrean las venas de Francia, devolver la libertad á sus millones

[redacted]

de prisioneros, reedificar los ferro-carriles cortados y los puentes derruidos, encender el calor de la vida allí donde reína el frio de la muerte, reanimar el trabajo que ha de volver la vida á Francia, á esta nacion desdichada, decaida; pero cuyo pensamiento jamás puede faltar á las obras mayores y más ilustres del género humano.

No contendamos sobre esto. Lo primero es salvar á Francia. Ponerse á discutir un código fundamental, cuando la Asamblea no tiene para ello mandato, seria una usurpacion; perderse en los laberintos de sábias y profundas discusiones antes de cerrar las heridas abiertas al corazon de un gran pueblo seria horrible crueldad. Pero no lo duden los franceses, la incertidumbre es uno de los males peores que caer pueden sobre las sociedades humanas. Y la incertidumbre se apoderará de Francia como no quede establecido definitivamente si ha de ser su gobierno una República ó una monarquía. Entre estos dos polos, la política oscilará con un movimiento irregular y perturbador.

rana de su existencia y señora de sus destinos históricos, y á aceptar la responsabilidad de sus faltas, dejándose de creer en Césares divinos, en providenciales Mesías políticos; y que fundada ya la República francesa, podrá formarse al Occidente de Europa, esa grande confederacion neo-latina destinada á renovar los milagros y las maravillas de las antiguas confederaciones griegas.

Indudable, indudable, suceda lo que quiera. Francia no puede salir de la República. Conspirarán contra ella todos los pretendientes, la maldecirán los monárquicos dogmáticos, la adulterarán las clases conservadoras enemigas de las saludables agitaciones que trae consigo la libertad y del advenimiento de las democracias al derecho; pero la República quedará de pié como la forma única en que puede encerrarse el espíritu inmortal de nuestro siglo.

Además leyes de la sociedad como de la naturaleza que en esta guerra por la vida á la cual estamos desde el nacer condenados, los séres superiores en espíritu y en organismo

venzan, y subyuguen á los séres inferiores, y concluyan por exterminarlos, como la civilizacion humana extermina á las fieras estendiendo las grandes ciudades y los productos del trabajo sobre sus cavernosas madrigueras. Y esa nueva enfermiza creacion del Imperio aleman, será con sus régulos y sus señores feudales, y sus ciudades libres y sus esclavas muchedumbres evocacion calenturienta de la Edad Media, será pronto vencida, aniquilada, por una República unitaria, civilizadora, digna de aquella Francia que engendró el siglo décimo-octavo; y que al atraer á sí, por la superioridad de sus instituciones todos los pueblos, volverá á ser como el sol de las esferas sociales, y á desvanecer las nubes de sangre hoy amontonadas sobre su luminoso disco.

Pero volvamos á los hechos corrientes. La Asamblea Francesa ha tomado en sus manos el poder. Diez comisiones se han repartido los asuntos de más importancia y de más urgencia. La primera se ha encargado de examinar las fuerzas militares terrestres; la

segunda las fuerzas militares marítimas; la tercera la hacienda; la cuarta los caminos de todas clases; la quinta los correos y telégrafos; la sexta los departamentos invadidos; la sétima la administracion interior; la octava el comercio general; la novena contabilidad, y la décima empréstitos.

Inmediatamente se han consagrado todas estas comisiones á examinar el asunto de su competencia con una grande asiduidad. Esta paz interior de la Asamblea contrasta con las tempestades continuas de las primeras sesiones. Bien es verdad que estas tempestades provienen más de las fuerzas desplegadas en el exterior que de las pasiones interiores de la Asamblea. Rochefort emite una observacion oportunísima. Sólo se oyen vivas á la República, y contra esos vivas se despliega por el gobierno republicano fuerzas que debiera conservar contra las conspiraciones monárquicas. El presidente se defiende diciendo que la Asamblea vive en una poblacion ardiente sobreexcitada..........y republicana, añade la izquierda. Si no quereis de-

liberar en ciudades republicanas, gritó Monsieur Floquet, vámonos á una aldea. El jóven diputado Brisson, uno de los oradores más elocuentes de la Cámara, defiende á Burdeos de las sospechas que arroja sobre su limpio nombre todo ese aparato militar y dice que una Asamblea de la República debe confiarse á la lealtad de una ciudad republicana y de su guardia nacional. Un diputado de la derecha sostiene que el ejército guardador de la Asamblea, representa á toda Francia. Protesto exclama Mr. Langlois, protesto contra la idea de que el ejército sólo representa la fuerza de la nacion. Una voz de la derecha monárquica grita al diputado republicano: á Charenton, á Charenton. Sabido es que allí se eleva el gran manicomio de Francia. El diputado que me manda á Charenton, podia, responde Langlois, haber venido conmigo á la batalla de Montretout. En efecto, el digno representante de la montaña todavía guarda de esa batalla, esfuerzo último de los parisienses para salvar la capital, gloriosas heridas, alcanzadas en el santo empeño de arrancar la patria á

las garras á que la habian arrastrado los errores imperiales.

Pero el asunto capitalísimo que la Asamblea debia tratar, era el asunto de la paz ó de la guerra. Desde luego pidió Thiers plenos poderes para negociar y el auxilio de una comision de quince diputados, que compartiera con él toda la responsabilidad del inmenso problema de la paz. Algunos creyeron torcidamente, que desde la hora misma en que la Asamblea delegaba su autoridad en el gobierno, deponia toda inspeccion sobre el futuro tratado.

Thiers calmó estos recelos, declarando que inaugurado el régimen del gobierno nacional, Francia era soberana, y á la autoridad de Francia, representada por su Asamblea, competia en último caso la decision definitiva y suprema. Despues de estas declaraciones, la Asamblea, no sin algun tumulto y confusion, decidió autorizar al gobierno formado por Thiers, para tratar con el gobierno del Emperador de Alemania, residente en Versalles.

El gobierno de Thiers se halla compuesto de tres elementos capitales. Uno de ellos representa la política, las tradiciones del orleanismo liberal, que significó siempre el gran orador. Estos son los hombres verdaderamente de Thiers, como Dufoure, ministro de Justicia, y Le-Fló, ministro de la Guerra. Otros representan aquel centro izquierdo del Imperio, que de concesiones en concesiones hubiera llegado á una apostasía tan criminal y tan ruidosa, como la apostasía de Ollivier. Picard es jefe de esta gente, y Picard tiene el ministerio importantísimo, el de la Gobernacion. Y por último, hay un elemento republicano, moderado, templadísimo si se quiere, pero republicano al cabo, que representa Julio Simon en el ministerio de Instruccion pública, y Julio Favre en el ministerio de Negocios Extranjeros. Julio Favre ha dirigido una carta á sus antiguos compañeros, diciéndoles que hubiera deseado verlos juntamente con él formar parte de este nuevo gobierno. Pero el partido republicano que habia sostenido la política de la guerra á todo trance y costa, no tenia

[redacted]

en mi sentir autoridad alguna para aceptar la política de la paz á toda prisa. Además, si despues de la paz el gobierno de Thiers quiere afianzar la República, comprendo que algunos republicanos le ayuden. Pero si la República es para el nuevo jefe del Poder Ejecutivo un paréntesis, si la República ha de ir á estrellarse en el trono de los boutiquiers, si la República ha de concluir por ese orleanismo corrompido y corruptor, causa primera del abatimiento moral á que la nacion francesa ha venido, los republicanos que ayuden á Thiers en esta sangrienta y bizantina farsa, merecen hoy á la conciencia humana y merecerán mañana á la historia universal indudablemente el abominable dictado de traidores.

[redacted]

CAPITULO CLXIII.

LAS NEGOCIACIONES.

El Gobierno francés recibe de la Asamblea un capitalísimo encargo: arreglar la paz. Apenas recibido, dirígense á París Thiers, Favre y la comision de los quince diputados. Thiers se aloja en el magnífico palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, que frente á las Tullerías se levanta, sobre la izquierda del turbio Sena. Favre se aloja en el ministerio del Interior ó de la Gobernacion, cedido lisonjeramente á su amigo por el ministro Picard. En cuanto llega el Gobierno á la capital, comienza un trabajo de recomposicion cuida-

llevan en el antiguo palacio de los reyes, en las Tullerías. El pueblo de París, celoso por sus instituciones republicanas, se conmueve creyendo que aquella reparacion anuncia el próximo advenimiento de la dinastía orleanesa al mismo santuario que por espacio de diez y ocho años habitó Luis Felipe. Mas Thiers, empeñado en calmar aprensiones republicanas, divulga la idea de que á las Tullerías van solo los necesarios para unificar y acelerar el despacho de todos los asuntos. A su explicacion los recelos se calman y los negociadores concluyen en paz la tristísima obra de entregar una parte de Francia al germanismo.

En la magnífica pero sombría residencia real de Luis XIV, al extremo de una corta y modesta calle, hay sencillísimo pabellon, habitado por el hombre extraordinario, por Bismarck, á quien los franceses creen ogro, los alemanes redentor, y el mundo entero grande aunque rebelde y maquiavélico político. Es una casita, y en sus cuatro paredes, la guerra de Francia, de la raza latina, de la

humanidad que padece toda entera á cada retroceso de una de sus naciones predilectas; la suerte de todo cuanto hay grande en la tierra, se trata y se resuelve.

La berlina de Thiers, tambien modesta, se detiene á la puerta de la modestísima vivienda. El pequeño y regordete anciano baja, y con gran celeridad entra en tal pabellon recorriendo la distancia que lo separa de la calle, como quien se arroja á un abismo. Dos granaderos de la guardia prusiana guardan la casa del ministro. Un portero alto, fornido, de barba roja, de ojos azules, vestido con largo leviton, ahuyenta á los curiosos, que quieren detenerse, aunque sea un segundo, y los amenaza con las bayonetas de los graves y gigantescos centinelas. Parecen todavía estos hombres aquellos cimbrios, aquellos teutones, blancos, rojos, que asustaron al invencible Mario, y cuyos cuerpos eran más altos que los pomposos trofeos de la soberbia Roma.

Thiers entra, como todos los oradores, con una gran confianza, con una gran fé en su

palabra. Pero el hijo del Norte es insensible á los halagos, á las seducciones del arte. Él sólo ve la unidad alemana, el Imperio como representante de esa unidad, la conquista como férrea corona de ese Imperio. Thiers cree que las riquezas de Francia podrán seducir á los pobres hijos del Norte, y se apercibe á comprar con miles de millones la integridad del territorio nacional. Bismark tampoco se deja seducir por el oro. Parece Alarico sobre Roma espirante, Alarico inaccesible al prestigio de aquel gran nombre, inmóvil y resuelto á la conquista sin que los resplandores de la ciudad reina, de la ciudad diosa, no ya le deslumbren, pero ni siquiera le conmuevan.

Mientras estas escenas pasan allá en los estrechos gabinetes de una casita de Versalles, sale de la Prefectura, en carretela abierta, desafiando la inclemencia del tiempo, un hombre jigantesco, envuelto en modestísimo capoton, seguido por algunos coraceros blancos, y que parece por lo inmóvil, por lo indiferente, por lo frio, la férrea estátua del destino. Es el rey de Prusia; el bárbaro ídolo

oriental, á cuyos piés ha sacrificado la civilizacion moderna un millon de sus hijos. Mientras el mundo abrigue en su seno esos hombres, mientras los pueblos se inclinen de grado ante esos monstruosos poderes, el cielo chorreará sangre, y estarán las naciones á merced de las conquistas, y en vez de maldecidos serán glorificados los conquistadores.

Bismark, que sabe esto, pone sobre todo la conquista. Sus primeras peticiones son la Alsacia y la Lorena enteras; Estrasburgo y Metz, las dos puertas de Francia. En vano Thiers apela al raciocinio, al sentimiento, á la reflexion, á lo pasado, á lo porvenir, á las amenazas, á las lágrimas. Nada puede conmover á Bismark. Alsacia es la tierra más francesa de Francia. Sus habitantes piden que la nacion madre no los abandone. ¿Para qué quiere Prusia una nueva Venecia? Es abrazarse á un cadáver para sentir el frio de la muerte bien pronto, bien pronto. Bismark invencible. Metz no puede ser de Alemania, dice Thiers, Metz ha pertenecido á Francia

desde los tiempos de Carlo-Magno. Sin Metz la capital de Francia está siempre amenazada, Francia está rendida, Francia no es nacion. Ya sólo quedará á sus hijos en perspectiva el armamento universal, la guerra á todo trance; ó consagrar funerales luctuosísimos á la patria muerta. El género humano sin esta nacion, órgano de sus aspiraciones más universales, será de aquí en adelante como una conciencia sin ideas, ó como una idea sin palabra.

Bismark tiene de Francia pésimo juicio. La cree resúmen de todos los defectos que aquejan así á la raza látina como á la raza germánica, sin ninguna de sus grandes cualidades. La cree incapaz de decidirse ni por la fé, ni por la razon, ni por la autoridad, ni por la libertad, ni por la monarquía, ni por la democracia, sin culto para los reyes, y sin madurez para la República. La cree incapaz de fundar un régimen constitucional fuerte, y entregada por su inconsistencia, por su ligereza, por sus veleidades, al despotismo eterno como la prostituta al eterno deshonor.

[redacted]

Cree que no trae á las conciencias sociales nada más que utopias, al movimiento moderno nada más que perturbaciones, y á la democracia, por vida, la fiebre demagógica, y por esperanza el cesarismo perpétuo. Bismark cree que al arrancar esa nacion de cuajo, arranca las raíces del cáncer que devora á toda Europa; sempiterna sectaria de las brillantes ideas de Francia, y servil imitadora de sus desórdenes.

Con todas estas ideas sobre la nacion francesa, ¿qué le importaban á Bismark ni las cóleras ni las súplicas de Thiers, al cabo cóleras y súplicas de la raza abominable, á la cual en su corazon aborrece y en su conciencia maldice? Dióle pues la puñalada que llaman los brabos puñalada de misericordia, porque remata la víctima. Alsacia entera seria cedida como quien cede un prédio. Así por herencia, por venta, por conquista los señores feudales traspasaban los territorios con sus feudos ó siervos contados, despues de las bestias, despues de los árboles, despues de los aperos. Sól

resistido heróicamente, sólo Belfort se salvará. Esto enseña á Francia, que desatada la guerra, quedaba un medio honroso y único, la resistencia á todo trance, la resistencia por todos los medios, la resistencia épica, heróica; el suicidio si se quiere de esta generacion que salvaria á todas las generaciones futuras.

Metz no es perdonado. Los alemanes se lo reservan para caer desde allí, cuando les plazca, sobre el corazon y las entrañas de su ilustre víctima. Francia sin Metz, Francia sin Estrasburgo, Francia sin comunicacion alguna con el Rhin. ¡Qué retroceso en las relaciones humanas, qué incomunicacion entre las diversas razas, qué angustia para el espíritu meridional, separado por nubes de odios y cóleras y venganzas de ese espíritu del Norte indispensable al equilibrio de la civilizacion universal!

Y aun pedian toda la Lorena con su capital Nancy. Thiers indignado se levantó y dijo: tomad toda Francia, administradla por vuestra cuenta, esplotadla en vuestro provecho; sólo nos queda el refugio de la conciencia humana

y la confianza en la justicia de Dios. Convenidas las compensaciones en Alsacia y la quinta parte de la Lorena, controvertióse la indemnizacion. Veinte mil millones de reales pagará el pueblo francés al conquistador. La fortuna adquirida con tanto trabajo á la sombra letal de aquel imperio napoleónico adorado por todos los reaccionarios de Europa ¡ay! pasará á manos germánicas, gracias al error de Francia, la cual creia que abandonando sus derechos no abandonaba al mismo tiempo sus intereses. Trabajarán los franceses para los Emperadores de Alemania como trabajaban los judíos para los Faraones de Egipto.

Pero no consiste sólo en la indemnizacion. El cáliz todavía es más amargo. Mientras la indemnizacion no se pague, los alemanes ocuparán el territorio francés. Y serán mantenidos por los franceses. Y vivirán á la sombra de sus banderas las autoridades francesas. Y esa ola de hiel, de sangre, de ignominia sólo se irá retirando del territorio invadido, conforme vaya recibiendo el rescate de la

pobre y mutilada Francia. Franceses volveos al arco de triunfo para gozaròs en las glorias napoleónicas; saludad la leyenda de la invasion universal; reid al recuerdo de Berlin, tomado, Zaragoza destruida, Moscow ardiendo; llamad génio sobre-humano el despiadado César que holló el corazon de todos los pueblos; poned en el trono á un príncipe de su raza para que simbolice el despotismo, la guerra, la conquista, la matanza; el resultado de todo este vértigo será la desmembracion para vuestra patria y la deshonra para vuestro nombre.

Pero hay más; el vencedor no quiere coronar la paz si no entran sus tropas en la capital de Francia. Es necesario que la gran tragedia de mil ochocientos quince se repita. Es necesario que el germano abreve sus caballos á la sombra de la columna Vendome, en el Sena que lame el túmulo de Bonaparte, como sus padres entraron, la tea incendiaria en las manos y el odio inextinguible en los pechos, por las puertas de aquella Roma, que al caer, cerró con sus ruinas los

tiempos de la antigua civilizacion. Bajo los árboles del bosque de Boulogne, sobre sus verdes praderas, por la avenida que se llama del Grande Ejército, por la inmensa calle de los Campos Elíseos, por la plaza de la Concordia y á la vista del Cuerpo Legislativo y de las Tullerías, por la calle de Rívoli que recuerda en su nombre las costosas glorias de la guerra, por la plaza de la Bastilla y el boulevard de Magenta, cincuenta mil prusianos han pasado dejando las señales inextinguibles de esta tercera invasion traida por el tercer Bonaparte. Los parisienses se han retirado de rabia. Una parte de la guardia nacional ha querido, tomando los cañones que á mano habia, ir al bosque de Boulogne y trabar allí una pelea inútil con los vencedores. Por fin, los consejos de la prudencia han prevalecido y París devoró tambien esta grande afrenta.

[redacted]

CAPITULO CLXIV.

LA ASAMBLEA Y LA PAZ.

Era necesario llevar el tratado á la Asamblea soberana. En tanto que no se verificase, los prusianos ocupaban la gran ciudad mártir de la patria.

Thiers corre á Burdeos y deja á Favre en París. La fatalidad, que persigue á la desgraciada nacion, detiene en el camino el tren, que sufre ligero choque.

Mientras tanto la nueva capital de Francia se entrega ya á esperanzas consoladoras, ya á tristísima desesperacion. Unas veces cree que Inglaterra influye en su favor; que el prín-

cipe heredero de Prusia repugna un legado de guerras; que Bismark se contentará con la neutralizacion de los territorios fronterizos, que será salvada la integridad de Francia, que el génio de la gran nacion ha desarmado á sus más crueles enemigos. Otras veces cree que todo está perdido, que es necesario entregar la Alsacia y la Lorena enteras, que la indemnizacion sube á cantidades fabulosas, que el dolor de Francia y su martirio no tiene igual, que ha sonado en el reló de los tiempos la última hora de la amada patria.

Son las doce del dia primero de Marzo. La Asamblea está henchida de diputados; las tribunas henchidas de gente. En todos los rostros se pinta la ansiedad más viva. Thiers, sin quitarse el polvo del camino, corre á la Asamblea. Oyese el redoble del tambor que tiene algo de fúnebre y un extremecimiento glacial corre por todo aquel gran cuerpo político. Los diputados de Alsacia reunidos á un extremo del salon, hablan gesticulando como si quisieran por últimos esfuerzos salvar su patria amenazada. Me recuerdan esos

infelices hijos que verán á su madre en la agonía cual si quisieran con su aliento infundirle nuevo espíritu, nueva vida.

Thiers sube á la tribuna llevando el fatal protocolo en las manos. En su rostro se retrata el desaliento. En sus ideas el dolor y el desórden. Faltábale voz. Medio desvanecido, desmayado, baja de la tribuna y se encierra en el salon de conferencias. Víctor Lefranc es el encargado de relatar, en nombre de la comision que acompañára á los ministros, las terribles condiciones de la paz.

Cuando habla de la pérdida de Estrasburgo, de Metz, un grito de indignacion sale de todos los corazones. Cuando enumera los miles de millones óyese una carcajada sarcástica. La ocupacion indefinida de las tropas prusianas, ejérciendo una tutela sobre las autoridades francesas, promueve estallidos de ira. La izquierda que lleva la expresion de todos estos grandes sentimientos, en realidad expresa las ideas capitales de Francia; pero ideas irrealizables, porque toda la sangre de la nacion se le ha escapado por las heridas,

y todo el espíritu se le ha podrido en la servidumbre. Es necesario que se rehabilite por las instituciones democráticas y que se eduque y se vigorice en la República.

Edgardo Quinet ocupa la tribuna. Es sin duda uno de los escritores más ilustres que en sus gloriosos anales cuenta Francia. Revistiéndolas de estilo encantador ha divulgado ideas de justicia y de libertad en nuestra generacion.

Pero Quinet no es orador. Le falta facilidad de palabras, entonacion, voz, inspiraciones del momento, esas inspiraciones que destilan los cortes de su pluma mojada siempre en todos los colores del iris. Su discurso, breve, porque los instantes eran supremos, se redujo á pintar lo amenazadora que será para Francia esa ocupacion de sus fronteras, y lo fácil que será para Alemania dirigirse desde el Sena al Marne y desde el Marne al Sena.

Indignado por estas reflexiones Bamberger, representante de Alsacia, sube á la tribuna. Su voz está trémula, sus nervios crispados, sus ojos furiosos, su palabra envuelta en

acentos de ira. Rechazo, exclama, esa paz que es nuestra muerte, y que sólo un hombre podria firmar en Francia, el hombre funestísimo que se llama Napoleon III, cuyo apellido quedará expuesto á las maldiciones de todos los tiempos en la picota de la Historia.

Conti, un amigo antiguo, un cortesano del Imperio acepta valerosamente el reto, y sube á la tribuna. Mala es su causa, pero hay valor moral en defenderla, cuando las cóleras del cielo y de la tierra contra ella se conjuran. Y no solamente defiende la indefendible causa bonapartista, sino que increpa á los diputados que le han atribuido los horrores de la guerra y los terribles sacrificios de la paz.

Cuando todavía los vapores de la sangre corren por los aires; cuando humean los incendios; cuando París no se ha repuesto del hambre y de la peste; cuando millares de cadáveres han caido sobre la tierra, y millones de cuervos han venido al festin de carne cruda, proporcionado á su voracidad por la am-

bicion de Napoleon el chico; defenderlo, compararlo, lanzar sobre otras frentes la responsabilidad de sus errores y de sus vicios, era una audacia tal, que bien merecia el coro de furiosos improperios con que la recibió toda la Cámara.

Mr. Fargot sube á la tribuna y expresa el pensamiento general, deponiendo solemnemente á Napoleon y su dinastía del trono, y declarándole responsable de la desmembracion del territorio. Conti, Fasini, dos diputados corsos, protestan, diciendo que el pueblo levantó el Imperio, y sólo el pueblo puede derrocarle. No sois, exclaman, los dos diputados bonapartistas una Asamblea constituyente. Pero somos, dice Thiers, una Asamblea soberana.

La proposicion es votada casi por unanimidad, en medio de aplausos, vivas, exclamaciones, que prueban el tardío, pero intenso horror esparcido por toda Francia, al siniestro recuerdo del déspota, que no contento con haberla envilecido interiormente, la ha entregado, atada de piés y manos, á las pla-

gas de las invasiones y á los odios de la dominacion extranjera.

Víctor Hugo habla despues: Víctor Hugo es un siglo. En su espaciosa frente el espíritu poético de nuestra edad centellea. Se necesita subir con el pensamiento hasta Prometeo, para encontrar un gigante que haya luchado á brazo partido como él con la realidad y haya como él acercado el cielo á la tierra. En su palabra hay esas fórmulas concisas, esas antítesis atrevidas, esas inspiraciones súbitas, esas imágenes ciclópeas, que hacen de su estilo algo semejante, por lo hiperbólico y por lo sublime, al génio escultórico de Miguel Angel. Pero su imaginacion le arrastra á decir cuando Francia va á perder la Alsacia por el maldito derecho de conquista, que en lo porvenir Francia conquistará á Coblenza, á Maguncia y á Colonia. Estas palabras suscitan una protesta general que llega hasta la izquierda. No, no debe evocarse el espectáculo de la conquista.

Los honores de la sesion pertenecieron á Luis Blanc. Conciso, severo, hábil, elocuente,

su palabra resonó con grande resonancia en la Cámara. Imputó la guerra, no sólo á la ambicion del Emperador de los franceses, sino á la perversidad del Emperador de los alemanes.

Imprecó duramente á toda Europa que ha olvidado los principios de justicia, la solidaridad de ideas y de intereses, entre los pueblos para encerrarse en durísimo egoismo, del cual jamás la absolverá la historia. En concepto de Luis Blanc la paz no es otra cosa que una nueva declaracion de guerra, una nube de cóleras y de venganzas, tomada en el alma tempestuosa de una Europa, sólo apercibida á los combates. Esa separacion violenta de Alsacia y de Lorena sujeta al pueblo francés por mucho tiempo á la condicion de pueblo guerrero en vez de pueblo trabajador. Antes que esa paz, por tanto, la guerra de exterminio; la guerra á todo trance. El ejemplo de España es eterno. La nacion estaba en la mayor decadencia; pero tenia su antiguo valor y todo el empuje de su deseo. El enemigo de su independencia aparecia más fuerte

que el enemigo de la independencia de Francia, porque se llama Napoleon. Y sin embargo fatigó, desangró, postró al gigante y dió tiempo al mundo para sacudirse el ominoso yugo. Mas no obrara tal maravilla si cada español no fuera un soldado, cada risco una fortaleza, cada campiña un campo de batalla, cada ciudad una nueva Numancia, cada fragmento de hierro una lanza de combate, y cada esfuerzo el comienzo de otros mayores hasta el punto de no haber posibilidad alguna de someter á la nacion sin esclavizar á todos sus hijos. Francia podia aun hallar en su desesperacion supremos recursos, y en estos recursos la derrota de sus crueles enemigos. Pero á todas estas evocaciones de la elocuencia oponia Thiers una pregunta sencilla y con Thiers toda la Cámara. ¡Medios! ¡Medios! ¡Medios!

Muchas frases elocuentes, muchisimas se dijeron á la verdad en aquel solemnísimo debate.

Mr. Milliere: «Protesto contra el pretendido tratado, que nos imponen, y reivindico para

mi patria el derecho de rasgarlo así que pueda.»

Mr. Georges: Yo represento los Vosgos; y ofrezco á Francia toda la sangre que aun queda en las venas de sus hijos.

Mr. Changarnier: No se mata así á un pueblo. Napoleon I quiso destruir á Prusia. Y hoy pagamos el crímen de Napoleon I.

Pero el discurso por excelencia fué el discurso de Keller, diputado por Alsacia.— «Aquel que debia hablar en esta hora solemne, dijo, el alcalde de Strasburgo, el decano de nuestra diputacion, está espirando de tristeza, de pena; y su agonía es el más elocuente de todos los discursos. *(Movimiento.)* Nuestro honor queda entero; para ser franceses hemos hecho toda suerte de sacrificios, y estamos dispuestos á hacerlos todavía. Queremos ser franceses y estamos resueltos á continuar siendo franceses. Y no habrá en el mundo quien pueda impedirlo, ni la firma de Prusia ni el voto de esta Asamblea. La Alsacia es una nave, y cedeis la madera, el hierro, y el alma de los marineros. Al estado á

que hemos venido no pretendo cambiar las disposiciones demasiado decididas y resueltas de los ánimos; me levanto, al dejar este recinto, á protestar, como alsaciano y como francés, contra un tratado que á mis ojos es una injusticia, una mentira, una deshonra; y si la Asamblea lo ratifica, de antemano apelo á Dios, vengador de las causas justas; apelo á la posteridad, juez de unos y de otros; apelo á todos los pueblos que no pueden consentir en ser objetos de compra-venta como hatos de ganados; apelo á la espada de todos los hombres de corazon que rasgará ese ignominioso tratado.»

El presidente del Poder Ejecutivo, monsieur Thiers, sube á la tribuna y da de manos á boca con el diputado alsaciano.—«Dadnos medios,» le dijo. Keller se calló. Y Thiers añadió:—«Pues si no hay medios, ¿á qué vienen esas palabras?»—Thiers presenta la situacion de Francia, y muchas veces, en el trascurso de la oracion, los sollozos ahogan su voz, las lágrimas velan sus ojos. Francia ha perdido toda organizacion: los soldados no

tienen oficiales, todos presos; de ciento veinte regimientos que habia al comenzar la guerra, ciento diez y seis se encuentran desgraciadamente en manos del enemigo. La guerra de exterminio, la guerra á cuchillo, la misma guerra española necesita apoyarse en alguna organizacion. ¿Dónde está, dónde, esa organizacion?—Renunciemos á las palabras, y vengamos á los hechos. «Yo he presentado las consideraciones de lo porvenir, los ódios implacables que iban á encenderse en el corazon de un gran pueblo; pero, triste es decirlo, señores; la victoria no es más sensata que la derrota.»

Pero no habia remedio. Era necesario consumar el sacrificio. La separacion de la Alsacia y la Lorena estaba materialmente hecha desde el dia en que cayeron á los piés de las legiones alemanas Strasburgo incendiada, y Metz rendida. Para tenerlas era preciso reconquistarlas. Y para reconquistarlas una fuerza material que no se ganaba ni podia ganarse con protestas morales. Francia caia por haber pecado mucho contra su Dios, con-

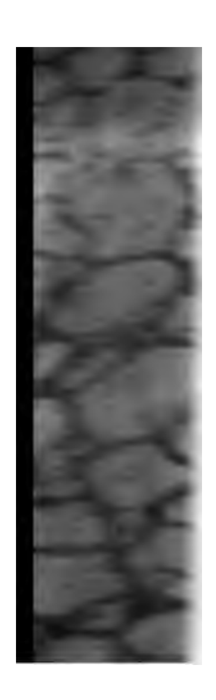
tra la libertad y la justicia. Se necesitaria emplear el lenguaje de los antiguos profetas para describir la abdicacion de la moderna Sibila de las naciones. Ella, que habia encendido la llama de la verdadera inspiracion en nuestras frentes; ella, que nos habia dado el verbo verdadero de la moderna libertad; por algunos dias de goce, por algunas horas de reposo ¡ay! se entregó al dictador, y entregándose al dictador, cayó en el sueño de la más grosera sensualidad para despertarse en brazos de la muerte. No puede, no, romperse impunemente la ley del derecho; no puede, no, faltarse impunemente al númen de la justicia.

[redacted]

CAPITULO CLXV.

PRECEDENTES DE LA REVOLUCION DE LOS COMUNEROS.

Desde el momento en que el sitio de París y la campaña para levantarlo se tornaron fatalmente en una série de contrariedades y derrotas, considerable parte de la fraccion republicana avanzada volvió sus ojos á la fórmula de una comunidad revolucionaria de París, encargada de dirigir la capital como en los dias más terribles y supremos de la antigua Convencion. Para examinar las manifestaciones de este pensamiento no hay como leer las crónicas de los clubs, redactadas por escritores veráces y diligentes como el cronista del *Dia-*



[illegible]. Es una de las regiones [illegible] de la [illegible]

Hablemos de la Comunidad revolucionaria de París y de la defensa nacional.

Otro ciudadano: ¿Qué quiere decir eso de la Comunidad revolucionaria? Aquí todo se arregla con frases. Lo conveniente es no debilitar al poder para que ocurra á la defensa. (*Rumores.*)

El ciudadano Morel: Nos ha perdido el gobierno con sus ilusiones ópticas, estamos en la mayor desesperacion. Ha mandado á provincias sus individuos más inútiles, y si luego les ha unido Gambetta, aun no sabemos qué cosa de provecho haya emprendido y realizado ese Gambetta. Se ha procedido pésimamente admitiendo los servicios de Garibaldi, de Mazzini, y rechazando los servicios del duque de Aumale y del príncipe de Joinville. *(Grandes rumores y vivísimas protestas.)* Se ha querido poner la República sobre la patria. El no haber aceptado el armisticio es otro error que lloraremos con lágrimas de sangre. Sólo una Asamblea podia saber si estábamos ya maduros para la paz ó apercibidos para continuar la guerra. Nos lo han ocultado

todo y nos han perdido á todos. Hoy mismo nada quiere decir el gobierno por temor á esa opinion susceptible y nerviosa que se alimenta de locas esperanzas y se mece en pérfidas ilusiones. El ejército del príncipe Federico Cárlos avanza más cada dia; si Chanzy y Bourbaky no pueden socorrernos; si París cae..... (Voces: *no, no. París no puede caer. París no puede rendirse.*)

El ciudadano Morel: Oidme, oidme.

(Ruido, confusion, protestas.)

El Presidente: Oid, oid.

(La confusion es tal y tanta, el ruido tan espantoso, que el debate se suspende por algunos momentos.)

El Presidente (dominando el ruido):

Invito al ciudadano Morel á que explique mejor sus ideas.

Morel: Si la suerte de las armas continúa siéndonos desfavorable, ¿qué recurso nos queda? Es un axioma militar que toda plaza sitiada y no socorrida sucumbe. ¿Se ha pensado en preguntar á Prusia cuáles serian sus condiciones de paz? No se ha atrevido el gobierno,

gracias á vuestra gritería. En 1866 no se hallaba tan desesperada Austria como hoy se halla Francia. Y un ciudadano valeroso fué al cuartel general de los prusianos en requerimiento de las condiciones de paz. Procedamos así...

(Gritos, protestas, exclamaciones, amenazas. Ruido infernal.)

Muchas voces: *Policiaco, esbirro.*

Otras muchas voces: *Viva la Comunidad revolucionaria. Vivan las Comunidades francesas. Abajo el Gobierno.*

Un ciudadano: La indignacion más profunda hierve en mi pecho..... No sé qué decir.

(Muchas voces: Vámonos para no oir estas infamias. Muchos vivas á la Comunidad revolucionaria.)

Se levanta la sesion.

El dia 6 de Enero se reunió el club titulado de Favié. Durante el dia, enorme cartelon rojo, á manera de enseña de tienda, ó programa de teatro, dirigido al pueblo de París por los delegados de veinte distritos donde se anunciaba el advenimiento de la Comunidad revolucionaria, habia sido tristemente lacerado.

Un orador: Se ha dado dinero á los niños y á las mujeres para hacer esta bellaquería. Un alférez de la guardia nacional fué sorprendido por mí en el momento de poner su mano sobre esta grande expresion de los votos y de los deseos del pueblo. Y yo le he dicho: ¿por qué os atreveis á desgarrar nuestro cartel? Y él me ha contestado: porque me repugna ver ahí los nombres de esos caprichosos de Belleville, que se comieron el treinta y uno de Octubre los arenques guardados para el pueblo en la Casa de la ciudad. *(Gritos de indignacion). (Voces: infame, cobarde, hay que colgarlo.)*

Otro orador: Hemos llegado al colmo de las infamias. Basta de palabras, vamos á la accion.

Otro: Avistémonos con Trochu y digámosle la voluntad del pueblo. *(Voces: harto las conoce; nada de Trochu, ya hemos hablado bastante con él.)*

Otro orador: Nos acercamos, señores, *(nada de señores, ciudadanos.)*

El mismo: Nos acercamos, ciudadanos, á

la funesta fecha del 21 de Enero, funesta *(¿funesta? gloriosa, fuera).*

Otro orador: La fecha del 21 de Enero recuerda el fausto dia en que la República mató en la guillotina á un rey déspota, *(aplausos prolongados,)* legando á las generaciones por venir un magnífico ejemplo. *(Nuevas aclamaciones y nuevos aplausos.)* Iguales á nuestros padres castigaremos á nuestros tiranos. El dia que vayamos á la Casa de la Ciudad, diremos como Mirabeau: Estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino con las bayonetas en el vientre. *(Voces: no saldremos de ninguna manera, nos quedaremos allí.)* Trochu trata de amenazarnos en su proclama de hoy. *(Voces: es un eunuco.)* Dice que no soltará las armas y no capitulará. Lo que ha querido decir, es que guarda sus armas contra nosotros y que no capitulará con el republicano barrio de Belleville. *(Voces: verdad, verdad, es un jesuita, lleva un escapulario.)*

Otro orador: Recordemos que en esta misma tribuna, hace dos meses, Gustavo Flou-

[redacted]

reros dijo que el asunto de la capitulacion era un puro asunto de dinero. Trochu y Julio Favre han pedido para sí sesenta millones de francos. Bismark lo ha oido como quien oye llover, aunque le hayan tirado fuertemente de la oreja. Pero cuando suelte sus millones, ellos soltarán á Paris, y Trochu capitulará. (*Sí, sí, estamos vendidos.*) ¿Podeis creerles una sola palabra? Nos han dicho que Paris no podia ser bombardeado, y desde ayer las bombas y las granadas llueven sobre la orilla izquierda del Sena. Os han dicho que las provincias vendrian á libertaros, y nadie ha venido. No saben más que mentir, es necesario concluir con ellos. ¡Viva la Comunidad de Paris! (*Muchas voces: ¡Viva!*)

Un ciudadano: De acuerdo, acabemos con nuestros gobernantes, empeñados en seguir una senda que conduce á la ruina. *Son unos malos.* (*Risas.*) Y así como se han requisado las cuadras, requisemos nosotros la Casa de la Ciudad. El tiempo de las palabras ha pasado, vamos á la accion.

Un ciudadano: Todo está pronto. Los co-

muneros nos entendemos. La Comunidad se funda, es secreta y misteriosa, pero todo el mundo conoce á sus indivíduos. El comité central republicano les ha cedido su puesto. *(Aplausos.)*

Otro ciudadano: Aquí hay espías. *(Gran tumulto.)* Aquí hay un escritor asalariado de la reaccion, que toma notas.

El aludido: Soy cronista del periódico «La Verdad.» (*Voces: fuera, fuera, á la calle, á la calle. Algunos clubistas le cogen por el brazo y amenazan con lanzarlo á la puerta.)*

Un secretario: Si es un cronista precisa no inquietarlo. No temamos la luz puesto que no somos perturbadores sino legisladores del pueblo. Trabajad en paz, ciudadano cronista, y decid la verdad á la *Verdad.*

El Presidente: Invito á los cronistas presentes á que suban á la presidencia.

Un orador: Grande idea. Así podremos examinarlos y romperles la crisma si se burlan mañana de nosotros. (Los cronistas se guardan muy bien de subir á la presidencia.)

Otro orador: La Comunidad revolucionaria

va á llegar muy tarde para salvar á París; pero si llega tarde quemaremos la ciudad y degollaremos á todos los reaccionarios egoistas, á todos los propietarios explotadores, á todos los tenderos, verdaderas chinches del pueblo, y dejaremos á París humeante para no volver jamás á su agitado seno. Yo me retiraré al campo, á la aldea de mi nacimiento, en busca de oscura vida, y la tristeza de mi soledad será compensada por la interior satisfaccion de haber prestado un gran servicio á mi patria.

Otro orador: La Comunidad revolucionaria puede salvarlo todo. Nunca para ella es tarde. Si los prusianos entran por una puerta, con instalarla en la Casa de la Ciudad todo quedará salvo, y tendremos tiempo de correr y expulsar todavía á los prusianos. La comunidad revolucionaria lo puede todo.

Otro orador: Seria bien explicar á la poblacion qué entendemos por comunidad revolucionaria. Apuesto que aquí mismo, donde tanto se la aclama, las tres cuartas partes de los aclamantes no saben lo que quiere decir

esa palabra. *(Protestas, negaciones, gritos: es un esbirro, un espia, un polizonte.)*

Varias voces: explicadnos lo que es.

El orador: La comunidad revolucionaria es el derecho del pueblo; la racion igual á todos los sitiados, el castigo de los traidores, el levantamiento en masa, la comunidad en fin, es la comunidad. *(Aplausos: señales de impaciencia, gritos. Todo eso es sabido.)*

Otro orador: La opinion pública está formada, pero la Comunidad no se podrá plantear por sí sola. El pueblo ha mostrado su voluntad, que la cumpla. *(Eso es, eso.)* Vamos á la Casa de la Ciudad. *(Sí, sí, vamos esta misma noche.)* No, esta noche no. Precisa desconfiar de las resoluciones precipitadas. El 29 de Octubre se gritaba iremos todos, y luego no vinieron ni la cuarta parte. No hagamos un treinta y uno de Octubre sino un cuatro de Setiembre. Y para esto entendámonos con los republicanos de los otros distritos sobre dia y hora. Que si Belleville marcha sólo se expone á ser aplastado por la reaccion. Iremos, pues, todos. *(Sí, sí, to-*

[redacted]

das. ¿Para vencer con armas ó sin armas? *([illegible] sin armas, con armas.)* Tienes razon. Los reaccionarios son cobardes, pero son numerosos, vamos con armas. Vamos sin armas. *(Viva la Comunidad revolucionaria de París.)*

El siete de Enero se verifica otra reunion popular en la calle de Juan Jacobo Rousseau. Al principio se lee una carta del ciudadano Chatelain anunciando que ha sido preso y que va á ser [illegible]. *(Gritos de indignacion.)*

Un orador: El ciudadano Delescluze, alcalde del distrito [illegible], ha dado su dimision en justa protesta de semejante resolucion [illegible]. *(Aplausos.)*

Otro orador: Invito á todos los alcaldes de París á imitar ese noble ejemplo; pues de lo contrario, les borraremos de las listas que deben componer la Comunidad de París. Felicito[illegible] de las prisiones hechas; quisiera que se hiciesen mas. No me importaria ver en la carcel á todos los firmantes de las proclamas comuneras, y á mi con ellos, que las he fir-

mado tambien. El pueblo está dormido, se necesita despertarlo. La persecucion será como la trompeta del juicio.

Otro orador: El advenimiento de la Comunidad de París se aproxima y es necesario que todos los interesados en los negocios públicos se preparen por medio de graves y profundas meditaciones. Yo me encargo de los trabajos militares que han de ejecutar los comuneros. Se necesita trabajar tanto con la pala y el azadon como con la espada y el fusil. Se necesita improvisar fortificaciones de campaña. Los comuneros combatiremos la invasion. Mas para combatirla se necesita abrazar los sacrificios más extremos. Ya comemos ratones que son nuestros enemigos domésticos y hasta nos comemos los gatos que son nuestros amigos. Los comuneros propondremos que se llegue á comer sangre humana. (*Una señora se desmaya.*) Sí, comeremos carne humana; pero carne de prusianos. (*Una voz dominando el tumulto: dejémonos de antropofagía.*)

El Presidente: Hablemos de guerra, trate-

mos de las causas de la superioridad del Estado mayor prusiano sobre el Estado mayor francés, condenemos las expediciones á Argelia que han hecho de nuestro ejército de línea una turba de guerrilleros inútiles.

Un ciudadano: Yo no admiro la conducta del alcalde dimisionario. Es tan criminal como la de un centinela que abandona su puesto. (*Exclamaciones, protestas.*) Ese ciudadano sólo tenia facultades administrativas y su deber estaba limitado á procurar la buena gestion de los negocios públicos y dejar la política al gobierno. (*Gritos: reaccionario, policiaco.*)

Otro orador: Felicito al ciudadano Delescluze por no haberse dejado encerrar en círculo de hierro. El mandato de los alcaldes podrá ser puramente administrativo; pero el pueblo es soberano, y el pueblo lo convertirá en mandato político. (*Aplausos prolongados.*) Electores del distrito décimo-nono: os conjuro á que impongais al ciudadano Delescluze el mandato imperativo de establecer la Comunidad revolucionaria. (*La reunion se*

disuelve entre gritos: ¡Viva la Comunidad revolucionaria!)

El dia diez de Enero se celebra otra reunion popular en el club de la Reina Blanca.

Un orador: Ciudadanos, todos los terratenientes descienden de los romanos que despojaron á los Galos. Todos los detentadores de la propiedad mueble se han enriquecido por la usura, por la estafa y por la explotacion de los trabajadores. Es necesario desembarazarse de los unos y de los otros, mas sin recurrir á la violencia. Basta emplear los medios científicos que yo poseo, y que os expondré en sucesivas sesiones.

Otro orador: Hay muchas instituciones que podemos demoler sin necesidad de sustituirlas con otras, como por ejemplo, el presupuesto del clero. *(Risas y aplausos. Muchos ciudadanos fuertemente constipados tosen de una manera infernal.)* Vosotros toseis ¿y cuando perdais esa tos buscareis otra? La República no puede separarse del sufragio universal sin convertirse en la oligarquía ó la dictadura. *(Suena el cañon.)* Este ruido si-

niestro atrae á mi mente las cuestiones prácticas. *(Justo, justo.)* Examinemos la conducta de Gambetta. Soy amigo suyo, y por consecuencia soy parcial. Pero sublevando la provincia, sustituyendo generales viejos é incapaces, por jóvenes vigorosos y resueltos, se nos ha revelado un digno sucesor de los hombres del noventa y tres. *(Muchos aplausos, pero mayores murmullos.)*

Otro ciudadano: No niego que Gambetta tenga algun mérito, pero no es un hombre completo. ¿Si lo fuera, contentárase con destituir al traidor Aurelles? ¿Si lo fuera, no colgara al traidor Fourichon? Además, no se debe olvidar que Gambetta ha comenzado á desplegar un poco de energía despues de haber sido condenado á muerte por la Comunidad revolucionaria de Marsella. *(En este momento redoblan los cañonazos.)* Ciudadanos, la voz del cañon debe traeros á la realidad. Un diario, que no es sospechoso de amor á la República democrática, *Le Siécle*, declaraba ayer que no nos queda pan sinò para quince dias. ¿Qué significa, ciudadanos, esto? Signi-

[redacted]

fica que antes de quince dias seremos entregados á los prusianos, si no nos salvamos á nosotros mismos proclamando la Comunidad revolucionaria. ¿Quereis ser entregados á la Prusia? (*Voces*: *no*, *no*, *jamás.*) Pues proclamemos la Comunidad revolucionaria. Se nos habla de elecciones, de sufragio universal; ¡vaya qué broma! El sufragio universal será posible cuando la Francia haya dejado de ser educada por los Hermanos de la Doctrina cristiana, cuando todo el mundo reciba la instruccion gratuita y obligatoria. Pero hoy necesitamos para salvarnos de los comuneros, de los revolucionarios. (*Voces: eso*, *eso.*) Se pregunta qué hará la Comunidad revolucionaria para salvar á París: voy á decíroslo. Asegurará desde luego la resistencia de la poblacion por dos meses, decretando la requisa general de víveres y operando todas las pesquisas necesarias en los conventos y entre los ciudadanos enriquecidos que han aglomerado provisiones para un año y que se atracan mientras el pueblo se muere de hambre. (*Grandes aplausos.*) La Comunidad nos

desembarazará de la dictadura militar, dividirá el mando entre muchos generales, y detrás de cada uno de ellos colocará un comisario de la República encargado de levantarle la tapa de los sesos en caso de hacerla traicion. *(Grande aprobacion.)* En fin, la Comunidad revolucionaria hará justicia seca á los cobardes y á los traidores que intenten destruir su obra de salvacion. No tendrá necesidad para esto de levantar guillotinas. Tenemos otros medios más expeditos y más seguros. (*Voces: ¿cuáles? ¿cuáles?*) Me los reservo para mejor ocasion.

El Presidente: Voy á comunicar á la Asamblea varios hechos importantes. El ciudadano Jaclard acaba de ser puesto en libertad; pero en cambio otros ciudadanos han sido aprisionados, y especialmente Dupont, á quien tanto conoce el auditorio. *(Murmullos de indignacion.)* El general Prim acaba de ser inmolado por una bala vengativa. *(Voces: Es un buen ejemplo.)* Un consejo de guerra ha sido celebrado en el Louvre por varios generales, y entre ellos se ha deslizado un cura disfrazado

de general. *(Risas.)* A la mañana siguiente los prusianos estaban, como de costumbre, exactamente informados del resultado de las deliberaciones. *(Nuevos murmullos.)*

Otro orador: Ya lo habeis visto. Las torpezas de los hombres de la Casa de la Ciudad no tienen número. Su impotencia es incurable. Sólo es peor que ellos, por incapaz y por inerte, la direccion militar de la guerra. Puesto que dejan que los prusianos bombardeen nuestra ciudad, vamos nosotros á bombardearles su vivienda. *(Muchos aplausos. La sesion se levanta entre vivas á la Comunidad revolucionaria.)*

El club de la Marsellesa se reunia en la Villete el dia once de Enero.

Un ciudadano: Sólo hay una palabra que contenga y explique todos los fenómenos: la palabra *traicion*. Nos rodea como una red, y sólo hay un medio de romper sus mallas, que es proclamar la Comunidad revolucionaria. La conspiracion contra la República ha sido de larga fecha urdida por los reyes, los césares, los acaparadores y otros explotadores

del pueblo. La guerra de Prusia estaba premeditada entre ellos y es un grave error el creer que fuimos vencidos en Sedan. No, nosotros no hemos sidó vencidos, hemos sido entregados. *(Muchas voces: Sí, sí. Aplausos enérgicos.)* Hemos sido vendidos y lo estamos hoy tambien. Los hombres de la Casa de la Ciudad continúan hablando á Bonaparte y se entienden con él y con los prusianos para poner al pueblo en servidumbre despues de haber entregado la patria. ¿A quién debemos dirigirnos para salvarnos en este supremo peligro? ¿Por ventura á los legitimistas y á los orleanistas? *(Gritos: No, no.)* Yo no dudaria, no obstante mis convicciónes republicanas, acudir á los legitimistas y á los orleanistas si pudieran libertarme de los prusianos. *(Muchas voces: Es imposible, completamente imposible.)* Ya lo sé, tanto más cuanto que forman parte de la conspiracion contra la República. Sólo el pueblo puede salvarse y salvarnos proclamando el gobierno de los comuneros. Solamente la Comunidad es el remedio y la salvacion.

Otro orador: Hablemos de la dimision del ciudadano Delescluze, alcalde del décimo-nono distrito. No se le puede acusar de traicion, pero se le debe acusar de abandono. Ha desertado de un puesto que le confiara el pueblo. ¿Tenia derecho á renunciar este mando en las circunstancias críticas en que estamos, en un momento en que la ola de la miseria sube y los alcaldes tienen que tomar salvadoras medidas? ¿Cuál ha sido el resultado de este desfallecimiento? Que los hombres de la Casa de la Ciudad hayan nombrado una junta provisional para administrar el distrito vacante. Ni más ni ménos que lo que sucedia en los tiempos de Bonaparte.

Un ciudadano: Voy á defender á Delescluze. A primera vista la opinion comprende difícilmente que un magistrado nombrado por el pueblo, resigne su mandato en el momento mismo en que el pueblo tiene más necesidad de sus servicios. Pero si ha dado su dimision, ha sido por no hacerse cómplice de las traiciones, y porque en una reunion presidida por Julio Favre se ha pedido á los al-

caldes, ¿sabeis qué? (*el orador se recoge con profundo recogimiento; el auditorio escucha con grande intensidad*), se les ha pedido que se asocien á la capitulacion. (*Violentos murmullos, eso es infame.*) Delescluze no ha querido participar de esta infamia, y se ha retirado. Pero hay más. En la reparticion de socorros se ha querido asignar cuatro mil indigentes al distrito décimo-nono, cuando tiene cincuenta mil, con ánimo de desacreditar á su alcalde y suscitar motines por el placer de aplastarlos.

Otro ciudadano: Se resuelve una salida entre cuatro generales presididos por Trochu. A las pocas horas lo saben los prusianos. ¿Quién se lo habia anunciado? ¿Era Trochu? ¿Era Schmit? (*Una voz: Era el hombre que se come los faisanes.*) (*Movimiento de indignacion.*) En todo caso Trochu es el responsable de la traicion, si él mismo no es el traidor.

(*Sí, sí, Trochu es el traidor.*)

Otro orador: Tengo amigos, cuyos amigos son amigos de los amigos de Duc-Rollin, llamado por otro nombre Duque Rollin. Un ami-

go del ciudadano Duc-Rollin le ha oido decir qûe Trochu ha dicho que no creia en la posibilidad de defender á París; que haria matar á treinta mil hombres para la tranquilidad de su conciencia y despues capitularia. Luego sé por un vecino de Trochu que todo está preparado para la capitulacion, y creo que aun podré dar noticias más decisivas. Mientras tanto suplico á los ciudadanos de Belleville (*voces, no estais en Belleville*). Perdon, á los ciudadanos de La Villette y demás barrios republicanos que celen las medidas del gobierno, porque es necesario no contar para nada con los barrios del centro, y especialmente con la calle de Chapon donde yo habito, calle que está completamente enervada. Sólo Belleville (*pero si no estais en Belleville*), sólo en La Villette se puede salvar á París. (*Aplausos.*)

Otro ciudadano: He oido pronunciar el odioso nombre de capitulacion. Y ¿cómo podia suceder otra cosa? Se hace todo lo posible por conducirnos á este fatal resultado. Á nosotros los guardias nacionales que recibimos

[redacted]

ni íbamos [illegible] se nos tacha de reaccionarios. Y mientras tanto ¿qué hacen los liberales que nos execran [illegible] injuria al rostro? [illegible] en las [illegible] de moda. ¿Sabéis por qué han cerrado el Jardín de plantas? Porque han vendido á precio de oro á los fondistas del Palais Royal los elefantes, los osos y otros animales raros para alimentar los apetitos [illegible] y los acaparadores que explotan la miseria del pueblo.

¿Qué podemos nosotros hacer con nuestros [illegible] las [illegible] costaban á [illegible] francos. Ahora ya han de capitular porque [illegible] Todo el mundo sabe que la guerra ha sido declarada en [illegible] de los [illegible] que han ganado sumas inmensas en las provisiones y que se han enriquecido con nuestra hambre. Mientras tenían [illegible] que vender, [illegible] veces más caro de lo que les había costado, predicaban la resistencia á todo trance. Ahora que ya se han enriquecido hablan de capitulación. Cuando se piensa en estas infamias le dan á uno tentaciones de saltarse la tapa de los sesos.

Otro ciudadano: Conozco una fonda donde se reunen los empleados del Banco y donde en la semana última se han comido dos vacas con un térnero, mientras que en el hospital de enfrente faltaba carne fresca. (*Violentos murmullos.*) He ahí el sistema de los hombres de la Casa de la Ciudad. Nos venden. Trochu ha declarado que no capitularia. Pero ya sabemos lo que eso quiere decir. Cuando nos haya enervado hasta el último extremo convocará un nuevo plebiscito y dirá que él no ha capitulado. (*Es verdad, es un jesuita.*) Necesitamos los comuneros. No tenemos más que víveres para diez y ocho dias. Si no volvemos á la Comunidad revolucionaria antes de tres dias, estamos perdidos. Yo os diré cómo los comuneros salvarán á París. Ordenarán visitas domiciliarias no sólo en casa de los mercaderes sino en casa de los particulares que tienen tantas subsistencias y cuando no tengamos otros perros que comer, nos comeremos esos perros. (*Risas y aplausos.*) La Comunidad revolucionaria decretará al mismo tiempo la salida en masa. Sólo hay setenta y cinco

mil prusianos delante de París, y ¿quinientos mil soldados que tenemos nosotros quedarán inmóviles delante de setenta y cinco mil prusianos? La Comunidad revolucionaria romperá este pretendido círculo de hierro y sabrá impedir la traicion porque pondrá dos comisarios al lado de cada general. Los comisarios celarán todos los movimientos del general, y á la primera señal de desfallecimiento, le levantarán la tapa de los sesos. Inexorablemente colocado entre la victoria ó la muerte; escogerá la victoria.

La reunion se disuelve al grito de viva la Comunidad revolucionaria.

El doce de Enero reuníase el Club de la reivindicacion en ahumada sala de sombrío café-teatro. Las pobres mujeres que carecen de lumbre, los niños que en el frio hogar tiritan víctimas principales del sitio, se reunen allí buscando en el mútuo calor de los desmayados y enflaquecidos cuerpos algun alivio á los rigores de aquel despiadadísimo invierno. Sus trajes mugrientos, rasgados, verdaderos harapos casi confundidos con la piel, contras-

tan tristemente con los relucientes uniformes de los guardias nacionales más propios de vistosísima parada que de riguroso y cruento asedio. El club se celebra en el barrio de San Antonio, en aquel terrible barrio, tan avanzado y tan poderoso durante las anteriores revoluciones, y que se ha convertido en conservador relativo, dejando la palma de la demagogia y el espejismo de la utopia á los nuevos barrios de la Villette, y de Belleville. El tema sin embargo es el tema universal, único; la tristeza de la situacion presente y el remedio de la Comunidad revolucionaria. El pueblo de París era como esos enfermos de la fiebre, que da aguda pulmonía, muy creidos de que el agua fria los sana en el delirio de su sed, cuando el agua fria los mata.

Un orador: Voy á hablar de nuestras ideas y no de nuestros sufrimientos. Yo desprecio soberanamente el jamon y las salchichas: prefiero alimentarme del aire purísimo de la libertad. *(Muchos suspiros de dolor, muchas sonrisas de duda en el auditorio, y sobre todo en el auditorio femenino.)*

Un orador: Ciudadanos y ciudadanas: ¿queréis comer rico y barato, sabremos saborearlo?—(*Grandes voces: Sí, sí, sí.*) Pues dejemos el gobierno de la Casa de la Ciudad y unámonos con los Comunidades permanentes de la revolucion política y social. Pagamos como siempre el presupuesto de culto y los crucifijos católicos en vez de haber reducido todos los glotones á frutas y media de sardina. ¿Cómo queréis que así nos saciemos jamás? Supongamos que yo soy un pavero, y que entre todos, engordo un rico y suculento pavo. (*Los hambrientos silbadores se relamen de gusto y suspiran al ver cuan lejos está la triste realidad de la seductora pintura.*) Si me obligan á dar las alas al clero, las piernas al empleado, y el cuerpo al ejército ¿qué restará para mí? Mirad, pues, como estamos. Nosotros hemos engordado el pavo, y otros se lo comen. ¿No sería mejor el reservárnoslo todo entero? (*Sí, sí. Tiene razon, completa razon.*)

El ciudadano Stoamarowski: Aquí siempre se acusa al gobierno aunque no haya para

ello ni sombra de motivo. Se cree que al instalarse un hombre en el ministerio, ya adquiere la divina omnipotencia. Os quejais de que no haya el gobierno fundido cañones. ¿Mas tiene artilleros para servirlos? *(Muchos gritos, algunos de niños, y aun de mujeres: ¿Y nosotros?)* ¡Vosotros! los más fuertes érais hace dos meses trabajadores y no soldados. Haciéndoos dar vueltas por las plazas y por las fortalezas es como ha podido el gobierno aguerriros. Luego ha hecho bien esperando á su sazon para lanzaros sobre los prusianos. Y cuenta que yo no detesto á los alemanes. *(Rumores.)* Detesto, y mucho á los potentados de Alemania que impelen los pueblos á la guerra y á la matanza. Ya llegará un dia en que, desembarazados de nuestros déspotas, nos demos las manos sobre los Pirineos, los Alpes, los Carpathos, y los Balkanes. *(Raros aplausos; fuertes murmullos.)*

Un vecino del barrio: He visto que no os ha gustado, ciudadanos, el anterior discurso. *(No, no.)* Excusadlo. Se trata de un valiente, que teniendo seis hijos, se ha inscrito para

[redacted]

atrincheramos, para defender á Francia en los batallones de vanguardia. Pero venid acá, ciudadano Strassnowski; ¿qué demonio os ha tentado para defender así y así elogiar á ese maldito gobierno de la defensa nacional? Verdad que nos ha ejercitado y aguerrido. Mas ¿para qué? Para que entreguemos cañones y fusiles á los alemanes despues de habernos constipado tantas veces en los fuertes. ¿Ha intentado siquiera aprovecharse de nuestra instruccion militar? Ha permanecido inerte mientras nos rodeaban los prusianos de un doble muro de fuertes ciudadelas. Todos los dias nos dice que vamos á ser redimidos por los ejércitos de provincias. Miramos á los cuatro puntos del horizonte y no vemos venir ni siquiera un mal soldado. Nos ha metido en cuerpos de viejas. Ni siquiera procura seguridad dentro de Paris. Ayer hubo un motin á causa de rumores ridículos. Decíase que una señora, por cierto muy gorda, habia visto á un espía cuya cocinera conoce á la cocinera de un ministro. ¿De qué proviene todo esto, ciudadano de la infeliz Polonia.

ciudadano Strassnowscki? Proviene de que el gobierno carece por completo de fuerza moral. Y toda esperanza disminuye como todo alimento. Esta mañana ni por un ojo de la cara se encontraba media onza de pan negro en el duodécimo distrito. *(Voces femeninas: Verdad, verdad).* Y si algo se encuentra, se parece al yeso más que á la harina. En el tercer distrito rebosa la alegría y la abundancia. Hé ahí cómo están organizados los servicios. Ciudadano de Polonia, ¿Creeis buenamente que esto puede durar mucho tiempo? Tome el pueblo en sus manos la direccion de sus asuntos y derribe á ese estúpido gobierno. *(Ruidosos aplausos. Gritos de: ¡Viva la Comunidad revolucionaria de París!)*

El 13 de Enero otra reunion pública en la calle de Arrás. El cañon suena á lo lejos. De vez en cuando estallan las bombas en los aires. Ningun Presidente, ningun secretario. Una turba de chiquillos se apodera de la mesa y de la tribuna.

Un chiquillo: Juremos, ciudadanos, el más profundo desprecio al gobierno de la defensa

[illegible] a esa turba de [illegible]—generales, [illegible]. Condenemos al ri[illegible] a todos los [illegible] republicanos [illegible] para [illegible]. Paso [illegible]. Nos detestan. [illegible] lle[illegible] de las puertas, me [illegible] en [illegible] de la República. ¿Y sa[illegible]? Nos negaron [illegible] de nuestras ideas avanzadas. [illegible] en los [illegible] Y después, [illegible] en es[illegible] de nuestra gran[illegible]mente. Acuso [illegible] al Gobierno del em[illegible] de imperio y [illegible] sus vacilacio[illegible]. Si algo hace no [illegible] a él, sino a los clubs [illegible]. A los clubs calumniados to[illegible] escritores militares asa[illegible] el armamento universal, la [illegible] de los fuertes, la fundicion de los cañones. Acusamos el Gobierno de ser un

partido de charlatanes y él ¿qué es sino un gobierno charlatan? Charla en la *Gaceta*, charla en las proclamas, charla en los decretos, charla á todas horas y en todas partes. Mr. Julio Favre debia ir á charlar á las conferencias de Lóndres, pero ha renunciado por no privar á la defensa de París, ciudadanos, de su formidable concurso. (*Risas.*) Verdad que la separacion de este abogado hubiera disminuido sensiblemente la defensa. (*Risas irónicas.*) Y que le debemos gracias por las medidas enérgicas y previsoras que tanto sus colegas como él han tomado para preservarnos del bombardeo. (*Nuevas risas.*) Acúsannos de ser alarmistas, pero los verdaderos alarmistas son aquellos que esparcen falsas noticias riéndose de nuestra credulidad y enervándonos con sus mentiras. Tambien yo tuve un dia confianza en el Gobierno; pero las perdí en cuanto noté su repugnancia á los auxilios de la ciencia para la defensa de París. Más de veinte mil máquinas destructoras le han presentado, ¿cuántas ha ensayado? A lo sumo doscientas. Mis ilusio-

[redacted]

nes cayeron todavía más cuando ví á Trochu sacrificar vilmente millares de vidas en el Bourget y en Champigny. ¡Ah! Trochu tendrá que dar terribles cuentas. Ahorcaron á Dumollard, el asesino de las criadas, que podia escusarse con su ignorancia y su miseria, pero no tiene escusa el asesino de los soldados. Estamos muy cerca de la desesperacion y solamente la Comunidad revolucionaria de París puede ya salvarnos. La Comunidad apelará á la ciencia y á la juventud y rechazará á los prusianos. Y sin cesar un punto en su indomable energía dirá á nuestros enemigos despues de haberlos rendido á discrecion: Os doy á elegir entre la República y la muerte. Y los prusianos no dudarán y les tenderemos la mano fraternal y comenzaremos la era de la ventura de los pueblos. La Comunidad revolucionaria, pues. (*Aplausos redoblados.*) Aunque el tiempo apremia, no vayamos al motin. Podíamos emplear la fuerza si quisiéramos porque somos en París treinta mil hombres prontos á marchar á la primera señal; pero no queremos guerra ci-

vil, no queremos verter sangre francesa. Queremos una revolucion pacífica como la del cuatro de Setiembre y triunfaremos no obstante Favre y Trochu. (*Triple salva de aplausos.*)

Un viejo: Salud á la jóven generacion. Con tales oradores no se pierde nunca la esperanza. Voy á confesarme completamente. Yo era partidario del gobierno de la defensa nacional y enemigo de la Comunidad revolucionaria. *(Murmullos.)* Mas ahora todo ha terminado. La venda se ha caido de mis ojos y he visto que la reaccion nos envuelve en sus redes. ¿Quién nos ha vendido? ¿Trochu, Vinoy, Ducrot, Schmitz? Este último es el traidor; este último es favorito del Imperio; este último tiene un hijo apadrinado por el canalla de Sedan. *(Profunda sensacion.)* ¿Necesitais más pruebas para tenerle por un traidor?

Otro ciudadano: Desconfiad de los convertidos de la última hora. Ese viejo era partidario del gobierno de la defensa nacional; y ahora que le ve caido, le vuelve las espaldas y cambia la casaca. Pero ¿quién nos asegura que no

[redacted]

para [illegible] traición a la Comunidad revolucionaria [illegible] a la defensa nacional? [illegible] su amistad. Ducrot es un hombre bueno. Yo desconfío de los que tienen siempre un hombre bueno en su saco, ya Trochu, ya Ducrot. Para nada nos sirven esos hombres buenos. Lo que necesitamos es la energía. Los jefes nos han perdido. Solamente la energía puede salvarnos. (*Aplausos prolongados.*)

[illegible] acaba de hablarme [illegible] Ya que duda de [illegible] que yo examine su [illegible] comisión de [illegible] ha sido expulsado a [illegible] Se ha hecho rico con [illegible] en lo que [illegible] sustanciales. *In-[illegible]*

[illegible] Mentís, mentís.

[illegible] Ya lo veremos. A mi vez os de-clar[illegible] zapatero... *Exclamaciones en [illegible]*

[illegible] El ser zapatero no es un crimen.

Otra voz: Hace bien en ganarse la vida como pueda.

El zapatero: Os declaro que no soy seide de Ducrot y que habeis infamemente mentido. *(Mútuas recriminaciones y mútuos insultos. Lánzanse furiosas miradas y crispan los puños los contendientes. Un chiquillo que preside, toca la campanilla con las dos manos. Muchos silbidos. Despues de un cuarto de hora se restablece la calma.)*

El zapatero, muy ronco: Afirmo que no me ha excluido el comité de vigilancia y que no me ha encargado jamás la alcaldía zapatos. Ese viejo calumniador no es más que un propietario.

El viejo: ¡Llamarme propietario! ¡A mí esta injuria! *(Lánzase con las manos levantadas sobre el zapatero. Los circunstantes se interponen. Gritos, confusion. El chiquillo presidente levanta la sesion.)*

El 16 de Enero grande reunion allá en Belleville.

Un orador: Los guardias cívicos encargados de mantener el órden allí en los grandes

grupos que se reunen á las puertas de las panaderías y de las carnicerías son más groseros y más brutales que los agentes de Pietri. No tienen ni el corazon ni la sensibilidad de los verdaderos milicianos nacionales.

Otro orador: Las cosas se encuentran hoy en el mismo estado que hace diez dias. Nuestros mejores correligionarios se hallan cautivos de ese infame gobierno. Y no tengo noticia de que haya ido persona alguna á llevarles consuelos y esperanzas. Hasta parece que habeis renunciado á la idea de libertarlos. Y es necesario apresurarse, porque suceden cosas inenarrables. Marchemos. Si no marchamos pronto á redimirnos, esta gente nos perderá sin remision alguna. Un artillero me ha dicho que se entierran cañones durante la noche en las bodegas de Nuestra Señora. (*Gritos. ¡Qué infamia!*) Tomemos, pues, resoluciones enérgicas. (*Aplausos.*)

Otro orador: No hemos ya decidido la victoria de la Comunidad revolucionaria; no hemos ya libertado á los cautivos; porque el pueblo es cobarde; porque el pueblo es cor-

rompido; porque le ha echado á perder el contacto con la viciada clase media, como se pudren las frutas sanas al mezclarse con las frutas podridas. (*Violentas reclamaciones.*) Trafica; vende sus bonos de pan y de leña. No vale cosa el pueblo de hoy, salvo una pequeña honradísima parte, que prefiere robar á traficar, cuando el hambre le apremia. Así para calentarnos, los valientes, los honrados derribamos los últimos árboles de los paseos. Yo llevo en el bolsillo un rewolver y estoy resuelto á levantarle materialmente la tapa de los sesos á todo aquel que me impida ó impida á los demás lo necesario para no morirnos de hambre en este trance supremo. ¿Sabeis quién arrancó los carteles donde anunciábamos el advenimiento de la Comunidad revolucionaria? Pues no fueron ni los guardias cívicos ni los agentes del gobierno. Fueron los niños, las mujeres, los ciudadanos de Belleville. (*Es verdad, es verdad.*) No es una deshonra. Rabelais llamaba á la gente del pueblo los borregos de Panurgo.

No han cambiado, no, son siempre la mis-

na rata. Alimêntanse de
quier advenedizo inventa
unos á otros como cándid
cen que Bourbaky y Gari
Baden y que se envia al I
mala con 30.000 homb
nuestros prisioneros de A
vienen estas noticias sos
en los periódicos, les h
Mañana se inventará cual
Hoy se tiene confianza en
¡Ah si Gambetta estuviera
do ¿y qué ha hecho? Gamb
Trochu, y Trochu tanto c
sas.) El pueblo no ha que
mismo, ha sido cobarde h
querer establecer la Comu
ria, única cosa que podia
ferido creer en redentor
ó como Trochu, y ahora
bombardeo comienza. S
el barrio de San Germ
caido en el ministerio
creais que lo siento, al

gro. Porque hay allí gentes que se embolsan ciento veinte mil francos por sus manipulaciones con el pan, y ochenta mil francos por sus manipulaciones con la carne. No quiero, pues, deciros el contentamiento con que veria arder esa cueva de ladrones. No temais que yo me acerque, por nada me seria tan sensible como el morir con gentes de esa calaña.

Otro orador: ¿No hay medio de salvarnos? Suplico á cada ciudadano que nos diga el suyo. (*Interrupciones, voces, gritos.*)

Una voz: Puesto que estais en la tribuna decid el vuestro.

El orador: El mio es el fuego Gregoriano. (*Conocido, no valia la pena de haberos molestado.*)

Mr. Briosne: La situacion es desesperante. ¿Por qué? Porque el gobierno, siguiendo en esto el funestísimo ejemplo de sus antecesores, nos ha ocultado constantemente la verdad. Porque nos ha alimentado de ilusiones, empeñándose en disimularnos el poder de nuestros enemigos. Y nuestros enemigos tienen sobre nosotros la ventaja de la disci-

pital y de la ciencia. Y han querido persuadirnos de que podíamos aventajarles por la superioridad de nuestro valor. ¡Vana ilusion! ¡Triste mentira! Nuestro enemigo es tan valeroso como nosotros, y en vez de despreciarle, debíamos adquirir lo que nos falta para igualarle y para vencerle. Hace 25 dias, época de mi última visita á este club, todo podia salvarse. Teníamos seiscientos mil hombres, podíamos organizar una accion enérgica y decisiva de concierto con las provincias. ¿Quién habla de Comunidad revolucionaria? ¿Quién seria tan insensato que asumiese la responsabilidad en que nos encontramos? La Comunidad. Su hora ha pasado. (*Voces, es verdad, ya es muy tarde.*) ¿Teneis tiempo de organizar un gobierno y dar á todos los servicios el impulso necesario para asegurar la resistencia? No, es muy tarde. Pero ¿de quién la falta? ¿Del pueblo? No, el pueblo no gobierna. Es conducido, explotado, como lo ha sido siempre. La clase media que tiene la riqueza, el poder y la ciencia, es la única responsable de las desgracias de París.

Pero el desastre será más grande de lo que ella se imagina. Cree que le basta aparentar la resistencia, ir á los fuertes, intentar reconocimientos por donde no se ve ni siquiera un sólo prusiano, y se vuelve diciendo hemos estado admirables. Cree esta casta egoista y vanidosa que eso le bastará para cubrir su responsabilidad ante el pueblo y ante la historia. No lo permitiremos. París es la capital del mundo civilizado, y su caida será digna de su renombre. Cuando Jerusalen cayó, las mujeres arrojaban desde lo alto de las murallas, despues de las piedras y de los escombros, los miembros de los habitantes de la ciudad santa. De Palmira, la reina del desierto, sólo queda una columnata mutilada. Y hace siglos que se busca en vano el lugar donde se levantaban Nínive y Babilonia. Pues bien, es necesario que París tambien sepa morir. No serás alimentada, clase media imprevisora, serás robada. Los prusianos impondrán á París una contribucion de guerra de tres mil millones, y estos tres mil millones no vendrán á buscarlos á Belleville; como

ne se encontrará bastante dinero, se llevarán las obras maestras de nuestros museos, los ricos muebles de nuestros banqueros, los grandes cuadros que decoran sus salones, las joyas finamente cinceladas. Huyamos de este fin ignominioso, por un supremo esfuerzo. En vez de imitar el avestruz que oculta la cabeza bajo el ala esperando la muerte, imitemos al leon acorralado que se lanza sobre su enemigo y le clava la garra en su última convulsion de la agonía. Salgamos todos, hombres, mujeres, niños, pueblo: olvidemos nuestras divisiones, nuestros ódios, perdonemos á la clase media si quiere morir con nosotros. Salgamos dos millones de habitantes, que no nos podrán degollar á todos. (*Impresion extraordinaria. Las mujeres lloran, se agitan con grandes ataques de nervios. El presidente propone se levante la sesion despues de tan magnífico discurso.*)

Un jóven orador: Admiro la elocuencia del ciudadano Briosne; pero como el acto de desesperacion que propone es impracticable, quiere decir que es necesario rendirnos á los

prusianos. (*Exclamaciones, violentos murmullos.*)

El Presidente: Ciudadanos. Puesto que aquí nadie se entiende, yo me doy á mí mismo la palabra. La situacion es desesperada, precisa que muramos todos (*gritos de horror*). Ved las noticias de la mortalidad de la semana última, y no es más que el principio. Id á cualquier reunion y oireis cómo se tose en Belleville. Pues cada dia se toserá más. Nos constipamos madrugando á las cinco de la mañana por el pan y por la carne y el carbon. Despreciamos el constipado, y como no nos habremos cuidado por la primavera próxima nos habremos muerto todos. Mejor es concluir ahora. Pero antes de concluir, ajustemos nuestras cuentas con los ricos. Nos racionan á nosotros que vivimos de pan y es necesario requisarlos á ellos que viven de conservas y otros alimentos finos. Antes de morir iremos á visitar sus despensas y á decir unas cuantas palabras á sus jamones. Despues de esto moriremos todos juntos. Y puesto que no han querido la Comunidad con

nosotros en vida, la tendrán en muerte. (*Aplausos, protestas.*)

Un ciudadano: Declaro que el pueblo no debe tender la mano á la clase media, porque la víctima no debe tender la mano al verdugo. Antes es necesario que el verdugo nos pida perdon (*Aplausos*).

Otro ciudadano: No quiero reconciliarme con las clases medias, no quiero morir con ellas. Regocíjome en ver las bombas prusianas caer sobre las iglesias y los palacios que esa raza de explotadores ha construido con el sudor del pueblo. Decís que es tarde para proclamar la Comunidad revolucionaria. Hay barrios de más energía que Belleville (*Eso, eso; nosotros somos unos cobardes*). Y Belleville debia levantarse esta noche misma para marchar sobre la Casa de la Ciudad. ¿Se adelantarán á nosotros La Villete y Montmartre? (*No, no*) No, no, gritais, no. Y cuando se trate de combatir, no se encontrarán quinientos hombres en Belleville. (*Las mujeres se levantan gritando: iremos las primeras. Iremos á pedir pan ó la muerte.*)

Un ciudadano: No nos podemos sublevar sin que hayan dado las órdenes los comités. (*Nada de comités, sí, sí. El tumulto aumenta, el Presidente levanta la sesion y la reunion se disuelve á los gritos de ¡viva la Comunidad revolucionaria!*)

El 18 de Enero celebra sus conferencias el club de la Revolucion.

Varios gritos: ¡Viva la Comunidad revolucionaria!

El Presidente: No se puede sufrir, ciudadanos, á los cronistas reaccionarios; no hacen más que calumniarnos. Para entrar hoy aquí es necesario que cada uno dé su nombre y sus señas. Aquí tengo un artículo del *Reveille* que propone la tirada de cien mil ejemplares, pidiendo el gobierno de los comuneros. Alabo sus intenciones; pero no es á manifiestos como expulsaremos á los gandules de la Casa de la Ciudad. Los agentes del gobierno han hecho esta mañana misma una visita domiciliaria en el local del club. Han destruido las puertas y saltado las cerraduras. Pero no han encontrado nada, porque somos tan pí-

caros como ellos. Aquí se me comunica un proyecto de acusacion ante la Asamblea del gobierno por delito de alta traicion, formulado y adoptado en el club de la Escuela de Medicina. Aunque los considerandos me parecen muy débiles, me adhiero en nombre del club de la Revolucion. Votamos una mocion que ha sido alterada de una manera odiosa por un policiaco. Esta mocion estaba así concebida: «Todo ciudadano que liberte al mundo de un déspota, no solamente no cometerá un crímen, sino que merecerá bien de la patria y de la humanidad.» El policiaco ha pretendido que hemos designado á Trochu y á Julio Favre. El policiaco ha mentido. No hemos designado á nadie. Si él ve que nuestra mocion se aplica á Trochu y á Favre como á Guillermo y á Bismark, él tendrá sus razones. Nos lavamos las manos.»

Un orador: Los espíritus cambian aquí como veletas. Hace ocho dias todo era fuego; hoy todo es frio. El Universo entero queria ir á la Casa de la Ciudad y proclamar la Comunidad revolucionaria. Hoy ya es otra cosa.

Les hablais de la Comunidad revolucionaria, y os responden que no vale la pena; que dentro de veinticuatro horas serán libres; que han llegado pichones; que Gambetta va á dar la mano á Trochu. Si quereis llamarlos á razon, os mirarán de arriba abajo, y os calificarán de pesimistas y de prusianos. Si les decís que bien pronto no habrá víveres, os responden estas sacramentales palabras: Cuando no haya víveres, tocarán á rebato. Pero, imbéciles, ¿el tocar á rebato traerá los víveres? Parece que sí. Cuando una ciudad está sitiada y no hay víveres, se toca á rebato. Es la costumbre. Hasta entonces se puede estar tranquilo. Hé ahí las razones que dan para abandonar la Comunidad revolucionaria. ¿No hay motivo á desesperarse?

Otro orador: Yo he estado en Africa. Allí los franceses han vencido á los árabes á pesar de ser uno contra cien. No comprendo, pues, cómo aquí no vencemos á los prusianos. ¿Hemos degenerado? He visto heróico francés luchando un dia entero contra mil árabes en la llanura de Mikit-já, y hoy so-

[redacted]

mos tres contra uno y no libertamos á París.

El Presidente: Supongo que no ireis á contarnos toda la campaña de Africa. Tambien yo tengo campañas; he estado en San Juan de Ulloa y en Veracruz; pero francamente, no me hallo por eso muy orgulloso. Quejámonos hoy de ser invadidos y robados por los prusianos, y tenemos razon. Procuramos exterminarlos y hacemos bien; pero no debíamos olvidar lo hecho á los otros, que hemos ido á Crimea, á Roma, á Méjico, á atacar á gentes que no pedian sino que los dejáramos vivir en paz. Expiamos nuestros crímenes, y en cuanto concluya la guerra, será preciso reconciliarnos con todos los pueblos, hasta con los alemanes, reservando todo nuestro ódio para los déspotas, estableciendo la República universal.

Otro orador: Hablemos de la cuestion de las cuestiones, hablemos de los traidores y de sus infamias. ¿Cómo no desconfiar de Trochu? ¿No veis que azuza y enzarza el ejército y los movilizados contra la Guardia nacional? Ayer mismo, porque la Guardia nacional pro-

metiera abrir boquete en la fila de los sitiadores, les decia al pasar el ejército: Ahí va, ahí va el gran boquete.

Otro orador: Pasan cosas más graves todavía. ¿Sabeis de qué se compone el pan que comemos? Pues se compone de heno, de resíduos de avena, de raspaduras de guijas y de cal; porque en este momento nos estamos tragando todas las colinas de Montmartre. (*Risas.*) No hay que reirse porque todavía se encierra otra cosa peor en este pan. Sí; contiene un veneno lento, y la prueba está en que despues de haberlo comido, sentís la boca y la garganta secas, y teneis necesidad de empinar el codo. Yo confieso, ciudadanos, que hago un uso muy frecuente de este contraveneno. No digo nada de la fécula de patata que nos venden esos ladrones, esos bandidos de tenderos. Es almidon. (*Voces sí, sí, no, no.*) Me lo contareis á mí que soy planchador. (*Risas.*) Pero todavía tengo otro descubrimiento que comunicaros. Hace dos dias que bombardean el barrio de San German. Créese que son los prusianos y se engaña todo el mundo: es

Trochu. (*Señales de estrañeza, signos de incredulidad.*) Y ¿sabeis para qué Trochu bombardea el barrio de San German? Para que los propietarios aterrados vayan allá á pedirle la capitulacion, y cuando capitule, dirá que él no queria, pero que le ha obligado todo el mundo.

Y si nosotros vamos á la Casa de la Ciudad caerán sobre nosotros y nos harán fusilar por los bretones. Esas gentes no tienen más que una idea particular. Y ¿sábeis lo que os espera si capitulamos? En cuanto entren los prusianos degüellan todos los niños de ménos de doce años y todos los viejos de más de cincuenta. (*Movimientos de horror.*) En cuanto á la poblacion ya será otra cosa. A los hombres los enviarán á romper piedras á Alemania y se quedarán para sí con las mujeres que más les gusten. (*Grande agitacion y protestas entre las ciudadanas.*)

El Presidente: Mucho exajera el orador pero hay un fondo de verdad en todo cuanto dice. Los prusianos pedirán que la poblacion masculina de París sea trasladada como prisionera de guerra al fondo de Alemania, y Tro-

chu y sus colegas aceptarán esta proposicion que los desembarazará de los republicanos y les permitirá establecer la monarquía. (*Muchos gritos. Viva la Comunidad revolucionaria.*)

El veintiuno de Enero celebróse otra reunion pública en Montmartre.

Un orador: Gravísimos hechos han pasado en el entierro del coronel Rochebrune. Compañías de guardias nacionales de Belleville han descendido pidiendo la destitucion del gobierno y el advenimiento de la Comunidad revolucionaria. El movimiento ha fracasado porque no habia combinaciones; ahora los clubs y los comités de vigilancia se han puesto de acuerdo. Una cita hay dada para mañana al medio dia á las puertas de la Casa de la Ciudad. (*Aclamaciones.*) Invitamos á los guardias nacionales á ir en armas y á las mujeres á acompañarlos para protestar contra la escasa racion de pan y las demás medidas que matarán de hambre al pobre pueblo. (*Adhesion de la parte femenina del auditorio.*)

[redacted]

dos sean enviados á la alcaldía de Montmartre para decirle al alcalde que imite el ejemplo de Batignoles. (*Los delegados se van y vuelven al poco tiempo.*)

Un delegado: El alcalde de Montmartre es Mr. Clemenceau que estaba ausente, pero sus tenientes han declarado estar prontos con tal de que se unan los cuatro clubs y el comité de vigilancia de la circunscripcion. (*Gritos.*) La inteligencia es perfecta. Mañana á las diez de la mañana á la Casa de la Ciudad. (*Aclamaciones, voces, hasta mañana, hasta mañana.*) Así acababa este club predominando sobre todo el grito de ¡Viva la Comunidad revolucionaria!

En el veintidos de Enero nueva reunion en el Club de Belleville.

Un ciudadano: Jamás se encarecerá bastante la indolencia y la cobardía de los ciudadanos de Belleville. Durante muchos dias, os hemos llamado á las armas para derribar el infame gobierno de la Casa de la Ciudad. Siempre que os hemos preguntado cuántos iríais, habeis respondido que todos. Mil dos-

cuantos individuos respondieron á nuestro llamamiento; ¿y cuántos han llegado esta mañana á la Casa de la Ciudad? Yo lo sé porque los he contado. No éramos más que cuarenta. (*Gritos: Es una vergüenza.*) Belleville, que se gloria de ser el cráter de la revolucion, Belleville se deshonra y abdica. (*Es verdad: somos unos cobardes.*)

Otro ciudadano: He estado en la Casa de la Ciudad á las tres de la tarde. He tenido que replegarme ante las amenazas de los movilizados. Creí encontrar á Belleville erizada de barricadas. ¿Qué he encontrado? Ciudadanos y ciudadanas paseándose del brazo como si no sucediera nada en París. ¿Creeis que se liberta así de los tiranos á la patria? ¡Ah, Belleville, sabes hablar, pero no sabes obrar! (*Risas, aplausos, protestas.*)

Otro ciudadano: Somos unos nécios. Todos nuestros males provienen de los clubs. ¡Cómo quereis que se tomen resoluciones viriles entre este monton de mujeres, de niños, de viejos, que no sirven para nada y que vienen aquí á digerir calentitos su comida? Además,

en cuanto tomamos una resolucion, en cuanto nos decidimos á ir á esta ó á la otra parte, todo lo sabe el Gobierno porque todo lo hacemos en público y para todo le damos un cuarto al pregonero. (*Sí, sí; eso es, eso es.*) Los clubs, lo repito, los clubs nos pierden. Sociedades de carbonarios, hé ahí lo que necesitamos. (*Muchas voces: Nada de clubs; sociedades secretas.*) Entonces podremos concertarnos, dar consignas, y cuando el momento de la revolucion haya sonado, no encontraremos movilizados en la Casa de la Ciudad defendidos por formidables ametralladoras.

Otro orador: Si no nos desembarazamos de los Trochinianos no nos desembarazaremos de los alemanes. Si no destruimos á los prusianos en las orillas del Sena, ménos los destruiremos en las orillas del Neva. (*Voces: ¿Qué geografía es esa?*) ¡Pero qué hacer?

Un guardia nacional con su fusil á la espalda: Es necesario apoderarnos de la alcaldía que ha sido ocupada por los carabineros con menosprecio completo de los derechos

del pueblo. (*Sí, vamos, vamos.*) Decís vamos y ya os conozco. Cuando el momento de ir haya llegado, no os reuniréis cincuenta. (*Débiles protestas, aplausos, risas irónicas.*) No basta con decir vamos, precisa que los ciudadanos busquen sus armas y me sigan. (*Sí, sí, eso es.*) Allí nos contaremos, y si estamos en número, tomaremos nuestra alcaldía, y si no, no. Porque nadie es tan tonto que se deje matar porque hayáis gritado vamos todos, y luego no hayáis aparecido ninguno. Esto es lo mismo que la alianza republicana, la cual ha publicado ayer un manifiesto con las firmas de Delescluze y Ledru-Rollin. Estas gentes nos comprometen, nos impelen, nos sacan de nuestras casas, y cuando llega la hora del peligro, se meten en las suyas. (*Es verdad, son unos farsantes.*)

Otro ciudadano: La municipalidad provisional está resuelta á dejarse reemplazar por los elegidos del pueblo. Nuestro elegido le tenemos nosotros. Está en libertad, y es el ciudadano Flourens. (*Inmensas y ruidosísimas aclamaciones.*) Llevémoslo á la alcaldía. (*Sí,*

sí. Voces femeninas, en seguida, en seguida.)

El Presidente: Recomiendo la sangre fria. Es necesario asegurarnos de las disposiciones reales del Ayuntamiento provisional. Es necesario saber si los carabineros están dispuestos á devolvernos nuestra alcaldía. Es necesario, en fin, que sepamos si el ciudadano Flourens consentirá en dejarse exaltar en la alcaldía, dada la situacion crítica en que se encuentra. Porque Trochu, Vinoy y cofrades, han puesto á precio su cabeza, y podrán fusilarlo sin formacion de causa en virtud de las leyes excepcionales del estado de sitio. (*Voces, voces femeninas: ¡Qué horror!*) Propongo dos comisiones: una para que se entienda con la municipalidad provisional y los aduaneros, otra para que sondee las intenciones de Flourens.

Un ciudadano: Pero notad que la primer comision corre un gran peligro de ser encarcelada si no la apoyan fuerzas suficientes.

El Presidente: Es verdad. Propongo al club que una fuerza armada acompañe á la primera comision. (*Movimientos diversos.*)

¿Qué hacemos? Yo no me puedo contentar con palabras vagas y con votos que á nadie comprometen. Necesito saber con quién puedo contar. Invito á los ciudadanos deseosos de ir á la alcaldía en armas á que pasen á un lado de la sala. (*Sí, sí, tumulto, reclamaciones. Eso no es práctico. Se marcharán despues.*) Me hacen fuerza esas observaciones. El medio más seguro es que todos los ciudadanos decididos á morir por la patria se acerquen á la mesa y den sus señas. (*Iremos todos, la proposicion es votada por aclamacion.*)

Suspéndense los debates para dar lugar á la inscripcion de los valerosos, y de los resueltos. A los tres cuartos de hora la sesion es reanudada.

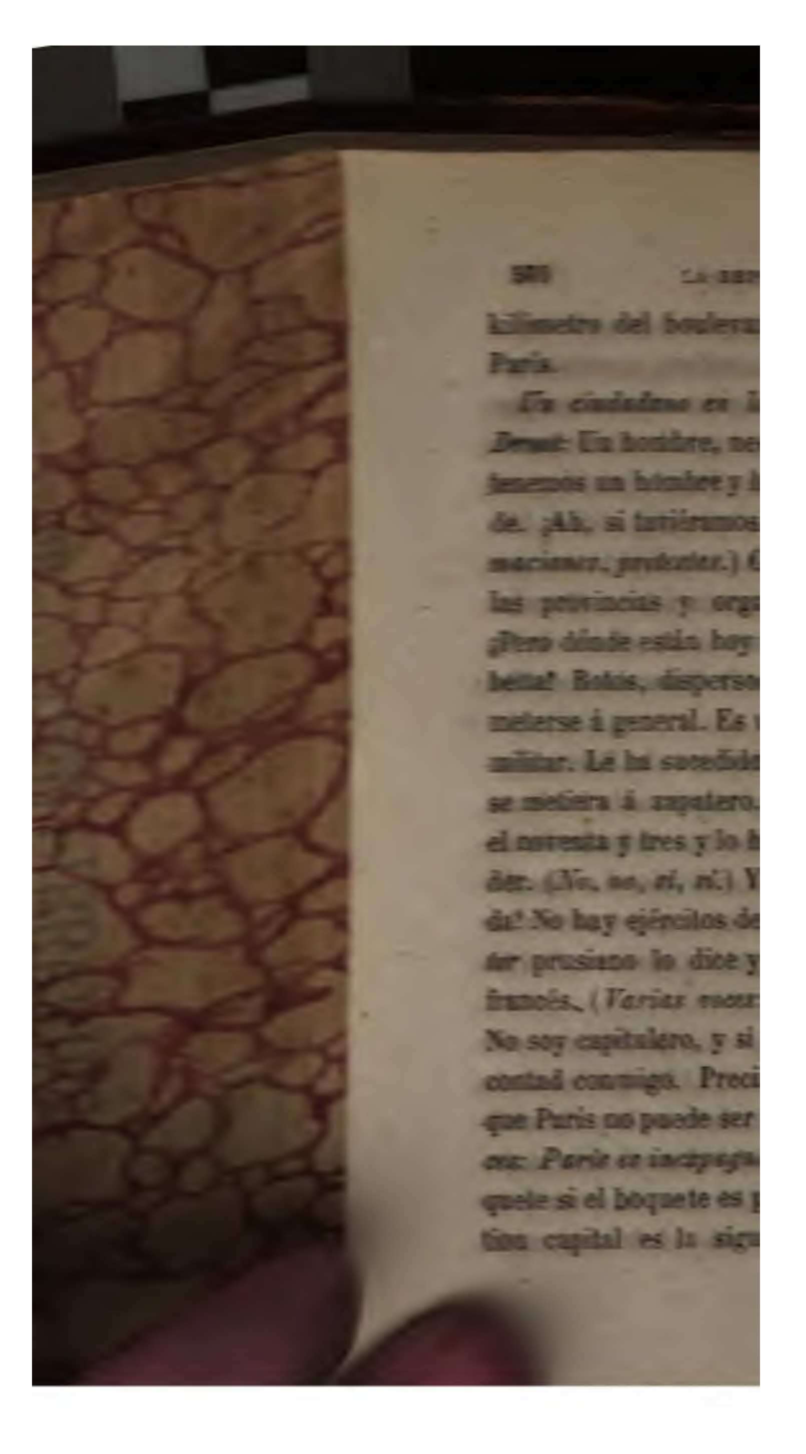
El Presidente: Ciudadanos, sólo hay 23 inscripciones. (*Gritos de indignacion de las mujeres; protestas de los ciudadanos armados.*)

Un ciudadano: Buenas noticias. Los carabineros que ocupaban la alcaldía acaban de evacuarla deseosos de no contrariar la voluntad del pueblo de Belleville. (*Inmensa aclamacion.*)

El Presidente: Doy grácias con efusion al que nos ha traido esa noticia, y puesto que nuestra alcaldía está ya en nuestro poder, preciso que no vuelvan á ocuparla. Es necesario que los ciudadanos y las ciudadanas den guardia toda la noche al rededor del edificio. (*Sí, iremos todos.*) Los veintitres ciudadanos que se han inscrito se concertarán con Flourens y tomarán resoluciones á la altura de los acontecimientos. (*Viva la Comunidad revolucionaria.*)

Al dia siguiente veintitres de Enero apareció un decreto en las esquinas de París resumido en este artículo: Los clubs serán suprimidos hasta el fin del sitio. Los locales donde celebran sus sesiones cerrados y los contraventores perseguidos con arreglo á las leyes.

Pero nada consiguió el gobierno con este decreto por dos razones: 1.ª Porque los clubs se instalaron en medio de la calle y al aire libre. 2.ª Porque ajustado el armisticio vinieron las reuniones electorales. A creer á un testigo ocular habia más clubs en medio



kilómetro del boulevar
París.

Un ciudadano en l
Bernat: Un hombre, ne
tenemos un hombre y h
de. ¡Ah, si tuviéramos
maciones, protestas.) C
las provincias y orga
¿Pero dónde están hoy
bellas? Rotos, disperso
meterse á general. Es
militar. Le ha sucedido
se metiera á zapatero.
el noventa y tres y lo h
der. (*No, no, sí, sí.*) Y
da? No hay ejércitos de
ter prusiano lo dice y
francés. (*Varias voces*
No soy capitulero, y si
contad conmigo. Preci
que París no puede ser
ces: París es inexpugna
quele si el boquete es p
tion capital es la sigu

ejércitos de provincia? Si los tenemos salgamos, y haciendo matar á cien mil hombres, llegaremos á reunirnos con ellos y á vencer á los prusianos. Pero si no tenemos ejércitos de provincia, ¿qué habremos hecho despues de abierto el boquete? Necesitaremos atravesar treinta leguas de un país devastado y sin recursos para tropezar con los prusianos de Federico Cárlos ó de Manteuffel. Si á lo ménos tuviéramos víveres. Pero ¿es verdad que sólo queda pan para ocho dias? ¿Sabeis lo dicho en la reunion de los alcaldes? Se ha mentido: tenemos víveres para más de seis semanas. Precisa requisar. (*Una voz. Porque no habeis querido la Comunidad revolucionaria, señoritos; ella hubiera requisado.*)

El orador: La Comunidad revolucionaria es buena cosa. Los comuneros son prusianos; como que disparaban sus fusiles contra los franceses mientras los prusianos disparaban sus obuses.

Otra voz: ¿Qué pedís, pues, los Bonapartes y los Orleanes?

El orador: No se trata de Orleanes ni de

Bonapartes, se trata de nosotros mismos; ¿hay ejércitos de provincias, hay víveres? Si no podemos ni comer, ni ser socorridos, ¿qué nos queda? ¿Veis algun medio? Yo no veo ninguno. ¡Si tuviésemos un hombre! Pero es necesario encontrarlo pronto porque nuestras mujeres y nuestros hijos no pueden aguardar. Si solo hubiese soldados en París podríamos morir antes que rendirnos. Pero no tenemos derecho á disponer de la vida de los niños, de las mujeres y de los ancianos.

Otro orador (á la puerta del pasaje Jouffroy:) Hace seis meses que se gritaba en este mismo sitio:—«¡A Berlin! ¡A Berlin!»

Muchas voces: No nosotros.

El orador: No vosotros, pero sí otros que tambien tarareaban la Marsellesa. Pues bien; mientras aquí se gritaba ¡á Berlin! ¡á Berlin! allí se gritaba ¡á París! ¡á París! Se ha jugado la partida y la hemos perdido.

Una voz: Hemos sido vendidos.

El orador: Habremos sido vendidos si quereis; pero hemos perdido la partida. No hay otra cosa que hacer sino arrojar las car-

tas. Tomaremos nuestro desquite más tarde.

Muchas voces: Sí, lo tomaremos.

El orador: Pero entre tanto ¿es necesario dejarnos degollar? ¿Condenaremos la poblacion de París á morir toda entera de hambre? ¿No ha hecho París más de lo que debia? Se habla siempre del noventa y dos. ¿Pero se ha sufrido jamás en noventa y dos lo que nosotros sufrimos hoy? En la semana última han muerto cuatro mil quinientas personas. En esta semana morirán muchas más.

Una mujer: Sí, no se puede vivir.

El orador: Diariamente caen en la fosa niños, mujeres. Y decid lo que querais, para mí la familia es antes que la patria. (*Exclamaciones, gritos.*) Gritais; pero interiormente pensais como yo pienso. (*No, no; sí, sí.*) Si todo esto pudiera libertarnos diria yo aun: sufrámos hasta el fin. Pero si no podemos ir más lejos, si no contamos con víveres, qué hacer, decidlo. (*Silencio en el auditorio.*) ¿Se puede hacer pan cuando no hay trigo ni hay harina? ¿Se puede vivir del aire? Los prusianos nos han vencido, ¿pero somos acaso

ménos valientes que ellos
de 1807, mientras nosotr
hamos podridos por el
reorganizar ejércitos cap
ellos! ¡Tenemos ciencia y

Una voz: La disciplina
falta: ¡oh! si tuviéramos

Una mujer: Y esos c
que no quieren vender e
le han puesto tasa.

Otra mujer: La culpa

Otra: Todos se defiend

Otra: Haussman era
nos hubiera dejado morir

Un muchacho: ¡Ya ec
Bonapartistas!

Varios trabajadores:
jamás.

Otro trabajador: ¡Ojal
conocido!

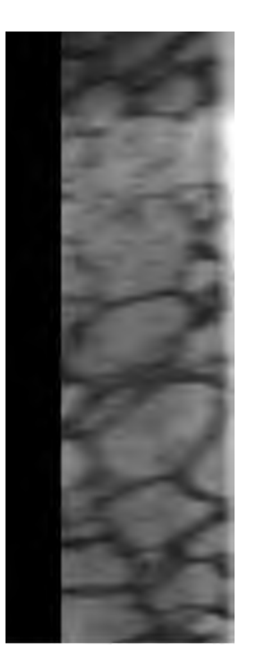
Un guardia nacional:
zado al abismo.

Otro guardia: Pero ya s
Paris ha pagado su deuda

Veamos las reuniones electorales.

El 31 de Enero grande reunion en la sala de la Redonte.

El ciudadano Andrieux, presidente: Autorizados para celebrar reuniones electorales, trátase en esta de establecer la unidad entre todos los matices del partido republicano excluyendo en absoluto á los republicanos gubernamentales. (*Aplausos.*) Estamos inundados de candidaturas. Circulan doce listas mientras que nuestros adversarios los orleanistas y los clericales coligados nos oponen su lista única. Llámanse republicanos liberales en sus carteles de color indeciso. No es difícil averiguar por qué. Porque quieren ser candidatos oficiales del gobierno que no podia apoyar decentemente orleanistas y clericales juntos, y que sostendrá á republicanos liberales. Bien, seamos políticos, asociemos todas las fracciones de la República democrática, contando con el valor de cada uno; y adoptemos si es necesario nombres que no tienen nuestras simpatías, pero que pueden traernos una parte de la clase me-



Otro orador: Los candidatos deberán comprometerse á continuar la guerra á todo trance sin cuidarse de la situacion de París. Hemos jurado hacer saltar á París y cumpliremos nuestro juramento. Los prusianos quemarán á París, sea en buen hora. Veránse envueltos en sus ruinas, y la República saldrá sana y salva.—*Otro orador:* La desmoralizacion entrará en el ejército aleman, ganado ya por la propaganda socialista. Pero en todo caso, precisa que los candidatos republicanos se comprometan á no votar una paz que seria la perdicion de la República.—*Otro orador:* A lo que han de comprometerse es á llevar á la barra á los traidores.—*Otro orador:* Me voy á las provincias para proponer que la Asamblea se declare en Convencion y procese inmediatamente al gobierno infame que ha entregado París á los prusianos. Propongo, además, que se escojan los cuarenta y tres diputados de París, entre los ciento treinta designados para componer la Comunidad revolucionaria.—*Muchas voces.* Pero veamos los candidatos.—*Un Secretario, leyendo:* Garibaldi. (*Inmensa*

aclamacion.)—*El Secretario*: Armando Levy. (*No, no, jamás.*)—*Voces*: Que se vote, que se vote.—Votada esta candidatura es vencida por unanimidad.

El Secretario: Pascal Duprat.—*Muchas voces*: No queremos ese.—*El Secretario:* Pascal Duprat.

Rechazado por unanimidad.

El Secretario: Blanqui.—(*Movimiento general de adhesion.*)—*El Secretario*: Félix Pyat, Nigiere, Clemenceau.—(*Adhesion, aunque con algunas protestas.*—*El Secretario*: Lacord.—*Un ciudadano*: Ese me gusta porque es un cocinero patriota que proponia requisar los alimentos en el vientre de los acaparadores.—*El Secretario:* Chancy.—(*Sorpresa general.*—*El Secretario*: Saisset.—(*Mayor sorpresa todavía.*)—*El Secretario:* Mazzini.—(*Universales aplausos.*)—*El Secretario:* El Dr. Jacoby.—*Voces:* Pero si nadie le conoce.

Hay más de doscientos nombres y la reunion se disuelve sin acordar cosa alguna.

Otra reunion se celebró el primero de Febrero.

El Presidente: Aquí nos han traido una candidatura á cuyo frente figuran los ministros.—*Voces:* No la leais, los conocemos demasiado.—*El Presidente*, *leyendo:* Julio Favre.—(*Gritos*, *silbidos*.)—*El Presidente*, *leyendo:* Julio Simon, Julio Ferry.—*Voces*: ¿Por qué no Napoleon? ¿Por qué no Emilio Ollivier?—*El Presidente*, *leyendo*: Víctor Hugo.—*Un orador*: Me opongo á Víctor Hugo. Es un poeta, un literato cuyo mérito no disputo;pero no es un republicano socialista. No comprendo cómo Quinet, Herisson, y Luis Blanc, han consentido dejar sus nombres en una candidatura ministerial.—*Una voz:* Herisson es secretario de Julio Favre.—*Otro orador*: No comprendo como si Luis Blanc es socialista puede ser á un tiempo candidato de los trabajadores y candidato del gobierno.—*El Presidente:* Leeremos, pues, la candidatura de la reunion.—*El Secretario* lee una candidatura toda socialista.—*Un orador*: Los socialistas sólo habrán de ocuparse de si continuará ó no la guerra. Si los ejércitos de provincia no pueden continuar la lucha claro es

que se necesitará la paz. Mas hay un punto en el cual todos los revolucionarios están de acuerdo; en la acusacion del gobierno de traidores. (*Tempestad de aplausos.*) ¿A qué época trasciende la traicion? Al 31 de Octubre. En ese dia el gobierno se resignó á todas las humillaciones. Julio Favre se dejó excluir de las conferencias de Lóndres y pisotear por los tacones de Bismark.—*Un ciudadano*: Es infame todo lo que estais diciendo.—(*Violento tumulto.*)

Le agarran cuatro ó cinco y le llevan poco ménos que arrastrando á la mesa.—*El Presidente*: Calmaos, ciudadanos. Estos interruptores son todos de la policía y pagados por el gobierno.

El interruptor es expulsado entre las amenazas y los silbidos de la Asamblea.—*Otro orador*: Esta guerra ha sido emprendida únicamente para impedir los progresos de la Internacional que le daba mucho que hacer á Mr. de Bismark. Pero el socialismo ha sido más fuerte que Bismark, y si los candidatos de la Internacional llegan á la Asamblea harán

proclamar en todas partes la República universal.—*Otro orador:* Yo soy un simple obrero ó por mejor decir un obrero simple. No estoy acorde sobre la fecha de la traicion. La traicion data de hace siete meses.—*Otro orador:* No de tan lejos, pero el hecho de la traicion es indudable.—*Otro orador:* París ha sido vendido.—*Otro orador:* Protestamos contra el arresto de Delescluze que el gobierno detiene en Vincennes y que el pueblo llamará bien pronto á acusar á sus acusadores. (*Aplausos.*)

El Presidente: La manera de redactar nuestra candidatura es la siguiente: Tres delegados serán elegidos por cada distrito que se unirán á un cierto número de miembros de la Internacional y todos formarán un cónclave.

Una voz: No me gusta esa palabra cónclave porque hay muchos cónclaves falsos.

El Presidente: El cónclave computará los votos á todas las candidaturas y sacará aquellos que tengan más votos.

El dos de Febrero otra reunion se verificó en Belleville.

El Presidente: Propongo el nombre de Victor Hugo.

Un orador: Convengo en que Victor Hugo ha merecido bien de la democracia conservándose durante veinte años de pié sobre su roca cual una protesta viva contra el Imperio. Pero Victor Hugo no es de los nuestros. (*Es verdad es un Aristos.*) Pertenece á la casta privilegiada. (*Voces, fuera, fuera.*) Es un hombre de lo pasado y necesitamos hombres de lo porvenir. (*Movimientos de adhesion.*)

La candidatura de Victor Hugo es puesta á votacion y desechada unánimemente.

El Presidente: Propongo á Briosne y á Millière. (*Bravos prolongados.*)

Un orador: Inútil ponerlos á discusion. Esos han hecho sus pruebas. (*Sí, sí.*) De consiguiente la Asamblea los vota por unanimidad. (*Sí, sí.*) Hay ciento cincuenta candidatos inscritos y entre ellos uno que merece estudio profundísimo: Rochefort. (*Aplausos, protestas.*)

Voces: Fuera, nos ha vendido.

Otras: No, no.

Otros: Sí, sí.

Un ciudadano muy airado: Rochefort nos ha metido en los grandes compromisos y luego nos ha abandonado; jamás votaré por él. (*Exclamaciones, tumultos, disputas acompañadas de gestos extraordinariamente enérgicos. El silencio se restablece con gran trabajo.*)

Otro ciudadano: Confieso que Rochefort ha cometido faltas. ¿Quién no las ha cometido? Rochefort ha cometido la falta de pertenecer al gobierno de la traicion nacional. Pero luego ha renunciado. (*Voces: muy tarde, muy tarde*). Hoy mismo publica una profesion de fé admirable. Habreis leido su periódico *La Consigna*, en que proclama francamente el regicidio. (*Sensacion, aplausos.*) Al leer esta palabra he cesado en todas mis dudas y he decidido dar mis votos al ciudadano Rochefort.

Regicidio, regicidio. ¿No os encanta esa palabra? Si hubiera entre nosotros un hombre capaz de matar á todos los reyes, no le nombraria rey, le nombraria Dios.

Voces: ¿Con que creeis en Dios?

El orador: Yo no creo en Dios.

Voces: Sea en buen hora.

Otro ciudadano: Reconozco que el artículo de *La Consigna* es digno de los mejores dias de *La Linterna*. ¡Pero quién hace caso de un artículo, sobre todo escrito en vísperas de elecciones? Es evidente que Rochefort ha querido captarse nuestros votos. Pero antes de dárselos es necesario que examinemos su conducta. ¿Qué ha hecho en el Gobierno? Ha comenzado por desautorizar su propio periódico *La Marsellesa*, donde Clusseret habia publicado pruebas evidentes de la traicion de sus compañeros. Sí, Rochefort ha dado una coz á su propio periódico. Un poco más tarde, el ocho de Octubre, cuando los batallones de Belleville descendieron á la Casa de la Ciudad para averiguar con qué leña se calentaba el gobierno, ¿qué ha hecho Rochefort? ¿Quién le ha visto? Se metió, ciudadanos, detrás de una cortina. (*Eso es, eso es.*) El treinta y uno de Octubre ¿qué papel representó? Confió á Flourens la traicion de Bazaine. Y cuando Pyat publicó la confidencia, insultó á Pyat. (*Sí, sí, es un infame.*) Si ha dado en seguida

su dimision de ministro, él sabrá por qué. Veia correr el Gobierno á su perdicion y se ha separado á tiempo por no perderse con el Gobierno. Pero todavía no ha revelado ninguna de las traiciones que ha visto. Rochefort es un carácter débil; un hombre al agua. No quiere contar con el pueblo, pues tampoco el pueblo contará con él.

Otro ciudadano: Tengo graves inconvenientes para hablar. Primeramente no estoy habituado á dirigirme al público y despues no conozco ni una palabra de teología.

Voces: Y ¿para qué quereis la teología?

Admiré mucho á Rochefort en su juventud pero hoy me he convencido de que no es hombre político. (*Unos sí, sí, otros no, no.*) ¿Es por ventura un republicano socialista? (*Voces: ¡Qué ha de ser si tiene dinero!*)

Necesitamos hombres nuestros que conozcan nuestras necesidades y que merezcan el título de candidatos de los trabajadores. (*Basta de Rochefort: á votar.*)

Se pone á votacion la candidatura de Rochefort y es rechazada casi por unanimidad.

[redacted]

El Presidente: Propongo el nombre de Gambetta. (*Extrañeza, aclamaciones.*)

Un orador: Me opongo á la candidatura de Gambetta porque no he creido jamás en sus palomos.

Otro: Los palomos somos nosotros. El Gobierno ha inventado los palomos y las victorias de Gambetta.

El primer orador: En todo caso Gambetta es un abogado y no son abogados los que necesitamos mandar á la Asamblea, sino gente que nos defienda. (*Tres ciudadanos aplauden, el público los mira con gran extrañeza.*)

Una voz: París no se rendirá.

Otra voz: No se rendirá y los prusianos están en las fortalezas.

El orador: París no puede rendirse y es necesario enviar á la Asamblea marinos y soldados. (*Voces: basta, basta: grande tumulto.*)

Un jóven orador: No sabemos lo que Gambetta ha hecho ó no ha hecho en provincias. No podemos juzgarle. Por consecuencia que lo voten allá en las provincias. Si los palomos del Gobierno no han mentido, la provin-

cia le nombrará. Pero separados de Gambetta por un muro de prusianos sólo nos toca abstenernos.

El Presidente: Propongo el nombramiento de Assy.

La Asamblea le vota por unanimidad.

Tambien se verificó otra reunion titulada de la Marsellesa allá en la Villette.

El Presidente: Aquí no tratamos ya de nombres. Las candidaturas de trabajadores que habian sido muy disputadas acaban de triunfar en toda la línea. No hay más que convenir en el mandato. El mandato ha de ser imperativo porque los representantes no son otra cosa sino procuradores ó comisionados del pueblo. La primera condicion del mandato es votar la guerra á todo trance. Hay gentes que nos creen perdidos porque estamos bajo las plantas de los prusianos; pero no cuentan como debieran con la mágia de la palabra República. Basta con proclamar la República democrática social en Burdeos, la República verdadera, la del pueblo, para que Bismark eche á correr; y el ejército ale-

nunca se derrita á los rayos del sol de la libertad como si fuera de manteca. Se dice que nuestros candidatos son desconocidos. Pues Robespierre, Danton tambien lo eran el año 89, y el año 92 salvaron á Francia. Si nuestros candidatos son desconocidos, tanto mejor, con eso no les pesará un pasado que no tienen. (*Movimiento general de adhesion.*) Así nada les embarazará para cumplir nuestro mandato, cuyo primer artículo es la acusacion del Gobierno de la capitulacion nacional para que sea satisfecha la vindicta pública, y el llamamiento á todos los pueblos de la tierra.

Otro ciudadano: Me extraña que gasteis tanto tiempo en discutir cosas tan fútiles. Cuando los prusianos están dentro de París, lo necesario es imitar el ejemplo de Moscow, quemar toda nuestra capital. (*Silencio general.*)

Otro ciudadano: Creo y espero en el éxito de las candidaturas trabajadoras, y me fundo en que son candidaturas rojas. Los pueblos son como los cangrejos, en cuanto los cuecen se vuelven rojos. Y nosotros hemos sido cocidos en el sitio de París.

El ciudadano Stançon: Me presento á mí mismo como el mejor de los candidatos. Tengo varios títulos: 1.° Haber combatido al infame Bonaparte. 2.° Estar dispuesto á ir ahora á Burdeos para combatir al país. (*Varias voces ¿qué quiere decir con eso?*) Yo no soy abogado y me alegro, porque he vivido preso con los abogados en Santa Pelagia y sé cuán profundamente desprecian al pueblo. (*Voces: Habla de Rochefort.)*

El Presidente: Propongo á Pablo de Meurice, redactor del *Rappel*. (*Frio glacial.*)

Un orador: ¿Con que hemos rechazado á Víctor Hugo que es el gran pontífice, y habíamos de aceptar á sus acólitos? Víctor Hugo es un poeta de quien se hablará hasta dentro de doscientos años, pero hoy inspira *El Rappel*, que ha sostenido hasta el fin el Gobierno de la traicion nacional.

La candidatura de los redactores de *El Rappel* es rechazada por unanimidad.

El Presidente: Propongo al ciudadano Gambetta.

Voces: No, no.

Un orador: Que lo sustituyan con Clusseret porque Clusseret ha tenido valor de fundar las Comunidades revolucionarias del Mediodía, y Gambetta las ha disuelto. (*Es verdad. Vivan las Comunidades revolucionarias. Muera Gambetta. Viva Clusseret.*)

Luego se celebró la democrática reunion de la Reina Blanca.

El ciudadano Barberé: Comencemos, ciudadanos, discutiendo la candidatura de Milliere. Este Milliere no se ha distinguido por su contabilidad en *La Marsellesa*. En ese periódico se ha establecido una confusion deplorable entre los fondos de su suscricion y los fondos para el monumento de Víctor Noir y para los trabajadores del Creussot. Unos y otros fueron alojados en la misma caja y los desalojaron bonitamente. Y para que yo no pudiese denunciarlo se lo arregló de manera que me encajó en Santa Pelagia. Pero ¿qué quereis que sea un hombre el cual ha vivido mucho tiempo llevando por las ferias una sonámbula que adivinaba el porvenir?

El ciudadano Milliere: Debo defenderme

aunque de prisa, porque estoy bajo el peso de un auto de prision y un comisario de policía con diez alguaciles, me buscan por todas partes y me echarán mano. (*Voces que venga, que venga.*) La acusacion es de tal manera grave, que debo empezar por el principio. Yo soy proletario é hijo de proletario, mi padre era tonelero. (*Voces: ¿qué nos importa eso?*)

El Presidente: Si empezais por ahí no concluireis jamás.

Milliere: Niego al Presidente el derecho de interrumpirme. No he querido jamás dejar las filas del pueblo para pactar con sus explotadores, aunque las clases medias me hayan hecho las ofertas más brillantes. He vivido con siete céntimos por dia. (*Un interruptor: Es bastante poco. Algunos millieristas: Llamamos al interruptor al pudor.*) He rehusado una dote de doscientos mil francos. (*Movimientos diversos.*)

Varias voces: ¡No vendrá el comisario de policía á llevarse á este?

No doy explicacion ninguna sobre la so-

námbula, eso es una pura tontería; pero la doy sobre la caja de *La Marsellesa*. Jamás pude conseguir que hubiera libro de suscriciones, ni libro de caja, ni siquiera libro borrador. Así un dia la administracion se quedó en seco sin que nadie pudiera explicarse la causa de este fenómeno. Pero esto sucedió en el tiempo en que yo era prisionero de Santa Pelagia. No acuso á Rochefort, no acuso á Barberé, no acuso á nadie; pero declaro que yo jamás he tenido en mis manos la llave de la caja.

Un secretario: El ciudadano Milliere olvida que la acusacion es concreta y se reduce á imputarle durante su administracion la pérdida de fondos consignados á objetos humanitarios.

El ciudadano Milliere: Ciudadanos, yo no puedo detenerme mucho tiempo porque no estoy seguro, pues me busca el comisario de policía con sus diez alguaciles. No temo ser arrojado en prision. Ya me he visto muchas veces en las cárceles, y las cárceles no me asustan; pero temo las pesquisas. (*Movimientos de curiosidad.*) Tengo en mi poder papeles de una importancia extraordinaria. (*Leed-*

los, leedlos.) No los traigo sobre mí. Los tengo guardados; pero son testimonios vivos que denuncian las causas del terrible encarnizamiento con que mis enemigos me persiguen. Tengo las pruebas (*Ardiente curiosidad*) de que Julio Favre es un presidiario suelto. (*Señales de incredulidad, aplausos frenéticos: voces, calumnia; otras voces: debe ser verdad, Julio Favre nos ha vendido.*)

El Presidente: Para averiguar el fundamento de las acusaciones contra el ciudadano Milliere, nombraremos un tribunal compuesto de dos jueces designados por el acusador Barberé; dos nombrados por el acusado; y uno nombrado por el Presidente. Habiéndose concluido este incidente, continúa la discusion de las candidaturas socialistas.

Un orador: Las intrigas bonapartistas de un lado y de otro lado, las intrigas clericales unidas al orleanismo, dan á la situacion gravísimos peligros. Los orleanistas se han ya entendido para presentar la candidatura del duque de Aumale. (*Sensacion.*) Esta candidatura no estallará hasta última hora: hé ahí

[redacted]

por qué conviene permanecer unidos y sustentar á todo trance la República.

Otro orador: Sostengo la candidatura de Blanqui. Si él hubiera estado en la Casa de la Ciudad el dia treinta y uno de Octubre, la República se salva; y la misma clase media con su usual cobardía acepta esa dictadura.

Otro orador: Rechazo la candidatura de Víctor Hugo. Es un gran poeta, pero es tambien un aristócrata de la democracia. (*Es verdad, nada de Víctor Hugo.*) No quiero demócratas de guantes amarillos. (*Bien, muy bien.*) Ha estado representando la comedia en su roca; que se quede allí. (*Aplausos frenéticos.*) Nombremos jóvenes enérgicos, por ejemplo, Lissagaray. (*A pesar de su juventud y de su energía, la candidatura de Lissagaray es rechazada por unanimidad.*)

Otro orador: Propongo la candidatura de Amouroux.

Un ciudadano: Es mi amigo, pero le reconozco falto de entendimiento y de experiencia. (*Algunas voces*: *Ya la adquirirá.*) Valiera más que la hubiera adquirido. Ayer Barberé

afirmaba que seria necesario subir á la tribuna con el rewolver en la mano. (*Es una frase, protestas, tumultos.*) Será bien llevar un rewolver en el bolsillo; pero no bastará á servir de freno á la reaccion y á establecer una República democrática. Prefiero á Razoua. Hay un hombre que me inspiró ciertas dudas; pero todas se han desvanecido despues de la lectura de su magnífica proclama. Este hombre es Gambetta (*Aclamaciones.*) Gambetta es el gran revolucionario de 1870: es un buen Robespierre.

La candidatura de Gambetta es aceptada entre grandes aplausos.

El cinco de Febrero se verifica otra reunion democrática en la sala de la Redonte.

El Presidente: El tema puesto á discusion es el mandato que debemos imponer á nuestros diputados, mandato imperativo.

Un orador: Sí, debe ser imperativo: que harto tiempo hemos sido engañados por nuestros representantes. Yo soy un insurrecto del veintidos de Enero, y exijo que se tomen precauciones contra todos los farsantes. Que

[redacted]

[illegible] i sus negocillos sobre nuestras [illegible]s. Ese tiempo ha pasado y no tienen [illegible] que hacer sino ejecutar la vo[illegible] del pueblo, el cual les impone cua[illegible] capitales: 1.ª Continuacion de [illegible] todo trance, á ménos que Alema[illegible] ofrezca una paz honrosa. ¿Qué se [illegible] por paz honrosa? Aquella que no [illegible] barco de nuestra armada, ni [illegible]

[illegible]

dad deberá aplicarse al Gobierno de la defensa nacional? Indicada está por el Código que condena á muerte todo comandante de fortaleza culpado de haberse rendido cuando la defensa era posible. Claro es que París hubiera continuado defendiéndose si lo hubieran sostenido. (*Sí, sí, hemos sido entregados.*) Las municiones no faltaban; los víveres tampoco. Un guardia republicano ha revelado cosas horribles; ha revelado que tenia él el encargo de sacar toneles de bacalao y de jamones del pié de los fuertes. (*Voces de indignacion; eso es infame.*) Que hemos sido vendidos es evidente, ¿por qué suma?

Otro orador: Me creo autorizado á fijar esta suma en diez millones de francos por cada miembro del Gobierno. (*Sensacion.*) El crímen está averiguado. El castigo debe ser ejemplar; sin embargo, aquí se presenta una dificultad que importa al pueblo resolver para la instruccion de sus mandatarios. Los miembros de la delegacion gubernamental en provincia con Gambetta á su cabeza, ¿deben ser acusados con sus colegas los traido-

[redacted]

res de París? (*Algunas voces*: Gambetta no.) Pues á pesar de esas interrupciones yo me declaro por la afirmativa. Nada hay claro en la conducta de Gambetta. El ha disuelto las Comunidades revolucionarias de Marsella y de Lyon; él ha dado un decreto excluyendo á los bonapartistas de la Asamblea; pero ¿quién sabe si habrá sido para entregarla á los orleanistas? (*Algunas protestas, gritos, voces, mas muy lejos.*) Los diputados examinarán la conducta de este orador, y le acordarán á razon de sus últimos actos los beneficios de las circunstancias atenuantes. Los diputados deberán mantener la República porque la República está sobre el sufragio universal. Si hay una estúpida mayoría reaccionaria, deberemos someternos. Supongamos que viene la guerra civil. Puesto que existe la guerra civil en el Gobierno (*Exclamaciones irónicas*) no debe extrañarnos que exista la guerra civil en el pueblo. Los diputados deberán trasladarse á Lyon y enarbolar allí la bandera revolucionaria. Se ha gritado mucho contra Marat porque pedia veinte mil cabezas

para salvar á la revolucion; pues este acto era profundamente político y profundamente humano, porque con esto evitaba que se matasen tres millones de hombres.

El tres de Febrero se celebra otra reunion democrática en la sala de Molière.

El Presidente: Se han propuesto los ciudadanos Tibaldi y Clusseret; pero hay dudas sobre su perfecta nacionalidad francesa. Se ha propuesto tambien á los ciudadanos Milliere y Murat; pero se han opuesto tambien objeciones de gran gravedad.

El ciudadano Quesnay: Protesto contra la capitulacion de París. Me inclino delante de la República. Declaro que antes me dejaré cortar la mano derecha que firmar una paz deshonrosa.

Un oyente: Este señor Quesnay ha sido fiscal del Imperio en Mamers.

El ciudadano Quesnay: Yo no lo he ocultado jamás. Creo que los republicanos deben ser más tolerantes que los católicos, los cuales admiten las conversiones. (*Murmullos. Aquí no somos jesuitas.*)

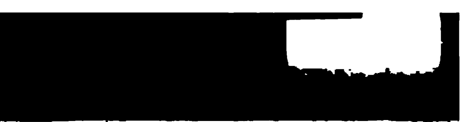
Un orador: Despues del decreto de Gambetta que excluye á los imperialistas, no puede ser admitida esa candidatura. Los demócratas no pueden dar sus sufragios á un miembro de la magistratura del infame Bonaparte. (*Movimiento general de aprobacion.*)

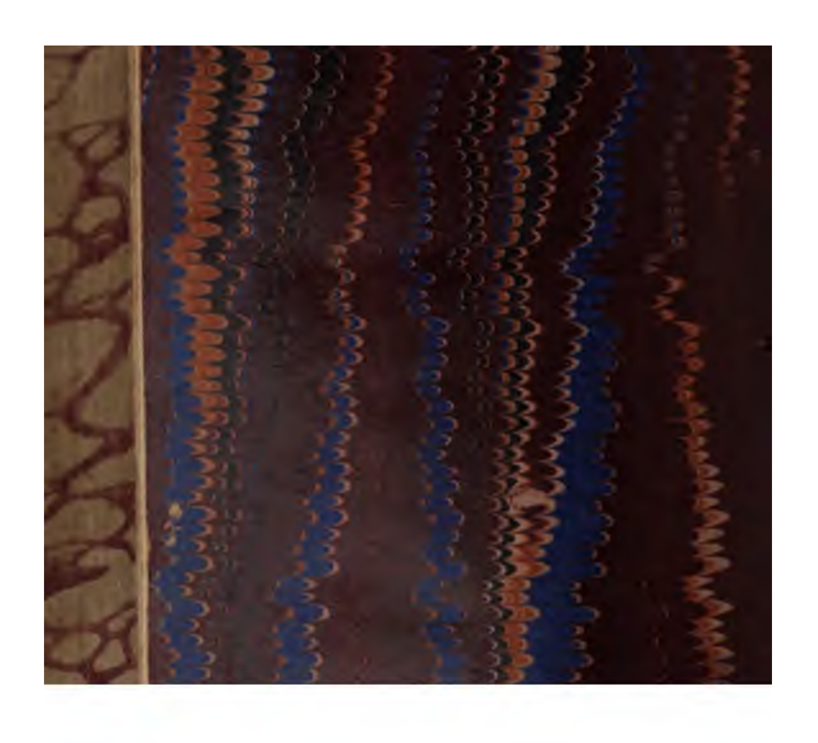
La candidatura de Quesnay es completamente rechazada.

El ciudadano Mothorel: Me han quitado la candidatura. Siempre sucede así. Cuatro señores sin mandato alguno reparten los papeles entre sus amigos, cofradías de imbéciles y envidiosos. Si voy yo á la Asamblea votaré la paz. París no puede sostenerse más tiempo con los prusianos en los fuertes. Dicen que si nos quedamos en República nos exigirán diez mil millones; que si aceptamos la dinastía de los Orleanes siete mil, y si la dinastía de los Bonapartes cinco mil; pero la Francia que es rica para pagar su gloria, será rica aun para pagar su soberanía.

FIN DEL TOMO OCTAVO.









DATE DUE			